Las cenizas del exilio

Patrick Bard

KAILAS

Impregnada del aliento de las grandes sagas, Las cenizas del exilio *es una novela extraordinaria y un canto al valor de las mujeres cuyo feroz deseo de vivir vence a la miseria, la guerra y la muerte.*

Lea Soler es una joven luchadora y decidida que vive con los suyos inmersa en la miseria rural de la España de principios del siglo xx. El estallido de la Gran Guerra le proporciona la esperanza de la emancipación social en los viñedos del Mediodía francés.

Frustrada por la imposibilidad de progresar a pesar de sus esfuerzos, en 1936 convence a su marido y a sus hijos de volver a España, precipitándose en el avispero de la Guerra Civil. Terminada la guerra, Lea y sus hijos se encuentran atrapados en un país convertido en una inmensa cárcel. Hasta que se fugan a través de los Pirineos para iniciar un segundo exilio en Francia.

La trama se traslada a principios de los años cincuenta, centrada en una nueva generación de los Soler. La nieta de Lea descubrirá una vieja caja de zapatos cuyo contenido pondrá su vida del revés.

Las cenizas del exilio

Patrick Bard

KAILAS

Título: Las cenizas del exilio
Título original: Poussières d'exil *© 2015, Patrick Bard*
© 2016 de esta edición: Kailas Editorial, SL
Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid
© 2016, traducción de Tamara Somoza Gil

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy
Realización: Carlos Gutiérrez y Olga Canals

ISBN ebook: 978-84-16523-27-6

ISBN papel: 978-84-16523-19-1

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

kailas@kailas.es
www.kailas.es
www.twitter.com/kailaseditorial
www.facebook.com/KailasEditorial

Para Marie-Berthe

Nota de la traductora

A lo largo de la novela, el autor introduce en el texto numerosos términos en castellano y en valenciano. En el caso de los términos en valenciano, se han mantenido tal cual en la edición española, resaltándolos en cursiva. Con los castellanos se ha optado por mantener la cursiva original con la intención de que el lector sepa que se trata de un término escrito en castellano en el original, pues, dada su abundancia, resultaría excesivamente engorroso indicarlo en nota en cada ocasión.

«Deberíamos ser capaces de comprender
que las cosas son irremediables
y, sin embargo, estar dispuestos a cambiarlas».
Francis Scott Fitzgerald, *El Crack-Up*

«¡Se alza el viento! ¡Hay que intentar vivir!».
Paul Valéry, *El cementerio marino*

Primera parte

Quisimos domesticar el viento

1
Lea

La Horta d'en Carrer, España, 1904

—¡Si no obedeces, serás una ignorante hasta el fin de tus días! ¡E irás al infierno!

Sí, ya, menuda historia. Que no y que no, que no pensaba aprender a leer. Ni tampoco a escribir. ¡Nunca! Así escarmentaría aquel cuervo en sotana.

¿Qué se creía? ¿Que no se había enterado de nada? ¿Que no sabía que era hija del cura? Los niños pueden llegar a ser muy crueles. Por las noches, después de cenar, los padres hablaban. Al día siguiente, sus palabras se convertían en afiladas cuchillas en boca de sus vástagos. ¿Cuántas veces no había hecho callar a puñetazos a aquellos mocosos, tirándolos al suelo y pateándolos hasta que se retorcían entre el polvo de las calles salpicadas de excrementos de burro?

*

Lea Expósito Pascua vino al mundo un domingo de Pascua del año 1890 bajo el signo de Aries, en la planta baja de una casucha del barrio de El Cabañal, no lejos del puerto de Valencia. En ausencia de padre reconocido y de madre identificada, le pusieron de primer apellido Expósito —como se solía hacer con todos los huérfanos— y, de segundo, el nombre del día correspondiente del calendario romano: *Pascua*. El nombre de pila se lo debía a santa Lea, patrona de la parroquia, cuya fiesta se había celebrado quince días antes.

En realidad, Lea era hija de Carmen Pons Martí, de profesión criada de cura, que había muerto en el parto. La recién nacida quedó registrada en la *inclusa* de Valencia, en un pergamino sellado, según los usos aplicados a los hijos no reconocidos, y después la confiaron temporalmente a un orfelinato de la ciudad, hasta que su progenitor, el cura de la parroquia, la recogió y se la llevó en diligencia al campo. Allí se la entregó a una familia de acogida de La Horta d'en Carrer, la aldea a la que lo habían destinado después de preñar a su criada. Desde las chozas del caserío, que parecían colgadas de las laderas de las colinas, se veían las playas de Sant Balaguer de la Font.

Un lugar que hacía que el clérigo sintiese nostalgia de su antigua parroquia de Nuestra Señora de la Buena Muerte, donde oficiaba tanto en el púlpito como en la sacristía. Y con generosidad.

Condenado a velar por las conciencias de los pobres de una aldea perdida, encontró una familia de pirotécnicos que accedió a acoger el fruto de su concupiscencia. Hubo, además, que bautizar a la niña. En el momento de ungir al bebé, que una madrina reclutada para la ocasión sujetaba con los brazos estirados, el padre Vicente se contentó con hacerle una fugaz señal de la cruz en la frente enrojecida por el llanto, mirando hacia otra parte, y el asunto quedó zanjado con un par de aspersiones de agua bendita. Ya bautizada, Lea regresó, sin dejar de gimotear, a los brazos de su madre adoptiva, Manuela Julbe, encogida bajo el viento que inflaba sus faldas oscuras en el camino polvoriento, como evocando las velas enlutadas de un barco que parte. Un negro navío empujado por el *poniente,* que transportaba la arena desde las playas de Sant Balaguer de la Font hasta las puertas de las cabañas de los pescadores, flagelando la madera con su azote enfurecido.

La buena mujer se encaminó hacia la casona rodeada de naranjos. Un hogar lleno de niños, entre los que ninguno era legítimo.

Nadie sabía si el vientre de la madre Julbe se había secado como un pimiento olvidado al sol o si era que los cojones arrugados de su marido le colgaban inútilmente entre las piernas, vacíos como odres al día siguiente de las bodas de Caná. El caso es que, pese a denodados esfuerzos, Manuela y Eluctario Julbe jamás habían logrado tener descendencia. Como la fertilidad de la *Huerta valenciana* solo era comparable a la esterilidad del matrimonio Julbe, una tropa de huérfanos acogidos trabajaba en la fábrica de fuegos artificiales y cosechaba en los campos las lustrosas naranjas de ombligo, astros de carne jugosa, contante y sonante, y tantas olivas que su peso doblaba las ramas sobre las terrazas de piedras secas.

En casa de los Julbe no se desaprovechaba nada. Todo era susceptible de transformarse en pesetas.

Por lo tanto, en las horas tórridas en que las corrientes empujaban el aire llegado de África y el llano se recocía como si un olvidadizo aprendiz de panadero se hubiese dejado abierta la puerta de un horno gigante, en las horas en que todo se abrasaba al paso de los vientos del Sáhara, nada de siesta. La familia entera estaba atareada confeccionando petardos para las fiestas de los

pueblos de los alrededores, empleando reservas de pólvora negra que la menor chispa habría transformado en un infierno. De modo que los Julbe habían aceptado de buen grado el bebé que les ofrecía el padre Vicente.

Les habría venido mejor un varón, promesa de brazos fuertes y aptos para el trabajo, pero había que contentarse con lo que les mandaba el buen Dios.

Ya a los cuatro años, Lea corría entre las hileras de naranjos recogiendo los frutos caídos de las cestas que los gitanos contratados para la cosecha cargaban sobre sus hombros relucientes de sudor. Sus talones rebeldes habían rechazado la tortura de los *socs*1. Las sandalias de cuerda le martirizaban la piel, ya cubierta de callosidades y afecta al contacto de la tierra polvorienta, y durante mucho tiempo, hasta su exilio en la ciudad, iría con los pies descalzos, como una niña salvaje, incluso en los bailes a los que iba a aturdirse hasta la madrugada.

La irrupción de la electricidad en la casa constituyó para la niña el primer deslumbramiento que recordaría. Habían venido a instalar los cables unos hombres que actuaban de forma misteriosa y, cuando se encendió la bombilla, Lea se sobresaltó y dio un paso atrás, parpadeando ante aquella luz tan intensa. No obstante, la magia duró poco. Las lámparas de petróleo y de carburo llevaban demasiado tiempo siendo dueñas y señoras de la iluminación doméstica como para que a los Julbe se les ocurriese siquiera encender aquella dispendiosa bombilla. Así pues, se anunció que los infractores serían llamados al orden económico mediante un sopapo.

A los seis años, Lea se había hecho fuerte como un chico y era más terca que la ola que desgasta incansable la duna. Reacia a cualquier autoridad, pretendía, no obstante, mandar permanentemente sobre los otros once niños de la casa y daba órdenes a diestro y siniestro, sin distinción de sexo ni edad, hasta el punto de que sus compañeros no tardaron en rehuir su caprichosa compañía. Aquel que se resistía recibía de inmediato su castigo, en forma de un puntapié propinado con sus pies endurecidos por los callos en donde más duele. Así fue acostumbrándose a la soledad y se ganó un sobrenombre que le iba que ni pintado a su independencia crónica y a los zarpazos que solía dar: la *Gateta*.

Con el tiempo acabaron por salirle garras. Únicamente los de la casa eran capaces de hacerla entrar en razón, y solo a palos. Incluso el padre Vicente, que trataba de enseñarles los rudimentos del castellano, la aritmética y los Evangelios a los críos mugrientos de la parroquia antes de que el trabajo en el campo se apoderase de ellos, fracasaba en sus intentos de que lo obedeciese.

Peor aún: hacia él, la Gateta mostraba más desconfianza que hacia nadie, pues se negaba a descifrar la menor letra del alfabeto y menos aún a pronunciar una sola palabra en la lengua de Cervantes. «¡Lea! ¡Habla en cristiano!», se enfadaba cada dos por tres el cura. Pero era en vano. Llegada a la edad de ocho años, la muy impertinente seguía negándose a emplear el español y solo se expresaba en valenciano, actitud en la que persistió hasta su

último día.

Su gesto ladino parecía desafiar al cura, habituado a la deferencia de las campesinas andrajosas que se apresuraban a besarle la mano cada vez que pasaba por los campos, encaramado a su caballo andaluz para no mancharse de barro. Al final de sus duelos mudos, el padre Vicente siempre acababa por agachar los ojos avergonzado, mientras la Gateta lo miraba fijamente con aquellas pupilas oscuras que lo escrutaban, que *sabían,* hasta que se levantaba y salía disparada, descalza, volando por el camino que llevaba a las umbrías terrazas donde crecían los naranjos. El cura nunca llegó a sospechar que la Gateta, en el secreto de su alma, aprendía sola a contar. La niña, inclusera pero más lista que el hambre, había comprendido que solo las cifras importan para quien aspira a escapar de la miseria y la mugre destinadas a los bastardos de su especie.

Las labores del campo habían fortalecido los músculos de sus brazos tostados por el sol. El pelo, que nunca había aceptado cortarse, le llegaba ya hasta la cintura. Manuela Julbe le exigía a la Gateta que la llamase madre, algo que la muchacha solo hacía con la boca pequeña. A cambio, la madre adoptiva la despiojaba con regularidad en el patio. Fue el único amago de caricia que la pequeña llegó a aceptar de los demás. Las tardes de verano, cuando la luz se demoraba, le gustaba abandonarse a las manos de la patrona, que se sumergían, valiéndose de un peine de hueso de apretadas púas, en su espesa cabellera castaña en busca de piojos. Con el rostro extático, se preguntaba, perdida en la contemplación de las cucarachas que huían de los últimos rayos del crepúsculo tratando de refugiarse en el porche, cómo controlar a tal multitud. Fue así como Manuela Julbe logró, contra toda expectativa, enseñar a la pequeña salvaje el arte de lavarse la melena con el agua del pozo y peinársela en una gruesa trenza recogida en un moño, sobre el que podía llevar hasta diez kilos de carga sin ayudarse jamás de las manos.

Solo tenía once años cuando le crecieron los pechos. Nadie le había enseñado el significado de esa sangre que cada luna le brotaba de entre las piernas, ni tampoco el modo de calmar la que bullía en sus venas y le calentaba el cerebro como un sol de agosto. Era de una época en que las mujeres no llevaban bragas y meaban de pie. La madre le enseñó el arte de atarse las enaguas entre las piernas en los días impuros, y no hubo más. La observación de los animales de la granja no le proporcionó mejor respuesta y, además, le parecía que tenían un aspecto estúpido en el momento de aparearse. También descubrió sola la forma de calmar sus fiebres: apretaba los muslos durante noches enteras, hasta lastimarse los músculos, a la espera del estremecimiento liberador. El placer fue para ella tal revelación que al levantarse ya estaba impaciente por volver al secreto de su jergón para repetir varias veces seguidas el ejercicio, hasta el punto de que le quitó el sueño. La forma en que los hombres contemplaban su cuerpo en floración había cambiado, y con sus ojos negros ella empezó a observar a los jóvenes sin bajar la mirada más que ante el cura, salvo cuando se demoraba en el enigma

que residía en el centro del compás formado por las piernas sólidas de los campesinos.

Apretando los muslos hasta perder el sentido, privada de sueño y desganada, a cada poco presa de convulsiones, la Gateta crecía y se marchitaba a ojos vistas, hasta aquella tarde en que, tras escaparse una vez más, se encontró con el pastor. Había ido a refrescarse a la fuente del pueblo. Durante todo el día, el calor había martilleado la tierra como un herrero una plancha de hierro, como siempre sucede en las semanas anteriores a la fiesta de la Virgen. Con las sienes palpitando de fiebre, Lea había rociado agua sobre sus hombros tostados por el sol, que la camisa gastada dejaba al descubierto. Se había estremecido al sentir el frescor del agua que le corría entre los pechos, había sumergido la cara en sus palmas llenas de pequeños charcos helados, había observado el baile enloquecido de los mosquitos en el aire trémulo, había escuchado el canto de los grillos, tan mareante como el traqueteo de la máquina de coser a pedal que la madre Julbe había adquirido hacía poco, y cuya llegada había atraído una aglomeración de curiosos del pueblo. En el momento en que el sol desaparecía tras las montañas occidentales, el cabrero salió de entre los cipreses que ocultaban el camino, en medio de la nube de polvo que levantaban sus animales. Lea ni siquiera había hecho ademán de volver a vestirse. Mientras las cabras se abrevaban a grandes lengüetazos, había avanzado y, sin mediar palabra, había cogido al hombre del puño para llevarlo al abrigo de un alcornoque. Allí, mientras la oscuridad iba ganando terreno, le había abierto la bragueta al pastor, en silencio. A la altura de su frente, el pecho del hombre —un pecho con olor a macho cabrío, pensó— subía y bajaba como si fuese el de un caballo tirando del arado en una tierra demasiado dura. Sin osar creerse su suerte, el cabrero trataba en vano de ahogar sus suspiros, por miedo a que pusiesen fin a su milagroso suplicio. Cuando ella extrajo su sexo erecto, se contentó con emitir pequeños gemidos sordos, temblando, apoyado en el tronco nudoso, con las ásperas mejillas perladas de sudor y los rizos de pelo negro pegados a las sienes. Desde lo alto de sus doce años, la Gateta examinaba la textura del miembro, apreciaba la suavidad de la piel hinchada en la penumbra. Instintivamente, empezó a masturbarlo mientras apretaba los muslos con toda la fuerza de que era capaz. No duró mucho. Una decena de idas y venidas de la mano bastaron para acabar con la fortaleza del hombre, que llegó al clímax con un estertor, mientras lanzaba a un lado y a otro miradas temerosas, revolviendo los ojos como una mula enloquecida. Ella se llevó la mano a las fosas nasales, dilatadas. El semen del hombre exhalaba un extraño olor a almendra amarga y pescado. Hizo una mueca, se limpió la mano derecha en las enaguas, todavía intrigada por el líquido caliente y pegajoso que había brotado del miembro endurecido como si lo hubiese ordeñado, mientras el pastorcillo, seguido por sus despreocupadas cabras, huía en el crepúsculo abrochándose la bragueta. A continuación, ella regresó a casa, donde, por primera vez en largos meses, se durmió en el acto.

Quizá fuera porque le llegaron chismes de los aldeanos sobre la desvergüenza de su hija o tal vez porque se cansó de intentar educarla para nada, pero el caso es que el padre Vicente decidió llevársela lo más lejos posible de La Horta d'en Carrer. En el momento de despedirse, aquel padre que jamás había confesado ser el suyo contempló a la muchacha:

—Entonces, ¿es tu última palabra? ¿Te niegas a aprender a leer y escribir? ¡Pues te quedarás idiota, mi pobre niña!

Lea bajó por fin la cabeza, se balanceó un momento de un pie a otro, sin contestar, acariciando con la mirada sus pies, que se obstinaba en llevar descalzos, con las uñas enlutadas. Luego levantó la barbilla y fijó sus pupilas oscuras en las del padre, dilatadas. Aquel hombre había fecundado a una madre que Lea echaba de menos. Gravó en su memoria los rasgos de quien la había hecho huérfana.

El cura se rindió:

—Sea. Tú lo has querido. Voy a confiarte a quien sabrá meterte en cintura.

La marcha de la Gateta se recibió con alivio entre los otros niños, que quedaron libres de sus persecuciones, y solo lamentó su partida Manuela Julbe, que ya nunca más la despiojaría en el frescor del anochecer. De pronto ávido de redención tanto para él como para su hija, el cura empezó a mortificarse en su rectoría y prometió ponerse el capirote de penitente en el mes de mayo para entrar de rodillas en la catedral de Valencia cuando sacasen en procesión a la Virgen de los Desamparados, cubierta de diamantes, en medio de diez mil mendigos, mancos, tullidos sin piernas, leprosos, vagabundos y otros pordioseros en alegre jolgorio, llegados para la ocasión desde los cuatro confines de España.

*

Internaron a Lea con las monjas de clausura de la beata Gracia, en el convento de Torrente, cerca de Valencia. Lo peor no eran los austeros edificios por los que circulaban las monjas. No, lo peor era la celda. En La Horta d'en Carrer, Lea se había acostumbrado a las habitaciones comunes. Esperaba encontrarse en compañía de otros niños. Pero las niñas a las que las hermanas enseñaban las letras y las buenas maneras eran de una extracción diferente a la suya. Saltaba a la vista que a las monjas no les gustaba mezclar los orígenes. A no ser que su encierro fuese consecuencia del desliz que había tenido en el pueblo. O de su rebeldía. La celda, sí, eso era lo peor. Eso y los altos muros de piedra, infranqueables.

La recibió sor Redención, una vieja cretina desdentada y sádica, que olía a orines y a la que el buen Dios había dotado de una imaginación sin límites, que ella enriquecía aún más inspirándose en la imaginería piadosa de los

suplicios infligidos a los santos. Las imágenes de los pezones de los mártires arrancados con alicates, de predicadores decapitados, de santos atravesados por las flechas o desollados vivos parecían animarla más que nada.

Enseguida las dos se olisquearon como animales dispuestos a enfrentarse.

Todo en sor Redención rezumaba autoridad, voluntad de someter al niño.

Todo en Lea clamaba la insumisión, por sus principios, pero sobre todo por su naturaleza.

La vieja condujo a la joven por largos pasillos hasta una hilera de puertas. Tomó una pesada llave atada a su cintura con una cuerda y luchó un buen rato con la cerradura antes de poder abrir.

—Entra ahí.

Lea miró desafiante a la religiosa y sacudió la cabeza con energía.

—Que entres te digo.

Como Lea se demoraba, la cogió del hombro y la empujó a la oscuridad de la mazmorra.

—Yo duermo en un cuarto como este, muchacha. No te morirás. Ya que parece que te niegas a aprender a leer y a escribir, que sepas que no saldrás de aquí hasta que cambies de opinión.

La puerta se cerró. Lea dio media vuelta para arrojarse con todas sus fuerzas contra ella. En vano, por supuesto. Entonces retrocedió, tomó impulso y la embistió bajando la cabeza. Perdió el sentido, pero nadie acudió en su ayuda. Cuando recuperó la consciencia, se había hecho de noche. Por el ventanuco no entraba más luz que la débil iluminación de la calle vecina. Lea trepó hasta el tragaluz, se aferró a los barrotes y llamó.

Nadie le contestó. Se pasó el resto de la noche caminando por su prisión, mientras sus dedos ciegos recorrían el relieve de las inscripciones hechas por generaciones de niñas encerradas entre aquellas mismas paredes. Inscripciones que ella era incapaz de descifrar, trazadas en la cal con la punta de un palo o con la uña.

Lea se ahogaba, presa del pánico, como si la hubieran enterrado viva en una tumba. ¿Por qué le causaban daño? ¿Qué había hecho ella?

Trató de calmarse evocando las imágenes apacibles de la granja de La Horta d'en Carrer, mientras apoyaba la frente ardorosa en la piedra fresca. Al fin, se sacó del bolsillo un pañuelito de algodón en el que había metido unas cuantas flores de madreselva recogidas antes de su partida. Apretó los olorosos pistilos contra su nariz, mientras se imaginaba fuera, corriendo, descalza sobre el suelo terroso, y luego levantando el vuelo y marchándose, al fin libre. Poco a poco fue calmándose.

Terminó por dormirse cuando rompía el alba.

La cegadora luz del día que entraba por la puerta abierta la despertó con un sobresalto. Tenía la impresión de que acababa de adormecerse. Sor Redención estaba plantada en el umbral de la puerta.

—¿Has cambiado de opinión?

Aún dolorida y abotargada por el sueño, Lea se incorporó, con la melena alborotada y salpicada de briznas de paja arrancadas al jergón. Negó con la cabeza.

—Me lo imaginaba —dijo triunfante sor Redención, y la arrastró hacia las cocinas.

Cuando llegaron a la antecocina, le puso un cepillo entre las manos y le encargó que fregase el suelo.

—Soy generosa, ¿lo ves? Escapas a la reclusión, que sería demasiado suave para ti. Pero, como no quieres aprender, has de saber que aquí hay que ganarse el pan. ¡Vamos, ponte en marcha! Cuando vuelva, esas baldosas tienen que brillar tanto que el sol se refleje en ellas. ¡A trabajar, muchacha!

Lea se puso a sacarle brillo al suelo, pero enseguida se distrajo de su tarea con un rayo de sol que atravesaba la ventana, contra la que se golpeaba obstinadamente una mariposa, igual que había hecho ella la víspera contra la puerta de su celda. Tampoco la mariposa soportaba estar encerrada. A Lea le habría gustado abrirle, pero los batientes quedaban demasiado arriba. Fascinada, la miró un poco antes de buscar a su alrededor algo con lo que poder ayudarla. Al final descubrió una silla alta, que arrastró hasta la ventana. Pero ni siquiera de puntillas era capaz de alcanzar la falleba. Se aventuró a subirse al respaldo, en un intento de liberar a la mariposa accionando el mecanismo de apertura con la punta de la escoba. Y pasó lo que tenía que pasar. La silla empezó a tambalearse bajo su peso, el pie descalzo resbaló, Lea cayó pesadamente y su cabeza fue a golpear las baldosas.

Sor Redención la encontró desvanecida, con la frente ensangrentada. La observó unos instantes, recogió impasible el cubo vacío, fue a llenarlo de agua helada sacada del pozo que servía para abastecer a las cocinas y vació tranquilamente su contenido en la cara de Lea. A continuación lo dejó caer con estrépito. La adolescente parpadeó, tratando de afinar su visión, nublada por el dolor, y se llevó la mano al cráneo magullado.

—¡Nos has ensuciado el suelo con tu sangre en vez de limpiarlo! ¡Pequeña idiota! ¡Recógelo! ¡A limpiar eso!

La hermana acompañó su ladrido con una patada en los riñones de la adolescente, tan brutal que esta apretó los dientes. Una repentina bocanada de algo que nunca había sentido, algo increíblemente fuerte, le llenó de golpe el pecho, la invadió y la hizo ponerse en pie. El odio. Lea cerró los ojos, cogió con el pensamiento mondas de verduras imaginarias y las frotó por el rostro retorcido de la monja.

«Espera y verás, vieja perra. Mira lo que te hago en mi imaginación. Algún día te lo haré de verdad. Ya llegará mi hora. Mientras tanto, si crees que voy a ceder, estás muy equivocada. Nunca. ¡Nunca, me oyes! Eres vieja y fea, la muerte llama a tu puerta, hermana. Y yo soy joven, soy hermosa y un día escaparé de aquí. Algún día seré rica y poderosa, y te aplastaré como a la rata de sacristía que eres».

Con los labios sellados y el cerebro bullendo, Lea se levantó para hacer

frente a la monja.

—¡No me mires así! ¡Vamos, a trabajar!

Con calculada parsimonia, Lea se puso manos a la obra. Sor Redención, con los puños apoyados en las amplias caderas, saboreaba el espectáculo: la pequeña limpiaba su propia sangre, de rodillas en el suelo, y enjuagaba el trapo en el agua del cubo que había ido a llenar.

Cuando hubo acabado, la religiosa la agarró del codo y la arrastró hasta la capilla por la escalera que llevaba a la cripta. De un empujón la tiró a los pies del altar.

—¡De rodillas! ¡Con los brazos en cruz! ¡De rodillas, te digo! ¡Ya te haré yo perder el orgullo, señorita!

Desde las profundidades de la tierra, con el mentón rozando las frías baldosas, Lea sintió de nuevo como crecía en ella el odio más puro. Como una ola. Una marea que iba conquistando su cuerpo y la inundaba.

El reencuentro con la celda fue más rudo. Esa vez la puerta no volvió a abrirse por la mañana. La joven se tragó su rencor y su miedo, los dejó macerar en la oscuridad y transformarse poco a poco en fuerza. En adelante, iba a preferir morir antes que dejar escapar la menor queja, la menor lágrima. Los días fueron pasando, interminables, mientras ella iba de un lado a otro por los exiguos metros cuadrados de su prisión, orinando y defecando en un cubo que una novicia venía a vaciar todas las mañanas, yendo de una pared a otra, negándose a beber y comer hasta que se dignaran abrirle.

Al cabo de una semana, volvió a ver la cegadora luz del exterior.

*

Transcurrió un mes. Octubre iba tocando a su fin. Convertida en fregona del convento, Lea les sacaba brillo al suelo y a las paredes del edificio durante todo el día, a cambio de su ración de pan, sopa y tomates, antes de regresar cada noche al secreto de su celda, donde cultivaba su resentimiento.

En cuanto podía, escapaba a la vigilancia de las religiosas para perderse por los jardines del monasterio. Era su único consuelo, su única evasión. Ella, que no amaba nada tanto como la contemplación de los jazmines y los geranios, se deslizaba entre los cenadores con viejos rosales, que formaban un laberinto vegetal. En su refugio clandestino, se sentaba en el suelo y observaba la multitud de laboriosas hormigas ocupadas en transportar su carga de miguitas en interminables columnas.

Un abejorro se puso a revolotear en torno a una flor de hibisco de un increíble color carmín. Lea siguió con la mirada la evolución del insecto en busca de abejas, se tumbó boca arriba y se abandonó a la ensoñación, a la contemplación de la carrera de las nubes por el cielo, mientras trataba de imaginar cómo sería su futuro, lo que haría cuando fuese vieja. Cuando

tuviese cuarenta años. Quizá tendría un jardín. Y una gran casa. Campos. Sí, con naranjos. Y un marido rico que la quisiera.

Y entretanto la vieja zorra de sor Redención habría reventado. Se preguntó cómo sería hacer el amor con un hombre. Aquel miembro que había tenido entre sus manos, cuando la penetrase, ¿qué sensación le produciría? Instintivamente, apretó las piernas. Las nubes desaparecieron. De pronto oscureció su campo de visión la silueta densa de sor Redención, a la que no había visto venir. La manaza de la religiosa se abatió sobre ella como un gancho.

—Te he estado buscando por todas partes, descarada. Por fin te he encontrado. ¿Qué haces aquí, cuando deberías estar trabajando duro o, si no, aprendiendo a leer y escribir, y a comportarte como una buena cristiana?

Encerrada a cal y canto en su interior, Lea aguardaba su castigo. Contra lo que cabía esperar, sor Redención se contentó con hacerle pasar el resto de la tarde de rodillas sobre una regla metálica, que le dejó las rótulas hinchadas.

La tempestad, la de verdad, estalló la víspera de Todos los Santos en forma de un burro que forzó la puerta del convento, lo que le proporcionó a la religiosa el tema de la tarea del día. La madre superiora había mandado a buscar a su dueño, pues parecía que el animal no tenía intención de marcharse sin oponer resistencia. Mientras el campesino, ayudado por sus dos hijos, tiraba con todas sus fuerzas de una cuerda, sor Redención instó a las jóvenes alumnas a narrar el episodio. Lea estaba barriendo el aula, humillación impuesta por la religiosa, que había renunciado definitivamente a enseñarle a leer y escribir. Las plumas rascaban el papel, sin otra distracción que el roce de la escoba contra el suelo del aula, entre las hileras de mesas.

De pronto, Lea apoyó la escoba y se pasó el antebrazo por la frente manchada de polvo pegado por el sudor. Sor Redención alzó la vista.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué paras, pequeña idiota? ¿Acaso te he pedido que te detengas?

Las alumnas abandonaron por un momento sus redacciones. Sor Redención golpeó el suelo con el pie.

—¿Y a vosotras qué es lo que os interesa tanto, eh? ¡Vamos, a trabajar! La historia del burro. Contad...

De pronto se elevó la voz de Lea, quebrando el silencio:

—«Bajó entre sus semejantes y no lo reconocieron...».

Tuvieron que transcurrir unos segundos interminables hasta que la religiosa comprendió el sentido de lo que acababa de oír. Entonces, cuando empezaban a sonar algunas risas en el aula, llegó el inevitable castigo.

Lea ni siquiera intentó evitarlo. Lo afrontó, con la cabeza alta, sin pestañear, y se dejó conducir hacia las profundidades de la antecocina por sor Redención.

—Ah, conque no quieres llorar, ¿eh? ¡Pues yo voy a hacerte llorar! Ya

que no te basta con barrer, vamos a ver si te gusta pelar cebollas.

Lea miró a su verdugo sin comprender. ¿Qué se le había metido en la cabeza a la vieja cerda? ¿A qué venía hablar de cebollas? No lo comprendió hasta que vio el enorme manojo de bulbos amarillos y abultados que ocupaba un lugar de honor en medio de la larga mesa de la cocina. Así pues, la vieja perra había hallado el modo de sacarle las lágrimas. Rechinando los dientes y apretando los párpados, Lea se dispuso a pelar su kilo de cebollas, mientras la monja, de pie tras ella, se aseguraba de que no se le olvidaba ni una. De poco le sirvió a Lea cerrar los ojos, fue incapaz de retener las lágrimas que ya le corrían por las mejillas, en tal cantidad que le costaba distinguir a sor Redención a través de sus párpados hinchados. La vieja había ganado. Con el pecho inflado, Lea liberó su llanto. En el rostro de sor Redención se dibujó una sonrisa de satisfacción y sus ojos humedecidos por las emanaciones de las cebollas peladas se entrecerraron.

—Ahora, cómetelas.

Como Lea tardaba en obedecer, agarró una cebolla cruda, tomó un cuchillo y la partió en dos. Luego le tendió un trozo.

—Que te la comas.

¿Qué mosca le había picado a la vieja? ¿Acaso se había vuelto loca? Al fin y al cabo... Lea se encogió de hombros y se comió la media cebolla. Luego la otra.

—Más —ordenó la monja ofreciéndole otro bulbo.

Y luego otro. Y otro más, hasta acabar con el montón.

Cuando cayó la noche, Lea regresó a su cuarto, derrotada, arrastrando los pies, con el rostro hinchado por el edema. Sus párpados habían duplicado su volumen y veía borroso, como a través de un vaso sucio. Tenía la impresión de que los ojos querían salírsele de las órbitas. Se derrumbó sobre el jergón, agotada, con la piel ardiendo, jurando que la vieja nunca más le arrancaría el menor sollozo, aunque tuviera que matarla.

Se sucedió un extraño periodo de tregua. Satisfecha por su triunfo, sor Redención aflojó durante un tiempo su vigilancia. Aprovechando aquel simulacro de libertad que a pesar de todo la confinaba tras los altos muros del convento, Lea se tomó el tiempo de digerir su derrota. De dejar reposar el veneno de la venganza. Al llegar el invierno, con el frío, sus emociones se congelaron, como si hubiesen quedado atrapadas en el hielo de aquella excepcional mañana de enero, que transformó el agua de la fuente en una bandeja de cristal. A pesar de la escarcha, siempre iba descalza por los caminos del claustro, tras el cual se extendían los vastos dominios de las monjas, donde trabajaba una inagotable chusma campesina, siempre pronta al trabajo.

Su obstinada negativa a calzarse estuvo en el origen de la exclusión definitiva de Lea.

*

«¡Sor Redención es una cabra vieja! ¡Sor Redención es una cabra vieja!». Lea lo recita, como una cantinela. «Sor Redención es una cabra vieja que apesta».

Podría salirse del camino, esconderse tras el grueso tronco del laurel, evitar el enfrentamiento. Pero no. Con la cabeza alta, se cruza con la monja y le sostiene la mirada.

Por un momento, un breve instante, la religiosa titubea. Fingir que no ha visto nada. Pero no bien la ha dejado atrás, chilla:

—¡Lea! ¡Aquí!

Los ojillos atrapados en la hinchazón de los párpados y las ojeras. La papada que le tiembla bajo la toca.

Lea se detiene. Se da la vuelta.

—Lea, ve a ponerte un par de *socs,* ¿me oyes? ¡Ya estoy harta de verte correr descalza por los caminos del jardín!

Lea sonríe, pero no se mueve.

—Lea, ¿me oyes? ¡Y borra esa sonrisa insolente de tu boca, señorita! ¿No te bastó con la lección del otro día?

Lea sigue sin moverse. Y sin borrar esa sonrisa que lo es todo menos la confesión de su sumisión. Todo menos una aceptación. Esa sonrisa que provoca. Que borra las lágrimas que le arrancó en la cocina el día de las cebollas.

Lea observa a la religiosa. Sus mejillas fofas, agitadas por un tic nervioso, una mosca que da vueltas por encima de su toca, el olor acre de la orina debajo del hábito. Sor Redención levanta el brazo.

—¡Tú lo has querido!

El bofetón alcanza su objetivo. La mejilla se vuelve encarnada.

Ahora un mechón de pelo cruza la sonrisa de Lea.

—¡Te he dicho que borres esa sonrisa de tu cara, descarada! ¡Y baja la vista! ¡Ahora mismo!

El segundo bofetón no le hace ni pestañear. Aparte de la sangre que afluye tras el golpe y que le hincha un poco la mejilla, no se mueve nada, no cambia nada. Ni la sonrisa ni la mirada fija en los ojos amarillentos y surcados de venillas de sor Redención. El tercer bofetón es brutal, capaz de hacer repicar todas las campanas de Valencia. Lea ha cerrado los ojos en el momento de recibirlo. Pero es todo. Vuelve a abrirlos, sigue sonriendo. La monja la escudriña, acecha la aparición de una lágrima. Nada. Una bofetada doble, esta vez.

—Para que una mejilla no se cele de la otra, te arreglaré las dos, guapa. ¡Borra esa sonrisa!

Y, como la Gateta no se achanta, la religiosa se abalanza sobre ella, la golpea, la golpea mientras da alaridos, tanto y tan fuerte que al final acuden dos monjas sujetándose la toca con una mano y las faldas con la otra. Sor

Redención no deja de propinarle patadas y puñetazos a la adolescente inmóvil, que sigue sonriendo, con los pies plantados en la tierra recocida del camino.

Las dos monjas reducen a sor Redención, le arrancan su presa, mientras ella chilla:

—¡Puta! ¡Pequeña puta!

Las religiosas se santiguan. Lea da un paso adelante, se acerca a su verdugo y le suelta:

—Si te golpean en la mejilla derecha, ofrece la izquierda.

Sor Redención lanza un aullido, que resuena a lo largo de las galerías hasta el despacho de la madre superiora, y se desploma. Las otras dos miran pasmadas a una Lea que sigue sonriendo, como si fuera el Maligno en persona.

Vomitando improperios, suplicando que alejen a esa emanación del diablo que sigue sonriendo, sor Redención se rasga el hábito, se arranca la toca, dejando al descubierto una cabellera grisácea, comida por la calvicie. Mientras se la llevan, todavía echando espuma por la boca, Lea se vuelve por última vez, con la vista aún nublada por los golpes, para saborear la visión de la monja pataleando, en pleno ataque de nervios.

*

Convocaron al padre Vicente, pero este se negó a ver a Lea. ¿Cómo castigar a una niña insensible a todo castigo?

Comprendiendo que nunca haría de ella otra cosa que una criada analfabeta, la confió a una familia adinerada de Valencia, que vivía en un gran piso en la primera planta de un suntuoso edificio de la calle de la Paz, justo encima del taller de un lutier. Si ya estaba familiarizada con el odio, allí conoció la envidia, los celos y el uso de los zapatos. La señora de la casa era una mujer elegante, de manos regordetas, aquejada de un estrabismo que la dotaba de un aspecto cómico. Su esposo, eternamente enfundado en un chaleco a rayas, solo en raras ocasiones sonreía bajo su bigote de puntas enceradas y siempre se expresaba en castellano, lengua de la que Lea se obstinaba en pretender no comprender una palabra. Como, de todos modos, no tenía muchas ocasiones de dirigirle la palabra, no suponía un obstáculo para las tareas encomendadas a la joven: cuidar y distraer a los tres hijos de la pareja. En realidad, pasaba la mayor parte del tiempo jugando con ellos y, por primera vez, llevaba una vida agradable.

Los muebles encerados, las mullidas alfombras, los cuadros que representaban a miembros de la familia e incluso una fotografía donde aparecía el rey Alfonso XIII hicieron nacer en Lea más de un sueño de opulencia. Envidiaba al *amo* y a su mujer. Le habría gustado parecerse a ellos.

En la ciudad todo la maravillaba. Iba por la calle con la nariz pegada a

las tiendas de abanicos, y el ir y venir de los carruajes la dejaba atónita. Por no hablar de la primera vez que vio un automóvil. Aquella máquina le inspiró un miedo inmediato. ¿Cómo podía avanzar sin que tirase de ella ningún animal? Al menos los tranvías estaban unidos a unos hilos que corrían por el cielo.

Y todos aquellos hombres tan guapos, los *señoritos,* y aquellas damas tan hermosas y tan bien vestidas... Le recordaban a los jueces del Tribunal de las Aguas, que se reunían cada mes delante de la catedral, engalanados con sus lujosos atavíos, para dirimir los conflictos que surgían en relación con el riego de los campos. Aunque no comprendía nada de las disputas que se sometían al tribunal consuetudinario, la cautivaba su complejo protocolo.

Algún día también ella sería rica. Analfabeta, sí, eso no podía evitarlo. Pero rica.

Encontraría un marido con bigote y que llevara un chaleco con cadena y reloj de bolsillo, igual que el señor, el *amo.*

No tenía tiempo que perder.

Lea decidió iniciar la búsqueda del marido ideal y empezó a frecuentar los bailes con asiduidad. Los señores la habían vestido de la cabeza a los pies. Para su desgracia, también la habían calzado con unos borceguíes de cuero cocido, que le torturaban los dedos. En aquella época, desde las Fallas hasta los primeros días del otoño, Valencia era una fiesta. Burguesa, enriquecida por las naranjas, la ciudad ofrecía un baile tras otro. Con las castañetas en la mano, a la hermosa Lea le bastó con poner a bailar sus botines por las plazas el día de libranza de las criadas para hacer que las cabezas dieran vueltas al ritmo de endiabladas sardanas o de cautivadores *pasodobles.* En esas anduvo hasta sus dieciséis años.

Al cabo de este tiempo de despreocupación, acabó por echarle el ojo a un tal Manolito, un joven con buena planta en el que depositó todas sus ambiciones. Era cuatro años mayor que ella y se dedicaba a ir por el campo vendiendo de puerta en puerta encajes, cuentas de vidrio y productos de las Américas, además de suministrar medicamentos para caballos a los gitanos de los pueblos circundantes. El vendedor ambulante había heredado de su padre la carreta y el burro flaco que la acompañaba. Soñaba con hacerse pañero y trabajaba duro para ahorrar y poder algún día abrir su propia tienda. Más que el propio comerciante, era la palabra «tienda» lo que había seducido a Lea. La Gateta ya se imaginaba dirigiendo el cotarro tras el mostrador, desplegando metros de tejidos llegados de las Indias para tentar a las elegantes valencianas. Ya llegaría su hora. También ella tendría algún día una criada a su disposición para que se ocupara de los niños. Y un sombrero con velo. Y ya nadie podría obligarla a llevar zapatos.

Si bien supo emplear todas sus armas de mujer para seducir a Manolito, no cedió ante él, contentándose con las audacias que había probado con el pastor de La Horta d'en Carrer, convencida de que su virginidad era su mejor baza para cazar al elegido.

Fue difícil. La sangre le bullía, sin que Lea supiese hasta qué punto iba a

ser rudo el combate que durante toda su vida iba a tener que librar para domar aquella sensualidad demasiado imperiosa.

En 1906, poco después de la Semana Santa, en mitad de un baile que se celebraba no lejos del puerto de Valencia, Manolito, pronto cansado de su aparente virtud, la plantó para irse a bailar el resto de la noche con una morena granujienta, de nombre Remedios, con fama de ser mucho menos arisca que ella. Con las mejillas encendidas por el fuego de los celos, Lea golpeó el suelo con su talón calloso, jurando pagarle con la misma moneda a su novio en el acto.

Cualquiera le serviría, daba igual quien fuese. Mientras estallaba una tormenta de proporciones bíblicas que no iba a tardar en provocar una desbandada entre músicos y bailarines, observó a los que contemplaban a aquellos que se obstinaban en seguir dando vueltas por la pista empapada en agua. Le llamó la atención una melena roja, que brillaba destacando entre la muchedumbre. El hombre le sacaba al menos una cabeza a quienes lo rodeaban y su silueta seca y alargada brotaba como un tallo por encima de los sombreros relucientes de lluvia. Estaba allí plantado, indiferente al aguacero, a decir verdad, indiferente a todo lo que lo rodeaba, como perdido en el interior de sí mismo.

Lea le lanzó una última mirada furibunda a Manolito y avanzó hacia el pelirrojo, al que arrastró hasta el centro de la pista, ya desierta, mientras el vendedor ambulante se llevaba a la cama a su nueva conquista.

El joven habría querido decir algo, ella lo notaba en su respiración entrecortada. Pero ni una palabra salió de su boca.

Fue así como, por despecho, Lea Expósito Pascua conoció a Francisco Soler Pericas, apodado el Rotg, quien se convertiría en su marido. El Rotg no era comerciante, ni mucho menos vendedor ambulante. Tampoco era el hombre de sus sueños, y había pocas probabilidades de que llegase a serlo algún día. Igual que Manolito, era cuatro años mayor que la joven y había escapado a sus obligaciones militares por haber venido al mundo el mismo día que el rey Alfonso XIII, lo cual le había valido, como a todos los nacidos en esa fecha, para ser dispensado del reclutamiento por gracia real. Fue el único golpe de suerte que tuvo en su vida, a no ser que se considerase que su encuentro con Lea fuese tal cosa.

El Rotg no era más que un modesto obrero, aprendiz en una carpintería de barrio, situada en Sant Balaguer de la Font, donde fabricaba más ataúdes que muebles y hacía las veces de enterrador cada vez que este último decía que estaba enfermo, es decir, siempre que andaba con resaca, y hay que decir que el sepulturero titular era un hombre con mucha sed.

Francisco Soler también se ofrecía como jornalero por la comarca. Humilde y taciturno, no poseía ni tierra ni vivienda. Esto no impidió que Lea se formase el proyecto de un futuro radiante para ellos. Durante todo el tiempo que estuvieron de novios, la criada siguió viviendo en la calle de la Paz, donde trabajaba. El noviazgo duró tres años, al cabo de los cuales se hizo

urgente proceder al casamiento, pues el temperamento de la Gateta por fin había impuesto un calendario acelerado.

*

Las otras criadas con las que se cruza en el mercado de Valencia la han avisado: la primera vez se sangra mucho. Es decepcionante, no se experimenta ningún placer. Nada que ver con los toqueteos hábiles y solitarios que se prodigan ellas mismas.

¡Cómo se equivocan! Lea está tendida, con la cabeza apoyada en el vientre liso de su hombre. Su piel es pálida, semejante a una hoja de papel desplegada a la sombra de la higuera bajo la que se han refugiado. Observa el sexo de Francisco, que parece un animalillo dormido. A su alrededor, todo es blanco bajo la luna, como cubierto de nieve. Han caminado hasta el campo, se han buscado un rincón. Cuando él la penetró, ella no sintió ningún dolor. Solo un pellizco. Apenas una o dos gotas de sangre en la falda, que habría que lavar. Se concentró en las sensaciones. La dureza de él, tan suave en su interior. Sintió cómo iba creciendo el placer a lo lejos, como una confirmación, en oleadas, y se incorporó para pegarse más a su hombre. Las palabras salieron solas de su boca, como si no las estuviese pronunciando ella. Pensaba: «Hazme el amor, hazme el amor». Pero en vez de eso gritó: «¡Fóllame! ¡Fóllame!». Fue más fuerte que ella. Y luego gozó al mismo tiempo que él. Las imágenes daban vueltas en su cabeza, la del pastor al que había masturbado mucho tiempo atrás, la del Rotg, y luego todo se tiñó de rojo y permanecieron encajados el uno en el otro, sin aliento, congestionados. También para él era la primera vez.

Distraída, ella le acaricia el miembro.

—¿Tarda mucho en volver a levantarse?

El Rotg sonríe.

—No lo sé. Un poco. Pero contigo puede que sea más rápido.

Por instinto, Lea sabe. Se abalanza sobre él y lo engulle, se deleita con los sabores de ambos mezclados. Un placer animal. No tarda quince minutos ni diez, ni siquiera cinco. Lea saborea la asombrosa sensación de ese miembro que se hincha bajo su lengua, como dotado de vida propia. Experimenta con ese nuevo poder. Su poder de mujer.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? ¿A hablar así? Me has mentido, no es la primera vez.

Lea tiene que enseñarle la sangre que mancha su falda para convencerlo. Con todo y con eso, él sigue dudando y toma su instinto por experiencia. Ella insiste, él se aparta. El Rotg no comprende que Lea no es más que eso: instinto. Una animal dotado para la supervivencia. La suya, la de su especie.

A partir de ese momento, Lea solo piensa en volver a hacerlo. A la

menor ocasión. Por la noche, en casa de los señores, donde el Rotg se cuela a hurtadillas. En todas partes, todo el tiempo, no piensa en otra cosa.

*

Lea deja su empleo tras un largo y sensual noviazgo. Se sube a la diligencia que va a Sant Balaguer de la Font, donde la espera Francisco. Allí, su Rotg había logrado encontrar una casucha de una sola estancia para alojar a su futura familia. Esperaban el nacimiento para finales del verano. Lea palpaba con asombro sus pechos hinchados, su vientre redondo. En la fuente, las mujeres evocaban el dolor del alumbramiento con palabras dramáticas, se acordaban de la Juana, que había muerto de parto el mes anterior, de la Lourdes, que había sufrido una hemorragia en Nochebuena y había perdido el niño. Lea se encogía de hombros, recordando los relatos aterradores de las otras criadas cuando contaban cómo las habían desvirgado. Y, aunque tuviesen razón, el dolor era para ella un viejo compañero, al que había domado mucho tiempo atrás, gracias a sor Redención. No tenía miedo.

Aunque celebraron una boda furtiva, tuvieron que hacerlo, como mandaba la ley, en la iglesia de Sant Balaguer, en los primeros meses del año 1910. El 11 de septiembre del mismo año, las manos arrugadas de una vieja del barrio extraían de entre los muslos de Lea a un niño tan pelirrojo como su padre. Ella observó con curiosidad a su bebé cubierto de sangre y humores. ¿Cómo podía haber salido de sus entrañas aquel ser? Al menos era un varón, un *machote*. Fue bautizado —también era una obligación legal— con el nombre de Niceto.

El Rotg era un hombre tranquilo y más bueno que el pan. Allí donde lo pusieran, se quedaba quieto y no se movía. No obstante, la noche de bodas había revelado a Lea el singular defecto de su esposo: Francisco Soler padecía sonambulismo crónico. Aquella noche, ella tuvo un sueño extraño. Vagaba en plena noche, desnuda por un camino, regada por una lluvia más ardiente aún que los chaparrones de agosto. Tardó un buen rato en despertarse. Cuando abrió los ojos, se encontró a su marido de pie sobre el camastro donde dormían, orinando encima de ella. Soñaba que estaba haciéndolo contra un muro, en la calle. Lea pegó un salto, maldiciendo, pero enseguida se serenó. En efecto, había oído decir que bajo ningún concepto se debía despertar a un sonámbulo, pues se corría el riesgo de sumergirlo en una locura de la que no saldría jamás. Así pues, se limitó a bajarse de la cama para ir a secarse a la luz de la luna. Cuando regresó a la casa, el Rotg había vuelto a acostarse y roncaba como un oso.

*

Después de la noche de bodas, el Rotg no volvió a orinar sobre su mujer, pero ella lo sorprendió infinidad de veces vagando por la única estancia de la casucha, cuando no era por el corral, donde a la mínima despertaba a las pocas gallinas que la pareja había conseguido reunir a base de privaciones. Erraba un rato por allí y la mayor parte de las veces luego volvía a acostarse él solo, de tal manera que, salvo contadísimas excepciones, la Gateta acabó por dejar de prestar atención a los caprichos nocturnos de su marido. Hay que decir que tenía muchas otras preocupaciones en la cabeza. Lejos quedaban los sueños de abundancia, Lea había entrado de lleno en la realidad. Una realidad de hambre cotidiana, suerte común de un ejército de campesinos pobres y sin tierra. La leche que salía de los pechos de la hambrienta Lea no valía gran cosa. Niceto crecía mal. Aparte de los pocos huevos que ponían sus gallinas, los Soler tenían que contentarse con higos, una sopa demasiado aguada y algo de pan. ¿La carne? Un horizonte inalcanzable. ¿El pescado? Ya no tenían fuerzas ni de ir hasta el mar. Niceto no solo había heredado la pelambrera cobriza de su padre, que enseguida le había valido el sobrenombre de Rotget, sino que además padecía el mismo mal nocturno que él. A veces Lea sorprendía a padre e hijo ciegos y mudos, dando vueltas en un silencioso tiovivo alrededor de la mesa coja, frotando con los pies descalzos el suelo de tierra pisada, sin llegar nunca a chocar entre ellos ni a dar con la camita del niño, que el Rotg había fabricado con sus propias manos, usando descartes de madera.

La lactancia posee virtudes anticonceptivas bien conocidas por las mujeres. Por ello, la Gateta amamantó al pequeño Niceto tanto tiempo como le fue posible. Pero sus senos acabaron por secarse debido a la falta de alimentos y volvió a quedarse embarazada. Ramón nació pelirrojo como los otros varones de la familia Soler.

Las mujeres tenían razón. Los embarazos eran una fatalidad. Hasta que los cuerpos se secaban o morían.

Le costaba querer a Ramón tanto como a su primogénito. Cargaba con él con mucha menos ligereza, pues este se había impuesto a pesar de la necesidad en la que se hundía la familia. Como se habían aprendido bien la lección anticonceptiva, desde el día de su nacimiento Ramón no había vuelto a separar los labios de los pezones de su madre, agrietados por la demanda constante. La criatura era insaciable y Lea se marchitaba a ojos vistas.

Porque la Gateta, el Rotg y sus dos pequeños pelirrojos literalmente se morían de hambre. Por mucho que Francisco ensamblase lo mejor que podía los cuatro tablones de los ataúdes, que su mujer y él se empleasen como jornaleros a diestro y siniestro, en los naranjales, en los olivares, que trabajasen la tierra ingrata del huerto y que hiciesen fuego con cualquier resto de madera, no les salían las cuentas. Durante un tiempo, pensaron en tomar un arriendo. Una *finca*. Era el sueño de Lea. Solo que habría que pagarle por ello al *amo*. Lo cual no dejaba a los aparceros más que una ínfima proporción de las cosechas. Apenas suficiente para sobrevivir. Quienes se aventuraban a hacerlo, a falta de algo mejor, andaban por los caminos con la panza tan vacía

como ellos.

Había sido un mal año. Seco. Perdido. El precio del trigo estaba por las nubes. Tanto que llegó a faltarles el pan.

Lea y Francisco sacrificaron las gallinas. Después, tuvieron que contentarse con olivas, algunos tomates frotados sobre un mendrugo aderezado con un poco de ajo, naranjas caídas del árbol, ranas y caracoles cazados furtivamente en la red de *acequias* que bañaban los campos con un hilillo de agua.

El arroz de El Saler, la vecina albufera situada al sur de Valencia, era un lujo; el queso, una utopía; y la leche de cabra, una bendición que a veces les proporcionaba algún alma caritativa. Los Soler vestían andrajos. El pozo de su casucha exhalaba un hedor a animal muerto.

Pronto se abatió sobre la región una epidemia de cólera y la muerte fue segando vidas en todas las casas, sin hacer distingos. Sin embargo, la de los Soler se libró, por lo que los vecinos empezaron a mirar de reojo a aquellos *Rotges* cuya mugrienta miseria solo era comparable con su insolente suerte.

Entonces estalló la guerra entre Francia y Alemania. En Sant Balaguer de la Font no se supo gran cosa de este sangriento conflicto hasta que los rumores les llevaron un viento de exilio. De exilio y de trabajo por fin remunerado, en dinero contante y sonante de la República Francesa.

Allá, en el norte, hacían la guerra corriendo por los bosques y los campos desde el 3 de agosto de 1914 y los ejércitos alemanes se dirigían a toda velocidad hacia París, embistiendo con sus afilados cascos, de modo que pocos días antes de que llegase el otoño ya estaban en Meaux. En un esfuerzo desesperado, los franceses habían repelido al enemigo hasta más allá del río Marne el 19 de septiembre de ese mismo año. A partir de ese día, la guerra a paso de carga se convirtió en conflicto de posiciones. Los ejércitos combatientes empezaron a enterrarse. En el invierno de 1914 llegaron a España las primeras ofertas de empleo. Hacían falta manos para cavar trincheras y, como las de los orgullosos galos estaban ocupadas en empuñar fusiles y bayonetas, se hizo saber a los obreros agrícolas de allende los Pirineos que en el frente los esperaban las palas, junto con los jornales que las acompañaban. La noticia se propagó con la velocidad de una tramontana invernal, cruzó la frontera, atravesó Cataluña y llegó a Sant Balaguer de la Font.

Aunque les faltaba el pan, Lea no había renunciado por completo a sus sueños. No era propio de su carácter abandonar. Bien es cierto que había tirado a la albufera la quimera de montar una tienda, pero no había olvidado ni por un momento el voto que se había hecho con el Rotg. Una tierra. Sí, algún día tendrían una tierra para ellos. No un pedazo de tierra, reducida por las herencias sucesivas al tamaño de un *pañuelo* apolillado. Su hombre se convertiría en *amo,* y ella sería la señora. Señora de una tierra, una de verdad,

que los alimentaría, abundante, fértil, como las que poseían los dueños de aquellos inmensos *latifundios* que se extendían hasta donde alcanzaba la vista y que tanto ansiaban los campesinos sin tierra y las huestes de vagabundos analfabetos que habían tenido que echarse a los caminos.

El Rotg agarró su mugriento sombrero negro de ala ancha y se unió a los hombres de Sant Balaguer de la Font, apiñados en las diligencias que partían hacia Valencia, donde los españoles iniciaban un interminable viaje que llevaría cohortes enteras de ellos hasta los campos de batalla franceses.

Al principio, las autoridades francesas estuvieron tentadas de constituir con ellos unidades de combate. El ejército andrajoso que cavaba las trincheras y colocaba hileras de alambre de espino recibió el pomposo nombre de «batallón de trabajadores extranjeros». Solo que aquel conglomerado de solicitantes de asilo, de judíos que huían de los pogromos, de apátridas, de rusos demacrados, de polacos esqueléticos, de jornaleros españoles y de italianos muertos de hambre, aquella torre de Babel, demostró ser imposible de gobernar. Bastaba una orden de un suboficial para que de inmediato se disgregase la pulcra formación de la tropa y se transformase en una asamblea informe que se preguntaba en diez lenguas y veinte dialectos: *«Chto?», «¿Qué dice?», «Oï!».* Resultaba mucho más sencillo señalar con un dedo la pala y con el otro la tierra, imitando el gesto de cavar. El estado mayor pronto renunció a lanzar a la carga a los miserables, pues consideraba a la población de las colonias mucho más apta para ese sacrificio.

Francisco no escribió sobre nada de esto a la Gateta, que de todos modos no sabía leer. No podía describirle aquel país demasiado rico, abandonado por los hombres movilizados en el frente. Los coches, las luces de las ciudades, los señores bien vestidos que había podido vislumbrar gracias a un breve permiso en la retaguardia. El horizonte gris, ceniciento, los espectros de los árboles descarnados, los bosques talados, los campos sin cultivar, arrasados por los obuses, las hileras de alambre de espino que surcaban la llanura, las redes de trincheras que se extendían como venas abiertas por el fango de la comarca de Soissonais. Y todos esos hombres cargados, demasiado equipados, que volvían cubiertos de barro y de sangre, tambaleándose como fantasmas, mientras a lo lejos las manos gigantescas de los obuses arrasaban el paisaje y hacían temblar el aire. Echaba de menos a Lea. Echaba de menos a sus hijos. No verlos crecer le provocaba un sufrimiento comparable al de no poder dejar correr su boca por la piel de la Gateta. Ella era tan audaz en la cama que a veces lo asustaba. Dispuesta a todos los experimentos, a todas las exploraciones, se atrevía a todo, no se resistía jamás, salvo cuando la invadía el miedo de quedarse embarazada. Pero, aun entonces, nunca resistía durante mucho tiempo. A menudo se había preguntado de dónde le vendría tal apetito por la cama. Luego había decidido no pensar más en ello, aunque a veces seguía visitándolo el demonio de los celos. No siempre lo conseguía, pero se

esforzaba por expulsarlo y amaba a Lea con un amor inquieto.

No, de todo eso el Rotg no escribió nada. Son cosas de las que no se habla. Se limitó a enviar dinero y con eso bastó para reavivar el cariño de Lea hacia su esposo.

*

El patio de la casa, abrasado por el sol. El polvo. De nuevo las gallinas, cacareando en el calor. Y los huevos. Y los tomates, e incluso un poco de queso de cabra. De carne, nada. Tampoco hay que pasarse. Lea sabe que su Rotg ha de estar pasando hambre, frío, allá, en el norte. Ha cambiado un gallo por una pata, que está cocinándose a fuego lento. La tapa de la olla de barro se levanta, deja escapar un eructo. A los pies de Lea, una nube de plumas. Sus manos acarician el plumón. Luego, a brazadas, recogen las plumas inmaculadas y las van metiendo en la bolsa de algodón virginal. La llenan hasta que no caben más. Las manos cosen, cierran la almohada. Seguramente el Rotg duerme en el duro suelo. Lea piensa en el frío glacial. Sobre la mesa, colocada de través, dos libras de peras —una fruta escasa y cara—, como prueba de su amor. Vienen de los Pirineos. Por una vez Lea no ha escatimado. Con delicadeza, coloca la almohada en el fondo del paquete y deposita con cuidado las peras sobre el mullido colchoncito de plumas. Hay que evitar que se aplasten. Huele el perfume sutil de los frutos en sus dedos, aprieta los muslos.

Por suerte, el cartero sabe leer, y también escribir. Es él quien anota en el paquete el nombre de Francisco Soler, ocupado en cavar en algún lugar cercano a Soissons. El pecho de Lea se levanta. Contempla a su progenie de pelirrojos entretenida en jugar al corre que te pillo por el suelo de tierra pisada. Una carga. Pesada, demasiado pesada para ella. Para ayudarlas, las otras mujeres tienen madres, abuelas. Lea no. Lea está sola.

*

El paquete no tardó menos de tres meses en llegar a su destino. De maduras, las peras habían pasado a un estado avanzado de descomposición, y la peste que emanó del paquete cuando el Rotg lo abrió hizo que almohada, plumas y frutas fuesen directas al basurero del campo.

De la guerra, a fin de cuentas, Francisco no vio gran cosa, aparte de los trenes que transportaban a los heridos hacia la retaguardia y las tropas de refresco hacia el frente, y de aquel singular amontonamiento de cuerpos entrevisto un día en el andén de una estación cuyo nombre había olvidado, visión fugaz engullida por los raíles. Al principio, había tomado a aquellos

hombres amontonados por mutilados a los que estaban evacuando, hasta que, asombrado por su rigidez y su inmovilidad, el antiguo enterrador por azar se percató de su estado de estatuas cubiertas por una costra de tierra, de cadáveres a la espera de un tren que, como el suyo, se dirigiría hacia París.

La Gateta no conoció la funesta suerte que habían corrido las peras y la almohada hasta el regreso del esposo pródigo. Él se abalanzó como un muerto de hambre sobre los pechos de su mujer, que no se hizo de rogar, pues ya no aguantaba más aquella abstinencia. El pequeño Ramón había cumplido dos años y la lactancia prolongada había concluido. Sucedió lo que tenía que suceder. Con el nuevo embarazo, Lea descubrió que la fatalidad podía ir de la mano del orgullo. El orgullo de ser una mujer de verdad, que se acostaba con su hombre y lucía la prueba de ello, mientras que tantas otras esperaban en vano las suyas.

Llevados por el viento, los rumores circulaban veloces entre el sur de Francia y España. Se decía que quienes se iban a trabajar las tierras de Narbona o de Carcasona no siempre se contentaban con arar los campos. En los pueblos de Francia había una legión de viudas, e infinidad de maridos españoles no pensaban regresar a su tierra, pues habían encontrado allí hermosas enlutadas necesitadas de consuelo. Lea iba a la fuente luciendo orgullosa su panza. Los cacareos de las madres abandonadas murieron ante el espectáculo de su redondez.

Así nació Batista. Rompiendo la costumbre, vino al mundo rubio y libre de sonambulismo. Niceto seguía siendo el preferido de Lea. Ramón era torpe, taciturno como su padre, retrasado en todo. Niceto, en cambio, se lanzaba sin pensarlo mucho. Aunque solo tenía un año y medio más que su hermano, ya era más espabilado que nadie, capaz de colocar lazos para cazar de cuando en cuando algún que otro conejo. Era como ella. Pero Batista, tan rubio, con esa sonrisa... Un *machote* encantador, un futuro seductor al que Lea, rendida, cubría de besos.

Por su parte, el Rotg no conoció la felicidad de abrazar al recién nacido. Francisco Soler, que se había librado del reclutamiento en España por haber nacido el mismo día que el rey Alfonso XIII, aunque cansado de las trincheras, del barro y de los uniformes, había retomado una vez más el camino de Francia, igual que otros trescientos mil compatriotas que habían partido para sustituir a los campesinos del sur, sacrificados al ogro del siglo naciente.

Como ellos, el Rotg empujaba el arado entre las hileras de viñas por tierras de Béziers. Más al norte, en las trincheras, el rojo de la sangre se mezclaba con el del tinto de mala calidad. El vinacho. Si acaso llegase a faltar, tal vez a los soldados, recuperados de su ebriedad, les diese por

sublevarse, ¿quién podía saberlo? Tenía que correr a raudales para que la tropa se inmolase sin protestar demasiado. La industria vitícola funcionaba a pleno rendimiento.

Antes de que Europa terminase de destriparse, Soler ya había hecho dos campañas en los llanos del Minervois. Entre medias, aún había encontrado la forma de preñar otra vez a la Gateta.

El hombre había cambiado. Seguía siendo tranquilo y taciturno, pero a veces, con una voz cargada de la autoridad que le daba el haber recorrido mundo, se permitía soltar ásperos comentarios políticos, citando el ejemplo de los pordioseros que se liberaban del yugo que los sometía, allá, en las viñas francesas, y concluía sus diatribas con un lapidario: «La tierra es de quienes la trabajan».

La Gateta no pensaba dejar a Francisco Soler para otra más golosa que ella. Había acabado la guerra, o al menos se había firmado el armisticio en aquel país cuya opulencia todos exaltaban, pero cuyos campos habían quedado vacíos de población masculina en edad de procrear. Así, cuando Francisco se embarcó para una tercera campaña, su mujer le comunicó su deseo de acompañarlo.

*

Hace semanas que lo sabe. ¡Vaya suerte la de las mujeres! ¡Pero ese idiota del Rotg ni se ha molestado en dar marcha atrás! No es el momento. De verdad que no. No quiere irse a Francia con ese bebé que llega en el peor instante, justo cuando se preparaba para levantar el vuelo. Ha probado de todo para abortar. Se ha pasado días enteros saltando en el sitio, en vano. Así que va a hacerse daño.

La escalera pesa y le cuesta moverla. Lea hace una mueca. Últimamente tiene la espalda hecha polvo. La apoya contra la casa. ¡Como si se pudiera llamar casa a aquello! La apoya con firmeza, tampoco pretende matarse. La sacude. Está bien. Con prudencia, va subiendo, un escalón, dos. Venga, tres, para no quedarse corta. Se da la vuelta con torpeza y encaja los talones en la madera rugosa. Toma aliento, cierra los ojos y salta. Da con sus huesos en el suelo. Se golpea la barbilla. Le entrechocan los dientes. Se sienta, se palpa el vientre, se levanta despacio. Tiene las rodillas en carne viva. Hace una mueca y se agarra a la escalera. Un escalón, dos, tres, cuatro, cinco. ¡Hop! Esta vez le ha tocado a los codos. Está destrozada, de la cabeza a los pies. Por la noche el Rotg le pregunta qué le ha pasado, ella le contesta que ha resbalado.

Espera con impaciencia. Cuenta los días. Pero nada. El engendro está bien agarrado.

Entonces coloca una tina a pleno sol y la llena tanto como puede de

agua, que ha puesto a hervir en una marmita al fuego, en la chimenea, siguiendo las indicaciones de una vecina que le ha explicado que un baño muy caliente podía provocar un parto prematuro. De todos modos, a Lea le encanta el agua. Aún no le ha dicho nada al Rotg. Se pondría furioso. ¿Quién sabe si no la abandonaría en el acto para irse a hacerle carantoñas a una francesa?

Vierte el agua abrasadora por su cuello, por sus areolas oscuras, engrandecidas por el embarazo. Se abandona a la voluptuosidad del baño, cerrando los ojos. Es agradable. Trata de imaginar al bebé saliendo, ahogándose. Pero tampoco funciona.

Entonces Lea engulle litros de pociones y de tisanas abortivas de sabor infecto, al tiempo que maldice a la criatura que lleva en su vientre, conminándola a salir en el acto, insultándola con tal regularidad que el bebé se acordará mucho después de su nacimiento. Pero no acaba de decidirse a ir a ver a la abortera.

Ella. Una niña, además es una niña, lo presiente, lo siente en sus carnes, en su vientre. Y ya la odia.

*

Se llamó Gloria. ¡Y el tonto del Rotg, que se encariñaba con ella! Claro. ¡Ahora que ya le había dado tres varones, podía encariñarse con una niña, el muy canalla! ¿Y qué iba a hacer ella con esos tres? ¿Eh? Allá, en el norte, habría que trabajar duro. No habría nadie que pudiese cuidárselos y velar por ellos. Lea no se sentía con fuerzas para llevárselos. Había que dejarlos. Volvería a por ellos más adelante. Entretanto, sabía a quién confiárselos.

Manuela Julbe se había hundido bajo el peso de los años, el pelo se le había vuelto quebradizo y la pólvora de los fuegos artificiales había empañado su piel, más gris que el polvo de meteorito. Al verla, Lea sintió que regresaban los recuerdos de infancia y de libertad, las carreras entre los naranjos, sus pies descalzos levantando nubes de polvo árido, las manos de Manuela Julbe despiojándola.

Sí, allí estarían bien. No era un abandono, como el del padre Vicente. *Su* padre, aquel maldito cura que se había deshecho de ella como de... No, sus chicos no eran una carga. Al menos, no durante mucho tiempo.

Las manos de Manuela, las manos de la ternura, se retuercen mientras le suplica a la Gateta.

—Estás completamente loca, Lea. ¡No querrás abandonar a tus hijos! ¡No querrás hacerles pasar por lo que pasaste tú! ¿No recuerdas que odiabas al mundo entero? Llévatelos contigo, Lea. No es que no quiera quedarme con ellos, hay sitio... Pero lo entiendes, ¿no?

La Gateta insiste:

—La tierra, *mare* Julbe, la tierra. Eso es lo que voy a buscar. Para ellos, para nosotros. ¡Es por su bien! Míranos. Mira lo que somos. Unos miserables. Menos que eso. No puedo llevármelos. No podré ocuparme de ellos.

Manuela Julbe lleva a Lea hacia la arboleda. Ha dejado a su marido con el Rotg. Le coge la mano a la Gateta y la obliga a volverse hacia ella.

—No es para ellos para quienes quieres una tierra. Ellos te dan igual. Esa tierra la quieres para ti.

Lea retira la mano con brusquedad.

—No, no es cierto. Ya verá, vendré a buscarlos.

*

Lea y su Rotg huyeron sin volver la vista hacia las miradas claras y frías de los tres niños, que los atravesaban mientras se alejaban en dirección al portón, pugnando por escapar al vacío que iba abriéndose en sus entrañas, por contener aquellas lágrimas a punto de desbordarse.

La madre Julbe, en el fondo satisfecha de aquella contribución de hijos varones, cuyos brazos pronto serían fornidos como ramas de naranjo y labrarían las terrazas mejor de lo que la Gateta había podido hacerlo jamás, observó a Lea y a su Rotg mientras se alejaban por el camino.

Pasó los brazos por los hombros de los dos mayores y suspiró. Niceto abrazaba con fuerza al pequeño Batista, que lloriqueaba como una niñita.

—Cállate —le mandó su hermano mayor—. Los chicos no lloran.

Por Manuela Julbe Lea había sabido de la muerte del padre Vicente. Había recibido la noticia con aparente indiferencia. «Que le pongan paja en el culo, que le prendan fuego y que arda en el infierno». Si es que existía. Ese había sido su único comentario antes de abandonar aquel país ingrato, aquella tierra que tanto se había resistido a alimentarlos.

Francia. Pero esta vez de verdad. Para quedarse.

Se pusieron en marcha en el invierno del 18, unos días después de haber abandonado a sus hijos en casa de los Julbe, y fueron a sumarse a la multitud de destripaterrones hambrientos que, acompañados de sus familias, iban a buscar empleo en Francia. Llegados a Portbou, Lea y Gloria se quedaron, junto con las otras mujeres y los niños, resguardadas al abrigo de carretas cargadas de colchones y de trastos heterogéneos, en medio de un campamento improvisado del lado español, mientras el Rotg cruzaba la frontera en busca de unos cuantos jornales. Los empleados de aduanas les preguntaron con desgana si tenían pasaporte o cualquier otro documento de identidad. No tenían nada. Devastada por cuatro años de sangrienta guerra, Francia aún estaba por reconstruir y tenía una cruel carencia de brazos. Los polizontes de la aduana habían recibido instrucciones, hicieron la vista gorda. El Rotg y sus

compañeros consiguieron emplearse unos cuantos días en las viñas de Port-Vendres. Ese mismo día, regresaron a buscar a los suyos. Con Gloria a la espalda, encaramaron a Lea en lo alto de una carreta, en dirección al sur de Francia. Pasaron juntos su primera noche en Francia, amontonados en un granero, con sacos de arpillera colgados de las vigas para separar a unas familias de otras, con el objetivo de proporcionarles cierta intimidad. Al cabo de esa primera semana, gracias al dinero que habían ganado, los Soler emprendieron la marcha hacia el Languedoc.

*

Devorada por el deseo de esa famosa tierra que tendrán algún día, Lea lleva varios meses cavando la tierra reseca del Minervois, junto al Rotg y a más de cincuenta compatriotas, cargando sobre la cabeza las pesadas tinas llenas de racimos encarnados y dejando a su bebé a la sombra, entre las hileras de cepas bien ordenadas. Solo se detiene, cubierta de sudor y de polvo de tierras francesas, para amamantar a Gloria, cuando sus berridos se imponen sobre los cantos de los campesinos.

Ha descubierto Narbona, sus coches, sus cafés, y ve la ciudad como una tierra prometida, que por fin le dará lo que ella le exige a la vida. Más aún que en Valencia, las avenidas están llenas de señores con poblados bigotes, de damas elegantes que se protegen bajo amplios parasoles y de magníficos automóviles. Los paseantes se congregan el domingo en torno al quiosco de música, cerca de la estación, o bien deambulan a lo largo del canal del Mediodía hasta el puente de los Comerciantes.

Pero Argeliers queda lejos de Narbona. Aquí, hasta donde alcanza la vista, la viña devora el paisaje. Aquí se produce la mitad del vino de mesa nacional. Las fincas son vastas. Inmensas. Y, como en España, los amos son ricos. Muy ricos. Y los Soler son pobres. Como los demás. Sí, es cierto que sacian su hambre, pero ¿de qué les sirve, si su vida se limita a alimentarse, si no pueden ni siquiera ahorrar?

Una vez más, Lea cuenta. Sus dolores, sus músculos maltrechos, sus callos en las manos y esa tos que se apodera de ella cada vez que sulfata. Y su hombre igual. Solo que él gana el triple.

Lea no tiene pelos en la lengua y esa tarde, cuando le llega el turno, en la fila de jornaleros que se extiende frente a la viña, se planta frente a la mesa de Claude, el capataz. La cadena de plata del reloj que desaparece en el bolsillo del chaleco a rayas del hombre.

—Oye, Claude, dime una cosa. ¿Por qué nos pagan tres veces menos que a los hombres de la varada? Y no te hablo del manijero, que gana aún más.

La varada es la cuadrilla de jornaleros. Y el manijero, el que manda en

ella. Han venido a vendimiar a la Grande Canague, en Capestang, a algunos kilómetros de Argeliers. Han tenido que venir caminando, por si fuera poco trabajar de pie, doblados en dos, durante siete horas seguidas.

Sorprendido, Claude alza la vista hacia la tropa de muertos de hambre llegados de España. Le sostiene la mirada a la Gateta, luego estira el cuello para ver el bebé dormido en su espalda. Lea insiste:

—¡Caramba! Cuando mi hombre gana siete francos, a mí no me das más que dos.

Oye risas ahogadas entre las otras mujeres. Detrás de ella, el Rotg, que espera su turno, le pone una mano en el hombro. Ella se zafa. Un último rayo de sol acaricia las hileras que ondulan en las colinas. Una compañera asiente:

—Tiene razón.

El capataz replica en occitano, rodando las erres:

—De acuerdo. No es normal. ¿Sabes qué? No vuelvas mañana. Ni tampoco tu hombre. Así no podrás quejarte, ganaréis lo mismo.

En la fila, nadie dice nada más. El capataz le da el jornal.

Lea farfulla entre dientes:

—¡Cabrón hijo de puta! Algún día acabaremos con vosotros, no valéis más que vuestros amos.

El capataz se levanta de un salto.

—¿Qué has dicho?

Levanta la mano.

El Rotg aparta a Lea con un gesto del brazo. Su puño se abate sobre la sien del hombre, que no tiene tiempo de ver venir el golpe. Cae como un buey en el matadero. Los jornaleros que esperan su salario se desatan:

—¡Vamos, acaba con él!

—¡Mátalo!

Sin aliento, el Rotg se inclina sobre el hombre. Está inconsciente, pero respira. Ha bastado con un solo golpe.

Sus manos abren los dedos del capataz, crispados sobre el billete, y le arrancan el dinero. Se lo da a su mujer.

Más tarde, el Rotg camina delante de Lea, por el camino de regreso. Sus pies levantan una fina polvareda que centellea a la pálida luz de la luna llena.

Lea trota para alcanzar a su marido.

—¿Qué?

El Rotg no contesta.

—¿Qué? No vas a estar de morros toda la vida, ¿o sí?

Él se detiene y le suelta:

—No pierdes ocasión.

Reemprende la marcha. La Gateta le muerde los talones con sus palabras:

—¿Cómo que no pierdo ocasión? Desde que llegamos, hemos ganado setecientos sesenta francos. De ellos, solo me han dado a mí doscientos, y eso que trabajo tanto como tú y, encima, tengo que amamantar a la niña. ¿A ti te

parece justo?

—No digo eso. Pero en la vendimia nos han pagado sesenta francos más.

—De acuerdo, ganamos más que en España, mucho más. Pero mira: hay que pagar el alquiler, la choza que nos conseguiste en Argeliers cuesta trescientos sesenta y cinco francos. El pan nos cuesta otro tanto. Y en el resto, la carne, las verduras, el calzado, la ropa, se van otros ciento cincuenta.

El Rotg ha vuelto a detenerse. Calcula mentalmente.

—Son cerca de mil.

—Pues sí... No llegamos. No estamos mejor que en España, mi Rotg. Nos gastamos todo lo que ganamos y no hay forma de ahorrar.

—Es cierto, pero no es así como lo conseguiremos, haciendo que nos pongan de patitas en la calle. Cría fama y échate a dormir.

—Y que lo digas... Con la que le has metido...

Cuando dice eso, arden en el fondo de sus ojos unos destellos que no puede ver, aunque sí nota que su voz tiembla, solo un poco, como siempre que tiene ganas.

Han llegado. El Rotg abre la puerta, que está algo descoyuntada, por lo que hay que levantarla un poco sobre sus goznes. Les ha alquilado la vivienda un *gavach,* un montañés de Lozère. No es mucho más rico que ellos. Simplemente lleva allí más tiempo. Nunca ha regresado a su tierra, en las Cevenas. La estancia huele a excrementos de ratón y a paja. El Rotg enciende una vela. Una luz rojiza se extiende por la habitación. Lea deposita al bebé en la cama.

Soler sabe cómo calmarla. Avanza despacio, la mira fijamente a los ojos, se queda inmóvil frente a ella, le pone las manos en los pechos. Lea suspira. Cierra los ojos. Con la palma de la mano busca la verga de su hombre a través del tejido áspero del pantalón.

No se siente bien en ninguna parte. Aquí, desearía estar lejos, allá, en ese lugar que tanto deseaba abandonar. La verdad es que echa de menos a sus chicos.

*

Para superar la nostalgia, Lea escardaba, Lea podaba, junto a aquellos rudos languedocianos que hablaban una lengua tan parecida a la suya que le evitaba el esfuerzo de tener que aprender francés. La conversación fluía, sobre todo en torno a la política. Al Rotg le gustaba escuchar a los mayores, que habían participado en la rebelión del Mediodía francés, la llamada «revuelta de los harapientos».

El Mediodía rojo había parido las primeras cooperativas, de ideología socialista. Francisco descubría un mundo nuevo. Un mundo de palabras de ira y de hambre —*«Pas pourré mangea de pan!»*2—, entonadas en occitano.

Marcelin Albert, al que en el pueblo apodaban Lou Cigal por su pasión por la escena y la canción ligera, era a un tiempo mesonero y viticultor. Este barbudo había encabezado el Comité de Defensa Vitícola instalado en el café Rouvière. Aquel domingo, Lea y el Rotg pararon en la tasca para beber un vaso de vino de verdad, del bueno, no aquel inmundo vinazo aguado que les servían los capataces de las viñas los días de trabajo. La conversación fluía. El relato de la hazaña pugilística del Rotg había llegado hasta allí.

—¡Dios mío, menudo sopapo le metiste al Claude! Claro que se lo había buscado —le aseguró el viejo Marcelin mientras secaba los vasos—. Ya verás, algún día tendremos aquí la revolución, como en Rusia. Lo que os pasó en la Grande Canague es intolerable. A esa gente la meterán en la cárcel. Les quitarán todo para devolvérselo al pueblo y tendrán que trabajar, como nosotros.

El Rotg asintió, y todos los jornaleros presentes aplaudieron.

«Sigue hablando —pensó Lea—. Puedes esperar sentado la revolución. Si te piensas que van a dejarnos ocupar su lugar, te equivocas. Lo que yo quiero es ser igual que ellos».

El Rotg le había descrito tantas veces esa sociedad nueva que un día no muy lejano construirían los miserables sobre las ruinas del antiguo mundo, cuando, para matar el tiempo, con la punta de su navaja Laguiole, hacía nacer la silueta de un caballo en un pedazo de madera, se la había descrito tantas veces, sí, que ya no se lo creía. Seguía tallando juguetes para Gloria. Su alma, su vida. Su favorita. Para desesperación de Lea, que prefería soñar con *sus* hijos. Con *su* tierra. Aquella que algún día sería suya. Porque creía en eso mucho más que en un mañana feliz para la clase obrera.

*

Ese sueño iba a cobrar forma gracias al padre Cayrol, el dueño de las bodegas de Argeliers. Un hombre que pertenecía a ese orden ancestral que Francisco Soler aspiraba a hacer caer.

Cayrol poseía en la plaza mayor de Argeliers una gran casa cubierta de tejas rojas, una de esas casonas de bodeguero, con la fachada cubierta de parra virgen, que escondía a las miradas unas bodegas altas como catedrales, bajo cuyas vigas el vino maduraba en la sombra y en el secreto del roble. El hombre gobernaba un vasto dominio que siempre inspeccionaba a caballo, con los pulgares apoyados en los tirantes y el rostro arrugado, los ojos marchitos y el bigote ceniciento disimulados bajo un gran sombrero gris.

Por culpa de la maldita guerra, buena parte de las tierras antes arrendadas volvía a comérsela la maleza, a falta de mano de obra, y la casa del aparcero, que todo el mundo llamaba «la casa del desertor», se había quedado vacía. Nadie sabía con exactitud qué le había sucedido a su ocupante. El aparcero

Raynal se había volatilizado justo después de la movilización general, en el 14. ¿Acaso se había embarcado hacia las colonias? ¿En dirección a América? El caso es que nadie había vuelto a verlo por los contornos y Lea le había echado el ojo a la pequeña granja abandonada. Para desesperación del padre Cayrol, la viña se había convertido en terreno baldío.

Un día, Lea se decidió a abrigarse con un apolillado abrigo de lana y dirigirse hacia el pueblo. Llamó a la pesada puerta de la casona de los Cayrol. La criada la miró de la cabeza a los pies con un mohín de desprecio y la dejó plantada en el umbral.

Lea estaba observando con envidia la entrada enlosada, las paredes cubiertas de verdadero papel pintado, como en casa de sus señores, en Valencia, cuando reconoció el paso arrastrado del padre Cayrol. Él no la invitó a entrar, solo se limitó a mascullar un vago:

—¿Qué quiere?

Lea intentó defender su causa, alabando los méritos del Rotg, ya reconocidos, y su propia constancia en el trabajo.

Cayrol pasó un buen rato haciendo girar una punta de su bigote gris entre el pulgar y el índice.

—Parece que causasteis problemas en la Grande Canague, en Capestang.

Lea no se achantó:

—Fue el capataz quien quiso pegarme. ¿Usted dejaría que un hombre pegase a su mujer?

Cayrol sacudió la cabeza.

—No es propio del Claude. Algo haría usted para sacarlo de sus casillas... No, lo siento, pero por ahora la respuesta es no.

De nada le sirvió insistir, Lea volvió con las manos vacías y no habló a nadie de su fracaso.

Solo cuando descubrió a la pequeña Soler algún tiempo después en sus viñas, cuando vio a la criatura pelirroja que aún mamaba del pecho blanco de Lea, inexplicablemente cambió de opinión.

Anunció a los otros jornaleros que acababa de encontrar a su nuevo *ramonet,* el empleado al que confiaría las viñas y la casa abandonada a orillas del canal del Mediodía. Como patrón prudente, esperaría a la época de la labranza para firmar el acuerdo.

Claro está que la tierra no iba a ser para ellos, que solo se la confiaban. Como mucho, unos cuantos arpendes de viña para cultivar, a cambio de un salario, escaso, pero salario al fin y al cabo, del disfrute del huerto y de un litro de vino al día.

Una tierra, era una tierra. Y una tierra, para los campesinos sin tierra, lo era todo.

La Gateta ya se creía propietaria. Al fin le había entrado en la cabeza la frase favorita del Rotg: «La tierra es de quienes la trabajan». Desde luego.

Tardaron más de un año en poner fin al abandono en el que había caído la viña del canal. La poda, la profundidad a la que se labraba la tierra, todo importaba. A Francisco se le daba bien, era como si hubiese nacido en la viña, una auténtica revelación. Además, tenían el fuerte percherón que tiraba del arado, no como en su tierra, donde las más de las veces el Rotg tenía que hacer él mismo los surcos hasta hacerse sangre en las manos, con un arado compuesto de una reja clavada al extremo de un palo.

A finales de verano, las cepas se inclinaban bajo el peso de los racimos negros, templados al sol. El Rotg había sabido encontrar el momento justo para llevar la uva vendimiada a la cooperativa. Ni demasiado pronto ni demasiado tarde.

El modo en que los jornaleros miraban a los Soler había cambiado. A veces, Lea sorprendía una chispa de envidia en su mirada. También ella veía al Rotg con otros ojos. Empezaba a creer que a fin de cuentas sí que había apostado por un caballo ganador. Piernas sólidas. Un carácter estable. A su juicio, su hombre solo tenía un defecto: quería demasiado a su hija, que se lo devolvía con creces. Siempre subida al regazo de su padre, con sus rizos pelirrojos, haciendo graciosos mohines mientras le lanzaba a su madre miradas furtivas y provocadoras por encima del hombro de Francisco. La pequeña Gloria ya se mantenía en pie y balbuceaba una mezcla de occitano y valenciano. A pesar de ello, Lea seguía dándole el pecho desesperadamente, tratando de conjurar los repetidos embarazos que su marido le había impuesto y sin dejar de maldecir a aquella niña que no sustituía a sus hijos, abandonados... ¿desde hacía cuánto tiempo? ¿Un año? Mucho más. Casi dos. Había perdido la cuenta.

Una noche que Francisco no estaba deambulando por la casa, lo despertaron los quejidos de Lea. Los llamaba en sueños. Uno por uno, Niceto, Ramón, Batista, girando la cabeza a izquierda y derecha sobre la almohada. El Rotg comprendió que había llegado el momento. Además, también él echaba en falta a sus muchachos, aunque nunca hablaba de ellos. Por pudor.

Concluida la vendimia, Francisco y Lea se pusieron en camino para ir a buscar a sus hijos a La Horta d'en Carrer.

Poco le faltó a la Gateta para no reconocerlos.

De no ser por la pelambrera colorada que cubría las cabezas del Rotget y de Ramón, podría haber pasado a su lado sin siquiera volver la vista. De hecho, eso fue lo que ocurrió cuando se cruzó con Batista en el patio de la *finca* de los Julbe. Había dejado un *nené* al que apenas acababa de destetar y se encontraba un muchachito que, a pesar de sus cuatro años de edad, cargaba con brazadas de ramas secas de naranjo en sus bracitos frágiles.

Ellos tampoco la reconocieron.

Ramón había dado un estirón y tenía la piel cubierta de pecas, a imagen de su hermano mayor, el Rotget, que acababa de cumplir diez años. Los dos

fibrosos, altos, secos. Clavados al Rotg.

La pena, la añoranza, el rencor se leían en sus miradas obstinadas cuando *mare* Julbe los reunió en la gran cocina. Se quedaron allí plantados, observando con indiferencia a aquella pareja que llevaba de la mano a una mocosa pelirroja. Una cría que los devoraba con los ojos mientras se hurgaba la nariz.

—Saludad a vuestros padres y a vuestra hermana pequeña, Gloria.

Farfullaron en coro un inaudible:

—*Bon dia, pare. Bon dia, mare.*

Y cuando su madre extendió el brazo para acariciar las greñas del Rotget, los tres, como uno solo, hicieron ademán de retroceder.

Lea les propinó una tremenda bofetada a modo de saludo. El matrimonio Julbe tuvo que echar mano de sus mejores dotes diplomáticas para calmar el furor de la Gateta, en tanto que los tres chicos observaban a su hermana mientras se frotaban la mejilla.

Ya saldarían cuentas con esa, ya.

*

Emprendieron el regreso enseguida. No tenían familia que visitar en la región, ningún allegado al que saludar, ningún bien del que ocuparse. En Francia esperaban las viñas.

El regreso a Argeliers fue largo y silencioso, pues las dos partes se ignoraban mutuamente tras el reencuentro fallido. Los chicos no mostraron especial entusiasmo al conocer la casa, un rinconcito constituido por una sala en la planta baja y una habitación en el primer piso, pegado a la bodega desde la que se dominaba el panorama de las viñas, en una curva del canal, a la sombra del puente que llevaba al pueblo.

Aunque la Gateta seguía negándose a aprender francés, su marido consiguió convencerla de la necesidad de educar a sus hijos. Accedió a enviarlos a la escuela, pues al menos pertenecía a la República y no a los odiados curas. Así, Niceto, Ramón y Batista fueron alfabetizados en la lengua de Molière, los días en que no había demasiada faena en los campos. Al menos en eso los Soler no se diferenciaban de las familias de las viñas, a las que el maestro perseguía incansablemente para convencerlas de que llevasen a la escuela a su progenie todos los días que el buen Dios había puesto en el calendario, incluso los de siega, siembra o vendimia. Así transcurrieron 1920, 1921, 1922...

Desde los cuatro años habían puesto a trabajar en las viñas a Gloria, blanco de las iras de Lea, que explotaban con la brusquedad y la violencia de una tormenta de verano.

*

—¡*Mare,* yo quiero ir a la escuela!

—¡Me tienes harta, Gloria! ¿Acaso fui yo a la escuela? ¡No! ¡Y no por ello soy más burra! Ya irás más adelante. ¡Ea, a trabajar! Tres yemas, una poda, tres yemas, una poda...

«Tres yemas, una poda». Esa cantinela jamás iba a olvidarla la niña hecha mujer.

Su carita resplandece bajo el sol de finales de noviembre. Desde lo alto de la colina, la chiquilla contempla las cimas nevadas de los Pirineos, más allá de la mirada furibunda de Lea, que estalla, colocando los puños en las caderas. ¿Acaso ella tuvo derecho a algún regalo? ¿Acaso le evitaron trabajar? No. ¡Qué va! Su pie inicia el movimiento casi solo, va a parar al trasero redondo de Gloria.

—¡Hala, ya has fantaseado bastante! La comida no te va a caer sola en el gaznate, guapa. ¡A trabajar, a podar la viña! Tres yemas, una poda, tres yemas, una poda...

Gloria se levanta, tocándose su pequeño trasero dolorido, y hace una mueca. Lloriquea:

—¡*Mare,* yo quiero ir a la escuela!

E, ignorando a su madre, la muy insolente se da la vuelta. Empieza a caminar hacia el final de la hilera de vides, en dirección al pueblo. La Gateta la observa, como si viese un reflejo de sí misma en un espejo.

La pequeña se detiene, se da la vuelta, mira fijamente a Lea y es como si un velo rojo, un velo de sangre, cubriese y oscureciese el horizonte de la Gateta. Lea se ve a sí misma, de niña, sonriendo bajo las bofetadas de sor Redención, en el convento de Torrente. Lo recuerda, y ese recuerdo hace que caiga el velo. O quizá sea otra cosa, como cuando estaba en casa de los Julbe, puede que sea que no soporta que la desobedezcan. Cegada, Lea no ve los Pirineos, no siente el soplo helado de la tramontana que azota las cepas desnudas. Se lanza, llega en dos zancadas a donde está la cría, la coge del hombro y la hace volar, Gloria no es más que una brizna que cae al suelo en un segundo. Lea coloca el pie desnudo en la garganta de su hija, se inclina, con un gesto agarra un sarmiento de vid y azota, azota la tripa y los riñones de Gloria.

Pero la pequeña no es Lea, ella no sonríe, no desafía a su madre. Llora, se debate, aúlla, pide socorro, con tanta fuerza que en menos de un minuto aparece el Rotg, que corre y al descubrir la escena grita:

—¡Para! ¡Que pares, te digo! ¡La vas a matar! ¡Te has vuelto loca, caramba!

Lea no oye esas palabras, igual que no ve las viñas a su alrededor, solo atiza, y al intentar separarla de su presa Francisco también se lleva un golpe, hasta que al fin el brazo de Lea se debilita, su cólera se desvanece y ella se

queda parada, aturdida, con el sarmiento que cuelga inútil de su mano, despeinada, y a sus pies la pequeña sollozando en brazos del Rotg, que la mece maldiciendo a la condenada de su mujer.

*

De nada le servía a Gloria redoblar sus estratagemas para adelantarse a los deseos de su madre, para ganarse su favor, todo lo que hacía era en vano. Si había un favorito, ese era Niceto. El Rotget iba ya por los trece años. Casi un hombre hecho y derecho.

Igual que su padre, se levantaba de vez en cuando en plena noche para ir a tirarse de cabeza al canal del Mediodía y luego volvía como su madre lo trajo al mundo y reluciente cual pez, ante la mirada enamorada de la Gateta, que no podía apartar los ojos de la espuma que levantaban sus brazos blancos en el agua verde del canal, bajo la luna. Poco importaba que, despierto, Niceto no supiese nadar. En sus accesos de sonambulismo, su braza era magnífica.

*

Hace bastante que Lea tuvo que renunciar a dar el pecho. Si al menos hubiese podido encontrar a una burguesa en busca de ama de cría, siempre habría podido amamantar a un hijo de ricos. Pero nada, nada de nada. Y ese deseo siempre instalado en ella, trabajándola por dentro como un veneno. Todo el rato tiene ganas. Todo el rato. Solo que, cada vez que se permite alguna solución más allá que sus propias manos, el Rotg planta en ella su semilla. Nunca falla. Una vez más, Lea acaba embarazada, maldiciendo la fatalidad que aflige a las mujeres.

¿Los remedios de charlatán? Ya se ha visto el resultado: se llama Gloria. Esta vez, a grandes males... En el lavadero, las mujeres suelen hablar de las virtudes de los tallos de perejil. Es peligroso, ya lo sabe. No es difícil encontrar la planta. Basta con ir frente a la casa.

Ha puesto agua a hervir. También hacen falta trapos limpios. Ha cortado un tallo de perejil, el más grueso que ha podido encontrar. No debería romperse, ni tampoco quedarse encajado.

De pie en la cocina, se levanta las enaguas, se lava con cuidado. Fuera, una rapaz chilla en el cielo. Lea cierra los ojos para concentrarse mejor. Tiene tiempo, todos están en la viña. Palpa, encuentra el lugar, contiene el aliento, lo hunde. Duele un poco, pero no mucho, y ella resiste bien el dolor. Solo queda esperar que no se infecte. Si muere, ¿quién se ocupará de sus hijos? ¡Se van tantas mujeres de las que la gente se contenta con decir que han muerto en el pecado!

Como si tuviesen elección. Como si pudiesen pagar a una abortera.

*

El remedio había sido radical. Lea se había jurado que en adelante no volvería a ceder. De nuevo, se negaba a entregarse a su marido. Pero el deseo la torturaba. Casi tenía que atarse los tobillos para que sus piernas no se abriesen solas. Así pues, pasó lo que tenía que pasar, y el vientre fértil de la Gateta no aguantó durante mucho tiempo los asaltos furiosos de un Rotg frustrado en sus ardores desde hacía demasiados meses.

Al principio, se lamentó ante la perspectiva de ese nuevo nacimiento. Pero el Rotg supo convencerla. Al fin y al cabo, ¿no estaban instalados? ¿Acaso no tenían un techo sobre sus cabezas? ¿Un trabajo estable? ¿Perspectivas de progresar, a poco que encontrasen una fuente de ingresos complementaria, un mejor empleo que les permitiese ahorrar y, quién sabe, quizá comprar al fin la tan ansiada tierra?

A la Gateta no le quedaban ganas de usar el perejil. Terminó por dejarse convencer por su Rotg y dio a luz a una pequeña Rosa que no era ni rubia ni castaña como su madre, ni mucho menos pelirroja como su padre. Nació morena y peluda. Al verla, Francisco, que tan ardientemente la había deseado, frunció el ceño. Y enseguida empezó a echarle miradas recelosas a su compañera. Bien era cierto que de momento poco se podía apreciar, pero ya verían más adelante a quién se parecía la chiquilla. Y tendría que ser o al uno o a la otra, si no... ¡cuidado!

En las semanas que siguieron al nacimiento de Rosa, estallaron las peleas entre los esposos Soler, frecuentes, sonoras, a la altura de las reconciliaciones en la cama, que resonaban por toda la casa. El Rotg, no obstante, seguía sospechando que su mujer había cedido a algún jornalero de pelo tan negro como la pequeña Rosa. Las dudas de Francisco despertaron al fin la fibra maternal de Lea, su instinto protector, o puede que su espíritu de contradicción ganase una vez más la partida. Tal vez fuese una combinación de todo. Porque, cuanto más se alejaba el Rotg de una niña que no consideraba hija suya, más la quería la Gateta, más la amaba, tanto como había odiado a Gloria.

Gloria, a la que una mañana encontraron de pie, junto a la cama de los padres, sollozando. Rosa se le había aparecido en una pesadilla, de pie en un pasillo, muerta.

Los padres se precipitaron sobre la cuna. Encontraron a la criatura inerte, tumbada boca arriba, con los brazos separados. Lea no quería creer lo que veía. Pero la rigidez del cuerpecito, su palidez, sus labios apretados, sus ojos entrecerrados revelaban la presencia de la muerte, a la que Lea se enfrentaba por primera vez. Reprimió el grito que crecía dentro de ella y se volvió hacia

Gloria, poniendo en su mirada todo el odio del mundo:

—¡Es culpa tuya!

Desde entonces, el sueño de Gloria se convirtió en noches inquietas, pobladas de pesadillas, en las que con una almohada asfixiaba a la hermanita a la que *mare* quería demasiado. Se despertaba empapada de sudor, jadeante. ¿Y si de verdad lo había hecho? A veces el sueño le parecía tan real que no lo sabía.

El día del entierro fue también el de la reconciliación en torno al cadáver del bebé, envuelto en sus ropitas para una última foto de familia delante de la casa del canal. En la copia descolorida, en tonos sepia, olvidada en un viejo álbum, Francisco Soler aparece en primer plano. Posa envarado, con la mirada fija, luciendo su gastada chaqueta de dril, junto a la Gateta, que lleva en brazos a su hija muerta. En torno a ellos, el Rotget, Ramón, Batista y por último Gloria, con un lazo en el pelo, de pie en segundo plano. Tras ella, se adivina el brillo de las aguas del canal a la sombra de los plátanos. Una parra trepa por la esquina de la casa del *ramonet.*

Nadie sonríe. Por supuesto.

La Gateta, Lea la dura, lloró como jamás había llorado. De pena y de rabia. Nunca había perdido a un hijo. En su vientre sentía un vacío, una ausencia que nada podría jamás llegar a colmar y que, de hecho, nada colmó. Se culpaba. Culpaba a ese deseo que la devoraba por entero de haber causado la muerte de su hija. Se propuso domarlo por fin y se hundió en una melancolía de la que solo salía para evocar los días supuestamente felices que habían vivido en Sant Balaguer de la Font, repitiéndole a Gloria: «Eso era antes. Sí, antes estaba bien. Antes de que nacieras tú».

Al ver a su madre tan triste, la pequeña Gloria trataba de refugiarse en su seno, pero la Gateta siempre la rechazaba dándole una palmada seca en el brazo.

—¡Pero cómo te me pegas! Déjame en paz. ¿Por qué tienes que vivir tú, estando muerta mi pequeña Rosa?

—¡Madre, me ha hecho daño!

Ramón y Batista, testigos de la escena, se reían.

Gloria renunció al menor gesto de ternura hacia su madre.

Al cabo de un año, Lea volvió a quedarse embarazada. Sabía a ciencia cierta que ese hijo sería el último. Lo sabía como saben las mujeres esas cosas. El bebé debía nacer en noviembre.

En plena vendimia, el 11 de septiembre de 1925, Lea rompió aguas, con una tina llena de uvas sobre la cabeza. No tuvo tiempo de llegar a casa. Parió apretando un palo entre los dientes, sin emitir la menor queja, acuclillada entre dos hileras de vides, con la ayuda de las otras mujeres de la finca.

Soledad llegó al mundo, pequeña y frágil, entre humores y tierra, quince años justos después que Niceto, el mayor de los hermanos, y dos meses antes

de la fecha prevista. Parecía como si la Gateta ya solo supiese hacer niñas.

Convencida de que también ella moriría pronto, la Gateta accedió a regañadientes a bautizar a la recién nacida, a la que colocó en una caja de zapatos rellena de algodón, junto al hogar, lo más cerca posible del fuego para que aquel cuerpo minúsculo se mantuviese bien caliente, y cada vez que se inclinaba sobre la improvisada cuna para llevarse el bebé al pecho, temía sentir su piel helada por la muerte.

Contra toda expectativa, Soledad se aferró a la vida de tal modo que la caja de zapatos pronto se le quedó pequeña.

---

1. En valenciano, alpargatas.
2. Frase en occitano que aparecía en una de las pancartas exhibidas en las manifestaciones de la rebelión de los viticultores del Mediodía francés: «Abéré tant de boun bi et pas pourrer manjea de pan!», ¡Tener tanto vino bueno y no poder comer pan! *(N. de la T.)*

2
Lea

Argeliers, mayo de 1930

Habían crecido. A los 19 años, el Rotget adiestraba como un experto los altos percherones, los caballos de tiro bretones. Nadie como él sabía hacer que un caballo diese la vuelta en el sitio justo, al llegar al final de la hilera de vides. Tanto que toda la comarca, o casi, le confiaba sus caballos para la doma. Sin duda, algún día se haría vendedor de caballos. Ya tenía planes de comprar algunos animales por su cuenta y ahorraba con ese objetivo. Sin embargo, lo devoraba la inquietud. Corrían rumores de que se iban a arrancar las viñas, lo cual solo podía traer desempleo y crisis.

*

Lea se llena el plato y engulle su *cassoulet* 3 llenando a rebosar la cuchara de boj de la que nunca se separa. Niceto eructa tapándose la boca con el puño antes de añadir:

—Dicen que es por la Gran Depresión.

Ramón da una palmada en la mesa.

—¡Y una mierda! Los compañeros dicen que el Estado quiere obligarnos a reducir la producción. ¿Y sabes qué es lo peor? Que el viejo Cayrol los apoya. Quiere arrancar.

—¿Qué? ¿Cayrol? —se indigna Niceto—. ¡Maldito sea! No le basta con querer nuestro sudor, ¿además quiere quitarnos el pan de la boca? ¡Arrancar! Pero... ¿y nosotros? ¿Qué será de nosotros? ¿Y la tierra?

Lea se levanta. Le lanza una mirada de pánico a su marido, ocupado en

hurgarse los dientes con la punta de su viejo cuchillo de lama gastada. El acero mate brilla en su boca.

—Si hay que pelear —dice—, pelearemos, y ya está.

Lea se encoge de hombros. El Rotg hablando de pelear es como si un cordero quisiese derribar a un carnero.

—No es todo —prosigue—. Mañana hay que meter los toneles nuevos que hemos recibido en la cooperativa. Eso ha dicho Joseph Cayrol.

Niceto se enfada:

—¿El Joseph? ¡Ese es peor que su padre! ¡Un traidor! Parece ser que se ha metido en la Croix-de-Feu4.

Joseph era el segundo hijo de los Cayrol. Nacido el mismo año que Ramón. Durante un tiempo, los dos adolescentes habían sido casi amigos. Iban juntos a cazar tordos con tirachinas que fabricaban tallando ramas de avellano con el filo de sus cuchillos.

*

Como de costumbre, es Ramón quien ha alcanzado al pájaro. No está del todo muerto. Sus alas palpitan, se agitan en vano en la tierra desnuda. El viento del norte empuja minúsculas nubes aisladas allí donde, un momento antes, volaba el animal.

La mano de Joseph se posa sobre el tordo, cubre por completo el plumaje y tapa los últimos estertores de la agonía. Los dedos se cierran y pliegan las alas. El pájaro desaparece en las profundidades de la chaqueta del joven Cayrol.

Ramón protesta:

—¡Oye, que fui yo quien lo alcanzó!

Joseph se encoge de hombros y se pasa una mano distraída por debajo de la boina, entre la maraña de pelos.

—¿Y qué?

Ramón se balancea cambiando el peso de un pie al otro, como el Rotg cuando habla con el padre Cayrol. Insiste.

—Que esta vez es para mí. A cada uno lo suyo.

—No, el tordo es para mí.

Ramón titubea.

—De todas formas, tú casi nunca los alcanzas. Y yo te doy bastantes.

—Tú no me das nada. Yo lo cojo. Tú no estás en tu tierra. Estás en mi tierra.

Con un gesto del brazo, Joseph abarca el horizonte.

—Estas son nuestras tierras. Y todo lo que hay aquí es nuestro.

Levanta la vista.

—Lo del cielo también. Incluso los tordos.

Ramón siente crecer en su interior algo que se parece a una mano invisible que le oprime la garganta.

—Yo estoy en tus tierras y no soy tuyo.

Joseph dice entre dientes:

—Tú no. Pero yo soy tu patrón.

Ramón se echa a reír.

—¡Eres demasiado joven!

—Da igual, mi padre es el patrón del tuyo.

Al día siguiente, Joseph lo ha olvidado todo. Pero, cuando trata de llevarse a Ramón a cazar tordos después de clase, el otro se niega obstinadamente a seguirlo.

*

En la edad adulta, hace mucho que la política y las barreras de clase los han alejado al uno del otro.

Niceto se indigna:

—Todo esto no me huele nada bien. Si arrancan, haremos como los viejos. Y la «revuelta de los harapientos» volverá a empezar.

Alrededor de la mesa, todos asienten con gravedad.

La viña. Es el centro de ese mundo que ya solo sabe vivir haciendo que mane el vino, bien lo sabe Lea. También está el aceite de oliva, un poco. La fruta. Pero ¿qué valen las llanuras del Languedoc sin el tinto de mesa? Así había sido desde la dominación romana.

Soledad gimotea. Casi no tiene pelo en la cabeza. Al principio, se arrastraba sobre el trasero, buscando a Lea, que fingía ignorarla. ¿Para qué apegarse a ella? Había nacido demasiado pronto, iba a morirse, igual que Rosa. Y la pequeña se cansó de buscar su afecto. Lea siempre estaba ocupada, en las viñas o en otra parte. Así pues, es Gloria quien da de comer a Soledad, quien se ocupa de ella, quien de momento obliga a su hermana pequeña, sentada en el banco junto a ella, a abrir la boca, a tragar un poco de *cassoulet*. Es de complexión débil. Un pajarito, carente de apetito, hecho un manojo de nervios. Es avispada, pero se excita por menos de nada o se hunde en el mutismo durante días, sin motivo aparente. En cualquier caso, ha sobrevivido. Por los pelos.

«Es tu muñequita, te la confío, tú respondes de su vida», había decretado Lea. Batista, tres años mayor que Gloria, había sido testigo de este ascenso con ojos celosos. Demasiado. En la escuela municipal, en la calle, todas las chicas se vuelven para mirarlo. En el patio del colegio, en cada inicio de curso, Gloria finge que no oye los comentarios de sus amigas. Aparte de que, en realidad, tampoco tiene verdaderas amigas. Prefiere a los chicos.

Gloria y Batista. Dos seductores, celosos el uno del otro. Unos celos que

estuvieron a punto de hacer que Soledad acabase entre las llamas cuando aún era una recién nacida en una caja de zapatos.

*

No hay nadie en casa. Están todos ocupados en la viña. Batista no le quita ojo a Soledad, en los brazos de Gloria, que acuna a la criatura cerca de la chimenea, mientras tararea una melodía irreconocible. El bebé siempre tiene frío. Batista se levanta del banco donde estaba sentado y se planta frente a su hermana.

—Dámela.

Gloria sacude la cabeza y coloca al bebé cerca del fuego, envuelto en sus ropitas, al abrigo en su cunita de algodón.

—Soy yo quien se ocupa de ella, lo dijo *mare.*

—¡No, soy yo!

Batista da un paso adelante. Gloria se planta entre él y la criatura. Él la rodea hábilmente.

—¡Que soy yo, te digo!

Con un gesto se apropia del improvisado capazo. Como si se tratase de un botín, de un tesoro de guerra, alza la caja de zapatos con los brazos estirados. Gloria se pone de puntillas, trata de quitársela, pero Batista siempre retrocede y se sale con la suya:

—¡Que la coges! ¡Que no la coges!

Sin embargo, ella da un salto y atrapa la caja, sus manos aferran el borde. Batista no se lo esperaba. Pierde el equilibrio, intenta tirar para arrancarle la presa a su hermana y la caja se vuelca. Soledad cae en la ceniza ardiente. Con los brazos caídos, Batista contempla el desastre, sin creer lo que ven sus ojos.

Gloria ya se ha precipitado sobre las brasas y ha sacado a la pequeña, que aprieta contra su pecho sin prestar atención a las ampollas que ya se hinchan en sus dedos quemados.

*

Solo la sangre fría de Gloria salvó a Soledad de una muerte atroz. Lo cual no evitó que la Gateta le diese la razón —¡la fuerza de la costumbre!— a Batista. Gloria no pudo sentarse durante dos días por causa de los bastonazos que su madre le había propinado. Los golpes se habían convertido en lo habitual. Bastaba con tratar el dolor con desprecio. No mostrar nunca el sufrimiento. Como la madre. Pero aquella vez le había costado. Porque la injusticia dolía mucho más que los golpes.

El otoño se había retrasado mucho, hasta aquella mañana en que la tormenta se llevó una parte de las viñas viejas. La víspera, el viejo Cayrol había hecho una visita inesperada a los Soler. Había llamado con humildad a la puerta de la casita adosada a la bodega y había esperado a que el Rotg lo invitase a entrar. Siguiendo las normas de la hospitalidad, este había ofrecido una silla al señor de las tierras antes de sacar la botella de vino y unos vasos. Como debe ser, habían hablado del tiempo, del estado de la viña, del vino.

Cayrol carraspeó largamente mientras Lea atizaba el fuego avivado por la tramontana, que aullaba en la chimenea.

—Bueno, ¿cómo les va?

Sorprendido, el Rotg lanzó una mirada de través a su mujer antes de contestar:

—Yo diría que no demasiado mal.

—¿No demasiado mal? ¿Y la pequeña?

Cada vez que el viejo Cayrol y su mujer se cruzaban con Gloria cargando con Soledad apoyada en la cadera, nunca dejaban de pararse un momento y hacerle alguna monería al bebé.

Por su parte, a Gloria le gustaba jugar a un juego muy particular con la criatura. Un juego en el que ella preguntaba y respondía, haciendo primero una pobre imitación de la voz ronca de *mare:* «¿Tú, mi hija? ¡Qué va, tú eres un aborto! ¡No eres mi hija! ¡Mi hija es Gloria!», para luego fingir los gimoteos de Soledad: «¡Que no, mamá! ¡Soy Soledad, soy su hija!». Voz grave de *mare:* «¡No, mi hija es Gloria! ¡Es Gloria!». Y Gloria se reía, imitando después el llanto del bebé.

A pesar de su nacimiento prematuro, Soledad iba a hablar y caminar mucho antes que sus hermanos y su hermana. Pero los Cayrol ya estaban deslumbrados por la vivacidad de la niña.

En su occitano de erres rodadas, el padre Cayrol se dirigió a Lea:

—Veo que les cuesta salir adelante con la pequeña, por el dinero y todo eso. Son muchos. Y además nació demasiado pronto. Y eso que parece tan despierta... Más adelante, cuando sea mayor, tendrá que estudiar, recibir una educación. ¿Cómo se las apañarán?

Lea se encogió de hombros.

—¡Como si no fuésemos capaces de educarla!

Cogió a su hija y se la colocó en el regazo.

—No quiero faltarle al respeto, señora Soler, pero... Usted ni siquiera sabe leer.

—¡Ya aprenderemos!

—Bueno... Nosotros... Nuestro... Nuestro hijo, el mayor, está casado, pero... Quiero decir, que él y mi nuera lo han intentado todo, no sé si es cosa de él o de ella, pero...

La pequeña empezó a patalear en el regazo de su madre. Nunca se quedaba en él mucho rato. Gloria la cogió. Cayrol vació de un trago su vaso de vino para darse ánimos y lo tendió al Rotg, que volvió a llenarlo sin

rechistar. Lea atizó de nuevo el fuego, maquinalmente.

—... no pueden. Tener hijos, quiero decir. Ustedes son muchos. Quizá demasiados. Entonces... si quisieran... ellos podrían... adoptarla. Eso es. Nosotros somos ricos, la pequeña podría...

Lea había soltado el atizador, que había caído en las baldosas hexagonales con un tintineo. Se levantó de un salto.

—¿Y qué más? ¿No les basta con quedarse con la uva y con nuestro sudor, que también quieren nuestros hijos? ¡Nunca! ¡Nunca jamás! ¿Me oye?

—Espere, Lea, no es lo que...

—¡Fuera!

Como abofeteado por la orden, Cayrol se puso en pie, alzó de pronto la cabeza y se detuvo en el umbral de la puerta.

—Me deben algo. Acuérdense de que vinieron hasta mi hogar a mendigar esta casa... Ahora están dentro. Y sigue siendo mía, que yo sepa.

La Gateta lo miró con desprecio. Los ojos soltaban chispas cuando dijo:

—Conque era eso. ¡Fue eso lo que le hizo cambiar de idea! ¿Se dijo que, ya puestos, podrían cambiar la casa por una criatura? Pero ¿por quién nos toma?

El Rotg miraba a su mujer con cara de no comprender ni una palabra de la conversación.

De pronto, el viejo Cayrol se batió en retirada.

Nunca volvió a abordar la cuestión y su hijo, Joseph, no volvió a dirigirle la palabra a Ramón. Ramón, que había obtenido su certificado de estudios primarios en la escuela del pueblo, con buenas notas. El orgullo de los Soler. El primer titulado de la familia.

Gloria, por su parte, había resultado tener maña con las manos. La señora Raynal, la costurera del pueblo, se había fijado en su habilidad. Había prometido enseñarle a coser después de la fiesta de santa Catalina, a cambio de que ella la ayudase. El Rotg había animado a su hija. La Gateta había consentido a regañadientes: Gloria haría falta en la viña. Para desesperación de Lea, poseía de forma innata otro talento: la belleza. Una belleza capaz de corromper a un eremita.

*

El taller de la señora Raynal ocupa la planta baja de una casita de fachada estrecha, construida a lo alto y encajada entre dos edificios en el centro del pueblo, en una callejuela donde los rayos del sol solo entran en vertical. La puerta, casi siempre abierta, está protegida con una mosquitera y sobre ella hay una pequeña insignia pintada.

—¡No tengas miedo, pequeña, ven!

Gloria penetra en el cubículo atestado de bobinas de hilo de todos los

colores. La minúscula estancia huele a apresto y a tela nueva. En un rincón ronronea la estufa. Sobre ella se calientan las planchas de hierro colocadas en semicírculo.

La señora Raynal está agazapada tras una máquina de coser Singer de color negro y oro, a pedal, y lleva el delantal sembrado de alfileres clavados al azar. El metro le cuelga del cuello. Alza la cabeza con un movimiento de pájaro sorprendido y parpadea detrás de sus gafas.

A Gloria enseguida le gusta el ambiente del taller de costura. La señora Raynal —«Madeleine, puedes llamarme Madeleine, pequeña»—, Madeleine, se levanta. Hace una mueca de dolor. Últimamente se le anquilosan las pesadas piernas. Pasa demasiado tiempo sentada. Incluso de pie, no es muy alta.

—Ya ves, la edad, las varices, no es bonito, pequeña.

Examina a Gloria.

—Pero tú eres guapa. Yo diría incluso que eres una belleza. Ven, vamos a ver de qué eres capaz.

Los primeros días no hace gran cosa. Cose botones de nácar en las blusas, coge dobladillos. Al cabo de dos meses, Madeleine ya le confía algunos acabados. Y al tercer mes, retoques.

La ayuda a adquirir confianza, le enseña patrones de vestidos, le muestra los caminos que siguen sus dedos deformados por la artritis hasta encontrar el bies de una seda de Cevenas, de un terciopelo de Amiens. El mundo de los tejidos es el reino de los sentidos. Gloria no lo sabía, nunca lo olvidará. El ojo acaricia, la yema de los dedos ve. Tocar, palpar.

Por la noche, ya de vuelta, Gloria parlotea contando su día o, más bien, intentando contarlo. Lea gruñe un vago asentimiento. ¿Qué sabrá ella de todo eso? Es una mujer del campo. Igual que su marido y sus hijos son hombres del campo.

Madeleine juega a las muñecas con Gloria. Hay que decir que su cuerpo joven se presta a ello. Ya de por sí es hermosa, pero cuando Madeleine le prueba el vestido que ha cosido para ella, entonces, ya no hay palabras... Es un vestido verde, igual que los que se ven en París y que la modista le ha enseñado en una revista, *Vogue,* de la que posee todos los números, desde el primero, publicado en 1920.

A los dieciséis años, Gloria rezuma sensualidad. Su boca escarlata, sus formas generosas, sus pómulos altos, sus ojos almendrados. Sus caderas.

Sin embargo, no se atreve a ponerse el vestido para volver a casa. Lo lleva cuidadosamente colgado del brazo. Cuando sale del taller, ya es tarde. En unos minutos, el sol desaparecerá detrás de las montañas. Joseph Cayrol aparece de pronto por un callejón perpendicular, como si estuviese acechándola. Ella no sabe de dónde sale, quizá de su casa, que está en la plaza. O de las bodegas. Con las manos en los bolsillos, se acerca, casi la toca.

Gloria mira en derredor. Nadie. No está preocupada. En la calle de al lado, los viejos y las viejas del pueblo han empezado a sacar las sillas para chismorrear a la fresca. Los oye murmurar.

Joseph Cayrol baja los ojos hacia el vestido verde que Gloria lleva en el antebrazo.

—Qué bonito vestido llevas ahí. ¿Es para ti?

Gloria no contesta. Se enfrenta a la mirada del hombre. Huele su aliento sobre su piel. Las aletas de la nariz le palpitan. Una mezcla de ajo y tabaco, que se demora en los pelos de su bigote. Examina su rostro. No es feo. ¡Si no estuviese tan seguro de sí!

—Si quisieras, podríamos salir juntos, podría llevarte al baile.

Extiende la mano, toca el pelo de Gloria. Es como una descarga. Ella retrocede. Esta vez, desvía la mirada.

—No, mis hermanos no querrían...

Joseph Cayrol la interrumpe:

—Tus hermanos no tienen nada que decir, soy su jefe.

La mano baja del pelo de Gloria a sus hombros, como una araña. Ella se estremece, pone la mano en el chaleco del hombre y lo aparta.

Él se ríe.

—¡Venga, no te pongas tan arisca! No soy tan malo como parece. También tengo sentimientos.

Hace una pausa en silencio.

—Tengo sentimientos hacia ti. Llevo tiempo fijándome. Has cambiado. Eres guapa. Si quisieras... No es solo para... Quiero decir que podría ser serio. No eres como tus hermanos.

Gloria se encabrita.

—A mis hermanos déjalos en paz. ¡Valen mucho más que tú! ¿Quieres que les cuente lo que acabas de decirme?

Joseph frunce el ceño, se sonroja. Hace ademán de volver a acercarse. Gloria intenta rodearlo, pero él da un paso a un lado. Se da contra él, que le agarra el brazo y aprieta.

—No te hagas la remilgada. Sé muy bien lo que valéis, vosotros los Soler. Puedo hacer contigo lo que quiera, ¿me oyes?

Sus dedos aferran con más fuerza el bíceps de Gloria, que suelta el vestido. Como una gran mariposa vegetal, este da vueltas y acaba desplegado en el polvo de la calle.

—Como no pares, me pongo a gritar. Hay gente cerca. Vas a quedar como un tonto.

Joseph no la suelta enseguida. Ella siente la presión de los dedos que va cediendo, ligeramente, como si estuviese sopesando el riesgo. Su mano se abre al fin.

—Ya me las veré contigo, ya. Cualquier día te encuentro al borde de un camino, donde no puedas llamar a nadie, y ya verás cómo haces lo que yo quiera.

Gloria se frota el brazo dolorido y recoge el vestido. Joseph le da la espalda y se aleja a grandes zancadas. Ninguno de los dos ha visto a Batista, agazapado en un rincón, a la entrada de una bodega, que no se ha perdido nada de la escena.

Aquella misma noche, Lea sorprende a Gloria frente al espejo, alisando el tejido sobre su vientre mientras presiona la parte de arriba contra su pecho.

—¿Qué haces con ese vestido de puta?

*

El taller se había convertido en el refugio de Gloria. Su remanso de paz. Progresaba a grandes pasos y ya se imaginaba trasladándose a París para trabajar en una gran casa de modas. Madeleine Raynal le había asegurado que, con sus dotes, la esperaba un brillante porvenir. La costurera incluso le había hablado de ello a Lea, con quien se había cruzado en el mercado.

Pero la Gateta había rechazado el argumento con un gesto seco:

—Mi pobre Madeleine. Pero ¿qué se piensa? ¿Qué haríamos nosotros en París? ¿Y cómo quiere que entre a trabajar con un gran modisto? ¡Si no conocemos a nadie! Se quedará con nosotros, y punto. Lo que gane lo necesitamos. Además, no sirve más que para hacer dobladillos y retoques, no se haga ilusiones.

Lea era incapaz de creer que aquella carga que había traído a rastras hasta Francia pudiese hacer otra cosa que no fuese calentar a los machos. Como prueba, lo que Batista les había contado a sus hermanos. ¿Acaso no la había sorprendido dos días atrás dejándose sobar por Joseph Cayrol? Como si no bastase con que el padre Cayrol quisiera apropiarse de Soledad.

Esa gente no tenía límites.

*

Niceto y Ramón, vestidos con gorra a cuadros, chaleco a rayas y pantalones con tirantes, empujan el tonel, dos cabezas más alto que ellos. Se han remangado la camisa y están sudando, pero no consiguen mover la masa de roble. Se han parado un momento a recuperar el aliento cuando Joseph Cayrol entra en el patio de la cooperativa.

Cayrol hijo contempla a los Soler: altos y secos, pelirrojos, como esos irlandeses que había visto bajar por los Campos Elíseos, en París, aquella vez que su padre lo llevó a ver el desfile de la victoria, en el 18.

Sin apresurarse, camina hacia los dos hermanos rezongando:

—Hola, Rojos.

Le tiende una mano firme a Niceto, ignora a Ramón, que dirige una

mirada cargada de reproches a su hermano.

—¿Desde cuándo lo saludas?

Niceto se encoge de hombros. Joseph se agacha.

—Le habréis quitado las cuñas, ¿no?

Para variar, es Ramón quien responde. Hace mucho que no le dirige la palabra a Joseph.

—Pero ¿tú qué te crees? —Sorprendido, Joseph Cayrol se limita a remangarse y empujar con ellos el tonel, que por fin empieza a rodar hacia la bodega.

—Entonces, ya está, ¿van a arrancar?

Joseph se incorpora, se masajea la zona lumbar a través de la faja de franela que sujeta su pantalón de dril.

—¿Qué queréis que os diga? Allá, en Argelia, la viña produce a pleno rendimiento. Se acabó el vino peleón. Ya no se le añade azúcar. Ahora va a haber que hacer buen vino. Y con esas cepas no lo conseguiremos.

—Pero ¿qué dices? ¡Como si no supiéramos hacer vino! ¿Argelia? ¿Vino argelino? Eso va a tener por lo menos diez, once grados. Quizá hasta doce. Nuestro vino no pone enfermo, no es tan fuerte.

—Eso es lo que le reprochan.

Ramón se enjuga la frente.

—De todas formas, él tiene la sartén por el mango, está del lado de los patrones —suelta, dirigiéndose a Niceto, que enseguida se echa a reír:

—Normal, es donde nació.

—¡Tú, Ramón, deja de dar por culo! ¿Por qué no me hablas directamente a mí? ¿Eh?

—No tengo nada que decirte. Si quieres hablar, no tienes más que ir a ver a mi hermana.

Con los pulgares encajados en los tirantes de los pantalones, Joseph silba a modo de respuesta. Ramón hace ademán de avanzar hacia él, pero Niceto lo detiene plantando con firmeza la mano en su hombro. Entonces, Joseph Cayrol arquea el torso.

—Si mi padre no os hubiese dado una tierra y una casa, ¿qué habría sido de vosotros? Seguramente estaríais en la calle, mendigando. O en España, muertos de hambre.

—¡Ya basta! –grita Ramón.

Niceto interviene:

—¡Venga, ya está bien!

Ramón mira a su hermano con desprecio.

—Pero ¿tú de qué lado estás? Para empezar, ni siquiera entiendo por qué le diriges la palabra. ¿Qué se cree este engreído? ¿Que su padre lo hizo por pura generosidad? Las tierras, si no nos hubiésemos hecho cargo de ellas, si no las hubiésemos trabajado, ¿cómo estarían ahora?

Joseph agarra a Ramón de la camisa.

—Estamos en nuestra casa, esta tierra nos pertenece. Y, si nos hubieseis

dejado, ahora la pequeña Soledad...

Ramón escupe al suelo.

—¡Eso es! Y también Gloria. Lo queréis todo, a fin de cuentas.

—¿Gloria? ¿Sabes lo que dicen de tu hermana? En cualquier caso, conmigo no se hace la remilgada.

Esto es demasiado para Ramón, que se abalanza sobre Joseph Cayrol.

Los dos hombres ruedan por el suelo. Joseph es fornido, pero Ramón le saca una cabeza. Es seco como un sarmiento, sus golpes restallan como ramas al romperse. Joseph se protege como puede.

Niceto los separa:

—¡Para, Ramón! ¡Para!

Rodea a su hermano con sus brazos interminables, lo levanta, lo arrastra, mientras Joseph, sentado en el suelo entre los toneles, se limpia con la manga la sangre que le cubre la barbilla.

Los dos Soler desaparecen en la sombra de los cipreses que bordean el muro de la cooperativa y las imprecaciones de Ramón se pierden entre el escándalo de las cigarras enloquecidas. Al final, se vuelve hacia Niceto, con los brazos caídos y los puños apretados:

—¿Por qué has hecho eso? ¿Crees que no soy lo suficientemente mayor para defenderme solo? Un día de estos voy a matarlo. Y ya verá Gloria la que le espera, créeme.

Niceto da una patada en el suelo.

—Si nos obligan a arrancar, nos moriremos de hambre. ¡Con todo lo que se han esforzado padre y madre!

*

Cayrol hijo no presentó ninguna queja, pues se sentía humillado por la paliza que le había dado Ramón.

Pero un pueblo es un pueblo. Pese a la discreción de los Soler, no hizo falta mucho tiempo para que todo el contorno estuviese al tanto del altercado. Las risas burlonas de los jornaleros seguían a Joseph Cayrol allá donde iba.

Lea no ocultó la admiración que sentía por Ramón. Lo creía más débil, más anodino que sus hermanos. Aunque, de creer lo que decía Batista, Gloria no tenía gran cosa que defender en materia de reputación.

Lea atacó a su hija al día siguiente de la riña, cuando volvía del lavadero.

Gloria dejó en la mesa las sábanas que se habían secado al sol, con los ojos como platos.

—¿Yo? Nada. Me acorraló el otro día en la calle. No había nadie, tuve que mandarlo a paseo yo solita.

—No es lo que dice Batista.

Gloria se encogió de hombros y el tirante de su vestido resbaló.

—¿Batista? ¿Qué sabrá él? ¡Si ni siquiera estaba!

Lea le subió el tirante.

—¿Has visto cómo vas vestida? ¡No te sorprendas de que los hombres te miren! ¡Vas provocando! Batista estaba allí, lo vio todo, me lo contó.

—¿Ah, sí? ¿Y entonces por qué no fue a socorrerme? Si Niceto o Ramón hubiesen pasado por allí en aquel momento, ¡menuda paliza le habrían dado a Joseph!

La Gateta agarró el tirante y tiró con todas sus fuerzas. El fino tejido de algodón se desgarró, dejando a la vista un seno. Lea le propinó a su hija un par de sonoras bofetadas.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, doblada en dos, Gloria se dejó arrinconar contra la pared, mientras Lea la golpeaba, una y otra vez. Solo en una ocasión levantó la vista y sus ojos se cruzaron con la mirada de Batista, que estaba en el umbral de la puerta de entrada, contemplando plácidamente la escena.

*

Unos días después se anunció en la prensa que se iban a arrancar las viñas.

La noticia se extendió más rápido que una de esas riadas que se forman con las tormentas y barren el cauce de los ríos secos en otoño, arrastrándolo todo a su paso. Se organizó una manifestación, que iba a celebrarse la semana siguiente en Narbona.

Cogidos del brazo y casi todo el tiempo con el puño en alto, los Soler marchaban bajo el ardiente sol de agosto. Gloria, con Soledad sobre los hombros, caminaba junto a Lea, que empuñaba una pancarta en la que, con trazo torpe, Ramón había escrito: *Comité de defensa vitícola de Argeliers.* El cortejo se extendía interminable a la sombra de los plátanos. Cuando estaban llegando al canal, Niceto reconoció a Joseph Cayrol, plantado en el borde de la acera en compañía de un grupo de hombres con gesto decidido, que llevaban las chaquetas colgadas del hombro, las manos en los bolsillos, las gorras bien caladas. Ramón, por su parte, se había ido a la delantera de la manifestación, demasiado lejos como para poder alcanzarlo.

*

¿Ramón ha avisado a los compañeros? Seguro que esos son de la Croix-de-Feu y compañía, sobre todo si están con Joseph. Niceto apenas tiene tiempo de fijarse en su barbilla aún amoratada. De pronto, los matones

enseñan sus camisas adornadas con una calavera superpuesta sobre la Cruz de Guerra y cargan contra los manifestantes al grito de: «¡Queremos una Francia francesa!».

Gloria protege con su cuerpo a la pequeña Soledad, que se ha caído con la aglomeración. Lea da patadas al azar. El Rotg, pacífico mientras nadie toque a los suyos, corre a socorrer a Lea, dando porrazos a diestro y siniestro.

Van propinando puñetazos con sus puños ciegos, delante de ellos, mientras los responsables de mantener el orden tratan de imponerse. La consigna recorre el cortejo de principio a fin: «¡No cedáis a la provocación!». Pero ya es demasiado tarde.

—¡Viva la anarquía! ¡La anarquía vencerá!

El clamor sube de un grupito que se ha formado para defender a las mujeres Soler, dirigido por Paul, un joven llegado de Sainte-Valière, un pueblo cercano. Del pecho de Niceto brota un grito, que pronto va corriendo de fila en fila hacia la cabecera de la manifestación, donde socialistas y comunistas entonan «La Internacional», mientras el Rotget se lanza contra Joseph Cayrol y su cabellera roja aparece y desaparece entre el oleaje de manifestantes, al ritmo de los golpes y los puñetazos.

—¡Cabrón! ¡Capitalista! ¡Fascista!

—¡Voy a matarte, rata comunista!

La pequeña Soledad chilla, con el rostro inundado de lágrimas, Gloria intenta consolarla, echando miradas aterrorizadas en torno a ella, Lea da grandes golpes con la pancarta en la espalda del joven Cayrol, aunque la mitad de las veces no acierta y le da a su propio hijo. A izquierda y derecha pelean con los compañeros de Joseph Cayrol, hasta que la riña degenera en lucha general, lo que provoca la inevitable carga de la gendarmería, que vuela con las capas al viento para socorrer a los sediciosos en apuros.

Poco importa, ya se ha logrado el objetivo: la manifestación pacífica se ha descontrolado y su retirada ante la carga de los gendarmes pronto deja en la calzada tan solo una marea de alpargatas y algunas botellas de vino rotas, cuyos restos se mezclan con pancartas desgarradas, banderas rojas y banderas negras hechas jirones y el cuerpo inerte de Joseph Cayrol. Bajo su cabeza, una sangre espesa, oscura, se extiende como una gran corola.

*

En el salón al nivel de la calle del café de Argeliers, se abre una botella de vino tras otra. Niceto y Ramón están sentados a una mesa con Paul, el joven de Sainte-Valière que había ido a la manifestación. El mismo que había corrido a socorrerlos con su panda.

Tiene complexión de toro de lidia. Un toro de Gard, de la región de Nimes. Lleva tres meses deambulando por los contornos. Nadie sabe su

apellido. A saber si tiene.

La sala está llena de anarquistas, de socialistas, de comunistas. De temporeros enfurecidos, sobre todo.

Paul se inclina hacia Niceto:

—¿Fuiste tú quien dejó inconsciente a Joseph Cayrol?

Niceto se encoge de hombros.

—No, no lo creo. Ya sabes, era un caos, todos se pegaban con todos, y luego vosotros os metisteis en la gresca, hubo una aglomeración y él se cayó. No volvió a levantarse. Seguramente cayó mal.

Ramón da un golpe con el puño en su palma.

—¡Se lo había buscado!

El rostro de Paul se ensombrece.

—¿Seguro que no fuiste tú?

Un jornalero insiste:

—Venga, no te creo.

Niceto se obstina:

—¡Que os digo que no fui yo! ¿Por qué iba a mentir? Podría entregarme, contar lo que pasó de verdad.

Paul reflexiona un momento antes de soltar:

—Yo te creo, muchacho. Pero los polizontes nunca te creerán. Nunca. Todo el mundo te vio pelearte con él. Y luego se quedó allí, tirado él solo en la calle. Están investigando. Deberías esconderte. No tardarán mucho en encontrarte, si Joseph no sale de esta.

Ramón se indigna:

—De haber sido yo, lo habría matado allí mismo. ¿Sigue en coma?

Paul se coloca la gorra.

—Precisamente, Ramón. Todo el mundo se ha enterado de la paliza que le diste. Está claro que seréis los primeros que irán a buscar los polizontes. Y dentro de no mucho, ya veréis. Bueno, tengo que irme.

En el momento de levantarse, Paul saca de su mochila un libro muy deteriorado, que le tiende a Niceto.

—Toma, léete esto. Este libro fue lo que me empujó a dejar mi casa, mi familia, a echarme al camino...

Niceto no es lector. Querría negarse, pero el otro le pone por la fuerza el libro en las manos.

—Ya me lo devolverás cuando puedas. Si puedes. No tengo alma de propietario...

La encuadernación está gastada por haber pasado por bolsillos y alforjas, tiene las páginas dobladas. Niceto se pone a leer en voz alta:

—*Geografía universal,* Élisée Reclus. Tomo 9.

Ramón le echa un vistazo al ejemplar y se levanta.

—Ya, bueno, no es eso lo que va a darnos de comer...

Más tarde, esa noche, mientras recoge la mesa, la Gateta observa largamente a Niceto, absorto en la lectura, iluminado por la escasa luz de la bombilla. Es algo que Lea no puede compartir con él. Hace un rato, mientras cenaban, ha oído a sus hijos hablar de comunismo, de anarquía. Palabras. Palabras de las que no tiene claro qué pensar. Palabras que no quieren decir nada. Lea desconfía de las palabras. Solo sabe que el mundo en el que vive es injusto. Desde siempre. Y quizá para siempre.

Mira a su hombre, agotado por la jornada de trabajo. Batista, demasiado joven para meterse en las conversaciones de sus hermanos mayores, sueña despierto frente a la chimenea. Gloria, en una silla, con la pequeña Soledad dormida en su regazo. Gloria. Su lastre.

Se le hace un nudo en el estómago. Corren rumores. La gente habla. Si muere Joseph, si se queda tullido, Niceto irá a la cárcel. O, si no, tendrán que irse, rápido. Dejarlo todo, todo lo que han conquistado, a fuerza de tanto sudor. Pero ¿adónde ir?

*

Joseph Cayrol acabó por despertar. No recordaba nada. Lea se sintió aliviada. La idea de que se llevasen a su preferido la volvía loca.

Lea sentía que el tiempo se le iba entre los dedos. Cuarenta años cumplidos. Una vieja. De cuando en cuando, se fijaba en las arrugas que aparecían en el rostro del Rotg. Comparaba su cuerpo con los músculos fibrosos de sus hijos, siempre distantes, como si no le hubiesen perdonado del todo su abandono. Ella respetaba esa distancia que le imponían. La mantenía como en un campo atrincherado.

Era eso. Con los años, Lea se había convertido en un campo atrincherado.

Quedaba aquel cuerpo imposible de domar por completo y que a cada poco instilaba en ella la amargura del tedio. La sucesión de las coladas, de las sábanas enrolladas en torno a sus brazos musculosos, las cenas preparadas con los productos del huerto. La sucesión de los días, doblada en dos en los campos, las viñas, la letanía de las servidumbres, hasta enmarañar el hilo del tiempo. Aún había algunos claros. Algunas exultaciones, demasiado poco frecuentes. Cuando el Rotg estaba de humor. ¿De qué habría servido, si no, vivir?

A veces aún sucedía, en contadas ocasiones, en contadísimas ocasiones, que se mostrase buen amante.

En ocasiones cada vez más contadas, la verdad.

¿Adónde habían ido a parar todos aquellos años, por qué reloj de arena se habían deslizado sin que Lea se diese cuenta de nada? Buscaba la respuesta en la contemplación de sus hijos, hechos de una madera tan dura como la

suya. Niceto, el insurrecto; Ramón, el razonable, que se había afiliado al Partido al día siguiente de la manifestación; Batista, el encantador, el inalcanzable. Y su muñequita. Soledad, por la que velaba Gloria. Sin olvidar la sombra de Rosa, de la que solo quedaba un dolor discretamente alojado en su pecho.

Allí estaban todos aquellos años, sacrificados para dar de comer a los suyos día tras día contra viento y marea. Nada de lo que alardear, la verdad. Removió la sopa que se cocinaba en el hogar mientras pasaba revista a todos aquellos días que se parecían entre sí.

Tumbarse en la oscuridad, en medio del oleaje de un deseo que el cuerpo tendido a su lado ya no colmaba. Algunas noches, maldiciendo su carne, que se negaba a capitular, Lea soñaba, mientras paseaba dedos imaginarios por los torsos robustos de los jornaleros españoles que comprimían la uva en las tinas con sus largas perchas de madera. Cuarenta años cumplidos. ¿Se seguía siendo mujer a esa edad? El fuego de la pelambrera del Rotg había palidecido, ahora tenía el color del heno seco.

Sin embargo, Lea aún tenía buena planta, con su trenza enrollada en la cabeza —tres vueltas, por favor, a la valenciana—, su trenza que no había encanecido. Y sus pechos, todavía bien encaramados aunque más pesados. Sí, tenía buena planta.

Siempre que Gloria no anduviese cerca.

Estaba despierta, atenta a los ruidos familiares de la casa. Una contraventana que temblaba bajo los asaltos de las rachas de viento. Un gusano que explotaba dentro de un tronco consumido, entre brasas cubiertas de cenizas. Se movió entre las sábanas heladas, acurrucándose contra el Rotg, que rezongó en sueños, acostado boca arriba. En la oscuridad, buscó a tientas la horquilla que sujetaba su moño, se deshizo la trenza y se soltó el pelo. Por último, se quitó el camisón.

Luego se lanzó sobre el miembro del Rotg.

Francisco estaba teniendo un sueño delicioso. Un calor suave le calentaba el miembro, y sentía cómo se endurecía. Antes de que se despertase del todo, la Gateta ya lo había introducido en su oscuro sexo, en la horca de sus piernas, y antes incluso de que abriese los ojos ya lo cabalgaba con furia. Con torpeza, él buscó sus caderas mientras ella rodaba sobre él, sus talones espoleaban sus flancos, su pelvis se frotaba contra su vientre cada vez más rápido, cada vez más fuerte, con rabia, y sus cabellos caían como dos grandes alas oscuras sobre el torso salpicado de pelos blancos de su hombre. El sexo ardiente de Lea lo envolvió, se lo tragó. Ella gozó gruñendo, rechinando los dientes, sin preocuparse del placer del Rotg, que dejó de contenerse. Él tomó los estremecimientos de los hombros de Lea por una expresión del gozo, sin ver las lágrimas que fluían, silenciosas, por las mejillas de su mujer.

3. Guiso típico del sur de Francia, que se elabora con alubias blancas y carne de pato, oca, cerdo o cordero. *(N. de la T.)*
4. Organización política francesa de derechas, formada por antiguos combatientes nacionalistas y activa durante el período de entreguerras, entre 1927 y 1936. *(N. de la T.)*

3
Gloria

Dieciséis años y ya encendía, ya hacía arder a los hombres, y le gustaba esa brasa que sorprendía en sus ojos cuando alzaban la vista hacia ella. Hacer que revoloteasen a su alrededor, volverlos locos, ah, sí, la modistilla adoraba eso, con sus pechos de mujer hecha, con sus tirabuzones que caían, con su boca carnosa y sus pómulos prominentes, con su porte arrogante. Los hombres vibraban, hervían al imaginar las posibilidades de aquel cuerpo hecho para el amor, un cuerpo que hechizaba a los hombres como Joseph, y en las fiestas de los pueblos más de uno había tenido que vérselas con los puños de los hermanos Soler por insistir después de que Gloria les hubiese incendiado la sangre bajo las bombillas de colores de los merenderos, con la cabeza aturdida por el acordeón, el vino tinto y el orujo. Tras pasar tantos años padeciendo la envidia de sus hermanos, el rencor e incluso el odio de la Gateta, la naturaleza le había puesto en bandeja el instrumento de su venganza. Gloria ardía en deseos de escapar al yugo materno. Y estaba dispuesta a usar su cuerpo para alcanzar sus objetivos. Monstruo calculador, velaba por Soledad, su punto débil, con gran celo. De todos modos, al final había logrado establecer cierta complicidad con Niceto, despreciando a los otros hermanos, que a sus ojos de señorita ambiciosa no eran más que unos gallitos que correteaban por los viñedos.

Con crisis o sin ella, había llegado la época de la vendimia y, con ella, los habituales jornaleros que venían de España en busca de trabajo.

Como los demás, también Gloria estaba en las viñas cortando los pesados racimos de syrah. Con las manos enrojecidas, los pies calzados con alpargatas y un gran sombrero de paja para proteger su piel translúcida, le echaba un ojo a Soledad, que también vendimiaba, mientras los obreros agrícolas contaban las noticias que traían del otro lado de los Pirineos. Por las

noches, a pesar del cansancio, de la pesadez de los brazos, de las piernas hinchadas, había un ambiente de fiesta. El vino hacía girar las cabezas, se bailaba y se cantaba, después de pisar la uva en profundas tinas, en una atmósfera impregnada de un perfume a bacanal. Olvidando la espada que pendía sobre su cabeza, Niceto se entusiasmaba al tiempo que conducía con gran habilidad el carro que transportaba las tinas hasta las bodegas. Batista, haciendo equilibrios en la parte trasera del carro, supervisaba el cargamento. Juan Miguel Acevedo, un vendimiador originario de Teruel, no quitaba sus magníficos ojos verdes de Gloria. El jornalero, que llevaba el pelo engominado y vestía una camiseta blanca, tenía labia. Gloria hacía como que no se daba cuenta de nada. Había intentado varias veces invitarla a una sesión del cine itinerante, pero Gloria se escabullía y Acevedo no insistía. Siguió vendimiando y hablando de política hasta el final de la semana con fingida indiferencia, en el equipo del que formaban parte los Soler y que mostraba particular entusiasmo. Lea la primera, con los pies descalzos plantados en la tierra, como de costumbre, levantando la cabeza solo para ajustarse el pesado moño y dejar de cuando en cuando que su mirada pasease por los músculos de los hombres relucientes de sudor.

*

Capestang no estaba cerca. De hecho, para llegar había que darse un buen paseo en bicicleta. Pero allí había un cine, de los de verdad. Había visto los carteles. El sábado siguiente, proyectaban *Arènes joyeuses* 5. La opereta se había representado incluso en el teatro de Narbona. ¡Nada menos! Ya que así tenía que ser, ella misma invitaría a Acevedo, y ya se vería...

Pero... ¿cómo harían sin bicicleta? Imposible. El pobre jornalero seguro que no tenía. Pero Niceto sí, aunque la usaba todos los sábados para ir al baile, igual que sus hermanos, cuyos amores furtivos alimentaban la crónica local.

Puede que insistiendo un poco, de todos modos, quizá..., quizá se la prestaría. Buscó a Niceto con la mirada entre la multitud de vendimiadores que guardaban el material dentro de la bodega mientras el jugo maceraba. Vio a su padre. Estaba echándole una mano a Batista para apilar las tinas y le dirigió un saludo cómplice. Por su parte, Ramón se encontraba ocupado desenganchando un caballo bajo la mirada atenta de la pequeña Soledad. No se veía a Niceto por ninguna parte. Por un motivo o por otro, debía de haber vuelto a casa. Cruzó el puente sobre el canal con paso despreocupado y siguió por el camino de sirga, decidida a defender su causa.

*

Gloria espanta a una avispa que baila delante de sus ojos, coge una gramínea silvestre y se la coloca entre los dientes, olfatea el aire impregnado de olor a tomillo antes de reemprender la marcha. La casita recogida bajo las tejas recalentadas a primera vista le parece desierta. Con gesto decidido, abre la puerta llamando: —¡Nicetooo!

Durante una fracción de segundo, la mano de Acevedo se ha quedado atrapada bajo la falda de Lea, una fracción de segundo de más, antes de que brutalmente sus cuerpos se separen, que la tela vuelva a caer sobre el muslo lechoso, surcado de estrías. Lea, con las mejillas encendidas, pone orden en su moño con precipitación, y le da la espalda a Gloria, que no puede separar los ojos del prominente bulto bajo el pantalón del español. Tiene hermanos. Como buena campesina, no ignora el significado de esa protuberancia.

Con el pelo negro desordenado y los ojos verdes lanzando destellos salvajes, Acevedo sale empujando a Gloria.

—Si no puedo tener a la hija, al menos tendré a la madre —murmura en español.

Incapaz de contener las lágrimas de rabia que le nublan la vista, Gloria da media vuelta y sale de la estancia, seguida por la voz de la Gateta: —¡Espera! ¡Que esperes te digo! No es...

El resto se pierde en el soplo del viento que arquea las ramas de los plátanos, cuyas hojas ya abraza el otoño con un ruido de fuego de paja. Delante, a lo lejos, la silueta de Acevedo bordeando el canal va empequeñeciéndose al mismo tiempo que su reflejo en el agua ondulada por el viento.

Aunque el Rotg es tan parco en gestos como en palabras, aunque no ha prodigado muestras de afecto a sus hijos, sí que hizo una excepción. Con Gloria. Su favorita. Acevedo le da igual. ¡Para lo que iba a hacer con él! La traición de la Gateta, eso es lo irreparable. La afrenta hecha al padre. Ahora le toca protegerlo a ella, Gloria, como él intentó protegerla siempre que pudo de las iras maternas. Los zarpazos de la tramontana han secado las lágrimas en sus mejillas. Se sorbe los mocos, pensando en esa nariz enrojecida que debe afear su cara, y se fuerza a calmarse. El padre, el Rotg, está ocupado, allá en las bodegas, trabajando con Batista, con Ramón.

Gloria aminora el paso. No, tan pronto no, ahora no. Ya llegará el momento. Ya llegará el momento de saldar cuentas con la Gateta.

*

Juan Miguel Acevedo y sus compañeros se volvieron a su meseta, cerca de Teruel, a mediados de octubre. En los meses que siguieron, Lea se hizo experta en evitar a su hija. Ni siquiera podía sostenerle la mirada, y cuando estaban en la misma habitación el silencio que las separaba ocupaba todo el

espacio.

El Rotg no era estúpido. Intuía cierto conflicto oculto entre su mujer y su hija, pero estaba lejos de imaginarse en el centro de la batalla, lejos de suponer que Gloria solo esperaba el momento justo para desatar la tormenta.

Una mañana de invierno, Niceto irrumpió en la sala común, con la gorra y los hombros cubiertos de una nieve fina que penetró en la estancia dando vueltas. Lea gritó: —¡Cierra la puerta, que nos morimos de frío!

Haciendo caso omiso de la orden, Niceto avanzó, le dio una patada a una silla ya medio coja con su zapatón clavado y se desplomó en el banco donde estaban sentados su padre y Batista.

—¡Joseph ha muerto!

El Rotg, ocupado en hacer nuevos agujeros en el cuero gastado por el uso de las riendas, interrumpió su tarea.

—Pero ¿qué dices? No es posible. Si se había despertado del coma. Aunque, al parecer, no se acordaba de nada.

Niceto plantó los codos en la mesa y apoyó la cabeza en las manos.

—Yo qué sé. Dicen que ha sido una complicación, un coágulo o no sé qué cosa que se le formó en la cabeza. Tuvo un ataque y cayó fulminado. Ahora van a decir que ha sido culpa mía, seguro.

Gloria avanzó, secándose las manos en el delantal. El Rotg se había levantado.

—No te pongas así. Bien sabes que no fue culpa tuya.

Niceto seguía derrumbado. Luego, de pronto, al ver un cuchillo que había quedado en la mesa, lo agarró y lo plantó en la madera con tal violencia que la hoja se partió.

—Debería haberlo matado con mis propias manos —dijo—. Así al menos no me acusarían por nada.

La Gateta se había quedado petrificada. Niceto prosiguió:

—Los compañeros quieren ir a la huelga, y el padre Cayrol...

Ramón protestó:

—¡Ay, no me hables de ese! No vale más que su hijo.

La voz de Gloria se alzó, glacial, en la estancia:

—Su hijo era un cerdo.

—¿Dices eso después de lo que hiciste con él? ¡Tú a callar! —le ordenó la Gateta.

—Él lo intentó pero yo lo rechacé. Batista es un mentiroso. Os contó una patraña.

Al oír estas palabras, Batista se puso en pie, apretando los puños. Desequilibrado, Niceto se sujetó en el último momento y las patas del banco volvieron a caer pesadamente al suelo. Batista se plantó delante de su hermana.

—¿Qué has dicho? ¡Repítelo, a ver!

Lea avanzó hasta colocarse a la luz de la bombilla.

—Tu hermano no es un mentiroso. ¿Te crees que no vi el vestido con el

que volviste aquel día?

—Me lo hizo la señora Raynal.

—¿Y qué? Es un vestido de zorra y tú te comportas como tal.

—Usted no es quien para hablar de eso, *mare*.

Sus hermanos se volvieron hacia Gloria. La Gateta seguía mirando a su hija a los ojos, con la olla de barro en las manos.

El Rotg frunció el ceño.

—¿Lea?

Petrificada, con los puños y los labios apretados, ella miraba fijamente las manos que sujetaban la olla. El Rotg insistió: —¿Lea? ¿Qué quiere decir? Gloria, ¿qué...?

Gloria se contentó con decir:

—Pregúntele a ella, *pare*.

La Gateta soltó la olla, que se rompió con un ruido seco, esparciendo por la sala un aroma a confitado. Cogió el atizador y se abalanzó aullando sobre su hija, mientras los hombres se apresuraban a separarlas.

Gloria salió de aquella solo con una herida en la frente, que fue como un bálsamo, el bálsamo de la venganza, cuyo gusto saboreó durante mucho tiempo.

Toda la escena se había desarrollado delante de Soledad, que no había dicho ni pío. Cuando por fin regresó una calma engañosa y todos se esforzaban por ignorar a los demás, la pequeña estalló en tales sollozos que todos se apiñaron a su alrededor.

Todos, salvo la Gateta, relegada en su rincón.

---

5. Película de 1935, dirigida por Karl Anton. *(N. de la T.)*

4
Lea

Habría llegado hasta el final, sin ningún género de duda, si Gloria no hubiese aparecido en el peor momento. No había forma de librarse de esa. ¿Y qué es lo que había insinuado? Además, ninguno de sus hijos la había defendido. Peor, había visto una luz apagarse en sus ojos.

Había algo aún más grave. Desde la muerte de Joseph Cayrol, las lenguas se desataban, señalando un culpable ideal: Niceto. Aunque nadie tenía pruebas, aunque seguía clamando su inocencia, cada mañana el primogénito de Lea se levantaba temiendo encontrarse a los gendarmes en su puerta.

El padre Cayrol, por su parte, no esperó mucho para presentarse. El Rotg lo invitó a entrar. Él rechazó la invitación con sobriedad y se quedó en el umbral. Sus hombros se habían hundido bajo el peso del luto. Su voz no era más que un murmullo cuando se dirigió al Rotg:

—Francisco, no podéis quedaros. ¿Qué diría la gente si os dejase quedaros, si dejase que el asesino de mi hijo ocupase mi casa?

El Rotg se puso tenso. Argumentó:

—Bien sabe usted que mi hijo no mató al suyo.

—¿Y cómo puedo saberlo, Francisco?

—Cuando despertó, Joseph no denunció a mi hijo.

Cayrol se encogió de hombros.

—No se acordaba de nada.

—Además, fue él quien empezó la pelea en la manifestación. Todo el mundo lo sabe.

Cayrol buscaba una respuesta.

—No irá a dejar en la calle a toda una familia —insistió Francisco Soler —. Recuerde que incluso quiso adoptar a la pequeña.

Cayrol alzó la cabeza y lo observó. El Rotg comprendió que acababa de anotarse un punto.

—Si sus hijos la hubiesen adoptado —prosiguió—, ¿también nos habría

echado? ¿A los padres de aquella a quien consideraría su nieta?

Cayrol seguía sin contestar. Hundió las manos en el fondo de los bolsillos del pantalón. Por fin, resopló y sacudió al cabeza.

—No, Soler, no. No puedo. Además, estoy en mi casa. Soy el jefe. Soy yo quien decide. Digan lo que digan, hago lo que quiero. Tenéis que iros. A finales de semana.

El Rotg lo observó largo rato. También él sacudió la cabeza.

—No, Cayrol, no es usted quien decide. Son los otros quienes lo obligan a hacer eso. No es el amo en su casa, como dice.

Cayrol se contentó con dar media vuelta.

El Rotg entró en la casa. No había necesidad de comentar lo sucedido. Los suyos lo habían oído todo. Niceto estaba en el banco, hundido. Ramón le espetó:

—Es culpa tuya que nos obliguen a irnos.

Niceto se incorporó.

—¿Qué dices?

El Rotg suspiró. Ya no aguantaba a aquellos gallitos.

Aquí hay demasiados hombres. Sí, demasiados hombres bajo el mismo techo. Tendrían que haberlos colocado en alguna granja. Pero ahora... ¿dónde?

Lea estaba de pie frente a su hombre, con los brazos a lo largo del cuerpo.

—¿Qué vamos a hacer?

—Parece que en Le Somail el patrón busca un *ramonet.* Estará peor pagado, pero...

Le Somail. Una aldea situada a pocos kilómetros de allí, en dirección a Narbona.

—Después de lo que ha pasado, nunca nos cogerán —objetó Batista, que estaba de pie cerca del hogar—. Vamos a tener que separarnos, ir cada uno por su lado y buscar trabajo.

Si una víbora le hubiese picado, Lea no habría saltado antes.

—¡Nunca! Nunca, ¿me oís? ¡Nos quedamos todos juntos! Siempre podemos volver a España.

El Rotg la miró como si de pronto hubiese perdido la razón.

—¿Qué? ¿Estás completamente loca, mujer? ¿Para regresar a la miseria de la que huimos? Además, nuestros hijos no han hecho el servicio militar allí.

—Pues lo harán. Así estaremos tranquilos. Además, los que vienen a trabajar aquí dicen que España ha cambiado mucho. Parece que desde que no hay reyes, desde que ganó el Frente Popular y hay república, todos comen cuanto quieren.

El rostro del Rotg se ensombreció.

—Es cierto, tú conoces bien a los jornaleros que vienen de España a trabajar.

Hacía falta más para hacer callar a la Gateta.

—No has sabido hacer que nos quedáramos, conque volveremos a irnos, y punto.

*

Batista no tenía ninguna gana de volver a un país del que apenas se acordaba. En cuanto a Niceto y Ramón, nunca habían olvidado que aquella tierra había tenido para ellos el gusto amargo del abandono. Soledad tampoco quería irse. Era francesa. Dictado tras dictado, la maestra instilaba en ella el amor por la nación, por el soldado francés y sus virtudes. No quería dejar la escuela. Pero, de todos, la que más protestó fue Gloria. La idea de separarse de Madeleine Raynal y de abandonar la costura le resultaba insoportable.

Finalmente, fue el cartero quien decidió por los Soler. Su arbitraje llegó en forma de una carta enviada desde España en febrero de 1936, en los días siguientes a la visita del padre Cayrol. El tío Pepe, un pariente lejano del Rotg, del que este había olvidado hasta la existencia, jorobado, viudo y sin descendencia, había sido hallado muerto en la playa de Sant Balaguer de la Font, cerca de una cabaña de pescador. Ahogamiento, accidente, enfermedad, la misiva no decía nada de las circunstancias del fallecimiento. La expedía el notario del pueblo y especificaba que Francisco Soler, único heredero del tío Pepe, Josep Manchover para el registro civil, recibiría en herencia una casa ubicada en la calle Santa Ana, una vez que abonase los impuestos y demás cargas correspondientes a dicha sucesión, que incluía también seis ovejas, dos cabras y un cerdo, junto con unos cuantos arpendes de huerto. El Rotg no tenía idea de cómo iba a pagarle al Estado español lo que le correspondía, pero la Gateta no se detuvo ante tales consideraciones. Si hacía falta, venderían el ganado. En cuanto a la casa, si tenían la menor posibilidad de adueñarse de ella, no debían dudarlo ni un instante. Sobre todo porque tenía un terreno.

Lea ya no albergaba esperanzas sobre lo que le sería dado en su propia vida. Sabía demasiado bien de dónde venía. Y, sobre todo, de dónde no venía: de un mundo donde el dinero crece en los árboles. Sus sueños, si acaso algún día se cumplían, tendría que arrancárselos al dolor y a la pena. Había decidido. Por todos ellos, ya que el Rotg no había logrado hacer que se quedasen. Además, Niceto, español de nacimiento, ya iba con retraso para hacer el servicio militar. Si más adelante quería volver a vivir en España, se arriesgaba a que lo considerasen desertor. Y, si se quedaba en Francia, acabaría en la cárcel. Así pues, más les valía irse.

El Rotg no ignoraba ni la infidelidad de su mujer ni los motivos reales de un regreso a su país que más se parecía a una fuga, pero también estaba cansado. Cansado de matarse a trabajar para el avaro de Cayrol, sin mejores

perspectivas. Se había rendido. Al fin y al cabo, no tenían nada que perder y sí mucho que ganar. En cuanto a la casa del tío Pepe, ya verían.

Como heraldos de una clase obrera campesina condenada a la servidumbre, a los que únicamente la paradoja de una herencia les daba una esperanza de redención, se pusieron en camino.

Habían tenido que echar cuentas, reunir unos pocos cuartos, vender colchones y baratijas, cacerolas y sartenes, para al fin apiñarse en un carro que los llevaría a la estación de Narbona. Niceto había querido despedirse de Paul de Sainte-Valière y devolverle el libro de Élisée Reclus, pero en vano llamó a su puerta. Paul había volado.

Los Soler emprendieron el regreso con una mano delante y otra detrás, igual que habían llegado, con sus quimeras por todo equipaje. Ya que España les ofrecía una tierra, pues allá volverían. ¿Sus hijos? ¿Quién mejor que una madre iba a saber lo que les convenía? ¿Sus hijas? Que obedeciesen.

Tacatún, tacatún... Las ruedas le murmuraban, durante todo el camino: «Una tierra, una tierra, una tierra».

La familia se había bajado en Portbou para cambiar de tren. En los andenes ondeaban las banderas negras y rojas de los anarcosindicalistas de la FAI, la Federación Anarquista Ibérica, y de la Confederación Nacional del Trabajo, los banderines de los socialistas y los de los comunistas, con la hoz y el martillo en una esquina.

Desde la frontera, sobreexcitados, Niceto y Ramón no hablaban de otra cosa que de política con los demás pasajeros.

¿El Frente Popular?

—Unos blandos —les explicó un joven ferroviario que iba más al sur, hasta Elche.

El tipo se había quitado la gorra, dejando a la vista una franja de piel pálida, que el sol no había tocado, bajo un pelo negro y denso, y mientras hablaba sonreía mostrando sus dientes torcidos, como si fuese a comerse el mundo. Entre diatriba y diatriba hacía circular por las filas de asientos del coche su *porrón* lleno de clarete mezclado con limonada. Desde el asesinato de Ferrer[6] en 1909, los anarquistas no dejaban de progresar en el país. Las huelgas se multiplicaban, la cotización de la peseta caía en picado. Los obreros agrícolas, cuyas esperanzas se habían reavivado con la victoria de la izquierda, reclamaban tierras.

Lea le dio la razón. ¿Cómo no lo habría entendido?

Dos días atrás, por Badajoz, prosiguió el ferroviario, sesenta mil obreros agrícolas se habían adueñado de los campos que habían empezado a labrar. En realidad, añadió, ya un poco borracho, los socialistas no tenían cojones, sí, la verdad era que había que acabar con las argucias de los centristas. Lo que hacía falta era una revolución, una buena, una de verdad, no un reformismo descafeinado. Y concluyó:

—¡Cuando Dios, que está en los cielos, quiera la justicia en esta tierra, los pobres comerán pan y los ricos tragarán mierda!

*

Bien mirada, la herencia del Rotg resultó no ser gran cosa, y la desilusión de Lea fue grande, a la altura de la nostalgia que la invadía cada vez que recordaba la casita del canal.

Sant Balaguer de la Font seguía siendo la misma villa blanca encaramada en unos peñascos sobre los que dominaba el castillo moro medio en ruinas, que servía de cantera para todo el barrio alto.

Para los adinerados, el barrio bajo; para los pobres, el barrio alto, con sus callejuelas angostas y sus casuchas encaladas donde los más necesitados convivían con algunas familias de gitanos llegadas hacía poco. La casa del tío Pepe consistía en dos estancias sucias que daban a la calle Santa Ana, la más alta del barrio alto y, por lo tanto, la más miserable.

*

La casa ni siquiera está cerrada con llave. El Rotg abre la puerta el primero y la sombra se lo traga. Enseguida lo entiende. No hace falta cerrar, no hay nada que robar.

Fuera esperan Lea y los demás. No por mucho tiempo. Lea nunca espera demasiado. Empuja a sus hijos y entra. Recorre la estancia con la mirada. Queda impactada al ver la mesa coja, los dos bancos comidos por la carcoma, las dos sillas de enea con el asiento hecho trizas, el camastro de sábanas agujereadas y el aparador, al que le falta un pie que ha sido sustituido por dos azulejos encontrados entre las ruinas de la fortaleza, cuya sombra se extiende sobre la casa. Encima de la mesa, un plato, un mendrugo de pan enmohecido. Una cuchara de madera. Los restos de la última comida del tío Pepe.

Es el regreso a un antro semejante a aquel del que huyeron para ir a trabajar a Francia. Lea se muerde el labio inferior. Y todo para eso. Pues sí que merecía la pena. Es como si no se hubiesen ido nunca. Y encima... Se siente extranjera, aquí, en este país donde todo le resulta familiar pero desplazado. Igual que allí, en Francia. Una extranjera. Eso es lo que es. En todas partes, una extranjera.

Inspira una gran bocanada de aire abrasador.

—¿Conque esta es la famosa herencia?

Se da la vuelta, fija la mirada en los ojos de su marido. Lee en ellos el pánico, el deseo de dar media vuelta, de marcharse de inmediato. Le echa sal en la herida:

—No vale mucho más que lo que dejamos hace dieciocho años.

El Rotg gruñe:

—Haberlo pensado antes.

Lea no contesta. Solo piensa en el terreno. Si hay una tierra, entonces la casa da igual. Una casa se repara, se moderniza. Los muebles se fabrican o se compran. Si hay una tierra...

Francisco le espeta que de todos modos no tiene ánimos para volver a emprender el camino. Ya no tiene fuerzas. Puesto que están allí, ya no les queda más remedio que ver adónde los llevará esa historia de la herencia. Al fin y al cabo, quizá haya otra cosa, tendrán que ver al notario.

Lea se encoge de hombros mientras los chicos entran a su vez en la estancia y se apiñan en ella junto a Gloria y a Soledad, que se acurruca entre las faldas de su hermana mayor.

Una ventana minúscula ilumina pobremente la sala, hay que dejar la puerta abierta para poder ver más o menos con claridad. La luz pone en desbandada a toda una población de cucarachas, que habrá que desalojar.

Lea abre una puerta, al fondo de la estancia. Da a un cuartito y a un diminuto patio trasero protegido por un techo de tejas descoyuntadas.

El terreno se reducía a unos cuantos míseros arpendes a lo largo de la vía férrea, en la carretera que iba a La Horta d'en Carrer. No había suficiente para alimentar a toda una familia. Lea había tenido el sueño de aquellos que, al huir cada vez más lejos, creen dejar atrás una carga demasiado pesada. Pero la carga la seguía. Y continuaría haciéndolo, hasta hacerse tan pesada que finalmente la inmovilizaría allí donde se encontrase.

*

Al alba del primer día tras el regreso, la despertó la sensación pegajosa de haber dado una vuelta completa, de haber regresado al punto y a la condición de partida, arrastrando con ella a toda una familia. Ella, que de costumbre casi saltaba de la cama, tuvo que forzarse a levantarse. No era un regreso a la casilla de salida. No, era peor, peor porque el tiempo había pasado. Le bastaba con mirar a su hija mayor para convencerse de ello. O al Rotg, que desde luego ya no era el macho hambriento que había conocido. Al fin y al cabo, si estaban en esa situación, era culpa suya, de su falta de ambición, de su ausencia de deseo.

«Piensa en otra cosa, hija mía».

Miró a su hombre, que roncaba, levantando la áspera sábana de lino con su respiración. Con la edad, sus crisis de sonambulismo habían ido espaciándose hasta desaparecer por completo. En el cuartito de al lado, aún dormían los tres chicos, en sendos camastros, y las dos chicas, en la misma cama demasiado estrecha para ellas. ¡Qué vuelta atrás!

Lea se levantó, plantó los pies en el suelo desigual, sintió el frescor de la noche en sus talones. Se enfundó el vestido, caminó hasta la ventana, abrió el postigo para dejar entrar la cegadora luz matinal y parpadeó, deslumbrada por la claridad del día. Había dormido mucho. El cansancio del viaje. Como un espejismo, se le apareció su vida futura en el halo incandescente del sol. ¡Nunca debería haber vuelto! ¿Qué iban a comer?

Salió a la plazuela, a aquella hora desierta, y bajó la calle en dirección al camino que llevaba a La Horta d'en Carrer. Nada, no, nada había cambiado en la hilera de casuchas miserables.

No tardó más de cuarenta minutos en llegar al pueblo donde había crecido y encontrar la casa de los Julbe. La casa de su infancia. Donde había abandonado a sus hijos para huir a Francia.

La *finca* seguía allí, inundada de sol, cubierta de madreselva, justo a la salida del pueblo. Lea permaneció largos minutos petrificada frente a la entrada. Un hombre acabó por acercarse caminando entre la doble hilera de cipreses del camino que llevaba a la verja de entrada. Con su pantalón de lino gastado, sujeto con una *faja* de franela, los pies calzados con *socs* y el rostro oculto por la sombra de su sombrero, se plantó delante de Lea.

—*¡Adeu!*

—*¡Adeu!* ¿Es esta la casa de Manuela y Eluctario Julbe?

—*¡Ouye, les pobrets, són morts!* ¡Desde hace mucho! ¿Los conoció?

Lea titubeó. Acabó por confesar:

—Crecí aquí.

El hombre —andaría por los cincuenta y pico— la observaba, pensativo, buscando en su rostro los rasgos difuminados de la niña que había sido.

—¿Cómo te llamas?

—Lea.

—¿Lea? ¿Lea, la Gateta? ¡Las que nos hiciste pasar, hija!

El campesino, colocado a los cinco años en casa de los Julbe y uno de los críos que Lea martirizaba de la mañana a la noche, nunca se había ido de la *finca.* Pero, por mucho que Lea trató de forzar las puertas de su memoria, cerradas a cal y canto, ningún rostro se le apareció cuando él pronunció su nombre: Eusebio.

Todos los demás habían acabado por irse. Menos él, que se había quedado como criado. Eluctario Julbe había expirado en 1924. Un ataque. Su mujer se había ido consumiendo. Dos años después, había seguido a su marido a la tumba. La fábrica de petardos había cerrado sus puertas. Los nuevos dueños de la *finca* vivían en Valencia. Por un breve instante, Lea pudo sentir aún el contacto de las manos de Manuela Julbe, la única mujer a la que había llamado madre, la caricia del peine de hueso en sus largos cabellos de niña. Un instante, solo un instante.

Giró sobre sus talones y se alejó por el camino, descalza como en los primeros tiempos de su infancia, seguida por la mirada del obrero agrícola. Caminaba hacia Sant Balaguer cuando, en el temblor del aire saturado del

calor y el solazo de la mañana, apareció a lo lejos una silueta. No la reconoció hasta estar a pocos metros de ella, y entonces se quedó petrificada.

Manuela Julbe estaba parada en medio del camino, vestida como el día en que la Gateta había ido a buscar a sus chicos. Con chal y vestido negros. Manuela Julbe, que llevaba a un niño de pecho en los brazos.

—Hola, Lea.

—*¿Mare?* Creía que estaba...

—¿Muerta? Sí que lo estoy. Desde hace doce años. Igual que esta. Se fue el mismo año que mi pobre Eluctario. Acércate. ¿No la reconoces?

Manuela Julbe inclinó al recién nacido con su mano, que sujetaba un peine de hueso. La Gateta se inclinó para mirar al bebé.

—Es Rosa. Tu pequeña Rosa. ¿No te acuerdas de ella? Es solo la primera, ya lo verás. La primera.

Lea profirió un grito estridente y huyó como alma que lleva el diablo. Al cabo de unos cien metros, se detuvo, sin aliento, y se dio la vuelta. En el camino polvoriento no había nadie.

Manuela Julbe y la pequeña Rosa fueron sus primeros visitantes de ultratumba.

*

Por boca de su vecino más cercano, los Soler conocieron al mismo tiempo las extrañas circunstancias en que había muerto el tío Pepe y la suerte de su flaco rebaño. El hombre, llamado Severino, regía los destinos del café, o lo que hacía las veces, situado en la plazuela enfrente de su casa. Un lugar donde los hombres jugaban al ajedrez hasta la madrugada, constituido por una sala oscura, que presidían una mesa larga y dos bancos, y una antecocina con un horno y un grifo que goteaba sobre la piedra del fregadero. Colocados en un estante, el Anís del Mono y las botellas de vino *rancio,* y en otro, unos vasos mugrientos. Y debajo la silueta rolliza de Severino, con la camisa remangada por encima de los codos, mostrando los antebrazos surcados de hinchadas venas azules y tatuados con una rosa de los vientos y una sirena, cuya tinta había palidecido bajo la piel bronceada y arrugada, cubierta de pelos blancos. En su juventud, el hombre había navegado hasta Cuba. Las noches en que se pasaba con la botella, contaba —a quien no se hubiese cansado de oír por enésima vez la misma cantinela— cómo se había casado con una hermosa mulata de la Vieja Habana, que había acabado hechizada por un *santero,* una especie de sacerdote de la religión africana que seguían practicando los descendientes de los esclavos.

Severino había colocado dos o tres mesitas, unas cuantas sillas y algunos taburetes a la sombra de un emparrado que ocupaba la mitad de la plaza a la que daba su tugurio, que ni siquiera tenía nombre y que todos designaban

diciendo simplemente «donde Severino».

Los Soler estaban sentados en torno a una de las mesas, al calor de la luz oblicua del atardecer moribundo. Severino colocó con delicadeza los vasos de *vino tinto* en la madera salpicada de excrementos de moscas borrachas de tanto chupar las gotas de vino peleón derramadas a lo largo del día.

—Los animales del tío Pepe los confiscaron —soltó—. Fueron los comunistas.

—Los bienes del tío Pepe eran demasiado modestos para que el Partido se interesase por ellos —protestó Ramón.

Seguro que Severino se equivocaba.

El dueño del bar lo miró como si hubiese perdido la chaveta.

—¡Id a preguntarles a los hermanos Fernández, ya veréis si me equivoco!

—¡Tonterías! ¡Los Fernández nunca han sido comunistas! —exclamó un cliente sentado en la mesa de al lado, un tipo flaco que flotaba dentro de una camisa de manga corta.

—Ahora sí —replicó Severino—. Desde hace dos meses.

El cliente se encogió de hombros. Severino se volvió hacia los Soler.

—En cualquier caso, son los Fernández quienes robaron los animales del Tío. Encontraréis el cerdo y los corderos del Tío en su corral. Tienen intención de quedárselos. Igual que el terreno.

La palabra «terreno» despertó a Lea.

—¿Un terreno? ¿Qué terreno? ¿El Tío tenía un terreno? ¿Cómo es que el notario no dijo nada en su carta?

Francisco Soler la reprendió:

—¡Pero si no sabes ni leer, pobre mujer!

Lea dio una patada en el suelo.

—¿Y por qué no me dijiste nada, entonces?

—¡Porque en la carta del notario no pone nada sobre eso!

Niceto le echó en cara a Ramón:

—¡Ya ves las canalladas que hacen tus compañeros del Partido!

Llegado a ese punto, la familia entera se puso en pie, tirando al suelo todas las sillas alrededor de la mesa, dispuesta a una nueva pelea, a la que el tabernero puso un fin prematuro al decir fríamente:

—Lo mataron. Fue horrible.

Los Soler quedaron petrificados.

—El tío Pepe era simple y llanamente un comunista convencido, y desde hace mucho, ¿sabéis? Yo creo que la política no tiene nada que ver con su muerte. Los hermanos Fernández son dos. Por desgracia, los eligieron concejales en las últimas elecciones, hace un año. Son campesinos, tienen tierras. Pero eso no les impide ser envidiosos. Son de lo más rencoroso que hay y, además, malos como un demonio, aquí todo el mundo lo sabe. Sus dominios tienen una extensión mucho mayor que el modesto terrenito del pobre Tío. Pero a ellos no les bastaba. De todas formas, ellos nunca se

conforman con nada. El terreno del pobre Tío, la verdad, consiste en unos cuantos pastos quemados por el sol, con algunos frutales plantados, sobre todo naranjos. Allí llevaba a pastar a sus animales. Pero el terreno era demasiado pequeño. Vosotros venís de Francia, pero aquí para alimentar a una oveja hace falta más campo que en vuestra tierra.

Lea emitió una carcajada extraña, como si algo se le hubiese roto en la garganta.

—Dinos algo que no sepamos.

—Al Tío se le había metido en la cabeza que, como los Fernández se habían hecho comunistas, accederían a dejar que sus animales pastasen un poco en sus tierras. No hay suficiente espacio, hay que decir. Pero cuando pasó por allí el mayor, Julio, un auténtico tarado, ese al que le falta una oreja —fue su hermano quien se la arrancó de un mordisco en una pelea, cuando eran niños, y por eso todo el mundo lo llama el *Oreja—,* se puso a insultar al tío Pepe, ordenándole que sacase a sus ovejas del prado de su familia. Solo que el Tío (sin querer faltarle al respeto) tenía la cabeza tan dura como su joroba, y el carácter tan fuerte como los Fernández. No quiso hacerles caso. Una injuria llevó a la otra.

«La madre que te parió, cabrón, me cago en la leche que te han dado», habían sido las últimas palabras del tío Pepe, poniéndole punto final con gran finura a una justa verbal. Severino se inclinó hacia delante.

—Julio Fernández no dijo esta boca es mía. Al menos en apariencia. Aquella mañana, dejó que las ovejas del Tío pastasen tranquilamente en el terreno y siguió su camino. Pero unos días después los Fernández llamaron a la puerta del Tío. Habían solicitado que se convocase con urgencia una reunión de célula, según decían para tomar una decisión sobre su disputa. El Tío debía presentarse enseguida. Al día siguiente, una patrulla de carabineros encontró su cuerpo en la playa.

Lea, que no había perdido de vista el objeto del conflicto, preguntó:

—¿Y los animales?

—Los «confiscaron» (Severino agitó los dedos índice y corazón en el aire, representando las comillas) los Fernández, ya os lo he dicho.

El Rotg intervino:

—¡Pero si aparecen en el acta notarial! Lo que hicieron no es legal.

—Ya lo sé. En mi opinión, es precisamente por eso por lo que el notario Molina los menciona en el documento de sucesión, porque es ilegal.

El Rotg objetó:

—No, no lo creo. Porque no menciona el terreno.

—¿El terreno?

—Pues sí, el terreno del Tío.

Severino se encogió de hombros y golpeó la mesa con las palmas de sus grandes manos en señal de impotencia.

—No sé.

Las revelaciones del tabernero suscitaron diversos debates en el seno de

la familia Soler.

Bien era cierto que el Tío había hecho mal en poner a pastar a sus animales en un terreno que no era suyo. Pero no por eso merecía morir. Niceto proponía ajusticiar de inmediato a los Fernández, mientras que Batista, consternado, amenazaba con ayudar a su hermano a doblegar a los falsos comunistas y Ramón quería hacerles entrar en razón. La polémica quedó rápidamente saldada con un zarpazo de la Gateta, que impuso el silencio entre sus hijos y los obligó a volver a guardar las *navajas* en los bolsillos, ya cerradas.

—¿Y dónde está el terreno? Lo primero es verlo. Y lo segundo, recuperarlo.

Lea no tenía ni la menor idea del papel que desempeñaba un notario. El Rotg trató de explicárselo:

—Sin papeles, no podemos disfrutar de una propiedad. Si no existe sobre el papel, si nuestro nombre no está escrito, entonces no es nuestra.

Lea dio un puñetazo en la mesa.

—¡Eso me gustaría verlo! ¿Y cómo vamos a recuperar también las ovejas, las cabras y el cerdo?

—¿Sin matar a los Fernández, quieres decir? —preguntó Niceto.

—La propiedad del Tío no vale una fortuna —concluyó Severino, el tabernero—, no es más que un terrenito que adquirió hace tres años gracias a sus ahorros y, bueno, con los frutales y eso, tampoco es fácil hacer pastar allí a los animales. De ahí el problema con los Fernández.

El Rotg se acabó el vaso de vino y lo dejó en la mesa con un golpe seco.

—Hay que ir al Ayuntamiento. Al catastro. Allí podrán informarnos. Y habrá que ver al notario. Sin duda tendremos que pagar al Estado impuestos por la sucesión de la casa, los animales y el jardín. ¿Dónde está, por cierto?

Severino señaló en dirección al norte con el dedo índice.

—Hacia allá, a la izquierda, a unos quinientos metros.

Dando golpetazos con el puño en la maltrecha mesa sobre la que temblaban los vasos, Lea, Niceto, Ramón, Batista y Gloria se pusieron de acuerdo: tendrían que aclarar lo antes posible aquella historia del terreno olvidado y de los impuestos de sucesión que había que pagar. Y, por último, debían recuperar los animales que les habían quitado los Fernández.

Severino puso fin a su exaltación:

—Todo eso es muy bonito, pero, si recuperáis a los animales, ¿dónde los llevaréis a pastar?

Si el rebaño moría de hambre, los Soler también morirían. Sin los animales de la granja, sin suficiente tierra para plantar una huerta, ¿cómo sobrevivirían?

Volvían a la situación que los había forzado al exilio.

*

El ilustre señor Molina iba todos los sábados a confesarse justo antes de visitar a las hermanitas del convento de Nuestra Señora del Olivo, un lugar de reputación dudosa. Decían los rumores que, con la complicidad del cura y de la parroquia de San Roque, las monjas acogían a mujeres del barrio alto que habían dejado preñadas machos del barrio bajo y que, en vez de practicarles abortos, vendían a los bebés a su nacimiento o, peor, que los mataban y luego los enterraban en el claustro del convento. Muchos eran los que en el *barrio alto* daban crédito a tales habladurías.

Dado que los Soler habían formulado varias solicitudes de cita a las que nadie había dado respuesta, el Rotg se resignó a acechar al notable en su camino a la iglesia. Acabó por pasar por allí, como estaba previsto, en compañía del padre Guillermo, director espiritual de San Roque, embutido en su sotana impecablemente almidonada, con las pálidas mejillas protegidas por un sombrero negro de ala ancha. Los dos hombres ni siquiera se detuvieron cuando Francisco Soler los llamó. Molina, bajo, enclenque, vestido con un traje de rayas demasiado estrecho, se contentó con mascullar, entre los labios realzados por un bigotillo fino, que podía pasar el lunes, día de visita de los pobres, y que tenía que hacer cola como todo el mundo. El Rotg se quedó plantado en la estrecha acera, viendo cómo se alejaban el notario y el cura, y solo logró sacarlo de su contemplación Soledad, que le tiraba de la mano tratando de llevarlo hacia el obrador del panadero.

El lunes por la mañana se presentó en la notaría del ilustre señor Molina. En la cola, una cohorte de pedigüeños, que habían intentado en vano endomingarse, se contaba las miserias para matar el rato. La primera, una jovencita rechoncha engalanada con una falda raída y con los pies torturados por unos zapatos de cartón cuero, esperaba por una historia de una herencia en la que pretendía haber sido engañada por un primo lejano. El segundo, un viejo campesino digno y seco, con la chaqueta y el sombrero manchados con aureolas de sudor, quería saber si el notario finalmente le había concedido el préstamo a interés de usurero que le había suplicado que le diese, préstamo para el que, por supuesto, hipotecaría sus pocos naranjos. A la tercera la había repudiado su esposo, con la connivencia del clero, y acudía al señor Molina como último recurso para proteger sus escasos bienes. El cuarto y la quinta eran una pareja de más de cuarenta, que no había podido tener hijos y a la que el notario había propuesto una exigua renta vitalicia. Francisco era el sexto de una fila de doce personas.

Cuando le tocó el turno, hizo acopio de valor y lo concentró en sus manos crispadas en torno al sombrero que se había puesto en vez de la habitual boina francesa y que ahora martirizaba entre sus dedos huesudos.

—¿De qué terreno me está hablando, Soler? ¡No entiendo nada!

—Pues... Es que... Severino, el tabernero, dice que el tío Pepe tenía un naranjal...

—Soler, ¿no le basta con el terreno que bordea la vía férrea?

—Pero es que... el otro, se supone que también es nuestro. ¿Por qué no figura en el acta de sucesión?

Molina se alisó las puntas del bigotillo y frunció el ceño.

—Soler, usted sabe leer, ¿no es así? Sin embargo, aún no ha pagado el impuesto de sucesión por ese terreno, ¿o acaso me equivoco? Por no hablar de mis honorarios...

—Señoría, pero si casi no tenemos ni para comer. ¿De dónde íbamos a sacar el dinero?

—¿Un préstamo, quizá? ¿Una hipoteca sobre la casa?

—Me gustaría, pero ¿cómo lo devolveríamos? Nunca hemos pedido dinero prestado, ni siquiera para comer, conque...

—De modo que solo había una solución: vender el terreno para pagar el impuesto de sucesión de la casa, Soler.

El notario se interrumpió para enjugarse el sudor de la cara.

—¡Qué calor! ¡Por eso el terreno no figura en el acta de sucesión! Y por eso no tienen ustedes título de propiedad, por eso no son oficialmente propietarios de la casa en la que se han instalado.

—¡Pero eso es ilegal! Somos nosotros quienes tenemos que decidir si vendemos el terreno o no.

—Una vez más, ¿tiene usted el dinero? No. De modo que hice bien en vender el terreno.

Francisco Soler se desplomó en la silla colocada frente al escritorio, iluminado por los rayos de sol que se filtraban de las persianas hacia las baldosas hexagonales con olor a cera rancia.

—¿Cómo que lo vendió?

—Pues que lo vendí. Así no deben nada, su deuda queda saldada y podremos emitir el título de propiedad de la casa de la calle Santa Ana y del huertecito que la acompaña, ya sabe, el que bordea la vía férrea.

—¿Que lo vendió? Pero... ¡si es nuestro! Y, para empezar, ¿quién lo compró?

—¡Pues yo, naturalmente!

—¿Usted?

—Se puede considerar como una especie de trueque. Verá, así no tienen que pagar ni mis honorarios ni el impuesto de sucesión. Por no mencionar el impuesto de sucesión del naranjal.

—¿Los descontó?

Molina se echó a reír a carcajadas.

—¡Pobre amigo mío! ¡No iba a pagarlo de mi bolsillo! Al fin y al cabo, es *su* terreno, como bien dice usted.

Incapaz de contenerse por más tiempo, el Rotg se puso en pie y dio un puñetazo en el borde de la mesa. El sombrero, que había colocado sobre sus rodillas, rodó hasta sus pies.

—¡Sí, precisamente, es *mi* terreno! ¿Cómo ha podido decidir por mí?

Además, ¡esas tierras valen más que el impuesto de sucesión y que sus honorarios!

—¡Eso lo dirá usted! Pregúntele al padre Guillermo, que se lo confirmará. Y, si no está satisfecho, pague. Le devolveré el terreno. Mientras tanto, le enviaré una factura con mis honorarios, para que vea usted mismo las posibilidades que tiene.

Francisco Soler se agachó para recoger el sombrero, murmurando como para sí:

—Un día, muy pronto, todo esto va a cambiar.

Molina se rio con sorna.

—Pues sí que quieren quemar etapas, ustedes, los comunistas, ¿eh? Pero eso no va a durar. El Frente Popular... ¡Menudo chiste! ¿Qué se creen, que están en Francia? ¿Sabe que ya les han puesto un apodo a los nuevos del barrio? Los Rojos. Y no es por su color de pelo, créame. Cuando toque, no será difícil encontrarlos.

*

Al día siguiente, Niceto fue a la sección local de la Confederación Nacional del Trabajo. Las oficinas de la CNT se encontraban en la planta baja de una casita, en un local que hasta hacía poco había sido una tienda de ultramarinos. Allí reinaba un ambiente enfebrecido y Niceto tuvo que abrirse paso entre obreros ocupados en proferir palabras exaltadas. Preguntó a quién tenía que dirigirse para afiliarse y un hombrecito rechoncho en mangas de camisa le señaló a un tipo delgado, flaco como un perro callejero, tocado con una gorra militar adornada con una pequeña borla y una insignia con los colores de la CNT, rojo y negro.

Niceto se plantó frente a él y le tendió la mano:

—Me llamo Niceto Soler, vengo de Francia.

Titubeó un momento pensando en Paul.

—Y soy... Soy anarquista.

—Ah. ¿Aún quedan anarquistas en Francia? Siéntate. Bienvenido. Me llamo Jaume Varela.

Varela pugnó por encontrarle una silla y apoyó una nalga en el gastado escritorio.

—Sí que hay anarquistas, y más de los que crees. La prueba es que aquí estoy.

—Pues los otros harían bien en venir a echarnos una mano. —Varela señaló a los obreros—. También ellos son anarquistas. La mayoría, miembros de la FAI. Somos mayoritarios en el barrio.

—Entonces, también quiero afiliarme.

—Serás útil. Toda esta gente ha venido a una reunión. Puedes quedarte,

eres bienvenido. Vamos a hablar de organizar milicias, para prevenir un golpe de Estado.

—¡Un golpe de Estado! ¿Tan mal están las cosas?

—¿Has visto cómo está el país? Bueno, imagino que aún no mucho, así que te lo cuento yo. Estamos en plena lucha por las mejoras sociales, los salarios, los derechos, las tierras, por todo, o casi. En resumen, esos blandos del Frente Popular tienen el culo pegado a sus sillones. De modo que hemos multiplicado las huelgas y las ocupaciones de campos, de fábricas. Y, claro, el ejército cada vez se siente más tentado de intervenir para poner fin a toda esa agitación. A su manera, claro está. Tenemos que asegurarnos de que las autoridades electas van a distribuir armas al pueblo en caso de intervención militar. Hay rumores que dicen que se está preparando algo turbio en el Marruecos español.

Niceto dudaba. Conocía el antimilitarismo innato de los libertarios. Y lo compartía.

—Varela... No podré quedarme en el país si no cumplo con el ejército. Aunque no fue el único motivo, si vine fue en parte para hacer la *mili.* Y mis hermanos, igual. Si no, nos declararán desertores. Así que, si entro en el ejército, con todo lo que dices que se está preparando... ¿me aceptaríais igualmente?

—Has dicho que no fue el único motivo de tu regreso. ¿Cuál fue el otro?

Niceto miró alrededor, como si la multitud de obreros congregados en el pequeño local pudiese darle la respuesta. Al fin, confesó a regañadientes:

—Allá, en Francia, me acusaron en falso de haber matado al hijo del patrón.

Varela se echó a reír con una carcajada franca y le dio una palmada en la espalda.

—¡Si con eso no bastase para ser de los nuestros! Aunque lo hubieses matado de verdad, igualmente te aceptaríamos. Y yo también tuve que hacer el servicio militar, ¿qué te crees? ¿Que no necesitaremos hombres capaces de manejar un fusil, en caso de que haya problemas? ¿Que no necesitaremos un ejército fiel al pueblo? No podemos permitirnos dejarles eso a los fascistas. Llegado el momento, necesitaremos una tropa capaz de vencerlos. De modo que, si tú estás dispuesto, nosotros te queremos.

*

Puesto que el pueblo necesitaba un ejército leal, Ramón y Batista, también en edad de incorporarse a la tropa, se fueron asimismo al cuartel, mientras anarquistas y miembros del Partido Obrero de Unificación Marxista, el POUM, exigían al Gobierno su palabra de que, en caso de insurrección militar, se distribuirían de inmediato armas al pueblo.

Antes de irse a la mili, Batista llevó a casa un horrible chucho de cuatro meses que había cogido de casa de un vecino, una especie de taburete con patas infestado de pulgas, mezcla de chihuahua llegado del lejano México y de cien razas cruzadas, que inmediatamente todos decidieron bautizar *Fai.* Así, el perro de los Soler también se unió a la filas de los libertarios.

El ejército alimentaría a los muchachos. Quedaban el Rotg, Lea y las chicas. Con Molina y los Fernández, la situación estaba del todo bloqueada. Y, sin embargo, había que comer. El desempleo asolaba campos y ciudades. El Rotg encontraba donde emplearse aquí y allá, pero no era suficiente. Resultaba imperativo procurarse el dinero que reclamaba el notario, bajo pena de perder la herencia del tío Pepe.

Lea había oído decir que, al llegar la temporada del trasplante del arroz, los propietarios del Saler contrataban a mujeres por jornadas. El Saler. Una vasta zona de albufera salpicada de casitas blancas, todas construidas siguiendo el mismo modelo, en forma de A, con afilado tejado a dos aguas, cubierto de paja de arroz hasta el suelo. Y dos paredes de adobe. Eso era todo. El país del arroz redondo que los hombres dejaban caer entre sus dedos cuando preparaban la paella para las mujeres los domingos. *Para ella...* De ahí venía el nombre.

El Rotg, por su parte, había conseguido que lo contrataran para la cosecha de las habas. Se quedó en Sant Balaguer de la Font con Soledad. A principios de mayo, Lea y Gloria partieron en dirección al Saler, situado a unos cuarenta kilómetros de allí, y un amanecer húmedo las contrataron para el trasplante del arroz.

Con los pies enterrados en el lodo y el agua salobre hasta las pantorrillas, las dos mujeres plantaban en medio de decenas de otras como ellas, dobladas, cantando, riendo. De vez en cuando, Lea se incorporaba y se masajeaba los riñones doloridos, Gloria se quitaba algunas sanguijuelas de los tobillos con una mueca de asco y después reanudaban el trabajo.

Por mucho que Gloria se protegía con un gran sombrero de paja, el sol incendiaba su piel tierna y cubierta de pecas, con la que se cebaban los mosquitos. Cuando el calor capitulaba, al final del día, nubes enteras de insectos surgían de la albufera y se abalanzaban sobre los arrozales.

Al caer la noche, las dos mujeres dormían con un grupo de campesinas de Villalonga en una de las chozas que había en los alrededores de la albufera.

Una semana después de su llegada, Lea se despertó en plena noche al notar el castañeteo de dientes y los escalofríos de Gloria, que dormía acurrucada junto a ella.

Encendió una vela tratando de no molestar a las otras mujeres y la pasó sobre el rostro lívido de su hija. Con la frente perlada de sudor, Gloria

deliraba, murmurando: «No, no, Rosa, no quiero, la caja no, no, la caja no. Rosa...». Lea se sobresaltó al oír el nombre de su hija muerta. Sintiendo una presencia a sus espaldas, se dio la vuelta y la llama de su vela iluminó el rostro de la gorda Rosario, una de las campesinas de Villalonga, que estaba santiguándose.

—*¡Déu!* Son los mosquitos. ¡Habrá cogido el paludismo! Siempre hay algunas que mueren de eso.

Volvió a santiguarse y susurró:

—También es culpa tuya, Lea, porque no paras de blasfemar, es un castigo de Dios. ¡Ahora hay que hacer un voto para calmar su ira! Mira, yo haré uno: si vive, juro hacer el peregrinaje a Nuestra Señora de las Fiebres, ¡de rodillas! ¿Quieres un cura?

Lea se encogió de hombros.

—No creo en Dios. Tengo todos los motivos para no creer. ¡Mejor será que me ayudes!

Rosario se santiguó tres veces seguidas y empezó a rezar un avemaría que no tuvo tiempo de terminar, pues Lea la interrumpió rezongando:

—Maldita idiota, ayúdame a sacarla, en vez de hacerte la santurrona.

Con ayuda de la gorda Rosario, que no interrumpió sus rezos, sujetaron a Gloria cada una por una axila y consiguieron arrastrar a la enferma bajo la pálida luz de la luna que se reflejaba en la albufera.

—*Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum...*

Lea gruñó:

—¡Rosario, como no pares de rezar ahora mismo, te atizo!

Puso la mano en la frente de su hija. Estaba ardiendo. Nadie podría sobrevivir mucho tiempo a semejante fiebre. Una ínfima grieta se abrió en el muro de indiferencia que la separaba de Gloria. Si se moría, ¿qué le diría al Rotg al volver? Buscó ayuda con la mirada y distinguió una noria, cuya rueda, de la que tiraba un asno somnoliento, dirigía el agua hacia un estanque de piedra. Lea señaló el depósito.

—¡Bueno, hay que actuar deprisa! Vamos a meterla ahí dentro —le ordenó a Rosario.

Las dos mujeres levantaron a Gloria y consiguieron meterla, tiritando, en el agua fresca en la que se reflejaba la luna.

Mientras la fiebre iba bajando, Lea permaneció junto a ella, contemplando los virginales pliegues del camisón de algodón blanco que flotaban en el agua del estanque, la piel de marfil de Gloria, y sintió que irremediablemente la invadía la envidia.

Al cabo de una hora, al fin, los temblores se trocaron en estremecimientos y el castañeteo de los dientes de Gloria se calmó. Seguía teniendo fiebre, el paludismo no se rendía con tanta facilidad. Las dos mujeres volvieron a meter en la choza a la enferma, la desvistieron, la secaron con una sábana rugosa y la envolvieron en una manta.

La velaron hasta el alba. Si Rosario siguió rezando, fue en silencio y Lea

no se enteró. Gloria permaneció varios días en cama, en la *casita,* alternando entre el delirio y un sueño profundo.

Ni siquiera les pagaron los jornales que le correspondían a Gloria. El capataz descontó el alojamiento y la comida de los días que no había podido ir al arrozal por estar enferma y solo pagó a la Gateta. A finales de mayo, las dos mujeres regresaron a Sant Balaguer de la Font con el dinero que había ganado Lea y un saco de arroz agorgojado como premio de consolación. No había suficiente para pagar al notario, ni muchísimo menos. Sin embargo, a Lea no se le pasaba por la cabeza volver a Francia. Por nada del mundo habría renunciado a su lucha por la tierra.

Para cubrir sus honorarios, Molina reclamaba el impuesto de sucesión de la herencia del tío Pepe. Su factura llegó en junio. Era una suma elevada, demasiado como para que los Soler pudiesen algún día llegar a saldar su deuda. Los correos que el Rotg había enviado en respuesta a los recordatorios del notario solo condujeron a amenazas cada vez más concretas sobre un posible embargo de la casa de la calle Santa Ana y las protestas del Rotg no tuvieron otro efecto que la llegada de un agente judicial encargado de embargar la vivienda.

*

Al abrigo de sus pobladas cejas, el sonrojado agente judicial lee a toda velocidad el acta de la que es portador delante de Lea, que lo desafía levantando la barbilla y sacando pecho. Gloria y Soledad se apiñan detrás del Rotg. Lea se concentra, trata de entender, pero el documento que está leyendo el muy hijo de puta está redactado en castellano. Apenas si comprende una palabra de cada diez. No obstante, la presencia de guardias civiles no necesita traducción. Esos no han venido para nada, Lea lo adivina solo con verles la jeta de hipócritas.

El agente judicial acaba al fin su lectura, toma aliento y, justo cuando está a punto de ordenar a los guardias civiles que procedan al embargo de la casa, la Gateta, que por fin ha comprendido, se abalanza sobre él aullando:

—¡Socorro! ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

En mucho menos tiempo que el que les hizo falta a los funcionarios para anunciarse a los Soler, los vecinos, y sobre todo las vecinas, han salido de sus casuchas y se apiñan en torno a los guardias y al agente, mientras Lea los toma como testigos:

—¡Miradlos! ¡Estos cabrones quieren quitarnos la casa! ¿Dónde dormiremos? ¡El notario y el cura ya nos han quitado nuestras tierras y ahora quieren el dinero y también la casa! ¡Y todo porque somos pobres! ¡Porque somos ignorantes! ¡Se creen que no podemos defendernos! ¿Y qué hace el

Frente Popular? ¿Eh? ¿Qué hace por nosotros? ¡Decídmelo!

Le hace frente al alguacil, vomitándole improperios, escupiéndole en la cara, y el murmullo de desaprobación que corre de boca en boca entre los vecinos congregados se transforma en gritos de rabia:

—¡Ya está bien! ¡Ya es suficiente! *¡Ya basta!* Queremos tierras, los miserables nos morimos de hambre, mientras que en el barrio bajo os hartáis a comer. *¡Cabrones! ¡Hijos de puta!*

Uno de los guardias civiles comete el error de acercar la mano a la correa de la carabina. Es más un acto reflejo que otra cosa, pero una mujer coge una piedra del suelo y se la tira, otra la imita, y luego otra. El alguacil y los guardias civiles retroceden, pues están en clara inferioridad numérica.

Ante esa desbandada, un grito unánime sube de los pechos de las mujeres congregadas en torno a Lea, que corea:

—¡A las tierras, a las tierras! ¡Tomemos lo que nos corresponde, ocupemos las tierras!

Tras derrotar al agente judicial y hacer capitular a la Guardia Civil, la pequeña tropa se pone en marcha en dirección a los naranjales.

*

Han instalado torres de guardia alrededor de los terrenos requisados, sobre las que ahora ondean banderas rojas y negras. Los campesinos se relevan, tanto para evitar un asalto de la tropa como para regar los naranjos y velar por la buena marcha de los cultivos. Evidentemente, los Soler forman parte del grupo. Es más: constituyen su vanguardia. Hasta Severino ha venido a echar un vistazo. El Rotg observa a Lea, plantada en medio del naranjal, con la blusa empapada de sudor y la falda salpicada de polvo. Mira sus pies descalzos bien plantados en la tierra, la ve triunfando por fin, reinando sobre la asamblea de mujeres furiosas. ¡A ver quién se atreve a desalojarlas!

El pecho del Rotg se hincha de orgullo. Es *su* mujer la que está ahí, la que manda a las demás. De pronto ha olvidado su desliz de Argeliers. De pronto, por fin, vuelve a desearla, con sus arrugas nacientes, con su rostro de arcilla cocida, con sus pechos más pesados.

Es inesperado. No ha hecho algo parecido desde... buf, por lo menos veinticinco años, y la cara de Lea refleja su asombro, mezclado con cierta turbación, un torbellino de sangre que le sube hasta lo alto de las orejas, cuando él se acerca y le susurra «Ven», cuando la lleva aparte, un poco más lejos, allá donde hay una gruta bajo una roca, cuando están los dos frente a frente en la penumbra y la Gateta no dice nada, por una vez calla, jadea, ha comprendido. El Rotg se desabrocha el pantalón, se acerca a ella, le sube la falda y la hace suya de pie contra la dura pared de piedra.

Un poco después, se reincorporan al piquete. Cae la noche. Los demás

han encendido hogueras con ramas secas de naranjo. Se aproximan. Las llamas tiñen de rojo sus caras. En sus ojos aún se lee el placer que acaban de experimentar.

En un rincón, los tres muchachos hablan con Gloria. Soledad está inmóvil cerca del fuego, hipnotizada por las pavesas que se elevan dando vueltas por el aire.

Nadie ha reparado en la ausencia del Rotg y de Lea.

---

6. Francisco Ferrer y Guardia, nacido el 10 de enero de 1859 en Alella y ejecutado el 13 de octubre de 1909 en Barcelona, librepensador, francmasón y pedagogo libertario español.

5
Gloria

En el ayuntamiento, gobernado por una coalición de socialistas y comunistas, estaban bastante incómodos.

Se había dado orden a la tropa de no intervenir y se había indicado tanto al notario como al agente judicial que permaneciesen enclaustrados en su despacho para evitar cualquier incidente. A Eugenio Solsona, el alcalde de Sant Balaguer de la Font, le costó Dios y ayuda convencer al padre Guillermo de que no abandonase la rectoría para ir a exigir a los indigentes que renunciasen a sus pretensiones. Incluso tuvo que amenazarlo con la cárcel para poner fin a sus veleidades.

Hecho esto, Solsona se presentó ante los campesinos, en su mayor parte campesinas, reunidos a la sombra de los naranjos, para tratar de razonar con ellos. El alcalde era un hombrecito rechoncho y entrado en carnes, un reformista convencido, que la ola del Frente Popular había llevado al poder unos meses atrás. Tomó aliento y arengó a la muchedumbre, poniendo toda su capacidad de convicción en un discurso que exhortaba a los iracundos a renunciar a su ocupación y a hacer gala de paciencia. El proyecto de reforma agraria de la República avanzaba a paso firme y pronto iban a recuperar tierras para los *braceros*.

Mejor aún: el barrio alto por fin iba a tener su escuela, anunció mientras se enjugaba el sudor de la frente con un gran pañuelo a cuadros. En aquel barrio abandonado a sí mismo, superpoblado, sin maestro ni escuela, el analfabetismo era la norma. Aunque a Gloria le estaba costando reponerse de su crisis palúdica, seguía velando por que Soledad conservase y ampliase lo que había aprendido en Francia, pese a la falta de un maestro. Aprovechando su convalecencia, le hacía dictados, le daba clases de aritmética, de historia, de geografía, que improvisaba a partir de sus propios recuerdos de la escuela. Tanto en casa como fuera, todo el mundo hablaba valenciano. Pero, cuando daban sus clases, Soledad y Gloria empleaban el francés. Así Gloria recordaba

con más facilidad las palabras que en otro tiempo había escuchado en boca de la maestra de Argeliers. En cuanto al castellano, de todos modos nadie en la familia lo dominaba de verdad, salvo el Rotg. Gloria no se veía volviendo al campo, con aquellas fiebres que la dominaban sin previo aviso. Había propuesto tímidamente buscar encargos de costura. Lea la mandó a paseo sin contemplaciones: «¿Y con qué dinero piensas comprarte una máquina? ¿Con el que ganaste en el Saler, a lo mejor?». Así que se quedaba en casa, cuidando de Soledad.

*

A Gloria iban a pedirle que hiciera con otros niños lo que hacía con su hermana menor.

En Sant Balaguer, desde la ocupación de los naranjales, los Soler gozaban del aprecio de todo el barrio. Su capacidad de resistirse a las autoridades había causado sensación. Sus hijos habían ido a la escuela en Francia. Hacia finales de junio de 1936, Solsona tocó a su puerta, luciendo un ojo a la funerala de lo más vistoso. La víspera, los hermanos Fernández, considerados demasiado violentos, habían sido expulsados del concejo municipal por unanimidad. La disputa que se produjo a continuación había sido cuando menos viril, como demostraban los porrazos que se había llevado el edil, que traía dos noticias. Una mala —los horribles hermanos Fernández simple y llanamente se habían zampado el ganado del tío Pepe— y una buena: Solsona les proponía una compensación sustancial en nombre de la ciudad. Un silencio satisfecho acogió su declaración. La Gateta presentía, no obstante, que la cosa no quedaría ahí. Acodado en la mesa coja, apretando contra la frente sudorosa el pañuelo mugriento que siempre llevaba encima, Solsona contemplaba a las Soler con mirada pensativa (aquel día, el Rotg estaba de guardia en el piquete). Luego se lanzó.

La escuela primaria prometida a los habitantes del barrio abriría en septiembre. El ayuntamiento había cumplido su promesa y le había echado el ojo a un local situado bajo las ruinas del viejo castillo árabe. Pero al precioso edificio le hacía falta un maestro digno de ese nombre. Puesto que en la región escaseaban los titulados laicos y el clero poseía las llaves del saber, los concejales habían explorado todas las posibilidades hasta que habían pensado en Gloria. ¿Aceptaría ser la maestra de la futura escuela primaria del barrio alto? Gloria contuvo una carcajada y miró de soslayo a su madre.

Las cejas de Lea se deformaron en un arco que anunciaba la ira, mientras en su cabeza se arremolinaban los pensamientos más contradictorios. Pero ¿qué era aquella historia? ¿Primero costurera y ahora maestra de escuela? ¡Si Gloria no valía ni para trasplantar arroz! ¡Menuda tontería! Además, ¿para qué necesitaban aprender a leer? Ella se las apañaba perfectamente sin

hacerlo. Los demás también podían. Y, si de verdad había que encontrar un profesor, que fuese un maestro, cualquiera, pero no su hija, con aquel cuerpo de puta, aquel cuerpo que llamaba al macho. La Gateta estaba a punto de mandar a paseo al alcalde cuando estalló el júbilo de la pequeña Soledad: —¡Voy a poder ir a la escuela! ¡Voy a regresar a la escuela! ¡Como en Francia! ¡Y, además, Gloria será la maestra!

Solsona se apresuró a añadir que, por supuesto, el puesto llevaba aparejado un salario. Una paga que compensaría la pérdida de los animales que los Fernández se habían comido.

Un salario en casa, eso era algo que a los Soler les hacía muchísima falta. Devorada por la envidia, Lea se rindió. La cuestión de si la muchacha sería capaz de desempeñarse como improvisada maestra no parecía inquietar a Solsona ni por un segundo. Tampoco se preocupó nadie de pedirle su consentimiento a Gloria, que estaba paralizada por el pánico.

*

La sublevación se produjo el 19 de julio de 1936, justo después de la segunda crisis palúdica de Gloria. Dos meses atrás, incómodo y envarado en su uniforme, Niceto había sido admitido en el ejército. Apto para el servicio. En su fuero interno, Batista sentía celos, quizá atraído por el prestigio del uniforme. «Ya te tocará a ti», había concluido Niceto, riéndose. Por su parte, Gloria aguardaba con una mezcla de impaciencia y aprensión el inicio del curso escolar, que había de convertirla en profesora, cuando cayó enferma una vez más.

La familia Soler se enteró del golpe de Estado militar apiñada en torno a la radio de Severino, el tabernero. Corrían las palabras, llevadas por las ondas, transportadas de pared en pared, de casa en casa, de tiendas a tascas. Allá en Madrid se oía un grito brotar de miles de pechos: «¡No pasarán!». Los clientes, los vecinos del barrio, todos repetían a coro el llamamiento a la insurrección trasmitido por la radio, que pronto se convirtió en una algarabía de la que brotaban consignas y reivindicaciones: «¡Armas! —se oía aquí y allá —. ¡Queremos armas! ¡Primer ministro, dimisión!».

Se ordenó a Solsona que pidiese a la Guardia Civil que distribuyese armas al pueblo, con objeto de garantizar su legítima defensa, aunque en Sant Balaguer todo estaba en calma y aún no se había disparado ni un tiro.

Gloria estaba en el umbral de la puerta del café. Se apoyó un momento en el marco, mientras *Fai* movía la cola a sus pies, antes de atravesar el grupito hasta llegar a una silla tambaleante, en la que se sentó. Aún estaba débil a causa de las fiebres que le habían hecho guardar cama durante toda la semana anterior. Miró con inquietud a su padre.

—Es grave, ¿verdad?

El Rotg asintió:

—Ya lo has oído. Ayer hubo una rebelión militar contra la República en Marruecos. Desde entonces, en muchas provincias españolas, los cuarteles se unen a los rebeldes. En Madrid y en el oeste, en Barcelona... Dicen que en Valencia también. Pero vamos a aplastarlos como a cucarachas, no te preocupes. Lo que dicen en la radio es verdad: los fascistas no pasarán.

Y gritó:

—*¡No pasarán!*

Gloria miró en derredor. Los hombres vociferaban, las mujeres se desgañitaban. Sacudió la cabeza, decepcionada.

Lea, que volvía del piquete en los naranjales confiscados por los campesinos sin tierra, entró como un torbellino en el café y se abrió paso hasta donde se encontraba su familia.

También ella había oído la noticia. Agarró al Rotg de la manga.

—¿Y Niceto? ¿Qué pasa en su cuartel? ¿Los soldados rebeldes han tomado la ciudad?

En su última carta, Niceto había escrito que estaba acantonado cerca de Cuenca.

Francisco se encogió de hombros.

—Nada, no se sabe nada. En la radio no han dicho nada de Cuenca. Hay que esperar.

Casi gritaba. De pronto, la voz de Severino tronó por encima del alboroto de los vecinos y la gente del barrio, ocupados en vaciar no pocos vasos de anisete que multiplicaban su rabia y amplificaban el volumen sonoro.

—¡A callar, *carajo*! ¡Cerrad el pico, que no oigo nada! Es mi primo Tito, que me llama de Gijón, donde trabaja en los altos hornos.

Severino no solo poseía la única radio del contorno, sino que además su local servía de teléfono público para todo el barrio. Con el auricular pegado a la oreja, el tabernero siguió pidiendo silencio a la sala con un gesto de la mano. Poco a poco, el clamor se trocó primero en murmullo y luego en un silencio pensativo, mientras él iba sacudiendo la cabeza, con gesto grave: —Sí... ¡No...! ¡No puede ser...! Bueno... Bueno... De acuerdo. Cuídate, Tito.

Severino depositó con suavidad el auricular en el aparato, colgado en la pared, y luego se volvió hacia los clientes que guardaban silencio. Una mosca se posó en su frente húmeda. La espantó con un gesto vago y se desplomó en una silla al lado de Gloria.

—Tito dice que allí los rebeldes están matando a los alcaldes, a los gobernadores civiles, a los soldados y a los oficiales indecisos, a los militantes, a los manifestantes y a cualquiera que se considera favorable a los republicanos. Parece que los curas denuncian a los partidarios de la República. Algunos incluso participan en las masacres... ¡Curas hijos de puta!

Lea avanzó hasta él.

—¿Eso dónde? ¿En Gijón, dices?

—No, allí no. Allí, los obreros han conseguido volver a tomar el cuartel.

Los soldados rebeldes se han rendido. Mi primo también combatió. Pero, aparte de Cantabria, todo el noroeste y el oeste están cayendo. Hay luchas por todas partes. En Barcelona, la CNT ha distribuido armas. Los fascistas están tomado Cuenca. Tito cree que en casi todo el territorio el ejército se ha levantado contra la República, que se ha unido a los rebeldes. La cuestión es saber dónde han conseguido rechazarlos.

La Gateta chilló:

—¿Cuenca? ¡No! ¡Cuenca no! ¡Mi hijo! ¡Van a matarme a mi Niceto!

De nuevo los clientes se pusieron a vociferar con renovadas fuerzas, difundiendo las consignas y saliendo a todo correr de la taberna bajo el sol de julio. Cuando estaban llegando a la plazuela, oyeron el grito, repetido como un estribillo que subía de todo el pueblo: —*¡No pasarán!*

De tejado en tejado, otra consigna se propagaba:

—¡A las armas! ¡Huelga! ¡Huelga general!

—¡Sí! —repitieron los del barrio alto—. ¡Huelga! ¡Huelga general!

Una voz, más fuerte que las demás, se elevó de la pequeña muchedumbre de bebedores envalentonados, que no pudieron identificar desde dentro del café, donde se habían quedado Gloria y los suyos. Una voz de mujer: —¡Los curas nos han abandonado para echarse en brazos de los ricos! ¡Hasta Dios nos ha abandonado! Ya que esos hijos de puta matan a nuestros representantes políticos, ¡hay que pasarlos a cuchillo!

Otra voz, fuera, respondió:

—¡Y también a los cabrones de los notarios!

En el interior, el Rotg le dio la razón:

—¡Sí, también a los notarios! ¡Abajo la propiedad privada! —se oyó vocear, asombrado ante su propia audacia.

Llena de ira, la voz de Lea se elevó y se unió al coro de mujeres que habían empezado a gritar: —¡Muerte a los curas! ¡Y a las monjas!

Sorprendida, Gloria observó a su madre, con el rostro deformado por el odio. De haber podido leer sus pensamientos, habría visto las bofetadas, los golpes que le había propinado sor Redención años atrás, en el convento de Torrente, sus rótulas martirizadas por la regla sobre la que la vieja religiosa la obligaba a arrodillarse, el ardor del edema en su carita hinchada por la cebolla cruda, los golpes, las humillaciones, el olor a orín de la monja, su crueldad.

Todo eso regresaba, intacto, y despertaba en Lea deseos de aullar aún más fuerte, hasta romperse las cuerdas vocales.

Severino se encaramó a una silla golpeándose el pecho.

—¡Hace demasiado tiempo que los curas nos roban! Hasta dicen que las hermanitas venden los bebés de las madres solteras a las ricas. En cualquier caso, nadie los vuelve a ver. A lo mejor es que, para que los pobres seamos menos numerosos, las monjas los matan, vaya usted a saber.

La mujer cuyo grito había llamado a la venganza sobre los sacerdotes volvió a tomar la palabra: —¡Al convento! ¡Al convento! ¡Muerte a las brujas! ¡Matémoslas a todas! ¡Vamos allá ahora mismo!

De pronto superada, Lea trató de interponerse ante el grupo que se dispersaba: —Esperad... No... Yo... Quizá sea... No tan rápido... ¡Esperad!

Pero era demasiado tarde, ya nadie la escuchaba.

Se quedó sentada en la taberna, mirando a los manifestantes que se alejaban por la calle y desaparecían en medio de la luz blanca del verano. Sus gritos se perdieron según iban bajando hacia el barrio bajo.

—Cuenca —susurró Lea—. Cuenca. Mi hijo.

El Rotg, sumido en el silencio, observaba a su mujer y a su hija, apoyadas en la mesa coja, con la mirada perdida.

Soledad, que se había quedado con el piquete de huelga en los campos ocupados, irrumpió de pronto en la plaza con un grupo llegado de La Horta d'en Carrer, encabezado por Ramón y Batista. Se detuvo frente al café, sin aliento, con el gastado vestido pegado por el sudor a su cuerpecito flaco. Se pasó el dorso de la mano sucia de tierra por los labios y jadeó: —*¡No pasar...!*

Interrumpió la frase al descubrir a su madre, al Rotg y a Gloria, inmóviles, inmóviles bajo el rayo de luz que salpicaba la entrada de la tasca.

La Gateta consiguió articular:

—Pero ¿qué he dicho? ¿Qué he dicho? Ojalá no hagan ninguna tontería.

Y a continuación, dirigiéndose a sus hijos:

—Y vuestro hermano en Cuenca... Los fascistas están tomando la ciudad.

Con las mejillas encendidas por la ira, Batista exclamó:

—¿Esos cabrones? ¿Hacerle algo a mi hermano? ¡Que nos den armas y lucharemos! ¿Dónde están los demás?

—En el convento —contestó Lea.

—¡Mierda! Ven, Ramón, vamos al convento. Curas y fascistas, lo mismo da lo uno que lo otro.

—No —replicó Ramón—, mejor vamos al ayuntamiento. Solsona tiene que distribuir armas al pueblo. Ya nos ocuparemos de los curas más adelante.

Pero Batista se zafó con brusquedad.

Los campesinos ya se alejaban, arrastrando a Soledad, que, atrapada entre la muchedumbre, se alejaba mirando a los suyos. Lea y Gloria se pusieron en pie de un salto: —¡Espera, pequeña! ¡Espera! ¡No te vayas con ellos, que se han vuelto locos! ¡Vuelve aquí! ¡Vuelve!

Pero los gritos de la multitud sofocaban los gritos de las Soler, y los manifestantes ya habían desaparecido a la vuelta de la esquina, tragados por la sombra de una callejuela. Batista se lanzó tras ellos y Ramón, titubeando, acabó por seguir sus pasos.

Finalmente, dividida entre la inquietud y la curiosidad, Gloria comenzó a bajar la cuesta que llevaba a Nuestra Señora del Olivo, con Lea y el Rotg pisándole los talones y gritando: —¡Soli! ¡Soli!

Cuando al fin llegaron al convento, el portón ya se había venido abajo y de la iglesia vecina comenzaban a subir volutas de humo. Los cadáveres de dos monjas conocidas en el barrio con los nombres de sor María Teresa y sor

María Concepción yacían en el claustro, con la cara contra el suelo y los hábitos blancos flotando en un charco de sangre, mientras Julio Fernández y su hermano Felipe cavaban frenéticamente en los macizos de geranios dando paletadas al azar, ante una fila de religiosas aterrorizadas, que los vecinos mantenían a raya. «¡Los que faltaban!», pensó Gloria. *Fai* se puso a lamer la sangre de la que ya bebían escuadrones de moscas. El Rotg espantó a su chucho pateándolo con la sandalia.

De pronto, Julio Fernández profirió un grito. La pala había dado contra una tapa de madera. Su hermano se acercó y se puso a cavar con mayor ahínco, hasta que al poco desenterraron un pequeño ataúd que los hombres llevaron debajo de una palmera. Allí, le dio un golpe enérgico con la pala, que hizo saltar los herrajes del féretro, lo que dejó a la vista algunos restos: huesos pequeños, un cráneo blanquecino, que aún tenía adheridos unos cabellos finos y parecía desproporcionado, unas clavículas minúsculas, ocultas en parte por un traje de encaje blanco medio descompuesto. Felipe Fernández, boquiabierto, contempló las órbitas vacías en el cráneo hinchado: un crío.

—¡Ya lo veis! —gritó triunfante su hermano—. ¡Severino os lo dijo! ¡Asesinas de niños! ¡Asesinas de angelitos!

Doña Encarnación, la madre superiora, trató de explicarse, retorciéndose las manos, trastornada, presa del pánico: —Son niños que nos confiaron y que murieron por las fiebres, y los ente...

Su voz quedó sofocada de inmediato por el clamor de la muchedumbre enloquecida. Batista dio un paso adelante, con los puños apretados. Ramón lo retuvo con mano firme. Él se zafó con un gesto brutal, se dio la vuelta apretando las mandíbulas, con la mirada llena de odio, y le escupió: —Déjame.

Ramón lo retuvo con más fuerza todavía.

—Basta —le susurró a su hermano al oído—. ¿Es que no ves que están locos? Vas a hacer una tontería, lo presiento. Las monjitas no te han hecho nada.

—¿Y los curas? ¿Tampoco nos hicieron nada, cuando *mare* nos dejó aquí?

La presión de la mano de Ramón se aflojó un poco, como si de pronto dudase.

Una mujer del barrio, quizá la que había gritado «¡Muerte a las brujas!» en la taberna del barrio alto, avanzó hacia la madre superiora y le asestó una patada en el vientre.

—¡Toma, zorra! ¡Chúpate esa! ¡Así aprenderás a mentir!

La religiosa cayó de rodillas con un gemido. Tal vez para no quedarse a la zaga, Felipe Fernández dejó caer la pala sobre el rostro de la madre superiora, que se desplomó, mientras sus correligionarias, aterrorizadas, llorosas, se santiguaban sin parar.

Paralizada por el espectáculo de la muerte violenta, Soledad retrocedió y fue a refugiarse entre las faldas de su hermana. Tras zafarse con brusquedad

de su hermano, Batista avanzó de un salto esgrimiendo la *navaja* que había sacado del bolsillo. Ramón apenas había tenido tiempo de pensar «¿No irá a apuñalar a una religiosa?» y de gritar «¡Batista, no!», cuando la hoja se hundió hasta la guarda en el vientre de Julio Fernández, que cayó de rodillas.

—Eso por el tío Pepe. Y por nuestros animales.

Felipe Fernández se quedó pasmado un instante, como si le resultase imposible comprender la escena que se desarrollaba ante sus ojos, y luego se abalanzó sobre Batista. Ramón lo había visto venir. Dio un paso adelante y asestó con todas sus fuerzas un puñetazo en la mandíbula de Felipe. El golpe repercutió hasta su hombro y sintió un crujido en el hueso. Felipe Fernández se desplomó como un toro al recibir el golpe de gracia en la plaza, junto a su hermano, herido de muerte por la *navaja* de Batista. Julio Fernández se desangraba, con la mirada llena de asombro y de incomprensión. En el barrio alto nadie ignoraba lo que los Fernández le habían hecho al Tío y todos los odiaban tanto como los temían. Nadie de los allí presentes se indignó por la venganza de los Soler. Batista contemplaba con expresión atónita su puño ensangrentado, que aún sujetaba la *navaja.* Abrió la mano y el arma cayó. Se quedó parado, con los brazos caídos. Gloria estaba petrificada.

Colorado, sin aliento, tal vez advertido por los vecinos del barrio, el alcalde irrumpió en el claustro, apartando a los curiosos con gesto enérgico. Empujó a Batista con la palma de la mano y se colocó entre las monjas y el populacho.

—¡Os habéis vuelto todos completamente locos! Pero ¿qué coño habéis hecho? Soler, ¿eso lo has hecho tú?

Furioso, Ramón avanzó hacia él, sacando pecho.

—¡En vez de proteger a los curas que nos oprimen, mejor harías en darnos armas!

Cual coro de tragedia clásica, los vecinos del barrio alto comenzaron a repetir: —¡Sí, sí! ¡Armas! ¡Armas! ¡Armas!

Solsona llevó a Ramón a un aparte:

—¡Pero estáis locos matándoos entre vosotros! ¡Y esas monjas que habéis asesinado! ¡No sois más que asesinos!

—A las monjas se las cargaron los Fernández. Batista apuñaló a Julio. Y yo dejé inconsciente a su hermano. El sitio que le corresponde es la cárcel.

Solsona sacudió la cabeza y se volvió hacia el populacho. Con voz ronca, trató de hacerse oír por encima del escándalo: —¡No podéis matar a curas y monjas!

Luego se dirigió a Batista:

—Viendo lo que habéis hecho aquí, ¿qué pasará si distribuyo armas? ¿Eh?

—Pasará que podremos organizar una milicia e impedir eso —replicó Batista señalando los cuerpos que yacían en el suelo—. Podremos combatir a los fascistas. Porque yo me pregunto: ¿Dónde está la Guardia Civil, que se supone que debe proteger a los ciudadanos? Y tu República, ¿dónde está?

Esto es un caos. Es una locura.

Señaló el pueblo con un gesto amplio.

—Si llegan los rebeldes, aquí solo estamos nosotros. ¿Qué haremos con palas y horcas?

Un campesino avanzó, con el puño alzado hacia el alcalde.

—A ver, Solsona, los fascistas y los curitas también nos matarán. ¡Matar al cura que asesina pobres no es peor que matar a izquierdistas en nombre de Dios! Esas —buscaba las palabras, designando a las religiosas— os han abandonado para prosternarse ante los *señoritos.* ¡Ellas nos han apartado de Dios!

Respiró hondo y soltó con un salivazo:

—¡Que revienten!

La multitud de linchadores, que no perdía una palabra de lo que decía, asintió: —¡Tiene razón! ¡Tiene razón!

—Escuchadme, escuchadme —suplicó el alcalde.

Pero la muchedumbre se había dado la vuelta, distraída de pronto por la irrupción de una tropa de jóvenes milicianos armados con fusiles, que entraron en el claustro llevando delante de ellos al notario y al padre Guillermo, con las caras hinchadas, irreconocibles. A Molina le habían arrancado la solapa izquierda de la chaqueta. Colgaba lastimosamente sobre la camisa blanca, manchada de sangre. Su ojo derecho, amoratado, se había hinchado tanto que no podía abrirlo. Avanzaba, empujado por los milicianos, que vestían monos de trabajo y camisetas manchadas de sudor y se cubrían la cabeza con gorras militares rojas y negras. Tambaleándose, precedido por el cura, de cuyo labio reventado brotaba un hilo de sangre que le caía sobre la sotana, a la que le faltaban varios botones, arrancados, se detuvo delante de la Gateta. Petrificada, Gloria vio a su madre rodearlo y acercarse al padre Guillermo, que bajó los ojos. Lea inclinó la cabeza, buscando la mirada del cura para plantar en ella el fuego de la suya. Cuando este se atrevió al fin a mirarla, ella tomó impulso y le escupió en la cara. La muchedumbre se volvió loca, reclamando la ejecución del notario y del cura. Algunos voluntarios ya empuñaban sus escopetas oxidadas. Gloria les dio la espalda.

Fue entonces cuando se fijó en él. Un tipo larguirucho, flaco como un perro callejero, tocado con la misma gorra roja y negra que los otros milicianos, adornada con una borla y un emblema. Se abría paso con dificultad entre la gente. Cuando llegó junto a ella, le puso la mano en el hombro.

—¡Eh, tú! ¿Sabes lo que pasa aquí?

Gloria le resumió la situación en unas cuantas palabras.

—Tu hermano no puede quedarse aquí —concluyó el miliciano.

Ella le preguntó:

—¿De dónde habéis sacado las armas?

Él bajo los ojos hacia ella, desnudándola con la mirada. Sus pupilas se dilataron dentro de sus iris dorados.

—En el barrio bajo se ha constituido un comité de salvación pública. Ha obligado a la Guardia Civil de Sant Balaguer de la Font a distribuir fusiles a los *canutos* 7. Pero no nos fiamos de los militares. Muchos están con los rebeldes. Solo están esperando a ver cómo evoluciona la cosa antes de tomar partido abiertamente. O sea que hay que andarse con ojo. Queremos asegurarnos de que la Guardia Civil no se una a los rebeldes. Desde ayer, ya no se sabe quién está con quién, conque no hay que perderlos de vista, ¿entiendes?

—No, precisamente, no lo entiendo.

—Ayer, un grupo de nuestros milicianos salieron de patrulla con unos soldados. Pues fíjate que los reclutas los liquidaron y luego se fueron a unirse a los rebeldes.

Gloria trató de tragar saliva. El tipo seguía paseando su mirada sobre ella. Apenas le llegaba al pecho. Sacó el labio inferior para soplar y apartar un mechón de pelo que tenía pegado a la frente. Suspiró: —¿Y Cuenca? ¿Hay noticias de Cuenca?

—¿Cuenca? No, por ahora nada. ¿Por?

—Mi hermano está allí.

—¡Atiza! ¿Cuántos hermanos tienes?

—Tres.

—¿Cómo se llama el que está en Cuenca?

—Niceto. Niceto Soler.

Los dientes del miliciano resplandecieron, grandes y blancos.

—¡Pero si lo conozco! Se afilió hace no mucho.

Gloria se volvió para mirar a los suyos.

—En Valencia —prosiguió el hombre—, aún está todo por ver. El comandante de la plaza duda. Los milicianos han rodeado el cuartel y le han dado un ultimátum. No creo que los rebeldes puedan llegar hasta él para salvarlo. En mi opinión, o se rinde o tomamos el *cuartel.* Ahora mismo vamos a salir para allá en un camión con refuerzos. Te propongo que tus dos hermanos se vengan, y vamos a decirle a Solsona que meta en chirona a Felipe Fernández.

Gloria se abrió paso entre la muchedumbre buscando a Batista y Ramón. Sentía la mirada del miliciano plantada en sus nalgas. Tras unos minutos de conciliábulo, volvió junto a este, seguida por sus hermanos.

—Está bien —dijo Batista—, me voy con vosotros. De todas formas quiero luchar.

Gloria lo miraba de reojo. Desde el episodio de la caja de zapatos, cuando había hecho que Soli cayera en las brasas, desde que había mentido sobre ella y Joseph Cayrol, no se fiaba de él. Pero nunca lo habría creído capaz de matar a sangre fría. Y, sin embargo, por vengar a la familia se había convertido en un asesino sin que nada en su rostro traicionase la menor emoción.

—Yo también quiero ir —dijo Gloria.

Asombrado, el miliciano la observó, al tiempo que se arreglaba el nudo del pañuelo rojo y negro que llevaba al cuello.

—Pero ¿tú te has visto? No tienes pinta de combatiente.

—Necesitáis mujeres. Habrá heridos que curar.

Gloria señaló al Rotg, a la Gateta y a Soledad.

—Ellos no pueden venir, tienen que ocuparse de mi hermana pequeña. Pero mis hermanos, sí. Y yo también. Mi otro hermano, Niceto, a estas alturas seguramente estará luchando en Cuenca. Puede que ya esté muerto. Quiero ir.

El miliciano se dirigió a los hermanos Soler:

—¿Cómo os llamáis?

—Yo, Ramón Soler, y él es Batista Soler.

—¿Qué decís?

Se encogieron de hombros a la vez.

—Bueno, nos subimos a Valencia. Vamos a intentar convencer a los soldados de allí para que se unan a nosotros y, si no, tomaremos el cuartel, sin ellos o contra ellos. ¿Vosotros dos os apuntáis?

Los hermanos cruzaron una mirada. Ramón parecía indeciso.

—Después de lo que acaba de pasar, es posible que aquí las cosas se calienten.

El hombre se rascó la nariz y preguntó:

—¿Esos Fernández tienen aliados?

Ramón separó los brazos, con las palmas hacia arriba, indicando su ignorancia.

—Bueno, está bien —concluyó el miliciano—. Por lo demás, los nuestros están vigilando a la Guardia Civil en el barrio bajo. Así que, ¿os venís o no?

Batista dio un paso adelante.

—Yo quiero luchar, me voy con vosotros.

Ramón seguía balanceándose de un pie al otro.

—No sé. Si hay que pelear, lo haré aquí. Tenemos que bajar al cuartel del barrio bajo con Solsona. Nos dará armas, no vamos a darle otra opción. Me quedo con mis padres y mi hermana.

Hizo una seña en dirección al Rotg y a Lea, que llevaban de la mano a la pequeña Soledad, en estado de choque.

El *canuto* hundió las manos en sus bolsillos.

—Como quieras. A vosotros dos ya os daremos un fusil más tarde, si es que encontramos alguno. El camión está aparcado ahí al lado, en la calle. Subid con los demás.

Gloria señaló al cura y al notario.

—¿Y ellos?

—Ellos van en otro camión. Vamos a llevarlos de paseo...

—¿También vosotros matáis curas?

El miliciano se rascó la cabeza levantando un poco la gorra manchada de sudor. Gloria no podía quitar la vista de sus labios carnosos, apetecibles, de

sus dientes, bien pegados unos a otros, como granos de maíz en una mazorca, que contrastaban con su delgadez.

—No matamos curas, eliminamos a los opresores del pueblo. El nuevo cura de La Horta, que llegó hace dos años, es un buen tipo, igual de pobre que los campesinos. Comparte su miseria sin rechistar. Y es casi tan ignorante como ellos. Entierra a los miserables igual que a los ricos. Nunca ha hecho distinciones. Y tampoco ha abusado nunca de su criada. Ni siquiera quiso tener criada, de hecho. A esos no los matamos. No tenemos nada contra ellos. Pero esos —Señaló a Molina y al cura—, ¡esos son de otra calaña! ¡Venga, vamos! ¡En marcha!

La tropa formó una columna con las monjas, que seguían aterrorizadas y rezaban en voz alta.

El Rotg se acercó a Batista. Lo miró como se mira a un extraño.

—¿Qué has hecho, hijo mío? Tiene razón el larguirucho, tienes que irte, ahora no sabemos qué te puede ocurrir. Pero Gloria no puede irse así. ¿Y si vuelven a darle las fiebres? Y, además, ¿quién va a ocuparse de Soli?

—Soli tiene una madre. Y Gloria puede decidir por sí misma, *pare.*

—Tiene razón. Batista tiene razón.

El Rotg se sobresaltó. La Gateta lo observaba. O, mejor dicho, miraba fijamente un punto invisible, por encima de su hombro, como si pudiese ver hasta Cuenca.

—Puede que mi hijo esté muerto. Tengo otro aquí que acaba de cometer un asesinato. Y ella está viva, conque deja que se vaya a cuidar de los demás, puede ir a donde le dé la gana. Y, además, nos queda Ramón.

Gloria dio media vuelta en dirección a la columna. El Rotg le gritó:

—¡Cuídate mucho! ¡Que no te pase una desgracia! Y vuelve, vuelve pronto.

Gloria asintió en silencio. Pasito a pasito, salió del claustro sin volver la vista atrás. En la calle, las llamas que habían hecho saltar las vidrieras de la iglesia ya devoraban la fachada. Caminaba muy despacio y estaba a punto de desmayarse, tosiendo por el humo negro, cuando el miliciano la cogió por los hombros.

—Tu padre tiene razón. ¿De verdad quieres venir?

Se volvió hacia Batista.

—Soler, te tocará ocuparte de tu hermana. Nosotros tendremos otras cosas que hacer.

Gloria colocó la mano derecha en el pecho del miliciano. Sentía los latidos de su corazón a través de la tela.

—La semana pasada tuve la fiebre de la albufera. Pero ya se me ha pasado. Me voy con vosotros.

—Eres terca como una mula. Bueno, no tengo tiempo de discutir, conque venid los dos. De todas formas, en modo alguno combatirás, pero, si vuelves a caer enferma, al menos en la ciudad encontraremos con qué curarte.

Se dirigieron hacia el camión, un Ford fabricado en España, confiscado.

Los que estaban dentro les tendieron la mano para ayudarlos a subir a la caja del camión. Dentro había otros milicianos, sudorosos, sentados en los bancos con el arma a sus pies. Se apretujaron un poco para hacerles hueco.

—He olvidado tu nombre. ¿Cómo te llamabas? —gritó el miliciano, que se había quedado en la acera.

Gloria le dirigió una sonrisa pálida.

—No te lo había dicho. Gloria. ¿Y tú?

—Jaume. Jaume Varela. Soy de Gandía, pero pertenezco a la sección de Sant Balaguer. ¡Cuidad de ella, chicos! No está muy fuerte.

En el momento en el que el camión empezaba a sacudirse, *Fai* subió de un salto a la plataforma, mientras el cura y el notario se encaramaban como podían en el otro vehículo, entre los abucheos de los vecinos del barrio alto. Gloria volvió la cabeza para tratar de distinguir los rostros de sus padres, de Ramón, de su hermana pequeña. En vano.

*

Gloria se había embarcado con el vestido arrugado que se había puesto a toda prisa al oír los gritos que salían del café. Al cabo de unos cuantos kilómetros, se quedó dormida, encajada entre dos milicianos que, algo más tarde, le ofrecieron una naranja y un trozo de pan untado con ajo y tomate. Soñó con Jaume Varela. Un sueño confuso. Caía inconsciente tras recibir un golpe en la cabeza, que le propinaba la madre superiora valiéndose de una estatua de la virgen, mientras desde los jardines del convento subían hasta ella los efluvios putrefactos de los niños muertos, a orillas del canal del Mediodía, junto a las viñas. Sentía el traqueteo del camino debajo de ella. El cuerpo le pesaba, le dolía.

—¡Despierta! ¡Eh, despierta!

Maldita fuera aquella voz que no la dejaba descansar en paz. Mientras pugnaba por abrir los párpados pegados por el polvo del camino, pensaba: «¡Batista, déjame en paz!». Cuando consiguió despegarlos, se encontró frente al hocico de *Fai*, ocupado en lamerle la cara. Frunció la nariz. La verdad era que aquel perro tenía un aliento fétido. Batista dio una palmada en el cuarto trasero del animal mientras los milicianos se reían. Ella, pensativa, se quedó mirando a su hermano.

Habían huido de Francia porque iban a acusar de asesinato a Niceto. Y ahora de nuevo escapaban de su hogar porque Batista acababa de apuñalar a un hombre. Le miró la mano manchada con la sangre seca de Julio Fernández. Batista no parecía inquietarse por ello. Charlaba con los demás y su calma asustó a Gloria, igual que lo había hecho la de su madre, que ni siquiera había rechistado cuando había visto la *navaja* de su hijo hundiéndose en el vientre de Fernández, como tampoco había protestado cuando ella había subido al

camión. Antes de volver a cerrar los ojos, pensó que lo más seguro era que Lea no lamentase librarse al fin de ella.

En Valencia reinaban la incertidumbre y el caos. El general Martínez Monje, comandante de la plaza, seguía negándose a tomar partido. En realidad, se cagaba de miedo, afirmó uno de los milicianos del camión, un tipo con cara de garduña y los dientes prominentes y llenos de caries. Si ganaban los fascistas, lo fusilarían por haber apoyado a la República. Y, si se unía a los rebeldes y eran los republicanos quienes triunfaban, correría la misma suerte y acabaría ante el pelotón de fusilamiento.

—Seguro que ese preferiría que se lo tragase la tierra antes que tener que decidir —exclamó Batista.

Fai bostezó.

—¡A tu chucho le apesta el aliento! —exclamó el miliciano con cara de garduña—. Y, para empezar, ¿qué coño hace aquí?

—Tú no hueles mejor que él —replicó Gloria.

Los otros se echaron a reír.

—¡La *Roja* no se achanta! —se burló uno de ellos, sin que Gloria pudiese ver quién había hablado.

—Sí que te recuperas rápido, sí —comentó Garduña, enojado.

El camión había entrado en la periferia de Valencia. De las ventanas colgaban pancartas en las que se leía «¡Huelga general!». Maravillada, Gloria contemplaba las fachadas de los edificios de la gran ciudad, decoradas con estuco como tartas de boda. Se pasó un mechón rebelde de la cabellera roja por detrás de la oreja y se volvió hacia Garduña: —¿Es cierto? ¿Hay huelga general?

—En toda la región, guapa. La CNT se ha unido al comité ejecutivo del Frente Popular. No te lo vas a creer: han echado al inútil del gobernador civil, que se negó a distribuir armas al pueblo. ¡Destituido! Hasta se han instalado en su despacho. ¿Que los fascistas querían orden? ¡Pues han provocado una revolución! Acaban de lanzarnos contra los reformistas. ¡Vamos a derribarlos como a bolos!

Los hombres levantaron el puño y *Fai* ladró con renovadas fuerzas.

Cuando los milicianos bajaron del camión, en la plaza de la Virgen, Gloria se dio cuenta de que distaba mucho de ser la única mujer que se había embarcado en la aventura. Una miliciana con el labio superior cubierto de una pelusa oscura se hizo cargo de ella y la llevó a una tienda de uniformes de trabajo que había sido requisada y que también servía de depósito de armas y municiones. Portaba un fusil picado de óxido y dos cartucheras cruzadas separaban sus pechos caídos. El peso del arma en su hombro, la correa de cuero agrietado. Olía a grasa y a metal. Gloria se dio la vuelta. Su hermano había desaparecido. Se había ido con los otros hombres del camión.

—¿De verdad sabe usar eso? —preguntó.

La miliciana se encogió de hombros.

—Creo que sí. Bueno, si hace falta. He hecho la instrucción. Tú ponme un fascista en el punto de mira y ya veremos si lo mato o si esta cosa me revienta en la cara.

—¿Adónde han ido los milicianos que venían conmigo?

—¿Los hombres? Al cuartel en el que se ha atrincherado el general. Toma, coge un uniforme.

Le dio un mono de trabajo y una gorra con los colores de la CNT.

—Cámbiate detrás del biombo, allí.

—¿Van a luchar?

—Es posible. ¡Anda, ve a cambiarte!

Gloria reapareció al cabo de cinco minutos. La tela de color azul oscuro se tensaba en torno a las nalgas y los pechos.

La miliciana silbó.

—¡Oye, pues no tienes mal tipo!

Le dio una palmada en las nalgas.

—Venga, arreando. Cobrarás diez pesetas al día. Puede que te den un arma más adelante. ¡Y mete el culo! Como sigas así, se te van a pasar por la piedra a las primeras de cambio. Oye, por cierto, la farmacia está enfrente, en la esquina, ve a que te den aspirina, que los chicos del camión me han dicho que igual te hacía falta.

Gloria atravesó la plaza con paso vacilante. En el centro, una tropa de milicianos rodeaba a dos pelotones de la Guardia Civil.

De pronto, *Fai* se puso a ladrar y salió disparado, con las patas traseras derrapando por el pavimento. Gloria lo perdió de vista un instante, luego lo distinguió saltando alegremente en torno a un grupo de hombres armados. Aguzó la vista, dio unos pasos y se puso a correr a su vez, hasta lanzarse en brazos de Niceto. Sin siquiera recuperar el aliento, balbució, mientras él la aferraba: —¿Qué haces aquí? ¿No estabas en Cuenca? ¡Mamá te creyó muerto cuando oyó que los rebeldes habían tomado la ciudad!

El Rotget le revolvió el pelo, riendo, pero su sonrisa pronto se borró.

—Te veo muy pálida... ¿Estás bien?

—Son las fiebres, que a veces me vuelven. Pero ¿y tú? Cuéntame.

Niceto guardó silencio unos instantes, como para hacer acopio de valor antes de lanzarse: —Los cabrones de la Guardia Civil se unieron a las tropas de asalto para tomar la ciudad. La provincia ha caído en sus manos. Bueno, casi toda. Huimos a tiempo. Nos deshicimos de los uniformes, subimos a un camión y, como las líneas republicanas no estaban muy lejos, porque la periferia de Cuenca se mantuvo fiel a la República, pues pudimos salvar el pellejo. Y ahora aquí estoy, de miliciano. ¡Ya que así lo han querido, es la revolución!

Gloria le pasó un brazo por la cintura y alzó hacia él su rostro inquieto.

—¡Es terrible, no te lo imaginas! En Sant Balaguer de la Font, los Fernández mataron a dos monjitas y a la madre superiora del convento. Fue

horrible. Quemaron la iglesia. Al cura y al cabrón del notario los detuvieron y seguramente los...

Niceto se colocó la gorra.

—¡Merecido se lo tenían! ¡Antes de ser curas ya eran unos mierdas! Además, no solo lo hacemos nosotros. También los rebeldes matan curas. Y no alardean de ello, créeme. Las noticias vuelan. Han fusilado al arcipreste de Mondragón, y con él a otros dieciséis curas. Tú no sabes lo que hacen cuando llegan, ¿verdad? Nosotros lo hemos visto. Matan a todo el mundo. A todos, sin excepción. Si un cura es valiente y se niega a denunciar a aquellos que simplemente *votaron* al Frente Popular, le meten un tiro, sin más. Parece ser que también en Pamplona se han cargado a curas vascos. En la mayoría de las ciudades, habían prometido respetar la vida de los sindicalistas, pero, apenas estos depusieron las armas, los fusilaron y se los llevaron en camiones que llaman «furgones de carne», para echarlos en fosas.

Niceto veía el pánico en los ojos de su hermana. Bajó la voz:

—Y en Teruel los compañeros vieron algo terrible. En los pozos de Caudé. Los rebeldes tiraban los cadáveres de los que habían matado justo al lado. Los compañeros no pudieron hacer nada. Nosotros, en Cuenca, nos vestimos de civiles para poder escapar. Por el camino, cuando nos íbamos, nos cruzamos con un campesino y le preguntamos a cuántos habían matado. Nos contestó que había contado más de mil tiros de gracia. En los muros de la ciudad, esos cabrones habían escrito por todas partes: «¡Vuestras mujeres parirán fascistas!». Ya hay miles de muertos, Gloria. Es una auténtica carnicería.

Un comunista se colocó la gorra con los colores de la Unión General de Trabajadores y golpeó su palma con el puño.

—En Francia, la izquierda está trabajando. ¡El Frente Popular no nos abandonará!

Gloria soltó la cintura de su hermano.

—Dios mío, es horrible...

—Deja al buen Dios en paz. Aquí ya no hay ni Dios ni amo.

Buscaba una forma de anunciarle a Niceto lo que había ocurrido en Sant Balaguer. Pero ¿cómo formularlo? «Batista ha matado a un hombre», «Batista ha vengado al Tío», «Batista nos ha vengado», «Batista ha apuñalado a Julio Fernández...». Las palabras se le quedaban atascadas en la garganta. Quizá no hubiese ninguna para explicar el gesto de su hermano. Renunció. Al fin y al cabo, mejor que se lo dijera él.

De lo peor, Niceto tampoco dijo nada. Nada de aquellos soldados rebeldes, de sus rostros joviales cuando, posando para un objetivo amigo, alzaban las cabezas decapitadas de los compañeros de armas de Niceto. Él había pasado por delante de ellos, bajando la vista y escondiendo la cabeza entre los hombros, que flotaban en unas ropas civiles demasiado grandes, temiendo que de un momento a otro lo detuviese un grito. Pero no, los verdugos estaban completamente absortos en la sesión fotográfica.

7. Nombre que se daba a los milicianos de la CNT.

6
Lea

Una vez que Gloria y Batista se marcharon, y que los otros se llevaron al cura y al notario, cuando terminó el saqueo de la iglesia y el convento y se consumó el linchamiento de las monjas, la muchedumbre desocupada se encontró rodeada por unos cuantos milicianos y el alcalde, sumido en una postración total. Había habido un largo momento de vacilación. Alguien había preguntado qué era lo que convenía hacer. La respuesta se le impuso a Lea como una evidencia:

—¡Hay que quemar el despacho del notario, los títulos de propiedad!

El dinero que aquel cabrón de Molina pretendía sacarles, las actas falseadas, todo, todo desaparecería en la hoguera. Tenía razón, se había dado cuenta de pronto el Rotg, quien con las mismas se unió a su mujer. Una pequeña tropa de campesinos sin tierra comenzó a corear:

—¡Al fuego los títulos de propiedad!

Se lanzaron al barrio bajo como una banda de filibusteros sedientos de saqueo y de rapiña, y los habitantes cerraban las contraventanas a su paso, escondiéndose en sus casas. La alegre hoguera había iluminado el crepúsculo, mientras sillas y papeles volaban por las ventanas del despacho, de tal modo que había sido necesaria la oportuna intervención de bomberos voluntarios para evitar que las llamas se extendiesen a las viviendas vecinas.

Una vez desaparecidos todos los símbolos religiosos y de la propiedad, en una atmósfera enfebrecida, los insurgentes formaron de inmediato un comité revolucionario. Pasaron la noche despiertos, entre discusiones, debates, peleas, sin llegar a ninguna conclusión sobre lo que debían hacer. Los habitantes del barrio alto eran campesinos encolerizados, no revolucionarios profesionales. Sus aspiraciones políticas se limitaban a poner fin a la injusticia. Los Soler, formados en la ira de los viticultores del sur de Francia, veían un poco más lejos, pero Niceto, el más politizado de todos ellos, estaba en Cuenca. «Por suerte nos queda Ramón», pensó el Rotg.

Tras titubear en pequeños grupos hasta el amanecer, las mentes más juiciosas, conducidas por Ramón, decidieron limpiar la iglesia incendiada para reunirse en ella al día siguiente con los milicianos de la CNT que habían llegado la víspera para arrestar a los notables. Hasta entonces, el teléfono del bar de Severino serviría para recopilar información sobre lo que estaba pasando en el resto de la provincia.

El tabernero se pasó horas pegado al aparato, llamando sin descanso a los teléfonos públicos de otros pueblos. Por su parte, Solsona y los alcaldes de los municipios vecinos, que llevaban toda la mañana reunidos, acordaron que en la *Huerta* valenciana, donde había un gran número de pequeños propietarios, el Instituto de Reforma Agraria y las células locales del Partido Comunista velarían por que, igual que en otros sitios, se respetasen los bienes, a poco que sus dueños se adhiriesen a los principios de la revolución. Las tierras de los grandes latifundistas, en cambio, se confiscaban y se parcelaban para redistribuirlas a los jornaleros, y se prohibió a los *terratenientes* contratar a asalariados para mantener sus vastos dominios.

Esos rumores de redistribución en las grandes llanuras fértiles, confirmados por Severino, resucitaron los sueños ambiciosos de Lea. Una tierra... La esperanza, la loca esperanza de poder *por fin* escapar a la fatalidad de su condición volvía a crecer en ella. ¿Acaso era posible que *por fin,* sí, *por fin,* a ese estado de hambre crónica lo sustituyese la saciedad? La Gateta recordaba el piso de los señores, en Valencia, donde había servido como criada. En otro tiempo, se figuraba que gracias a sus encantos le echaría el guante a algún comerciante o, por lo menos, a un artesano. Pero no. ¡Por culpa de su dichoso carácter, había tenido que ir a cruzarse con aquel sonámbulo que le había meado encima en la noche de bodas! A ver, el Rotg era un buen hombre, de eso no cabía duda. Y había sabido satisfacerla. Sin embargo, había que tener en cuenta esa hambre permanente mezclada con odio y envidia que llevaba tanto tiempo devorándole las entrañas a la Gateta. Pero ¿y si la revolución iba a darle por fin una tierra suya de verdad y, quién sabe, quizá una casa menos insalubre que la choza donde se pudrían desde su llegada a Sant Balaguer?

En varias ocasiones había sorprendido a su hombre echándole miradas raras desde el episodio del convento. ¿Qué se creía? Batista los había vengado. Y ella se sentía orgullosa. No obstante, de vez en cuando no dejaba de subirle a la boca un regusto de bilis. De haber visto morir a Fernández. De haber visto a su Batista capaz de... de eso. Y las monjitas. No es que le diesen pena, no. Pero Lea nunca había experimentado ningún placer matando un animal para comérselo, al contrario, su pobreza siempre le hacía sentir que estaba sacrificando algo precioso. Y, sin embargo, era una necesidad. En aquel caso había sido igual. Una necesidad. De modo que acabó olvidando el asunto.

Como habían anunciado la víspera, el comité revolucionario de Sant Balaguer de la Font celebró su asamblea bajo las bóvedas de la iglesia,

ennegrecidas por un hollín grasiento, cuyo olor acre se quedaba pegado a las piedras. Habían levantado y colocado en círculo los bancos que no habían ardido, después de barrer la ceniza y la escoria. No quedaba nada del altar mayor ni de las estatuas de los santos, de la Virgen, de Cristo, ni tampoco del púlpito ni del confesionario.

Sentados unos junto a otros, Lea, Francisco, Ramón y Soledad, acompañados de algunos vecinos, estaban enfrente de Severino. El alcalde se puso en pie y presentó su dimisión, así como la del resto de los concejales. Anunció asimismo que Felipe Fernández se había fugado y se hallaba en paradero desconocido, y más de uno en la asamblea exclamó: «¡De buena pieza nos hemos librado!». Solsona declaró a continuación que asistiría a la reunión en calidad de simple ciudadano y luego se sentó entre los campesinos, a los que se habían unido el panadero, el dueño de la tienda de ultramarinos, el herrero, el carnicero y todos aquellos que poseían tierras en las afueras del pueblo. No había faltado a la convocatoria ninguno de los miembros del piquete de huelga ni los sirvientes de los naranjales ocupados. Los rodeaban milicianos de la UGT y de la CNT, entre los que Lea reconoció a Jaume Varela, el que había reclutado a Gloria dos días atrás, ya de vuelta de Valencia. Fue el primero en tomar la palabra después de Solsona:

—¡Camaradas! Ya que los fascistas han rechazado la elección de las urnas, ya que han preferido el golpe de Estado, tendrán que asumir la responsabilidad histórica de haber desencadenado el vasto movimiento de transformación de nuestra sociedad. Pero, sin duda, ¡no en el sentido en el que ellos imaginaban!

Resonaron algunas risas. El miliciano dejó que se apagasen antes de continuar:

—¡Hay que abolir el comercio privado, confiscar las grandes propiedades!

La asamblea dio su ruidosa aprobación. Lea se levantó de un salto.

—Dices que hay que confiscar las grandes propiedades, pero ¿y las pequeñas?

El miliciano miró en derredor.

—¿Quién posee tierras que pueda cultivar solo, sin mano de obra?

Se alzó una docena de manos.

—Bueno, los que tengáis tierras cuya explotación precise de jornaleros, ¡levantad la mano!

Tres manos se alzaron tímidamente. Las del carnicero, el mecánico y el tratante de lana, Eluctario Ferrer, al que todos apodaban el *Cabesut* porque era más terco que quince mulas. Lea retomó la palabra:

—De todas formas, ayer quemamos el despacho del notario. Ya no podemos fiarnos más que de la palabra de cada cual para saber qué es de quién, ya lo sabes. Y, por cierto, ¿qué va a ser de las tierras de Molina y del padre Guillermo? ¡Tienen más de una, puedes creerme!

De nuevo, risas. El miliciano sonríe.

—Las tierras del cura pertenecían a la Iglesia, cuyas propiedades se han confiscado en su totalidad. En cuanto a las de Molina, las haremos comunales. Aquí hacen falta prados comunales. Bueno, pero hemos venido a decidir, vamos a ver qué hacemos. Para aquellos que aún no lo sepáis, la camarada viene de Francia. Ella y los suyos participaron en las manifestaciones de campesinos que hubo allí —Recorren la asamblea murmullos de aprobación mientras él señala a Lea—, ¡y uno de sus hijos es *canuto*!

También el Rotg se levanta.

—¡La tierra es de los que la trabajan!

Lea se encoge de hombros. Había oído tantas veces esas palabras en boca de su marido. Era lo único que sabía decir.

—¿Y el comercio? —preguntó tímidamente Gil, el tendero, un hombrecillo seco, con el cráneo calvo—. Yo soy honrado, hace años que fío a todo el barrio, a saber cuántos días os habríais quedado sin comer de no haber sido por mí. Quiero dar mis tierras a la comunidad, pero ¿cómo voy a hacer, si mi tienda...?

—Es cierto, tiene razón.

Ramón había hablado y todas las miradas se habían vuelto hacia él.

—No podemos quitárselo todo a todo el mundo.

La mayoría dio su sonora aprobación. Gil había ayudado a los demás como había podido y todos los consideraban un buen tipo. Y, además, los pequeños propietarios eran casi tan pobres como los demás, conque si además les quitaban la tierra...

Lea gruñó. Aquel sí que se parecía al Rotg. Era un blando. Igual que su hermana. Aunque ella, por lo menos, se había ido a curar a los heridos y, si hacía falta, incluso a luchar. Al menos le reconocía eso. ¿Los más valientes? Niceto y Batista, por supuesto. No había que achantarse.

—Ramón es un timorato. Sé lo que digo, que es mi hijo. No le hagáis caso.

Ignorando las risas ahogadas que se oían entre los campesinos, Ramón fulminó a su madre con una mirada de desprecio.

—Camarada Gil, no vamos a quitarte nada, más bien vamos a darte —intervino Varela.

—¿Y eso?

—¿No lo comprendes? ¡El Frente Popular es historia! ¿Dónde veis a sus soldados? Aquí estamos solos. Madrid queda lejos. El mundo que hemos conocido y en el que hemos sufrido se acabó. Se acabó, ¿me oís? Este mundo es vuestro. ¡Tomadlo! Ya no hace falta comercio privado, porque todo lo que produzcamos juntos lo compartiremos y cada uno tomará lo que le haga falta. Si estáis de acuerdo, vamos a seguir sudando, pero juntos. Para todos y para cada uno.

Un gitano al que todo el mundo apodaba la *Cigarra* lo interrumpió:

—¿Qué vamos a comer? ¿Cómo vamos a hacer?

—El comité puede imprimir bonos, tarjetas de avituallamiento para las

familias. Ya ni siquiera tendréis que pagarle a Gil para comer. Así las cosas, ¿de qué le servirá la caja registradora, si va a estar vacía?

—¿Y qué hago yo con vuestros bonos? —masculló Gil.

—Se los devolverás al comité, que los redistribuirá para que las familias puedan comer.

Perplejo, el tendero fruncía el ceño. Los asistentes abrían los ojos como platos. Lea exclamó:

—¿Estás diciendo que ya no necesitaremos dinero? ¿Es eso? ¿He entendido bien?

Varela la señaló ente el público.

—¡Sí, eso es, lo ha entendido! Como acabas de decir tan oportunamente, camarada, ¡se acabó el dinero! ¡Suprimimos el dinero! ¡Ya no hay moneda, adiós a las pesetas! ¡A la hoguera! Igual que los títulos de propiedad.

Un rumor asombrado recorrió la asamblea, salpicada por la luz blanca que de pronto entraba por las ventanas de vidrieras rotas. Ramón retomó la palabra:

—Eso está muy bien, pero ¿cómo haremos con el resto? ¿El agua, el alumbrado público? Si suprimes el dinero, ¿qué resolverá eso?

Severino se aclaró la garganta. Su maratón telefónico lo había dejado casi afónico.

—Pues haremos trueques —contestó—. El dinero nos servirá solo para comprar productos que vengan de lejos, como el azúcar o el café, o para pagar lo que les compremos a las otras provincias, si hacen como nosotros. ¡Y también para comprar armas!

Los murmullos corrían de fila en fila, como la electricidad por los cables. Un miliciano de la CNT, canijo, con barba de dos días y vestido con un mono de trabajo mugriento, hizo oír su cascada voz de cantaor:

—Escuchen, por favor. Para empezar, ¿en qué lengua hablaremos?

—En valenciano —respondieron los demás a coro.

—Bueno, pues entonces será nuestra lengua oficial. Después, ¿cómo nos arreglaremos sin dinero...? Pues es sencillo. Lo ha dicho el camarada Varela: bonos, que distribuiremos a todo el mundo. ¿Y el resto? Gratuito. ¡Todo gratuito! La sanidad, gratuita. ¿La educación, la luz, el agua, el alojamiento, todos los servicios públicos? ¡Gratuitos! ¡Gratuitos! Para todos. Se acabó, ¿me oís?, se acabaron esas deudas que nos hacen consumirnos a fuego lento, esas enfermedades que nos matan porque no podemos tratarnos. Se acabó que nuestras mujeres mueran pariendo en casa, sin un médico, con solo un cura que balbucea unas cuantas tonterías que no se cree ni él.

Lea se puso en pie y avanzó hacia el miliciano.

—No te conozco, pero tienes razón. Porque, si mantenemos el dinero, todo volverá a ser igual. ¿Vosotros no lo entendéis? El dinero es la muerte. Con él nos aplastan, con él nos dominan. Así que el dinero hay que suprimirlo; si no, nos volveremos como ellos. De todos modos, no lo echaremos de menos, ya que nunca lo hemos tenido.

Risas, aplausos. Lea sacó pecho, orgullosa de su éxito, incapaz de parar.

—Nosotros no tenemos nada que dar. Apenas tenemos una casa, y hay que ver en qué estado se encuentra. Y ellos —dijo señalando a los hombres del piquete de huelga—, ellos tienen menos aún. ¿Qué pueden dar? Nada.

El Rotg se rascó la nuca. El dinero... ¡Para lo que les había servido! Nunca compraban lo que querían, apenas lo que podían, con lo que les quedaba en el fondo de sus bolsillos agujereados. Pero, de todas formas... Como cuando fue a ver al notario, se balanceó de un pie a otro, después de levantarse del banco.

—Es muy bonito, pero todo eso cuesta dinero, mucho dinero.

Jaume Varela se dirigió a él:

—Bueno, no puede costar mucho dinero si ya no existe el dinero. En cambio, seguirá costándonos nuestro sudor, no puedo decirte lo contrario, ¡pero ese sudor valdrá la pena! Para tus hijos, o para los nietos que quizá ya tengas. Para un mundo nuevo. Pero ese mundo tiene un precio, ¿sabes? El trabajo será obligatorio.

Lea soltó:

—¡Como si hasta ahora hubiésemos estado cruzados de brazos!

De nuevo, las risas, estas vez francas, sacudieron a la asamblea.

Gil avanzó entre dos hileras de bancos, aferrando su gorra entre las manos.

—Si es así, yo quiero dar mi tienda.

Solsona se levantó a su vez.

—Y yo mis tierras.

Severino ofreció su café.

Levantaron la mano unos cuantos de los jornaleros, los indigentes, los gitanos, hablando todos a la vez, aún preocupados. La voz de Jaume Varela se impuso sobre el tumulto:

—No necesitamos poseer. Ya nunca más lo necesitaremos. ¡Solo necesitamos ser! Nos gobernaremos nosotros mismos. Lo decidiremos todo y nuestros representantes serán elegidos y revocables.

Esta vez resonaron los vivas. Sin embargo, Lea no las tenía todas consigo:

—¿Y la tierras? ¿Tendremos tierras?

El miliciano de la UGT de voz ronca se levantó.

—Las tierras las haremos comunales y así todos tendremos tierras. Toda la tierra será nuestra.

Ramón insistió:

—¿Y los de las otras provincias, qué hacen?

Solsona intervino:

—He tenido noticias por teléfono. En todo el este de Aragón y en Cataluña están haciendo lo mismo, por todas partes hay municipios autónomos, ¡por todas partes! ¡La revolución está en marcha, y nada la detendrá!

El herrero fue a colocarse junto a Ramón, seguido por los que poseían fincas agrícolas, el panadero, el tratante de lana. Hacían frente a Varela, Lea, el Rotg y los demás habitantes del barrio alto.

—Nunca funcionará. Hay que dejar la tierra para los pequeños propietarios —repitió Ramón—. Es lo que dicen los comunistas, y tienen razón.

Un miliciano de la UGT asintió.

—Es cierto. Ayer estuve en la *Huerta.* Les han dejado sus tierras a los pequeños propietarios y también han mantenido el dinero, para los intercambios.

Sin siquiera dirigirle una mirada, Lea se encogió de hombros.

—No tenemos más que votar.

Gabriel Brea, el carnicero, había permanecido sentado en su banco, con cara de pocos amigos. Comenzaba a echar tripa, como corresponde a un carnicero. Las mangas de la camisa enrolladas sobre sus bíceps dejaban ver las marcas del sol en su piel demasiado pálida.

—Ramón Soler tiene razón, nunca funcionará. ¡Os habéis vuelto todos locos! En cualquier caso, yo no os sigo, yo me quedo con mi carnicería. ¿Y el orden? ¿Eh? ¿Quién mantendrá el orden? ¿Visteis lo que hicieron los Fernández en el convento? ¿Y lo del Julio, que acabó asesinado? ¿Y aquí? ¡Menuda guarrería! Hubo que limpiarlo todo. Si todo el mundo se toma la justicia por su mano, esto será un caos, os lo digo yo.

Solsona le recordó que correspondía a la milicia decidir sobre los elementos descontrolados y entregarlos a tribunales populares formados por jueces electos. La anarquía no era el caos, añadió Varela, y concluyó:

—Si no funciona, nos moriremos de hambre, nada más, pero al menos moriremos todos juntos, siempre es mejor que la muerte poco a poco. Además, es sencillo, Lea Soler tiene razón: ¡No tenemos más que votar! ¡Los que estéis a favor de lo que hemos dicho, levantad la mano!

El Rotg miró a su mujer.

—¿Qué votamos? ¿Qué han dicho? ¿Lo suprimimos todo o hacemos como dice Ramón?

Ella ni siquiera le contestó. Levantó la mano, como la mayoría de los presentes. Ramón y el grupito que lo rodeaba esta vez se abstuvieron prudentemente. Solo el carnicero votó en contra.

*

El corazón de Lea bate en su pecho como un martillo de herrero. Jamás había pensado que algo así podía ocurrir. Aunque en el fondo teme la fatalidad —pues la muy canalla tiene todas las papeletas para clavarla a sus orígenes igual que Cristo a su maldita cruz—, la igualdad, la de verdad, puede

que ya no sea un sueño. Pero bien sabe ella que no es cosa de unos días. La alcanzarán sus hijos o sus nietos, en el mejor de los casos. La ciencia, la modernidad, el progreso, como ha dicho Varela, aún no han llegado, y Lea siente en el fondo de su ser que ella ya pertenece al pasado. ¿Qué es lo que va a obtener? En fin, ya lo verán.

La voz de Manuela Julbe crece de pronto en su interior, tan real como su visión, aquella vez en el camino de La Horta d'en Carrer. En su cabeza se libra un combate. La voz duda, insistente. Querría hacerla callar, pero sigue susurrando: «No, es demasiado bonito, no es posible, la vida no es un cuento para niños, la vida es solo sufrimiento, Gateta, bien lo sabes tú».

Lea decide hacer callar la voz de *mare* Julbe.

*

Así comenzó un experimento inaudito. Tanto en Sant Balaguer de la Font como en otros lugares, en aquellos días de julio de 1936, la tierra republicana se convirtió en un inmenso laboratorio social y político, de una audacia sin precedentes. Con un desprecio total por la realidad económica.

En La Horta d'en Carrer, los ciudadanos tomaron las mismas decisiones y se unieron a Sant Balaguer de la Font para formar una *comarca* de la que desapareció toda moneda. Las panaderías, las talabarterías, las tiendas de ultramarinos, las carnicerías —¡para desesperación de Gabriel Brea!— fueron declaradas servicios comunes, así como la tienda de material agrícola, y se instauró la semana de cuarenta horas para todos. El acceso a la biblioteca, antes reservado al puñado de personas alfabetizadas, cuyo número la comunidad deseaba que aumentase lo más rápido posible, se declaró gratuito, igual que todos los espectáculos, incluido el cine, una medida que encontró el apoyo inmediato del pueblo. Al comité revolucionario de Sant Balaguer de la Font se le encargó la distribución de los bienes que producía la colectividad. El tratante de lana se quedó, pero muchos pequeños propietarios de los alrededores desaparecieron sin que nadie supiese qué había sido de ellos y, en el entusiasmo generalizado, se colectivizaron sus tierras.

Solsona, el sabio, había sido reelegido sin grandes problemas representante del municipio, mientras que el sindicato, por su parte, había nombrado una comisión administrativa para todo lo relativo a la producción y la distribución de bienes. El modo de reparto elegido se resumía en una frase: «¡Toma del montón!». Así lo había decidido el pueblo soberano reunido en la iglesia, que había aprobado la moción «A cada uno según sus necesidades». Se expropió la barbería y el oficio de barbero se declaró servicio público, aunque él amenazó con cortarle el gaznate a quien pretendiera que lo afeitase gratis. En los días que siguieron, algunos decidieron dejarse barba. En cuanto a los ricos del barrio bajo, habían tenido el tiempo justo de huir hacia

horizontes más seguros, abandonando la mayor parte de sus bienes y llevándose solo lo que guardaban debajo del colchón. También se había nacionalizado la banca. Los titubeos de los primeros días dieron paso a una organización impulsada por el entusiasmo general.

Al cabo de una semana, un día Lea se levantó con el corazón en un puño. Se sentó en el borde de la cama, poco antes del amanecer, y trató de identificar la sensación de extrañeza que la invadía. Puso la mano en la pierna del Rotg:

—¡En pie, mi Rotg!

Tambaleándose, encendió el fuego bajo la olla. ¡Café! Desde hacía poco, volvían a beber café de verdad, como en Francia, y no aquel brebaje infame a base de cebada tostada que habían tomado últimamente.

Lea se sentó frente a las llamas nacientes, tratando de comprender, con la mirada fija en las pavesas que bailaban por el aire. Después pensó que, por primera vez en su vida, no tenía señor. Ni señor ni patrón. Se echó a reír al ver aparecer a su marido por el hueco de la puerta.

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Qué tiene tanta gracia? —refunfuñó él.

*

La *comarca* contaba con unos dos mil quinientos miembros y explotaba no menos de mil cuatrocientas hectáreas, fruto de expropiaciones, pero sobre todo de la comunalización de las fincas de los pequeños propietarios o de los modestos comerciantes de Sant Balaguer de la Font. El dinero oficial se sustituyó por una moneda local sin valor de cambio y por cartillas de consumo, en las que se anotaban los diversos productos que iba tomando cada familia. En contrapartida, la escolarización se hizo obligatoria y Solsona abrió la escuela del barrio alto para los niños en edad de aprender a leer. Pero seguía haciendo falta un maestro.

Fue entonces cuando recordó que ya había designado uno. O, mejor dicho, una, que en aquellos momentos se encontraba en algún lugar de Valencia, ocupada en dirigir el tráfico vestida de miliciana, y a la que era conveniente llamar.

Gloria. Gloria Soler.

7
Gloria

El mes de agosto iba tocando a su fin. Un mes de sequía y canícula.

Gloria no era una maestra nata, ni mucho menos. Solsona lo sabía, pero de todas formas contaba con ella.

En Valencia no había luchado. Tampoco Batista. El comandante de la plaza se había rendido y los soldados se habían solidarizado con el pueblo. A ella la mandaron de vuelta a Sant Balaguer de la Font tras pasar dos semanas dirigiendo el tráfico en la calle.

Niceto y Batista pasaron allí algunos días de permiso y Lea los exhibió por todo el barrio alto, exclamando en cada cruce: «¡Mirad! ¡Mirad qué guapos están! ¡Son mis hijos, son los defensores del pueblo!».

Una mañana, Niceto cruzó la plaza aún ardiente por el sol del día anterior, donde dos jóvenes gitanos improvisaban unos acordes de flamenco a la guitarra, y empujó la puerta del edificio que pronto serviría de escuela.

Gloria trabajaba con ahínco en sus cuadernos, en aquel remanso de paz de blancas paredes encaladas, esforzándose por recorrer a la inversa el camino que la había llevado a la lectura, en la escuela primaria de Argeliers. Hacía tanto tiempo...

—¡Hola, tú! ¿Qué tal?

Ella alzó la vista de su trabajo.

—¡Niceto!

Él le dio un beso en la mejilla tibia. Ella susurró: —¿Sabes? No sé si me da más miedo este inicio de curso que mis primeros pasos en la costura, hace tiempo.

—¡Gloria! ¡No seas como *mare*! Los libros no muerden.

Gloria le sonrió a su hermano.

—Es cierto. Pero ¿tú crees que lo conseguiré?

—¡Claro que sí! Eres mi hermanita, ¿cómo no ibas a conseguirlo? Pero, oye...

—¿Qué?

—Ya sé que hace calor, pero deberías subirte un poco la cremallera del *mono.* Si no, los niños no conseguirán concentrarse.

Gloria le dio una bofetada fingida, riéndose.

—¡Déjame en paz, bobo!

—Dime...

—¿Sí?

—¿Echas de menos la costura?

De nuevo seria, Gloria se encogió de hombros.

—*Mare* no me dio muchas opciones cuando nos fuimos. Sin la señora Raynal yo lo tenía difícil. ¿Con qué dinero iba a comprarme una máquina? Pero sí que me gustaba...

De pronto Niceto pareció incómodo.

—Gloria, tengo que hablar contigo de una cosa.

Ella levantó los ojos del libro escolar en cuya lectura estaba enfrascada.

—¿De qué?

—No me lo contaste.

—¿Qué es lo que no te conté?

Pero ya lo había comprendido.

—Lo de Batista. Ramón me lo contó todo. Lo que hizo con Julio Fernández. Tú estabas allí, ¿no? Lo viste todo.

No era una pregunta. Ella asintió en silencio.

—¿Por qué no me dijiste nada? ¿Por qué no me hablaste de ello?

Ella se mordió el labio inferior.

—No podía. Lo intenté, pero no lo conseguí. Era tan horrible de... Lo mató así, sin más, de golpe, a sangre fría. Está loco. Batista está loco.

*

Aunque mayoritarios, los anarquistas no eran los únicos que habían constituido milicias. Los trotskistas y los marxistas-leninistas seguían sus pasos. Tras alistarse en la milicia del Partido Comunista de España, Ramón pronto fue enviado al frente, igual que sus hermanos.

Desplegando toda una artillería de «La be con la a, ba», copiando tablas de multiplicación y fichas de sumas, uno más uno, dos, dos más dos, cuatro, Gloria consiguió a duras penas, antes del comienzo de las clases, poner a punto un embrión de método para enseñar el cálculo a los niños del barrio alto y, lo que se reveló mucho más difícil, para el aprendizaje de la lectura y la escritura en valenciano y en castellano, dos lenguas que ella nunca había aprendido en los pupitres de la escuela municipal de Argeliers. Un esfuerzo colosal al que Lea no prestó atención alguna, absorta como estaba en la glorificación de sus hijos ante todo el vecindario.

En cuanto a Soledad, ya demasiado mayor para ir a la escuela primaria, le tocó ir a la escuela de los mayores, situada al pie del barrio alto. Una escuela donde los indigentes no habían tenido hasta entonces el privilegio de ser admitidos.

Lo más sorprendente fue que las medidas improvisadas al día siguiente de las revueltas funcionaron. E incluso lo hicieron bien. La *secona*, la parte árida de la región valenciana, intercambiaba con la *Huerta,* la llanura, todos los productos de los que carecía. Sobre todo cítricos, que cambiaba por las olivas que ya hacían doblarse las ramas que caían sobre las terrazas calcinadas y que pronto estarían maduras para su recolección. Ninguna penuria había venido a aguar la fiesta, ya que eso es lo que era: una auténtica fiesta. Una celebración permanente de la libertad que culminaba en representaciones teatrales y bailes donde las mujeres acababan naufragando al alba entre los brazos de los milicianos. Todas las semanas, el barrio disfrutaba con las sesiones gratuitas de cine, donde Eisenstein compartía cartel con Imperio Argentina o con Luis Buñuel. Aquellas proyecciones le recordaban a Gloria los días despreocupados de Argeliers, antes de que arrancasen las viñas y del desliz de su madre.

Un vértigo de una naturaleza nueva se había apoderado de ella, y tenía por nombre Jaume Varela. Gloria siempre había sabido protegerse de las ofuscaciones de la carne, erigiendo su belleza como muralla y poniendo a prueba la virilidad de sus torturados pretendientes. Aquel día de agosto en que Varela llamó tímidamente a la puerta de la escuela primaria, donde ella preparaba el inicio del curso, comprendió que la muralla estaba resquebrajándose. El corazón se le aceleró cuando, con expresión inocente, Jaume Varela la invitó a hacer un pícnic el domingo siguiente en la playa de Gandía.

Picaron algo, se bañaron bastante poco, la verdad sea dicha, y enseguida se fueron a saborear ese aire ligero llevado por un viento de libertad al abrigo de las tocas que dominaban la playa. La norma de no separar a los dos sexos que preconizaba el anarquismo no solo se aplicaba a la economía, la educación y el mantenimiento del orden. También las playas habían sido declaradas mixtas. En pocas semanas, se habían convertido en lugares privilegiados de experimentación de los cuerpos al fin liberados del yugo de la ropa, pues, si las curvas de las milicianas llenaban los *monos,* también ciertas turgencias masculinas sobresalían de sus uniformes, semejantes a vigas vistas en el techo. Las playas se habían convertido en escenarios del amor libre. Siguiendo las huellas de Fournier, Proudhon y otros como ellos, los libertarios españoles ponían en tela de juicio no solo el reparto de la riqueza, sino también, peor, mucho peor, los pilares de la sacrosanta familia católica.

—Niceto dice que para ser anarquista no habría que fumar ni comer carne —comentó Gloria, sentada en la arena—. A veces me recuerda a los primeros cristianos de los evangelios.

Varela dejó caer su *mono* hasta los tobillos.

—¿No te desnudas? —le preguntó a Gloria en tono desenvuelto.

Ella se puso como un tomate.

—¿Por qué? ¿Qué tendrá eso que ver con la revolución o la anarquía?

Varela se encogió de hombros.

—Como quieras.

Le dio la espalda y miró hacia el mar.

—No hay nada malo en la desnudez. Es como no comer carne o las otras cosas. Es acercarse a la sencillez, a la austeridad, al estado natural —le explicó mientras ella osaba al fin alzar la vista hacia su trasero redondo y firme.

Se dio la vuelta de pronto y ella desvió la mirada, aunque no lo suficientemente rápido. Se quedó un tiempo sin contestar, observando a los nudistas que retozaban por la playa, como si estuviese reflexionando. Al fin, bajó de un golpe la cremallera de su *mono.*

El miliciano fue cuidadoso y el dolor, ínfimo. El placer llegó como una ola contrariada por otra Gloria, que observaba con curiosidad, encaramada a una roca, a aquella pareja desnuda, oculta a las miradas por bloques calcáreos amontonados a los pies de los acantilados de los que se habían desprendido. Examinó minuciosamente las nalgas desnudas, blancas y musculosas, que se movían rítmicamente entre los muslos lechosos que abrazaban los riñones del hombre. Fascinada, observaba sus pechos pesados, de pezones rosados, erectos, cuyos movimientos seguían el ritmo del lento vaivén de Varela, y solo cuando él gozó dentro de ella, cuando descubrió ese poder nuevo que tenía sobre él, cerró al fin los ojos sonriendo y no vio otra cosa que el sol implacable filtrado por sus párpados cerrados.

Se quedaron allí hasta el anochecer, repitiendo una y otra vez, sin prometerse nada, sin jurarse nada, lavándose en el mar, evocando la era nueva que comenzaría cuando, muy pronto, venciesen a la vez a la miseria y a los fascistas, y su revolución liderase el concierto de las naciones. Luego, fingiendo olvidar la guerra que acechaba agazapada en la sombra del mañana, retomaron el camino del pueblo, de la mano, con el fusil al hombro, ya que, maestra o no, Gloria iba siempre armada, como todas las milicianas.

El sol, despiadado con los pelirrojos, había salpicado de ampollas la piel de Gloria, cubierta de sal seca, y apenas podía soportar el contacto de la tela arrugada de su mono de trabajo con la epidermis martirizada. Tenía el sexo irritado, por lo que no pudo sentarse, como a la ida, en el portaequipajes del miliciano, y regresó caminando y gimiendo.

Aquella noche, soñó con cadáveres de monjas, lívidos, que yacían en el suelo del jardín destrozado y cubierto de ataúdes de niños, vestidos con encajes hechos jirones, y al despertarse le pareció ver a los pies del camastro la silueta descolorida de una monja desvaneciéndose a la luz tímida de la aurora, dejando flotar tras de sí un imperceptible perfume de incienso en el cuartucho minúsculo.

Los amantes siguieron encontrándose todos los domingos hasta que empezaron las clases en septiembre, de modo que, cuando, un luminoso lunes de finales del verano de 1936, Gloria entró en la escuela primaria del barrio alto, tenía la piel pelada y de un color que andaba a medio camino entre el de una gamba y el de un melocotón.

Unos treinta alumnos, a cual más piojoso, se pusieron de pie a la vez cuando ella entró en el aula, atenazada por el miedo a no estar a la altura de la labor que le habían confiado, y todos la recibieron con un unánime «¡Buenos días, camarada!».

Al cabo de un mes, sus alumnos eran capaces de escribir su nombre y descifrar el primer verso de «La Internacional», con tanto más entusiasmo cuanto que Gloria se la hacía cantar cada mañana sin subirse del todo la cremallera del mono. Aquella tropa de cabezas morenas iba a acordarse durante mucho tiempo de aquella maestra, de la que los mayores se habían enamorado en el acto. Y, muchos años después, el simple hecho de entonar «¡Arriba, parias de la Tierra!» reavivaría emociones eróticas enterradas en el cementerio de las erecciones perdidas. El cálculo les resultó más fácil todavía, pues era bien cierto que los alumnos de Gloria, analfabetos con el estómago vacío, habían tenido que contar cada bocado de pan a lo largo de todos los días de sus breves existencias.

Gloria demostró estar a la altura como maestra.

En octubre del 36, cuando resonaban los cañones que anunciaban las primeras escaramuzas en los lejanos barrios residenciales de Madrid, Jaume Varela se marchó para unirse a los hermanos Soler.

En noviembre, Gloria tuvo que rendirse a la evidencia. Estaba embarazada.

8
Gloria

Estaba llegando al final de su segundo mes de embarazo cuando se inició la batalla de Madrid, a finales de octubre del 36. Ya hacía algún tiempo que padecía náuseas. La Gateta no tardó mucho en comprender.

Sus gritos se oyeron por todo el barrio alto:

—¡*Debes* casarte! ¡Si no te casas, vivirás como un animal en su guarida!

—*Mare,* ahora se puede vivir juntos sin casarse. Ya no se está obligado a...

—¡Cállate! ¡No eres más que una puta! ¡Cásate!

Gloria no se engañaba. Lea aprovechaba al vuelo la ocasión de librarse de ella. En el fondo de su ser, sabía que su madre cargaba con ella como con un fardo desde su nacimiento. Que prefería a sus hermanos y también, con mucho, a Soledad, aunque nunca pareciese hacerle demasiado caso. Pero esa vez no iba a achantarse.

—¿Yo una puta? ¿Y lo que pasó en Francia? ¿Eh? No he sido yo quien...

Gloria interrumpió la frase. Su padre acababa de entrar. Al descubrir a las dos mujeres una vez más en plena disputa, suspiró y dejó caer su zurrón de tela en la mesa.

—¿Qué pasa ahora?

—Pasa que tu hija es una arrastrada y que ha dejado que la preñe el primero que pasaba.

El Rotg se volvió hacia Gloria, absorta en la contemplación de sus alpargatas. Frunció el ceño.

—¿Es cierto?

Como ella callaba, insistió:

—¡Contesta, Gloria! ¿Quién es el padre? Gloria, ¿me oyes?

—Ni... Ni siquiera sé si sigue vivo. Seguramente está luchando. Has oído las noticias, ¿no? En los alrededores de Madrid. Con Niceto, Ramón y Batista.

*

El 19 de octubre, en uno de esos magníficos días templados que solo conoce el otoño español, el general Franco había lanzado sobre la capital una ofensiva que pretendía decisiva.

Los hermanos de Gloria, Varela y todos los demás milicianos del barrio alto se habían ido al frente, igual que miles de otros como ellos, justo después de la toma de Toledo por parte del ejército franquista, unos quince días antes.

En la retaguardia, la utopía en marcha había adoptado el rostro de una multitud que trabajaba hasta el agotamiento en las labores más variadas, unos y otros colaborando en cooperativas dedicadas a producir semillas, abono, naranjas, arroz, material agrícola. En Sant Balaguer, las reglas que regían el funcionamiento de la *comarca* se habían suavizado bajo la autoridad de Ramón y de sus camaradas. Las excepciones que se habían hecho con algunos estaban lejos de gustar a la mayoría y la tensión había aumentado. Siguiendo el ejemplo de Gabriel Brea, el carnicero del barrio alto, Ferrer, el tratante de lana, y el del herrero, algunos pequeños propietarios de la *Huerta* valenciana finalmente habían querido seguir siendo dueños de lo suyo. Se había autorizado a los alborotadores a conservar sus bienes, ante miradas amargas. Oficialmente, el barrio alto esperaba a que reconociesen su error para acogerlos con los brazos abiertos, pero nadie se hacía ilusiones. El viejo orden no podía desaparecer de un día para otro. Hasta se había acuñado una especie de moneda local, para los miles de personas que aún dudaban, como Brea y los suyos. Aunque se había cerrado el burdel del barrio bajo, situado junto a la carretera nacional, y se había liberado a las prostitutas de la esclavitud en la que vivían, las otras mujeres seguían en su mayor parte dedicadas a las labores domésticas. De nada le servía a Gloria su condición de maestra de escuela, no por ello se libraba de hacer la colada, tarea impuesta a la que tenía que plegarse igual que su madre, Soledad y las demás mujeres del barrio. En el lavadero, donde a veces se encontraban por las tardes, solían compartir sus penas.

Aquel día, cansada de aquellas labores domésticas que les asignaba la colectividad, Gloria no dejaba de repetir:

—¡Su revolución es una revolución de hombres!

Se colocó la sábana de lino alrededor del antebrazo, la enrolló entre el codo y la palma de la mano y luego la retorció para escurrir la tela empapada de agua jabonosa, que le chorreaba por la piel y se escurría hacia el arroyo. Retorcía la sábana, sí, como si se tratase del miembro de un hombre.

—¡Me sé de uno al que le haría yo eso!

Las vecinas se echaron a reír.

—¡Calla! —exclamó la mujer de Severino—. ¡Que ya lo echaríamos en falta por las noches!

—El caso es que en todo quieren mandar.

—¡Cuánta razón tienes, Gloria! —asintió la mujer de Severino—. ¿Has visto sus carteles? «La anarquía es el orden sin la ley». ¡Sí, claro! ¡Hemos estado a punto de tener que cerrar, por culpa de sus ideas absurdas!

En nombre del credo de la FAI, que proclamaban sus carteles por los muros de todo el pueblo, la taberna de Severino había estado a punto de ser sacrificada en el altar de la resurrección moral de las clases trabajadoras. Apoyados por las lavanderas, el pobre Severino y su parienta habían recorrido las callejuelas del barrio lamentándose: «¡El comité lo dirige todo! ¡Lo posee todo! ¡Se ocupa de todo, hasta de nuestro culo! ¡Como sigan así, acabarán siendo dictadores!». Los habitantes del barrio alto habían advertido al comité de que se estaba produciendo una moción de censura. Algunos cabezotas hasta habían amenazado con abandonar la *comarca.* ¿Dónde estaba aquella sociedad que decían que iba a satisfacer las necesidades de todo el mundo? ¿Qué iban a hacer con los pequeños propietarios que no querían entregar sus bienes a la colectividad? Así pues, justo después de la revuelta de las mujeres y su campaña para salvar el café de Severino se había decretado que, como gesto de magnanimidad, las cartillas de racionamiento incluirían en adelante cupones para los «vicios»: tabaco, café, excursiones y, sobre todo, una exigencia que Gloria le había hecho a Varela: ¡perfume! Sí, perfume, un tesoro que solo había poseído en Francia. Al recordar la fragancia de violetas, le volvían a la cabeza imágenes del canal del Mediodía y, con ellas, los fantasmas nostálgicos de un pasado que la Historia había respetado.

*

Sacándola de la ensoñación en la que se había refugiado, el Rotg repitió la pregunta:

—¿Quién, Gloria, carajo? ¿Quién?

Gloria colocó la mano sobre su vientre y pronunció el nombre de su amante. Lea se dio una palmada en la frente.

—¿Varela? ¿El jefe del comité? ¡No puede ser! Pero ¿qué tienes en la cabeza, pobre hija mía? ¡Si casi no sabes nada de él! ¿Y para cuándo es?

Gloria calculó mentalmente:

—Para finales de mayo. O principios de junio, no lo sé.

El matrimonio Soler alzó la vista al cielo, ya resignado. Como si no bastase con temer por sus hijos enviados al campo de batalla, ahora tenían que echarse a temblar por un ser que aún no existía y confiar en que el padre de la criatura sobreviviese al incendio que consumía el país. Que Lea no se encontrase con Gloria y Soledad, más un recién nacido en casa. O peor. Una recién nacida.

—¡Ojalá no sea niña!

*

Algunas semanas después, la fiebre de la albufera resurgió en la región y atacó a Gloria. En cama, empapada en sudor, con las manos crispadas la una sobre la otra, de nuevo presa de vértigos, contemplaba a sor María Concepción y a sor María Teresa junto a su cama, de pie, inmóviles, y, tras ellas, la silueta de Julio Fernández, con el cuchillo de Batista aún clavado en el vientre. El barro chorreaba por sus rostros. Cada una de las monjas llevaba en brazos el cadáver de un niño de pecho.

—¡Buenos días, Gloria! —la saludaban a coro, inclinadas sobre la colcha de encaje blanco, al tiempo que depositaban sobre sus pies los dos bebés muertos.

Gloria sentía el peso de sus cuerpecitos inmovilizándole los tobillos, mientras las monjas reían, semejantes a dos reyes magos enloquecidos.

Abrió ligeramente los párpados. Fernández y las dos monjas habían desaparecido. Pero había una mancha en la sábana. Gloria acercó la mano y notó la textura granulosa en los dedos. Profirió un alarido, trató de alzarse sobre la almohada, en vano, buscando el aire con la boca abierta.

Pacientemente, Soledad pasaba un paño húmedo por la frente de su hermana, que salmodiaba en su delirio. De pronto, Gloria inspiró como si saliese del fondo del agua y abrió los ojos.

Su mirada se encontró con la de Soledad.

—¡Ay, Dios mío! —dijo en un soplo de aire.

—¿De dónde regresas? ¿Qué has visto? —murmuró Soledad mientras seguía refrescándole el rostro.

Gloria tragó saliva y repitió para sí misma:

—¡Dios mío!

El médico pasó a verla por la tarde. Había que temer tanto por la vida de la madre como por la de la criatura. Mandó guardar cama a Gloria y ordenó que solo le diesen caldo de pollo, para hidratarla, y arroz.

A su regreso del campo, Lea se limitó a encogerse de hombros.

—¡Pamplinas! ¡Esa es mucho más sólida de lo que se cree! ¡Lo que tiene que hacer es levantarse!

Pero Soledad siguió al pie de la letra las órdenes del médico.

*

Si octubre había sido cálido, noviembre fue húmedo. Un viento helado, cargado de lluvia, hacía temblar las casuchas. La escuela permanecía cerrada.

Una vez más, Gloria le ganó la batalla al paludismo. Se recuperaba poco a poco. Para distraerla, Soledad bajaba al café de Severino y allí, con la oreja pegada a la radio a galena, memorizaba cada noticia, cada despacho del

frente, para inmediatamente transmitírselos a su hermana, imitando el tono entusiasta del locutor.

Gloria supo así que el 6 de noviembre, ante el avance de las tropas nacionales hacia Madrid, Largo Caballero había abandonado la capital. El Primer Ministro se había refugiado en Valencia, transformando la tercera ciudad del país en capital política de facto. El antiguo obrero había decidido poner un poco de orden en el desmadre revolucionario y había integrado a cuatro ministros anarquistas en su Gobierno.

La República confiaba en su victoria. Sus arcas, cuarta reserva de oro del mundo, estaban llenas. Sí, Italia y Alemania corrían a auxiliar a los ejércitos de Franco; sí, Francia había bloqueado los envíos de armas a la España republicana, pero al menos la Unión Soviética entregaba sin reservas fusiles, carros de combate, aviones y asesores militares. Mejor aún, los comunistas y los trotskistas del POUM habían reclutado a batallones de voluntarios extranjeros. Del mundo entero, por millares, la juventud entusiasta venía a enrolarse bajo el estandarte de la libertad. Las Brigadas Internacionales se habían puesto bajo el mando de un joven general miembro del Partido Comunista, Enrique Líster. Los días del fascismo estaban contados. Soledad se puso en posición de firmes.

—Fin del boletín informativo. *¡No pasarán!*

Después, la adolescente colocó la mano en la tripa de su hermana.

—¿Lo notas moverse?

—No, aún no.

—¿Duele?

—No, ¿por qué?

—No sé, Gloria, te lo pregunto. Un día yo también tendré un bebé.

—Espero que sí, Soli. Tráeme un poco de agua, ¿quieres? ¡Tengo tanta sed!

Gloria vació el vaso temblando, mientras Soledad volvía a enjugarle la frente. Le parecía ver a Soli en su caja, entre las brasas. Aquel bebé que ella había abrazado con tanta fuerza.

—Yo te cuidé tanto cuando eras pequeña... Y ahora te toca a ti cuidar de mí.

Fuera, la lluvia inflaba los torrentes secos, arrastrando rocas arrancadas a las montañas, como si un volcán hubiese entrado en erupción. La tierra temblaba y ríos de lodo, que el día anterior no existían, corrían por las faldas de las colinas y descendían por las escaleras del barrio alto, mientras el barrio bajo ya chapoteaba en el fango.

Soledad volvió a llenar el vaso. Lo colocó con suavidad, casi con prudencia, en el taburete que hacía las veces de mesilla junto a la cama, y después se tendió junto a su hermana.

—¿Sabes que me ha venido la regla?

Gloria levantó la cabeza de la almohada.

—¿Ya? ¡Pero si ni siquiera tienes pechos!

—¡No exageres! ¡Mira!

Soledad se levantó la camisa y dejó al descubierto un torso pálido y flacucho, del que emergían dos tímidos promontorios que sobresalían sobre sus costillas salientes.

Gloria se echó a reír.

—¡Tápate, que como entre alguien...! Estás flaquísima y tienes las piernas torcidas hacia dentro. Anda, mira: ¡esto son pechos!

Se desabrochó el camisón meneándose un poco y dejó a la vista un pezón con la areola tan grande como un *ducado.* Soledad extendió la mano.

—Está suave. Está muy suave. Dime, ¿cómo es estar con un hombre?

—¡Soli!

*

—Radio Valencia, aquí Radio Valencia, la radio del Gobierno. En Madrid, barrio tras barrio, la resistencia se organiza. Anarquistas, comunistas, hombres y mujeres unidos en un mismo ideal de libertad combaten junto a jóvenes del mundo entero. La batalla es decisiva y se acerca la derrota total de los fascistas, gracias a las armas que nos suministra nuestra aliada, la gloriosa Unión Soviética.

De pie, con los talones juntos, Soledad estaba repitiendo una vez más las noticias que se había aprendido de memoria en el café de Severino cuando el Rotg empujó la puerta. Había dejado de llover. Las tropas de Franco, a pesar de los bombardeos sobre Madrid, se habían quedado atascadas en los barrios residenciales. El Rotg se desabrochó el chaquetón y acercó una silla, sobre la que se dejó caer, mientras *Fai* iba a buscarle la mano frotándose contra su muslo. Rechazó al animal con la rodilla. El olor a humedad de su ropa impregnada de sudor invadía la estancia.

—¡Déjame, chucho! ¡Que no estoy de humor!

El perro gimió. Lea acaba de entrar, detrás de su marido.

—¿Te has enterado?

—¡Sí! ¡Se acabó! ¡Todas las milicias, las de los anarquistas, las del Partido y las del POUM quedan integradas en el ejército! En cuanto a nuestro comité, se incorpora al Gobierno local, como todos los demás. El poder municipal queda completamente restaurado.

Lea suspiró:

—¡También quieren restablecer el dinero! ¡Y la propiedad! Al parecer, todos los milicianos no combatientes tienen que devolver las armas.

Sentada con la espalda apoyada en la almohada, Gloria contempló su fusil apoyado contra el muro encalado. Allá, en Madrid, Jaume Varela combatía. Y Niceto, y Ramón, y Batista. Día tras día, los nacionales chocaban con la resistencia feroz de los republicanos. En la radio contaban que,

destrozada por las bombas alemanas, la ciudad en ruinas ya no era más que un montón de barricadas. Brigadistas, soldados y milicianos de los dos sexos luchaban codo con codo. En cama, Gloria se sentía tan inútil como su fusil.

Las fiebres le duraron lo mismo que duró la batalla de Madrid.

A finales de noviembre, el frente volvió a quedar inmovilizado, con la capital, que seguía resistiendo, rodeada.

Gloria había regresado a la escuela. Impotente, asistía al hundimiento de sus sueños. Los suyos y aquellos por los que luchaban Varela, Niceto e incluso Batista. Ramón, que tenía responsabilidades dentro del Partido, no podía por menos que estar satisfecho con la situación. Ramón, el razonable. Ramón, el aniquilador de utopías. Él y sus amigos comunistas, con los que se juntaba cada vez que estaba de permiso. El sueño no había durado más que medio verano, y un pedazo de otoño. Una nadería, pero una nadería que marcaría a Gloria y a los suyos para siempre. La hermosa fachada de unidad de la *comarca* se resquebrajaba a toda velocidad. Resurgían las viejas rivalidades. El alcalde volvía a hacerse con el control. Los comunistas, cuya influencia se extendía, eran cada día más numerosos. Zumbaban en torno a Solsona, atareados como en una colmena perfectamente organizada. Ahora la célula del barrio alto la dirigía el carnicero. Gloria se sentía asqueada al ver a Ramón en relaciones con un tipejo como ese. Todo la asqueaba. Como si no bastase con tener que aguantar los sarcasmos cotidianos de Lea sobre su embarazo, sobre su trabajo de maestra, sobre todo. ¡Ja, ja! ¡La hija de una analfabeta, maestra de escuela!

Desde mediados de octubre, Gabriel Brea, poco convencido por la utopía anarquista que había conquistado Sant Balaguer —una utopía que, sobre todo, había estado a punto de privarlo de sus bienes—, se había afiliado al Partido, cuya estructura convenía mejor a sus ansias de orden. Adepto de la *Pasionaria,* Dolores Ibárruri, el carnicero había devorado a Marx y Lenin en pocos meses. Desde entonces, solo juraba por el camarada Stalin, quien al menos suministraba aviones y armas a la República.

Brea afirmaba que no todos los franceses eran como ese Blum que los había dejado tirados. Por ejemplo —le había explicado a una Gloria poco convencida—, era un francés, André Marty, quien lideraba las Brigadas Internacionales. Un comunista. ¿Y quién —proseguía— dirigía las armas al puerto de Sant Balaguer, para que saliesen hacia las montañas en dirección al frente aragonés? Franceses. Una pareja de valientes pescadores marselleses, Émile y Philomène, que todos los meses embarcaban en el Puerto Viejo de Marsella y ponían rumbo a Odesa. Su pequeño barco de arrastre, cargado hasta los topes de fusiles, granadas y municiones, arribaba al puerto soviético al término de una travesía larga y peligrosa, para después regresar a Marsella y volver a zarpar en dirección a Odesa. La maniobra triangular llevaba ya tres meses produciéndose, y desde entonces Gabriel Brea no dejaba de cantar sus

alabanzas.

Era cierto que los marselleses eran dos valientes, que arriesgaban su vida por ellos. ¡Cuántas veces no habrían compartido los habitantes del barrio alto una paella con la pareja, acompañada de alguno de aquellos agentes soviéticos, que hablaban español a la perfección y que hacían la travesía con los cargamentos de armas, enviados por el «pequeño padre de los pueblos» para asesorar y dirigir a las fuerzas combatientes de la República. El tío Mil, como todo el mundo llamaba al pescador, no hablaba una palabra de español, pero las sonrisas que partían en dos su rostro arrugado de viejo lobo de mar y su provenzal perfectamente comprensible para los valencianos le habían abierto las puertas del barrio alto. Philomène no participaba en todos los viajes. De vez en cuando, alguien tenía que quedarse en casa. Pero más de una vez había llegado al puerto con su marido, ocupando con orgullo la proa del barco, con los cabellos entrecanos y endurecidos por la sal flotando al viento y golpeando sus hombros.

La seducción que ejercían los dos protegidos de Gabriel Brea seguramente había contribuido a que, a mediados de noviembre, lo eligieran secretario de la célula del barrio alto de Sant Balaguer de la Font.

Muchos de los que habían optado por seguir siendo pequeños propietarios abandonaron entonces los principios libertarios para afiliarse al Partido. Tras la batalla de Madrid, el Gobierno de Largo Caballero, rodeado de socialistas y comunistas, declaró desde Valencia que lo urgente ya no era la revolución, sino la victoria contra el fascismo. Brea y los militantes del Partido acataron de inmediato la consigna, exigiendo que los milicianos no combatientes del barrio alto devolviesen sus armas y que los bienes colectivizados fuesen restituidos a sus propietarios. Con la excepción, no obstante, de las grandes propiedades y de las fábricas.

Con el viento del norte, un frío desacostumbrado se había abatido sobre la región valenciana.

Una mañana de principios de diciembre, *Fai* empezó a agitarse de forma inusitada, rascando la puerta, ladrando, dando vueltas en círculo, mordiéndose la piel del lomo, pelada por la sarna.

Gloria acaba de volver de la escuela.

—*Fai*, ¿qué te pasa?

La puerta de la casa de los Soler se abrió de pronto y dio paso a las caras joviales y polvorientas de Niceto, Ramón y Batista, vestidos con sus mugrientos uniformes de la República, provocando un bufido de leona en Lea al ver el brazo en cabestrillo de Niceto.

*

—No es nada, *mare,* solo un pequeño fragmento de obús.

Ya más tranquila, Lea sonreía, abrazada a su hijo favorito.

Al descubrir el embarazo de Gloria, los hermanos Soler habían jurado que encontrarían a Varela y que o se casaba con ella o le costaría la vida. Habían combatido juntos en Madrid, en el Quinto Regimiento. Gloria supo así que su amante seguía vivo, aunque no le había enviado mensaje alguno.

—El correo ya no funciona —lo excusó Niceto, sentado frente al hogar con las piernas estiradas y las alpargatas junto a él.

Ya tranquilo, acostado junto a su amo, *Fai* estaba ocupado en morderse las patas delanteras.

—Es cierto, tiene razón, las cartas ya no llegan —confirmó Batista—. Las tropas de Franco rodean la ciudad. Largo Caballero se marchó a Valencia porque creyó que estaba todo perdido. Pero nuestro general es listo. En vez de llevar a los soldados al combate dejando que los milicianos peleasen por su cuenta (¡un auténtico caos, te lo aseguro!), incorporó a los más disciplinados a su ejército. ¡Se acabó el mono de trabajo! Todos pasamos por una especie de centro de instrucción dirigido por asesores soviéticos. Y tu Varela, te lo juro... Hubo una vez que los regimientos marroquíes de los rebeldes intentaron tomar una zona situada al sur de la ciudad, el capitán que comandaba nuestra unidad recibió un balazo y fue Varela quien llevó a todo el mundo al lío. Detuvimos su avance. Estuvo fantástico. ¡De todas formas, más le vale al muy cabrón regresar para casarse contigo!

Gloria observó con atención a su hermano. No podía evitar ver una y otra vez el momento en que había apuñalado a sangre fría a Julio Fernández. Por mucho que fuese de héroe, Batista le daba asco.

Ramón ya no parecía compartir su repulsión. Se echó a reír y se estiró.

—Después de eso, ya éramos todos auténticos soldados. Y, en el momento del asalto final, llegaron de refuerzo los brigadistas de Líster. Gracias a Stalin, estábamos bien armados. Y ganamos.

El Rotg callaba. Escupió en el fuego.

—En cualquier caso, sin los rusos —continuó Ramón—, los fascistas ya nos habrían derrotado. Y tu Varela, créeme, por muy héroe que sea, se equivoca con sus teorías anarquistas. Por cierto, que creo que se las está replanteando...

Con el rostro ensombrecido, Niceto se puso en pie y se acercó a su hermana. Parecía no haber oído nada de las reflexiones de Ramón.

Lea se interpuso:

—¡No camines descalzo, hijo mío, que vas a coger frío!

La tristeza arrugaba los rasgos de Niceto. También el cansancio. Rodeó a su madre sin contestar y puso una mano en la tripa de Gloria. Al cabo de un buen rato, acabó por murmurar entre dientes:

—Ramón, ¡déjanos en paz con tus rusos! El Partido está confiscando nuestra revolución.

Ramón saltó de la silla.

—¿Sabes dónde estaría a estas alturas tu revolución, con vuestras milicias de carnaval?

Niceto quitó la mano del vientre de su hermana y se incorporó de golpe. La delgadez lo hacía parecer aún más alto.

Soledad se apresuró a interponerse entre ellos.

—Estoy demasiado contenta de veros, por favor, dejad de discutir. Ven, Niceto, cuéntame cómo te hirieron.

*

Sí, Niceto le cuenta. A su hermana pequeña, Soledad, le cuenta una batalla para niños, una batalla de caballeros y princesas. No dice nada, por supuesto, de aquella mujer con chaqueta de lana marrón que se dejaba los brazos entre los escombros, intentando desesperadamente distinguir los restos de los suyos en el amasijo de piedras y vigas humeantes que había sido su casa, pulverizada por una bomba alemana.

Nada de aquellos civiles envueltos en sus raídos abrigos, hurgando entre las ruinas en busca de alimento, bajo el velo de humo y cenizas que cubría la ciudad. Tampoco dijo nada de la gente aterrorizada que se envolvía en colchones pensando que así se protegían de las explosiones de los obuses. Nada de los rostros demacrados, ojerosos, chupados por el miedo, de los desgraciados que habían enloquecido y que erraban en las calles destrozadas por las bombas. Nada, finalmente, del monstruoso olor a putrefacción que emanaba de los cadáveres de hombres y animales. Casa a casa, cruce a cruce, calle a calle, pelearon, haciendo retroceder a aquellos que ya recibían el nombre de franquistas.

Sobre todo eso, Niceto guarda silencio. Silencio sobre aquella viuda que daba alaridos, ya vestida de negro, como en un luto premonitorio, arrodillada junto al cadáver tibio de su marido bañado en un charco de su propia sangre.

En realidad, Niceto no cuenta nada de la guerra, del horrible rostro de la guerra.

Solo cuenta cómo cazaba a fascistas que huían cual *monosabios* delante del toro, cómo de un avión alemán cayó una bomba que no mató a nadie ni causó otro daño que un pequeño fragmento alojado en su bíceps.

Con el puño cerrado, Niceto frota la pelambrera de la adolescente flacucha y contiene las lágrimas.

Va a quedarse al menos quince días, el tiempo necesario para reponerse.

Piensa en la joven enfermera morena que le curó el brazo en el hospital madrileño. En sus preciosos ojos, del color de la cáscara de las almendras frescas. Justina Montaner. Valenciana, como él. Sus labios finos, sus rasgos casi dolorosos.

El óvalo perfecto de su cara. Tiene que volver a su tierra. Pronto.

*

El asesor militar que llegó con el cargamento que traía el tío Mil se llamaba Dimitri Stankelovich. Se quedó en Sant Balaguer de la Font para ayudar a Gabriel Brea y a los otros camaradas con la reorganización de la *comarca.* Stankelovich no hablaba valenciano, pero su castellano de sonoras erres, teñido de acento ruso, resultaba eficaz. Tieso como si le hubiesen metido una escoba por el culo, musculoso como un *mujik,* había crecido en las llanuras de campos de trigo de la frontera bielorrusa y había participado veinte años atrás en la Revolución de Octubre. A los diecinueve años, lo habían enviado a Moscú como delegado del Komsomol. Allí, había podido escuchar en persona a Lenin pronunciando un discurso ante una asamblea de campesinos. Stankelovich llevaba luchando desde el final de su adolescencia. En 1924, había combatido contra los rusos blancos, en el frente siberiano, y luego junto a los mongoles, a los que los soviéticos habían apoyado en su revolución. Y ahora estaba en España, para ayudar a los camaradas a luchar contra el fascismo. Un auténtico internacionalista.

Ramón había quedado impresionado por los relatos de batallas de Dimitri Stankelovich y se había emocionado al estrechar una mano que había tocado la de Lenin y, sobre todo, la de Stalin.

Para empezar, Ramón y Gabriel Brea mandaron colocar en los muros carteles en los que se instaba a los milicianos a devolver sus armas. El ultimátum para el barrio alto quedó fijado el 10 de diciembre y se convocó a la gente en la plazuela que había frente al café de Severino.

*

Los miembros no combatientes de la célula están congregados en torno a un montón de escopetas deterioradas de dimensiones respetables, ninguna de las cuales ha disparado un solo tiro desde que fueran distribuidas al pueblo en julio. El alcalde Solsona supervisa la ceremonia. Para la ocasión, Gloria se ha enfundado su uniforme de la CNT. Como tiene la tripa demasiado grande, no ha podido subirse la cremallera del *mono,* por lo que se ha atado una *faja* alrededor de la cintura. Avanza con ceremonia, acompañada de Niceto y con la cabeza cubierta por la gorra, y flanqueada por Ramón en uniforme del ejército regular. Batista, por su parte, regresó al frente ayer.

Con solemnidad, Gloria pasa la correa de cuero gastado del arma desde el hombro hasta su mano temblorosa. Va a depositar el fusil en la hoguera de acero, grasa, óxido y madera cuando, titubeante, detiene el gesto.

—¿Qué te ocurre, camarada?

Dimitri Stankelovich avanza, se levanta un poco la gorra, dejando ver su pelo rubio platino. Repite la pregunta y, como Gloria no contesta, añade en

tono conminatorio:

—Vamos, deja el fusil, miliciana. De todas formas, las mujeres ya no combaten. Y ese —señala a Niceto— ya no debería llevar la insignia de la FAI ni la de la CNT.

—¿Hablas conmigo?

Stankelovich observa a Niceto.

—¿Dónde te hirieron?

Ramón contesta en su lugar:

—En el frente, en Madrid.

—¿Tú estabas con él?

—Sí, camarada. Es mi hermano. Lo alcanzó un fragmento de obús.

—Bien. Pero... ¿Por qué no lleva el uniforme del ejército regular?

Gloria aún no ha depositado el fusil. Desde lo alto de su metro ochenta y siete, Niceto mira con desprecio al ruso.

—Parece que en Aragón los comunistas mataron a anarquistas y a militantes del POUM. ¿Qué tienes que decir a eso?

—Que es falso —replica de inmediato Stankelovich—. Y yo te aseguro que nos habéis hecho una buena putada con vuestra revolución. Al proletariado le importan un comino vuestras ridículas utopías. Ahora tenemos que reorganizar ese caos y poner remedio a vuestras memeces.

Stankelovich escupe en el polvo y repite como para sí mismo:

—¡Mierda de revolución!

Niceto da un paso hacia él y gruñe:

—¡Repite eso!

Presintiendo un enfrentamiento, Ramón trata de interponerse:

—Para, Niceto. Tiene razón. Vuestras *comarcas* funcionaron más o menos bien aquí, en Aragón, en Barcelona. Y tú sabes lo que opino de ellas. Pero sobre todo las milicias están divididas, desorganizadas. Y no son ellas quienes lograrán acabar con los franquistas. El pueblo necesita líderes, un ejército fuerte, no oficiales que han elegido por su cara bonita milicianos sin instrucción. ¿Has visto el POUM? ¡La peor milicia de todo el ejército! ¡Incapaz de luchar como debe ser!

La ira se lee en el rostro de Niceto. Con el brazo sano, aparta a su hermano de un empujón mientras farfulla «No me toques los huevos» y se pone de nuevo frente al ruso.

—Sin esos «milicianos mal formados», como dice el imbécil de mi hermano, Franco habría ganado la partida desde hace mucho. El pasado mes de julio le impedimos que avanzase, a él y a sus esbirros. ¿Dónde estabais vosotros entonces, eh? Y cuando tomamos la cárcel de Valencia, ¿dónde estabais? Y cuando yo luchaba en Cuenca, ¿dónde estabais? Y cuando ella —señala a Gloria con dedo tembloroso— cogió ese fusil, ¿dónde estabais? ¿Eh? Dímelo. ¡Dímelo! ¿Nuestra revolución, «una buena putada»? ¡Anda ya!

Se vuelve hacia Ramón.

—Además, esa revolución también era la tuya, Ramón. Y la tuya,

Solsona. ¡Eh! ¡Despertad! La verdad es que vuestro Stalin no quiere nuestra revolución. ¡La verdad es que prefiere la victoria de Franco a la nuestra!

Pero ni Ramón ni Solsona ni nadie mira ya a Niceto. Todos observan a Gloria. Niceto se da la vuelta y la descubre, con los ojos brillantes y el fusil apuntando a Stankelovich a la altura del ombligo.

Despacio, el agente del NKVD se lleva la mano a la cadera, rozando la funda de cuero de su pistola. Con voz tranquila, le ordena que deje el fusil y, sin apartar la vista de ella, le espeta a Niceto:

—¿Entiendes por qué, si esto sigue así, al final habrá muertos de verdad? No siempre es culpa nuestra.

Niceto se vuelve entonces hacia Ramón, que permanece inmóvil.

—Ramón —le pregunta en valenciano—, ¿dejarías que este cretino disparase a nuestra hermana y a su bebé?

A regañadientes, Ramón da un paso al frente y se coloca junto a su hermano.

—Comunista o no, camarada o no, es mi hermana, camarada Stankelovich —declara con voz sorda—. Está esperando un hijo.

Después, igual que el ruso, coloca la mano en la funda del arma y añade, con mucha calma:

—Como toques la pistola, eres hombre muerto. Y ahora, Gloria, deja el puto fusil en el montón. Además, estoy seguro de que ni siquiera está cargado...

Gloria frunce el ceño y hace girar la culata sobre la recámara vacía, mientras Ramón comenta en valenciano:

—Y, aunque lo estuviese, está tan oxidado que seguramente te explotaría en la cara cuando apretases el gatillo. No disparaste con él ni en Valencia. ¡No des más la tabarra! Sigues con fiebre.

Lentamente, ella baja el cañón del fusil, sin dejar de mirar los iris dorados del ruso, y a continuación lo deposita con cuidado en el montón de armas que atrapan tímidos rayos de sol en el grano terroso de su metal corroído.

9
Gloria

El mayor de los Soler presentó a Justina Montaner a su familia cuando ya estaba embarazada de cuatro meses. El batallón de Niceto había sido asignado a la defensa de Valencia, donde volvía a estar acantonado. Demasiado contenta por haber recuperado a su hijo preferido, la Gateta ni siquiera tuvo fuerzas para protestar por aquel embarazo extramatrimonial, que parecía convertirse en norma en casa de los Soler. De todos modos, se atrevió a sugerir que sería deseable celebrar la boda antes de que la tripa de la elegida creciese demasiado. «Por salvar al menos un poco las apariencias», añadió, olvidando su propio matrimonio, consumado antes de tiempo, y lanzando una mirada furibunda a Gloria.

Por lo que se refiere a Jaume Varela, reapareció justo el día que Gabriel Brea al fin le echó el guante a Felipe Fernández, que había sido culpable de un último hurto cerca de La Horta d'en Carrer, donde había robado un lote de cartillas de racionamiento y un responsable sindical lo había denunciado. Lo habían llevado a Sant Balaguer, donde seguía encerrado a la espera de su juicio por asesinato, robos, fuga y evasión. Igual que los hermanos de Gloria, Varela había cambiado el atuendo de miliciano por el uniforme de las tropas de asalto. Prestigiosos galones adornaban su guerrera. Su conducta heroica en el frente le había valido el grado de capitán. Sin embargo, algo había cambiado en su mirada. Se vislumbraba en ella una especie de ausencia, que Gloria había visto a menudo también en los ojos de sus hermanos.

El hijo de Justina nacería en agosto. El de Gloria, en junio. Ya tenía una panza enorme y unos pechos triunfantes, y hacía una semana que había dejado de verse la punta de los pies. Empezaba a quedarse sin aliento cuando se esforzaba. Con Varela de regreso y Niceto y Ramón acuartelados en Valencia, la idea de una boda doble nació con ocasión de una paella familiar a la que se invitó a toda la familia de Justina.

*

Es un domingo de permiso. Han montado una mesa sobre caballetes en medio del campo, junto al sendero que lleva a La Horta d'en Carrer. Perfuma el aire el fuerte aroma de los naranjos en flor. Encajada sobre unas piedras ennegrecidas por el humo, la paella se cuece a fuego lento.

Las ramas de naranjo ardiendo entre las llamas. El fuego. Lo más importante, el fuego, que vigilan los hombres. El agua, transportada en jarras de barro, salobre por la proximidad del mar. Es mejor para la paella. La brisa atiza suavemente las brasas. Ramón sonríe. Su rostro, su uniforme, moteado por la penumbra, a través de las hojas brillantes. Observa a Sylvia Montaner, la madre de Justina, sus caderas anchas, su vestido de lunares, sus brazos rollizos, su moño negro y gris, bien apretado en la nuca, los mismos ojos de almendra fresca que su hija.

—¿Niceto? Mira a tu futura suegra. Un verdadero tonel. Siempre se dice que hay que mirar a la madre para saber cómo será la hija más adelante. Por no hablar de las hermanas.

Los Montaner solo han sabido fabricar hijas. Tres. Justina, la más joven, Carmela y Nieves, las otras dos, ocupadas en desgranar los guisantes. También sus maridos están en el frente.

—¡Imbécil! ¿Has visto lo guapa que es?

Justina lo ha oído. Levanta la cabeza y su mirada, su sonrisa, sus dientes bien colocados, con la excepción de un colmillo que se monta un poco sobre el incisivo izquierdo y le araña la piel del cuello cuando lo besa, literalmente lo dejan clavado en el sitio. Niceto se da la vuelta, incómodo por la erección que infla su pantalón sujeto con una *faja.*

Jacobo Montaner y Francisco Soler depositan juntos un poco de madera de naranjo al pie de la paella. El marido de Sylvia padece una ligera cojera. La coz de una mula en la rodilla.

—*Mare,* ¡hay que echarle más agua! Si no, quedará seca.

Lea sacude la cabeza, negándose a hacer caso a Gloria.

—¡Nunca jamás!

Sylvia Montaner corre al auxilio de la Gateta. Justina y sus hermanas se ponen de parte de Gloria. Estalla una disputa, como siempre que se hace una paella en toda familia valenciana que se precie. Porque no hay dos formas iguales de hacerla, y todos y todas defienden la suya. Una tradición. Gloria y Justina contra Lea y Sylvia. La vieja guardia contra la nueva. La disputa se consume en las pavesas. Con un gruñido, Batista les ha recordado que la paella es ante todo cosa de hombres.

La gran paellera de hierro sobre la madera veteada, lijada de tanto lavarla, colocada sobre el tablero que hace las veces de mesa. Instalados en bancos, los comensales han hundido las cucharas en el arroz, aquí no hay platos, cada uno toma su parte de la paellera en tanto que el vino de Requena,

espeso, sanguino, envuelve la fiesta en una ligera ebriedad. El humo de los cigarros sube a lo largo de las ramas, se mezcla con la fragancia del aire y suaviza aún más la tibieza de marzo. Niceto se estira. Ahora ya casi puede doblar el brazo.

El Rotg tose. Ha adelgazado mucho en estos últimos tiempos. Su cara demacrada contrasta con la de Jacobo Montaner.

—¿Está bien, padre? —se inquieta Niceto—. Parece que esa tos lo tiene consumido.

Soler arquea el torso.

—¡Qué va! Pero estoy inquieto, Rotget, inquieto. Esta guerra no se acaba y vosotros, mis hijos, lucháis, mi futuro yerno lucha, y yo estoy aquí, sin hacer nada, mientras vosotros arriesgáis el pellejo. Es eso lo que me consume.

Se interrumpe un momento. Susurra, como para sí mismo:

—Todo este camino, desde las primeras manifestaciones en Narbona, desde la revuelta de las viñas...

Se hace un profundo silencio. Gloria busca la mirada de Jaume Varela, perdida en la lejanía. Él vuelve en sí y contempla a los comensales como si los viese por primera vez.

Niceto vacía su vaso. Lo deja en la mesa con un golpe seco.

—Los rusos están confiscando nuestra revolución.

El Rotg le da la razón:

—No hay más que ver a Stankelovich.

Niceto se pasa la mano por los cabellos de fuego. Le echa una mirada a Ramón, ocupado en seducir a la hermana mayor de Justina. Por suerte, no lo ha oído.

—No estoy ciego —prosigue el Rotg—. Habría que deshacerse de los soviéticos.

Gloria, con la densa cabellera recogida por medio de un pañuelo, acaba de lavar la paellera con agua y tierra arenosa.

—¡Ay, ya me gustaría a mí ver eso! —exclama mientras se pasa un trapo húmedo por la frente.

Lea se pone en pie, con las piernas doloridas. Entre sus cabellos castaños brillan algunos hilos de plata.

—Bueno —dice para poner fin a una conversación que no avanza—, ¿para cuándo es la boda? ¿Y si celebrásemos las dos a la vez?

Niceto y Gloria intercambian una mirada.

*

La amenaza de una ofensiva rebelde había empezado a pesar sobre el sur. Por prudencia, y a pesar del riesgo de parto prematuro a causa de las repetidas crisis de paludismo de Gloria, la fecha de la boda doble se fijó para

finales de la primera semana de mayo.

La ceremonia se reduciría al mínimo. Se desarrollaría en la intimidad de las familias Soler y Montaner, ya que Varela había declarado que no tenía a nadie a quien invitar. Tanto su padre como su madre habían sucumbido a la epidemia de cólera que había golpeado la región en 1932. No tenía hermanos ni hermanas. Soledad, por su parte, contaba los días que la separaban de una ceremonia en la que sería dama de honor por partida doble.

Niceto iba y venía. Sus permisos eran un poco más frecuentes. Posiblemente volvería a marcharse al frente en un futuro próximo. Como Batista y Ramón, que seguían acuartelados en Valencia tras la incorporación de su batallón en las tropas de asalto.

Los futuros esposos Varela habían conseguido instalarse en la planta baja de una casa que había abandonado una familia adinerada, justo en el límite entre el barrio bajo y el barrio alto, a la sombra de una de las antiguas puerta árabes del pueblo.

A Niceto le habría gustado quedarse en Valencia, donde Justina trabajaba en un dispensario. Entretanto, estaba ocupado, con su padre, en acondicionar el futuro nido de Gloria.

La casa había sido saqueada en julio del 36. El Rotg no tardó en recuperar sus mañas de carpintero y se lanzó a la fabricación de la estructura de las camas, además de intentar escuadrar una mesa con las patas comidas por la carcoma. Con el torso desnudo y la *faja* ciñendo la cintura de su pantalón de tela, iba y venía con las herramientas, se abría paso en la madera veteada, al tiempo que sus músculos flacos y tensos se fundían bajo la piel cubierta de pecas. De vez en cuando se interrumpía, arqueaba los riñones y se frotaba los hombros antes de encender un cigarrillo. Niceto aprovechaba para fabricar muebles para su propia vivienda. Cuando le llegó el turno a la cuna destinada a su futuro hijo, Gloria protestó: —¡No hagas eso, que trae mala suerte!

Niceto se incorporó con el cepillo en la mano.

—¡No seas tonta, hermanita! ¿De qué ha servido nuestra revolución? ¿Dónde está la mujer nueva? ¿Y el triunfo de la razón? ¡Es más bien el triunfo de la superstición! ¡Pues sí que ha merecido la pena!

Gloria se encogió de hombros.

—Como quieras.

¿Como quisiera él? Aún había que encalar las paredes, reparar ventanas rotas...

De pronto, desde el exterior les llegó el llanto de Soledad. Gloria salió corriendo.

Fai yacía en un charco de sangre bajo la vieja puerta árabe. El pobre animal había conseguido arrastrarse hasta allí, probablemente después de que lo atropellase un camión o un coche en la carretera nacional que pasaba a los pies del barrio alto. La lengua le colgaba, inerte, y los ojos muertos miraban fijamente a Soledad, que sujetaba la cabeza del perro en sus rodillas. Gloria se

agachó y abrazó a su hermana pequeña.

*

Pasó abril del 37. Del frente llegaban malas noticias. Málaga había caído en manos de los fascistas. Los nazis habían arrasado por completo la ciudad de Guernica. Frente a la pasividad de las naciones, Alemania e Italia demostraban por todas partes su superioridad sobre los soviéticos. Los hermanos Soler seguían acuartelados en Valencia. Tomaban regularmente el coche de línea entre la nueva capital del Gobierno y Sant Balaguer. Jaume Varela, por su parte, iba de frente en frente, pasando sus escasos días de permiso en el barrio alto, después de cada batalla. Cada uno de sus regresos se vivía como una manifestación de la providencia, aunque Gloria no podía evitar experimentar una desagradable sensación de extrañeza. Estaba a punto de casarse con un desconocido, con un hombre que desde el verano nunca había pasado en su compañía más de unos cuantos días seguidos. Sí, seguía siendo un amante atento y considerado, pero a Gloria cada día le pesaban más sus largos silencios. Ella los achacaba a la violencia de los combates. Al fin y al cabo, también sus hermanos atravesaban interminables periodos de decaimiento. Con la excepción de Batista, cuyos relatos entusiastas contrastaban con el pudor mudo de Niceto y de Ramón. Finalmente, una tregua permitió que se celebrasen los esponsales.

*

Niceto se ajusta la corbata. Se ha negado a casarse de uniforme.

La ceremonia está prevista a las once en el ayuntamiento. Aunque no hay combates en las calles de Sant Balaguer, como sucede en Valencia o en Barcelona, la atmósfera dista mucho de ser serena. Las calles y avenidas del barrio bajo están cortadas por barricadas, y el Gobierno, que ahora intenta reducir las milicias anarquistas y trotskistas aún en actividad, ha ordenado al ejército que controle a cualquier persona vestida con *mono* e incluso que la arreste si va armada. Varela, que debido a su grado dispone de un coche y de un ayudante de campo que también le sirve de chófer, ha requisado ambas cosas para el cortejo.

Falta poco para salir. Gloria ha confeccionado los dos vestidos de novia: el suyo, que apenas disimula un embarazo casi a término, y el de Justina, cuyo vientre es poco menor que el suyo.

Gloria no ha perdido la mano. Instintivamente ha recobrado la sensibilidad de la tela. Los vestidos son magníficos. Ayuda a Justina a vestirse. Lea está enfurruñada en un rincón. Su hija se casa preñada y la tal

Justina le roba a su preferido. ¡Esa nunca conseguirá caerle en gracia!

El Rotg y Niceto están sentados a una mesa del café de Severino.

Varela se hace esperar. El reloj acaba de dar las diez.

De pronto, de la habitación de al lado sale un gemido. Soledad aparece en la puerta, lívida.

—Me duele la tripa, Gloria. Me duele muchísimo.

Gloria deja a Justina y se precipita hacia ella. Lea no se ha movido.

—*Nena,* ¿qué te pasa?

—Tengo diarrea, Glori.

La pequeña se sujeta la tripa con ambas manos. Gloria le toca la frente.

—Estás ardiendo. No puedes venir. Voy a calentarte un poco de agua de arroz. El almidón te curará.

—¡Ay, no! ¡Quiero ponerme el vestido tan bonito que me has hecho!

Gloria frunce el ceño.

—Sin discutir, jovencita. ¡Venga, a la cama, y rápido!

Sin contestar, la adolescente se va arrastrando los pies y metiendo las rodillas hacia dentro.

—Dentro de un rato, después de la ceremonia, como tenemos coche, me pasaré por aquí. Si estás mejor, podrás venir con nosotros, te lo prometo.

Soledad se detiene, se da la vuelta, le dirige una sonrisa luminosa a su hermana y se va a la habitación.

Lea se ha levantado. Ha puesto a calentar el agua de arroz. Siempre la tienen preparada, por las disenterías, que son frecuentes.

Gloria y Justina han terminado de abotonarse los vestidos. Sus rostros redondeados de divinidades paganas resplandecen. Abajo, en la calle, tocan el claxon. Las dos mujeres se apresuran a salir. Francisco y Niceto, con el nudo de la corbata un poco aflojado, salen de la taberna entre bromas y felicitaciones.

En la plaza, unos viejos observan el tejemaneje sentados en el banco. Sin apresurarse, Lea se une al cortejo.

En la calle de abajo esperan no uno sino dos coches. Dos Fords, requisados y pintados de gris topo. En uno ya están apiñados Sylvia, Carmela, Nieves y Jacobo Montaner. Quedan dos sitios para Lea y el Rotg.

Jaume Varela está de pie en el estribo del otro, con el uniforme de gala. Una gran gorra, galones en los hombros, cinturón y tirantes de cuero sobre la chaqueta color arena, botas impecablemente lustradas. El ordenanza de Varela baja del asiento del conductor. Se trata de un hombrecito de aspecto ladino. Sale del vehículo y, con ceremonia, les abre la puerta trasera a los futuros esposos.

Niceto ha cogido a Justina de la mano. Ella se levanta el vestido con un gesto lleno de gracia —es Gloria quien ha escogido para las dos la misma tela de algodón de color blanco roto, ligera como un velo, ¡a saber cómo ha conseguido encontrarla!— y se mete en la parte de atrás del Ford. Niceto se desliza tras ella.

Jaume Varela ayuda a Gloria a montar delante. El bajo del vestido se engancha con el estribo. Varela se agacha, desengancha la tela y se instala junto a su novia, mientras el conductor vuelve a subirse al vehículo.

La comitiva se pone en marcha. Encima de ellos, apostados tras el parapeto de la plazuela, los curiosos los observan y saludan con la mano la salida de los novios entre el humo de los tubos de escape que flota en el aire ligero de la mañana, incluso unos segundos después de que los dos automóviles hayan salido de la calle. El olor a gasolina de mala calidad. Las nubes, perezosas, que bajan del norte, a lo largo de la costa. Más tarde, a lo largo de día, es probable que llueva.

Oficia la ceremonia el alcalde Solsona. Junto a él, Brea, lleno de deferencia por los galones de Varela, mira con insistencia a Niceto. En pocos minutos el asunto queda zanjado. Cada pareja actúa como testigo de la otra.

Lea se pone de puntillas, besa a su hijo. Le susurra al oído:

—Prométemelo.

—¿Que te prometa qué, *mare*?

—Prométeme que tendrás cuidado, allá, en la guerra.

Niceto mira a Justina.

—Ahora tengo a otros a mi cargo. No me queda más remedio que tener cuidado.

La Gateta se acerca a Gloria. Le brillan los ojos cuando su mirada se detiene en el uniforme de Jaume Varela, en sus músculos bajo la camisa. Le vuelve a la cabeza la imagen del joven de piel brillante, en camiseta, que los arengaba el verano anterior.

—Es buen mozo. Tiene buen tipo —dice a modo de felicitación.

Gloria no contesta. El bebé acaba de dar una patada. Ya falta poco.

Justina le dedica una mirada de complicidad y, maquinalmente, se lleva a su vez la mano al vientre.

Los dos coches esperan frente al ayuntamiento. El ordenanza de Varela abre las portezuelas.

El conductor del otro Ford avanza, las dos familias se instalan. Ya hace calor.

Bajo los trajes, los vestidos, los uniformes, la piel está húmeda. A lo lejos, el cielo se carga cada vez más. Ha debido de estallar la tormenta en algún lugar en alta mar.

Justina se preocupa por la paella. ¡Ojalá no llueva demasiado pronto! El resto de la familia, los primos, han preparado el fuego, allá, en la playa de Valencia. El *almuerzo* se servirá junto al mar. No está cerca. Habrá que tomar la carretera nacional y atravesar el Saler, después de pasar por el barrio alto para recoger a Soledad, si está mejor.

Justina se vuelve. El otro coche los sigue y, por la ventana trasera, divisa a Jacobo, que le sonríe y la saluda con la mano. Le dice algo al conductor, que le responde sacudiendo la cabeza y señalando un punto en la carretera, a lo lejos, delante de los dos coches. Justina se mantiene muy erguida, con las

manos juntas, sujetando el ramo de azahares, que perfuma el coche.

Delante, a unos cien metros, distingue un control en la carretera que no estaba ahí a la ida.

—¿Qué es?

Detrás, Niceto se ha puesto tenso.

—Soldados. Seguramente estén buscando milicianos.

Instintivamente, el conductor ha levantado el pie del acelerador.

Seguro de sí, Varela saca el pecho, se coloca la gorra, observa los sacos de arena apilados, la impecable colocación de la barrera, las armas que cruzan el pecho de los soldados. El acero resplandeciente. El sol atraviesa las nubes, obliga a Varela y a su ayudante de campo a entornar los ojos.

—Está bien hecha esa barrera.

Varela baja la ventanilla, hace una seña a los soldados. En respuesta, uno de los guardas levanta el brazo.

—Está bien, nos han visto, nos dejan pasar. Adelante.

El conductor acelera. Pero el guarda sigue atravesado en la calzada.

—¿Qué hace ese, mi capitán?

—No te preocupes, que se va a apartar. Avanza.

Niceto se inclina, le pone la mano en el hombro a Varela:

—Creo que de todas formas deberíamos parar.

Están a solo diez metros cuando el guarda levanta el fusil y apunta. Se aparta en el último momento, le grita algo al conductor, su dedo se crispa apretando el gatillo. Las balas atraviesan el lateral del coche justo en el momento en que atraviesa el control.

Durante mucho tiempo, los pasajeros se acordarán del ruido sordo de los proyectiles que se incrustan en la carrocería, del chirrido de los neumáticos del segundo coche, que frena detrás de ellos. Del gruñido del conductor, que trata de controlar la trayectoria del Ford, inclinado sobre el volante, pisando el freno. Del soldado que entiende demasiado tarde. De la orden que resuena al fin: —¡Alto el fuego!

El ayudante de campo de Varela se vuelve hacia sus pasajeros, con el rostro colorado: —¿Todo bien? ¿Nadie tiene nada?

El soldado que ha disparado llega corriendo, abre la portezuela, sin aliento.

—¡Perdón, mi capitán! El sol se reflejaba en el parabrisas y no lo vi... De todas formas, deberían haberse parado. ¿Todo el mundo está bien?

En la parte de atrás, Niceto emite un aullido animal.

Con las manos llenas de sangre crispadas en torno al vientre, Justina gime, lívida.

—¡Justina! ¡Justina, háblame! ¡Háblame! ¡Te lo suplico!

Gloria y Varela han salido corriendo del coche, mientras desde el otro vehículo llega apresuradamente el resto de la familia, con los soldados pisándoles los talones.

Justina se desploma sobre sí misma, lentamente, su mirada se apaga.

Niceto la recoge en sus brazos, otras manos se tienden para sacarla del asiento de atrás y tumbarla en la calzada. Varela le pregunta al soldado que ha disparado: —¿Tenéis radio?

Lívido, el soldado se yergue, casi poniéndose en posición de firmes.

—¡Sí, mi capitán!

—Entonces, ¿qué carajo haces ahí parado? ¡Llama a una ambulancia, rápido!

En torno a Justina, es el caos. Todo el mundo grita, trata de socorrerla mientras la mancha de sangre crece inexorablemente en su vestido de novia. Horrorizada, Gloria no ve más que la sangre, la sangre en el vestido que ella ha cosido, la sangre en el asiento, la sangre en la calzada. En la portezuela abierta, el impacto de las balas que han atravesado el vientre de Justina, de izquierda a derecha. Bajo el cuerpo, el charco se extiende, impregna los cabellos despeinados. El ramo ha caído al suelo. Niceto cierra los ojos. Ve lo que no quiere ver: su hijo atravesado, hecho pedazos por el acero, en el vientre de su mujer.

Él lo sabe. Ha visto demasiadas muertes como esa. Se acabó, no hay nada que hacer.

Se levanta, se abalanza sobre Varela, lo golpea en el rostro.

—¡Cabrón, hijo de puta! ¡Malnacido! ¡Has matado a mi mujer y a mi hijo!

Sylvia Montaner lanza un alarido. Petrificados, uno junto a otro, Lea y el Rotg contemplan la escena como a través de un cristal espeso. El anillo brilla en el dedo de Justina, cuya mano inerte recibe las primeras gotas de lluvia.

10
Gloria

Ni los Montaner ni Niceto perdonaron nunca a Varela la muerte de Justina.

Los hombres habían regresado al frente. Juan Negrín acababa de remplazar a Largo Caballero en la jefatura del Gobierno. La revolución había quedado relegada al rincón de las ilusiones perdidas, en beneficio de una única prioridad: la victoria sobre los fascistas. El alegre desmadre colectivista, que, por espacio de unos meses, había transformado Sant Balaguer y sus contornos en una *comarca* en la que reinaba —¡al menos en principio!— la igualdad entre todos, había regresado al orden eterno de una clase dirigente que, durante un tiempo, todos habían creído derrotada. La ropa elegante ya volvía a dejarse ver por las calles, las voces del barrio bajo se hacían oír en todas las reuniones.

A finales de mayo, ayudada por su madre y por algunas mujeres experimentadas del barrio, Gloria dio a luz a una niña en su exigua vivienda del barrio alto. Empapada, exhausta, descubrió con sorpresa aquella cosita sanguinolenta que había salido de su entrepierna tras haberla deformado durante meses. Habría preferido un varón. Se decidió que la criatura, tan perfectamente rubia que tenía el pelo blanco, llevaría el nombre de Blanca, en homenaje a la luz que bañaba su rostro. Varela recibió la noticia por correo expreso, que le transmitió su ordenanza mientras se preparaba la ofensiva destinada a romper el cerco de las tropas franquistas en torno a Madrid.

Durante las semanas que siguieron al nacimiento de Blanca, Gloria se hundió en un largo decaimiento. Permanecía postrada días enteros. La escasez, consecuencia de una guerra que parecía que iba para largo, empezaba a hacerse sentir. Mientras amamantaba a su bebé, no podía evitar volver a ver una y otra vez a Justina tumbada en el suelo, con el cuerpo acribillado de balas, junto al coche. Justina atormentaba las noches de Gloria, igual que las dos monjas y Julio Fernández apuñalado por Batista, que nunca faltaban a los pies de su cama cuando padecía fiebres. Ardía en deseos de que un permiso le

devolviese a su hombre, de presentarle a su hija, también de que volviesen sus hermanos.

Desde la muerte de Justina, la Gateta se mostraba aún más seca con ella. Sí, claro, había estado a su lado, la había ayudado a parir, le había enseñado —«ordenado» sería una palabra más adecuada— los gestos de la maternidad. Pero sin palabras superfluas. Sus frases eran órdenes gruñidas. Monólogos. Gloria tenía ganas de volver a la escuela, de reencontrarse con los niños. Pero eso no sucedería hasta el inicio de las clases, en septiembre.

¿Dónde estarían todos a esas alturas? ¿Quién podía asegurarlo? Sí, claro que la victoria del bando republicano parecía ineluctable, más aún con la ayuda de los soviéticos. La guerra iba a extenderse por toda Europa, según Jaume, y era solo cuestión de meses que Francia e Inglaterra entrasen en el juego del lado de los republicanos españoles. Pero ¿qué sucedería si el conflicto europeo no estallaba o si lo hacía demasiado tarde?

¿Qué sería de Soledad, de la pequeña Blanca, de sus padres, de sus hermanos? ¿De Jaume? Bien sabían lo que hacían los franquistas cada vez que entraban en una región. Violaban. Mataban. Raptaban niños para entregárselos a familias fascistas o a los curas.

Gloria dejó al bebé en la cuna y abrió su abanico. Aunque solo estaban en junio, el aire ardía como en un horno.

*

Varela regresó a Sant Balaguer el 30 de junio. Blanca ya había ganado algo de peso, aunque Lea aseguraba que nunca sería una niña robusta.

—Se parece a su padre. Un auténtico sarmiento de vid. ¡Es como el Rotg, tu Varela!

Jaume Varela tuvo enseguida gestos tiernos hacia su hija. Durante una semana, Gloria y él pudieron deambular por las calles de Sant Balaguer, cogidos del brazo, olvidar un poco la guerra, saborear el frescor de la tarde, pararse en la terraza del café de Severino para tomar una *horchata.* «Como una auténtica familia», afirmaba Varela. Pero, cuanto más reflexionaba Gloria sobre el verdadero sentido de la palabra, más se le escapaba. ¿Qué era, en realidad, una auténtica familia? ¿Acaso formaban ella, junto con Jaume y Blanca, una auténtica familia, y no la suma de improbables destinos suspendidos?

Decidió seguir el juego, al menos para poder saborear aquellas pocas tardes juntos.

Varela no evocaba la guerra, salvo para constatar en tono amargo que el ejército no avanzaba, aunque enseguida añadía, para devolverle las esperanzas a Gloria y también a sí mismo, que las cosas iban a cambiar.

Líster preparaba una contraofensiva. El ejército republicano estaba a

punto de lanzar a ochenta mil hombres contra los franquistas en los alrededores de Brunete, a veinticinco kilómetros de Madrid. Gloria debía guardar silencio sobre esa operación. La menor filtración podría costarle a Varela un consejo de guerra. Él mismo iba a encabezar un batallón en el asalto. Tendrían que enfrentarse a la temible Legión Cóndor de la Alemania nazi. Sufrirían graves pérdidas.

Gloria le suplicó que callase. No quería oír ni una palabra más sobre esa carnicería futura. No quería volver a oír hablar de fusiles, de cartucheras, de *monos* ni de uniformes. O, por lo menos, no esa mañana. Al despertar, Varela había vuelto a ser el amante atento del verano anterior. Se apretó contra él y unas gotas de leche brotaron de sus pezones y cayeron sobre el pecho del hombre, mojando el vello, que se limpió con los dedos. Se los llevó a los labios.

—Hummm... ¡Está demasiado dulce!

Al cabo de esa semana demasiado breve, Jaume Varela regresó al frente.

La batalla de Brunete se inició el 6 de julio. Los franquistas, tomados por sorpresa, fueron derrotados ese mismo día. Una victoria mísera e inútil, por la que se pagó un precio exorbitante. Veinticinco mil muertos y heridos republicanos yacían aún en el campo de batalla cuando el ejército rebelde volvió a tomar Brunete.

Los Soler no sabían qué suerte les habían deparado las armas a Niceto, Ramón, Batista y Jaume. En cuanto a Blanca, de este periodo solo conservaría el recuerdo de una escena narrada por su madre, en la que se veía, de bebé, en brazos de un señor que le señalaba un par de zapatos en el suelo.

*

Varela y los hombres de la familia Soler sobrevivieron a la batalla de Brunete. Mejor aún: ninguno resultó siquiera herido. Regresaron de permiso. Cuando Gloria subió a casa de sus padres para recibirlos, Niceto no le dirigió la palabra. Se limitó a dar vueltas por la casa del barrio alto maldiciendo a los comunistas, delante de Ramón, que no decía nada, como si la muerte de Justina hubiese abolido toda rivalidad política entre los dos hermanos.

Y luego regresaron al combate.

Soli ha crecido. Ayuda a Gloria a cuidar de Blanca. Está orgullosa, dice que se siente como una pequeña madre. Ahora está cortando un tomate en rodajas con la seriedad de un cirujano, a la luz rasante que entra por la ventana de postigos entornados y parte la estancia en dos. El aire huele a ajo y a cilantro.

Blanca sonríe, en la comisura de los labios se le forma una pompa que se infla y estalla en un hilillo de baba. Los dientes, los dientes que le están

saliendo. Jaume Varela levanta a su hija de sus rodillas y se la tiende a Gloria. Se levanta, camina hacia ella, se detiene, como si se dispusiera a decirle algo importante. Gloria interrumpe la canción que susurraba al oído de Blanca. Sonríe.

—¿Sí?

Varela duda:

—No, nada.

—¿Qué? Anda, dime.

Jaume sacude la cabeza. La sonrisa de Gloria se ensombrece, es como si pasase una nube, empujada por el viento, oscureciendo de golpe todo un naranjal.

—Va a haber otra batalla. Es eso, ¿no?

Varela no contesta. Deja que pase un momento. Necesita tiempo.

—No. Bueno, es decir, batallas habrá hasta que ganemos, ya sabes. Pero...

Entonces, no es una masacre cercana lo que va a anunciarle.

—Pues, entonces, ¿qué?

Solo el vuelo de una mosca en la pequeña estancia quiebra el silencio.

Varela abre la boca. Vuelve a cerrarla. Al fin habla:

—Gloria, si... Si no vuelvo, yo... Quisiera decirte...

Blanca balbucea agitando los pies en brazos de su madre, que la mece, pendiente de las palabras de Jaume.

—Yo... Van a atacar Aragón.

Conque era eso.

—¿Dónde?

—Cerca de Belchite. Tus hermanos ya están allí. Menos Niceto. Lo consideran inestable... Políticamente, quiero decir.

—¿Y eso? ¿Qué tiene que ver?

Varela sigue titubeando.

—¡Habla!

—Verás, Aragón sigue gobernado por el comité de defensa revolucionario. Los comunistas quieren poner fin a la colectivización de las tierras e incorporar a los anarquistas en el ejército. Queremos arrebatarles Zaragoza a los franquistas. Han ascendido a Ramón. Pero mantienen a Niceto al margen. Lo han enviado a Teruel.

Blanca se ha dormido en brazos de su madre.

—¿Es eso lo que querías decirme?

Jaume Varela agacha la cabeza. Asiente.

*

De la localidad de Belchite pronto no quedó más que un campo de

ruinas. Como las precedentes, la ofensiva contra Zaragoza se convirtió en un costoso y sangriento fracaso, al que, una vez más, sobrevivieron los hermanos Soler y Varela, que definitivamente gozaban de una suerte insolente.

El verano había transcurrido sin que Gloria pudiese dedicarse a otra cosa que a su maternidad. En septiembre, de regreso del frente, Jaume Varela le anunció que lo enviaban en misión especial junto al nuevo Gobierno de Negrín, que se había instalado en Valencia. Les había asignado una vivienda confiscada.

El comité revolucionario de Sant Balaguer y la *comarca* habían quedado disueltos y se había reestablecido la peseta como moneda oficial. Tras la dimisión del alcalde Solsona, habían elegido para encabezar el nuevo equipo municipal a Brea, que en la misma sesión había decidido que de inmediato se restituirían a sus propietarios iniciales todas las tierras, así como los comercios.

Los Soler podrían seguir explotando el campo del tío Pepe, pero ya no les pertenecería, como tampoco pertenecerían a los otros campesinos sin tierra las fincas sobre las que habían velado con tanto celo. Que prosiguiese el combate contra los fascistas ya le importaba poco a Lea, cuyo sueño, una vez más, quedaba reducido a cenizas. Ya casi no le dirigía la palabra a Gloria.

Hasta el día en que un plato se le escapó de las manos y fue a romperse contra el suelo mientras las dos mujeres terminaban de fregar.

—Quiero volver a Francia. ¡Aquí ya no hay nada que hacer!

Gloria miró a su madre. Parecía que volvían a entrarle ganas de moverse. ¿Por qué *mare* no lo comprendía? Fuesen donde fuesen, huyesen a donde huyesen, siempre se llevarían con ellos sus problemas. ¡Pues que se fuese! Pero ella se quedaría. No pensaba abandonar a Jaume.

El Rotg tampoco pensaba dejar que decidiesen por él una vez más. Contra toda expectativa, sacado de la siesta por los gritos, se levantó y se acercó a su mujer. Le sacaba como poco una cabeza, aunque eso nunca había bastado para impresionarla.

Le puso la mano en el hombro.

—No. La respuesta es no. No vamos a pasarnos la vida errando como condenados. Y no voy a volver a recordarte por qué, entre otras cosas, nos fuimos de Francia. ¡Lea, *basta*! Tus hijos están combatiendo, arriesgan su vida todos los días. ¿Y tú quieres abandonarlos una vez más?

—¡Calla, desgraciado!

—Tu hija se va a vivir a Valencia, con su marido y tu nieta. ¡Y tú quieres irte!

—Pues que se vengan. Al fin y al cabo, allí estarán a salvo. Todos.

—*Mare meua!* ¡Pero si en Francia también va a haber una guerra! ¡Y en otros sitios! ¡Por todas partes! Te das cuenta, ¿no?

Lea se zafó del puño de su marido y fue a sentarse enfurruñada en una silla, fijando la mirada en la madera rugosa de la mesa. Tamborileaba los dedos sobre la mesa con nerviosismo, mientras el Rotg la contemplaba, de

pie.

—¿Qué te crees? Yo también he soñado con una tierra. Lo sabes, ¿no? ¿Qué quieres que te diga? Nos han traicionado, vieja. Nos han traicionado. Y eso no va a cambiar. Aunque los fascistas pierdan la guerra, no tendremos nuestra tierra. Ya somos demasiado viejos. Ya no tenemos tiempo. Solo nos queda esperar que algún día nuestros hijos puedan tenerla en nuestro lugar. Mira a Gloria. Va a tener un bonito piso, ¿no? Se ha casado con el hombre que debía.

Al Rotg le habría gustado tragarse las últimas palabras. Demasiado tarde. Su torpeza había reavivado el dolor por la muerte de Justina y su bebé. También los celos. La Gateta fulminó a su hija con la mirada y dio un puñetazo en la mesa.

Pero el Rotg se mantuvo firme.

—Nos quedamos —le dijo a Lea.

Luego le dio la espalda y salió a la luz vertical del mediodía.

Gloria se quedó observando a su madre, que se frotaba la comisura de los ojos húmedos con la manga, hasta irritarse la piel. Tenía la mirada fija en sus manos, ya un poco arrugadas y deformadas por el trabajo y las coladas.

Por primera vez, Gloria sintió piedad por ella. La Gateta tenía cuarenta y siete años. Dentro de poco, cuarenta y ocho. ¿Cuántos años le quedaban por vivir? Hizo un cálculo mental. Bueno, doce o trece, quizá algo más si pasaba de los sesenta... La vida desfilaba bien rápido. Y quizá padre tenía razón. El tiempo de Lea había quedado atrás. A pesar de esa sangre que aún le brotaba entre las piernas todos los meses, a pesar de esos arrebatos de deseo que le traían hombres a la superficie de la memoria y de la piel, manos de hombres recorriendo su cuerpo, y que no se le escapaban a Gloria. Expulsó de su mente la imagen de su madre, ya postrada, y se levantó alisando con las palmas la gastada tela floreada de su vestido. ¡Si pudiese coser uno nuevo! En Valencia, lejos de los suyos, retomaría la costura. Por fin.

Penosamente, Lea acabó por ponerse en pie y caminó hacia la puerta para llamar a su viejo, que estaba enfurruñado en la plaza, esperando a Soledad, que pronto regresaría de la escuela de los mayores.

*

Instalarse en Valencia fue un alivio para Gloria. Y una maravilla. Nunca, ni en sus sueños más locos, se había imaginado vivir en un sitio así. El piso, requisicionado en los primeros días de la revolución, estaba situado en la cuarta planta de una finca de principios de siglo del carrer Ruzafa. Había pertenecido a una familia de *terratenientes* que había huido a Argentina. Erraba por las vastas estancias, acariciando con la mano la pátina de los muebles antiguos, observando las elaboradas molduras, salpicadas por la luz

que entraba a raudales por los altos ventanales. ¡Su Jaume tenía que ocupar un puesto importante en la jerarquía para que les asignasen semejante vivienda! ¡Formaría parte de la guardia más cercana a Negrín!

Lo más increíble era que Varela parecía sentirse perfectamente cómodo en él. El ordenanza le lustraba las botas, se ocupaba de su uniforme y él se dejaba servir sin rechistar, como si su parte anarquista se hubiese desvanecido. Anarquistas declarados, a decir verdad, ya no quedaba ninguno, pensaba Gloria. La prohibición del POUM, la desaparición de Nin, su secretario general, probablemente asesinado por los rusos o sus esbirros, y la detención de trotskistas habían servido de ejemplo. Temiendo la disolución de los sindicatos y de la FAI, los libertarios se habían integrado en el ejército sin protestar y habían aceptado los grados, así como las obligaciones que traían aparejadas. Los tiempos en que los soldados votaban para saber si había que acatar las órdenes de los oficiales de la República habían quedado definitivamente atrás. La agitación política había dado paso a un orden bien dispuesto y no quedaba casi nada de la fiebre inicial. Los comercios habían vuelto a abrir sus puertas, aunque estaban mal surtidos, y las bellezas volvían a lucir sus mejores galas para cruzar la plaça de Catalunya.

Al principio, Gloria había disfrutado de cada hora compartida con su marido en aquel marco de lujo. Pero pronto se había desencantado. Lo veía casi tan poco como cuando vivían en Sant Balaguer. Pasaba noches enteras en la sede del Gobierno y podían transcurrir varias semanas sin que parase en casa más de unos minutos al día. Decía que tenía una cama en el despacho y que incluso allí pocas veces sacaba tiempo para descansar.

La ciudad hervía de asesores soviéticos. Siempre estaban metidos en casa de Negrín, le había comentado Jaume. Estos aseguraban que había que aliarse con las clases burguesas y no asustar a Francia ni, sobre todo, a Inglaterra. Afirmaban que después de la victoria llegaría el momento de retomar el proceso revolucionario donde lo habían dejado. Puede que en el fondo no estuviesen equivocados. ¿Qué opinaba Gloria? ¿Y por qué no le pedía a su madre que viniese a ocuparse de Blanca? Así al menos podría salir a hacer algunas compras y despejarse. Podrían volver a la playa como dos enamorados.

A decir verdad, Gloria no tenía ninguna gana de volver a vivir con Lea, pero le pesaba la soledad. Le costaba criar sola a Blanca. Y, además, ¿cómo volver a coser con un bebé en brazos? Aun a su pesar, decidió escribirle a la Gateta. El Rotg le leería la carta.

No había encontrado empleo de maestra en Valencia, le explicaba sin confesar que ni siquiera lo había buscado. Se justificaba alegando que los candidatos estaban en posesión de diplomas de los que ella carecía. Retomaría la costura por encargo. Con el fin de la revolución, habría mucho trabajo. La gente había vuelto a sacar la ropa elegante de los armarios.

Lo que Gloria no precisaba era que ya había empezado a coger encargos de costura. Aún no tenía forma de comprarse una máquina a pedal, por lo que solo aceptaba simples retoques, dobladillos que podía coser a mano. Recuperaba sensaciones olvidadas. La suavidad de la seda de un camisón. El tacto del fino algodón de una blusa. La luz reflejada en el satén de un vestido.

No paraba. Si Lea podía ir a Valencia para cuidar de Blanca de vez en cuando y ayudarla, ella podría trabajar más. Siempre sería dinero del que todos podrían disfrutar. Terminaba mandándoles besos a los tres.

Una tarde calurosa de finales de septiembre, unos golpes secos resonaron en la puerta.

Pensando que sería su madre, Gloria salió corriendo al pasillo para abrir, con su hija en brazos.

11
Gloria

Está ahí, en el rellano, frente a Gloria, con un niño aferrado a su mano, tieso como un palo. Lleva un abrigo ligero adornado con un bonito broche de nácar. Un abrigo. Con este tiempo. Morena, con el pelo alisado con brillantina y un moño bien apretado en lo alto de la cabeza. Labios maquillados de rojo bermellón. Es todo lo que le da tiempo a ver. La mujer no entra. Se queda plantada frente a la puerta abierta, como un pasmarote. Gloria ni siquiera tiene tiempo de saludarla, de preguntarle qué desea. La frase restalla, seca, corta. En valenciano.

—Vengo a buscar a mi marido.

Gloria no comprende. Frunce el ceño, le pide que lo repita.

—Vengo a buscar a mi marido.

—Debe usted de estar equivocada. Esta es la casa de los Varela. Yo me llamo Gloria Soler de Varela y ella es mi hija, Blanca. Mi marido ha salido, está de guardia, no debería tardar. También estoy esperando a mi madre.

Gloria no sabe por qué menciona a Lea. Pero la otra no la escucha. Se obstina en reclamar a su marido. ¿Es retrasada o qué? ¿Se equivoca de dirección, de rellano, de piso, quizá?

Entonces coge al niño, lo levanta y lo sacude ante la cara de Gloria. El crío esboza un gesto de miedo y su rostro se contrae. Se debate. Gloria da un paso atrás. En sus brazos, Blanca también se agita, se ha despertado. Como si no supiese decir otra cosa, la mujer repite:

—Vengo a buscar a mi marido. Me llamo Amparín Martí de Varela. Y este es Ferrán Varela. Es mi hijo. Tiene dieciocho meses. Y también es hijo de ese cabrón de Jaume Varela.

Amparín Martí de Varela insiste:

—Dieciocho meses, ¿lo entiende? ¡Devuélvame a mi marido! Devuélvame a su padre. ¡Devuélvanoslo!

Ahora casi grita. En los pisos inferiores se abren algunas puertas, dando

paso a un ejército de curiosos, que ya se huelen el escándalo.

La mujer saca un papel del bolsillo y lo planta ante los ojos de Gloria, que lo lee. «Certificado de bautismo». Los nombres. Lee los nombres. «Ferrán, hijo de Jaume Varela y de Amparín Martí. Nacido el 4 de abril de 1936». Se le nubla la vista. No, no es posible. No es posible.

«Bígamo». La palabra resuena en sus oídos. La mujer la repite, varias veces.

Para no oírla más, Gloria le da con la puerta en las narices. La otra protesta, da golpes en el batiente, toma como testigos a los habitantes del edificio. Gloria se tapa los oídos, corre a encerrarse en la habitación del fondo, con Blanca en brazos. El bebé se echa a llorar, Gloria aprieta a su hija contra su pecho mientras poco a poco, insidiosamente, va comprendiendo los momentos incómodos, los silencios, las ausencias de Varela. Sus mentiras. Todo lo que ella había achacado a los tormentos de una revolución que se llevó el viento.

Su mirada se pierde en la grieta que recorre la pared. Un rayo de sol hiende el polvo a través de la persiana y golpea la sábana. Gloria aprieta los puños y se hace un ovillo sobre la colcha, mientras el mundo se derrumba brutalmente sobre ella y su hija. Vuelve a ver el sangriento simulacro de boda en el que Justina y su bebé perdieron la vida y Niceto, su amor y su hijo.

Por su culpa. Sí, por su culpa. ¿Cómo no lo comprendió antes? ¿Cómo pudo estar tan ciega y ser tan tonta? ¿Cómo? Ahora que lo sabe, le parecen tan evidentes las señales que no había sabido interpretar. ¡Todas las veces que él no estaba! «¡Idiota, idiota!». Gloria expulsa de su mente las imágenes que le resultan demasiado dolorosas. En brazos de la otra. Entre los muslos de la otra. Con el hijo de la otra.

¿Por qué? Pero ¿por qué? Podrían haber sido solo amantes. Varela era anarquista. ¡Un partidario del amor libre! Entonces, sí, ¿por qué? ¿Por qué casarse, no una vez, sino dos? Bígamo. Estaba casada con un bígamo.

Gloria se precipita hacia el cuarto de baño. Suelta una vomitona en el retrete. Apoyada contra la pared, recupera el aliento. Le corre por la barbilla un hilillo de baba, que se limpia con un gesto de rabia mientras se dirige a la habitación, donde está llorando Blanca. En el rellano, la otra aún se desgañita. «Sigue chillando, hija, que ya puedes reventar».

Con pequeñas inhalaciones, Gloria aspira el aire ardiente. Vierte un poco de agua fresca de la jarra en la toalla y se humedece el rostro. El regusto ácido en la boca. Abre la ventana, llena el vaso del cepillo de dientes y bebe. Se enjuaga la boca y se frota enérgicamente el cuello con un poco de agua de colonia hasta que la piel se enrojece.

Se acerca al espejo. Observa sus ojos hinchados por las lágrimas. Coge un peine. Se arregla el pelo. El muy cabrón ya estaba casado antes de la revolución. Seguramente no había tenido otra opción. ¡La habría dejado embarazada, vaya! Como a ella. Incapaz de contenerse. ¡Todos iguales! Por eso se había casado con ella. ¡Vaya cosa!

Gloria mira la cama en la que llora Blanca. Busca el menor parecido con Varela en los rasgos de su hija. La maldice.

Apretando las mandíbulas, abre el armario donde cuelga el uniforme de gala de su marido, lo arranca de la percha y lo tira al suelo. Detrás van las camisas. Del fondo de los cajones, a brazos llenos, extrae calzoncillos, camisetas, jerséis, igual que se arrancan las malas hierbas. La ropa de Varela vuela por el piso, Gloria abre cajones de escritorios y cómodas, en un furor purificador. Cuando por fin la llave de Varela se revuelve en la cerradura de la puerta de entrada, la otra mujer se ha marchado hace rato.

Gloria yace, postrada en una silla, en medio de las prendas de su marido desperdigadas por el suelo.

—Glori...

Ella levanta la cabeza, agarra una bota de oficial y se la lanza a la cara.

Si aún tuviese su maldito fusil, le dispararía sin dudarlo. A las tripas. No, a los cojones, ¡a los cojones!

—Pero ¿qué...?

—¡Largo de aquí, cabrón! ¡No quiero volver a verte! ¡Largo de aquí! ¡Venga, vuelve con ella! ¡Me cago en la puta madre que te parió!

*

Gloria había lanzado todas las cosas de Varela por la ventana y por las escaleras, y luego lo había echado como a un pordiosero. Sin darle la menor ocasión de explicarse. Lo había empujado hacia la puerta mientras se debatía cada vez con menos fuerza y la había cerrado tras él. Después se había derrumbado.

Él había suplicado, un poco. «¡Abre! ¡Que abras! Te lo explicaré... Te lo explicaré todo...».

¿Qué había que explicar? ¿Su cobardía? ¿Su absoluta falta de valor para elegir o incluso para hablarle? ¿Quién sabe? Si se lo hubiese confesado, habría podido perdonarlo. Quizá. De no haber sido por Justina. Justina... ¡Ah, qué ufano se veía al oficial con su uniforme! Para desfilar por los despachos de Negrín, ¡para eso sí que estaba dispuesto, el anarquista de los cojones! Gloria no quería volver a saber de él, nunca más, y menos aún volver a verlo. Además, ¿qué quedaba por entender? Ya había captado lo esencial. Lo demás solo podían ser detalles. ¿Qué más le daba saber cómo se había enterado la esposa legítima de su existencia? ¿Había sabido al menos la muy perra que una joven embarazada había muerto por culpa de las tonterías de su esposo?

No. ¡Daba igual! ¡Fuera! ¡Fuera! Había que rehacerlo todo. La revolución, la vida, el amor, el mundo, todo se había jodido, ¡todo había salido mal!

Ya solo le quedaba vivir con su vergüenza y, como prueba de su

infortunio, con aquel bebé que ya se parecía al hijoputa de su padre. Aquel bebé que ya era una pequeña belleza. Aquel bebé que un día sería una mujer mucho más hermosa que Gloria. Aquel bebé, aquel fardo.

Contra toda expectativa, Lea no montó una de esas grescas típicas de ella. No pataleó. No echó pestes, no castigó a su hija con un «Te lo dije». Lea se contentó con cambiar a Blanca, con lavar sus pañales, con mondar las verduras en la cocina mientras Gloria cosía sorbiéndose los mocos y el Rotg permanecía en Sant Balaguer con Soledad.

Al menos, eso era lo que Gloria recordaría unos meses más tarde, al pensar en aquella época confusa, una de las más tristes de su vida. Se refugió en el trabajo, cosiendo, tratando de ahorrar peseta a peseta para enviarle algo de dinero al Rotg y a Soledad.

*

Los hermanos de Gloria, por su parte, juraron que, si se cruzaban con Varela, le pegarían un tiro en el acto. Sobre todo Niceto, que se puso loco de rabia, sembrando las paredes de la casa de Sant Balaguer de patadas y puñetazos que dejaron sus falanges reducidas a un amasijo sangriento, hasta el punto de que hizo falta toda la fuerza de Ramón para reducirlo antes de que se mutilase.

La marcha de Valencia del Gobierno de Negrín no les dejó ocasión de vengarse. La República iba a reinstalarse en Barcelona, y con ella el padre de Blanca.

La pequeña iba creciendo. Gloria intentaba en vano quererla. No buscar en todo momento el rostro de Varela en sus rasgos finos y delicados. No abrumarla con su resentimiento y su rencor.

La República era generosa hasta cierto punto. Como el capitán Varela ya no iba a ocupar la vivienda requisada, Gloria, Lea y Blanca tuvieron que mudarse. Jaume no movió un dedo para evitar su desahucio. El nuevo edificio, ubicado en la esquina del carrer del Riu Sec, era más moderno, con ascensor, pero el piso de dos estancias que Gloria había conseguido encontrar carecía de agua corriente. Había que bajar al patio para llenar jarras, cántaros y botellas y, esta vez, pagar un alquiler. Gloria y Blanca dormían en la habitación y Lea en la pequeña sala de estar, en la que ocupaba un puesto de honor la máquina de coser de ocasión que Gloria había conseguido al fin comprar, junto con algunos muebles, gracias a sus retoques.

A principios del mes de diciembre, cuando un viento húmedo y glacial barría las calles de Valencia, se abrió la puerta del piso para dar paso al Rotg, que llevaba un hatillo e iba acompañado de Soledad. La pequeña seguía siendo igual de menuda, se fijó Gloria mientras la adolescente se lanzaba a sus

brazos. No crecía.

Cuando Francisco les contó cómo los habían expulsado de su tierra, en Sant Balaguer, la Gateta montó en cólera, hasta el punto de que él tuvo que dirigirse a su hija para acabar su relato. El carnicero Brea y el concejo municipal habían votado una ordenanza por la que se decretaba la expulsión de los ocupantes de los bienes colectivizados. Al notario se lo habían llevado en julio de 1936 los milicianos de la CNT y nadie había vuelto a verlo, pero sus herederos habían reclamado lo que les correspondía.

Lo poco que Gloria conseguía enviarles gracias a sus encargos de costura no era suficiente para su manutención. Antes que sucumbir al hambre, el Rotg había preferido irse con las mujeres de la familia a Valencia, tras escribir a los hijos para comunicarles la nueva dirección, sin saber con seguridad si les llegaría la carta.

La misiva sí que llegó a buen puerto, no obstante, como demostró la respuesta de Batista.

Los tres hermanos Soler habían regresado al frente. El 15 de diciembre, los republicanos habían lanzado una vasta ofensiva destinada a recuperar Teruel, que seguía en manos de los nacionales. Desde su elevada meseta, a apenas cien kilómetros de Valencia, la ciudad constituía una amenaza para todo el Levante. Al menos eso se leía en la hoja de papel, llena de manchas y escrita con mano vacilante, que les había llegado. Batista no mencionaba sino veladamente el frío, la espera, el horror del que hablarían muchos años después los supervivientes del Stalingrado español. Gloria no era capaz de imaginar lo que sería una batalla. No había conocido la muerte, la auténtica, violenta, la sangre vertida, más que en Sant Balaguer de la Font. Recuerdos que habría deseado poder borrar para siempre de su memoria.

*

Nieva en las trincheras en las que los hombres se empantanan. Algunos chillan de dolor agarrándose con ambas manos los pies congelados. Otros no han despertado, se los llevó la noche. La tierra está tan dura que no chupa la sangre derramada y esta se coagula en espesos charcos oscuros. Los muertos, congelados en un último sobresalto, convertidos en estatuas por el frío, se alzan en el campo de batalla. La temperatura ha bajado a veinte grados bajo cero. Ramón, Niceto y Batista tiritan, igual que los demás. Los dientes les castañetean mientras disparan desde la cresta de la Muela sobre el viejo cementerio de la ciudad. Niceto está tendido en la nieve, detrás de una ametralladora de cinta, cuyo metal recalentado lo protege del frío, mientras que, al ritmo de las ráfagas, los casquillos vacíos salen despedidos delante de Batista. Tumbado boca abajo junto a su hermano, va guiando las cartucheras. Ramón está a cubierto, un poco más allá. Ha desenfundado una pistola Star de

nueve cartuchos. Están mal equipados. A casi mil metros de altitud, los inviernos de la meseta turolense son los más rudos de España. En torno a ellos, todo son barrancos, angostas gargantas, afilados picos. Un paisaje hostil. Valencia está a tan solo dos horas en coche, pero bien podría hallarse en la otra punta del mundo. Aquí todo es diferente. En el cielo, un enjambre de Polikárpovs chatos y moscas[8] persigue a una escuadrilla de Fiats italianos y de Messerschmitts. Un avión alemán explota y cae. Batista piensa en el piloto. Al menos él ya no tendrá frío.

Un oficial da la orden de asalto. Los hombres cargan a la bayoneta.

Niceto coge la pesada ametralladora, se pone en pie y avanza a la carga, flanqueado por Batista, que lleva las cartucheras. Franquean el muro del cementerio y se apostan detrás de una cruz de piedra. Alrededor de ellos, por todas partes hay esquirlas de piedra caliza, de granito, procedentes de los monumentos funerarios acribillados por las balas, que vuelan, que hieren, que matan. Los compañeros caen entre alaridos. Batista busca a Ramón con la mirada, no lo ve. Introduce la cinta en el compartimento. La ametralladora crepita. Cegado por el humo, Niceto ni siquiera sabe si las balas dan en el blanco. Los *dinamiteros* pasan corriendo por delante de ellos y lanzan cartuchos de explosivos. El aire huele a pólvora, a azufre, a sangre. Frente a ellos, en el anonimato de las bayonetas, los hombres se destripan aullando. De sus bocas abiertas salen nubes de vaho, pero Niceto y Batista, con los tímpanos martilleados por las explosiones y el *staccato* de la ametralladora, no oyen nada. Batista piensa a menudo en el momento en que mató a Julio Fernández. Nunca olvidará la boca abierta del hombre, la expresión de sorpresa en sus ojos, antes de que la luz se apagase en ellos. Desde entonces ha matado en muchas otras ocasiones, pero ese momento lo atormenta, aunque el tipo era un crápula. Porque fue el primero. Batista no había preparado nada, no había premeditado nada. Su gesto vino solo. Al ver cómo el otro había matado a la monja, sin un titubeo. Imaginando como había matado al Tío. El comunista y la monja. Un velo escarlata cegó a Batista, fue más fuerte que él, más fuerte que todo.

Vuelven a levantarse, corren, van a dar a una de las primeras calles de la ciudad. El suelo está cubierto de hielo. Delante de ellos, un grupo de soldados de infantería limpia las casas con granadas, una por una. Batista y Niceto se lanzan por una puerta. Los explosivos han echado abajo las paredes. Para evitar los tiros de fascistas emboscados, se deslizan de casa en casa, de agujero en agujero, sin pasar jamás por la calle. Se apostan cerca de un pequeño tragaluz. Niceto coloca el trípode y Batista, las cartucheras. Febrilmente, Niceto apunta en dirección al edificio de enfrente. En el momento en que va a apretar el gatillo, dos manos mugrientas aparecen por la ventana, esgrimiendo un bebé. La madre chilla:

—¡No tiren! ¡No tiren! ¡Hay civiles en la casa!

Una menos. A pesar del frío, el sudor corre por las sienes de Niceto, que se levanta y avanza con Batista pisándole los talones. Ahora corren,

zigzagueando entre las balas de los franquistas. Un nido de ametralladoras, allá, al final de la calle. En un callejón perpendicular, Niceto tiene el tiempo justo de ver por el rabillo del ojo a un grupo de mujeres que queman muebles lanzados por las ventanas para fundir la nieve. Aquí todo el mundo tiene frío, y hambre. Y sobre todo sed, ya que las canalizaciones se han helado. Es todo lo que tiene tiempo de pensar. Un disparo de mortero cae junto a él. Se tira al suelo al mismo tiempo que Batista. El polvo en suspensión le impide ver a los tiradores emboscados. Desde donde se encuentran, tendidos en el suelo, solo distinguen los destellos del cañón de la ametralladora enemiga. Niceto vuelve a desplegar el trípode, dispara.

De pronto, detrás de ellos se inmoviliza un carro ruso T-26, que orienta el cañón hacia la ventana tras de la cual se había emboscado el tirador franquista. La fachada salta en pedazos, justo antes de que el estruendo de la detonación le llegue a Niceto.

—¡En el blanco!

Continúa una lucha encarnizada hasta el 8 de enero del 38.

Unos días antes, ante el objetivo de un fotógrafo estadounidense, Batista, Ramón, Niceto y los hombres del batallón han abierto las puertas de las oficinas del gobernador civil, mientras los supervivientes franquistas se refugiaban en el hotel de Aragón, desde donde seguían disparando. Los tres hermanos penetraron en los pasillos cubiertos de cadáveres. Caminaron, horrorizados, entre los restos escuálidos de niños muertos de hambre. Al final, sacaron de una bodega a medio centenar de civiles que se habían refugiado allí durante los combates. Aterrorizados, el único alimento que habían encontrado los pobres desgraciados habían sido los restos que habían dejado atrás los soldados fascistas. Ahora entornaban los ojos, cegados por el reflejo de la luz cruda, de la nieve, como muertos vivientes salidos de las tumbas del cementerio de la Muela, donde los hermanos Soler combatían apenas unas horas antes.

Esa noche, Batista escribe, a la luz trémula de una vela, entre las ruinas de la ciudad. Su aliento se condensa en un ligero vaho en la noche helada. El batallón se ha refugiado en un seminario, que hasta ayer mismo estaba en manos de los fascistas, que acaban de rendirse. Todos los cristales del edificio han volado. Batista se frota los dedos entumecidos y retoma la escritura.

Queridas hermanas, querida mare, *queridos todos:*

Por una vez, hemos demostrado que podíamos vencer al enemigo. Ramón y Niceto están sanos y salvos. Yo ni siquiera he resultado herido, ni tampoco ellos. Hace mucho frío. Hemos encontrado a muchos fascistas congelados. Nuestros aviones han hecho un buen trabajo en el cielo, e incluso los carros rusos en tierra. Esta vez, Teruel es nuestra y bien nuestra. Y, como Franco lo tiene difícil para tomar Madrid, creo que vamos por el camino de la victoria. ¡Ah, sí! Por cierto... A Niceto se le ha congelado un dedo del pie porque se había

puesto unos zapatos demasiado pequeños con dos pares de calcetines. Y eso que yo se lo había advertido. Tiene el dedo todo negro, igual tienen que amputárselo, aunque no es seguro. En cualquier caso, no se queja mucho.

Besos para todos, sin olvidar a Soli.

Batista

Batista aún no sabe que un mes y medio después, el 22 de febrero del 38, después de luchar como un león primero con la bayoneta y luego con las manos desnudas, los nacionales recuperarán Teruel y a él lo harán prisionero, junto con miles de sus camaradas.

*

Soledad volvió a doblar la carta de su hermano. Había cambiado. La adolescente flacucha parecía encerrarse en sí misma cada día más. No se separaba casi nunca de una novela con la que iba cargando a todas partes, evadiéndose a la menor ocasión en las páginas de aquel libro gastado de tanto sobarlo.

Gloria la había inscrito en la secundaria, y la pequeña —siempre la seguiría llamando «la pequeña», hasta su muerte e incluso después— había resultado ser una de las mejores alumnas de su clase, aunque los deberes la llenaban de aprensión. Aquella noche, sin embargo, la escuela no tenía nada que ver con la agitación de Soledad, que no paraba de retorcerse en la silla, con la nariz hundida en el maldito libro. Una lluvia helada y desapacible se abatía sobre la ciudad, que el toque de queda hundía en una noche negra. Gloria cerró las cortinas. Valencia aún no había sido bombardeada, pero, para que los aviones fascistas no pudiesen localizar por la luz a las patrullas, a veces no dudaban en disparar a las ventanas iluminadas.

A pesar de su breve carrera como maestra, Gloria nunca le había cogido realmente el gusto a la lectura. Las líneas, las frases, las letras siempre acababan por confundirse y Gloria por aburrirse. Puede que la culpa fuese de sus ojos, pues la costura le hacía forzar la vista. Terminó de secar un plato y recogió los últimos restos de la comida. Pan con tomates —secos—, frotado con ajo y regado con un chorrito de aceite de oliva. Arroz.

—¿No te cansas de leer siempre el mismo libro, Soli? ¿De qué trata?

Soledad levantó una mirada angustiada hacia su hermana mayor, mezclada con cierta admiración que nunca la abandonaba.

—Sucede en Argentina. Es la historia de dos familias. Una es de origen alemán y la otra, de origen francés. Las familias, que se han mezclado en América, deciden regresar a Europa juntas, justo antes de la Gran Guerra.

—¿Y?

—Pues que los personajes se encuentran frente a frente en el campo de

batalla.

—¿Y cómo termina?

—¿De verdad quieres que te cuente el final?

—De todas formas, no voy a leerlo, tengo demasiado trabajo, conque adelante...

—Julio, el protagonista, muere en la explosión de un obús, delante de su primo alemán.

Lea, con Blanca en los brazos, se encoge de hombros.

—No me gustan las historias que acaban mal. Ya hay demasiadas en la vida real. Me alegro de no saber leer.

—*Mare,* debería alegrarse de que sus hijas hayan recibido una educación.

La Gateta ni siquiera se dignó responder. Gloria apoyó los puños en las caderas.

—Por cierto, Soli, ¿de dónde salió ese libro? ¿Quién te lo compró?

Soledad tuvo un momento de duda.

—Lo saqué de la biblioteca de Sant Balaguer. Me lo recomendó el bibliotecario. Parece ser que Blasco Ibáñez es un gran escritor. Pero, cuando nos fuimos, se me olvidó devolverlo.

Se mordía el labio inferior esperando una reprimenda que, contra toda expectativa, no llegó. Soledad titubeó:

—No ha terminado...

—¿El qué?

—La historia. También hay una profecía.

—¿Una profecía?

Soledad volvió a morderse el labio. Gloria se fijó en ese tic, reciente, que le hacía contraer le boca en una mueca desagradable.

—Sí, una profecía. Son los cuatro jinetes del Apocalipsis: la Guerra, la Peste, el Hambre y la Muerte. Un hombre le dice a Julio, el que al final muere en la trinchera, que la profecía va a cumplirse y que las cuatro plagas van a extenderse por el mundo.

—¿Es eso lo que te preocupa tanto?

—Se llama Julio, como el de los Fernández. Hay guerra. Muere mucha gente. ¿También vamos a padecer la peste y a pasar hambre, como en el libro? ¿Van a venir los cuatro jinetes? ¿También vamos a morirnos nosotros?

Gloria se tomó un tiempo antes de contestar.

—No. No vamos a morirnos, Soli. Mira, tengo mucho trabajo, gano dinero. No pasaremos hambre ni frío.

Lea soltó una risa ahogada mientras mecía a Blanca.

—¡Porque tú lo digas!

—*¡Mare!*

Gloria se acercó a su madre. Con suavidad, le quitó de los brazos a Blanca, que dormía, y se acercó a su hermana.

—Dime, Glori. ¿Van a matar a nuestros hermanos en la guerra?

—¡Qué va! Van a ganarla, y luego habrá paz. Tus jinetes no vendrán.

Soledad dejó de morderse el labio inferior y sonrió.

—¿Glori?

—¿Qué quieres ahora?

—Cuando sea mayor, quiero ser tan guapa como tú. No quiero seguir siendo un patito feo y flacucho.

Lea se puso en pie. En la habitación de al lado, el Rotg ya roncaba.

—¡Bah! ¡No quiero oír nada más! —dijo para sí.

---

8. *Chatos* era el sobrenombre dado a los aviones de caza soviéticos, con estructura de madera, del modelo Polikárpov I-15. Los *moscas* eran el Polikárpov I-16. *(N. de la T.)*

12
Lea

¿Cómo podría haber hablado? ¿Y para decir qué?

También a ella la había visitado el fantasma de Justina, vestida con su traje de novia ensangrentado. Le había tendido las manos, erguida a los pies de la cama. Como los cuatro jinetes del Apocalipsis en el libro del que hablaba Soli, había venido a anunciarle que había llegado el momento de la tormenta.

Sí, Lea se alegraba de no saber leer. Cada carta le ponía el corazón en un puño, pues temía que le anunciase la muerte de uno de sus hijos. En los edificios vecinos resonaban ya demasiados gritos aterradores tras el paso del cartero. ¿Qué madre había sido para llevar a su progenie a tal infierno? ¿Y por qué? Por la ilusión de una tierra, al fin arrancada a los poderosos.

Lea observaba a Gloria. Se daba perfecta cuenta de que no era solo por el trabajo por lo que su hija se ocupaba tan poco del bebé. Por primera vez, sabía exactamente lo que sentía. Nada más y nada menos que lo que ella misma había sentido, muchos años atrás, cuando había tenido que ir cargando con Gloria a las viñas.

Blanca era ahora para Gloria el fardo que ella había sido para Lea. La llegada del Rotg con la pequeña Soledad de la mano le trajo un consuelo inesperado.

Aquella noche, Lea apoyó la cabeza gris contra el hombro de su viejo y, a escondidas, mientras los demás dormían, lo dejó amarla bajo las sábanas ásperas. Él vertió en ella semanas, meses de carencia, y también su pena y su cariño, mientras en la oscuridad Lea se tapaba con el pelo suelto el rostro y los pechos, marchitos por causa de las lactancias prolongadas.

Por la mañana, bajó al mercado de Valencia, con la esperanza de encontrar algo con lo que alimentar a los suyos. Los puestos estaban vacíos

bajo la resplandeciente cubierta de acero. La guerra... El racionamiento. Lea consiguió, no obstante, comprar un kilo de arroz y unas cuantas *chufas* para preparar horchata, y le echó el ojo a una punta de jamón por la que pagó una fortuna, después de regatear con ferocidad.

El invierno no ayudaba. Y eso que vivían en la *Huerta.* Era mucho peor para los que habitaban la *secona* valenciana, donde, en aquella estación, ya no crecía gran cosa.

Mientras Lea hacía cola frente al puesto de una pescadera que vendía el bacalao que le quedaba, captó una conversación interesante.

Dos gordas estaban comentando la atribución de huertos familiares en el lecho del río Turia.

—Están completamente locos —decía una, que tenía un lunar cubierto de gruesos pelos adornándole la barbilla.

—Sí —replicó la otra, una morena con unos caracolillos pasados de moda saliéndole del pañuelo apretado con el que se cubría la cabeza—. Si el río se sale de su cauce, con estas lluvias, se inundará todo.

La mayor parte del año, el Turia era una rambla reseca pero fértil, pues el agua seguía corriendo bajo las piedras desprendidas de las montañas según los caprichos de las tormentas que lavaban las tierras, pero sus temibles cóleras se lo llevaban todo a su paso.

Lea intervino:

—¿Huertos? ¿Han dicho huertos?

—Sí —respondió *Caracolillos* dándose la vuelta—. A quien quiere uno, se lo dan.

—Bueno. Pero ¿a quién hay que dirigirse para eso?

—Al ayuntamiento. Los dan en el ayuntamiento.

—¿Dan terrenos?

Lunar se echó a reír:

—¿Darlos? ¿Estás soñando o qué? Ese tiempo ya pasó, y menos mal. ¿Qué se creían esos colectivistas? No, los prestan, o los alquilan, yo qué sé... No tienes más que ir a preguntar.

La pescadera interrumpió su conversación. Había llegado el turno de las dos mujeres sin que Lea se diese cuenta de que el hermoso bacalao iba adelgazando cliente tras cliente. *Luna* y Caracolillos compraron los dos últimos trozos y, cuando le tocó a Lea, ya no quedaba en el puesto más que un trocito de congrio. ¡Qué más daba!

Mientras se apresuraba en dirección al carrer del Riu Sec, la imaginación se le aceleraba. Su viejo enseguida sabría qué hacer con un pedazo de tierra. ¡De eso no cabía duda! Iba a mandarlo al ayuntamiento de inmediato. Y ella lo acompañaría, pues, aunque sabía leer, para reclamar sus derechos, desde luego el Rotg no era el mejor. Pero Lea, sí. Ella sabría hacerlo. Podían contar con ella.

Iba por las calles mojadas, con la cesta medio vacía en la mano, canturreando en español «Los cuatro generales», una melodía que todos

tarareaban desde hacía un tiempo, de la que ella no entendía casi nada, pero cuya música la divertía:

Madrid, qué bien resistes
Mamita mía
Los bombardeos
De las bombas se ríen
Mamita mía

*

Quince días después, Gloria indicó el camino a sus hermanos, que encontraron a los padres en el huerto, en su nueva parcela, ocupados en sembrar habas y guisantes en el lecho del Turia. Lea y el Rotg se incorporaron al verlos. A lo lejos, la línea baja de las polvorientas casas de las afueras. Un grupo de nubes empujadas por el viento. Los cipreses que curvaban sus copas. El corazón de Lea dejó de latir. Solo eran dos. Reconocía la silueta de Niceto. También la de Ramón. Batista. Faltaba Batista.

Apretando puños y mandíbulas por miedo a la noticia, pegó sus labios resecos a las mejillas ásperas de sus dos hijos. Llevaban los abrigos raídos, las gorras sucias y tenían los ojos hundidos y ojerosos por el cansancio.

—No sabemos nada, *mare*. Nos rodearon en Teruel. Algunos pudieron escapar, pero el 22, cuando abandonábamos la cuidad, miles de compañeros quedaron atrapados. Batista estaba con ellos. Es todo.

Lea reprimió un temblor mientras Niceto esbozaba un gesto de consuelo. Ella dio un paso atrás.

—Seguro que está vivo, prisionero en alguna parte —añadió Niceto.

—Bien sabes tú lo que hacen con los nuestros cuando los cogen.

—Cállate, Ramón.

Francisco Soler plantó la pala en la tierra con tanta fuerza que el mango vibró y se acercó a sus hijos.

—Venid, vamos a casa.

Aquella noche estalló una terrible disputa entre los dos hermanos. El Rotg había conseguido, sabe Dios dónde, una botella de anisete. Había ido cayendo un vaso tras otro y el arroz al horno que había preparado Lea no había sido suficiente para absorber el alcohol. Las mujeres se habían retirado a la cocina. El Rotg fumaba sentado en una silla, un poco apartado. Niceto y Ramón, que seguían a la mesa, habían empezado a pelearse con voz pastosa. El general Valentín González, el Campesino, había ordenado la retirada, pero aún podrían haber defendido Teruel, sostenía Ramón. El Campesino tenía a

Líster en poca estima, cuando él mismo era un estratega calamitoso. Al oír estas palabras, Niceto se había levantado tambaleándose, dando un golpe en la mesa y tirando al suelo su silla.

—¿Qué? ¿Líster? ¡Pero si es el hombre de Moscú! ¡Es un inútil! Y tú te libraste. Y a Batista lo abandonaste.

Le corría un hilillo de baba por el mentón.

Ramón se puso en pie a su vez y la acusación cayó:

—¡Batista es un asesino!

Luego se derrumbó.

Niceto, con el cerebro nublado, se levantó y desenvainó con torpeza su pistola Star, miró fijamente a su hermano, que meneaba la cabeza con ojos vidriosos, y disparó al techo. Una avalancha de yeso cubrió su pelo rojo, la mesa, el suelo. Miró el cañón y frunció el ceño sin comprender, luego buscó con mano torpe la silla que se había caído. Un hilo de orina oscureció la pernera de su pantalón, mientras un charco iba formándose a sus pies. Lea permaneció inmóvil en el vano de la puerta. Al verla, Niceto soltó la Star, que rebotó pesadamente en el suelo y partió una baldosa. El Rotg se precipitó para hacerse con el arma. La Gateta avanzó en silencio, levantó la silla. Niceto se desplomó en ella y hundió la cabeza entre las manos, mientras los sollozos sacudían sus hombros.

Como una guardiana silenciosa, incapaz del menor gesto de consuelo, Lea permaneció erguida, de pie, al lado de Niceto, mientras la barbilla de Ramón volvía a caer sobre su pecho y su imagen se reflejaba en el cristal de la botella de anisete vacía.

13
Gloria

Los hermanos Soler habían regresado al frente, sin la menor esperanza de vencer. Los republicanos habían sido empujados más allá del Ebro tras una feroz batalla de cuatro meses y el camino a Barcelona ahora quedaba libre para los fascistas. Si seguían con vida, Ramón y Niceto aún estarían allí. Desde su último permiso, no habían vuelto a enviar noticias. Batista, por su parte, seguía sin dar señales de vida.

Por ello, cuando Gloria reconoció su letra en el sobre que le tendía el cartero, le arrancó la misiva de las manos. Subió las escaleras corriendo, entró en el piso y rompió el sobre frenéticamente, con un nudo en la garganta. Aún no quería decirle nada a Lea, que estaba sentada junto a la máquina de coser Singer, con Blanca dormida en brazos. Una ráfaga de *levante* golpeó las ventanas y luego se lanzó sobre la calle, levantando a su paso papeles manchados de grasa. La carta estaba fechada en octubre del 38.

Queridos todos:

Nos hicieron prisioneros durante la toma de Teruel y no he podido escribiros antes. He conseguido escapar desde Extremadura, adonde nos habían llevado en circunstancias que sería demasiado largo contaros aquí. Las cosas van cada vez peor, por lo que veo, pero quiero intentar reunirme con vosotros para luchar allá donde más me necesiten. De momento estoy en Madrid y el trayecto para llegar a donde estáis es bastante complicado. Tendré que atravesar controles, aún no sé ni dónde ni cuándo podré encontrarme con vosotros, pero será pronto. Os escribiré. No os preocupéis por mí, porque estoy bien. Os mando besos para todos y espero que estéis bien de salud, y también Ramón y Niceto.

Batista

Gloria volvió a doblar la carta.

—¡*Mare,* está vivo! Batista está vivo. Ha escrito. Va a venir.

Lea se levantó despacio, sin despertar a Blanca, a la que fue a dejar en su cuna, y luego se acercó a Gloria.

—Enséñamela.

—*Mare,* si no sabe usted leer.

La Gateta se encogió de hombros.

—¿Y qué?

Agarró la hoja de papel y la olisqueó, la apretó contra su cara. Tras la carta que la tapaba, Gloria la oyó decir:

—Que esta maldita guerra me deje uno, al menos uno.

Luego, como contra su voluntad, le devolvió la misiva. Se la hizo releer en voz alta al menos tres veces.

Y Gloria empezó a esperar con impaciencia la llegada de Batista.

Su miedo ante el giro que tomaban los acontecimientos había acabado con todas las aprensiones que habían surgido a raíz del asesinato de Julio Fernández. Batista se había convertido en un guerrero. Él los protegería. La guerra estaba a punto de extenderse a toda Europa, los franquistas habían cruzado el Segre el 23 de diciembre para penetrar en Cataluña, empujando hacia el mar los restos del ejército republicano. Madrid seguía aguantando, Barcelona también. Pero Valencia... ¿Durante cuánto tiempo? Los ejercicios militares se multiplicaban. El Rotg y sus mujeres pasaban más tiempo en los refugios que trabajando. Había hombres que regresaban del frente, ya totalmente entregado a la desorganización. Desertaban en masa, volvían a sus casas para tratar de proteger a los suyos.

Como Niceto, que llamó al fin a la puerta unos días después. Sin Ramón. Lea le abrió, lo examinó de la cabeza a los pies sin temblar, esperando solamente a que hablase. Pero no, no dijo nada. El silencio pesaba tanto entre ellos que la Gateta acabó por romperlo.

—¿Has comido?

Estaba parado en la entrada, sucio, piojoso, demacrado, con una barba naciente devorándole las mejillas. Llevaba sobre los hombros una manta enrollada y un fusil grasiento colgado en bandolera. Se apretó contra Lea y cerró los ojos enfebrecidos. Gloria los observaba, con el corazón lleno de celos. Las aletas de la nariz de la Gateta se dilataron, oliendo el sudor de su hijo, con los párpados cerrados. El olor a grasa y a pólvora, el olor a carretera, a polvo. No se atrevía a hacer ninguna pregunta.

Gloria ayudó a su hermano a quitarse la impedimenta, después de que, finalmente, intercambiase un sobrio *abrazo* con el Rotg.

Lea dejó en la mesa un poco de vino mezclado con limonada, naranjas y pan.

—No hay gran cosa en la ciudad, estamos racionados —se excusó el Rotg.

Niceto cortó un trozo de pan, que colocó sobre la hoja de su cuchillo. Con el pulgar, lo empujó hacia sus labios, lo masticó largo rato. Gloria no podía apartar la mirada de la nuez de su hermano, que subía y bajaba.

—Ramón está vivo —dijo al fin.

Lea y Francisco soltaron el aire aprisionado en sus pulmones.

—El territorio de la República ha quedado dividido en dos. Pero él logró escapar. Va a intentar pasar a Francia, por los Pirineos. Ya ha emprendido el viaje, con otros compañeros.

El Rotg balbució:

—¿El viaje?

—Sí, el viaje. Hacia el norte. Nos separamos justo antes de que los rebeldes llegasen al mar. Dice que aquí la cosa está jodida. Que vosotros no tenéis nada que temer, pero que nosotros deberíamos irnos. A Francia. Para seguir la guerra. Va a intentar cruzar hasta Oloron-Sainte-Marie, pasando por Aragón. Yo no estoy de acuerdo. No quería dejaros. Sé muy bien lo que les hacen a los que ellos llaman los Rojos. Conque he venido a buscaros. Hay que irse, ¡y rápido! Solo tenemos unos días. Una semana, quizá dos. Yo diría que como mucho un mes. Después será demasiado tarde. Barcelona ya está aislada de Madrid, de modo que... No aguantará mucho. Y si cae Barcelona...

—Pero es invierno, y allá arriba, con la nieve...

—Después será peor. Por eso hay que darse prisa.

Desde el fondo de la estancia, retumbó la voz de Lea:

—¡No me iré a Francia! ¡No regresaré allí! Me da igual que me cojan los fascistas. Que me maten. Prefiero eso a la vergüenza de regresar allí.

—*Mare,* no tenemos opción.

—¿Y Batista? ¿Queréis iros sin él? Si los fascistas lo cogen, lo matarán. Bien lo sabes. ¡Ni hablar de irse! Yo me quedo. Marchaos vosotros si queréis, pero yo no me moveré de aquí mientras no vuelva Batista. ¿Y luego qué? ¿Vamos a regresar a Francia como mendigos? ¿A volver a empezar? ¿Otra vez? Cuando yo quise, él no quiso. —Señaló con la barbilla al Rotg—. Bueno, pues ahora soy yo la que no quiere.

Se agarró la cabeza entre las manos y se desplomó de pronto en una silla.

—Estoy cansada. Estoy tan cansada...

*

El Rotg declaró que se plegaría a la opinión de la mayoría. Soledad, refugiada en las caderas de su hermana, no decía ni pío. La Gateta y Niceto se enfrentaron, él esforzándose por arrancar a los Soler del refugio ilusorio de un piso de alquiler y un huerto familiar en el lecho del Turia, que podían quitarles de un día para otro, ella resistiéndose con uñas y dientes a cualquier idea de partida. Finalmente, acordaron esperar quince días. Si Batista

conseguía pasar las líneas franquistas, intentarían viajar hacia el norte con él. El compromiso obtuvo la adhesión de todos, menos de Lea, que se encerró en un mutismo malhumorado.

Pasaban los días. El tiempo parecía suspendido. En las calles, a pesar de las privaciones, la vida seguía su curso con aparente normalidad. El carburante, los medicamentos, faltaba de todo, o casi, salvo los frutos de la *Huerta* valenciana y del terreno familiar.

Por la noche, Gloria recibía la visita de las monjas muertas, o de Justina con su feto acribillado de balas en brazos. Había acabado por no tener miedo de esos rostros blanquecinos y manchados de tierra. Justina le sonreía, como si no le guardase rencor por su sangrienta boda. A veces, en mitad de la noche, mientras Blanca dormía junto a ella y sentía a Soledad tendida a su lado, los espectros levantaban un velo, semejante al telón de un teatrillo, y se le aparecían imágenes de sus hermanos, como marionetas suspendidas de los hilos de la muerte proyectadas en una pantalla.

Una vez, vio a Ramón afanándose por escalar un sendero de montaña, perdido en una tormenta de nieve. Lo seguían cuatro compañeros y un pastor caminaba delante de ellos. Ramón arrastraba su arma inútil, arropado en una manta salpicada de copos de nieve. Se detuvo, buscando con la mirada un puerto invisible. Gloria le tendió la mano, pero la imagen ya se había desdibujado y había dado paso a la de Batista avanzando por una carretera desierta. Observó el cuero partido de sus zapatos, con las suelas abiertas, su frente manchada por el polvo del camino, su pelo revuelto. Seguía teniendo buena planta vestido de civil, aun sin su gorra y su uniforme. Caminaba a buen paso. Lo llamó, pero él no la oyó y siguió su camino.

Gloria sonrió mientras los fantasmas regresaban a la oscuridad. Sus hermanos estaban sanos y salvos. Soli gimió junto a ella. Volvió a dormirse.

*

Batista consiguió acercarse a Castellón. Fue allí donde las tropas de Franco cortaron en dos el frente republicano, justo después de la batalla del Ebro. Pero él no vio nada de la batalla. Nada. Como había escrito en su última carta, se lo habían llevado, junto con miles de compañeros, y había acabado preso en Extremadura. Todo pasó muy rápido. Demasiado rápido. Aún tenía en la boca el sabor a sangre, mezclado con el de la nieve en los labios agrietados por el frío. Se replegaban. Y luego, en un momento, perdió a Niceto.

Los habían rodeado, muchos habían muerto. Silbaban las balas, él buscaba a su hermano con los ojos. De pronto, allí estaba: un fascista, con la bayoneta colocada en el fusil, lanzando alaridos, cargando, directo hacia él.

Batista consigue esquivar el golpe, la punta del arma le desgarra la ropa

a la altura del vientre y el tipo lo empuja hacia el alambre de espino. Batista suelta el arma, pugnando por liberarse antes de que el otro lo ensarte, y acaba enredado en los hilos de acero, esperando el golpe de gracia, el que le atravesará el corazón. El corazón, sí, ojalá sea el corazón.

—Apunta al corazón, no a las tripas. Por favor —le dice al fascista.

No revolcarse en los propios intestinos. No morir entre la propia mierda. Ha visto a demasiados acabar así. Sus miradas se cruzan. En torno a ellos, ya no quedan muchos luchando. Los republicanos se rinden en masa, levantando los brazos hacia el cielo.

Los ojos cansados del fascista. Dieciocho años, no más. Su uniforme salpicado de sangre. El vaho que le sale de la boca en el invierno de Teruel. Los gritos de los heridos, de los agonizantes. Los silbatos de los oficiales. «¡Alto el fuego!». El fascista, jadeante, duda. Decae la fiebre del combate. Baja la bayoneta, se vuelve, escupe en el suelo, se agacha, apoya las manos en las rodillas e inclina la cabeza, sin aliento. Batista sigue enredado en el alambre de espino. Se acabó.

Había acabado tras la alambrada de un campo construido deprisa y corriendo en lo alto de un cerro azotado por los vientos. Malnutridos, muertos de frío, sus compañeros de armas morían unos detrás de otros sin siquiera un juicio cuya sentencia no habría planteado ninguna duda. «Eso que se ahorra el pelotón en municiones», se reían los guardas. El que ya no se reía era el soldado franquista que Batista, ayudado por un compañero, había sumergido en la sopa o, mejor dicho, en el brebaje inmundo que hacía las veces de sopa, un agua nauseabunda en la que flotaban unos míseros ojos de grasa. A la hora de la única comida diaria, los prisioneros nunca dejaban de protestar. «Toma, prueba tú mismo tu sopa, ¡ya verás lo buena que está!» eran las últimas palabras que había oído el desafortunado cancerbero antes de perecer ahogado en la marmita gigante, que empujaba de un lado a otro sobre ruedas rechinantes. Mientras su camarada vigilaba, Batista había lanzado su abrigo sobre el alambre de espino. Habían escalado por los hilos tendidos entre los postes y habían huido con toda la velocidad que podían alcanzar sus piernas enflaquecidas.

Caminaban de noche, se ocultaban durante el día, y habían acabado en una granja perdida por tierras de Ávila. Una mujer les había dado de comer, los había escondido. ¿Su marido había muerto, había huido o también lo habían hecho prisionero? No tenía noticias. Les dio ropas civiles. Un abrigo de lana demasiado corto para Batista, que nunca olvidaría su silueta frágil, su cabello recogido en un moño, su olor a ajo y su vestido verde, de tela gastada, sus brazos bronceados, entrevistos cuando se remangó para fregar los cacharros. Les metió tocino y pan en el petate y retomaron el camino, cuidándose de mantener la cabeza gacha cuando se cruzaban con divisiones alemanas o con patrullas fascistas. Se separaron tras un último abrazo, cada uno decidido a probar suerte por su cuenta. Al borde de un camino, Batista había hecho un tajo en el muslo de un caballo muerto, medio congelado, con

los miembros rígidos apuntando hacia el cielo y una boñiga cubierta de escarcha brotando de su ano hinchado por los gases. Se había comido la carne cruda, endurecida por el frío.

Finalmente, al cabo de tres semanas, había llegado a los alrededores de Madrid. Allí, había conseguido colarse en plena noche por las líneas franquistas hasta los primeros barrios periféricos de la ciudad, sumida en la oscuridad por culpa de los bombardeos.

No sabía por qué milagro aún funcionaba el servicio de correos, pero había escrito a los suyos, e incluso le había llegado la respuesta.

*

Batista se da unos toquecitos en el bolsillo del pecho del chaquetón. Sabe que si lo cogen con la carta de Gloria está perdido, pero no acaba de decidirse a tirarla. Dice que Niceto y Ramón están vivos. Que Niceto está en Valencia, con la Gateta y toda la familia, su familia, que espera. Que *lo* espera, a él, al guerrero, para marcharse. Para huir. Todos juntos. Le vuelve la imagen de las viñas y de la casa de Argeliers junto al canal. Deberían haberse quedado en Francia. ¿Qué se les pasó por la cabeza para marcharse? Pero todo eso queda lejos. La ira de Niceto hacia Joseph Cayrol. La suya hacia Julio Fernández. La ira de los Soler. Solo Ramón sabe mantener la cabeza fría.

Batista cree oír su nombre. Una voz que lo llama. No se vuelve. Sigue avanzando, como la marioneta de madera de los sueños de Gloria. Se cruza con soldados harapientos que huyen evitando su mirada.

A los suyos, les contestó enseguida:

Esperadme, ya llego. Niceto, voy hacia vosotros. Iremos a reunirnos con Ramón en Francia. No os mováis de Valencia, tengo la dirección. Todo va bien.

Pero no, las cosas no van tan bien. Las tropas fascistas ya han llegado al mar, rodean Barcelona, dejando tan solo una pequeña vía de salida hacia el norte. Él ha ido directo hacia el este, como un idiota, tras la caída de Madrid. Y, a finales de noviembre, se encuentra atrapado en la bolsa de Cataluña. Lleva días y días dando vueltas en círculos, intentando rodear las líneas rebeldes para llegar a Valencia, situada más al sur y a su vez rodeada. No hay forma. Los franquistas han trazado una línea infranqueable entre él y los suyos. Les Borges Blanques ha caído. Tarragona está rodeada. Las tropas del general Yagüe están a las puertas de Barcelona. Negrín ha huido a Girona, cerca de la frontera francesa. Y no hay modo de regresar sobre sus pasos, el camino hacia Madrid ha quedado cortado. Cada vez que cree que va a pasar, Batista se da de bruces con las posiciones enemigas. ¿Y si se enfrentaba de

nuevo al frío de Teruel? Ni por esas. De todas formas, está agotado. Se acabó. A menos que se produzca un milagro, se acabó. Ha esperado tanto como ha podido. Ahora sabe que los suyos tendrán que arreglárselas solos, que ya no puede reunirse con ellos, que no puede hacer nada por ellos. Será en Barcelona donde combatirá, seguramente por última vez. Bordea la costa, esa vez en dirección al norte. Es la única vía libre que le queda.

*

Los Soler esperan, esperan, y todavía nada. Ha transcurrido un mes desde que recibieron la carta. «Pero ¿dónde está Batista?», no deja de repetir Lea.

Gloria, en cambio, lo sabe. Se le ha parecido dando vueltas en círculo, buscando en vano un camino para reunirse con ellos. Lo ha visto, hace tan solo una noche, luchando a las puertas de Barcelona con la ferocidad de un jabalí acorralado. Pero no dice nada. Como los demás, espera. Ha faltado a su palabra. ¿Cómo pudo creer en él?

Pasan los días, interminables. Con el hambre. La información cada vez más escasa. Hitler se ha anexionado Austria y mira ahora hacia Checoslovaquia. Si acaso tuviese la buena idea de atacar Francia o Inglaterra... Solo eso podría salvarlos. Pero no. «Esos imbéciles no comprenden que muy pronto les tocará a ellos pasar hambre, pasar frío, pasarlo mal». Es lo que Niceto repite sin cesar. Se levanta. Monologa. Vuelve a sentarse. El Rotg se lo lleva un rato al huerto, pero ni siquiera allí hay mucho que hacer en esta estación. ¡Si hasta los rusos se largan, cómo será la cosa! Al parecer, están embarcando en el puerto. Parece que la España republicana es una causa perdida para todo el mundo. ¡Pues sí que valió la pena reducir a la nada su revolución para tranquilizar a aliados que nunca llegaron!

La tensión se ha vuelto insostenible en el piso. Gloria ya no aguanta a su padre y a su hermano dando vueltas todo el día. Ni tampoco a Blanca, que ha dejado abandonada a los cuidados de Soli. Ni siquiera da muchas muestras de ternura hacia Soledad, cuya delgadez empieza a resultar preocupante. La única nota positiva es que ya casi no piensa en Varela. De vez en cuando, este envía algo de dinero en un sobre, y ya está. En esos momentos, su corazón protesta, la boca se le seca y querría tirar ese puñado de pesetas a la basura. Pero no puede. Ese dinero les hace demasiada falta. Los encargos de costura escasean cada vez más y un simple kilo de naranjas cuesta una fortuna, por no hablar de la carne.

La noticia les llega la mañana del 27 de enero del 39. Barcelona ha caído. Barcelona se ha rendido. Casi sin combatir. Barcelona es una ciudad

abierta. Ahora la rendición de la República se negocia en Madrid.

Ante la mirada de un Rotg mudo, Niceto golpea las paredes con los puños desnudos, maldiciendo el mundo que los ha abandonado. Con los labios apretados, la mirada perdida, Lea acecha más allá del horizonte, nadie sabe qué.

Gloria se seca las lágrimas.

—Solo quedamos nosotros. La bolsa de Valencia, que es la única que aguanta.

Niceto sacude la cabeza.

—Hay que irse ya. ¿Habéis oído las noticias? En Barcelona, todos los que aún podían se han largado. Caminan hacia Francia. Huyen.

Soledad levanta los ojos de su libro.

—¿Y qué va a ser de nosotros? ¿También vamos a marcharnos?

Su voz está teñida de miedo. Niceto se fuerza a respirar más despacio para tratar de dominar su ira y convencer a su madre.

—Hay barcos en el puerto. Zarpan hacia Francia, hacia México e incluso hacia Rusia. Se llevan a los niños. Al menos ellos estarán a salvo —añade en un soplo.

Lea se sobresalta.

—¿Estás loco? ¿Os habéis vuelto todos completamente locos? ¿Habéis perdido la cabeza? ¡Si no quise darle a Soledad a los Cayrol no ha sido para entregársela ahora a los rusos! ¡Y lo mismo digo de Blanca! Si hacemos eso, no volveremos a verlas, ¿me oís? ¡Nunca! Y, además, lo de los barcos está muy bien, pero ¿cómo pensáis pagar el viaje? ¿Eh? ¿Con qué dinero?

Gloria insiste:

—De todas formas, hay que ir a ver al puerto.

Niceto mira al padre. El Rotg calla, totalmente desamparado, incapaz de reaccionar. Al fin, murmura con voz apagada:

—Gloria tiene razón. Cualquier día llegarán los fascistas. Hay que ir a ver al puerto.

Gloria baja la cabeza sobre su máquina de coser, pisa el pedal. El tac-tac regular de la Singer se reanuda y luego vuelve a detenerse. El silencio invade la estancia.

—Luego. Iré luego —dice.

Niceto asiente.

*

Luego. Quizá ya sea demasiado tarde. Han esperado demasiado. Ya casi ha acabado marzo. Es el fin y ella lo sabe. No debería haber confiado en Batista ni haberle hecho caso a Niceto. ¿Ramón? ¿Batista? Seguramente, muertos. En cualquier caso, mudos. Ya nada funciona, el correo no llega.

A última hora de la tarde, Gloria se levanta, se quita el delantal, baja corriendo por las escaleras. Por el camino, se cruza con una vecina que sube agua del pozo en un cubo. La saluda. La vecina se para, con las mejillas enrojecidas por el esfuerzo.

—Tu marido está abajo.

—¿Mi marido? ¿Abajo? ¿Estás segura?

La mujer asiente, sí, eso es lo que dice, que es el marido de Gloria y que está buscándola. Se le contrae el vientre. Se le acelera el corazón. ¿Qué quiere de ella? ¿Quizá va a suplicarle que vuelva con él? ¿La harpía que tiene por esposa lo ha echado a la calle? Gloria se yergue. ¡Jamás! ¡Ya puede esperar sentado! Haciendo acopio de lo que le queda de dignidad, se arregla apresuradamente la melena roja, saca pecho y baja las escaleras peldaño a peldaño, despacio, con objeto de prepararse para afrontarlo. La vecina ha desaparecido.

La luz salpica la carrocería del Ford de Varela. Un nuevo ordenanza espera al volante. Varela abre la portezuela, baja del coche, tira el cigarrillo en la acera. El muy cabrón sigue igual de guapo, con su uniforme de oficial. Gloria se fija en los galones en los hombros.

—Parece que te han dado más galones.

Varela obvia el comentario.

—¿Has recibido el dinero?

—¡Si pudiera, te lo devolvería! O lo tiraría a la basura.

Varela se saca una pitillera plateada del bolsillo y coge un cigarrillo.

—Gloria, lo siento mucho, yo...

—¡Ah, no! ¡Eso no! ¿Qué quieres de mí?

—Blanca... ¿Cómo está?

—Bien.

Trata de quitárselo de encima.

—Tengo prisa.

—Oye, he venido... Yo... Nos vamos.

—¿Quiénes?

—Mi mujer, mi hijo y yo. Hay un barco que zarpa mañana rumbo a Veracruz. A México. Nos vamos.

Gloria suelta una risa sarcástica.

—Las ratas abandonan el barco, ¿eh? O, mejor dicho, se montan en él. ¿Y a mí qué me importa? ¿En qué me atañe lo que tú hagas, y desde cuándo? ¿Acaso quieres que me vaya contigo? Es que quieres llevarte todo tu harén, ¿es eso?

—Gloria...

Varela se balancea de un pie al otro. No es propio de él. Intrigada, Gloria insiste:

—¡Venga! ¿Qué es lo que quieres exactamente?

—El ejército franquista está a punto de tomar Valencia...

Gloria barre el aire con la mano.

—¡Como si no lo supiera!

Sin embargo, su voz se suaviza cuando añade:

—No estamos tranquilos, en cualquier caso. Yo también iba al puerto, a ver si, a lo mejor, algún barco...

—Ah. ¿Y tus hermanos?

—Niceto ha vuelto. Los otros... —Se encoge de hombros—. No sabemos nada de ellos.

Varela se da la vuelta, dirige una mirada a su ordenanza, le sonríe a Gloria.

—Si quieres, te llevo al puerto, precisamente yo iba allí también... Gloria, es de eso de lo que vengo a hablarte. Déjame que salve a nuestra hija. Que me la lleve a México con nosotros. Estará bien. Te lo juro. Mi mujer está de acuerdo. Vosotros no conseguiréis salir todos.

Gloria tarda unos segundos en comprender. Luego la información la fulmina.

—Conque eso es lo que querías, ¿eh? ¡Maldito cabrón! ¡Ladrón de niños! ¡Largo de aquí! ¡Inmediatamente! Y, para empezar, ¡ya puedes esperar si quieres que me monte en un coche contigo! ¡Ladrón! ¡Ladrón!

Rodea el coche sin dedicar una mirada al ordenanza y se aleja en dirección al puerto. Sus tacones repiquetean sobre el pavimento. Nota los ojos del hombre en sus nalgas. Exagera el movimiento de las caderas. ¡Que se muera de ganas, maldita sea la madre que lo parió! ¿Qué les pasa a todos, que quieren a los hijos de los Soler? ¡Primero Cayrol, que reclamaba a Soli, y ahora este! El pánico le retuerce el vientre. Un barco. Es imperativo que encuentre un barco. Algunos zarpan de Valencia, pero, al parecer, también de Alicante. Los últimos. En la radio, hace dos meses, oyó hablar de cientos de miles de personas que huían de Barcelona en dirección a Francia.

Ha bajado hasta la terminal marítima y ahora va bordeando la vía férrea. Una multitud ha invadido las calles. Miles de personas que caminan, como ella. Hasta donde alcanza la mirada, solo se ven gorras de hombres, boinas militares, familias agotadas, equipajes sobre los que se han sentado mujeres con el rostro enrojecido por el sol. El aire huele a sudor, a carbón y a mar.

Un revoltijo de embarcaciones se balancea con el oleaje perezoso. Hay barcos de pesca, cargueros, barcazas e incluso uno o dos paquebotes oxidados que antaño realizaban la travesía entre Ibiza y Valencia. Improbables navíos. Y no sopla una brizna de aire.

Gloria contempla la multitud. Jamás encontrarán sitio en las cáscaras de nuez que flotan en el puerto. Se le llenan los ojos de lágrimas. Lágrimas de rabia.

Se pone de puntillas, estira el cuello para ver mejor, pero no hay nada que ver. Hay hombres subidos a las grúas, a las farolas. Desde lo alto de sus atalayas, informan a los suyos.

Gloria intenta colarse entre la muchedumbre aglomerada contra las verjas del puerto. Al principio, mal que bien, avanza. Pero al cabo de algunos

metros, la masa es tan compacta que se encuentra inmovilizada, comprimida. La empujan por detrás.

Debería haberle pedido a Niceto que la acompañase. Es alto. Al menos él quizá habría visto algo. Quizá.

La espera se prolonga. A veces, los militares que vigilan el acceso llaman a alguien por su nombre. Las verjas se entreabren. Los ganadores de la absurda lotería corren hacia un navío, con las maletas golpeando contra sus piernas.

Con las manos aferradas a los barrotes, algunos lanzan llamadas desesperadas para atraer la atención de algún marino. Otros tienden a sus hijos por encima de sus cabezas, con los brazos estirados.

Gloria, empapada de sudor, apenas puede respirar. Otros cuerpos la empujan, aplastan su pecho, su espalda, sus riñones. Busca el aire, la cabeza le da vueltas y de pronto un velo negro desciende sobre sus ojos, le fallan las piernas, no oye nada más. Le da tiempo de acordarse de Blanca, del cabrón de Varela, y pensar que va a morir allí, pisoteada. Y luego, nada.

Es el sonido lo que regresa primero. Ha tenido un sueño, un bonito sueño. ¿Cuál? Ya no se acuerda. ¿Es que no pueden dejarla en paz? Siente una bofetada, unos dedos que se imprimen en su mejilla, pero no le duele. Lo único que nota es que el cuerpo le pesa, le pesa tantísimo... ¿Es que no pueden dejarla en paz, caramba? ¿Dejar que regrese a sus sueños? Pero no, los muy palurdos insisten. Entorna los párpados. La luz es blanca. Cegadora. Dolorosa.

Encima de ella, caras, miradas curiosas. Manos que la ayudan a levantarse. Se tambalea. Unos brazos la sostienen y la alejan de la muchedumbre compacta. Gloria vuelve la cabeza. Protesta:

—¡No! ¡Déjeme! Ya estoy bien.

Tiene que volver cueste lo que cueste.

—¡Que me deje, le digo! ¡Déjeme! Tengo que encontrar un barco.

Una mujer mucho más entrada en años que ella la coge por los hombros. Inunda sus ojos con la dulzura de los suyos.

—Hija mía, no vale la pena. Se acabó. Están todos llenos desde hace mucho.

Junto a ella hay un hombre joven. No tiene ni veinte años. Un aduanero. De una belleza fulminante. La mira de la cabeza a los pies y confirma lo que dice la mujer. Ella le sostiene la mirada.

«Ya no hay barcos». Las palabras resuenan en la cabeza de Gloria. Demasiado tarde. Es demasiado tarde.

14
Batista

Querida Gloria, queridos todos...

Batista mordisquea la punta del lápiz con el que intenta resumir los dos últimos meses. Son cinco hombres amontonados en una celda de la prisión de Carcasona. Cinco anarquistas que, en cuanto sale el sol, hacen media hora de ejercicio. Flexiones, estiramientos, flexiones. Resulta complicado, no hay espacio. Mantener la forma exige una disciplina de hierro. Dos duermen en el suelo. Para el ejercicio, cuando le toca a uno, los demás tienen que quedarse pegados a la pared que rezuma humedad, iluminados por la escasa luz que se cuela por el tragaluz con gruesos barrotes.

El éxodo había comenzado justo después de la caída de Barcelona. En masa.

De cada ciudad, de cada pueblo, de cada aldea, de cada granja, viejos, mujeres y niños se habían puesto en marcha, echándose al camino con su ganado. Los bordes de los caminos cubiertos de cadáveres de bestias de tiro, hinchados como odres, en medio de los campos helados. La cohorte de los fugitivos sobrevolada constantemente por aviones alemanes y empujada por el ruido de las botas de un ejército victorioso y ávido de venganza.

Batista se había quedado en la retaguardia. Había combatido junto a pequeños grupos desorganizados de anarquistas y comunistas. ¿Quién se preocupaba aún de saber a qué milicia había podido pertenecer el otro? Había que proteger la huida de los civiles. Salvar, de ser posible, a unos cuantos hombres, a unas cuantas familias. Retrasar al enemigo, hostigarlo. Levantar el campamento. Y volver a empezar un poco más allá. Hasta que, finalmente, la muralla de los Pirineos les tapó el horizonte. Con el calzado destrozado, con la gastada correa del fusil clavándosele en el hombro, envuelto en un abrigo de lana raída, con la manta enrollada golpeándole la espalda, Batista se había

despedido de sus compañeros de armas. Había abandonado la interminable columna que se extendía por el camino enlodado un poco antes de Guils de Cerdanya, acompañado de un tipo mitad oso mitad lobo, que había conocido por el camino, Enric Cerda, un mestizo de vascos y catalanes de la montaña que conocía la región como la palma de su mano. Mientras caminaban en el frío, con la nieve polvo crujiendo bajo sus pies, para pasar el rato Cerda le contaba cómo los osos raptaban a las pastoras y se las llevaban a los lagos situados a gran altitud para aparearse con ellas. Sin duda, aquel hombre tenía algo de pagano. A los lobos los oyeron aullar la noche anterior a su paso a Francia, mientras cruzaban el bosque por un sendero sinuoso. Fueron a dar a una cresta desnuda, en la que las briznas de hierba brillaban como cuchillas de afeitar a la luz blanca de la luna.

Los dos hombres se habían inclinado para confundirse mejor con el relieve. Habían mirado alrededor, mientras su aliento formaba un halo pálido en torno a sus siluetas tendidas en el suelo endurecido por la helada, allí donde el viento había empujado la nieve hasta formar montones y dejar a la vista una tierra estéril. Las estrellas brillaban con una luz acerada.

—Es ahí enfrente —había susurrado Cerda.

—Parece que no hay nadie. ¿Vamos?

Se levantaron, corrieron, con la espalda contraída por el miedo de oír en cualquier momento el grito de alerta de un guarda fronterizo que los hubiese visto.

Pero solo hubo silencio. La vertiente norte bajaba hasta otro bosque, que se los tragó. Estaban en Francia.

Muy a su pesar, se habían separado de sus armas y de las pocas municiones que les quedaban. Las habían enterrado apresuradamente y las habían tapado con ramas y hojas muertas mezcladas con nieve sucia, después de tallar con el cuchillo de Batista una ridícula señal en el tronco de un árbol. Habían compartido su último trozo de queso *manchego.*

Al día siguiente, a última hora de la tarde, habían llegado a la nacional 20, que bajaba de Andorra trazando curvas cerradas. Batista había abrazado a su compañero. Luego se había subido a la plataforma de un camión cansado que transportaba perezosamente unas quince ovejas hacia Foix. Su francés impecable y su acento del sur lo habían puesto de inmediato a salvo de sospechas por parte del conductor cuando se hizo pasar por un pastor que, con la llegada del invierno, iba a buscar trabajo a los llanos de Carcasona.

—¡Venga, sube! —le había indicado el muchacho.

Batista se había dormido en el acto en el calor de los animales, soñando con Argeliers.

Había tardado casi una semana en llegar. A veces a pie, a veces en carretas o en camiones cuyos conductores accedían a llevarlo, robando la comida de los perros en los patios de las granjas para sobrevivir. Finalmente se había detenido frente a la puerta cerrada de la casa abandonada, tambaleándose bajo el peso de recuerdos embellecidos por tres años de guerra.

Le parecía verlos a todos, felices, juntos bajo la parra, allá donde ya solo había un amasijo de hojas de plátano que el invierno había marchitado.

Batista había desatado lo que quedaba de sus zapatos, dos carcasas de cuero agrietado, y luego había sumergido sus cansados pies en el agua helada del canal. Se había quedado así un buen rato, pensando. El frío había acabado por bajar la hinchazón de los dedos, pero de todas formas le costó Dios y ayuda volver a ponerse las botas militares, que ni siquiera conseguía volver a atar. Fue renqueando hasta Argeliers, esperando encontrar allí al padre Cayrol. Abrió la puerta un viejo, que lo miró con ojo circunspecto.

—Hola, soy Batista, el hijo de Lea y Francisco. Los Soler. Éramos los *ramonets.*

El padre Cayrol resopló en su bigote ajado, manchado por el tabaco, y se levantó el sombrero abollado, dejando ver una franja de cráneo pálido y despoblado, en el que aún se demoraban unos cuantos pelos. Un silencio pesado se instaló entre ellos. Cayrol lo observaba. Acabó por preguntar: —¿Qué quieres?

—Pues... He pasado por la casa del desertor, ya no hay nadie. Me preguntaba si... Si necesita a alguien.

—¿Alguien?

—Sí.

—¿Estás con ellos?

—¿Con ellos? ¿Con quiénes?

—Pues con los españoles. Con los Rojos. Que llegan de todas partes.

Batista sacudió la cabeza.

—No, estoy solo.

—Tienes la cara muy dura de plantarte aquí, después de todo lo que pasó. Después de que tu hermano...

—Yo no soy mi hermano.

—No voy a contratarte. Pero...

Cayrol se acarició la barbilla mientras observaba a Batista.

—Es cierto que no eres tu hermano. Así que puedes quedarte esta noche. Puedes dormir allí. Solo esta noche, nada más. No se dirá que no he sido clemente en mi vida. Aquí está la llave, toma. Aún tenemos la casa, pero la viña la vendí. Con la edad, y sin que nadie pudiese hacerse cargo de ella... Me la devuelves mañana sin falta, ¿de acuerdo?

Batista se incorporó, con las piernas pesadas por el viaje. Hizo una mueca de dolor.

—Gracias. Su hijo no era tan malo, ¿sabe?

—Tampoco era tan bueno, no me tomes por idiota.

Batista le dirigió una sonrisa triste y se alejó en dirección al canal.

La mesa y los bancos estaban cubiertos de polvo, y el suelo de baldosas hexagonales sembrado de hojas secas que el viento había empujado contra

una pared. Las telas de araña tapaban la ventana. Batista sintió un escalofrío. Salió a buscar algunos sarmientos, que amontonó en la chimenea, los encendió con un puñado de ramitas secas y tendió las manos agrietadas hacia el fuego, suspirando de satisfacción. Le rugía el estómago. Llevaba dos días sin comer nada, desde que un vagabundo se había ofrecido a compartir con él un mendrugo de pan. No se había atrevido a mendigarle un poco de comida al padre Cayrol. Colocó una trampa de lazo detrás de la casa, a la salida de una zona de garriga, y a continuación se puso a buscar dónde dormir. En la habitación de al lado solo quedaban armazones de camas. Batista encontró un poco de paja vieja en la pequeña dependencia contigua a la casa, se fabricó un catre delante del fuego y se durmió vestido mirando el techo ennegrecido por el humo y evocando su juventud perdida. A los veintitrés años, ya era viejo. Viejo por todos los que había visto caer y más aún por todos los que había matado él mismo. Viejo por la guerra.

Al amanecer, se levantó, con las piernas anquilosadas y la tela del pantalón manchada de tierra y sudor. El hogar estaba helado. Una ráfaga de tramontana lo hizo sobresaltarse. Caminó tambaleante hasta la ventana y abrió con cuidado el postigo que daba a la trasera de la casa. Un conejo había caído en la trampa. Corrió a la puerta y abrió. Allí estaban. El padre Cayrol lo había denunciado.

Cuando los gendarmes le pusieron las esposas, Batista no opuso resistencia alguna. Ya estaba en el pellejo de un derrotado.

Condenado por caza furtiva y violación de frontera, fue internado en la prisión de Carcasona. ¡Como si hubiese violado algo cruzando aquel puerto olvidado de los hombres! En cuanto al infeliz conejo, ¡ni siquiera había tenido tiempo de comérselo! Sus compañeros de celda eran aragoneses de la CNT. Juntos, habían empezado a soñar de nuevo. No con la revolución, eso no. Sino con la venganza. La guerra no iba a quedarse así. Habían venido con la esperanza de seguir luchando y los muy bobos de los franceses los habían metido entre rejas. Peor, los carceleros contaban que los que habían huido tras la caída de Barcelona eran en esos momentos cientos de miles, encerrados entre alambres de espino en las playas de Argelès, de Barcarès y de otros lugares. La espuma de lo que llamaban la *retirada.* ¿Y Ramón? ¿Dónde estaba Ramón?

Con el lápiz expectante sobre la hoja de papel, Batista titubea.

Retoma la escritura.

15
Lea

Madrid había caído el 28 de marzo del 39. Negrín, Azaña, la Pasionaria, todos se habían largado al extranjero y los habían abandonado a su suerte. Valencia vivía una época de incertidumbre, mientras la primavera iba asomando la nariz. Corría el rumor de que en Alicante decenas de miles de personas habían quedado atrapadas en los muelles del puerto, igual que Gloria unos días atrás en Valencia. Los pocos barcos que aún seguían amarrados evidentemente no habían sido suficientes para transportar a todo el mundo. El 30 de marzo, los italianos habían rodeado la ensenada. Al día siguiente, mientras la multitud de candidatos al exilio se convertía en prisionera, algunos, a la vista de todo el mundo, se metían una bala en la cabeza, se arrojaban al agua o incluso saltaban desde lo alto de las grúas para hacerse trizas contra el suelo del puerto. El alcalde del municipio de Alzira había exclamado: «Ahora de verdad tendré las manos manchadas de sangre», antes de abrirse la garganta. Niceto había huido.

Había sido necesaria toda la fuerza de convicción de Lea para decidirlo a abandonar el piso de Valencia. Él quería quedarse, defenderlos a toda costa. Con las armas en la mano, si hacía falta.

—¡Qué idiota eres! —había intervenido al fin el Rotg—. Tu madre tiene razón, nos pones en peligro a todos. Aquí todo el mundo sabe que has combatido. Eres un anarquista, un rojo. No podemos confiar en la gente del edificio. Al menos en Sant Balaguer podrás esconderte, todo el mundo te conoce. Severino te ayudará. Incluso Gabriel Brea, el carnicero, o Solsona, el alcalde. La gente del barrio te ayudará, todos lo harán. Si hace falta, te esconderán. Están en las mismas, te echarán una mano. Tienes que irte, aquí corres demasiado riesgo. Los fascistas llegarán en cualquier momento. Vete, y esconde tu fusil.

Niceto sabía demasiado bien lo que los nacionales eran capaces de hacer cuando llegaban a un sitio. Había esperado hasta el último momento,

dudando, dándole vueltas y más vueltas a la cuestión. Dejaba tras él a un hombre de edad avanzada, a mujeres y niñas que no le habían hecho daño a nadie. Pero, si lo encontraban allí, los arrastraría a todos con él.

Al final, se había decidido a emprender el camino hacia Sant Balaguer.

*

Los franquistas habían entrado en Valencia al día siguiente, marchando en densas filas, vestidos con camisas de color azul marino, levantando el brazo derecho en el saludo falangista, coreando: «¡España, una, grande y libre!», «¡Por Dios y por la Patria!», y también «¡Viva Alemania!», «¡Viva Franco!», mientras decenas de banderas de la Vieja España aparecían como por arte de magia para sustituir el pabellón rojo, amarillo y morado de la República, y Lea se preguntó dónde había estado escondida aquella gente durante todos aquellos años.

Aquí y allá aparecía una patrulla que arrancaba de los muros los carteles y los retratos de los líderes de la República. Los fascistas estaban ocupados en quitar banderas, placas de calles, barricadas, justo debajo del edificio del carrer del Riu Sec. Las campanas de todas las iglesias de la ciudad repicaban alegremente.

Enjambres de curas con sotanas negras se dispersaban por las avenidas, bendiciendo todo lo que se ponía al alcance de su hisopo, mientras que los guardias civiles se exhibían con el antiguo uniforme que habían conservado en naftalina el tiempo que había durado la República.

Tras las cortinas de su piso, Gloria, con Blanca entre sus faldas, Lea, Soledad y el Rotg contemplaban el triste espectáculo, apiñados unos contra otros. Durante todos aquellos años, habían constituido la retaguardia de una guerra total. Acababan de pasar a primera línea. Solo les quedaba confiar en que la victoria absoluta volviese al enemigo más clemente. Puede que los fascistas ya no considerasen necesario el terror, ahora que habían ganado. ¿Acaso no habían prometido hacer gala de misericordia con aquellos que no tuviesen las manos manchadas de sangre? Lea pensaba en las monjitas del convento de Sant Balaguer. Ella no las había matado. Tenía las manos limpias. Ella, su marido y sus hijas. Por lo que se refería a Julio Fernández, para los franquistas era poca cosa. Sus hijos habían luchado como soldados. Y, además, del lado de la ley. Podía ir con la cabeza bien alta.

*

Las detenciones comenzaron desde los primeros días. Surcaban las calles guardias civiles con esclavina y de nuevo tocados con sus tricornios. Los

agentes de la DGS9, la policía secreta, estaban por todas partes, secundados por un enjambre de diligentes ayudantes que estaban en posesión de fichas sobre todo el vecindario y a los que se sumaba una muchedumbre que llevaba callando tres largos años. El rencor invadió las calles. A la vecina que había avisado a Gloria de la presencia de Varela en la acera unos días atrás la detuvieron junto con su marido y se los llevaron a un destino desconocido.

El Rotg podía felicitarse de haber convencido a Niceto de regresar a Sant Balaguer.

¡Por una vez que hacía gala de autoridad! El Rotg, al que ya nadie llamaba así. Era demasiado peligroso. Volvía a ser Francisco Soler, sobre todo ahora que el ayuntamiento le había atribuido el piso de los vecinos detenidos a una familia de nacionales.

Soledad crecía. Tenía casi catorce años. Seguía con la nariz metida en los libros. Mientras la marea de fascistas inundaba Valencia, ella le había preguntado a Lea: «Diga, *mare,* ¿son ellos los jinetes del Apocalipsis, como en mi libro?». Lea no había contestado nada. Por primera vez en su vida, tenía miedo. Miedo de verdad.

Lo primero que habían hecho aquellos cabrones había sido restituir los terrenos que los comunistas aún no les habían devuelto a sus propietarios, en primer lugar a los *terratenientes.* La radio comentaba el asunto como si se tratase de un gesto heroico. Todo acto de los franquistas, por otra parte, se tachaba de heroico, ¡hasta el punto de que parecía que estuviesen en tiempos de los Reyes Católicos, tras la expulsión de los moros a África! ¡Cuánta necedad! Con un poco de suerte, Ramón y Batista habrían conseguido pasar a Francia. Y Niceto estaba a salvo. Probablemente, en casa de Severino.

A principios de mayo, los fascistas instalaron un campo de concentración a las puertas de Valencia. Todos los días desaparecía gente del barrio. Los campesinos que venían a vender sus hortalizas al mercado central susurraban con voz inquieta, mirando en derredor: allá había fusilamientos noche y día, oían disparos constantemente. La cárcel de Valencia se llenaba a un ritmo acelerado. La *auditoría de guerra* se reunía cada tres días, en dos o tres sesiones diarias, y condenaban al pelotón de fusilamiento a prisioneros de quince en quince o de veinte en veinte. Las calles no tardaron en llenarse de viudas vestidas de negro, de largos cortejos de mujeres ante las cárceles valencianas, que trataban de llevar algo de comida a los condenados o de abrazarlos por última vez.

En cuanto al dinero, ya empezaba a escasear. Franco había ordenado que volviesen a niveles de antes de la República. Se habían reducido a la mitad y ya nadie podía permitirse el lujo de hacerle encargos a una costurera. Gloria dejó de tener trabajo.

—Pueden detenernos por cualquier cosa —se preocupaba constantemente el Rotg—. Deberíamos irnos mientras podamos. También

nosotros...

—¿Para ir adónde? —bramó Lea mientras desgranaba guisantes traídos del huerto.

—¡A Francia, pues claro! Para reunirnos con Ramón y Batista.

—¿Te has vuelto loco? Ahora mismo ni siquiera sabemos dónde están.

Definitivamente, su viejo tenía la cabeza hueca. Y, además, ¿qué pasaba con Niceto? ¡No iban a abandonarlo!

Lea se preguntaba si no harían mejor en irse para allá también ellos, a Sant Balaguer, a territorio amigo, pero las carreteras no eran seguras y los controles de los nacionales habían sustituido por todas partes a los de los republicanos. Aún titubeaba.

Lo que sucedió en junio del 39 fulminó sus dudas, como si de un rayo de tratase. Un junio tórrido, que todo lo secaba. El aire salobre se pegaba a la piel. El Rotg había ido de mañana al huerto para regar, antes de que el calor empezase a recocer la tierra. Lo que vio le hizo dejar allí plantados tomates y azada. A todo correr, regresó a la calle del Río Seco para avisar a Lea.

*

A lo largo de los huertos, todos los días pasan camiones llenos de condenados.

Se los llevan al campo de concentración, a la cárcel. A la muerte. El Rotg ni siquiera sabe por qué lo ha mirado. Por qué ha levantado la cabeza, él que acostumbra a agacharla al paso de los nuevos amos. Apenas acaba de despuntar el alba, el aire aún está saturado del frescor marítimo. También huele a tomate y a jazmín. Menos mal que le queda la tierra. Su consuelo. Agarra un puñado, la deja deslizarse entre sus dedos. ¿Cómo creer, sintiéndola en las manos, granulosa, que la muerte está en camino? Primero oye el rugido familiar de los camiones en la carretera. Cuando llegan a su altura, Soler no se da la vuelta. No quiere ver los rostros tumefactos por los golpes, por la tortura. Algunos ya están medio muertos. Desde hace unos días, es un desfile permanente de convoyes cargados, los transfieren de una prisión a otra sin que nadie entienda por qué. Luego se desvanecen, desaparecen, y no queda de ellos más que una foto de familia sobre un mueble. Es todo. Nadie sabe qué hacen con los cuerpos.

Por todos esos motivos, el dulce Rotg, el valiente Rotg, no quiere ver. Apretando los puños, se ensaña con la tierra. Pero en esta ocasión, sin saber por qué, ha levantado la cabeza, se ha dado la vuelta. Ha visto. Ha creído ver. No, ha visto, está seguro, en la plataforma descubierta del camión, la cabeza que cuelga sobre los hombros de un muerto, los cabellos rojos, la sangre, los ojos hinchados, cerrados por los golpes: Niceto. Ha visto a Niceto en el camión y, sin embargo, sabe que no es posible. Niceto *no puede* estar en ese

camión, puesto que se encuentra en Sant Balaguer. Pero el camión ya ha girado la esquina y no queda más que una nube de polvo en suspensión, tragada por el siguiente camión con su carga de muertos vivientes.

Soler espera a que pase el último y, corriendo tanto como le permiten sus piernas cansadas, se apresura en dirección a la calle del Río Seco y sube corriendo las escaleras que llevan al piso, tratando de convencerse de que ha soñado.

Arriba, Soledad está terminándose su vaso de leche, era el último, después de eso ya no habrá más. Blanca está probándose un vestidito que le ha cosido Gloria, Lea ha puesto agua a calentar.

El Rotg ha perdido su gran sombrero por el camino. Le cuesta recuperar el aliento.

—Niceto. Lo he visto. En un camión. Lo han detenido.

*

«Que no, que no es posible, ha soñado. El viejo ha soñado. Niceto no. Mi Niceto no. Habría...». Lea ni siquiera acertaba a pensar. «Habría que ir a Sant Balaguer. Pero ¿cómo? ¿Cómo? Da igual cómo».

Lea era una vieja. Que la detuviesen si les daba la gana. Quería saber. Aunque tuviese que ir a pie, arrastrándose, acabaría por saber.

Tardó cinco días en llegar al pueblo. Cinco días de miedo. Evitando los controles yendo por las terrazas de los naranjales. Pasando hambre, y miedo. Escondiéndose, viviendo con el temor de que la detuviese una patrulla y le pidiese los papeles. Cinco días. Por la noche, se deslizó a hurtadillas por el barrio alto, a pesar del toque de queda que habían instaurado los fascistas. El café de Severino no estaba abierto. Enfrente, los postigos de la casa de los Soler permanecían cerrados. Lea tocó a la puerta tan suavemente como pudo. En algún lugar, en la oscuridad, un perro se puso a ladrar. Como siguiese así, aquel maldito chucho iba a despertar a todo el barrio y a alertar a una patrulla.

Por fin, oyó el ruido sordo de unos pasos en el interior. Una voz inquieta susurró tras la puerta:

—Está cerrado, ¿quién es?

—¡Ya veo que está cerrado, Severino, no soy idiota! ¡Abre, que soy la Gateta!

Una mano surgió de la puerta y literalmente tiró de Lea hasta el interior del café.

—¡Lea! No enciendo la luz, nunca se sabe... Si alguien te ve aquí, estamos perdidos.

En la penumbra, ella distinguía el rostro de Severino, inquieto, reluciente de sudor.

—Habla, Severino, ¿qué pasa aquí?

Como él dudaba, Lea le puso la mano en el pecho.

—Habla, estoy lista. No he venido hasta aquí para marcharme sin saber nada. El Rotg creyó ver...

Severino la interrumpió:

—Lea. Lo detuvieron. Nada más llegar, lo detuvieron. Los detuvieron a todos. Al carnicero Brea, al alcalde Solsona, a todos se los llevaron.

—Pero ¿qué dices?

En los ojos de Severino brilló un destello enloquecido cuando se encendió un cigarrillo.

—Lea, tienes que irte. Si alguien te ve aquí, te detendrán. No deberías haber venido. ¿Te acuerdas del sobrenombre de los Soler? Los Rojos. A Niceto lo denunciaron enseguida. Esas ratas se habían quedado escondidas en el barrio bajo, pero ahora salen de sus agujeros y nos señalan con el dedo. Yo también tengo que irme, si no quiero que me cojan. No solo detienen a los anarquistas, a los comunistas, a los socialistas. Se llevan a todo el mundo. A todos los que no estén en su bando. Los mudos, los indiferentes, para ellos son iguales, son todos culpables —jadeó Severino—. No sé a cuántos de nosotros matarán antes de parar.

Exhaló el humo en dirección al techo ennegrecido de la sala.

Lea lo apremió:

—Pero... ¿tú lo viste? ¿Está vivo? ¡Cuéntamelo de una vez! ¡Los detalles, Severino, cuéntame!

Para ganar un poco de tiempo, el tabernero le dio otra calada al cigarrillo.

—Sí, está vivo. Pude verlo.

Se detuvo, embargado por la emoción.

—¡Habla!

—Tú lo has querido. Escucha, ni siquiera Cristo sufrió tanto como ese hombre. Fui a la cárcel y pagué a un guarda para verlo. Él... Mierda, era una pura llaga. Le habían propinado tal paliza que no pudo ni hablarme. Tenía los ojos cerrados. Los gusanos se le habían metido en las carnes... Habían empezado a comérselo, Lea.

La voz de Severino se entrecortaba. Lea comprendió que el tabernero estaba llorando en la oscuridad.

—Yo... Tenía la camisa... Le llevé una mía. Ya sabes lo alto que es tu hijo. Y a mí me has visto. La camisa era demasiado pequeña, claro. De todas formas conseguí ponérsela, aunque no abrocharle los botones. Así se fue. Se lo llevaron al día siguiente... No sé dónde está. Lea... Tienes que irte. Tienes que marcharte. Puedes descansar un poco aquí, si quieres, pero cuando amanezca debes estar lejos. Aquí eres demasiado conocida.

—¿Severino?

—¿Qué?

—Fuimos nosotros quienes lo enviamos aquí. Creíamos que aquí

encontraría ayuda, que lo esconderían.

—Todos los que podrían haberlo hecho también están detenidos. Fue Solsona quien lo acogió. Se los llevaron a los dos, y a la familia de Solsona también.

—¿Incluso a los niños?

—Incluso a los niños.

—¿Y qué hacen con ellos?

Severino se encogió de hombros y se sorbió los mocos.

—No lo sé. ¿Lea?

—¿Qué?

—Tengo una cosa para ti. La guardé. Espérame aquí.

El tabernero desapareció en la estancia contigua. Lea lo oyó rebuscar. Su mujer le susurró algo, pero él la mandó callar. Regresó con un paquete en las manos. Acabó por encender una vela, frente a la que colocó una caja de galletas de hojalata para ocultar la luz. En realidad, el paquete era una maleta. Severino la colocó sobre una mesa y la abrió.

—Es la suya.

La camisa estaba rasgada, sucia, llena de manchas, hecha jirones. Endurecida por la sangre seca, negra. Un sudario que Severino desplegó ante la luz trémula de la vela. Lea se tapó la boca con ambas manos para no gritar.

Con sumo cuidado, agarró el harapo ensangrentado, hundió en él su nariz, buscando el olor de su hijo, mojando la tela con sus lágrimas.

Severino esperó un buen rato, luego, con infinita dulzura, se la quitó de las manos.

—No puedo dejártela, Lea. Si te cogieran con ella, entiendes...

—Por favor, Severino...

—Vendrás a buscarla cuando haya acabado todo.

Lea se incorporó de pronto, levantando la barbilla y estirando el cuello, y clavó sus ojos negros en el rostro del tabernero, que se enjugaba torpemente una lágrima de la mejilla.

—No, vendrá a buscarla él. Está vivo. ¡Sé que está vivo!

—Lea...

—Cállate.

---

9. Dirección General de Seguridad.

16
Lea

Querían irse. Todos, todos querían irse. El Rotg, Gloria y hasta Soledad. Huir.

Los otros aparecían todos los días. Se llevaban gente todos los días. Todas las mañanas.

Severino le había contado que se oían las detonaciones, los disparos del pelotón de fusilamiento, a lo largo del muro del cementerio, cuando los mataban. Y luego había llegado una carta de Sant Balaguer, la semana anterior. La mujer de Severino. El Rotg la había leído con dificultad. También se lo habían llevado. Ya se los habían llevado a todos, como si a los fascistas no les bastase con la victoria. Como si también necesitasen eliminarlos, borrarlos de la faz de la tierra, uno a uno. Muy pronto, una mañana, llegarían, subirían las escaleras del edificio de la calle del Río Seco y los detendrían, del primero al último, Lea lo sabía. El Rotg, Gloria, Soledad. Pero... ¿abandonar a Niceto? Niceto, que estaba en algún lugar, vivo, pudriéndose en una celda, necesitando que lo salvasen. Lea no podía aceptarlo. Las cárceles ya las había recorrido todas, llamando a sus puertas, rogando, suplicando. Nada. Nadie sabía nada. ¿Niceto Soler? Desconocido. Niceto Soler se había volatilizado.

Desde el que Rotg lo viera pasar en el camión y sobre todo desde que Lea regresara de Sant Balaguer y les contara lo de la camisa ensangrentada y lo demás, el Rotg, su viejo, ya no hablaba. Solo había abierto la boca para decir, una única vez: «Está muerto. Ahora hay que irse. Rápido». Lea habría sido capaz de golpearlo, sí, de golpearlo, por haber pronunciado esas palabras. Si Niceto estaba en alguna parte, vivo, nada de lo que ella pudiese intentar iba a sacarlo de la cárcel. Y si estaba muerto... No, imposible. No después de haber sobrevivido a tantas y tan horribles batallas. También a aquella tenía que sobrevivir, era necesario. Lo único que podían hacer era marcharse. Huir. Borrón y cuenta nueva.

Los franquistas habían restablecido los trenes. Con papeles era posible circular, a pesar de los constantes controles y del toque de queda.

Una vez más, lo habían abandonado todo. Cerraron con llave la puerta del piso, se apiñaron en un convoy que salía hacia el norte, lanzando miradas asustadas a las patrullas que deambulaban por los pasillos, y hasta Lea se obligó a fijar obstinadamente la vista en sus pies, pues se sabía incapaz de agachar la mirada ante cualquier autoridad.

En Figueres, se habían apeado del tren y se habían desviado hacia Ripoll, en autobús. Por las calles de la ciudad se cruzaban con sombras, intercambiando miradas furtivas. Los callejones estaban plagados de candidatos al exilio, de aquellos que, como ellos, no habían podido unirse a la *retirada* y buscaban desesperadamente el medio de escapar a la férula de los vencedores, a la masacre. Desgraciados que los guardas de las patrullas fingían ignorar, cuando no recaudaban entre ellos su particular diezmo, el rescate del miedo, convencidos de que de todas formas sus presas no podrían escapárseles. Corría un rumor de pensión en pensión: la montaña era peligrosa. Había maquis que se habían refugiado en ella. Esos se negaban a abandonar la lucha, esperando a la muerte con las armas en la mano, en el frío de su nido de águilas.

Los Soler habían hallado refugio en una pequeña pensión familiar de la localidad de Molló, no lejos de la frontera. La carretera que llevaba a Prats-de-Molló, al otro lado, estaba cerrada. Por la noche, junto a la estufa, la patrona no había tardado en proponer a Lea los servicios de un primo montañés, uno que allá arriba se sentía como en casa y que sabría conducirlos a donde quisieran ir, siempre que pudiesen pagar sus servicios. La empresa era arriesgada. Los hombres de los pueblos ponían en peligro su vida, se merecían que los compensasen por correr tamaño riesgo.

La patrona de la pensión se llamaba Prudencia. Prudencia Bixquert.

Lea había fingido que se lo pensaba un momento y enseguida se había vuelto hacia Gloria, que se había sacado las pesetas de la blusa. Era todo lo que había podido juntar. Sus ahorros de costurera.

—¿Es todo? —se había asombrado la matrona.

—Y bastará —replicó Lea.

La Bixquert concluyó:

—Mañana. No habrá luna y el cielo estará cubierto. Vendremos a buscaros. Estad preparados.

*

Es noche cerrada. Llevan esperando desde las ocho de la tarde, con el estómago prácticamente vacío, a no ser por un triste pedazo de pan rancio. El reloj acaba de dar la una de la madrugada cuando al fin Prudencia rasca la puerta y susurra: —Es la hora. Hay que irse.

Lea abre y se sumerge en el pasillo. La otra ni siquiera ha encendido una

vela.

Abajo, en la sala, espera un hombre, tocado con una boina. Las brasas iluminan sus mejillas ensombrecidas por un vello negro y recio. Bajo el chaquetón, el guía no tiene muchas carnes. Lea porta un hatillo, el Rotg arrastra una maleta, Gloria lleva a Blanca, y Soledad, una pequeña bandolera.

—Vais demasiado cargados —constata el hombre observando el equipaje de los Soler—. Hay que dejar la maleta.

Lea se planta frente a él, con los puños en las caderas.

—¿Qué dices? ¿Y qué más?

El hombre se rasca la frente bajo la boina, la mira fijamente. El chaquetón que lleva está lleno de mugre y suelta un tufillo a oveja. Observa a la Gateta y señala a Blanca.

—Entonces lo cancelamos todo y me voy. Además, no sabía que había una criatura tan pequeña.

El Rotg sale de su mutismo:

—Deja la maleta, qué más da.

Lea abre la boca para responder, pero por una vez se queda muda. Algo la retiene. Ese hombre huele a peligro, no solo a establo y a aprisco. Huele a lobo.

Acaba por ceder:

—No tenemos otra opción.

Prudencia Bixquert repite:

—Ahora hay que irse.

Caminan, seguramente por un sendero, pero no distinguen gran cosa a su alrededor. Han salido del pueblo en fila india, con el guía delante, seguido de Soledad, después Lea, luego Gloria con Blanca. El Rotg cierra la marcha. A intervalos regulares, el guía se vuelve. Mira a Soledad. Bueno, lo que alcanza a ver: su caminar, su silueta grácil envuelta en la noche. Incluso la barrera sombría que forma el flanco de la montaña se confunde con la oscuridad.

El ruido amortiguado de sus pasos se confunde con los latidos de su corazón. A Lea le parece que en cualquier momento va a aparecer una patrulla para detenerlos. Más allá, en algún lugar, ha oído pasos, unos pasos que no son los suyos. No se atreve a alzar la voz. Si se trata de una patrulla, están perdidos. El contrabandista, el muy imbécil, no se ha dado cuenta de nada. ¿Para qué demonios le pagan? Otro inútil. Como si no hubiese otra cosa sobre la tierra...

Una sombra, apenas una silueta, sale de la espesura, vestida con un chaquetón con cuello de piel. Se acerca al guía. Esos dos se conocen. Lea frunce el ceño. La columna se detiene. Los tipos susurran, Lea solo distingue palabras sueltas. Da la impresión de que están negociando. Finalmente, sacuden la cabeza, parecen ponerse de acuerdo. El recién llegado se vuelve hacia ellos, avanza unos pasos y coloca la mano en el hombro de Soledad,

cuyo cuerpo se tensa.

—¿Quién es la madre de la muchacha? —pregunta en catalán.

Lea avanza un paso. Responde en valenciano:

—Soy yo.

—¿Eres tú la madre, la valenciana?

—Sí.

El chaval se balancea de un pie a otro, como si dudase.

—Me he cruzado con una patrulla. He venido a avisaros. No pasaréis esta noche, es demasiado peligroso. Vais a tener que volver a bajar. O bien...

Mira a Soledad. Gloria aparta la mano del chaval del hombro de su hermana. Lea levanta la barbilla: —No era eso lo acordado.

El guía también avanza, se coloca junto a su cómplice.

—Lo que habéis pagado no es suficiente.

Esa vez es el Rotg quien responde:

—Pero la patrona de la pensión nos dijo que...

—Prudencia no podía saber que esta noche iba a haber patrullas por aquí. Hay otro camino, pero...

Señala a Soledad con un gesto de la cabeza.

—Tendríais que dejarnos un rato con ella, si no tenéis dinero.

Lea se acerca aún más al hombre, pero el Rotg la aparta con un gesto brusco. Hace algo que ella no ha visto en mucho tiempo. Agarra al guía por el cuello del chaquetón.

—¿Cómo te atreves?

Lo ha dicho gritando. Los dos montañeses ahora lanzan miradas inquietas en derredor. No aparece nadie. El contrabandista se encoge de hombros.

—Como queráis. Bajamos.

Coge las manos del Rotg y las aparta tranquilamente de su ropa.

—¡Vamos, viejo, no te enfades, oye!

Gloria planta a Blanca en los brazos de Lea y avanza hacia ellos con paso decidido.

—Llevadme a mí. Llevadme a mí, pero no toquéis a la niña.

Sorprendidos, los dos miran a Gloria y se echan a reír.

—¿Acaso te hemos pedido algo, pelirroja?

Es la primera vez que un hombre la rechaza.

Finalmente, es el guía quien decide:

—Bueno, estamos helándonos, no podemos quedarnos aquí, es demasiado peligroso. Conque hay que elegir: si no queréis entregarnos a la niña, tenéis que darnos más dinero.

—Cabrones —murmura Lea.

—A ti, vieja, vamos a dejarte aquí abandonada como no cierres el pico.

—Esperad.

Gloria hurga en el abrigo que se ha cosido para el viaje. Extrae un fajo de pesetas de un bolsillo interior.

—Es todo lo que me queda.

El guía cruza una mirada con su compañero, agarra los billetes.

—No puedo ver cuánto hay, está demasiado oscuro. Confiaré en ti, habrá bastante. ¡Venga, vámonos!

El convoy reanuda la marcha hacia las cimas.

*

Habían caminado, dando vueltas durante mucho tiempo por la montaña. Un poco antes el amanecer, pasaron un pequeño puerto. En torno a ellos, la silueta de las cumbres se recortaba débilmente contra el cielo negro. Su aliento formaba nubes de vaho en el aire helado. Descubrían ahora la melena rubia del segundo tipo, el pelo como estopa que le caía sobre el cuello del chaquetón.

Los guías se habían puesto de acuerdo un momento antes de volverse hacia los Soler, luego el joven de la boina había señalado con el dedo un grupo de casas grises situadas un poco más abajo. De dos de ellas salía humo.

—¿Veis esas casas, allá abajo? Es Francia. Llegaréis en menos de media hora. Nosotros no podemos ir con vosotros. Venga, buena suerte. Y sin rencores, ¿eh? Todo el mundo tiene que ganarse la vida, ¿no?

Los guías les habían dado la espalda sin esperar respuesta. Habían retomado el camino hacia España.

Tambaleándose de frío, los Soler habían iniciado el descenso hacia Espinavell. Una pequeña aldea de la Cataluña española, situada a unos cuantos cientos de metros de lo que creían que era Francia. La montaña los había escupido en manos de sus verdugos.

Encontrar los medios para regresar a Valencia había sido un calvario. Como pordioseros, habían vendido lo poco que quedaba de su mísero equipaje, luego habían mendigado para completar la suma que necesitaban para volver a su casa y, para terminar, habían sumado las últimas pesetas que Gloria había conservado en otro bolsillo disimulado en el forro del abrigo.

Mendigar. Lea se sentía sucia de haber tocado fondo de esa manera, por haber tenido que soportar que aquellos hijos de puta le reclamasen a su hija menor, por haber visto a la mayor intentar venderse para salvarlos. Definitivamente, Gloria no era otra cosa que una perra. Le daba ganas de vomitar.

Acunada por el balanceo del tren, Soledad dejó caer la cabeza sobre su hombro. Un ligero ronquido se escapaba de su boca. Lea miró a los suyos, un hombre, mujeres, una niña, todos mugrientos, agotados, sin blanca. Pordioseros. Sí, eso es lo que eran ahora: pordioseros, condenados, presa del miedo.

Lea volvía a pensar en las monjitas lapidadas, molidas a palos, en el jardín del convento. Cuánto miedo habrían sentido también ellas. Y cuánto dolor. Cuánto frío debían de sentir bajo tierra. Su mirada se detuvo en el Rotg. Hacía una mueca dormido, gemía por efecto de algún dolor y se tocaba el pecho hundido, como por reflejo. Su pobre viejo. Parecía completamente acabado... ¡Lejos quedaba el tiempo en el que la hacía bailar!

Mientras los párpados le pesaban cada vez más, pensó que ya no podría velar más por su rebaño. Dejó de luchar, cayó, absorbida por el largo túnel en el que acaba de entrar el tren.

Invadió el compartimento el olor acre del hollín, el estruendo de las ruedas chirriando al dar con los raíles. Luego el ruido se desvaneció en una luz cegadora.

De pronto, Lea ya no estaba en un vagón de tren con los suyos. Caminaba por las traviesas de las vías y se preguntaba adónde se había podido ir el tren, adónde habían ido a parar Gloria, Blanca, el Rotg y Soledad.

En torno a ella, nadie. Solo un paisaje desconocido, desértico y llano, como la *meseta* aragonesa. Y los raíles, paralelos, que avanzaban hacia un cielo tormentoso, se unían, allá a lo lejos, convergiendo hacia una silueta humana indistinta.

Lea dio unos pasos y la silueta también, pero en vez de avanzar en su dirección huía hacia el horizonte. Huía *de ella.* Entonces, Lea se quitó los zapatos y echó a correr por la vía. Enseguida el horizonte se tragó a la silueta, que desapareció.

17
Gloria

Gloria se despertó sobresaltada, tomando una gran bocanada de aire. Tardó un momento en comprender dónde se encontraba. Todos dormían: Blanca, acurrucada en sus rodillas, con la manita apoyada en su seno izquierdo, el padre, con la mano crispada sobre el pecho y la respiración ronca, Lea, con el rostro agitado por los tics. Solo Soledad conservaba los ojos bien abiertos, llenos de horror. Niceto, de pie en el pasillo, los observaba en silencio, con el rostro tumefacto apenas reconocible, el pecho desnudo y descarnado surcado de cicatrices en las que se agitaban los gusanos, la piel salpicada de pecas, los pies descalzos. Sonreía. Gloria oyó el gemido ahogado de Soli. Detrás de Niceto, Justina, con su vestido de novia ensangrentado, acunaba a su bebé muerto. Estaban allí de pie, sonriendo los tres, como si posasen para una foto de familia ante un fotógrafo demente. Gloria oyó una especie de chapoteo. Bajó la vista y descubrió el charco de orina que crecía bajo el banco donde estaba sentada Soli.

Cuando levantó la cabeza, los fantasmas se habían desvanecido.

Soledad acertó a decir:

—¿Tú también los has visto?

Incapaz de contestar, Gloria tragó saliva con esfuerzo y se limitó a asentir.

Supo así que Niceto había muerto. Y que Soledad había heredado esa maldición familiar que consistía en ver aparecidos y espectros.

Molidos, doloridos y sucios, los Soler regresaron al piso de la calle del Río Seco, que por fortuna no había sido confiscado entretanto. Habían estado ausentes apenas una semana. Una semana que les había parecido durar meses.

Apenas llegados, Lea se puso a recorrer la ciudad en busca de Niceto. Ni Gloria ni Soledad se atrevieron a contar lo que habían visto en el tren, ese

secreto que las unía todavía un poco más. Los Soler volvieron a instalarse en el miedo. Y en el hambre.

Ya no les llegaban noticias del mundo. España se había convertido en una gigantesca prisión, un país de fronteras cerradas, del que ya no podían salir ni ellos ni los que eran como ellos. Conocieron, no obstante, como el resto del mundo, la noticia de la declaración de guerra. La tempestad que tanto habían ansiado se cernía sobre Europa. El 1 de septiembre del 39, Hitler invadió Polonia. Francia y Gran Bretaña al fin declararon la guerra a los fascistas. La prensa nacional les auguraba una humillante derrota. Gloria apagó la radio. ¡Qué ironía! Cinco meses. ¡Les habían faltado cinco meses! Si tan solo hubiese sucedido un poco antes... Si los muy cobardes de los ingleses y los franceses no hubiesen firmado la paz en Múnich en el 38... Curiosamente, comentó el Rotg, Franco no parecía tener prisa por reunirse con sus cómplices italianos y alemanes en la batalla.

Le rugió la tripa.

Las penurias y el racionamiento habían comenzado mucho antes de la victoria de Franco, cuando el curso de la guerra se había desviado en contra de la República. Pero desde mayo era mucho peor. Gloria ya casi no tenía leche, por culpa de las privaciones.

Se levantó con gran esfuerzo y se preparó para ir al mercado, torturada por el miedo a los puestos vacíos. ¿Dónde había metido su cartilla de racionamiento, la de la carne? De todas formas, casi nunca había. A saber por qué obligaban a todo el mundo a tener dos cartillas, una para la carne y otra para el resto de los alimentos. La España fascista era pobre, más pobre aún que la republicana. Las noticias se reducían a la mínima expresión: cantar las alabanzas del Caudillo y de sus aliados. La censura acechaba, pero la gente hablaba. Susurraba, mejor dicho. Franco había abierto aún más campos, cerca de Alicante y en otros lugares, y decían que estaban tan atestados de republicanos que ya no cabían más. Contaban incluso que, para hacer sitio para los nuevos presos, *se* fusilaba regularmente a todos aquellos que el hambre no había podido exterminar. *Se* fusilaba...

Ese «se» tenía un nombre: Francisco Franco. Decían los rumores que el Generalísimo tenía por costumbre leer las condenas a muerte mientras se bebía tranquilamente el café de la mañana. El Generalísimo, con cuyo nombre se acababa de rebautizar la plaza mayor de Valencia y que hacía uso de la clemencia con gran mesura, pues indultaba menos presos que toros bravos un público de *aficionados.* Se contaba, precisamente, que un matador nacional había dado muerte en la arena a varios republicanos. Cuando el Caudillo se había terminado el café, ratificaba de su puño y letra las sentencias. «E» para ejecución. Y, con una frecuencia mucho menor, «C», para conmutación por prisión perpetua. Si quería dar ejemplo, y era así como se habían hecho populares sus siniestras costumbres, escribía al margen de la sentencia: «garrote y prensa».

Todos los días desaparecía gente del barrio. Los vecinos se percataban al

ver una bicicleta que se oxidaba olvidada contra un muro, cuando normalmente su dueño la usaba a diario.

Los niños. Eso era los que más miedo le daba a Gloria. Esos cabrones se llevaban a los niños. Era sobre todo por eso por lo que quería irse. Por miedo a que un día apareciesen. Que la matasen a ella, bueno... Pero que se llevasen a Blanca y se la diesen en adopción a una familia de nacionales que haría de ella una adulta llena de desdén, de odio y de mentiras... Seguramente Soledad se libraría. Era demasiado mayor para que se la quitasen a su madre. Demasiado joven para la cárcel. Soledad se había convertido en una hermosa adolescente, pero pequeña, fina, nada que ver con la corpulencia de los Soler. Su pelo del color de la caoba había crecido. Caía con gracia sobre sus hombros. Mientras hurgaba entre sus cosas en busca de las cartillas de racionamiento, Gloria dio con una foto de Soli con el traje regional valenciano, tomada un año antes. Un traje de alquiler. La había llevado a un fotógrafo del barrio, como era costumbre. Soli miraba al objetivo con sus ojos llenos de inteligencia, luciendo una peineta colocada sobre el moño y un rico vestido de seda que le ceñía la cintura menuda, mientras con la delicada mano sujetaba el abanico abierto frente a ella. Soledad. Su muñequita. Se le impuso la imagen de la recién nacida en su caja de zapatos. Sí, Soledad era hermosa, pero con una belleza tan diferente. Hermosa y, sobre todo, inteligente.

Incluso había obtenido el certificado de estudios primarios sin que le costase gran cosa. Cuando Gloria le preguntaba qué quería hacer más adelante, Soli respondía invariablemente que deseaba entrar en una escuela de secretariado, en Francia o en España. Y decir que ahora también ella veía fantasmas... Gloria hizo desfilar por su memoria los rostros familiares de sus espectros. Severino. Brea. Solsona. Los habitantes del barrio alto. Detenidos. Torturados. Asesinados. Como Niceto. ¿A qué fosa los habían echado, en compañía de qué desgraciados compañeros de infortunio?

Como si eso importase, una vez muertos.

Gloria no encontró carne en el mercado. Ni verduras. Solo arroz, que condimentaría con las especias cotidianas, habituales, del miedo. Por el camino, se cruzó con una extraña procesión de prisioneras a las que llevaban a misa. Un desfile de esposas, de hermanas, de hijas de rojos a las que habían denunciado sus vecinos, a veces su propia familia.

Caminaban en fila india, con la cabeza gacha, fijando la vista en sus manos juntas, con una cruz bien visible enganchada como una marca de infamia en su ropa gastada. Los verdugos les habían rapado el pelo a todas ellas, dejando tan solo un mechón en lo alto de sus frentes, que habían adornado con un lazo con los colores de la monarquía. Al llegar a la plaza del Caudillo, las desgraciadas tuvieron que levantar el brazo para hacer el saludo fascista, mientras sus carceleros falangistas las obligaban a gritar: «¡Arriba España!». Las prisioneras cruzaron la plaza entre dos filas de fanáticos que les

gritaban a la cara «¡Sucias perras rojas!», «¡Putas de los rojos!», mientras escupían y arrojaban mondas de naranja a su paso. Gloria reprimió una arcada.

El deseo de fundirse con los muros de la ciudad, en la grisura del día a día, de la muchedumbre anónima. La impresión de entrar en una larga, larguísima noche.

18
Lea

Podría haber sido peor. A fin de cuentas, la paella estaba rica. En cualquier caso, la pequeña Blanca pedía más. Lea había tenido que hacer gala de habilidad y paciencia. Una rata, era todo lo que había podido conseguir en el mercado negro. Gris, con una larga cola. Y eso, ahorrando. En casa ya nadie sabía de qué color era el dinero. Una vecina le había hablado a Lea de un antiguo molinero cuyo hermano estaba en la Falange. El tipo vendía un poco de todo, sobre todo harina, pero a diez veces el precio oficial. Lea había podido pagar algunas verduras y un poco de arroz agorgojado. La Gateta había adelgazado mucho. A Blanca se le había empezado a hinchar la tripa por culpa de la malnutrición. La pequeña pronto iba a cumplir cuatro años, y los pechos flácidos y resecos de Gloria ya no servían para otra cosa que para engañar el hambre de la chiquilla. Dos largos años habían transcurrido desde la victoria de Franco y a Lea le parecía que el país entero se había vaciado.

Sorprendió la mirada de Gloria fija en los huesecillos de la rata.

—¿Tú crees que podríamos guardarlos para hacer un caldo?

Los ecos de una procesión se filtraban a través de las ventanas cerradas.

Lea se encogió de hombros.

—¡Tampoco hay que exagerar!

—No dirás eso mañana, cuando tengas hambre.

Soledad tosió. Estaba quedándose literalmente en los huesos. A pesar de haber cumplido quince años, ya no crecía. Igual que su hermana, igual que muchas mujeres, ya ni siquiera tenía la regla. Por culpa del hambre, aseguraban las vecinas, el hambre, que encima les provocaba diarrea. Soledad siempre había padecido de la tripa. El Rotg se pasó la mano por el cráneo pelado.

—Desde principios de verano, los franquistas se han apoderado de todo: las fábricas, las minas, los carburantes. Cuando ganaron, el país estaba devastado, y ahora es peor... Ese idiota con uniforme de gala se cree que

podemos vivir prescindiendo del mundo.

Gloria lo interrumpió a media voz:

—¡Chsss! Más bajo, *pare,* que como lo oigan los vecinos...

El Rotg gruñó:

—De todas formas, los fascistas ganan por todas partes. ¿No has oído la radio? Los alemanes están a las puertas de Moscú y nada ni nadie los detiene.

Lea soltó una risa sarcástica.

—¡Nos han hincado el diente! Son lobos. Lobos hambrientos.

—¡No tan hambrientos como nosotros! —contestó Gloria.

Los Soler se echaron a reír.

—¿Cuánto se tarda en morir de hambre? —preguntó Soledad cuando volvió el silencio—. Quiero decir que cuánto se puede aguantar sin comer.

Nadie le contestó.

—Si pudiese encontrar trabajo... —dijo Gloria—. Pero no hay nada que hacer. En mi opinión, lo saben. Cuando me presento, me miran raro. Nunca me cogen. Tienen listas, estoy segura de que tienen listas.

Lea apretó las manos contra el vientre.

—Tampoco pueden saberlo todo, hija mía.

—*Mare,* no solo encierran a los republicanos, sino que a los rojos los matan. A otros los detienen simplemente por no haberse opuesto a... —Gloria baja la voz—. A nosotros. El obispo de Vic ha llegado a pedir «un bisturí para sacar el pus de las entrañas de España».

—¡Malditos curas!

—Más bajo, *mare,* que van a oírnos. ¿Quiere acabar en uno de los campos de Levante? Ya sabe que ahora pueden remontarse hasta los orígenes del mundo, o casi. Te detienen por algo que has dicho o hecho, digamos, en el 30 o en el 34. Esa gente ha perdido la razón. Está dispuesta a exterminar a la mitad del país. A no dejar con vida más que a los franquistas.

El Rotg intentaba convencerse.

—Bah... De todas formas, necesitan gente para que el país funcione.

Gloria barrió el argumento con un gesto de la mano.

—¿Para que el país funcione? Pero ¿cómo? ¿Ha visto cómo está el país, *pare*? ¡Si ya no hay trabajo! No nos necesitan.

Los Soler seguían sin tener noticias de Ramón ni de Batista, y mucho menos de Niceto. Nada desde el 39. La desaparición de sus hijos reconcomía a Lea por dentro. El Rotg había dejado de pronunciar sus nombres delante de ella. La urgencia del día a día era tal que ya no conseguía pensar. Puede que las cartas no les llegasen. Sí, seguro que era eso.

Soledad se levantó.

—A finales de año, cuando termine la escuela, podré aprender secretariado. A mí sí que me darán trabajo. Me admitirán. Yo era pequeña en el 36. Tendréis qué comer, os lo prometo, os daré de comer a todos.

Los cantos nacionalistas y religiosos de la calle cubrieron el silencio que se hizo tras las palabras de Soledad.

Lea intentó mover sus piernas hinchadas por el edema.

Maldita sea, cómo le podían doler tanto...

*

Lea se levantaba cada mañana con el estómago vacío y la boca pastosa. Las jornadas letárgicas fluían como el agua, sin que pudiese retenerlas, y cada día sus fuerzas iban menguando. Siempre tenía las piernas hinchadas. Cuando conseguía sacar fuerzas de flaqueza para salir a buscar un poco de comida, se cruzaba con decenas de mujeres como ella, espectros tambaleantes, que avanzaban penosamente bajo los asaltos del *poniente.* Gatos, perros, ratas, todo se vendía, hasta tal punto que los animales habían abandonado la ciudad, huyendo del ser humano como nunca.

El rostro del Rotg había empezado a hincharse de un modo inquietante, su aliento se volvía mefítico. Era el que más había adelgazado de todos. Pero no se quejaba de nada, se fijó Lea. Puede que ella protestase por los dos.

Decidida a encontrar al menos algunas mondas de patatas para echarle al caldo, la Gateta se levantó de la cama. Le dolía todo el cuerpo. Hizo una mueca de dolor y trató de calmar los calambres agarrándose los dedos de los pies con las dos manos. A fuerza de retorcerse sobre el colchón, acabó por despertar a su Rotg.

—¿Qué te pasa?

—Es un calambre, enseguida se me pasa. Ya se me está pasando.

Susurraba en la oscuridad para no despertar a los demás.

—He soñado con una mesa llena de comida.

El Rotg se había incorporado en la cama. La miró fijamente con los ojos claros hundidos en el rostro hinchado y cubierto de barba gris, como si la observase desde muy lejos.

—Me da vergüenza.

—Pero ¿qué dices, mi pobre viejo?

—Que me da vergüenza. Vergüenza de no poder dar de comer a los míos.

—Anda, cállate. Y deja de hablar de comida, que me duele el estómago. Voy a levantarme. Voy a intentar encontrar algo. Ayer encontré mondas de naranja.

El Rotg apartó la sábana con un gesto débil.

—Tengo que ir al huerto.

—Pero si ya no hay nada.

—Da igual. Voy a cavar y voy a sembrar.

—Pero ¿qué vas a sembrar, pobre tonto, si nos hemos comido todo el grano que había en casa?

Él se rascó la cabeza, en un gesto familiar.

—Yo qué sé. Pero si voy, igual saco alguna raíz que hayamos olvidado. Un rábano, o cualquier cosa.

—Si ni siquiera tienes fuerza...

—Sí, voy a ir.

—Bueno, pues abrígate, que hace viento.

El Rotg tardó su buena media hora en vestirse. Sus gestos estaban ralentizados. Tampoco Lea se movía muy deprisa. Todos los habitantes de la casa dormían profundamente.

«Al menos durante ese tiempo no sienten el hambre», pensó Lea cerrando con cuidado la puerta tras ella.

Bajó en ascensor y salió a la calle con paso prudente. La cabeza le daba vueltas. Luchó un momento contra el mareo, tratando de dirigirse hacia el puerto. Sabía que no podía esperar nada de los puestos vacíos del mercado. Tan solo unos pocos barcos permitían a los comerciantes del mercado negro aprovisionarse. Con un poco de suerte, de todos modos, esperando un milagro, conseguiría, quién sabe, negociar dos o tres cabezas de pescado con un pescador.

Se encogió de hombros. ¿De qué servía soñar? A las familias franquistas las servían las primeras, y ni siquiera con eso bastaba. También se hacían con todo lo que quedaba. La gente como ellos, los Soler, los rojos, podían reventar. Dobló la esquina de la avenida del Reino de Valencia y se encaminó hacia el puerto, en dirección al este.

*

Lea se arrastra por el bulevar. La cabeza le da vueltas. De pronto, al doblar la esquina de la calle del Pintor Salvador Abril, distingue la silueta que camina por la vía del tren. Esta vez, la reconoce. Niceto. ¡Es él! Grita su nombre. Él no la oye. Se aleja. Se le escapa una vez más. Lea suelta el cesto, trata de correr.

—¡Niceto!

Sus pies golpean el pavimento. ¡Malditos zapatos, que le estorban, que siempre le han estorbado para correr, y que manda a paseo con un gesto furioso! Esa silueta delgada, ese pelo rojo, es él, no hay duda. Pero ¿por qué no la oye? Vuelve a llamarlo: —¡Niceto, *meu fill*! ¡Hijo mío, mi pequeño!

Esta vez, él se ha detenido. Lea acelera aún más, pone sus últimas fuerzas en la carrera. Sus pantorrillas hinchadas. Sus pies hinchados. Tropieza, cae. No importa, Niceto ha dado media vuelta. Viene en su auxilio. Va a ayudarla a levantarse. El negro lo invade todo. Los ruidos de la calle se atenúan. Lea está bien. Ya no tiene hambre. Ya no siente dolor. Por fin. Está

cerca de él. Ahora todo va bien. Sueña. Vaya, si es el Rotg, todo sonriente, con sus bonitos ojos claros, sujetando su sombrero mugriento entre las manos. Le dice algo que no oye. Es algo amable. Pero ¿por qué tiene esa cara de pena? Ella está bien. Está muy bien, incluso.

Como siempre, los ruidos regresan en primer lugar.

—¿Señora? ¿Está bien, señora?

¿Es que ese tipo no puede dejarla en paz? ¡Pues claro que está bien!

Un poco más y abrirá los ojos. Es curioso ese olor. Ese olor a hombre. A piel de pelirrojo, a sudor de pelirrojo. Inspira profundamente, como una perra que reconoce a su cachorro. Sonríe. Niceto. Abre los ojos. No, el desconocido es pelirrojo, pero no es Niceto. El hombre al que ha seguido tiene la misma silueta, el mismo porte. Pero no es él. La ayuda a levantarse. Ella se tambalea, lo rechaza.

—Deje, que ya se me pasa.

Con delicadeza, el transeúnte deposita los zapatos delante de ella.

Lea no tiene ni ánimos ni fuerzas para ir a buscar algo que echarse al diente. Avanza lentamente en dirección al huerto del *río* Turia. Más le vale ir a buscar a su hombre. De haberlo visto en sueños cuando estaba desmayada, le han entrado ganas de abrazarlo. De...

Lea se detiene. Frunce el ceño, sacude la cabeza.

No, no puede ser, no es posible.

*

Tardó cerca de una hora en llegar al huerto, en el lecho seco del río. No ha podido caminar más deprisa. Ha tenido que pararse a menudo, apoyarse contra un muro para descansar. Pero cuando al fin divisó las parcelas de tierra cavadas, estériles, de las que se había extraído hasta la menor raíz para comérsela, enseguida comprendió. Al distinguir el grupo de cultivadores en círculo, con las cabezas inclinadas hacia una forma tendida en el suelo, comprendió.

—Llegó, lo saludamos, parecía como si ni siquiera nos oyese. Caminó unos metros, se detuvo frente a su parcela, miró alrededor, aún dio un paso más y cayó. Muerto en el acto. Lo siento mucho.

El que habla se llama Subirats. Un tipo del Saler. Ha venido al encuentro de Lea. Cultivaba la parcela que está justo al lado de la suya. También él está flaco como un perro. Escupe en el suelo.

Lea ve moverse los labios del hombre, ve su mentón cubierto de barba gris. Piensa en el chal negro, en el vestido negro que llevará hasta su último día. Con el que la enterrarán. El vestido que la hará vieja. Los hombres se apartan para dejar pasar a la viuda.

Lea se detiene ante los restos de su viejo. Está tendido boca arriba, con los ojos muy abiertos, del color de los hielos que ciñen las montañas, allá arriba, en los Pirineos. Sus ojos, sus pobres ojos que ya no ven nada, pero que vieron a Niceto martirizado. Tiene la frente manchada de tierra. El Rotg se cayó de bruces, pero sus compañeros le han dado la vuelta. Lea se tambalea y los hombres la sujetan un momento. Ella se zafa con gesto brusco. Su pobre viejo Rotg...

En adelante, estará sola. Seguirá estándolo hasta el fin.

*

De golpe, Lea tiene cien años.

No hay mucha gente siguiendo el cortejo. Lo peor es que se han visto obligados a ponerle una cruz al ataúd hecho con tablones de mala calidad. ¡Una cruz! Ahora es obligatorio, y más les vale no llamar la atención. ¡Hasta hay un cura! Lea mira al cuervo en sotana, que maneja el hisopo. El ataúd que baja a la tierra apenas es digno de ese nombre. ¿Con qué dinero habrían podido pagar un entierro de verdad? Si las Soler no tienen siquiera con qué comprarse algo que llevarse a la boca. En cualquier caso, el Rotg no está en su mejor momento...

¿Y ellas? ¿Qué aspecto tienen ellas, mal vestidas, con trapos negros, tambaleantes? Siguen a la mula flaca que tira del carro, luego miran a los empleados que echan grandes paletadas de tierra sobre la tapa del ataúd, en la parcela del cementerio reservada a los indigentes.

La noche siguiente, Lea se tendió boca arriba entre las sábanas heladas, con los brazos a lo largo del cuerpo, las piernas doloridas, los puños apretados. Cerró los ojos tratando de no verlo, de no pensar en sus abrazos, en ese día en que ella lo traicionó con aquel jornalero, allá, en Somail. Pero le duele demasiado. Se dio la vuelta, hundió la cara en la almohada buscando el olor de su hombre, que ya empezaba a desvanecerse. Como el lugar vacío, junto a ella, frío. Para siempre. Lea también querría morirse. Esperó hasta el alba. Pero la muerte no llegó. Entonces se levantó, no quedaba más remedio. Acurrucada contra el pecho de su madre, la pequeña Blanca respiraba suavemente. Ya solo quedan mujeres. Ya no queda ningún hombre para protegerlas. Están solas.

19
Gloria

Mare se quedó velando a su viejo.

Un funcionario gordo, que lucía un bigote con las puntas curvadas hacia arriba, certificó el fallecimiento, tras hacer venir a un médico que se inclinó ligeramente sobre el cuerpo antes de firmar el permiso de inhumación con la punta de los dedos y volverse trotando a la comodidad de su consulta. Intentó que le pagaran por sus servicios, pero Lea sacudió la cabeza. Él no insistió.

Los compañeros del huerto le pusieron encima una manta raída, lo colocaron en una carretilla y lo llevaron hasta la casa. En conjunto, ni ocupaba mucho ni pesaba gran cosa. Subirats agarró los brazos de la carretilla y se puso en marcha con paso lento, mientras los demás lo seguían, encabezados por la Gateta.

Las mujeres se santiguaban al paso del cortejo. Cada vez que lo hacían, Lea desviaba la mirada. Subirats se lo contó a Gloria. Al llegar ante el ascensor, dudaron. Subieron por las escaleras. Cuando llamaron a la puerta, cuando fue a abrir y vio a los cuatro hombres de pie en el descansillo, sujetando cada uno una punta de la manta, cuando vio tras ellos el gesto adusto de su madre, Gloria ahogó un grito en su garganta. Soledad apareció en el pasillo, con Blanca de la mano.

Los hombres colocaron al Rotg encima de la cama. Más por costumbre que por otra cosa, le cruzaron las manos sobre el vientre, luego se retiraron tras abrazar con sobriedad a las mujeres.

—Hay que lavarlo y vestirlo antes de que se ponga rígido —dijo Lea.

Gloria asintió.

Cerraron las cortinas, encendieron una vela, y a la pálida luz del cirio lo desvistieron, luego vertieron agua de la jarra en unos trapos y frotaron el cuerpo pálido y flaco del padre. Era la primera vez que Gloria lo veía desnudo. Trataba de evitar mirar su miembro acurrucado, concentrándose en los pies, de talones agrietados por las callosidades.

Los nacimientos, las muertes. Cosa de mujeres.

Gloria no dejó que la Gateta se ocupase de los papeles. Fue ella quien se presentó en el ayuntamiento para pedir el certificado de defunción, esgrimiendo el permiso de inhumación que les había firmado el médico.

—No tenemos dinero para el entierro.

El chupatintas se encogió de hombros.

—Con cuatro tablones, asunto zanjado —respondió—. Con los demás, en la parcela de los indigentes.

Ellas fueron caminando detrás del simulacro de ataúd, mísero cortejo que se recortaba contra un cielo en el que el viento dispersaba algunas nubes perezosas, semejantes a gitanas salidas de una gesta cervantina, y regresaron a casa como las pordioseras que eran, con el estómago vacío.

Cuando Gloria intenta coger la mano de Lea, la Gateta se sobresalta y la aparta como si el contacto de su piel la quemase.

—Esto no puede seguir así —decretó Gloria—. Hay que encontrar algo de comer.

Se fue al armario, sacó su mejor vestido, uno que había cosido ella misma con un paño grueso, pesado, y se fue con su tesoro bajo el brazo en dirección al puerto.

*

Volvió a toda prisa. ¡Un kilo de arroz a cambio del vestido!

Caía la noche. No faltaba mucho para el toque de queda. Una vez frente al edificio, recuperó el aliento y llamó:

—¡Sereno! ¡Sereno!

El sereno apareció trotando y hurgó entre sus incontables llaveros hasta dar con el bueno. Giró la llave en la cerradura mientras echaba miradas recelosas a la bolsa que llevaba Gloria. Esta entró en el portal, abrió el buzón por reflejo. Los Soler no recibían correo. Aquel día, sin embargo, había algo. Examinó el sobre. En el sello ponía «Marruecos». Aquella caligrafía inclinada era... Le dio la vuelta al sobre. ¡Batista! Hasta había una dirección al dorso.

Dos años sin noticias. Con dedos temblorosos, comenzó a leer, pero las palabras se confundían. «Legión... desierto... campo». A medida que sus ojos recorrían las líneas, intentaba imaginarse a su hermano, tumbado, con las pantorrillas envueltas en tiras de tela, enrollado en una capa para protegerse del viento cargado de arena, contemplando la alambrada de espino que se elevaba sobre su cabeza, los barracones del llamado Camp Haricot, que describía en su carta, las pobres siluetas que deambulaban entre ellos, encorvadas para protegerse de las ráfagas de aire caliente y lacerante. Observó la tarjeta postal que había enviado junto con la carta. En ella se veía a un grupo de soldados posando con orgullo, con los dedos apoyados en la

cinturilla del pantalón, colocados en una fila ordenada delante de una puerta de estilo morisco. A izquierda y derecha, una muralla ocupaba todo el encuadre del fotógrafo. El pie de foto rezaba: «Boudnib. Entrada del reducto». A mano, Batista había añadido: «Es la entrada de nuestro campo».

Había escrito en francés. Seguramente por la censura.

Queridos todos:

No sé si esta carta pasará o si os llegará, pero espero que estéis bien de salud. No he conseguido tener noticias de Ramón. Creo que está en Francia, como muchos de nosotros, y que le va bien, pero ignoro dónde se encuentra en estos momentos. Los compañeros dicen que en Rodez. Como no tuve respuesta a mi primera carta, imagino que no os habrá llegado. Espero que sea por la guerra y que no os hayáis mudado ni haya pasado nada grave en casa. Me liberaron de Carcasona en el 40, después de escribiros. Un sargento reclutador me visitó. Me dijo que pronto iba a empezar la guerra y que Francia necesitaba brazos. Nos daba a elegir: o bien nos enrolábamos en los batallones de trabajadores extranjeros o en la Legión, o nos devolvían a España.

Escogí la Legión, ya sabéis que me gusta la acción. Pero cuando llegamos aquí la cosa fue de otra manera. Apenas había firmado mi alistamiento cuando me mandaron a Boudnib, en Marruecos. Es muy bonito, pero, vais a reíros, he pasado de detenido a guarda de campo. Al principio, encerraron aquí a los comunistas, porque Stalin se había aliado con Hitler. No me sorprende demasiado. Los vigilé durante un tiempo. Pero luego también metieron a presos comunes. A partir de septiembre del 40, cuando Pétain empezó a dirigir Francia y Hitler ganó la guerra, añadieron judíos. Los vigilo también a ellos. ¿Qué podemos hacer para evitarlo? ¿Eh? Resulta que no he luchado nada y estoy estupendamente. Como todo lo que quiero. Lo único es que hace mucho calor por el día y mucho frío por la noche, y que el tiempo pasa despacio. Y vosotros, ¿cómo estáis ahora? Mandadme noticias. ¿Y Niceto?

Ahora que hay paz entre Francia y Alemania, puede que mi carta os llegue. Así lo espero. Os mando besos para todos.

Batista

¡Solo a Batista podía sucederle algo así! Guarda de campo. ¡Después de encontrarse entre rejas! Era el colmo. Aparte de eso, quizá tenía razón: el armisticio entre Francia y Alemania seguramente había permitido que la carta llegase a su destino. ¿Podían ver en ello el augurio de que, por fin, el poder dejaría de escogerlos como blanco de sus iras? Olvidando el hambre, Gloria subió corriendo por la escalera. Tras unos pocos peldaños, le dio un mareo. Prudentemente, volvió a bajar al ascensor justo cuando entraba en el portal el vecino que vivía debajo de ellas. Este saludó al sereno e inclinó la cabeza al ver a Gloria. Ella le contestó con un gesto vago y apretó la carta contra su corazón. Cuando estaba subiendo en el ascensor, de pronto su entusiasmo se enfrió. Iban a tener que anunciarle la muerte del padre a Batista. Y el final casi seguro de Niceto. En cualquier caso, todo lo que se refería a Niceto constituía una amenaza para ellos. Nada escapaba a la censura. Seguramente lo mejor sería no responder siquiera a la pregunta de Batista.

El ascensor se detuvo. El vecino bajó. Gloria se separó de la pared del ascensor y respiró, con la boca muy abierta y las aletas de la nariz palpitando. Un piso más y habría llegado a buen puerto. Sacó la llave del bolsillo. Como alertada por un presentimiento, giró la cabeza. Desde el descansillo inferior, el vecino la observaba o, mejor dicho, admiraba sus piernas. Se apresuró a meter la llave en la cerradura, la giró y, olvidando completamente anunciar que traía un kilo de arroz, gritó:

—¡Batista! ¡Es una carta de Batista! ¡Está vivo!

20
Gloria

Soledad había obtenido el certificado de estudios primarios sin problemas. Había entrado en la escuela de secretariado en septiembre del 42, el día de su decimosexto cumpleaños, tras entregar a la Seguridad un certificado donde constaba que ninguno de sus progenitores había abandonado España en 1939. Para sacarse unos cuartos, Soli limpiaba casas aquí y allá, en los barrios elegantes. Los ricos apreciaban su porte y su elocución sofisticada. Y, desde hacía algún tiempo, a Gloria le llegaban giros desde México, a través de American Express. El dinero de Varela, para Blanca.

El telegrama llegó unos días después de Todos los Santos. Lo firmaba el tratante de lana de Sant Balaguer, Eluctario Ferrer, el Cabesut. Había noticias de Niceto. Lea y Gloria debían ir allí costase lo que costase, ya que lo que tenía que contarles no podía decírselo por escrito. Lea, con los puños crispados sobre el papel, no dejaba de recorrer con la vista las letras inclinadas y torpes, trazadas con tinta marrón, como si su insistencia pudiese revelar el secreto impenetrable de los signos que formaban las palabras.

—¿Cómo ha podido pasar la censura este telegrama, *mare*? ¿Y si es una trampa? —le preguntó Gloria, recelosa, dubitativa.

Lea se golpeó la frente con la palma abierta.

—Niceto está allí. Lo siento. Lo sé. Si hay una única posibilidad de encontrarlo, es allí. ¿Por qué iba a traicionarnos el Cabesut? Si vuestro pobre padre estuviese aquí, opinaría lo mismo que yo.

Gloria se obstinó:

—Pero si me dijo usted que los habían detenido a todos.

Lea se encogió de hombros.

—¿Y yo qué sé? Puede que lo detuvieran. Pero a lo mejor lo han soltado. Tampoco había hecho gran cosa. Y nunca tuvo nada contra nosotros. Es un

buen hombre. Niceto está vivo, lo sé. ¡Hay que ir! Hay que dejar que nos ayude el Cabesut. Si no le ha pasado nada, a nosotros tampoco nos pasará nada. Al fin y al cabo, ¿qué hemos hecho? ¿Eh?

Gloria hizo una última tentativa:

—*Mare,* yo estaba en la milicia. Estaba casada con un oficial del ejército republicano, un antiguo dirigente de las milicias de la CNT en Valencia. Mis hermanos combatieron contra los fascistas. ¿Cree que no es suficiente? Puede que allí nos estén buscando.

—Voy a decirte lo que pasa. Pasa que no quieres saber qué ha sido de tu hermano. Pasa que siempre has tenido celos de Niceto. Pasa que te alegrarías de que estuviese muerto, igual que su mujer y su hijo. Si es así, iré sola.

—*¡Mare!*

El nudo que se le hacía en la garganta a Gloria le impedía hablar, protestar, justificarse. Sabía que no iba a ser capaz de convencer a su madre de que renunciase a aquel imprudente viaje ni de que tratase de encontrar a Niceto. No tenía fuerzas para decirle que su hijo preferido estaba muerto. Que, en el mejor de los casos, el Cabesut solo podría revelarles el lugar donde lo habían enterrado. Pero tampoco concebía dejar que Lea se fuese sola. Conque irían a Sant Balaguer. Las dos. Pero que al menos Soledad se quedase en Valencia con Blanca. Lea se limitó a asentir.

*

El Cabesut vivía al pie del barrio alto, a dos pasos del camino que llevaba a La Horta d'en Carrer. Cuando Lea y Gloria se presentaron en casa del tratante de lana, llovía a cántaros y caía la noche. Tuvo que iluminar largamente los rostros de las dos mujeres con su trémula candela. Al cabo de un tiempo, murmuró: —*Déu.*

—Deja al buen Dios en su sitio —graznó Lea.

El tratante de lana se echó a reír:

—¡Nunca cambiarás, Gateta!

Luego, después de un silencio, añadió:

—¿Habéis recibido el telegrama?

Lea cerró los párpados a modo de respuesta. La lluvia, fina y penetrante, había empezado a caer de nuevo. Las dos mujeres se estremecieron. El Cabesut miró la calle. A derecha, a izquierda. Nadie. Normal, con ese tiempo.

—¿Os apetece un plato de sopa?

*

Ahora estaba de pie frente a la mesa donde ellas engullían un potaje de

garbanzos hirviente y las miraba comer en silencio.

Ellas limpiaron el fondo del plato con un trozo de pan y suspiraron de satisfacción. El viaje en tren había sido largo; los controles, numerosos. En cada uno de ellos habían temblado. Trataron de resumir los acontecimientos para el Cabesut, lo más someramente posible. La muerte del Rotg. Las noticias de Valencia. Lea, sin poder aguantar más, formuló al fin la pregunta: —Bueno, Cabesut. Y Niceto, ¿está aquí? Decías que había noticias.

El tratante de lana sacudió la cabeza. Le dio el pésame por el Rotg a Lea, incómodo, antes de contestar: — Sí. Pobre Niceto...

Al cruzarse su mirada con la de Gloria, comprendió que ella también lo sabía.

De no haber sido por la contracción de su mandíbula, por sus manos aferradas al borde de la mesa, nada habría traicionado la tensión y la angustia de Lea. El Cabesut esperó unos segundos antes de continuar. Saltaba a la vista que aún temía el carácter belicoso de la Gateta, que todos en Sant Balaguer habían sufrido en algún momento.

—No voy a mentirte, Lea. Está muerto.

Hasta entonces, Lea había contenido la respiración. Soltó en un soplo de voz: —No es cierto. Mientes.

El Cabesut meneó la cabeza apesadumbrado, como un viejo cabezota que ya no tiene nada que decir.

—No, Lea, no miento. Un tipo vio dónde los habían enterrado. Pero no vive aquí. No podemos ir esta noche, con el toque de queda y todo eso. Vendrá él. Tengo que mandar a buscarlo. Vendrá mañana por la mañana.

Gloria preguntó:

—¿Quién es? ¿Quiere dinero? ¿Por qué lo hace?

Ferrer se rascó la cabeza e hizo un ruido extraño con la boca, como si aspirase el aire por un tubito.

—Es un buen tipo, de Alginet. Sabes dónde está, en el interior. Dice que los vio enterrar a tu hijo en una fosa. Dice que puede enseñarte el sitio, pero que es muy peligroso. No quiere dinero. Es primo de mi difunta madre. Es de la familia, así que ni hablar de dinero.

Gloria y Lea cruzaron una mirada. O, mejor dicho, se enfrentaron en silencio, la madre dispuesta a levantarse y salir a buscarlo en el acto y la hija luchando por imponer la prudencia. De noche, era imposible desplazarse. Ninguna de las personas que conocían estaba allí para ayudarlas o alojarlas. Estaban atrapadas en casa del tratante de lana al menos hasta la mañana siguiente. Gloria suspiró. De todas formas, no tenían elección. Con prudencia, movió ficha: —Es que... No tenemos adónde ir hasta mañana, Eluctario. El pueblo no es seguro.

Contra toda expectativa, Ferrer dudó:

—Lo siento mucho. Yo... Yo no puedo alojaros. En fin, no mucho tiempo. Por esta noche, vale, pero después... Puedo intentar encontraros algo si el tipo tarda. Pero en principio debería llegar mañana por la mañana. Hay

una vivienda vacía encima de la tienda de Gil. También a él...

Se encogió de hombros y dio la impresión de que levantaba el peso de la fatalidad que se había abatido sobre él. De nuevo hizo un ruidito con la boca, esta vez como una burbuja que explota.

—Por eso os recomiendo que no os quedéis. Aquí no estaréis a salvo. Hay demasiada gente que os conoce.

No parecía la forma de actuar de alguien que fuese a traicionarlas. El Cabesut intentaba más bien protegerlas, convencerlas de que no se quedasen más tiempo. De pronto, el cansancio se abatió sobre Gloria. ¿Adónde ir, qué hacer, maldita sea? Se caía de sueño y solo podía confiar en que todo le fuese bien a Soli y Blanca, allá en la ciudad. No tenían más remedio que confiar en él. Se durmió con la cara hundida en el codo, apoyada en la mesa, mientras Lea y el Cabesut trataban de resucitar los recuerdos de la *comarca.*

La última frase que recordaría al despertar era la que había pronunciado el tratante de lana justo antes de que se quedase dormida: —Nos la han jugado pero bien...

*

Los agentes de la Seguridad fueron a detenerlas al alba. Entonces Gloria comprendió que no se había equivocado. Las estaban buscando. En vez de dar su dirección en Valencia a la Seguridad, el Cabesut había preferido tenderles una trampa y entregarlas, puede que con la esperanza de una recompensa. A no ser que tan solo desease demostrar a los franquistas que había cambiado definitivamente de chaqueta. La prueba era que a él no lo habían detenido. De todas formas, ¿en qué cambiaba eso las cosas? Con las manos esposadas, subieron al coche maldiciendo su nombre para sus adentros, con los labios sellados para no mostrar el menor ápice de miedo, y, cada vez que se sentía flaquear, para recuperar los ánimos a Gloria le bastaba con mirar a la Gateta, sumida en un silencio lleno de dignidad. Las transportaron de cárcel en cárcel como si fueran paquetes. Finalmente, las trasladaron a la prisión para mujeres de Valencia en enero de 1943. Loca de angustia, Soledad había removido Roma con Santiago para encontrarlas. Al fin supo de su encarcelamiento gracias a una carta que consiguieron enviar a través de la enfermería, con la ayuda de una enfermera indulgente. Todas las cárceles del país estaban hasta los topes. La construcción de aquella había finalizado en 1922, en los terrenos del viejo hospital de San Pablo.

Tras su detención en Sant Balaguer, al principio habían llevado a Gloria y a su madre, con los ojos vendados, hasta un local sórdido con las paredes manchadas de orines e infestado de cucarachas. Allí, un agente de la DGS las había separado. Había empezado por quitarle la venda a Gloria antes de

interrogarla, sentada, siempre esposada con las manos a la espalda. Era un agente sin nombre, delgado, refinado, que hacía gala de un ligero acento andaluz y unas manos delicadas. Al verlo, Gloria pensó en una de esas aves zancudas de largas patas que anidaban en el Saler. Se dirigió a ella con cortesía, al menos al principio. Pero, en cuanto la interrogó sobre el convento de Sant Balaguer, Gloria se cerró en banda. Se limitó a contestar que a las pobres monjas las había linchado una multitud furiosa, que incluso se había encarcelado a los culpables por orden del alcalde Solsona y que ella jamás había levantado la mano, en ningún momento, ni contra las religiosas ni contra nadie.

El hombre daba vueltas en torno a Gloria, sentada en su silla coja, trazando círculos cada vez más cerrados. Ella oía su voz a sus espaldas. Una voz de timbre cálido.

—Tampoco hiciste nada por impedírselo, ¿no es así?

—¿Qué habría podido hacer? Se habían vuelto locos. Y yo estaba enferma, tenía fiebres.

—¿Tienes testigos?

¿Testigos? ¡Pero si los habían matado a todos!

El hombre volvió a pasar por delante de ella y sonrió. Se detuvo, con las piernas separadas y la bragueta a la altura de la cara de Gloria.

—Sabes que no haber hecho nada para evitar que se propagase la peste roja es ya un delito penado con la cárcel, según el nuevo Código Penal. Lo sabes, ¿no es así?

Ella asintió. Notaba que le temblaban las piernas. Sentía ganas de orinar.

El hombre se sacó una ficha del bolsillo.

—Fuiste maestra en Sant Balaguer.

No era una pregunta.

—Sí.

—Hubo quejas de padres de alumnos. Dicen que obligabas a los niños a cantar «La Internacional».

—Yo... No.

Le dio la espalda, caminó hasta la puerta y la abrió. Gloria reconoció vagamente a la mujer que estiraba el cuello para verla por encima del hombro del agente de la DGS. La madre de un niño de Sant Balaguer. Ni siquiera recordaba el nombre del crío, menos aún el de la madre. La mujer la señaló con el dedo.

—Es ella. La roja. Todos en su familia son rojos. Cabrones rojos.

Se santiguó.

—¡Cabrones rojos!

El hombre volvió a cerrar la puerta.

—Entonces. ¿Sigues diciendo que no?

Gloria asintió débilmente.

—De acuerdo, está bien, colaboras. Entonces, participaste en el asesinato de las monjas del convento de Sant Balaguer, adoctrinaste a niños que

contaminaste con la peste marxista. Se tendrán en cuenta tus confesiones.

Cómplice de asesinato. La acusación pasó por el cerebro de Gloria. Eso significaba la pena de muerte. Por garrote. O bien el pelotón de ejecución. Apretó las piernas un poco más para reprimir las ganas de orinar.

—¡Espere, no! No soy cómplice de asesinato, eso nunca. ¡Hice cantar a los niños en la escuela, eso es todo, no es un crimen!

El agente volvió a plantarse frente a ella. Podía oler el perfume a lilas de la brillantina que llevaba en el pelo.

—¿Y tampoco fuiste miliciana, quizá?

No contestar más. No debía seguir contestando a todas esas preguntas cuyas respuestas él ya conocía. Miliciana, combatiente, roja, e incluso roja negra, hermana de negros, con un hermano supuestamente torturado y ejecutado, los otros huidos... Si hablaba, la matarían. A ella y también a Lea. Y se llevarían a Blanca.

El hombre se alejó de ella y de nuevo se puso a dar vueltas en torno a la silla a la que estaba atada, como un depredador al acecho. Se oyó un grito en el pasillo, tras la puerta.

—¿Lo oyes? Duele, ¿sabes? Es una pena, la verdad, eres muy guapa.

El hombre le pasó un dedo por el hombro. Ella se estremeció y contrajo una vez más el vientre para contener la quemazón de su vejiga, demasiado llena. También sentía sed. Tenía la sensación de tener madera seca en la boca, tanto que habría podido escupir astillas. ¿Cómo se podía tener tanta sed y tantas ganas de orinar a la vez? Gloria pensó en los golpes que le propinaba la Gateta cuando era niña. Si había resistido eso, sería capaz de resistir el resto. Había perfeccionado la técnica años atrás. Aquel tipo demasiado seguro de sí perdía el tiempo. No obtendría nada más de ella.

—¿Sigues sin querer hablar? Pues peor para ti.

Interrumpió sus idas y venidas y volvió a la puerta. Esa vez llamó con varios golpes fuertes. Al poco apareció un tipo bajo y gordo con un cubo y una fregona. ¡Como si fuera el momento de ponerse a limpiar! Abandonó allí su material y se retiró. Entonces, el agente agarró el cubo y la fregona y avanzó hacia Gloria.

Muy pronto, ella arrinconaría en lo más profundo de su memoria las horas que iba a vivir.

En lo más profundo de su conciencia.

Las negaría. Hasta su última hora, negaría haberlas vivido.

Él mojó la fregona en el cubo y Gloria tomó aliento profundamente.

La fregona sucia en su cara, el agua de la fregona, el ahogamiento, la asfixia, el dolor, las manos del hombre, el sexo del hombre, que hurgaban en su cuerpo, todo, todo eso se alejaba de ella mientras evocaba la caricia del sol en su piel, al abrigo de las rocas, el aroma de los naranjos en flor, el sabor del arroz con azafrán, la textura de una seda salvaje entre sus dedos, el gusto a carmín en sus labios. Había huido, se había evadido, se había ido, lejos. Muy lejos. Se había refugiado en un lugar que el agente de la Seguridad jamás

podría alcanzar, ni aunque la matase. Se había refugiado en un lugar resguardado, ya que era inmaterial, seguramente semejante a aquel al que Niceto se había escabullido para evitar a sus verdugos en una celda parecida a aquella.

Lo más duro fue evitar los fantasmas.

*

Al ver a Lea, su actitud obstinada, hosca, su ceño fruncido, todavía inmersa en un mutismo absoluto, metida en sí misma, mirando fijamente el negro de su vestido hecho jirones, Gloria comprendió que no había flaqueado, que ella tampoco había hablado. Ni una palabra. O, al menos, insultos que le habían venido a la boca de forma natural. Peor, si su torturador no era valenciano, ni siquiera habría tenido la menor posibilidad de hacerse comprender. Ella sabía muy bien cómo fingir que no entendía nada... Lea no tenía marcas de golpes en la cara. Su condición de viuda seguramente había despertado cierto sentimiento de compasión en su verdugo.

Gloria tenía miedo de haberse quedado embarazada. No sabía si el hambre había hecho que de nuevo se le retirase la regla o si, por el contrario, se trataba de otra cosa que no quería siquiera nombrar y de la que no deseaba acordarse. La malnutrición en las prisiones era crónica, las presas no eran más que sombras demacradas. La víspera de su comparecencia, no obstante, su sangre volvió a brotar. Habían transcurrido más de dos meses hasta que la *auditoría de guerra* de Valencia al fin se había decidido a reunirse bajo los techos del palacio de justicia.

El juicio se celebró el 27 de enero de 1944. Gloria y su madre estaban lejos de ser las únicas sentadas en el banquillo de los acusados. Las detenciones continuaban a un ritmo acelerado. Desde la mañana ya se habían dictado varias sentencias de muerte. Gloria había pertenecido a una milicia, sí, pero no había disparado ni un tiro. Tampoco había confesado nada, salvo que había hecho cantar «La Internacional» a los niños de su clase. Ese era su mayor crimen. No se mataba por eso, no en tiempo de paz, no tantos años después del fin de la Guerra Civil. Eso era, al menos, lo que intentaba decirse.

De pronto, el presidente del tribunal llamó:

—¡Gloria Soler de Varela! ¡Lea Expósito Pascua de Soler!

El magistrado encargado de la acusación se acercó a la Gateta, que se había levantado al oír su nombre. De pronto, su voz subió hacia los agudos y se embarcó en una diatriba cual toro que sale corriendo del corral y cruza las puertas abiertas del ruedo.

—Señoría, empezaremos por esta mujer. Ella está en el origen de todo.

Lea trataba de no escuchar, de no mirar al presidente, embutido en su uniforme de oficial superior, ni al fiscal de pelo grasiento que fue a colocarse delante de ella. Sin avisar, le agarró un pecho a través de la tela negra de su vestido de viuda. Murmullos indignados recorrieron el banquillo de las acusadas.

—¡Señoría! ¡Me gustaría tener un cuchillo!

Su voz se alzó hasta las bóvedas, cada vez más aguda.

—Me gustaría tener un cuchillo, sí, una hoja bien afilada, para cortar este pecho que ha amamantado a rojos, que les ha dado la vida. ¡Este pecho culpable!

Señaló a Gloria.

—Miren a su hija: ¡Hasta su pelo es rojo! ¡Marxistas, anarquistas degenerados, de la cabeza a los pies! ¡Los hombres, las mujeres, los niños, culpables, todos culpables! ¡La muerte, pido la muerte para estas dos!

Gloria apretó los dientes.

Mare no rechistó. Un pozo sin fondo. *Mare* era un pozo sin fondo. Negro.

Su suerte quedó sellada en menos de diez minutos. El fiscal remató su alegato acusando a Gloria de rebelión militar entre 1936 y 1939. Para completar, la acusó asimismo de haber dirigido la milicia de la CNT del barrio alto, de haber mandado arbitrariamente detener y encarcelar a varias jóvenes de Sant Balaguer y de haber alentado la violación y el asesinato de tres religiosas. Gloria ni siquiera sabía a qué detenciones ni a qué violaciones se refería. Puede que la ausencia de confesiones e incluso la ausencia de hechos hiciesen necesaria esa ficción, que según las otras detenidas era la regla en los tribunales de excepción...

A Lea, por su parte, la acusaron de haber incitado a sus hijos al asesinato y de haber azuzado a la turba contra las religiosas.

El presidente, del que Gloria se obligó a olvidar hasta los rasgos, hasta el tono de voz, no entró en sutilezas. Despachó los dos casos con una misma sentencia.

Gloria Soler de Varela, de veinticinco años, modista, y Lea Expósito Pascua de Soler, de cincuenta y tres, viuda y madre de la anterior, fueron condenadas a doce años de cárcel.

—Gemirán en prisión durante años y pagarán por sus crímenes.

Tal fue la conclusión del presidente de la *auditoría.*

Lea escuchó el veredicto con la misma expresión indescifrable. Gloria volvió a sentarse, evitando pensar en la perspectiva de esos años interminables, evitando pensar en Blanca, que crecería sin ella, en Soledad, que iba a tener que apañárselas sola. Simplemente evitando pensar.

*

Las trasladaron a la cárcel donde tendrían que cumplir su condena, una prisión concebida para quinientas personas. Había en ella siete u ocho mil, ¿cómo saberlo? Gloria padecía estreñimiento crónico. Las fiebres reaparecían más a menudo que antes, acompañadas de horribles visiones. La sola idea de ir al baño le provocaba náuseas terribles. Había tanta gente en la cárcel que los retretes estaban permanentemente atascados y las presas se aliviaban allí donde podían. Un hedor espantoso había invadido el edificio. Muchas mujeres habían sido encerradas con sus hijos, de los que luego las habían separado para facilitar la «reeducación» de estos últimos. Al menos Gloria había tenido la suerte de que no le quitasen a su hija. ¿Qué habría pasado si Soledad las hubiese acompañado a Sant Balaguer con Blanca? Gloria lo sabía perfectamente. Esa idea le quitaba el sueño, pero ¿quién dormía en aquellas mazmorras de otro tiempo?

Muchas no comían, no tenían jabón para lavarse. Las dos mujeres solo sobrevivían gracias a la comida que Soledad entregaba cada día a un guarda y que compartían con las presas de su celda. Adelgazaban a ojos vistas. Lea se había encerrado en el silencio, aparentemente insensible a la suerte que le había tocado correr. Apenas contestaba a las preguntas de su hija.

Al cabo de unos días, las guardas les habían puesto una escoba en las manos, con la misión de limpiar los pasillos. Pero ¿cómo limpiar los humores y la mierda sin agua? Se contentaban con amontonar como podían los desechos, con empujarlos contra una pared. Las presas intentaban organizarse, pero muchas perdían la razón.

*

Por los pasillos resuena la presencia de mujeres, en todas partes. Con un pañuelo en la cabeza, Gloria y su madre recogen las inmundicias con las manos desnudas, o casi. Gloria ha perdido totalmente la noción del tiempo, de los días, de los meses. Le parece que lleva aquí mil años. Hay que encontrar un motivo para aguantar, para ella, para Lea, que parece vencida, incapaz ya de dar el menor zarpazo. Del exterior les llegan pocas noticias, pero las pocas que lo hacen traen, sin embargo, un poco de esperanza. Dicen los rumores que los aliados han desembarcado en Normandía y que están ganando la guerra. Pronto le tocará a Franco. Pronto serán libres. ¿Cuándo? Gloria no cuenta. Barre.

Lo peor: la galería de los niños, en la que reina sor Emilia. Cuando los niños están verdaderamente muy sucios, agarra a uno al azar y se lo lleva a sumergirlo en agua helada. Lo frota con un guante de crin, le arranca las costras, abriéndole de nuevo las heridas. El infeliz llora y ella lo golpea salmodiando con los ojos cerrados, casi en trance: «Hijo del diablo, hijo del diablo, yo extirparé tus pecados». Un día, Gloria la vio obligar a comerse sus

propios excrementos a un chiquillo que se lo había hecho encima. Piensa que sería capaz de matar a sor Emilia con sus propias manos sin experimentar el menor remordimiento. Es el odio lo que la mantiene con vida. El odio, y también la compasión por las madres a las que no han separado de su progenie. Cuando Lea y Gloria barren la galería, siempre se paran e intentan ayudarlas. Los gritos, los llantos.

Esa vez, entre la multitud de desgraciadas, dos ojos vacíos, inmensos, plantados en medio de un rostro manchado bajo un cráneo afeitado, la miran con obstinación. Dos ojos insistentes, y bajo ellos dos brazos que sujetan un cuerpo reducido a un informe montón de trapos que llora en medio del hedor de la galería a la que han relegado a miles de mujeres y niños.

—¿Gloria? ¿Lea?

Tardan largos instantes en reconocer a la hija de Solsona, el alcalde. Y hace falta que ella precise: —Soy yo, Rita.

Gloria y Lea se detienen. Se acercan a ella. Rita pregunta:

—¿Cómo os detuvieron? ¿Qué hacéis aquí?

—Nos denunció el tratante de lana.

Gloria señala a la cosa envuelta en trapos.

—No sabía que tenías un hijo. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Rita trata de sonreír.

—He perdido la cuenta.

Su esbozo de sonrisa enseguida se borra.

—Adrián está enfermo. No consigo calmarlo.

Gloria apoya la escoba en la pared y se agacha. El rostro del niño, de tres, cuatro años, chorreando mocos. La barbilla y la ropa cubiertas de costras.

También Lea ha dejado la escoba.

—Habría que lavarlo. Pero ¿cómo? Ni siquiera tenemos agua.

Le pone la mano en la frente al crío.

—Tiene fiebre. ¿Lo llevamos a la enfermería?

Asombrada, Gloria mira a su madre. Son las primeras palabras que pronuncia desde hace semanas.

Lea coge al chiquillo, le da la vuelta, trata de desvestirlo, pero una mezcla de vómitos y heces le pega la ropa al cuerpo. Los piojos campan a sus anchas.

—¡No, a la enfermería no! —exclama Rita—. A la enfermería no. Los que van allí no vuelven nunca. Intento secarle la ropa, pero no tengo nada para lavarla. Tengo miedo, tengo miedo de perderlo. Solo esta mañana, ya se han llevado a cuatro de aquí. Muertos. Y pasa lo mismo todos los días. Tiene diarrea.

Lea vuelve a colocar entre los brazos de Rita al niño, que llora de hambre, y se levanta. Gloria la mira.

—Tiene disentería. Va a vaciarse. Acabará deshidratado. Hay que hacer

algo.

Lea vuelve a agacharse y acerca la cara a la de Rita.

—¿Tienes noticias de mi Niceto?

—Lo detuvieron, pero después, nada. No sé nada, no.

Gloria ayuda a su madre a levantarse.

—*Mare,* ¿y si vamos a ver si podemos encontrar medicinas?

Se vuelve hacia Rita.

—No te preocupes. No vamos a llevarnos a tu hijo. Solo vamos a intentar conseguirle algo, al menos que le pare la diarrea.

Las dos mujeres cogen sus escobas y se alejan arrastrándolas hacia la enfermería, situada al final del pasillo del piso inferior. El ruido del cepillo que rebota en los escalones, el estruendo amplificado por el eco en los techos altos. Gritos de desesperación. De hambre. De locura. Bajan, sin que nadie repare en ellas en medio de ese caos.

En la puerta, una cruz roja indica el uso del lugar.

Hay allí una guarda llamada Rosita Piquer, un poco menos zorra que sus compañeras, que les abre la puerta. Cuando le cuentan su caso, la carcelera las invita a entrar.

Las hileras de camas. Los cuerpecitos tendidos en jergones de crin.

—Hay una epidemia de tiña, otra de sarna. No tenemos nada. Nada para ellos. Apenas agua para que beban y nada más. Es una desgracia. Más vale entregarlos a buenas familias mejor que dejarlos morir aquí. Esto ya no es una enfermería, es una morgue. Vosotras lo único que podéis hacer es decirle a la madre que nos lo traiga.

*

El pequeño de Rita Solsona había muerto dos días después, un poco antes del alba.

¿Qué sentido tenía todo lo que había llevado a cabo ocho años atrás? ¿Qué sentido tenía la *comarca*? ¿La muerte probable de Niceto? ¿La del Rotg? ¿La de Justina? ¿La de tantos otros? Por un lado, *ellos* los obligaban a vivir en la suciedad para humillarlos, para hacerles sufrir. Por otro, *ellos* buscaban enfrentarlos los unos con los otros por un vaso de agua.

Tanto para salvar a Rita como para no hundirse, Gloria decidió actuar. Recibían peor trato que los presos comunes, pero incluso en la España franquista tenían sus derechos. ¿Por qué no formar un comité de presas políticas? Para sus carceleros eran criminales, una chusma de la que la sociedad debía librarse. La ira tenía que salir de un modo u otro; si no, iba a destruirlas.

Era tal el caos que las puertas de las celdas permanecían abiertas la mayor parte del tiempo. El número de presas era diez veces superior a la

capacidad de la prisión y las mujeres dormían en el suelo. Desbordadas, las guardas se limitaban a bajar los brazos, esperando a que Gloria y sus compañeras tuviesen a bien morirse. En esas condiciones, no resultó difícil, llegada la noche, hacer correr la voz por toda la galería en la que estaban encerradas Gloria y Lea. Una decena de voluntarias contestaron a la llamada y fueron a reunirse con ellas. Se presentaron rápidamente. Juana era de Los Valles, un grupo de aldeas de la *Huerta* pegadas a la montaña; María Ángeles y Tusti eran originarias del puerto de Sagunto; Nunci, Chuni y Begoña de la propia Valencia; Candela y Cari trabajan en Castellón, en una fábrica de cerámica. Nadie hizo la menor pregunta sobre los orígenes políticos de unas u otras, ni tampoco sobre los motivos de su encarcelación. Mediante un pacto tácito de silencio, decidieron en susurros unirse, simplemente para no hundirse.

Discutieron toda la noche sobre sus objetivos, que eran conscientes de que tenían que limitarse a lo posible. Los resumieron en tres grandes principios. Puesta en común de la comida para el mayor número posible de presas. Prioridad a la protección de los niños. Reconocimiento de su condición de presas políticas, que debían intentar hacer valer en cuanto hubiese la menor visita del exterior.

Quedaba elegir una representante. El juego era arriesgado, probablemente mortal. Antes de proceder a la elección, descartaron por sistema a las que eran madres. Por lo tanto, ni Gloria ni Lea pudieron aspirar a representar al comité. Candela solo contaba veinticinco años, aún no tenía hijos y toda su familia había muerto durante la caída de Castellón. Fue elegida sin dificultad. Conocía los riesgos. Por primera vez, Lea y Gloria al fin se acercaban entre ellas.

*

Aunque las familias no estaban autorizadas a entrar en los tribunales especiales, una vez condenadas las presas tenían derecho al correo. Gloria extrajo del sobre frenéticamente la primera carta que recibió, que antes había abierto la administración penitenciaria. Soledad sabía que pasaría por el filtro de la censura, por lo que se había limitado a generalidades.

Todo iba bien, escribía, y se las apañaba lo mejor que podía. Todas las mañanas, una tal Consuelo iba a ocuparse del desayuno de Blanca, en el piso de la calle del Río Seco. Estaba en la misma clase que Soli en la escuela de secretariado y tenían la misma edad. Los padres de Consuelo eran porteros en un edificio de la calle del Pintor Soltz, no muy lejos de su casa. Saltaba a la vista que las dos habían hecho buenas migas enseguida. Una era una apasionada de la literatura, la otra del cine. Se complementaban. Cuando llegaba Consuelo, a las cuatro de la mañana, Soledad se levantaba y se iba a

hacer cola a la cárcel de Valencia, esperando con todos aquellos y todas aquellas que acudían cada día para alimentar a los suyos, salvando así a Gloria y a Lea del hambre. Las puertas se abrían a las cinco. Soledad daba lo que había podido preparar a un encargado, que entregaba, no sin antes haberse quedado con una parte, los alimentos a los carceleros que vigilaban a las presas. ¿Les llegaba bien la comida? Al ver que Gloria y *mare* no volvían de Sant Balaguer, al principio Soledad había tratado de tranquilizarse, pero en aquella España no resultaba fácil calmar las angustias con historias de trenes averiados o de controles demasiado meticulosos. Pasó un día, luego dos. Loca de preocupación, daba vueltas en círculo por el piso. Y Blanca, que no dejaba de reclamar a su madre, sin que Soledad supiese qué contestarle... Así que se había inventado una respuesta. Lea y Gloria se habían ido a buscar al tío Niceto. Iban a traerlo de vuelta a casa. «¿Cuándo?», preguntaba invariablemente Blanca, cuyas noches se agitaban de pesadillas. Ella solo podía prometerle que pronto, respuesta que desde luego no satisfacía a la chiquilla. Impotente, a Soledad no le quedaba más remedio que ver crecer la duda en su mirada. Los niños saben por instinto cuándo se les miente. Soledad era presa del pánico más absoluto. Algo les había sucedido a su madre y a su hermana. Había confiado a Blanca a su amiga Consuelo y había visitado todos los hospitales de Valencia, todas las cárceles, haciendo cola durante horas para oír cada vez que las dos mujeres no constaban en ningún registro. Gloria y Lea se habían desvanecido, igual que Niceto. La nota garabateada en un trozo de papel, que le había traído una enfermera de la cárcel para mujeres de Valencia, le había llegado como una liberación y le había insuflado nuevo aliento. Estaban vivas. Pero todo el mundo sabía que los presos se morían de hambre. Había que encontrar comida con urgencia. Ella había observado bastante a su hermana mientras cosía, e incluso la había ayudado más de una vez. Había ido haciendo retoques con el fin de ganar suficiente para comprar arroz y hortalizas que cocinaría para *mare* y Gloria.

Aunque Consuelo la ayudaba, levantarse en mitad de la noche para ir a llevar la comida a la cárcel, luego ocuparse de Blanca, seguir su curso de secretariado y, por la noche, además sentarse ante la máquina de coser, todo eso agotaría rápidamente a Soledad, se preocupó Gloria. Pero no. Soli era mucho más fuerte de lo que parecía. Hasta ese momento se las había apañado. Y seguiría haciéndolo. Sencillamente, lucharía, como habían hecho siempre los suyos, avanzando paso a paso, sin protestar. Ya no había hombres para protegerlas. Solo quedaban ellas. Los ojos de Gloria se cerraron sobre la carta, que había releído lo menos diez veces. Se cerraron, y ella soñó.

*

Aún es de noche, aunque una estrecha franja de cielo más claro se

recorta en el horizonte. La cola ante la puerta, en la acera, es tan larga que da la vuelta a la esquina y continúa por el bulevar, por el que pasan algunas carretas tiradas por mulas y raros vehículos a motor. La ciudad duerme aún. A Soledad le duelen las piernas, y también los pies. Mira la cola que se extiende ante ella, semejante a una fila de peregrinos andrajosos, esperando para prosternarse a los pies de un santo, de pie, bajo la tenue luz de las farolas. Aún le quedan como poco dos horas. El arroz cocido y las verduras le pesan en las manos unidas para sujetar la bolsa, pero no se atreve a dejarla en el suelo por miedo a que se la roben. La cabeza le da vueltas. Está tan cansada. Quisiera dormir, dormir. Siente un escalofrío. Ese enero parece que no va a acabarse nunca. A ver si termina ya. A ver si acaba el curso, y con él sus estudios, a ver si al fin encuentra un trabajo que le guste. Odia la costura. Lo que quiere es vivir la vida de una chica de su edad, hacerse secretaria de dirección, conocer a un hombre que la saque de ese mundo de miseria que no quiere cambiar, ay, no, eso no, pero del que quiere escapar a toda costa. Porque para ella es una prisión tan hermética como esos edificios de piedra detrás de altos muros.

Está amaneciendo cuando al fin le toca. La puerta se abre. Soledad da los nombres de Gloria y *mare*. Enseguida los guardas la aligeran de su carga.

—No te preocupes, guapa, les dejamos el arroz. ¡Las verduras les dan cagalera! —se excusa un carcelero con los incisivos separados antes de echarse a reír.

Venderán las zanahorias y los boniatos en el mercado negro, es consciente de ello, pero ¿qué puede hacer?

*

Soledad iba a tener que criar a Blanca sola. Cuando saliese, la niña sería ya una jovencita y Soli, una mujer hecha y derecha. Pero había que vivir. Aunque las visitas de familiares de momento seguían prohibidas, al menos el correo estaba autorizado oficialmente, aunque había que hacer gala de una prudencia ejemplar en lo relativo a su contenido, que sin duda se examinaba con lupa. La policía secreta estaba por todas partes. Al menor paso en falso, detendrían a Soledad y le quitarían a la hija de Gloria. Ya solo el hecho de tener a una hermana y a la madre en prisión constituía un motivo de sospecha, pero, además, el pasado militante de toda la familia la exponía a la curiosidad de la Seguridad.

A finales de la primavera del 44, Soledad le anunció a Gloria que había obtenido su diploma y que se había puesto enseguida a buscar trabajo. Había respondido a varios anuncios y finalmente la había llamado un abogado valenciano que acaba de despedir a una colaboradora poco eficaz. Soledad se había presentado una mañana de lunes en el despacho de un tal José María

Riutort y Sotelo. La había recibido el magistrado en persona, un cuarentón distinguido que no le quitaba ojo mientras la bombardeaba con preguntas. Soledad había crecido en un mundo de mujeres. Le hacía tilín al abogado, de eso se daba perfecta cuenta, y no solo en lo profesional, le escribió a su hermana. Pero no se sentía intimidada hasta el punto de perder la sangre fría. Cuando le preguntó su edad, Soledad se había quitado dos años. Esa nueva fecha de nacimiento la ponía a salvo de cualquier implicación (aun precoz) en el período de la República, creía Gloria. Bien pensado. Como los archivos de Sant Balaguer habían ardido durante las revueltas del 36 y más adelante los franquistas habían destruido todos los documentos de la *comarca,* no había mucho riesgo de que se descubriese la mentira, tanto más cuanto que había nacido en Francia. Soledad había recibido su compromiso de contratación unos días después. Con el corazón dándole saltos en el pecho, escribió enseguida a Gloria para anunciarle la noticia.

Por otra parte, Blanca pronto iba a estar en edad de ir al colegio. Con buen tino, Soledad la matriculó en una escuela católica, situada a dos calles del piso. Igual que había hecho en su propio caso, confundió las pistas y mintió sobre la edad real de Blanca la que hizo nacer justo después de la victoria de Franco. Una hija del fascismo... Por último, Soli iba a misa de domingo con regularidad, alardeando de tener que cargar con el lastre de una familia indigna e irresponsable. Incluso narró a Gloria una procesión de la Virgen en la que había participado con Blanca. Así ponía a salvo a su sobrina, convirtiéndose en una joven tía libre de toda sospecha. Mejor aún, había pasado a ser la secretaria de un rico abogado valenciano. Un hombre de excelente familia, que la había recomendado en la escuela. Las monjitas habían aceptado encantadas a Blanca, escribió Soledad. Lea, desde el fondo de su prisión, intentó oponerse a sus hijas, pero Gloria no quiso hacerle caso. Sin embargo, esto no evitó que las monjas hostigasen a la pequeña. Un día, la obligaron a cortarse su larga cabellera, so pretexto de que ese color rubio no podía ser natural y que era indecente que se tiñese el pelo. De nada le sirvieron sus protestas a la pobre chiquilla, la llamaron mentirosa, le tiraron del pelo, la castigaron y, para terminar, acabaron con su trenza a tijeretazos y Blanca volvió a casa llorando. Esto Gloria solo lo sabría mucho después.

21
Lea

Ahora los aliados iban a patearle el culo a Franco. Se lo tenía merecido. ¡Ese cabrón iba a pagarlas! Las otras mujeres del comité tenían noticias. Se acercaba el fin de la guerra. Al parecer, los combatientes que habían conseguido huir en el 39 se disponían a cruzar los Pirineos en sentido inverso para derrocar al dictador. Batista y Ramón vendrían con ellos, liberarían a Niceto, que debía de estar pudriéndose en alguna cárcel, a no ser que hubiese conseguido escapar de esos malnacidos. El Rotg no lo había visto bien, estaba segura. Niceto sencillamente no podía estar muerto. Vendría a liberarlas, las puertas de la prisión se abrirían. Lea estaba segura de que ni ella ni Gloria iban a pudrirse doce años en aquel infierno, donde los gritos y ruidos insoportables las mantenían despiertas noches enteras.

En cada visita de la Cruz Roja, todas las mujeres del comité se pegaban a las faldas grises de las inspectoras suizas, tratando de hacer valer su condición de presas políticas. Sin embargo, cuando se trataba de las monjas (que estaban allí casi todos los días), Lea dejaba hacer a las demás. Eso era demasiado para ella. Las religiosas del Patronato de la Merced de Redención de Penas por el Trabajo y del Patronato de San Pablo iban con regularidad a la prisión para llevarse niños y colocarlos en familias devotas, en orfelinatos o en escuelas católicas. Fábricas de producir franquistas.

Para Lea, lo peor era cuando aquellas zorras iban a llevarse a los hijos de las condenadas a muerte. Los franquistas no mataban a las embarazadas, o al menos no solían hacerlo, pero una vez que habían dado a luz las eliminaban...

Un día, cuando Lea estaba ocupada barriendo en el ala de las condenadas a muerte, había asistido a una escena desgarradora.

Las monjitas iban en parejas, ayudadas por dos guardas. Habían tenido que juntarse las cuatro para arrancarle el bebé a la desgraciada que aullaba como una loba a la que le estuviesen matando sus cachorros. Sus gritos resonaban con tanta fuerza contra los techos de piedra que Lea había apartado

la mirada, para ocultar las lágrimas, y había seguido barriendo con la cabeza gacha. Nadie podía hacer nada. Nunca olvidaría el pánico en la voz de la desgraciada, que chillaba: «¡Mi niña! ¡No me la quitéis! ¡Quiero llevármela al otro mundo! ¡Matadla conmigo! ¿Qué va a ser de ella?».

Una lucha feroz había enfrentado a las guardas y a la madre condenada, que se aferraba con desesperación a su retoño. Las guardas intentaban arrancársela mientras ella se defendía como una furia aullando «¡No, no, por piedad, no!» y las otras presas golpeaban el suelo con los talones. Lea, incapaz de soportarlo más, había lanzado lejos la escoba y había unido su paso al de las mujeres sublevadas.

Hasta la muerte, Lea conservaría en su recuerdo la imagen de la garras de las guardas aferrando al bebé que lloraba y tirando con todas sus fuerzas para que la madre lo soltase.

La noticia de que en el verano del 45 tropas de antiguos republicanos españoles habían cruzado la frontera y estaban luchando en la vertiente sur de los Pirineos le devolvió la esperanza a Lea. Pero ni la victoria definitiva de los aliados ni el inicio de una hipotética reconquista mejoraron su suerte ni la de Gloria. Con la ayuda de su amiga Consuelo, Soledad seguía alimentándolas, con más abundancia desde que había conseguido ese empleo en el despacho del abogado. Soli había celebrado su vigésimo cumpleaños. Una vez a la semana, Gloria le leía sus cartas a Lea.

La administración penitenciaria había decidido romper la unidad de los comités de presas dispersando a las detenidas. Tras varios meses trabajando para él, Soledad defendió la causa de sus familiares ante José María Riutort y Sotelo. Este intervino en su favor en el momento justo. Gracias a él, trasladaron a Lea y a Gloria a la enfermería de la prisión modelo de Valencia. La cárcel de hombres. A finales del siglo XIX, cuando se inauguró, sus edificios en forma de media estrella eran, en efecto, lo mejor que se estaba haciendo en materia higienista. Al ser de mayor tamaño que la cárcel de mujeres en la que habían estado pudriéndose hasta entonces, no estaba superpoblada. Mejor aún, destinaron a Lea y a Gloria al comedor de la enfermería. Tenían el derecho —no, la obligación— de salir casi todos los días para traer las cajas de tomates y otras provisiones que compraba el intendente en el mercado. Incluso disponían de un chófer, un carcelero con pocas luces al que todos llamaban el Resimplet, porque era el doble de tonto que la media.

Soledad se convirtió en el orgullo de Lea. Cuando al fin se reunió con ellas por primera vez en el mercado central, la Gateta y Gloria descubrieron a una joven distinguida, elegante, que poco tenía que ver con la adolescente de la que se habían separado y, mientras ellas cargaban las cajas en el camión de

la cárcel, con el pelo tapado con pañuelos, Lea no pudo evitar comparar a Gloria y a Soli. Por otra parte, no salía de su asombro al volver a encontrarse con un mundo en apariencia normal. La gente se ocupaba de sus tareas como si la guerra no hubiese sucedido nunca, como si no siguiesen combatiendo allá en el norte. Como si ellas no durmiesen cada noche en la cárcel, como si las monjitas no arrancasen a los recién nacidos del pecho de madres destinadas al garrote.

Le dio un mareo. Y Soli, con su bonito vestido de lunares, con sus zapatos de piel, vestida como una burguesa... Se había vuelto tan esbelta y tan guapa como las modelos de los grabados de moda.

Gracias a que cargaba las vituallas para la enfermería, Lea recuperó peso con rapidez, igual que Gloria. La penuria no era tan acuciante como en el 41, aunque muchos productos de primera necesidad seguían siendo imposibles de encontrar. Blanca crecía. Durante su estancia en la cárcel de mujeres, las visitas de familiares habían estado prohibidas. De todos modos, tampoco era sitio para niños. Por ello, a pesar de las protestas de Gloria, incluso cuando las trasladaron a la nueva cárcel, Lea le había prohibido a Soledad que fuese a verlas con Blanca. Cuando Soli llevó a la pequeña al mercado, Gloria se vino abajo al verla. Fue una de las pocas ocasiones en que la abrazó largamente.

Lea se acostumbró con rapidez a esta nueva vida de prisión. Ya no tenía que enfrentarse a las epidemias de sarna ni a la disentería que padecían los presos llevados a la enfermería. No tenía que cuidar a los que se mutilaban para escapar a los trabajos forzosos, donde morían de agotamiento. No tenía que recibir a los psiquiatras fascistas, que iban a buscar el gen del comunismo, responsable a sus ojos de la degeneración de toda una parte de la población española. Junto con Gloria, simplemente estaban relegadas a las cocinas, a mondar verduras, a pasar la bayeta.

No fue la mediación del abogado Riutort lo que las sacó definitivamente de allí, sino las costumbres erráticas de la administración penitenciaria. Las cárceles estaban tan superpobladas que, pese al ritmo acelerado de ejecuciones y a la elevada mortalidad en los centros de detención y los campos, el infierno que habían creado Franco y sus esbirros se había vuelto del todo imposible de gestionar. Entonces, el Estado decidió aflojar de pronto la presión, amnistiando tan arbitrariamente como había condenado. El 1 de julio de 1946, Lea y Gloria se beneficiaron de una conmutación de pena. Del mismo modo que las habían condenado juntas aunque por delitos diferentes, las soltaron a la vez, como por efecto de un azar que lo mismo habría podido llevarlas al garrote.

Lea no le encontraba sentido alguno a todo aquello, pero se sintió feliz al volver a emprender el camino a la calle del Río Seco.

Batista y Ramón estaban vivos. Por fin habían escrito. Batista había resultado herido dos veces durante la campaña de África y hasta lo habían condecorado. Cuando terminó la guerra, regresó a Argelia para casarse con una mujer a la que había conocido allí. Se llamaba Albertine, era profesora de filosofía. ¡Su Batista, casado con una filósofa! Lea no salía de su asombro. Aunque no tenía ni la más remota idea de lo que era la filosofía. ¡Y su Rotg! El pobre se habría puesto muy contento. Ramón seguía viviendo en Rodez. También él se había casado. Con una pretendiente menos noble, pero daba igual. Su mujer tenía tierras, una granja. El sueño de Lea, que al final habían cumplido sus hijos en su lugar. Le habría gustado verlo con sus propios ojos. Pero no había forma de salir de España. Solo Niceto seguía sin dar noticias.

Por suerte, tenía a Soledad. ¡Había cambiado tanto en dos años! ¡Y su jefe! ¡Había que ver al abogado! Parecía Vittorio de Sica en *Nuestros sueños,* una película a la que Gloria, que seguía siendo una apasionada del cine, la había llevado a rastras una semana después de su liberación. El mismo pañuelo anudado bajo el cuello de la camisa, el mismo pelo castaño claro, las mismas gafas de sol. Y sencillo, además. Un día fue a buscar a Soli a casa, en coche, como no podía ser menos, y las había saludado con gran cortesía.

Por supuesto, Lea no se engañaba sobre las opiniones de aquel tipo. Estaba del lado de los que tienen la sartén por el mango. Nada más. Y había que ver cómo miraba a Soli. Se la comía con los ojos.

Ay, si Lea hubiese tenido treinta años menos...

¿Quién sabía? El abogado era un buen partido, y además no estaba casado.

La única pega era si estaría dispuesto a casarse con una hija de rojos, cuya madre había estado en la cárcel.

Todas estas preguntas a las que Lea daba vueltas en la cabeza le evitaban pensar demasiado en lo que había visto en el ala de las condenadas.

22
Gloria

Gloria retomó su oficio de costurera. El trabajo no faltaba. El jefe de Soli le encargó un abrigo para su hermana.

Un tipo curioso, Riutort. El hecho de que la madre y la hermana de Soli hubiesen estado encarceladas no parecía preocuparlo mucho. Por otra parte, era abogado, conque seguramente había visto casos similares. Nunca hablaba de política y daba la impresión de que le resultaba por completo indiferente.

Gloria había detectado en él al hedonista, al mujeriego.

Algún tiempo después de que Lea y ella fuesen liberadas, invitó a Gloria y a Soli a una fiesta. Charlaron sobre una pasión que tenían en común: el cine. Riutort poseía no solo una magnífica cámara fotográfica, una Retinette de Kodak, sino también un pequeño tomavistas con el que le gustaba hacer cortometrajes.

—¿De verdad? —preguntó Gloria, sorprendida.

Había allí, congregados en el amplio piso de la calle de la Paz en el que vivía el abogado, un grupo de muchachos salidos de la juventud dorada valenciana de la posguerra. Se pusieron a evocar con fervor el cine americano, italiano. Todos estuvieron de acuerdo en que a su lado las películas de la España franquista no valían nada.

—Historias de huérfanos, de monjitas y de toreros —se burló Riutort.

—Oye, ¿y si hiciésemos una película? —exclamó un interno de medicina, con la voz pastosa por el exceso de coñac.

Soledad, que estaba enfrascada en una conversación con un joven, se sorprendió: —¿Qué? ¿Ahora?

Riutort se levantó del apoyabrazos del sofá, donde había apoyado distraídamente una nalga.

—¿Por qué no? Tengo focos, podemos hacer la iluminación. ¿Os tienta la aventura?

Gloria le sonrió.

—¿Por qué no? ¿Qué historia va a poner en escena?

Riutort hizo como que reflexionaba, con los brazos cruzados y el dedo índice apoyado en el mentón.

—Mmmm... Podríamos filmar una historia en la que el señor intenta seducir a la mujer fatal, mientras que la criada está enamorada de su jefe.

Gloria se echó a reír, sin atreverse a decir que la idea le parecía ridícula. Pero Riutort ya se había escabullido a la cocina y volvía con los brazos llenos de vajilla para poner la mesa mientras desarrollaba la escena: —El seductor ha invitado a la mujer fatal a una cena para dos, con la intención de seducirla, y la criada, que solo tiene ojos para él, tendrá que servirla. No está mal, ¿no? Ahora vuelvo.

—¿Quién distribuye los papeles? —preguntó Gloria sin dirigirse a nadie en particular.

Riutort reapareció cargado con un trípode, un foco y su tomavistas. Mientras instalaba el material, le pidió a Juan Miguel, el interno, que llevase dos velas, para crear un ambiente íntimo.

—Cuestión de atmósfera.

Gloria reaccionó inmediatamente declamando en francés e imitando a Arletty: —«Atmósfera, atmósfera, ¿acaso tengo cara de atmósfera?»10.

La alusión no se le escapó al abogado.

—¡Ah, la señorita conoce los clásicos! Bueno, Juan Miguel, con lo borracho que estás, no vas a poder sujetar el tomavistas, con que se ocupará José Martín.

Había elegido al joven que llevaba un buen rato conversando con Soledad.

—Yo seré el seductor.

Sus dos amigos se echaron a reír.

—¡No se puede decir que el papel no te vaya al pelo!

El abogado esbozó una sonrisa, como haciendo entender que habían dado en el clavo.

—¿Quién hace de mujer fatal? —preguntó clavando sus ojos en los de Gloria.

Gloria se volvió hacia Soledad:

—Tú haces de criada.

*

Había vuelto el verano. El tercer domingo de julio, Soli le propuso a Gloria que la acompañase a la playa de Valencia. La que estaba reservada a las familias, claro, donde hombres y mujeres podían bañarse juntos. Allí iba a encontrarse con su jefe, además de con su amiga Consuelo. La evocación de los baños mixtos despertó en Gloria el doloroso recuerdo de sus escapadas

eróticas a la sombra de las rocas de Sant Balaguer con Varela, cuyos pesos mexicanos seguían llegando regularmente. La sola idea provocó en ella una incontrolable marejada. ¡Iba a cumplir veintiocho años! Seguía estando sublime, y eso que acababa de pasar dos años en la cárcel. Era como una incipiente tormenta de los sentidos que se dirigía hacia el primer hombre que pusiese los ojos sobre ella.

Y quien los puso fue un jovencito con uniforme de aduanero, un huérfano de la nación recién salido de la academia militar, que la abordó casi con timidez, en el paseo marítimo, aquel famoso día en que acompañó a Soli a la playa.

El viento acababa de llevarse el chal de fina tela de algodón que Gloria le había regalado y que ella se había echado despreocupadamente sobre los hombros. El joven lo recogió y llamó a las dos mujeres que se alejaban. Gloria se dio la vuelta antes que Soledad. Se quedó paralizada. Aquel rostro aún infantil... Pero era imposible. Hacía mucho tiempo. Demasiado tiempo. Pero le recordaba tanto al de aquel joven soldado republicano junto al que había despertado cuando se desmayó en el puerto. Aquel día en que había intentado encontrar sitio en un barco, en vísperas de la victoria de Franco... Hizo un cálculo rápido. Hacía de eso... siete años. No, la verdad, era imposible. Pero tan perturbador. Se parecían enormemente.

El joven le tendió con torpeza el chal y Gloria notó que la mano le temblaba ligeramente, igual que su voz cuando se dirigió a ella.

—Se le ha caído.

—No, es mío —protestó Soli—, aunque me lo regaló mi hermana.

Y le quitó de las manos el chal de color lila. Él se quedó parado, con las piernas un poco separadas y las palmas abiertas hacia el cielo, esas palmas que habían sujetado el chal.

Gloria le sonrió.

—Sí, somos hermanas. Ella se llama Soledad. Y yo soy Gloria.

Le tendió la mano. El aduanero tenía la piel suave y caliente, Gloria se demoró en sus dedos.

Se presentó con el nombre de Álvaro Moliner. Gloria le propuso que las acompañase hasta la zona de baño, ante la mirada reprobatoria de Soli.

José María Riutort las esperaba allí, sentado tan tranquilo en una tumbona. Gloria observó su pelo castaño claro, poco abundante, su elegante polo y su pantalón con pinzas, sus pies sorprendentemente pequeños calzados con alpargatas y bien plantados en la arena. Aún no se había cambiado. Se levantó para saludarlas y le dio un largo apretón de manos a Soli. Apenas le prestó atención al joven aduanero.

Gloria y Soli compartieron caseta para ponerse los trajes de baño. Soledad se ajustó un tirante mientras admiraba el cuerpo de su hermana mayor, sobre el que el resplandor del sol proyectaba rayas al colarse por una grieta en la madera de la puerta.

—Ya te dije que nunca tendría el pecho que tienes tú. ¡Qué guapa eres!

Te has recuperado mucho desde que saliste de la cárcel.

Gloria la ayudó a subirse el tirante. A Soli el bañador le quedaba un poco suelto.

—Tú también eres guapa.

—¿Qué dices? ¿No has visto mis rodillas torcidas?

—¿Y tú no has visto cómo te mira tu jefe, que te come con los ojos?

—Calla, Glori.

Gloria se vistió y dudó unos instantes antes de preguntar:

—Oye...

—¿Sí?

—No estarás acostándote con él, ¿no?

—¡Gloria!

—Bueno, era por preguntar.

—Vaya ideas se te ocurren.

Las dos hermanas salieron a la luz del mediodía. Gloria siguió la mirada del abogado, que se demoraba en las piernas delgadas y musculosas de Soledad, en las curvas de su traje de baño con grandes flores negras. Soli se atrincheró tras unas gafas de sol de montura redonda y se recogió el pelo. Riutort sacó una Kodak de su funda de piel y le pidió que se apoyase en la balaustrada de cemento. Detrás de ella, la franja blanca de la barrera de espuma cerraba el horizonte. Soledad apoyó una pierna bronceada en la barandilla. Con los pies descalzos, adoptó una pose sensual y se subió las gafas a la frente. Él tomó una foto, luego otra.

Alrededor de ellos, la muchedumbre de bañistas indiferentes y alegres.

Acababa de llegar Consuelo, tarde, como de costumbre. Riutort se encendió un cigarrillo y guardó con cuidado la cámara para protegerla de la arena. Notando un vago sentimiento de culpa, Gloria se acordó por un momento de Blanca, que sin duda habría disfrutado del mar y a la que había dejado al cuidado de la Gateta. Se acercó al joven que se balanceaba de un pie a otro, sin saber qué hacer entre toda aquella gente que se conocía.

—¿No se baña?

—Pues es que... No tenía esa intención, de modo que no llevo traje de baño y...

—¿Quiere que demos un paseo?

—Sí, con mucho gusto.

—Pues entonces deje que me ponga una blusa por encima del bañador, que si no voy a quemarme con mi piel de pelirroja.

*

Caminan por el paseo marítimo, se cruzan con otras parejas que van del brazo. La presencia del joven aleja los demonios de la cárcel, de los esbirros

de la Seguridad, de los fantasmas y de las fiebres. Su timidez tranquiliza, serena. Con prudencia, intenta averiguar: —¿Se ha alistado usted?

El viento agita su pelo. Pasa un brazo bajo el del muchacho, que se ríe nervioso. Su bolso se balancea al ritmo de sus pasos.

—No, qué va. Nuestro padre murió de un ataque cerebral hace mucho, cuando yo era aún pequeño. Era militar de carrera, del cuerpo de carabineros, en la aduana, en Sagunto. Nosotros somos huérfanos de la nación, la escuela militar ha sido nuestro padre.

—¿Nosotros?

Álvaro Moliner duda en responder.

—Tengo un hermano, mayor que yo. Él...

Gloria se impacienta:

—¿Qué?

—Él... acaba de salir de la cárcel.

Gloria estalla en una carcajada tan sonora que esta vez los transeúntes de dan la vuelta. Moliner frunce el ceño: —¿Qué he dicho que le resulta tan gracioso? No tiene ninguna gracia.

Ella percibe el recelo de él. Las dos hermosas jóvenes, el guaperas con aspecto de patricio. Claro, no puede saberlo.

—Yo también acabo de salir de la cárcel, eso es lo que tiene gracia.

Álvaro Moliner abre los ojos como platos. Pestañea. Gloria observa su nariz fina y larga, que cae justo hasta la boca, hasta sus labios delgados. Esta vez, todo su rostro sonríe.

—¿Cómo se llama su hermano?

—Diego. Se llama Diego.

Y, sin saber por qué, quizá porque ha comprendido que están en el mismo bando, el joven aduanero le cuenta, se cuenta a sí mismo. Tiene veintiún años (Gloria se percata de que le saca siete) y está destinado en la aduana del puerto. Su hermano mayor era oficial del ejército republicano. Lo habían apresado en Cataluña, poco después de la derrota del Ebro, y lo habían condenado a muerte. Luego lo habían indultado, había cumplido una pena de ocho años y había sido liberado pocos meses atrás. Ha adelgazado mucho, constata Álvaro, y fuma como un carretero. Antes no había tocado un cigarrillo en su vida. Lo llevaron de cárcel en cárcel por todo el país. Añade que cada vez que hay un atentado en los Pirineos, por culpa de los francotiradores, lo encarcelan de nuevo. Que está harto y sueña con emigrar a Francia y desde allí pasar a Sudamérica.

—Yo crecí en Francia.

—¡No!

—Pues sí. Pero no es fácil pasar. Nosotros lo intentamos, y más de una vez.

—Mi hermano ha estado destinado en Ordesa. Conoce la montaña como la palma de su mano, eso no es un problema para él. Pero ¿y usted? Háble me de Francia.

Gloria no omite nada, ni siquiera a Varela, ni siquiera a Blanca, pero el joven soldado no parece impresionado.

Llevan un rato sentados en un banco pintado de blanco, frente al mar. Han visto pasar los barcos de pesca que regresaban al puerto en el aire lánguido de finales de julio.

—También tengo una hermana, y gracias a ella mi hermano no se murió de hambre.

—¿Cómo se llama?

—María. Todos los días, se levantaba a las cuatro de la mañana para ir a hacer cola a la cárcel y llevarle comida.

Gloria deja pasar un silencio antes de contestar.

—Igual que yo. Cuando estábamos en la cárcel fue mi hermana pequeña quien nos salvó. Ella nos llevaba comida a mi madre y a mí.

—¿La del chal?

—Ajá...

De pronto, Gloria mira el reloj y se sobresalta.

—¡Caramba! Estarán preguntándose dónde me he metido, son más de las seis. Y ni siquiera me he bañado.

—Yo tampoco, el tiempo ha pasado volando. La acompaño.

Álvaro Moliner vuelve a dudar, antes de atreverse:

—Me... Me gustaría mucho volver a verla.

Gloria clava sus ojos dorados en los de él y arquea la espalda. Se estira, sus pechos sobresalen bajo la blusa.

—A mí también.

*

Acostarse juntos no fue cosa fácil. Hacerlo en el piso no se les pasaba por la cabeza. Los hoteles estaban prohibidos para parejas no casadas. Al final, improvisaron su lecho al abrigo de un olivo, dos semanas después, una tarde de agosto, justo antes de la fiesta de la Virgen, tras una verbena celebrada cerca de Quart de Poblet. Fue algo fulgurante, y la noche disimuló a las miradas de Álvaro Moliner el rubor que había invadido el cuello, el rostro y los pechos de Gloria, señales del placer que la había atravesado de parte a parte, como nunca antes.

Se habían quedado allí, acariciándose, saciándose el uno del otro, hasta que al fin la noche empalideció y el frío del alba cayó sobre sus hombros al mismo tiempo que el canto de los primeros pájaros. Y mientras caminaban de regreso a la estación de Poblet, estrechándose el uno al otro, e iba calmándose la agitación de su sangre, Gloria le preguntó a Álvaro sobre su trabajo en el puerto. Él reflexionó un momento antes de contestar, como si dudase.

—Es un poco complicado. En la ciudad hay mucho mercado negro,

mucho contrabando.

—Lo sé, con esas malditas cartillas de racionamiento siguen faltando productos de primera necesidad. Pero ¿por qué dices que es complicado?

—Pues porque hay que mirar bien dónde se pisa. Quien dice contrabando dice corrupción.

—¿De la aduana?

—¿Tú qué crees? Pero yo en eso no me meto.

Y luego él le preguntó, como sin darle importancia:

—Si me fuese a Francia con mi hermano, ¿te vendrías? Conmigo, quiero decir.

Gloria lo estrechó aún más fuerte, sin decir nada.

*

Gloria jamás había sentido tamaña falta. Cada vez que Álvaro se separaba de ella, aunque solo fuese para ir a trabajar al puerto, todo su cuerpo no era más que un vacío. Toda su alma, un abismo. Su vientre, una llamada. Sus senos se ponían duros con la sola evocación del nombre de Álvaro. Lo esperaba todo el día, esperaba su piel, esperaba su olor, esperaba su sexo dentro de ella, su lengua recorriéndole la piel, el sabor de su sudor en la lengua, apenas había terminado de gozar solo tenía un deseo, volver a empezar, una y otra vez, dejarlo ponerse duro dentro de ella...

Cualquier rincón en el piso, en la playa, en algún naranjal servía de escenario para sus retozos impacientes. Bastaba con que estuviesen a menos de un metro de distancia, era como un imán. La boca seca, el mareo, enseguida. Álvaro era como una droga, la adicción era total. Día y noche, noche y día, habría deseado tenerlo dentro de ella. Le gustaba el modo en que se colocaba la chaqueta sobre las rodillas en el tranvía para que ella pudiese deslizar la mano debajo, metérsela en la bragueta y agarrar su sexo entre los dedos, sujetarlo así, apretarlo, disimulando su caricia a todas las miradas, y ella acechaba en la mirada de él la vacilación fatídica, esperaba hasta notar el líquido pegajoso y tibio, mientras él disfrutaba y ella apretaba los muslos con todas sus fuerzas.

Por supuesto que se habría ido con él a Francia. Y al fin del mundo.

Ya nada contaba, o casi. Soli, Lea, Blanca, desde luego, los lazos de la sangre. Y ni eso...

Nada podía interponerse ante esa locura que se había apoderado de ella, más fuerte que las fiebres de las marismas, que seguían venciéndola a intervalos regulares.

*

Llevaban juntos dos meses cuando le presentó a su hermano.

Diego Moliner distaba de poseer la belleza de su hermano. El antiguo oficial fumaba un cigarrillo tras otro, tabaco negro, apestoso. Tenía el cráneo ya medio calvo y las orejas ligeramente separadas. Costaba saber si los largos años pasados en la cárcel lo habían vuelto taciturno o si siempre había sido aquel hombre silencioso que estaba sentado con ellos a una mesa del café Barrachina de Valencia. Sin embargo, había algo que no podía escapar a cualquiera que buscase en su mirada: la infinita bondad que emanaba de ella.

—¿Cuándo se va?

Diego Moliner exhaló el humo por la nariz antes de aplastar la colilla en un cenicero publicitario de la cerveza San Miguel.

—Dentro de dos semanas. Aquí no hay nada para mí. Ya no me queda nada. Y estoy harto de que me detengan cada vez que me paro en la acera con un par de amigos para fumarme un cigarrillo, con la excusa de que es una reunión ilegal y de que he cumplido condena. Harto de no encontrar trabajo porque los que podrían darme empleo tienen acceso a mi ficha policial y no quieren contratar a un antiguo preso político, a un rojo. Este país se ha ido a la mierda, hemos perdido. Los aliados nos dejarán pudrirnos, ni siquiera podemos ganarnos la vida. Hay que largarse. Me voy a París, y luego me iré más lejos.

—¿Adónde?

—A Argentina.

—Y yo me reuniré contigo en Francia —dice Álvaro—. Nos reuniremos contigo. ¿Verdad, Gloria?

Ella contestó con voz distraída.

La Gateta ya no era tan entusiasta y no había sido fácil convencerla. Pero la intervención de Batista, cuya última carta había llegado un mes atrás, resultó providencial. Describía una Francia que renacía de sus cenizas, un país en reconstrucción, sobre unas bases justas, las del Consejo Nacional de la Resistencia. Allí, escribía, había trabajo para todos y buenas perspectivas. Tenía intención de venir a buscar a Soledad.

Por el momento, solo eran palabras puestas sobre papel. ¿Qué había sido del verdadero Batista, el de carne y hueso? ¿Seguía siendo el luchador intrépido? ¿O bien el fanfarrón? ¿El asesino? ¿El mentiroso? El foso que los había separado a lo largo del tiempo se había convertido en un abismo. Un abismo que solo colmaban palabras garabateadas en una hoja de papel.

Batista conocía los caminos. Eran peligrosos, en el norte seguía habiendo escaramuzas cada cierto tiempo, aunque cada vez resistían menos combatientes. Gloria no tenía otra opción que confiar en él.

La perspectiva de un trabajo bien pagado para Soledad, la tierra que Ramón había adquirido al casarse y el deseo de volver a ver a sus hijos fueron más fuertes para Lea que su vana búsqueda del menor rastro de Niceto.

Aunque... La Gateta seguía negándose a reconocer que seguramente reposaba en algún sitio, bajo tierra, entre miles de otros sacrificados como él.

Batista, que había obtenido la nacionalidad francesa un año antes como recompensa por su bravura en el combate, vendría acompañado de su esposa francesa. Para la pareja resultaría fácil cruzar la frontera y preparar el paso de Soledad. En cuando a Gloria, Blanca y Lea, seguirían a Álvaro por la montaña, por el camino que este habría recorrido antes que ellos. El encanto de Álvaro había conquistado a Lea, que lo había adoptado como a un hijo. Habían acordado que todos se encontrarían en Rodez.

Pasaron quince días. Al fin, Batista, el hijo pródigo, abrazó a los suyos.

*

En el desierto su rostro se había arrugado.

—¿Os dais cuenta? Condecorado dos veces, herido dos veces. Finalmente, en el 45, después de Marruecos, de la campaña del Norte de África y de Montecassino, nos desembarcan en Bayona para desmovilizarnos. Así que estoy de nuevo a los pies de los Pirineos. De pronto, un control. Me detienen en un control. Había un montón de tipos, estaban seleccionándolos, y un guarda va y me dice: «Tú eres un extranjero en situación irregular, te mandamos de vuelta con Franco». Y me ponen en la fila delante de la entrada al puente del Bidasoa, con todos los que enviaban de vuelta a España. Por suerte, un teniente había visto mi cartilla militar, se fue a hablar con la policía de fronteras, me cogió y me dijo: «Tú te quedas. Con lo que has hecho, nos quedamos contigo». Así fue como pasó. Me hice francés y luego me fui a buscar a Albertine, a la que había conocido en Argelia, para casarme con ella.

Albertine cloquea.

—Si lo hubieseis visto con su uniforme de la Legión y su capa... ¡Qué guapo estaba! ¡Mucho más que Gabin en *La bandera*!

Albertine lleva sus rizos castaños recogidos en lo alto de la cabeza, al estilo Pompadour. Tiene las mejillas redondas. En realidad, todo en ella es redondo. De entrada, a Gloria no le cae bien. No dice nada. Se da cuenta de que Soli tampoco la ve con buenos ojos. Qué más da. Gloria está encantada de hablar francés. Solo se siente un poco triste porque Batista desprecia a Álvaro. Apenas si le ha dado la mano.

Lo interroga, dirigiéndose a él como a un subalterno:

—Entonces, ¿tú eres quien va a ayudarlas a cruzar? ¿Estás seguro de ti? ¿Sabrás por dónde pasar? ¿Tienes contactos? Eres muy joven.

Álvaro se levanta. Con el dedo se señala el uniforme.

—¿Sabes lo que es esto? ¿Sabes con quién hablas? Soy carabinero. Esto es un uniforme de aduanero. ¿Y a quiénes conocen los aduaneros, te pregunto? A otros aduaneros. Conque para cruzar, pues... Eso sin contar que

mi hermano va a pasar antes que yo y que también es antiguo capitán de los carabineros.

Batista se encoge de hombros.

—Bueno, si tú lo dices...

Gloria le dirige una sonrisa vaga a Álvaro. Nadie más que él sabe lo que está pensando en realidad. Él lo sabe. Ella acaba de susurrarle unas cuantas palabras obscenas al oído. Se sorprende a sí misma. Albertine habla de sus clases de filosofía, trata de imponerse. Salta a la vista que no tiene idea de lo que han pasado los Soler cuando hace referencia a las privaciones de los franceses durante la ocupación. La España de 1946 es una pecera. Un país aislado del resto de Europa. Batista, por su parte, se exhibe. Narra al detalle sus proezas militares. Embellece el relato, seguramente. Se burla del pacifismo de Ramón, que se ha hecho sindicalista. Sí, Batista ha cambiado mucho pero sigue siendo el mismo, piensa Gloria. Es él, pero al mismo tiempo no tiene nada que ver con él. Pero ¿acaso no nos sucede lo mismo a todos?

Lea deja un plato de *arròs al forn* humeante sobre la mesa. Le ha echado todo lo que ha podido encontrar en el mercado.

Albertine exclama:

—¡Mmmm, qué bien huele! ¿Qué lleva?

—Rata —responde Lea.

Todo el mundo se ríe. Gloria, Soli y Lea, con franqueza. Los demás, con un poco más de nerviosismo.

Llaman a la puerta, tres toques breves, como en el teatro. Los Soler se miran. Gloria le señala la cocina a su hermano con la cabeza. La Seguridad no debería encontrarlo allí. Ni siquiera con documentación francesa...

Es Soli quien va a abrir. Gloria la oye reír. Reconoce la voz. Es Riutort. No viene solo. También está Diego. Han llegado a la vez. Soli llama a Batista. Le presenta al abogado y a Diego.

—Puedes hablar delante de él, Batista —añade Soledad—. Es mi jefe, y me protege. También es mi abogado. Y él —señala a Diego Moliner— es el hermano de Álvaro.

Batista vuelve a sentarse para exponer su plan.

La idea es que Albertine regrese a Francia con toda la calma del mundo, en tren, y que espere a Batista y a Soli al otro lado de la frontera, en el País Vasco francés. Batista se hizo algunos amigos allí cuando los franceses quisieron expulsarlo en el 45 y terminó quedándose gracias al oficial. Tiene un contacto. Cruzarán el Bidasoa. Después, irán todos juntos a casa de Ramón, en Rodez.

Diego Moliner se enciende un cigarrillo y se rasca el mentón. Hace una mueca.

—Tu plan no va a funcionar. Hay demasiadas patrullas y...

Batista lo interrumpe.

—¿Y tú qué sabes?

Álvaro se pone en pie.

—Ya te he dicho que mi hermano fue carabinero y luego oficial en los Pirineos. Se lo conoce. Sabe lo que dice.

Batista también se levanta. Les saca a los hermanos Moliner lo menos una cabeza. Frunce las pobladas cejas y mira fijamente a Diego.

—Yo me chupé la batalla de Teruel, la de Madrid, hui, crucé los Pirineos a pie, por Cataluña, hice toda la campaña de África y la de Sicilia. No van a impresionarme unos aduaneros. ¿Y tú dónde estabas?

—En el Ebro, y luego con Negrín. Y, después, condenado a muerte, amnistiado. Me cayeron ocho años.

—¡Bah, Negrín! Hablemos de Negrín. ¡El hombre de Moscú!

Esta vez, Gloria se mete:

—¡Batista! ¡Ya basta, vosotros tres!

—Moliner tiene razón —trata de mediar Riutort—. Vuestro plan es arriesgado. Soledad, ¿estás segura de que quieres irte a Francia? Puedes seguir trabajando en el despacho, si quieres.

—No, quiero irme a Francia.

—Bueno, pues esto es lo que vamos a hacer...

Riutort saca sus documentos de identidad del bolsillo de la chaqueta ligera que lleva puesta y sacude con la mano el humo que ha invadido la estancia.

—Batista, mira la foto.

Batista se inclina sobre la foto de un Riutort mucho más joven y mucho más rubio.

—Me la hicieron hace mucho tiempo y es bastante mala.

—¿Dónde está el problema? Si ahora soy francés.

—Si os detienen, con tu pasado eso no les impedirá meterte en la cárcel, mientras que con estos papeles, en caso de apuro, saldrás del paso sin problemas.

En el rostro de Soli se aprecia el pánico.

—¡Está usted loco! ¿Y si de verdad lo cogen con ellos?

Riutort se encoge de hombros con desenvoltura.

—Pues, entonces, diré que los había perdido.

Gloria está impresionada por el gesto de Riutort. No esperaba tanta generosidad de su parte. Se había equivocado con él. También corre su riesgo.

Él sonríe, mirando primero a Soledad y luego a Gloria, y su gesto es desafiante.

—Puede que, después de todo, sea yo quien se reúna con vosotros muy pronto.

Diego Moliner tose. Toma aliento antes de hablar.

—Hay algo que yo puedo hacer. Tengo un amigo de la cárcel que es vasco, de la zona de San Juan de Luz. Conoce a gente a ambos lados de la frontera. Aduaneros. Quizá pueda ayudarnos.

Batista chasquea la lengua contra el paladar.

—Déjalo estar. Con esto —Esgrime los papeles del abogado— no necesito nada más. Te llevaré a Francia, ¿eh, Soli? Tú, Moliner, cruza por donde quieras, y vosotros, Gloria, *Mare,* Blanca, iréis por ese camino, con el otro, el joven. De todas formas, es mejor separarnos. Eso multiplica las probabilidades de éxito.

*

Los días siguientes transcurrieron en preparativos diversos, en un ambiente febril.

Diego se marchó el primero, luego le tocaba el turno a Batista y Soledad, unos diez días después. Por consejo de Riutort, la joven había metido una biblia en su parco equipaje.

Después, nada. La espera. Insoportable. La espera de la carta, de las dos cartas que anunciarían: «Hemos llegado bien».

---

10. Referencia a una escena de la película *Hôtel du Nord,* de 1938, dirigida por Marcel Carné, en la que el ladrón Edmond le dice a su amante, la prostituta Raymonde (interpretada por Arletty), que desea ir a pescar sin ella para cambiar de «atmósfera», a lo que ella responde con la frase que cita Gloria *(Atmosphère, atmosphère, est-ce que j'ai une gueule d'atmosphère?),* la cual constituye una de las réplicas más famosas del cine francés. *(N. de la T.)*

23
Gloria

Después de que Batista cruzara el Bidasoa a nado, habían detenido a Soledad. La salvó la biblia que había metido entre sus cosas en el último momento. Transcurrirían aún dos meses antes de que, tras salir de la cárcel donde la habían encerrado, les narrara la rocambolesca tentativa de Batista.

Dos meses durante los cuales Gloria, muerta de preocupación, tuvo que contentarse con la breve misiva de su hermano en la que explicaba con bastante torpeza que él había conseguido escapar a los carabineros vascos tirándose al Bidasoa, sin que Soli lograse seguirlo.

En cambio, Diego, como era de prever, había llegado a París sin problemas. Les daba una dirección en la que podían reunirse con él, la de una pensión familiar situada en el barrio de La République.

Furiosa, Gloria tachó una vez más a Batista de inútil. Como no podía ser menos, la Gateta tomó partido por su hijo y se produjo una riña memorable entre las dos mujeres, en la que la hija trató a su hermano de fanfarrón y bribón, mientras que la madre alegó que había combatido durante cuatro años y que no había podido hacer nada si Soledad había demostrado ser demasiado miedosa como para seguirlo.

La economía española seguía hundiéndose en una crisis a la que ninguna receta parecía poder poner remedio. Cada mes había más candidatos al exilio en el barrio donde vivían los Soler. No solo había parias políticos. La mayoría, como Prestes, un vecino que trabajaba en un banco, eran emigrantes económicos. Incluso había entre ellos partidarios de Franco que ahora veían con claridad el callejón sin salida al que el Generalísimo llevaba a la nación.

Gloria y Álvaro se veían siempre que podían, soñando también ellos con aquella tierra francesa que iba a ser su tabla de salvación. Entre dos asaltos enfebrecidos, Gloria le describía el país que la había visto crecer. Álvaro no se cansaba nunca, igual que nunca se saciaba de su cuerpo. Lea ya casi no le dirigía la palabra a Gloria, cada una imaginando por su cuenta, por haberlos

conocidos demasiado bien, los tormentos carcelarios impuestos a Soledad. Por fin llegaron noticias suyas. Internada en la cárcel de mujeres de San Sebastián, una supuesta prisión modelo gestionada por religiosas, la habían condenado a cumplir en ella una pena de sesenta días. Puesto que ya había cumplido su condena, regresaría a Valencia la semana siguiente y le pedía a Gloria dinero para el tren.

Gloria había impuesto definitivamente a Álvaro en casa. Ya no estaban obligados a confiar el secreto de sus jadeos, de sus gemidos de placer, a los naranjales bañados por la luz de la luna. Lea se ocupaba de sus asuntos sin dirigirle tampoco la palabra al joven. Gloria sospechaba que estaba celosa y experimentaba un placer malicioso evitando contener la explosión de su gozo, procurando no ahogar jamás sus gritos, con objeto de hacer ver a su madre que también ella podía ser una mujer de verdad.

Había al menos dos puntos en común entre Lea y Pepita, la madre de Álvaro, a la que Gloria había sido presentada: las dos eran viudas y ninguna de las dos aprobaba la diferencia de edad entre sus hijos. Por lo demás, Pepita era tan desaliñada como Lea aseada. Olía a una complicada mezcla de orín rancio y mugre, cubierta por efluvios de perfume de muguete. Le dirigía a Gloria miradas indignadas, como si estuviese robándole a su hijo, lo cual en cierto modo era verdad. Qué más daba, ya que Álvaro parecía no preocuparse por ello. Lo mejor, y quizá lo más importante, era que Blanca parecía haber adoptado definitivamente a Álvaro.

—¿Por qué no nos casamos ahora?

Álvaro cruzó la pierna sobre la tripa de Gloria.

—¿Por qué no? —repitió.

Gloria se movió bajo su muslo, frotando su vientre pálido y cubierto de pecas con la piel de su amante.

—Ya lo sabes. Sigo casada con un bígamo.

—¡Pero si hace años que se fue a México! Y Franco anuló los matrimonios celebrados durante la República. Además, me dijiste que, de todos modos, los archivos municipales de Sant Balaguer ardieron en la guerra.

—Ya lo sé, Alvarito. Por cierto, que ahora hasta las fechas de nacimiento de Blanca y de Soli son falsas.

—¿Y por qué?

—Eso solo me incumbe a mí. Además, quiero que nos casemos en Francia. También soy francesa.

Él pellizcó con suavidad el pezón de Gloria.

—Para.

Él intensificó la caricia en el pezón, ya erecto. Ella gimió:

—Más...

En ese preciso instante, se sentía como una muñeca de carne en manos de un marionetista que conociese de memoria cada uno de los hilos que

accionaban las partes de su cuerpo. Y era deliciosamente agradable...

Un poco después, él le anunció que no dormiría en casa la noche siguiente.

—¡Pero si creía que no estabas de guardia mañana por la noche!

—Ya, pero he aceptado sustituir a Patricio Irigoyen. Ese vasco imbécil se ha puesto enfermo en el último momento. Conque voy a tener que pasar la noche en el puerto.

*

Dos días después, por la mañana, al no verlo regresar, Gloria inocentemente pensó que su amante se había retrasado con alguna tarea menor que le habrían encargado sus superiores a la hora del reemplazo. Fue un oficial de enlace quien se presentó en el domicilio de doña Pepita para anunciar que Álvaro había recibido un tiro por la noche y que lo habían trasladado de urgencia al hospital militar de Valencia. La madre de Álvaro, al margen de lo que pudiese pensar de Gloria, se precipitó a la calle del Río Seco para avisarla.

Gloria se tambaleó y se agarró al marco de la puerta. ¡No, eso no, él no! ¡Él no! No oyó a Pepita, que trataba de explicarle que Álvaro solo estaba herido. Le gritó a la Gateta «¡Ocúpate de Blanca!», se lanzó a la escalera sin siquiera pararse a coger un abrigo, con Pepita trotando tras ella y salpicando su carrera de ahogados «¡Espérame, Gloria! ¡Espérame!». No Álvaro, no el amor de su vida, eso la mataría.

Lo encontró en una sala común del hospital, lívido, exangüe, con el torso vendado, los labios amoratados y agrietados, los ojos subrayados por amplias ojeras amarronadas, yaciente sobre la almohada. Sus brazos desnudos descansaban encima de la sábana como dos peces alargados arrastrados a la playa. A Gloria se le hizo un nudo en la garganta, mientras Pepita le cogía el puño y gemía «Dios mío...».

Trató de hablar, con suavidad:

—Álvaro. Alvarito *mío.*

Muy despacio, Álvaro abrió los párpados. Tenía los ojos inyectados en sangre. Al ver a Gloria, trató de incorporarse, pero le entró un ataque de tos. Una espumilla rosada le brilló en la comisura de los labios.

Gloria le puso la mano en la frente. Ardía. Indiferente a la presencia de Pepita, le dio un beso en la boca. Álvaro consiguió susurrar, con voz sibilante:

—Me... Me dispararon por la espalda.

Gloria se incorporó y su mirada se perdió en la hilera de camas de estructura metálica, de siluetas postradas rodeadas de sus familiares. Una enfermera cruzó la sala, luciendo una cofia con una cruz roja ladeada, y se acercó a ellas.

—Buenos días. ¿Son de la familia?

Pepita le echó una mirada de reojo a Gloria y asintió.

—No hay que cansarlo. Aún está débil y tiene que descansar. Vengan conmigo.

Álvaro ya había cerrado los ojos.

La enfermera giró a la derecha por un pasillo, caminó unos diez metros más y se detuvo delante de una puerta, con Gloria y la madre de Álvaro tras ella. Llamó y esperó a que una voz de hombre las autorizase a entrar.

Detrás de una gran mesa de despacho, de espaldas a una ventana de vidrio catedral, estaba sentado un hombre en bata blanca, con un tranquilizador estetoscopio colgado con descuido del cuello. Gloria se fijó en el olor a éter suspendido en el aire. Una placa para escritorio colocada delante de un cartapacio de cuero repujado a la cordobesa indicaba que el hombre sentado a la mesa era el doctor Hernández García. Se levantó y les señaló dos sillas metálicas.

Gloria no le dejó tiempo de tomar aliento:

—¿Qué ha pasado, doctor?

—No lo sabemos muy bien. La bala entró por la espalda y perforó el pulmón izquierdo.

—Pero... ¿por qué?

—Eso no es asunto mío, sino de la Guardia Civil o, mejor dicho, de la policía militar. Parece que lo atacaron por sorpresa. Quizá se confundieran de persona... Habrá que hablar con los investigadores.

Gloria se acordó de lo que le había dicho Álvaro dos noches atrás. Aquel compañero que se había puesto enfermo en el último momento... ¿Estaría mezclado en algún tráfico lucrativo, en el que Álvaro se había negado a participar? Todo era posible.

—¿Va...? ¿Va a sobrevivir?

El médico cogió una pipa que había en la mesa, llenó la cazoleta meticulosamente de tabaco negro y la encendió con ayuda de su mechero. La alianza que llevaba en el dedo proyectó un destello de luz dorada sobre la parte superior del mueble, finamente trabajada. Guardó un breve silencio, siguiendo con los ojos la trayectoria del humo que subía hacia el techo, luego regresó a las dos mujeres.

Pepita repitió la pregunta. El tono del médico estaba lleno de una enérgica seguridad cuando contestó: —Sí. Va a sobrevivir. Es joven y es un mozo robusto. Ha perdido mucha sangre, pero se recuperará.

Desnudó a Gloria con la mirada.

—¿Es usted su esposa?

—Su prometida.

—Pues entonces tiene buenos motivos para desear vivir.

El doctor Hernández García se golpeó el pecho.

—Fui yo quien le sacó la bala. Denle tres semanas y estará como una rosa, créanme.

Al poco, las dos mujeres estaban en la acera, aturdidas.

Pepita tenía lágrimas en los ojos, pero parecía que aguantaba el tipo. Acompañó a Gloria hasta el portal del piso de la calle del Río Seco. Una vez allí, Gloria no se sintió con ánimos suficientes para subir. Se ahogaba.

—¿No sube? Su madre y su hija estarán esperándola.

Gloria dudó.

—No, creo... Creo que voy a caminar un poco más. Pero gracias por haberme acompañado hasta aquí.

En tanto que se alejaba la silueta pequeña, negra y frágil de doña Pepita, Gloria se puso a caminar, sin un destino concreto. Pasaron las horas, mientras erraba sin saber adónde ir por las calles de la ciudad y el día iba declinando. En su cabeza volvía a ver a Álvaro vistiéndose para ir a incorporarse a su puesto, sonriéndole.

Mientras deambulaba, evocaba perturbadoras imágenes eróticas mezcladas con un vago terror a perderlo. Al final, sin darse verdadera cuenta de ello, acabó frente a la catedral de Santa María. Entró y avanzó hacia la Virgen de los Desamparados, que ocupaba el lugar de honor encima del altar, vestida con un manto. Sus pasos resonaron bajo las elevadas bóvedas de piedra de la antigua mezquita convertida en iglesia después de que el Cid expulsara a los moros de Valencia. Avanzó, sola en la nave a aquella hora a la que la mayoría de los adultos en edad de trabajar trataban de ganarse unas cuantas pesetas con el sudor de su frente.

Tímidamente, se acercó y se sentó en un banco de madera. El olor a incienso pesaba en el aire. Ella que nunca había rezado, ella que odiaba a la Iglesia, ella, la atea, se arrodilló en el reclinatorio y alzó el rostro hacia los rasgos de la estatua de madera policromada, inmutables e indiferentes a las penas humanas.

—Te lo ruego, sálvalo. No me lo quites, te lo suplico.

Los sollozos sacudieron sus hombros mientras agachaba la cabeza y se le nublaba la vista, al tiempo que se instalaba en ella la certeza, el miedo, el auténtico terror de la ausencia divina, del vacío que dejaba en el corazón humano. De la nada como única e imposible perspectiva. Unió las manos y prometió consagrarse a Dios si acaso Él le concedía Su misericordia a su amante.

Sintió una presencia tras ella y se dio la vuelta con brusquedad. Sor María Teresa y sor María Concepción estaban allí, como de costumbre, con sus hábitos ensangrentados, cubiertas de tierra, pálidas y sonrientes, imágenes trémulas semejantes a figurines de papel a la luz de los cirios.

Gloria se levantó y se santiguó en tanto que se desvanecían los espectros satisfechos de las monjas. Luego abandonó la nave para regresar a la noche valenciana.

Retomó el camino a casa más por costumbre que por determinación. Sentía sobre sus hombros el peso de la ciudad fría, de aquel país que no iba a ninguna parte. Gloria no idealizaba en modo alguno Francia. Pero, comparada con el infierno del franquismo, lo recordaba como un refugio.

Ignoró el ascensor y subió los tres pisos hasta su casa. Hurgó en sus bolsillos y cayó en la cuenta de que, con las prisas de salir hacia el hospital, se había olvidado de coger las llaves. Llamó y oyó pasos apresurados por el pasillo. Blanca le abrió y su rostro se iluminó al ver a su madre. Gloria abrazó a su hija, la estrechó entre sus brazos.

Blanca le susurró al oído:

—¿Mamá?

—Dime, mi vida.

—¿Sabes que he visto a Álvaro?

Gloria se separó de su hija y se le heló el corazón. Fulminó con la mirada a Lea, que estaba parada al final del pasillo.

—¿Cómo que has visto a Álvaro? ¿La abuela te ha llevado al hospital?

La pequeña esgrimió una gran sonrisa y sacudió la cabeza.

—No, estaba allí. —Señaló la habitación con el dedo—. Estaba desnudo y llevaba muchas vendas.

Gloria profirió un alarido.

*

Así fue como Gloria descubrió al mismo tiempo que su hija había heredado su capacidad de ver a los difuntos y que su amante no había sobrevivido.

Se derrumbó, llorando, repitiéndole al buen Dios la misma pregunta hasta no poder respirar, hasta el agotamiento. Hasta la locura. «¿Por qué? Pero ¿por qué me lo has quitado?». Aterrorizada, Blanca había ido a refugiarse en brazos de su abuela.

Hacia el final de la tarde, el estado de Álvaro había empeorado de forma drástica, le explicó un poco después el doctor Hernández García. Había entrado rápidamente en coma y había muerto más o menos a la hora en la que Gloria rezaba para que viviese, arrodillada ante la Virgen y los fantasmas de dos monjas.

Los funerales fueron breves. Gloria asistió al levantamiento del cadáver e incluso sacó fuerzas de flaqueza para apoyar a Pepita. El féretro, llevado por seis cadetes de la escuela militar, fue presentado ante el cura para que lo bendijera en la iglesia de San Juan del Hospital antes de ser enterrado.

Gloria se había negado a vestirse de luto. Mientras el cura salpicaba de agua bendita el ataúd cubierto con la nueva bandera española, ella mantenía la

mirada fija en una estatua de la Virgen que ocupaba el lugar central de un retablo.

«No has querido atender mis ruegos, pero sé que estás ahí, que me oyes. Que me haces pagar por las monjas y por todo lo demás, por la revolución, por las iglesias incendiadas. Y, sin embargo, sabes que yo no tengo ninguna culpa, lo sabes. Conque escúchame bien, te lo voy a decir de una vez por todas. Hasta la hora de mi muerte, negaré que haya existido esta relación. Negaré que haya existido este amor, ¿me oyes? Nunca amé a Álvaro, nunca me acosté con él. Seré ejemplar. Lo he pagado demasiado caro. Me has hecho pagarlo demasiado caro. Primero Varela y ahora, él. Ya basta, ya lo he entendido. Déjame en paz, vete, no me quites a nadie más».

A la salida de la iglesia, el cortejo se dirigió hacia el cementerio por la calle de la Sangre. En un momento dado, Blanca, que miraba hacia atrás, tiró de la mano de su madre. Al volver la vista, Gloria, igual que ella, vio al Rotg, que descansaba justo al lado en la parcela de los indigentes, a Niceto dándole la mano a Justina con su bebé en brazos, a las monjitas... La pequeña multitud espectral seguía el entierro en silencio. Más lejos aún, apareció una silueta en el día tembloroso, que fue haciéndose cada vez mayor. Álvaro, delgado, desnudo, pálido, con el torso vendado, arrastraba los pies por la grava.

Blanca preguntó:

—¿También a Álvaro voy a verlo siempre así a partir de ahora?

Gloria asintió.

—¿Es porque están muertos?

Gloria se puso un dedo en los labios.

—Chsss... Sí, están muertos, pero no hay que tener miedo de ellos.

—¿Van a convertirse en ángeles?

Otra de las tonterías que había aprendido en el colegio de monjas. Gloria no se sintió capaz de desengañarla.

—Sí, Blanquita. Venga, camina.

—Oye, ¿crees que podemos hablar con ellos?

*

De no ser por la pregunta de su hija, Gloria quizá nunca les habría dirigido la palabra a los fantasmas y seguramente jamás habría averiguado que podían contestarle.

La noche del entierro, descubrió a Álvaro de pie junto a la cama, con el torso vendado.

—Le diste un buen susto a la niña, ¿sabes? —le soltó—. No deberías haberte mostrado así. ¡Te has vuelto completamente loco, caramba!

—Quería veros, Gloria.

Al oír la voz de su amante, se le llenaron los ojos de lágrimas y crispó

los puños bajo las sábanas.

—¿Puedes oírme? ¿Puedes hablar? ¿Hablarme?

—Igual que tú. ¿Lo ves?

—¿Y tocarte? ¿Puedo tocarte?

—No, eso no lo puedes hacer, ni yo tampoco.

—De todas formas, le diste un susto.

—No te creas, ella sabe muy bien lo que pasa. ¿Te dio la impresión de estar asustada?

Gloria tuvo que admitir que no. Suspiró.

—Te echo de menos. No puedes saber hasta qué punto te echo de menos.

—Sí que lo sé, porque yo también te echo de menos a ti.

—Dime...

—¿Sí?

—¿Qué pasó en el puerto?

Álvaro se encogió de hombros y un poco de sangre escapó de debajo de sus vendas.

—No lo sé. Ya te lo dije, me dispararon por la espalda.

Blanca se movió en sueños, a su lado. No había querido dormir sola.

—Habla más bajo, la vas a despertar.

—¿Te acuerdas? Yo te decía lo mismo cuando tú...

—Calla, Álvaro, calla.

Lo observó.

—¿Cómo es?

—¿Cómo es qué?

—Estar muerto.

Él sonríe.

—Triste. Se siente pena y frío. Nos atraen los vivos. Bueno, los que nos ven, como vosotras. Compadezco a aquellos cuyos seres queridos no tienen ese don. Están condenados al silencio y a la soledad. Están condenados al vacío.

—Pero... Cuando no estás aquí, conmigo, ¿qué haces?

—Nada, no hago nada. No existo.

—Pero... ¿y los otros?

—¿Qué otros?

—Mi padre, mi hermano, su novia, los que estaban en el entierro. ¿Tú también los ves? ¿Podéis hablaros?

—Solo si estás tú, Gloria. O tú o alguien que nos vea.

—¿Y Dios? Por favor, dime, ¿Dios existe?

Álvaro no contestó.

—¿Lo has visto? ¿Has visto a Cristo, a la Virgen? Dime, ¿los has visto?

—No, no he visto a nadie.

—Tengo miedo, Alvarito. Tengo tanto miedo.

Se estremeció.

—¿De qué, *mi alma*?

—De la nada, Álvaro. De la nada.

Desde ese día, Gloria nunca dejó de hablar con los aparecidos. Su presencia le hacía bien, la reconfortaba y mantenía a raya un miedo a la muerte que a partir de aquel momento no hizo sino crecer en su interior como un mal traicionero, como un tumor.

*

En las semanas siguientes, Gloria acosó a la policía militar. La investigación no avanzaba y los inspectores no se molestaban en buscar al asesino o los asesinos de Álvaro. Gloria sospechaba que se trataba de una historia de corrupción aduanera que había salido mal. El contrabando portuario alcanzaba proporciones gigantescas y era posible que el colega de Álvaro, deseando escapar de traficantes a los que probablemente había estafado, le pidiera cambiar el turno de guardia. Sin embargo, a nadie se le había ocurrido interrogar al tipo. Cabía preguntarse si la policía no estaría conchabada con los contrabandistas. Un día en el que Gloria estaba poniéndose demasiado insistente, los policías le pusieron delante de las narices su ficha policial y le preguntaron si quería volver a la cárcel. De no ser así, la invitaban encarecidamente a dejarlos hacer su trabajo en paz. Nunca volvió a saber del asunto.

Al final, fue Riutort quien acudió en su Chrysler a recoger a Soledad en San Sebastián, al cabo de su breve pena.

Bajó del magnífico automóvil verde con asientos de cuero rojo esgrimiendo como un estandarte su certificado de excarcelación.

El documento precisaba que Guillermo Ángel Carrasoxsa, director de la prisión provincial de San Sebastián, daba fe de que, en virtud de las instrucciones del Excelentísimo Señor Gobernador Civil de la provincia y de los poderes que le habían sido conferidos, ponía en libertad a la detenida Soledad Soler Expósito, con domicilio en Valencia, en la calle del Río Seco, de diecinueve años de edad —la edad era falsa, por supuesto, igual que su lugar de nacimiento, Sant Balaguer, donde ella no había llegado al mundo—, con fecha de 19 de marzo de 1948.

Soledad se lanzó en brazos de Gloria. La estrechó con fuerza y le murmuró al oído.

—Ya lo sé. Lo he visto. A Alvarito. Muerto. Lo siento muchísimo. Riutort me lo ha explicado todo.

Gloria asintió con un sobrio movimiento de cabeza mientras Soli besaba a su madre.

El abogado también había intervenido ante las autoridades judiciales, sin demasiado éxito, por desgracia. Lea lo invitó a subir a refrescarse un poco. El camino desde San Sebastián era largo y había conducido todo el día.

Soledad colocó la mano en el brazo de su jefe, sentado a la mesa de la cocina, y le sonrió.

—¿Os dais cuenta? Me liberaron a las seis de la mañana y allí estaba él.

—No ha sido nada, la verdad —contestó Riutort.

Se volvió hacia Soledad.

—Debería contarles las hazañas de su hermano.

Soli pareció incómoda. Gloria se fijó en que Riutort la trataba de usted en presencia de la familia. Terminó de echar el zumo de limón sobre el hielo picado.

—¿Qué ha hecho ese esta vez?

*

Enero ciñe las montañas de hielo. Es una noche sin luna, perfecta para intentar cruzar, pero la nieve ilumina el paisaje. La nieve polvo cruje bajo los pies de Soledad, y más todavía bajo el peso de Batista. Soledad está tiritando. Trata de mover los dedos de los pies, entumecidos en los zapatos empapados. No está equipada para semejante expedición. Batista, por su parte, avanza alegremente, con las manos en los bolsillos y la espalda encorvada. Se detiene a intervalos regulares, espera a su hermana, le mete prisa. Podría aparecer una patrulla. Escucha, mira en derredor, pero nada, nadie. Van bordeando el Bidasoa, buscando el vado. Enfrente, en la otra orilla, está Francia. Soledad tiene un poco de miedo, claro, pero Batista va con ella, ha pasado por cosas peores, mientras él la proteja, está tranquila. Salieron al anochecer. Llevan casi tres horas caminando. El sendero pasa por debajo de un peñasco, que sobresale sobre el río rugiente, lleno de agua de los glaciares y de cantos que ruedan con un estrépito apocalíptico.

No han oído al carabinero que ha aparecido de pronto frente a ellos, con los hombros cubiertos de nieve y el fusil en bandolera. Él tampoco los ve enseguida. Por suerte, Soledad y Batista tienen tiempo de agacharse detrás de un arbusto. Se une al aduanero su compañero de patrulla. Ya son dos y se acercan cada vez más. Su aliento se convierte en vaho en el aire de la noche, su conversación llega hasta donde están los fugitivos. Hablan en euskera. Soledad no entiende nada.

Dentro de quince, de veinte segundos como máximo, estarán allí.

Batista le susurra a Soli:

—Verás, es sencillo. Cuando yo salte y empuje a uno, tú le das un golpe en la cabeza al otro. No lo pienses, hazlo, ya está, y tírate al río detrás de mí, que yo nado como un pez y te ayudaré.

Dicho esto, le pone una piedra en la mano. El frío glacial, mineral de la piedra, que se pega a la palma de su mano. El frío, que le entumece el alma. Están a solo dos metros cuando Batista salta y le da al primero un golpe en la

sien. El joven se tambalea y cae sobre la nieve, al tiempo que el otro grita «¡Alto! ¡Alto!» mientras torpemente intenta deslizar desde su hombro la correa de la escopeta.

En una fracción de segundo, Batista se da la vuelta. Soledad está de pie, con la piedra en la mano, petrificada. Por fin la suelta. La piedra cae en la nieve sin hacer ruido. Batista ya no tiene más tiempo. Corre entre la maleza, la aparta con los codos, salta, la noche se lo traga y Soledad oye una zambullida.

El aduanero se apoya el arma en el hombro, apunta en la oscuridad y dispara. La llama que brota del cañón. El chapoteo en el agua, que se confunde con el alboroto del torrente. El carabinero sigue disparando mientras su compañero se levanta, se sacude la nieve de la chaqueta. Batista no le ha causado grandes daños. Solo le corre un hilillo de sangre de las cejas, que se detiene en mitad de la mejilla. Su mano agarra el brazo de Soledad, inmóvil cual estatua de hielo.

—Para, Manuel, que está claro que se te ha escapado. Ya estará en Francia, si no se ha ahogado por culpa del frío. ¡Mierda! ¡Menudo atrevido! Hay que tenerlos bien puestos para tirarse al agua con este tiempo. O si no es que no tenía la conciencia tranquila. ¿Y tú qué dices, eh? ¿Tienes papeles, guapa?

El otro deja el fusil apoyado contra un árbol, enciende una linterna, se acerca y atrapa a Soledad en la trampa del halo luminoso, como si fuera su presa.

—¿Llevas tus papeles?

Ella le tiende tímidamente su carné de identidad. El aduanero lee: —Soledad Soler Expósito, 19 años. ¿Qué tenemos aquí? ¿Una roja?

Le quita a Soledad su pequeña bolsa de viaje y empieza a hurgar. Las prendas desperdigadas por el suelo, como pájaros muertos en un lago salado. El aduanero saca de la bolsa la Biblia y la esgrime como un trofeo...

—No es roja, que esas no se llevan la Biblia de viaje... ¿Conque querías ir a Francia a ganarte la vida? ¿Eh, guapa? Bueno, eso no es un crimen, hasta hay de los nuestros que lo hacen. Lo que pasa es que a ti te hemos cogido, nada más.

Soledad bendice a Riutort por habérsele ocurrido lo de la Biblia.

El otro se frota la sien.

—«Nada más...» ¡Y una mierda! ¡Ya me gustaría a mí saber quién es el cabrón que estaba ayudándote a cruzar! Como lo coja, va a pasar un mal rato, te lo digo yo.

—No sé. Lo conocí en San Sebastián, es francés.

El aduanero que ha registrado la bolsa señala los objetos desperdigados por la nieve.

—Venga, recoge tus cosas, vamos a llevarte a la cárcel de las monjitas. No son tan malas, ¡y allí podrás seguir leyendo tu Biblia! Y puede que la próxima vez consigas cruzar y empezar a enviarle dinero a tu familia, a

Valencia.

*

Soledad no tenía otra cosa a mano. Se había pasado dos meses leyendo y releyendo el Génesis y los Evangelios, para gran satisfacción de las monjas que reinaban en la cárcel de mujeres de San Sebastián.

Al día siguiente de volver a casa, volvió a ocupar su puesto en el despacho del abogado Riutort y empezó a salir a menudo con la pandilla que orbitaba en torno a su jefe. Pretendía aturdirse, olvidar su reclusión, olvidar sin más. Vivir. Había que vivir.

Pero Gloria, en cambio, atrapada entre sus encargos de costura y Blanca, paralizada por el dolor y el luto, no podía ni quería distraerse. Siempre que había intentado escapar a su condición, el castigo había sido demasiado violento. Había aprendido la lección. Como Lea, debía permanecer en su sitio. En la humildad. Albergar esperanzas resultaba demasiado doloroso. Desde entonces, Gloria temía la esperanza, igual que se temen los golpes cuando la carne conserva su recuerdo.

Con Blanca en el colegio de monjas y Lea ocupándose de ella cuando estaba en casa, se refugió en el trabajo tal como hiciera tras echar a Varela.

Tras la huida de Batista, quien, avergonzado, ya no escribía, tras la marcha de Diego y la muerte de Álvaro, España se había cerrado una vez más sobre las Soler como una cárcel.

24
Gloria

Mientras Soledad se aturdía con su abogado, Gloria, Lea y Blanca se empantanaban en el día a día. Los encargos de costura, los dólares que Varela les enviaba desde México y el magro salario que Riutort le pagaba a su protegida apenas si servían para cubrir los gastos de la familia. Los envíos de dinero de Batista y de Ramón eran rarísimos: parecía que también ellos tenían dificultades, aunque decían los rumores que Francia estaba en pleno renacimiento económico.

Gracias a Riutort, habían cambiado de casa. El jefe de Soledad administraba un bloque de pisos en la calle de Ciscar y habían podido conseguir una vivienda con un alquiler más barato que el de la calle del Río Seco. El piso estaba situado no lejos de Nuestra Señora de Loreto, adonde Gloria iba con regularidad para proseguir sus largos monólogos con la Virgen, para desesperación de Lea. Acumulaban retrasos en el pago del alquiler, retrasos que Riutort disimulaba sistemáticamente al propietario del edificio. Pero, pese a los favores que les hacía el abogado, se hizo evidente que, aun con gastos modestos, no iban a poder salir adelante sino con grandes dificultades.

Gloria había vuelto a intentar encontrar un empleo remunerado, igual que Lea, pero en todas las ocasiones su pasado se lo había impedido. Así, cuando les llegó una carta de Ramón a finales del año 1948, no lo dudaron. Mediante un programa de reagrupación familiar, Francia aceptaba que los emigrantes españoles llegados a partir del 39 trajesen a sus familiares del otro lado de los Pirineos. España se había comprometido a permitirlo, con la condición de que los emigrantes no regresasen nunca. Marcharse, para siempre. Hacía tanto tiempo que lo esperaban...

Ni Lea ni Gloria lo dudaron, ni siquiera Soledad. Allí las esperaba un futuro, mientras que aquí el horizonte siempre sería limitado.

Gloria le contestó a su hermano que irían en cuanto pudiesen reunir el

dinero para el viaje.

Vendieron todo lo que poseían, todo lo que pudieron reunir. Los escasos ahorros acumulados les permitieron comprar cuatro billetes de tren a Rodez. Solo Blanca, desde lo alto de sus diez años de edad, manifestó cierta nostalgia ante la idea de abandonar su colegio para irse a un país del que no conocía ni la lengua ni la cultura. Por ello, Gloria le prometió a su hija el oro y el moro y pintó Francia como una tierra prometida, asegurándole que allí nunca más volverían a conocer el hambre ni la necesidad.

Huyeron furtivamente de su vivienda, dejando tras ellas una considerable deuda en el pago del alquiler, y fue Riutort quien las llevó a la estación en su gran coche. La estación, que Gloria veía por primera vez como lo que era: la puerta abierta de una fortaleza donde había estado enclaustrada durante demasiados años. Apartó la mirada para no ver el casto beso que el abogado depositó en la mejilla de Soli ni su expresión sombría en el momento del adiós. Riutort abrazó a Lea, le dio un beso a Blanca y al fin se volvió hacia Gloria, que tiritaba en medio de la multitud de viajeros cargados de maletas, entre corrientes de aire y efluvios de carbón, mientras en el extremo del andén salían chorros de vapor de la locomotora Pacific que se disponía a sacarlas de España.

El abogado la ayudó a subir los fardos al compartimento, colocó las maletas en los portaequipajes cromados y preguntó:

—¿Irán a París?

—No lo sé, tengo mis dudas. Me da reparo ver a Moliner. No sé si me guardará rencor. No pudo venir al entierro de su hermano...

Riutort señaló a Soledad por la ventanilla. Estaba hablando con su madre en el andén, mientras sujetaba a Blanca de la mano. Tenía el rostro lívido.

—Cuídela bien. Tiene la salud frágil.

Gloria se encogió de hombros.

—No me cuenta nada nuevo. Fui yo quien la cuidó cuando era un diminuto bebé prematuro en una caja de zapatos rellena de algodón. Era como una muñeca.

Envuelto en su largo abrigo de paño, Riutort se dio la vuelta y salió del compartimento. Les dio la mano a Blanca, Lea y Soledad para ayudarlas a subir al vagón, luego bajó y se quedó en el andén, en el que la muchedumbre ya se iba dispersando, dejando tras ella tan solo inmóviles siluetas congeladas en el adiós.

La sirena de la locomotora desgarró el vacío y rebotó contra el techo de cristal de la estación, lanzando una punzante llamada destinada a los últimos rezagados. Llegó un hombre corriendo, con la maleta golpeándole las piernas, y el revisor lo agarró mientras el tren se ponía en marcha muy despacio. Soledad bajó la ventanilla y sacó la cabeza. Le dijo a Riutort algo que este no pudo oír. Él contestó con un gesto triste de la mano mientras la locomotora las arrancaba de España.

Gloria dedicó una última mirada a las ventanas ciegas de los edificios de

aquella ciudad en la que dejaba sus muertos y sus ilusiones perdidas, recitando en silencio «Ave María, llena eres de gracia». Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la ventanilla sucia.

*

En Portbou tuvieron que cambiar de tren, igual que en Narbona, donde tomaron otro que las llevó hasta Rodez. Uno de esos trenes de compartimentos decorados con fotografías en blanco y negro en las que se veían paisajes franceses, los mismos que desfilaban por la ventana y que Blanca devoraba con los ojos, pegando la nariz al cristal e inundando a su madre con un aluvión de preguntas.

Rodez era una ciudad negra y fría, en cuyas calles en cuesta y avenidas cubiertas de hielo se arremolinaba aullando el viento. Al fin, tras vagar durante mucho tiempo, llegaron a la dirección indicada por Ramón, donde descubrieron que se había mudado hacía poco tiempo. Por suerte, el vecino conocía sus nuevas señas. Iba a hacerse de noche, no les quedaba dinero, había que actuar rápido.

Ramón las recibió con tibieza. No hubo abrazos ni efusiones. Hacía casi diez años que Gloria no veía a su hermano. Había cambiado. Tenía las comisuras de los ojos surcadas de arrugas y su parecido con el Rotg era tan perturbador que le parecía estar viendo a su padre. Ramón les ofreció un café templado, les presentó a su mujer, una rubia guapetona, embarazada de varios meses, con dos niñas pequeñas pegadas a sus faldas.

Tampoco en casa de Batista las recibieron con más calidez, tanto así que Gloria se preguntaba por qué Ramón las había traído.

Gloria odió Rodez, igual que Lea y Soledad, que encima se puso enferma. Sufrió fiebres, dolor de estómago y vómitos, y las tres mujeres estuvieron de acuerdo en ir a probar suerte a París. La capital, argumentaba Gloria, era una meca de la costura. Sin duda allí encontraría un empleo. Traía la dirección del hotel donde residía Diego Moliner. Confiaba en que las ayudaría.

A regañadientes, Ramón y Batista les dejaron dinero para los billetes a París, antes de llevar a las mujeres de la familia Soler a la estación del barrio bajo. Las vieron marcharse, visiblemente aliviados de no tener que cargar con ellas por más tiempo.

Segunda parte

Rebeca

25

No conservo muchos recuerdos de mi primera infancia, ¿sabes? Me la fueron contando a retazos. Incontables veces. Nunca de la misma forma. No me quedan sino algunas imágenes borrosas, inciertas, que no sé si un día fueron reales o si no son más que fruto de mi imaginación, visiones inconexas, fabricadas según los relatos de mi madre, fragmentados, truncados. Por fuerza deformados.

A su llegada a París, en el 49, papá y mamá compartieron —aún me pregunto cómo— una minúscula habitación de hotel con la abuela Lea y también con Blanca, mi hermana mayor, en la rue du Faubourg-du-Temple. Y luego llegué yo, para rematar.

Papá trabajaba en un taller de la rue de la Fontaine-au-Roi, para el señor Zylberstein, un judío askenazí superviviente de los campos de concentración, que era quien le había enseñado francés, por lo que lo hablaba con una mezcla de acento español y yidis: *«Dans le miliou du tissou c'est beaucoup mioux»*11. Con el señor Zylberstein papá no solo había aprendido francés. También había aprendido un oficio: el de cortador de cuero. Los Zylberstein hacían zapatos.

Jo Zylberstein era comunista. Yo le caía bien. Cuando, mucho tiempo después, en los años sesenta, papá y yo fuimos a verlo, me dijo que estaba vivo porque los nazis lo habían detenido por pertenecer a la resistencia, no por ser judío. Aún recuerdo la foto de Maurice Thorez que ocupaba un lugar de honor en su pequeño apartamento, justo encima del taller. Aquel número tan raro tatuado en su antebrazo. Por aquel entonces, yo no comprendía gran cosa de todo aquello.

Para poder llegar a fin de mes, por las tardes papá recorría la rue Saint-Denis, la rue des Vertus. Les vendía a las putas los zapatos de tacón alto que conseguía confeccionar a ratos perdidos en nuestra habitación de la pensión. Las chicas solían ser buenas y generosas.

Por suerte.

*

Las garras negras de las ramas que se recortan contra el velo del cielo

parisino. Las hojas mojadas pegadas y amontonadas entre las rejas de hierro fundido al pie de los árboles. Los dientes de los adoquines en las mandíbulas de la ciudad.

—¡Como no te portes bien, te va a comer el león! ¡Rebeca! ¿Oyes lo que te estoy diciendo?

¡Maldita sea esta chiquilla! ¿Cómo es posible que, con nueve meses cumplidos, haya podido escapar de los brazos de su hermana para lanzarse de cabeza y caminando por su propio pie, antes de caerse de culo, ¡faltaría más!, en medio del parquecito de la place de la République? Apenas camina, pero en cuanto volvemos al hotel se pone a berrear *«¡Nena calle! ¡Nena calle!»,* hasta que cedemos y la llevamos otra vez fuera. Es insoportable. En esas ocasiones, Blanca disfruta hasta el infinito azotando su trasero redondo. No soporta que su padre llame *princesa* a Rebeca. A los doce años, le parece que todo el amor paterno se ha volcado sobre la insoportable chiquilla que, con mocos colgándole de las narices, reclama la calle, la calle, y a la que toda la familia consiente sus caprichos. Incluso ella, que a veces no puede reprimir los arrebatos de amor que siente por aquella cosita pelirroja e inquieta, que hay que proteger a toda costa.

Pronto hará dos años, dos largos años que llevan pudriéndose en el hotel. Gloria cose vestidos y dobladillos, noche y día, evitando sobre todo hacer ruido. Si fuese posible, evitando existir.

Lo contrario de lo que buscaba. De aquello por lo que ha luchado.

En vez de eso, llegar a fin de mes constituye un acto de supervivencia, cuando hay que buscar en el fondo de todos los bolsillos con la esperanza de poder encontrar lo suficiente para comprar una barra de pan. Y, cuando ya no encuentran nada —como ese día en que Lea, desesperada, robó unos cuantos francos del monedero de Gloria—, Diego se va al mercado central a descargar camiones al amanecer. Siempre vuelve con una caja de fruta o verdura a modo de salario y todo el mundo se pone a pelar. Es difícil cocinar en esta habitación superpoblada. Roces ahogados de pantuflas por el suelo desgastado, linóleos de motivos laberínticos.

Ese día, cuando Lea roba el dinero, es a Blanca a quien acusa Diego. Con lágrimas en los ojos, ella protesta. La expresión de culpabilidad de Lea. Las miradas de toda la familia volcadas en ella, que de pronto estalla:

—¡Pues si son así las cosas, cojo a la niña y me voy!

Y dicho y hecho. Agarra a Rebeca, se la coloca bajo el brazo y se dirige a la puerta.

Pero, de pronto, Blanca está ahí, impidiéndole el paso.

Entonces Lea da un paso a un lado berreando:

—¡Me marcho, me voy con la *nena,* dejadme pasar!

Blanca, desde lo alto de sus doce años, le da un buen bofetón.

Lea se queda petrificada. Se le hincha el pecho. Toma impulso. En el momento en el que va a gritar, Blanca le suelta con mucha calma:

—Ya hay suficientes dramas en mi vida. Ya está bien. Como grite usted,

le doy otra.

En el silencio espeso de un tiempo suspendido, los otros contienen el aliento. Abatida por las palabras de Blanca, Lea retrocede tambaleándose hasta una silla, en la que se derrumba, vencida. Hace un año que ya no es sino la sombra de la furia que todos temían en otro tiempo. Siente demasiado dolor. Pero nadie lo sabe.

Blanca le quita de las manos a la niña con suavidad. La niña. Hay que tener cuidado. Todo el tiempo.

Por culpa de los papeles. Si alguien se la robase, si la policía se la quitase...

La niña es una gran responsabilidad.

Blanca. Su porte de joven prudente y esbelta. Sus ojos de un azul tan pálido que se vuelve gris. Sus labios carnosos, que según Gloria recuerdan a los bordes de un orinal. Su risa, que deja a la vista las encías y de la que Gloria asegura que la hace parecerse a un caballo.

Gloria lleva mal la belleza de su hija, que ya le hace sombra a la suya. Y su inteligencia. Sobre todo. Dos años atrás, a la llegada de la familia a París, Blanca entró en la escuela primaria para niñas del distrito diez, en mitad del curso escolar. Mal asunto. Bastaba con eso para llamar la atención. Y sin hablar ni una palabra de francés. Lo peor fue que en junio obtuvo matrícula de honor. Entonces el odio se extendió por la clase como una epidemia: «¡Maldita española!».

Y luego llegó Rebeca. Esa hermanita pequeña que le quita todo el amor de su madre.

*

Aún permanecieron un año en aquel hotelucho de la rue du Faubourg-du-Temple. Un lugar sin alma, justo enfrente del Palais des Glaces. Por fin, a principios del año 1952, salieron huyendo del armario que les había servido de habitación. Un soplo de un compañero de Diego Moliner. Les encontró un apartamento en Les Lilas12. Un bajo, a buen precio. En la rue Meissonier, en un edificio bastante deslucido, con las paredes cubiertas de salitre. Leprosas, que dicen algunos. Los aseos están en el patio. Rebeca odia ir. Por eso siempre está estreñida. Hay humedad allá dentro, huele mal y está más oscuro que en las pesadillas. El edificio está infestado de ratas y habitado por pobres tan pobres como los Moliner. Solo que ellos son los únicos extranjeros. Desde hace poco, Diego ha dejado de confeccionar zapatos por causa de un producto que lo pone enfermo, estaba todo el tiempo vomitando. Gloria le enseña a coser. Han empezado a trabajar juntos, en negro, por encargo. Les pagan por prenda. Han tenido que colgar mantas en las ventanas para que los vecinos no oigan el ruido. Trabajo hay. Diego y Gloria cosen día y noche, el uno junto al

otro. Blanca también ayuda. Incluso Rebeca, que ya sabe coser el bajo de los vestidos antes de haber aprendido a leer.

Viven en el miedo. El miedo. Domina su existencia, de la noche a la mañana, de la mañana a la noche. De la mujer con las cartucheras cruzadas por el pecho que un día fue Gloria no queda sino la expresión de un temor permanente, de una herida abierta.

Blanca y Rebeca hablan demasiado alto. Las máquinas de coser hacen demasiado ruido. Siempre es demasiado. Demasiado.

Y, entonces, un día a las seis de la mañana, ruido de botas en el pasillo del edificio. Una música que Gloria conoce demasiado. Policía, soldados, lo mismo da. Como cuando fueron a detenerla, en España. Van pisando unos detrás de otros, en fila. Con el corazón en un puño, se incorpora en la cama. La niña duerme a su lado, no ha oído nada. Vienen a por ellos, lo sabe, lo siente. Alguien los ha denunciado. Pero ¿quién? ¿Los vecinos de arriba? ¿Alguien del café?

¿Cómo va a explicar que tiene a una niña sin papeles bajo su techo? Se impone la respuesta: no podrá hacerlo. Se la llevarán. Se la quitarán. Ay, Dios mío, no. Gloria reza en la oscuridad. Diego ha dejado de roncar. También él se ha incorporado en su cama. Su aliento cálido, que apesta a tabaco rancio. El vaho que les sale por la boca cuando susurran, ateridos.

¿Qué es? El roce de unos pies en la puerta. No, pasan de largo. Suben. ¿Se han equivocado? Se oye llamar a la puerta del piso de arriba. A Gloria se le acelera el pulso, le laten las sienes. Seguro que preguntan por los señores Moliner. Los vecinos los dirigirán hacia el bajo. Ruidos. Voces. Gritos. «¡No tienen derecho!». Vuelven a bajar, se llevan a rastras a alguien. Esta vez, Gloria se ha levantado. Camina por el suelo helado hasta la ventana. Aparta un poco la manta que ahoga el ruido de las máquinas de coser. Entorna la ventana y los postigos. Solo un fino intersticio. Fuera, la acera reluciente a la pálida luz de la farola. Detrás de ella, Diego susurra.

—Cierra, que vas a llamar la atención.

El furgón Citroën blanco y negro, semejante a un gran escarabajo al acecho. Los policías, con las capas al viento, cruzando su campo de visión. Se han llevado al hijo de los vecinos de arriba, los Martin. Ese no hace más que tonterías, todo el día vagabundeando por la zona, cerca de la Porte des Lilas, con lo peorcito del barrio. Gitanos, mendigos. Ya lo pillaron robando gasolina del depósito de un coche. ¿Qué habrá hecho esta vez?

—No es asunto tuyo. Cierra y ven a acostarte.

Gloria obedece a Diego, regresa al calor del lecho. Le castañetean los dientes.

Alguien va a robarles a Rebeca. Es su obsesión, que ha empeorado desde que se instalaron en Les Lilas. Se niega a que vaya a la escuela infantil. Así, a los tres años, sigue siendo incapaz de decir una sola palabra en francés. Solo se expresa en castellano, la lengua que se habla en casa, y también en valenciano, con Lea.

Lea, su sempiterno vestido negro, sus mutismos interrumpidos por las visiones. Sus iras abortadas, que no llevan a nada. Su mirada. La de una mujer que se ha rendido, que ha renunciado, que ya solo refunfuña por las formas.

Rebeca vive encerrada. Gloria la saca lo menos posible. Para pasar el rato, la pequeña se fabrica muñecas, ejércitos de muñecas, con bobinas de hilo vacías, con tubos de cartón piedra en los que dibuja caras de soldaditos que marchan al paso. En Pascua, Lea prepara una *mona,* una torta con huevos y azahar. A Rebeca le encanta, decora las cáscaras vacías con mondas de cebolla que tiñen el blanco al cocerlas al baño maría. En esta época, los huevos de Pascua aún no son de chocolate. Al menos, no para los Moliner.

A veces, para distraer a la niña, Lea se la coloca en las rodillas y le enseña fotos. Durante un breve rato, por la tarde, después de comer, su rostro arrugado se alisa un poco.

Rebeca hunde la nariz entre los pechos tranquilizadores de su abuela.

—Esa es mamá Gloria.

—¿Y esa quién es?

—Soledad.

—Pero ¿quién es?

—Soledad, tu tía. Ya sabes, la que se murió en España. Como tu abuelo.

La fotografía en blanco y negro muestra a una joven hermosa, de sonrisa límpida, con el pelo brillante bajo la iluminación de estudio. El carmín de sus labios, oscuro, reluciente.

Muda, Lea recoge las fotos. Las arrugas han regresado. Las arrugas de la pena.

*

Ha vuelto el invierno, terrible, devorando pobres, engullendo su ración cotidiana de mendigos.

—Diego, ¿has oído al abate Pierre?

—No me des la tabarra con tus curas, Gloria. Ya viste lo que nos hicieron en España... ¿A que sí, Luis?

Luis Granoler, antiguo ayudante de campo del capitán Diego Moliner.

En cuanto lo liberaron de prisión, Granoler puso rumbo al norte. Cruzó los Pirineos por el puerto de Bujaruelo. Lleva dos meses durmiendo en casa de los Moliner, en un colchón tirado en el suelo entre el sofá donde duermen Blanca y su abuela, el catre de campaña de Rebeca y las máquinas de coser.

Gloria se bate en retirada por el pasillo, con la cacerola en la mano. El metal desnudo, que asoma donde el esmalte del mango rojo se ha descascarillado. En el pasillo, en silencio, con la mirada perdida en el paisaje imaginario que dibuja un azulejo desportillado, abre el grifo suspendido sobre el barreño. El sol queda tan lejos en sus recuerdos...

—¡Diego!

—¿Qué pasa ahora?

—No hay agua. Creo que se ha congelado.

Moliner le lanza una mirada de agotamiento a su compañero y empuja su silla.

—*¡Maldito frío!* No me sorprende, ¡nunca en mi vida había pasado tanto frío! Échale más carbón a la estufa, que yo me ocupo de eso.

—No, deja, ya voy yo.

Granoler se ha levantado. Cruza la portería que les sirve de apartamento, pasa por delante de la cama plegable de Gloria y Diego, que durante el día está apoyada contra la pared, y se pone a hurgar en una caja de madera colocada en el suelo. Con una llave inglesa en la mano, abre la puerta de cristal con la ventanilla tapada con tablones y el frío invade la estancia.

El hombre reaparece un poco después, con el rostro enrojecido por el esfuerzo y por el frío, y la cabeza metida entre los hombros. Deja la llave en la caja. Diego Moliner se enciende un Gitanes sin filtro y empuja la botella de coñac Fundador colocada frente a él en el tablero abatible que hace las veces de mesa.

—Toma, caliéntate un poco. ¿Cómo ha ido?

Luis Granoler sacude la cabeza mientras vuelve a sentarse.

—Nada que hacer. Congelado. Completamente. Hay que esperar, de momento no vamos a tener agua.

La pequeña Rebeca viene a acurrucarse en el regazo del hombre.

—*¿Qué tal, nena?*

Las manos callosas, agrietadas por horas y horas excavando en el frío. La melena frágil de la niña. Blanca, que sube de la bodega, con las manos crispadas en torno al asa de un cubo de carbón demasiado lleno.

—¿Y tus papeles?

Granoler deja de acariciar el pelo de la pequeña, que reluce a la luz de la bombilla colgada del techo, y mira a su antiguo capitán.

—Todavía nada. Estoy esperando. Pero ayer encontré otro trabajo, en una obra. En La Courneuve. El otro jefe, el de antes, no quería atender a razones. Y era mejor que me fuera, ya sabes. A principios de semana...

—¿Qué?

—¿Te acuerdas cuando nos separaron, en la cárcel de Valencia, y me enviaron a trabajos forzosos, en el Valle de los Caídos? Tú te habías lesionado el pie a propósito para no ir.

Moliner se echa a reír con carcajadas entrecortadas por accesos de una tos cargada de expectoraciones, aplasta su cigarrillo y se enciende otro con gesto maquinal. Da una calada cerrando los ojos y expulsa el humo por la nariz.

—Había allí un guarda, al que llamábamos Comemierda.

—¡Delante de la niña, no, Luis!

—Perdón, mi capitán.

—¿Y...?

—No vas a creértelo. Lo encontramos en la obra, en la cuadrilla del lunes. Lo reconocí enseguida. El problema es que él también a mí. Pensé que iba a cag... Ay, perdón, mi capitán... Creí que iba a hacérselo en los pantalones. Allí plantado en medio de un grupo de rojos.

—Seguro que ese no salió huyendo de Franco.

—No, es un «económico». Hay cada vez más. ¡Cómo está dejando el país el Caudillo! Pero espera, que sigo. Cuando se lo conté a los compañeros, amenazaron con matarlo y enterrarlo en el cemento.

—No sería el primero.

—Precisamente. Cuando el capataz se enteró de la historia, vino a hablar conmigo. Me dijo que no quería complicaciones, que era mejor que me fuese.

Diego Moliner le da un trago al licor.

—No lo entiendo. Yo no tuve problemas para que me dieran mis papales de refugiado político. Mira.

Se saca la cartera del bolsillo trasero del pantalón y extrae una cartilla, que le tiende a Granoler.

El título, en negrita: **Certificado de refugiado**. La foto, de perfil. *República Francesa. Oficina francesa de protección de refugiados y apátridas.* Número de registro: 47.832/9981. Válido hasta el 03/08/54.

Moliner cierra la cartilla. En el dorso, la esperanza: dos renovaciones, con una duración de tres años cada una. Vuelve a meterse la cartera en el bolsillo.

—¿Qué pasa contigo?

—No sé. ¿Y la niña?

Rebeca se mueve en el regazo del hombre y acaba por bajar para ir a refugiarse en el de su padre.

—Anda, ven, *princesa.* Ahora me toca a mí hacerte un mimo... Con esta sí que estamos preocupados. No sabemos qué va a pasar con sus papeles. ¿Y la escuela? ¿Cómo vamos a llevarla a la escuela sin papeles?

En el pasillo, Gloria aplasta un insecto que le sube por el brazo. Huele a almendra amarga.

—¡Malditas chinches!

*

Domingo. Los hombres fuman y hablan de la guerra, de política, de la derrota. Gloria aporta sus comentarios. Ha transcurrido otro año. Ya no se lucha en los Pirineos. Han derrotado a los últimos maquis.

Rebeca ha crecido, pero aún es demasiado pequeña para comprender algo de esos debates. Comunistas, anarquistas, trotskistas, socialistas, no son sino palabras. Se contenta con ir de las rodillas de uno a las rodillas del otro,

es su muñequita. Las tardes de domingo se estiran en el aire confinado de la minúscula vivienda, cargado de efluvios de *cigarrillos,* de coñac español y de relatos heroicos. Cuando por fin se va a la cama, Diego le cuenta una historia, siempre la misma, la única que conoce, en realidad:

—*«Este era un rey que tenía tres hijas. Las metió en tres botijas y las tapó con pez... ¿Quieres que te lo cuente otra vez?».*

Y ella:

—¡Síííííí!

—«Este era un rey *que tenía tres hijas.* Las metió en tres botijas *y las tapó con pez...* ¿Quieres que te lo cuente otra vez?».

—¡Síííííí!

La vuelve loca, se muere por conocer el desenlace, así que él vuelve a empezar, una y otra vez, y, claro, se le quita el sueño. Al final, Gloria siempre acaba echándole una reprimenda por haberla puesto nerviosa, nunca falla. También Blanca se enfada. Al día siguiente hay clase. Así no hay forma de terminar los deberes. La pequeña es demasiado caprichosa, se merecería una azotaina. Se lo consienten todo. Al final, se levanta. Le da un azote en los muslos rechonchos a Rebeca, que se echa a llorar. Gloria se apresura a consolarla. Blanca regresa a sus deberes sonriendo.

Los Moliner se calientan como pueden. Viviendo tan apiñados, se dan calor unos a otros, pero en invierno es terrible... Blanca le encarga a Rebeca que vaya a llenar el cubo. Nunca olvidará el olor, inimitable mezcla de humedad, de carbonilla, de moho y de mierda de rata. No hay luz en la bodega. Hay que ir a buscar el coque con un cubo especial, que pesa, ella se muere de miedo, de asco. Los Moliner le compran el carbón —la mayor parte de las veces, fiado— al carbonero de la esquina, cuyo establecimiento se llama, precisamente, *La buena esquina,* en la confluencia de la rue Meissonier y la rue du Tapis-Vert.

Por más que lo intente, Gloria no consigue aislar por completo a Rebeca del resto del mundo, contener sus deseos de escapársele. Ahora hay que contar con Martine, que vive en el apartamento de al lado. Las dos niñas han empezado a comunicarse dando golpes en el fino tabique que separa las dos viviendas, al fondo de un armario. Martine tiene siete años, dos más que Rebeca. Es alta, pelirroja como ella, pero de un tono más oscuro, como si su pelo hubiese absorbido toda la luz. Vive con sus dos hermanos y sus padres. Su padre siempre huele a vino y a tabaco. Una vez, cuando le estaba dando un beso en la mejilla, la vio hacer una mueca y fruncir la nariz. Desde entonces, la besa con delicadeza en la coronilla. Martine es un auténtico chico fallido. Más alta, más fuerte que Rebeca.

No se puede estar siempre diciendo que no, de modo que Gloria acabó por dejar que Rebeca jugase con Martine o, más bien, por permitir que Martine entrase en su vida. Ni hablar de que Rebeca salga. Es Martine quien viene, cuando no está castigada por alguna de las travesuras que suele hacer, y a Rebeca no le cuesta nada aprender francés con ella.

Los niños se enseñan esas cosas con naturalidad. Ya tienen un lenguaje común: la infancia.

*

Los días se estiran, interminables, injustos. Blanca va a la escuela, Martine va a la escuela. Rebeca, en cambio, se pasa las horas con la nariz pegada al cristal de la ventana, presa de accesos de melancolía, de cólera y de impaciencia. Por un motivo que no acierta a comprender, permanece enclaustrada. No se le escapa lo extraordinario de su condición. Por suerte, hay toda esa gente en casa, que va, que viene. Su tío Batista, por ejemplo. Tan alto, tan delgado, con esas cejas tan pobladas. Gary Cooper. Se le parece. Tanto es así que hizo de doble del actor en España, durante el rodaje de *Por quién doblan las campanas.* O eso es lo que cuenta él, porque en realidad la película se rodó en México, según dice Gloria.

Como los Moliner, Batista vive en Francia y, cuando aparece y se pone a Rebeca en el regazo, ella se llena de gozo.

Batista vuelve a dejar a Rebeca en el suelo, mira a su hermana.

Ella suplica, en voz baja:

—Escucha, necesitamos ayuda. No podemos con mamá. Y ahora con la niña...

Batista se pasa la mano por la cabellera densa y pajiza. Una mano rugosa, aún manchada del cemento que se le ha incrustado hasta debajo de las uñas. Se enciende un cigarrillo, tose. Saca un pañuelo, escupe un poco de saliva mezclada con yeso de la obra, busca con la mirada en torno a él.

Gloria le tiende un cenicero.

—¿Es esto lo que buscas?

Batista aplasta su Gauloises, nervioso.

—¿Y bien?

—No sé, Gloria. Cuando éramos pequeños, nos dejó para irse a Francia con papá y contigo, no pensó mucho en nosotros. Casi dos años, ¿te das cuenta? Nos dejó casi dos años. Es mucho tiempo, cuando se es niño.

—¿Y yo? ¿Te crees que a mí me trató con ternura? ¡Ayúdanos! ¡Por favor!

Batista sacude la cabeza.

—No hables tan alto delante de la niña. No puedo hacer nada, Gloria, no tengo dinero. Mi mujer gana más que yo y últimamente no nos entendemos. Trabajo en las obras y no hay más. Seguramente nos divorciaremos.

Gloria digiere la noticia.

—¿Y Ramón?

—Ramón tampoco puede hacer nada. Sigue viviendo en Rodez, de vez en cuando recibo noticias suyas. Acaba de tener un hijo, el cuarto, Gloria, ¿te

lo imaginas? ¿Cómo iba a poder ayudarte?

—¿Y qué haríais con nuestra madre si Diego y yo no estuviésemos, eh?

Batista no contesta. Vuelve a sacar el paquete del bolsillo, se enciende otro cigarrillo. Con los párpados cerrados, protege con la mano la llama del mechero, como si hubiese viento en la habitación minúscula. Gloria suspira. Mira a su hermano y ve a un joven vestido de miliciano, con el fusil en la mano. Un guerrero. También se ve a sí misma en los ojos de él. *El pueblo unido.* La memoria de los vencidos. Ya ni siquiera le duele. Está de vuelta de eso.

Le echa un vistazo al reloj de péndulo.

—Pronto volverá *mare.* Y también Diego. ¿Y bien?

—No, Gloria, la respuesta es no.

—Ya nos abandonaste una vez a Soledad y a mí. ¿Te acuerdas?

—¡No me hagas eso, Gloria!

Batista ha alzado la vista bruscamente. Fija sus pupilas crepitantes de furia en el rostro de su hermana, centrando la mirada en un punto en la frente, entre las cejas. Duda. Al final le suelta:

—¡Vete a la mierda!

*

Las visitas del tío Batista fueron espaciándose. No recuerdo haberlo visto mucho después de los... Buf, no sé, digamos que desde los diez años, quizá, salvo en el entierro de la abuela, en el 76. Ese día se portó tan mal durante la misa, hablando en voz alta, con las piernas estiradas ante él, que el cura se calló y amenazó con interrumpir la ceremonia y dejar plantada a toda la familia con el ataúd. Batista murmuró algo sobre «esos cabrones de los curas» y a todo el mundo le entró la risa floja. El cura esperó a que se calmasen antes de retomar sus oraciones en tono irritado.

También estaba el tío Ramón. Un hombre consumido, alto, delgado, con la mirada perdida, un poco ida. Estaba de pie junto a la tumba, con el inútil pañuelo colgándole del hombro, el abrigo de lana flotando al viento, mientras bajaban el ataúd a la tierra.

Nadie va nunca a ver a la abuela, la pobre. Ni siquiera sé si sigue en el agujero. En todo caso, sería incapaz de encontrar la ubicación de su tumba. Desde el cementerio se ve Pantin y Les Lilas, no está lejos de la antigua carbonería. Solo recuerdo que desde allí arriba se divisaban los edificios, el fin de la periferia y, a lo lejos, en su colina, el Sacré-Cœur. Ahora la abuela ya no siente dolor. De ella, de sus dramas, de sus ilusiones, de sus esperanzas más locas, ya no queda sino una tumba. Ya nunca contestará a las preguntas que no le hice cuando aún podía.

Yo me lo pierdo. No sé por qué, pero hablarte de todo esto hace resurgir

en mí los ruidos, los olores de la carbonería[13].

*

La sala del café es minúscula, con su mostrador de zinc adornado con molduras y el suelo cubierto de serrín. Huele a vino picado y a Gauloises, cuyo humo sube hasta el techo. El murmullo de la estufa. La tubería al rojo, semejante a un dedo estirado a través de la estancia. Los hombres acodados, con la cabeza cubierta unos con gorras, otros con boinas. Licor de genciana. Aguardiente. Blanco seco. El señor Rouffiac, con la panza pegada al fregadero. El trapo que golpea al zinc. Los vasos reflejan las llamas que bailan tras la mica de la estufa donde arde el carbón. Rebeca está sentada en el mostrador, con un vestido y minúsculos zapatitos de hebilla. El señor Rouffiac la sujeta por las axilas, la pasa por encima del mostrador y la deja frente a la puerta de la cocina, dándole una inocente palmada en las nalgas para animarla. Ella se lanza, como esos ratoncitos mecánicos que se sueltan por el suelo.

Guy es casi su gemelo, solo se llevan un mes. Martine y él son sus únicos compañeros de juegos.

En la trastienda, el dialecto pedregoso de Aubrac. Palabras de carboneros.

—Oiga, señor Rouffiac, aún no le he pagado el carbón del mes pasado.

—¡*Miladiou*[14], Moliner! ¿Acaso le he pedido algo?

—No, pero...

—Bueno, ¿entonces? ¿Y la niña? ¿Cuántos años tiene ya? Seis, como poco. ¿Cuándo van a decidirse a mandarla a la escuela? Como sigan retrasándolo, van a tener problemas.

—Ya lo sé, señor Rouffiac. Ya lo sé.

Una mirada circular hacia los otros clientes, con las narices metidas en sus bebidas. Moliner se enciende un Gitanes, mira al carbonero. Duda. Finalmente, se inclina por encima del mostrador. Aliviado de hablar con alguien, por fin. De liberarse, en voz baja:

—Señor Rouffiac, tenemos un problema. La niña no tiene papeles. Es por lo de su madre, ¿sabe usted? Ya no sabemos qué hacer. Si algún día nos hacen una inspección o si alguien nos denuncia... Con la costura y todo eso... Tenemos miedo. Nos la quitarán.

—Puede ser, Moliner, puede ser. Pero tienen que mandarla a la escuela. Es obligatorio. Lo manda la ley. Si no, sí que se la quitarán.

El señor Rouffiac se coloca las grandes gafas cuadradas, de cristales gruesos. Al lado de Diego Moliner, el cristalero lanza una moneda de cien francos, que cae de canto, gira sobre sí misma como una peonza y finalmente queda inmóvil en el mostrador. El café se vacía. Risas infantiles desde la

cocina. La señora Rouffiac empuja la puerta y entra en la sala secándose las manos en el delantal. El olor a ajo mezclado con el del agua de fregar los cacharros.

—Hola, señor Moliner.

—Hola, señora Rouffiac. Gracias por la niña, le gusta mucho su puré.

—Conozco a pocos niños que se resistan al *aligot* 15*,* señor Moliner. ¿Qué pasa con esa escuela?

—Precisamente hablaba de eso con su marido. ¿Cuánto le debo por el café?

El señor Rouffiac se bambolea de una pierna a la otra, sin contestar. Sigue dudando y al final le dice en un soplo:

—Moliner, usted es buena gente. Voy a ver qué puedo hacer. Conozco a alguien en el ministerio de Asuntos Exteriores. Con un buen puesto. Muy bueno. ¿Conoce usted Lozère? Es mi tierra. Y él es de allí, como yo, conque...

*

Yo no entendía por qué mamá me encerraba. Hasta la abuela, que siempre contestaba a mis preguntas, se quedaba muda cuando la interrogaba sobre ese tema y se limitaba a mirar a otra parte.

Martine me hablaba de las aulas, de la maestra, del patio del recreo, de las compañeras. Yo intentaba imaginármelo. Todos los días le pedía a mamá que me dejase ir. Se lo suplicaba. Quería ser mayor. Quería ser como los demás.

Un día, papá volvió tarde. Como otras veces, se había entretenido en el café de los Rouffiac. Yo no conseguía dormirme. Estaba agotada, lloraba, pero me resistía, aguantaba esperándolo, como de costumbre. Por fin llegó y enseguida los oí hablar en voz baja. Al principio. Porque luego el tono subió rápidamente. Es ahí donde empiezan mis recuerdos, es decir, los de verdad, no solo imágenes fugitivas ni una memoria fabricada a partir de relatos de otros.

—No podemos seguir así.

La luz es demasiado fuerte en la estancia. Es por culpa de la costura, hay que ver bien para hacer vestidos. Las mantas sirven para ocultar la luz demasiado fuerte del taller. Los ruidos de la calle llegan atenuados a la exigua vivienda que huele a carbón, a hollín, a apresto. Gloria se frota las manos en el delantal de flores. Sigue frotándolas, como si quisiera borrar los motivos del estampado, sacudiendo la cabeza.

—Van a darse cuenta. Van a quitárnosla, te lo digo yo. Tú no te das cuenta. Si se la llevan, me muero.

Diego avanza hacia su mujer, le coge las manos, las aparta del delantal, las estrecha entre las suyas, calientes, ardientes. Gloria siempre tiene las

manos heladas. Las manos y lo demás.

—Si no la llevamos a la escuela sí que nos la quitarán. La gente del barrio habla. Todos los demás niños van. Todos. Es la única, ¿lo entiendes?, la única. Si se enteran los de la Asistencia, se la llevarán y no nos la devolverán nunca. Esto no es la España franquista. La escolarización es obligatoria, y los franceses no se andan con chiquitas con eso, *mi vida.*

Gloria arranca sus manos de entre las de Diego y suplica, con lágrimas en los ojos. Hace una mueca.

—No, no, no quiero.

—Sé razonable, *mi alma.* Es necesario. El señor Rouffiac nos ayudará, ya se ha ofrecido a hacerlo. Puede conseguirle los papeles a la niña. Te lo juro.

—Pero ¿de dónde los sacará? Si no tenemos nada.

—Me ha dicho que el hombre que conoce es muy poderoso. Es secretario de Estado, ¿te das cuenta? Es... No puedo decírtelo. Es de su pueblo, de su familia. Un primo suyo. Para los papeles, nos inventaremos los datos. La fecha... y lo demás. Escribirán lo que les digamos. Aceptarán nuestra palabra. Conoce a mucha gente, ¿sabes? Y además está Martine, que la cuidará. Lo único que no podemos hacer es decir que ha nacido en Francia. Para eso tendría que estar registrada en el ayuntamiento.

—¡Que no! ¡Que te digo que no! ¿Cómo quieres que te lo diga?

Su voz sube hacia los agudos mientras ella retrocede y da contra la pared.

—¡Chsss, que vas a despertar a los vecinos, Gloria!

Pocas veces la llama Gloria. Solo cuando está muy enfadado con ella. Desde que llegó la niña, la llama «mamá», y ella a él, «papá».

Avanza para intentar volver a cogerla de las manos, para tratar de calmarla, pero ella se zafa. Su mirada huye. Su espalda se arquea. Está como clavada al papel pintado con motivos silvestres. Al cabo de un minuto interminable, se desliza hacia un lado. Diego le tiende la mano con delicadeza. Detrás de ellos, Lea ordena:

—Hay que dejar que la niña vaya a la escuela.

Despertada por la pelea, se ha levantado, con la cara arrugada. Envuelta en una bata, con los pies deformes enfundados en unas pantuflas informes de motivos escoceses, con la larga cabellera negra y gris derramándose sobre sus hombros, Lea está de pie, con los brazos pegados al cuerpo. Repite:

—Hay que dejar que la niña vaya a la escuela.

Gloria mira fijamente a su madre por encima del hombro de Diego.

—¿Y es usted quien lo dice, *mare*?

*

Si la abuela replicó, no me acuerdo. Yo no sabía quiénes eran esos que se suponía que iban a separarme de los míos, pero no quería que se me llevasen. Estaba aterrorizada.

Unos días después, mamá me anunció que iba a matricularme en el curso preparatorio16 de la escuela femenina Romain-Rolland, en Les Lilas. A partir de ese momento, mi vida empezó a pertenecerme de verdad.

Sin embargo, la cosa empezó mal.

Más de un mes después del inicio del curso de 1955, desembarqué con mi cartera y un precioso vestido nuevo, que mamá me había cosido, escondido bajo la bata reglamentaria. Al ver a las otras niñas, me puse a tirar como una loca para escapar a la mano de mamá. La maestra silbó, todas las niñas se pusieron en fila y yo hice lo propio. Como todo el mundo, coloqué las dos manos sobre los hombros de la chiquilla que estaba delante de mí. La profesora me vio, me preguntó cómo me llamaba y todas las cabezas se volvieron hacia mí mientras ella leía y releía el papel que tenía entre las manos. Y luego dijo:

—Ha empezado el curso tarde. No es culpa suya. Tenéis que portaros bien con ella. ¿De acuerdo, niñas?

La maestra acababa de hacer lo que yo más temía en el mundo. Acababa de sacarme del montón. De señalarme a las miradas de las demás.

Mamá me esperaba siempre a la salida de clase. Las otras niñas volvían a casa solas. Un día, oí a una mocosa mofarse a mis espaldas:

—Mira, es un bebé. Su madre viene a buscarla.

Traté de soltarme de la mano de mamá. No había manera. Me apretaba demasiado.

—¿Mamá?

—¿Sí, princesa? ¿Qué pasa?

—¿Mañana puedo volver con Martine? ¿Puede acompañarme ella, sí?

Mamá no contestó.

Lo peor estaba por venir. Cuando llegamos a casa, Blanca me sumergió en una tina llena de agua demasiado caliente. Se puso a lavarme el pelo. Me picaba, así que me puse a llorar, claro.

—¿Mamá? —dijo Blanca.

—¿Qué?

—Vamos a tardar demasiado en peinarla todas las mañanas. ¿Y si le cortamos las coletas?

Por mucho que protesté, no sirvió de nada.

Al día siguiente, cuando quise ponerme en la fila con las demás, la maestra me miró con expresión severa:

—¡Pero bueno! Sí, tú, señorita. Tú no estás en mi clase, ¿verdad? ¿Con quién estás?

—Que sí. Yo...

—¿Cómo te llamas?

Contesté, como el día anterior: «Rebeca, Rebeca Moliner». Pero, sin mis

coletas, ella no me había reconocido. Miró su lista haciendo una mueca.

Nunca olvidaré el sentimiento de pánico que me invadió. Iban a enviarme a casa. A echarme de la escuela. A encerrarme de nuevo. A llevárseme.

La maestra no quiso saber nada. Para terminar, me agarró del brazo y me colocó por la fuerza en la fila de otra clase del mismo curso. Yo tenía la sensación de haber sido abandonada. No me habían querido. Era lo peor, siempre ha sido lo peor que han podido hacerme: negarme.

Al final del día, justo cuando iba a salir de la clase, la nueva maestra me detuvo:

—Dile a tu madre que tiene que venir a verme.

A las demás siempre les bastaba con enseñarles el cuadernillo de correspondencia y el de textos a sus padres, y con mostrarle el libro de familia a la maestra. En mi caso, mamá siempre tenía que desplazarse, sin que yo pudiera nunca asistir a los conciliábulos de los adultos, que, sin embargo, me concernían.

*

No destaqué en la escuela. Me contentaba con vegetar en una media discreta.

No llamar la atención. Sobre todo, no llamar la atención.

El credo de mamá, de papá: a-si-mi-la-do.

Martine, que me sacaba dos años, siempre se reunía conmigo en el patio de la escuela, donde defendía sistemáticamente a la extranjera que yo era, llegada después que el resto. Martine, siempre la última de la clase y siempre la mejor compañera.

Blanca, en cambio, era brillante.

¡Siempre la primera! Mucho más guapa, mucho más inteligente. Yo era el patito feo y, cada vez que mi hermana mayor me miraba desde lo alto de sus diecisiete años, yo le envidiaba su silueta esbelta, que todos los chicos admiraban cuando se volvían para echarle un vistazo mientras ella los ignoraba magníficamente, conmigo detrás arrastrando los pies. Blanca iba a una escuela para mayores. Una escuela de costura, en París, en la rue Parmentier. Yo me sentía orgullosa de ella.

Martine y yo pasábamos los jueves dando volteretas y deslizándonos por el barro en el terraplén del fuerte de Romainville, que estaba rodeado de chabolas. Era un observatorio privilegiado. Las fábricas de Pantin y Noisy competían a ver quién echaba más humo, el estruendo de los trenes de mercancías subía hasta nosotras desde la playa de maniobras. Volvíamos embarradas y mamá siempre me regañaba, eso cuando Blanca no disfrutaba dándome un sonoro cachete en el muslo rechoncho.

Pero el fuerte de Romainville ocultaba otro tesoro que solo la abuela y yo conocíamos. En la parta baja del terraplén, al pie de las antiguas canteras a las que impedían entrar unas rejas altísimas con más agujeros que un colador —y en las que jugaban todos los críos del barrio—, habíamos descubierto un yacimiento de arcilla gris. Nos llevábamos a casa bolas a las que dábamos forma con las palmas de las manos, y la abuela me enseñaba a modelar pequeñas vajillas, que luego cocía en el horno de la cocina de gas. Vajillas de princesa, vajillas de gran señora. E incluso en aquellos momentos pasaba por sus ojos tristes el sueño de una vida, el sueño de una joven cuyas esperanzas habían sido aplastadas.

*

Los ojos de Rebeca brillan de emoción cuando Lea saca la pequeña vajilla de arcilla gris del horno de la cocina. Tiende la mano hacia una minúscula taza.

—Cuidado, *nena,* no toques, que te vas a quemar. Hay que dejar que se enfríe.

La pequeña alza la cabeza y mira a su abuela. Reflexiona un momento e infla las mejillas.

—*¿Yaya?* ¿Puedes decirme una cosa?

La niña es la única persona que Lea permite que la tutee. Esa familiaridad llega incluso a enternecerla.

—Sí, *nena,* ¿qué pasa?

—Cuando crecemos, ¿podemos convertirnos en malas personas, aunque no queramos?

Lea reflexiona antes de contestar. Cierra un instante los ojos.

—Ninguno de los que se vuelven malos lo hace a propósito. Pero, si de verdad lo deseamos, no nos hacemos malas personas. ¿Por qué me preguntas eso, *nena*?

—*Yaya,* ¿he hecho yo algo malo?

Lea coge a Rebeca por las axilas y se la coloca en el regazo. Dentro de poco, pesará demasiado. La aprieta contra ella. Aspira su olor a niña.

—Qué va, preciosa. ¿Por qué dices eso? ¿Te ha reñido la maestra?

Rebeca no contesta. Guarda silencio un momento. Su mirada se pierde en el ajado papel de las paredes, por encima del hombro de su abuela. Se vuelve borroso en tanto que ella se embarca hacia ese más allá que solo pertenece a los niños. Luego, de pronto pregunta:

—*Yaya...*

—¿Qué más?

—¿Dónde nací yo?

Lea suspira.

—Ya te lo he contado mil veces. En España. Y luego viniste con papá y mamá, con Blanca y conmigo, cuando eras un bebé.

Rebeca reflexiona mientras retuerce un mechón de su pelo.

—¿Era cuando la guerra?

—No, *nena,* la guerra ya había acabado.

—Cuando sea mayor, ¿viviré en una casa como esta?

—¿Por qué, mi vida?

—Me gustaría tener una casa bonita. No como esta. Una casa bonita, como las que tienen las otras niñas de mi clase.

Lea querría contestarle, pero se le quiebra la voz en los escollos de sus sueños hechos pedazos. Al cabo de un buen rato, dice:

—También yo quería tener una casa bonita. ¿Sabes qué? Tú tendrás esa casa bonita por las dos, cuando seas mayor. Te lo prometo. Venga, tu vajilla se ha enfriado, ya podemos jugar con ella. Mira...

Con cuidado, Lea coloca en la mesa los platitos, las tacitas, los vasitos, con gestos lentos, delicados, para no quebrar la arcilla cocida de la vajilla en miniatura, para no romper su corazón, que ahora le pesa tanto y es tan frágil, agrietado como la loza vieja. Su viejo corazón.

*

Desde Les Lilas, las chiquillas han bajado a toda velocidad por el camino que lleva a la Cité des Auteurs, en el límite de Pantin, dándose empujones, riendo. Catherine ha llegado la primera, sin aliento. Sus mejillas enrojecidas por el esfuerzo, su vestido de volantes, su diadema de plástico. Rebeca, más roja todavía, con el pecho hundido y, cuando sonríe, un agujero en el lugar que antes ocupaba un incisivo. Catherine empuja la puerta con dos batientes del edificio, pintada de verde oscuro. Las paredes están revestidas de grava aglomerada. Trepan por la escalera subiendo los peldaños de cuatro en cuatro, llaman a la puerta de la vivienda. El piso es moderno. Un vestíbulo, un pasillo. La madre de Catherine se seca las manos en el delantal. Su hermosa sonrisa de dientes blancos, su pintalabios rojo.

—Limpiaos los zapatos, niñas. Y, sobre todo, poneos los patines para no rayar el piso. ¿Cómo te llamas?

—Hola, señora. Me...

—Rebeca. ¡Se llama Rebeca!

—Tiene lengua, Catherine. Hola, Rebeca. ¿Quieres merendar?

Rebeca solo tiene tiempo de asentir antes de que Catherine se la lleve a rastras hacia su habitación.

Su habitación. Una habitación para ella sola. El secreter de chapa. Los libros infantiles en las estanterías. Las muñecas, los peluches, sentados como niños buenos en la cama cubierta con una colcha de ganchillo. El olor a cera.

Las fotos de las vacaciones, en el secreter.

Rebeca devora con los ojos hasta el último detalle del piso.

—¿Quieres ver la casa? ¿Te la enseño?

Rebeca sigue a su nueva amiga. Al final de un pasillo, el aseo, separado del resto de la casa. El aseo, cálido, luminoso, inodoro. Limpio. Al lado, el cuarto de baño. La pequeña bañera, los grifos, agua caliente, agua fría, el tubo en espiral de la ducha, el calentador de gas con su llamita. El lavabo, inmaculado. El calorcito de los radiadores. La cocina, los muebles de formica.

*

Llovía a cántaros cuando salí de casa de Catherine. Sabía que iban a regañarme, que mamá estaría enfadadísima, muerta de miedo. No la había avisado, ni siquiera sabía dónde me encontraba ni en casa de quién. Me había empapado y llegaba más de una hora tarde. Ella estaba loca, de rabia, de miedo.

Me había hecho falta la invitación a merendar de una nueva compañera de clase, Catherine, para descubrir que la mayoría de los francesitos no vivía como nosotros. Cuando lo supe, me quería morir de vergüenza. Al principio, yo no era muy consciente de que vivíamos en un cuchitril. Me daba cuenta de que olía mal, odiaba los aseos en el patio, pero, bueno, ya se sabe, a los críos les basta con que los quieran. Bueno, sobre todo al principio. Además, Guy vivía en la trastienda de una carbonería y Martine, en la misma pocilga que yo. Para mí, todo el mundo era igual. Hasta aquel día.

En silencio, la abuela ha puesto el hervidor a calentar y luego ha echado agua fría en la tina colocada sobre las baldosas. Me desnudé tiritando mientras ella derramaba el contenido del hervidor en el recipiente de zinc, me metí en la tina y me hice un ovillo. Mamá se había puesto a coser otra vez a nuestro lado y hablaba sola. Me había castigado una semana. Nada de ir a jugar en la calle con Martine el jueves.

Solo con pensar en aquellos baños en el frío de nuestra pequeña vivienda, aún se me pone la carne de gallina. Por suerte, todos los domingos por la mañana íbamos en familia a cumplir con el rito de los baños públicos municipales, cerca de Porte des Lilas. Recuerdo la ventanilla en la que se pagaba y el banco en el que nos sentábamos a esperar que quedase libre alguna de las duchas. Si teníamos bastante dinero, comprábamos un bote de champú DOP al huevo. A mí me horrorizaba la ducha porque el champú se me metía en los ojos y me picaba. No he olvidado nunca el olor a vapor ni el ruido del agua golpeando las paredes de azulejos blancos, del mismo color que los pantalones de los empleados que pasaban la fregona constantemente. Por encima de los cierres a media altura que separaban las duchas, se oía todo: las conversaciones de las familias, las peleas de los hermanos. Cada uno

llevaba su toalla. Yo lloraba mucho. Tenía los pies demasiado pequeños, se me colaban en los huecos del enrejado de madera húmeda que cubría el suelo de los baños, me hacía daño. Nos juntábamos con argelinos, marroquíes, tunecinos, solos, tristes, taciturnos. Nosotros, los españoles, los italianos, solíamos desembarcar con mujeres y niños.

Cuando vi a Catherine en la escuela y le conté mi sonada vuelta a casa y la prohibición de salir que había tenido como consecuencia, se limitó a sacudir la cabeza.

—Pues si no puedes venir a casa, no tienes más que invitarme tú a la tuya.

Presa de un auténtico pánico, le contesté que mi madre era muy mala y se negaba a que ningún extraño viniese a casa. Era falso, claro está. Mamá era la hospitalidad en persona. Era raro que no hubiese algún amigo o algún primo lejano llegados de España alojándose durante varios meses en nuestro exiguo bajo, a veces durmiendo en el suelo.

En París abundaban los apátridas zarandeados por la Historia, como papá. Refugiados vomitados por un conflicto que acababa de hacer tambalearse al mundo. Un ejército de sombras acudía cada mañana a hacer girar la maquinaria triunfante de los Treinta Gloriosos. Cada amanecer engullía legiones de obreros temerosos de ser expulsados, rechazados, acompañados hasta la frontera. Hombres que literalmente encogían, hundiendo la cabeza entre los hombros, tratando desesperados de hacerse olvidar, de acceder a la invisibilidad, soldados de regimientos derrotados, temblorosos frente a las injurias. Una humillación que durante mucho tiempo nosotros, los niños, les reprocharíamos a nuestros mayores, acusándolos de cobardía. Para quedarse en tierra francesa, ¿cuántos «español de mierda», «espagueti de mierda», «negro de mierda», «moro de mierda», «portugués de mierda», «judío de mierda» había que escuchar apretando las mandíbulas? Siempre somos el algo «de mierda» para alguien, cuando yo lo que quería más que nada era ser como todo el mundo. No tener historia. No saber nada de los dramas que la Historia había impuesto a mi gente. Mi gente, obsesionada con su pasado. Yo quería tener derecho a la inocencia.

Para nosotros, el mundo exterior se había vuelto menos peligroso. Papá y mamá habían dejado de vivir con el temor constante a ser denunciados. Ya en paz con la administración, incluso se habían inscrito en la Cámara de Comercio como artesanos de la confección. Gracias a los Rouffiac, habían adquirido la nacionalidad francesa. Papá ya no era un refugiado apátrida, mamá y Blanca habían pasado de la reagrupación familiar a la ciudadanía de pleno derecho. Solo la abuela seguía siendo española, a falta de documentos que probasen su estado civil. Mamá me había explicado con todo detalle que el registro del pueblo donde yo nací había ardido durante la guerra. Mi partida de nacimiento se había perdido, había desaparecido. Pero papá había

conseguido hacerme papeles. Para ello había tenido que mentir, en particular sobre mi fecha de nacimiento. Yo no comprendía por qué, pero mamá me decía que no podía decírselo a nadie, que si no yo iría a la cárcel, y papá también. A mí aquello me aterrorizaba.

Y siempre sentía vergüenza. Vergüenza de ellos, vergüenza de nuestro cuchitril, vergüenza de sentir vergüenza. No quería que nadie viese el lugar donde vivía. Me dormía todas las noches fantaseado con un gran piso libre de cucarachas y chinches, con cuarto de baño y aseo independientes, como los de la casa de Catherine, cálidos, que no estuviesen en medio de un patio, soñaba con retretes que no apestasen. Me adormecía con imágenes de muñecas, de peluches, de grandes estancias, limpias, sin máquinas de coser, sin retales, sin restos de hilo. Una habitación para mí. Hacer los deberes en la mesa abatible de un secreter en vez de en un rincón de una mesa atiborrada de vestidos. Soñaba.

Se acercaba Navidad, pero había otra cosa flotando en el ambiente, cargado de aires de complot. Un día de diciembre, papá y mamá se fueron al ayuntamiento vestidos de domingo, sin darme explicaciones. Volvieron con un libro de familia nuevecito, que mamá se apresuró a esconder en un lugar que yo tardaría mucho tiempo en descubrir. Una vez más, no me atreví a preguntar nada.

Era como con lo de Soledad, mi tía Soli, la que se había muerto en España, de la que ni mamá ni la abuela hablaban nunca, salvo para discutir sobre ella. Yo me daba cuenta de que algo no encajaba. Pero creo que tenía miedo de preguntar, porque a fin de cuentas temía más las respuestas que los silencios o las mentiras. ¿Y si la verdad hacía que volviesen a tenerme encerrada? O incluso que me metiesen en la cárcel, como había dicho mamá.

La primavera tocaba a su fin cuando nuestro Renault Juvaquatre exhaló su último suspiro con un chorro de vapor. Un charco de aceite se extendió bajo el chasis, en un cruce de la zona alta de Montreuil, malogrando así los sueños de papá y mamá, que echaban de menos la madre patria. Todas las paellas que preparaba mamá, todas las canciones de Darío Moreno, todos los bailes de domingo que animaban Tony Ripoll y su orquesta, cuyos carteles adornaban los pasillos del metro, y donde papá y mamá alternaban *pasodobles* con tangos argentinos, ni eso ni nada podría resucitar una España inaccesible. La nostalgia roía poco a poco nuestra vida diaria. La España de pacotilla de la que mis padres se habían rodeado laboriosamente apenas si servía para llenar el vacío del exilio. Cuando se abrieron las fronteras, cientos de españoles se lanzaron en dirección a la península ibérica.

*

—¿De verdad quieres regresar allí? Pero ¿estás loco? ¿Después de la cárcel? ¿Después de lo que le hicieron a tu hermano? ¿Con Franco?

Diego Moliner observa el humo de su cigarrillo. La ventana está abierta de par en par hacia el verano naciente. Diego y Gloria han creado una pequeña sociedad, Costuras Gloria. Una ráfaga de viento tibio saca el aire viciado de la estancia.

—Sabes que no tenemos elección. Es necesario que vayamos. Por la niña.

Lea se alisa el vestido negro.

—Yo no voy. No iré. No regresaré allí.

Gloria le da la razón.

—¡Ya ves! Mamá no vendrá.

—Ya hay muchos que han ido y han regresado sin problemas, aunque habían huido de España tras la caída de Barcelona.

Diego insiste:

—¿Y si Antonio Sampayo se encarga de todo?

*

Papá había ocupado un puesto de oficial de aduanas en los Pirineos españoles, a principios de los años treinta, cuando servía a la República. Le quedaba allí un amigo. Antonio Sampayo. Un vasco español. Un as de la aviación republicana. Los dos se habían conocido en la cárcel. Compartían celda. Toni Sampayo solía beber con los aduaneros vascos de ambos lados de la frontera. Consiguió convencer a papá de que no había ningún riesgo al cruzar la frontera con papeles franceses.

¡Al garete los proyectos de vacaciones en Dieppe, las promesas de no volver a poner los pies en suelo fascista! Un Renault 4CV remplazó al viejo Juvaquatre. Se calentaba tanto que había que circular con el capó abierto, salvo por la noche, cuando, gracias al frescor, el ventilador por fin conseguía a duras penas cumplir su función.

*

—¿Estás seguro, Toni?

—Mierda. Escucha, hace días que pasa todo el mundo. No tienes nada que temer, te lo aseguro.

—Pero ¿y si me detienen? Estoy con las niñas, ya sabes. No puedo permitirme... A mí no me importa. Me condenaron a muerte, me robaron ocho años de mi vida. Los conozco. Y precisamente...

—Bueno, ya está bien, yo pasaré contigo. No me despegaré de ti. ¿Mejor

así? Ya verás que todo sale bien.

El atasco se extiende a lo largo de dos o tres kilómetros. Cargado hasta los topes de maletas de cartón hervido, de paquetes, con el capó abierto, el 4CV rasca el asfalto. Delante, Diego Moliner, con el cigarrillo aplastado entre los labios apretados, el codo apoyado en la ventanilla, el gesto huraño. Junto a él, Gloria. Lívida. Apiñadas detrás, Blanca y Rebeca. Bajo el coche, el asfalto medio derretido difunde el calor, el olor a tubo de escape. Un coche, otro.

En su 2CV, justo delante de ellos, espera Antonio Sampayo. («Tú pasas primero, Toni —le había dicho Diego—. Así, si no me dejan pasar, tú ya estarás del lado español y podrás echarnos una mano, con tus contactos, y tal...». «No te preocupes, capitán, si ya me conocen todos, de tanto verme pasar con mi 2CV lleno de vino»). Ahora, el 2CV avanza hipando hasta la barrera, que se levanta.

De una sola calada, Diego Moliner consume la mitad de su Gitanes. Aplasta la colilla en el cenicero, donde ya hay como poco otras quince. Mete primera. Se le cala el coche. El 4CV tose, el motor escupe y vuelve a ponerse en marcha en medio de una nube de humo. Moliner embraga, detiene el automóvil frente a la garita y le da los papeles a un empleado de aduanas sin mirarlo, fijando la vista en el horizonte o, mejor dicho, en la mancha amarillenta con vetas rojas de un gran insecto aplastado en el parabrisas. El militar se inclina para examinar mejor a los pasajeros que ocupan el coche.

—*¿Usted ha nacido en Moncofa? Usted es español.*

No es una pregunta, sino más bien una constatación.

Imperturbable, sin siquiera volver la cabeza, Moliner replica:

—*Ye ne comprán pa. Ye sui fransé.*

Risas ahogadas en la parte de atrás. La mirada furibunda de Moliner, imponiendo el silencio. El calor. Una mosca enloquecida dando golpes, rebotando en la luna trasera.

El aduanero insiste.

—*Usted es español.*

Moliner repite con terquedad.

—Ye ne comprán pa. Ye sui fransé.

Se obstina en mirar fijamente la barrera bajada. Tras ella, espera Sampayo, de pie, apoyado en el guardabarros de su 2CV.

La cabeza del aduanero desaparece en la garita. Abre la puerta, cruza la carretera y entra en un despacho, con el pasaporte de Moliner en la mano. En el coche, nadie se atreve a hablar. Regresa el aduanero. La barrera se levanta, el hombre le indica por señas a Diego que aparque a un lado y le pide que baje. Ahora Moliner suda copiosamente y en sus axilas van creciendo cercos de humedad. A regañadientes, sigue al carabinero hasta el despacho.

Sampayo se despega del guardabarros de su coche y va, a pasos lentos, a llamar a la puerta del despacho de aduanas. Espera, resuelto, balanceándose

bajo el sol que se licúa. Al fin se abre la puerta, aparece una mano, se coloca en su hombro, lo invita a entrar. Sampayo dirige una última mirada a Gloria y las dos niñas, que se cuecen a fuego lento en el coche.

Media hora después, Diego abre la puerta, acompañado del carabinero y de Sampayo. Con gesto irritado, como si estuviese espantando un insecto, el hombre le tiende sus papeles a Moliner.

La barrera levantada. La carretera, delante de ellos. Detrás, la aduana francesa, las *ventas,* la ventanilla de cambio. Hace años que Diego no ha ido más allá, contentándose, en las raras ocasiones en que han ido de acampada con las niñas a algún lugar del sur de Francia, con mirar su tierra desde el otro lado de la barrera. Primera, segunda, los crujidos de la caja de cambios. El asiento que se le pega a través de la camisa empapada de sudor.

Antonio Sampayo, con el pelo moreno engominado, brillante, los ve marcharse. Su risa estalla al verlos ir. Un gesto con la mano a modo de adiós.

Moliner conduce durante unos quince kilómetros y, de pronto, para el coche en el arcén. Baja precipitadamente. Doblado en dos, suelta una vomitona en la hierba calcinada.

*

La abuela no era partidaria del viaje. No quería saber nada más de España. Se quedó sola en nuestro cuchitril de Les Lilas. Sola con sus fantasmas.

Recuerdo mi horror al descubrir aquellos caminos de tierra en los que nuestro coche levantaba nubes de polvo a su paso, que salpicaban a muchedumbres de campesinos encaramados a sus burros. Comparado con Francia, España era un país muy pobre. Una tierra afligida por la miseria. Me parecía que ese país que decían ser el mío, que decían ser el nuestro, no era sino una prolongación de nuestra vivienda. De nuestra condición.

Mamá había llevado un paquete de café, un kilo de azúcar y una pastilla de jabón para cada uno de los miembros de la familia de papá. Y también una botella de agua de colonia Mont Saint Michel, que había comprado en una tienducha situada en lo alto de la rue de Belleville. Sin olvidar un lote de prendas no vendidas que le había dado el señor Rothstein y retales que había ido reservando con paciencia.

España carecía de todo, o casi. Diez años después de la muerte de Franco, mamá seguiría cargando con aquellos obsequios. Siempre intentaría exhibir su humilde éxito, pese a que la democracia y los años ochenta iban a hacer a nuestros primos mucho más prósperos de lo que era ella. Aquel deseo de aparentar, de querer parecer rica...

El viaje se me hizo eterno. Nos derretíamos bajo el sol implacable de la *meseta.* Papá fumaba cigarrillo tras cigarrillo, cada vez de peor humor. Desde

que habíamos cruzado la frontera, se había pasado a los Celtas. Mamá seguía de morros después de la bronca que habían tenido en plena rue Meissonier, a las cinco de la mañana, en el momento de cargar el coche, que parecía que iba a emprender el camino del desguace en cualquier momento.

En cada control en la carretera, con cada característica silueta de guardia civil, papá se echaba a temblar.

Nuestro periplo duró dos días.

De modo que hicimos una entrada triunfal en Fornet de Mar, donde caímos en los brazos del tío José Miguel y de toda la familia de papá, que parecía el hijo pródigo, posando orgulloso ante la cámara delante del 4CV, símbolo de un éxito social que entonces todos nos envidiaban. Ellos poseían tierras y naranjales que se extendían por la *Huerta* hasta donde alcanzaba la vista. Pero nosotros teníamos coche.

Uno de nuestros primeros paseos en familia fue al cementerio de Valencia. Habíamos comprado *nardos* en la plaza del Caudillo, que dominaba una estatua ecuestre del general Franco. Fuimos a depositarlos en una parcela de tierra desnuda.

Me esforcé buscando un nombre. Nada.

Me volví hacia mamá. Su rostro solemne, sus ojos empañados de lágrimas, sus párpados enrojecidos me hicieron preguntar esa vez, pese al miedo crónico a las preguntas y, más aún, a las respuestas:

—Mamá, ¿qué hay aquí?

—Soledad.

Yo protesté:

—¡Qué va! No hay nadie, solo hay tierra.

Mamá desvió la mirada.

—Calla, Rebeca, que me levantas dolor de cabeza. Me cansas con tus preguntas.

—Bueno.

Decidí dejar a los adultos con su conmemoración y me tiré al suelo, rascando la tierra y canturreando.

Valencia, aquel verano. Me encantaban los helados que íbamos a comprar a Barrachina. Y también el perfume de las flores del imponente magnolio de la Glorieta, con sus enormes raíces, entre las que me escondía cuando íbamos a visitar a la madrina Consuelo. Había sido amiga de la tía Soli. Vivía con sus padres, al fondo de un suntuoso patio pavimentado con mármol blanco, donde ejercían la profesión de porteros a cambio de un salario de miseria. Eran tan pobres que en el mercado lo compraban todo por piezas. Una pera. Un nabo. Una naranja. Consuelo se reía todo el rato.

Consuelo, Blanca y yo fuimos a ver una corrida en la plaza de Valencia.

En autobús, porque papá y mamá lo odiaban. Ellos se quedaron en Fornet de Mar.

*

La violencia y la belleza del toro, su poderío, su pelaje negro azulado, chorreando roja sangre. El blanco de sus ojos, que se revuelven de dolor. Los aplausos de la multitud.

Finalmente, las gradas que se van vaciando. Rebeca escapa una vez más a la vigilancia de Blanca y se pone a correr alrededor de la plaza de toros.

Blanca suspira, la busca con la mirada. Desde luego, no hay quien logre controlarla. Es todo por culpa de papá y mamá, que le consienten todos los caprichos con el pretexto de que la tía Soledad se murió. Pero a ella, Blanca, mamá no le pasa ni una. Da un golpe con el pie.

—¡Rebeca! ¿Dónde te has metido, maldita cría?

Colocándose la mano sobre los ojos para tapar el sol, Blanca la busca, recorriendo con la vista las gradas.

El hombre, a lo lejos. Su traje impecable. Su corbata. El pañuelo que asoma del bolsillo. El sombrero.

Blanca se queda inmóvil. ¿Será...? Cuesta distinguirlo, con ese sombrero.

El hombre de porte elegante se levanta el sombrero, justo el tiempo de llevarse a la frente el pañuelo para enjugarse el sudor, con un gesto rápido. Esta vez...

—*¡Rebeca! ¡Ven aquí!*

El grito resuena por el ruedo, repercutido, repetido por el eco a lo largo de la circunferencia, en cuyo centro los hombres aún están atareados cubriendo de arena la sangre del toro inmolado.

La pequeña se detiene, levanta la cabeza, busca a su hermana, se encoge de hombros. Le contesta en francés:

—Pero ¿por qué te pones a gritar así mi nombre? ¿Estás loca o qué?

—*¡Rebecaaaa! ¡Ven aquí!*

El sobresalto del hombre de traje. Su mirada, que se detiene demasiado tiempo en la niña.

Consuelo y Blanca tiran de la mano de Rebeca y la sacan de las gradas sin darse la vuelta, mientras ella protesta:

—¡Quiero volver al ruedo, quiero volver al ruedo!

Blanca la sujeta con firmeza.

—De eso nada, guapa. Nos vamos. Venga, ven.

—¡Para empezar, no puedes darme órdenes! ¡No eres mi madre, eres mi hermana!

Esta vez es demasiado. Blanca sacude la cabeza.

—Tu hermana, tu hermana... Habría que verlo...

—¡Blanca!

Consuelo la ha cortado. Coge a Rebeca y se inclina hacia ella.

—Lo que es seguro, preciosa, es que yo soy tu madrina, ¡conque ven y no discutas más!

Rebeca niega con la cabeza. Adopta una actitud obstinada, pero se deja arrastrar al exterior de la plaza de toros.

Blanca frunce sus labios carnosos. La mirada que cruza con Consuelo está cargada de sentido. Era él. Sí, era él.

*

Papá no salía mucho por el pueblo.

Calles de tierra batida, olor a agua sucia, a melón podrido, a vino picado.

Burros, mulas, caballos.

Como digo, papá no salía mucho. Había demasiada gente con la que no tenía ganas de cruzarse.

Blanca, por su parte, causaba estragos. Más de una vez habían aparecido todos los chicos de la zona, cargando con sus guitarras para ofrecerle una serenata, y papá había salido a las tres de la mañana con una botella de coñac, como era costumbre. Eso ponía a mamá loca de envidia.

Blanca, no te rías como una idiota, se te ven todas las encías, ¡pareces una mula! Mira, cuando sonrío, yo sí que soy guapa.

Aquella manía de acaparar la atención...

—Sí, mamá.

Yo quería volver a ver París, quería regresar.

Me moría por empezar las clases. Por contemplar cómo el otoño sacudía el castaño de Indias del patio. Por volver a ver a mis amigas. Martine. Catherine, que encarnaba todo lo que soñaba con ser algún día.

Papá, que veía en mí a una digna heredera de Manuel de Falla, me matriculó en el conservatorio de música de Les Lilas. La matrícula conllevaba una obligación: pertenecer a la banda municipal. Desde principios de curso hasta Semana Santa e incluso después ensayamos *ad nauseam* la misma pieza, el himno de la Segunda División Blindada. «¡Después de Chad, Inglaterra y Fraaaancia!».

Fue así como, el 8 de mayo del año siguiente, estaba frente al monumento a los caídos, plantada en medio de la banda, con falda escocesa y camisa blanca, sin los dientes de delante, golpeando un tambor al compás, como si pretendiese reconquistar Alsacia y Lorena, ante una fila de antiguos combatientes ya encorvados sobre sus medallas, que enarbolaban los estandartes de sus batallones y de sus heridas de guerra, mientras el señor alcalde depositaba una corona y papá, extasiado, exclamaba: *«¡Ya está*

integrada la nena!».

Claro que estaba integrada, yo que solo soñaba con una cosa: ser como los demás. Escapar al yugo de aquella vivienda minúscula, a aquella condición, a aquella lengua de pobres que hablábamos en casa, al recuerdo de aquel país de sol y de cenizas del que venían los míos.

---

11. Deformación fonética de la frase «*Dans le milieu du tissu, c'est beaucoup mieux*», en medio de la tela es mucho mejor. *(N. de la T.)*
12. Municipio de la periferia de París. *(N. de la T.)*
13. En el original, *bougnat.* El término, que en un principio designa a los inmigrantes procedentes de la región del Macizo Central (Aubrac, Viadène, Monts du Cantal...), se aplica, por extensión, a los comercios que crearon muchos de esos inmigrantes, donde a menudo se combinaba la venta de carbón con la de bebidas alcohólicas y refrescos. *(N. de la T.)*
14. Literalmente, «mil dioses», interjección típica del dialecto del suroeste de Francia, que expresa irritación. *(N. de la T.)*
15. Especialidad gastronómica de la región de Aubrac, consistente en puré de patatas mezclado con un queso especial denominado *tomme fraîche,* a los que se puede añadir nata, mantequilla y ajo. *(N. de la T.)*
16. Primer curso de la educación primaria francesa, que los niños inician cuando tienen entre cinco y seis años. *(N. de la T.)*

26

Pasaban los años, lentamente. Demasiado. Habíamos ampliado nuestra vivienda. No era un lujo. De todas formas, nuestra casa se encontraba en estado de superpoblación crónica. Candidatos a la emigración, primos, amigos de amigos, todos dormían en colchones que cada mañana apoyábamos en las paredes de nuestra exigua portería. Con el tiempo se habían hecho con una habitación en las buhardillas, con una estufa de carbón, y Blanca, la abuela y yo dormíamos allá arriba.

Para colaborar, todo el mundo cosía dobladillos, botones, entregaba vestidos. Trabajo, promiscuidad, familia, no faltaban los motivos para alimentar las disputas en el apartamento, en el que, una vez todos sentados a la mesa, apenas nos podíamos mover. Habíamos accedido a costa de grandes esfuerzos a una relativa prosperidad. Lo justo para dar rienda suelta a las disputas durante la cena. Papá soñaba con marcharse a Argentina, pero siempre decía que mamá no quería. Así, había renunciado a sus remotas fantasías, aunque seguía alimentándolas a escondidas leyendo con regularidad las aventuras del gaucho Martín Fierro.

*

Los sueños son más testarudos de lo que se suele pensar. Papá volvió un día a casa con un atlas y un tratado de geología bajo el brazo.

Lea se incorpora. Lo ha oído. Entiende la palabra hasta en francés. «Ricos».

—¿Vamos a hacernos ricos? ¿Es cierto, yerno?

Con la palma de la mano arrugada, va quitando las pelusillas de la tela negra de su vestido.

—¡Como lo oye!

Gloria alza la vista al cielo.

—¿Qué andas tramando ahora?

Diego Moliner mira a los suyos, sentados a la mesa, con aire de superioridad: Gloria, su suegra, las niñas.

Con un gesto de la mano barre el minúsculo apartamento, invadido de humo de cigarrillos, sin el menor centímetro cuadrado desocupado, como si se

tratase de la pampa, y suelta:

—El uranio.

—¿Qué?

—¡El uranio, *carajo*! En Argentina, en los Andes, dan concesiones a crédito a quien quiera instalarse. Y, como yo tengo conocimientos de socorrismo, me haré médico, curaré a los indios.

El dedo índice de Blanca en su sien. La risa clara de Rebeca. El silencio consternado de las otras dos.

Por fin:

—Es una buena idea, yerno. Sí, creo que es una buena idea. ¡Seremos ricos, tiene razón! ¡Con la de tiempo que lleva buscando una forma de irse a Argentina!

—¡*Mare,* cállese! No lo apoye. ¡Pierdes por completo el seso con eso de Argentina, pobre maridito mío! ¡Se está convirtiendo en una obsesión!

Gloria sirve el *puchero.* La bronca dura toda la comida. Diego Moliner acaba por levantarse y regresar a su máquina de coser.

Durante tres días, no le dirige la palabra a nadie, con la excepción de Rebeca.

*

Papá volvió a la carga durante meses, como si su vida dependiese de ello. Lo que muchos años después supe que había sido el último episodio argentino de papá fue uno de los combates domésticos más encarnizados a los que asistí durante mi infancia. Me moría por ser mayor. Entretanto, devoraba sus palabras. Nunca me sentía en mi sitio.

El año que cumplí once, al fin obtuve mi certificado de estudios primarios, en la franja inferior de la media. Un buen refugio, la media. Una vez más, por desgracia, llamé la atención. Todas las compañeras se habían presentado a la prueba provistas de su libro de familia, pues era una obligación legal. Para mi gran vergüenza, mamá había tenido que ir en persona a la escuela. ¿Por qué era siempre distinto en mi caso? ¿Qué es lo que no iba bien, maldita sea? ¿Y por qué mamá no aflojaba las garras? Por qué no me dejaba ser mayor... Tenía que llevar el dichoso libro en persona. Lo había tramado con la maestra. Una historia complicada que, al parecer, yo no podía comprender.

Claro, como era tan tonta...

Por fin me decidí. Esperé a estar sola en casa y revolví hasta el último rincón, en busca de aquella maldita cosa. Acabé por echarle el guante subiéndome a una silla y pasando la mano por detrás de la moldura del único armario de la casa. Me bajé de la silla y me senté en ella. Lo abrí por la primera página. No había nada relativo a mí. Tampoco en la segunda, solo que

papá se había casado con mamá cuando yo tenía siete años. Me lo había imaginado cuando los vi irse tan elegantes al ayuntamiento. Blanca también figuraba en el libro de familia, nacida de papá y mamá en 1938 en Valencia. Pero yo no aparecía por ninguna parte. No existía. Me entró el pánico absoluto. Por eso mamá nunca me confiaba aquel dichoso documento. Pero ¿qué era lo que podía contarles a mis profesoras?

Me daba cuenta de que algo no iba bien. Cuando intentaba hacer preguntas, con torpeza, por lo general no obtenía respuesta. O, si no, solo mentiras.

No podía preguntarle nada a mamá, porque eso sería como confesar que había hurgado en sus cosas. No había olvidado lo que me había dicho. Me arriesgaba a ir a la cárcel, y también papá.

Para inventarse historias, mamá y Blanca no tenían igual, siempre estaban dispuestas a reescribir la realidad. De hecho, creo que la memoria ficticia es una especialidad familiar. Será que alivia el dolor.

Como aquella vez que pregunté por qué el tío Batista ya no venía a vernos y por qué se había enfadado la abuela. Por qué había desaparecido.

*

Negro, grasiento, el repartidor del señor Rouffiac espera en el umbral, con el saco de yute manchado echado sobre el hombro y la colilla encajada bajo el bigote que el tabaco ha vuelto amarillento.

Febrilmente, Gloria busca en el cajón de la máquina de coser, donde suele guardar la billetera. Nada. Hilos, tijeras, agujas. ¡Pero si lo había puesto ahí! ¿Diego? No lo toca jamás. Hasta le da los billetes que trae cuando el señor Rothstein le paga los vestidos que le hacen por encargo.

Nota las lágrimas que se le acumulan en los ojos y el nudo que se le va formando en la garganta. El nudo del miedo. Inquieta, mira a su alrededor. ¿Blanca? Se ha ido. ¿Diego? Está de reparto.

Las agujas de calcetar de Lea tintinean.

—*Mare,* ¿no habrá visto mi billetera? La de piel marrón.

—Ya sé cómo es, no me tomes por idiota.

No necesita decir más. Gloria acaba de verla en la esquina de la mesa. ¡Gracias a Dios!

Pero ¿cómo es que ha podido dejarla ahí? Cualquiera habría podido robarla. ¡Está claro que no tiene cabeza! Y el caso es que recuerda perfectamente haberla metido en el cajón de la máquina de coser. En fin...

Es una billetera gruesa, alargada. Gloria la abre, frunce el ceño. Falta dinero. De hecho, falta mucho. Con el pulgar, cuenta rápidamente. Doscientos, trescientos, seiscientos... ¡Pero si había cincuenta mil francos!

El carbonero carraspea. Sigue esperando, de pie sobre el felpudo. Gloria

le paga, cierra la puerta y regresa al comedor-taller de costura. Por todas partes, telas, carretes de hilo, percheros, colgadores. Por todas partes.

—*Mare,* ¿ha visto a alguien coger mi billetera?

—No me paso la vida mirando.

Febrilmente, Gloria vuelve a contar. Faltan setenta mil... No, noventa mil francos. Que tanto les ha costado ganar. El corazón le da un vuelco en el pecho. No, imposible. No puede ser. Señor, ¿cómo van a llegar a fin de mes? Con la boca seca, Gloria reflexiona. Alguien ha sacado la billetera de la máquina de coser, sí, tiene que haber sido así. Alguien. Pero ¿quién? ¿Rebeca? ¿Qué iba a hacer ella con noventa mil francos? ¡Si es un mes de salario!

Indiferente, Lea sigue con su labor. Frenéticamente. Las agujas tintinean cada vez más en el silencio del taller.

Batista. ¡Batista! Vino el domingo. Fue... Calcula. Anteayer, fue anteayer. Desde la última discusión, una de tantas, viene cada vez menos. No se atrevería a pedirle dinero. Y menos a robárselo. Y menos después de haberla mandado a paseo cuando le pidió que colaborase para ayudar a mantener a su madre.

Para Lea, sus hijos lo son todo. Y Gloria que tiene que aguantarla, día tras día, mezclándose en las cosas de su casa, en cada pequeño detalle, en realidad... Gloria, que no cuenta para nada.

—*¿Mare?*

Lea no contesta.

—*¿Mare?* ¿Ha cogido dinero de mi billetera para dárselo a Batista?

Ella se encoge de hombros, ni siquiera aparta la vista de su labor.

—¡No, no puede ser! ¡No puede ser! ¡Otra vez! ¿No le habrá dado noventa mil francos a Batista! ¡No! ¿Y desde cuándo se permite hurgar en mi billetera? ¿Qué le voy a decir a Diego? ¿Sabe cuánto tiempo tenemos que trabajar para ganar eso? ¿Eh?

Sin mirarla, Lea contesta:

—Eres mi hija.

Gloria se retuerce las manos de rabia, gritando:

—¿Y qué? ¿Sabe qué contestó su adorado hijo cuando le pedí que colaborase para mantenerla a usted?

—No es lo mismo. Además, estás mintiendo, ¡él nunca se habría negado a dar dinero para mí, de haber podido! ¡Nunca! Es falso. Eres una mentirosa. Y, además, también tú nos abandonaste.

El golpe es demasiado duro. Gloria se marcha dando un portazo.

*

Cuando volvió mamá, la abuela había desaparecido. En realidad, lo hacía

con frecuencia. Nunca desaparecía durante mucho tiempo. La mayoría de las veces, se iba a caminar por los descampados que rodeaban el fuerte de Romainville, donde solíamos encontrarla, si es que no había regresado ella por su propia voluntad, avergonzada. Pero, en aquella ocasión, recuerdo que por la tarde aún no había regresado.

Mamá había recorrido en vano todos los caminos enlodados por los que Martine y yo nos llenábamos de barro, alrededor del fuerte. Yo tenía una corazonada. Fui junto a las canteras, adonde íbamos a buscar arcilla con la que la abuela me cocía vajillas, cuando yo era pequeña. Pero tampoco la encontré allí. Comenzaba a hacerse de noche e íbamos llenándonos de inquietud. Luego Blanca recordó que otras veces la abuela había decidido ir al azar en metro. Como era incapaz de leer los paneles, evitaba los transbordos. De modo que bastaba con que Blanca y mamá recorriesen la línea Mairie des Lilas-Châtelet inspeccionando los andenes en cada estación para encontrarla sentada en un banco, inmóvil como esas estatuas de los jardines públicos en las que se posan las palomas, con la mirada perdida, hablando sola.

Sin embargo, aquella tarde Blanca volvió sin ella. Papá, por su parte, había recorrido Les Lilas al volante de su 4CV. Había ido hasta el hospital Tenon, hacia Gambetta, en París, e incluso hasta el hospital Saint-Louis, a ver si había ingresado en urgencias. Tampoco nada.

Nos sentamos a la mesa. Cada ruido nos hacía sobresaltarnos, y mamá se incorporaba, creyendo que la oía hurgar en la cerradura. Exclamaba: «¡Es ella!». Pero no, solo era el viento, o un vecino que volvía del trabajo arrastrando los pies, agotado. Mamá se tragaba las lágrimas y se obligaba a llevarse el tenedor a la boca. Yo podía ver la bola de comida que tenía atravesada en la garganta y el esfuerzo que hacía por tragar. Después de unos cuantos bocados, apartó el plato:

—No puedo. Voy a vomitar.

Yo no me atrevía a decir nada, a preguntar nada sobre los motivos de la fuga de la abuela. Me daba cuenta de que mamá no lo ignoraba. Papá y Blanca tampoco hacían preguntas.

Papá se limitó a decir:

—Si no vuelve esta noche, avisamos a la policía.

Mamá lo miró como si acabase de clavarle un puñal en el vientre.

Aquella noche, en la buhardilla, me costó horrores conciliar el sueño.

Por la mañana, cuando me desperté después de una noche poblada de pesadillas, su cama seguía desesperantemente vacía.

*

Con la cartera en la mano, Rebeca baja apresuradamente por la escalera desvencijada. Los descansillos nauseabundos. Una luz débil se extiende por el

portal a través de la sucia puerta de la calle. Justo cuando pasa por delante del patio en el que se encuentran esos aseos que tanto odia, se detiene. Han buscado por todo Les Lilas, en París, pero no aquí, al lado. Rebeca se da la vuelta. En la portería oye el ronroneo de las máquinas de coser. Los murmullos de sus padres. Blanca se ha ido a clase. Pronto llamarán a la policía.

Con prudencia, empuja la puerta del patio.

El suelo grasiento. Los cubos de la basura en un rincón. Las tuberías de un gris sucio que bajan de los canalones, una de las cuales está descoyuntada y gotea en la pared. Rebeca se sobresalta al oír un ruido. Una rata que escapa dando chillidos.

El patio está vacío. Rebeca inspira profundamente y abre la puerta de los retretes. Se le resiste. Está cerrada por dentro. El corazón le da un vuelco en el pecho. Rebeca llama:

—¿Abuela?

Una voz gutural responde:

—¿Es que ya no se puede cagar en paz? ¿No ves que está ocupado?

Rebeca se bate en retirada, da media vuelta y, cuando va a salir del patio, pasa por delante de la bodega. De nuevo, se para, reflexiona. No, no es posible. Agarra con más fuerza el asa de la cartera de cuero hervido, da otros dos pasos y se queda inmóvil. Hay que mirar en todas partes. Absolutamente en todas partes. Rebeca siente un escalofrío. Odia bajar allí. Apesta, hay bichos pululando y, además, no lleva ninguna luz.

Le pasan por la cabeza ideas absurdas. ¿Y si la abuela se ha ahorcado? ¿Y si encuentra su cadáver, con la lengua fuera, balanceándose en la oscuridad? La sola idea la aterroriza. Pero por fuerza ha de encontrarse en algún sitio, ya que no está ni en el hospital ni en el terraplén ni en el metro.

Rebeca frunce los labios, coloca la mano en el picaporte helado, lo gira con precaución. Una bocanada de aire fétido, cargado de humedad, de tufo a carbón, sube hasta ella. La escasa luz que llega del pasillo ni siquiera ilumina hasta abajo la escalera, que lo mismo podría llevar hasta las profundidades de la tierra, como en la novela de Julio Verne.

Los ojos de Rebeca tardan un poco en habituarse a la oscuridad. Empieza a bajar. Uno a uno, va tanteando los peldaños con la punta del pie, cuando, de pronto, le parece distinguir unos hombros familiares, de espaldas, con un moño apretado encima de ellos. El aire se queda bloqueado en su garganta cuando murmura:

—*¿Yaya?*

Al principio no pasa nada. Aterrorizada, Rebeca no se atreve a moverse. Al fin, con infinita lentitud, un hombro se levanta, y Lea contesta:

—¿Nena? Ven aquí.

Rebeca la ve dar unos golpecitos junto a ella, en el peldaño que ahora alcanza a distinguir. Se sobrepone al miedo y al asco y va a sentarse con su abuela en el escalón.

—¿Qué haces, *yaya*? ¿Has estado aquí toda la noche? ¿Sola en la oscuridad?

Lea coloca su mano sobre la de su nieta. Mira obstinadamente la oscuridad.

—No estaba sola, *nena.* ¿Estabas preocupada?

Rebeca asiente.

—Ven.

Rebeca se aprieta contra su abuela. El olor a moho impregna su ropa, tan negra como la noche que las rodea.

Lea rodea con sus brazos a la niña, con los ojos cerrados.

*

La encontré en la bodega.

Sentada en los escalones, en la oscuridad, enfurruñada.

Lo único que comprendía era que, al inicio de la pelea, mamá había querido pagar al carbonero. Cuando le pregunté, me contestó que no debía meterme en los asuntos de los mayores. Había encontrado a la abuela, y eso estaba bien. No necesitaba saber más.

Cada año, las vacaciones en España daban lugar a una tregua, después de los meses de escuela, estación tras estación.

Cuando trato de discernir algunos recuerdos concretos en esa amalgama que es mi infancia coja, amputada, sin que entonces supiera yo exactamente de qué, lo único que sale a flote de ese informe magma de recuerdos, aparte de la abuela, es papá repitiendo: «Perdimos. Perdimos en el 36, perdimos en el 39 y la ocasión no volverá a presentarse tan pronto». Invariablemente, concluía sus monólogos volviéndose hacia mí: «Bueno, el mañana feliz de la clase obrera no es para hoy. Conque yo voy a echarme la siesta. *Nena,* nunca te metas en política, se paga demasiado caro y al final no cambia nada».

Evidentemente, al día siguiente saltaba de alegría en la silla, con la colilla encajada entre los labios y los ojos entornados ante la máquina de coser, al oír en la radio a Fidel burlándose de los estadounidenses. Los estadounidenses no le caían muy bien a papá. Sobre todo porque habían dejado a Franco en el poder después de la guerra. Porque Ford y Texaco habían financiado el golpe de Estado de los rebeldes.

Pero a la abuela y a mí nos encantaban las películas del oeste.

*

Volvíamos todos los veranos de vacaciones a Fornet de Mar y, en el 61, papá decidió comprar un terreno en la playa para construir una casita frente al mar. Allí no había nada, aparte de la albufera, las dunas junto a los naranjales y algunas casas de pescadores.

Una vez más, mamá dijo que se había vuelto loco, pero que al menos así la dejaría en paz con sus sueños de irse a Argentina. Puede que aquel pedazo de arena le pareciese razonable en aquel momento. A la altura de nuestros pequeños recursos. Lo justo para exhibir nuestro aparente ascenso social.

La abuela seguía quedándose en Les Lilas y yo la echaba de menos. Me parecía que en esta vida era mi única cómplice en el mundo de los adultos. Mamá había delegado parte de su autoridad en Blanca. Papá vivía bajo el yugo de las mujeres de la casa. Solo la abuela se reía de mis caprichos, de mis rebeldías, de mis enfados y de mis impaciencias. Porque yo iba creciendo, desde luego, pero nunca lo suficientemente rápido para mi gusto. La prueba estaba en aquellos pelitos de nada que me crecían —¡para mi horror!— en el pubis y en las axilas, en aquel cuerpo con el que no sabía qué hacer. Y en aquella sangre que empezó a brotar un día.

27

—Rebeca, alsaaaat!

¡A levantarseeeee! El grito estridente de la abuela la despierta con un sobresalto. La pálida luz de la farola salpica el tragaluz de la minúscula buhardilla. Aún es de noche. La escuela. Levantarse. Blanca ya está vestida, de rodillas, encendiendo la estufa de carbón. La llama dentro del hornillo. Su rostro de virgen nórdica iluminado por el fuego. El aire helado de la habitación. El peso del día a día.

*

En el instituto, seguí siendo mediocre —aparte, por supuesto, de en español—, pero de todos modos conseguí llegar al quinto curso17. Se me seguía atragantando el maldito francés que me había enseñado Martine. Sobre todo la ortografía y la concordancia de género. En español, sangre es femenino, calor es masculino, al contrario que en francés. No solo era menos guapa que Blanca, sino además menos lista, menos dotada. Había palabras que no lograba pronunciar con corrección, y mucho menos concordar su género. «¡Moliner! ¡No se dice *une escalier,* sino *un escalier* 18! Dos puntos menos». De haber sido por la zorra de mi profe de francés, habría odiado la literatura de por vida. *Un huile, une ongle, une escalier, la sel, la poivre...*19 Mezclaba el francés y el español, el castellano y el valenciano.

Por suerte, Blanca me llevaba al teatro, y también a conciertos. Así que me puse a leer obras clásicas. Y me encantaban. Adoraba París (quien haya nacido en la periferia no puede ignorar lo que es una frontera). Siempre que podía, huía, escapaba a mi condición de periférica. Pasaba las tardes de jueves deambulando por las salas del museo del Louvre, fantaseado ante el sexo marmóreo de las estatuas romanas. Parecían tan inofensivos, bajo la luz suave que caía del velo del cielo parisino a través del techo acristalado. Me decía: «¡Semejante cosa no puede caber!». Los chicos eran una especie de enigma, mis amigas y yo elucubrábamos todo tipo de teorías sobre sus juegos, fantaseando sobre las improbables clases mixtas en los colegios. En realidad, el sexo no me preocupaba gran cosa. Yo no era muy precoz, había dejado la cuestión para más adelante. No como Martine. A los trece años, ella ya había

tenido relaciones y me lo había contado. Me había hablado de la sangre, y todo. Del miedo a quedarse embarazada. Y de la espera, infernal, hasta la regla. «¿Y el placer?», le pregunté. Ella se encogió de hombros. Todo eso me daba mucho miedo. Había intentado masturbarme, muchas lo hacían, pero al cabo de un rato se me iba la cabeza y, como no conseguía concentrarme, lo había dejado estar. En realidad, tuve mi primer orgasmo durante un sueño erótico cuyo protagonista era Steve McQueen, después de ir a ver *La gran evasión* en el cine Les Tourelles, en Porte des Lilas.

*

¡Qué largo se me hizo el tiempo hasta llegar al tercer curso20! A los catorce años, al menos ya sabía una cosa: nunca sería costurera. En vista de que en casa todo el mundo le daba a la aguja —también Blanca, a la que mamá había metido en un curso especializado para que se sacara el Certificado de Aptitud Profesional—, yo decidí ser la excepción. A la espera de saber qué iba a hacer con mi vida, salía de casa cada mañana con falda, ya que teníamos prohibido vestir pantalón, y, como todas mis compañeras, me ponía la bata justo antes de entrar por la puerta del instituto femenino de Les Lilas. Desde que habían empezado a crecerme los pechos y las piernas, nunca lo suficiente para mi gusto, odiaba las faldas. Blanca no dejaba de decirme que me tapase las piernas. Que las tenía torcidas, con las rodillas hacia dentro. Me avergonzaba mi aspecto. Conservo de esa época un recuerdo de pesadez y de tedio.

A veces, trataba de imaginarme el futuro. *Mi* futuro. ¿Una familia, un marido, hijos? No lo conseguía. Una existencia no podía reducirse a eso: trabajar, procrear y luego morir. Sin embargo, no tenía más que mirar a mi alrededor. Papá, mamá. Hasta las putas hojas del castaño de Indias del patio de la escuela. Hasta el teatro no trataba de otra cosa. Procrear. Trabajar. Morir. Desesperante.

Parecíamos aguardar algo. Algo más, algo que nos debía esta vida, sin saber a ciencia cierta qué. La abuela era la única con la que podía desahogarme. Podía dedicarme más tiempo que papá y mamá, a los que absorbía el trabajo amontonado en medio de nuestra vivienda-taller de costura, y que Blanca, que solía mandarme a paseo.

A veces nos quedábamos solas las dos, en la buhardilla, tardes enteras. El problema era que, cuando la conversación giraba en torno al tema de la familia, la abuela se volvía menos habladora. Cuando le preguntaba dónde estaba el abuelo, se limitaba a responder: «En el agujero. Como Soledad», colocando las palmas de las manos sobre su sempiterno vestido negro, de luto, con el que siempre la conocí.

Como es natural, yo evitaba hacerle *la* pregunta. Aquella a la que, de

todos modos, nadie habría querido contestar. Aparte de ella, quizá. Mi abuela Lea.

Hasta aquella tarde de diciembre de 1963, en que las cosas sucedieron solas.

Una vez más, la abuela se había escapado tras una pelea con mamá. Cuando volví de clase, estaba de nuevo desaparecida y todos nos fuimos a buscarla.

En ocasiones me daba la impresión de que veía fantasmas. Fantasmas a los que a veces seguía. Como aquel día, en el mercado de Les Lilas, cuando se quedó petrificada ante una silueta alta coronada por una cabellera pelirroja sobresaliendo sobre las gorras y sobre las pañoletas que tapaban los puestos. Al cabo de unos segundos, se puso a chillar: «¡Niceto! ¡Mi Niceto!». Todo el mundo se volvió para ver quién era la loca que gritaba de aquella manera. Un mar de rostros hostiles. Entonces empezó a gritar de nuevo, avanzando, empujando a los mirones, pero la silueta había desaparecido y la abuela se quedó plantada, llorando y llamando en voz baja: «Niceto, mi Niceto...», con el rostro vuelto hacia un cielo indiferente.

Yo sabía que mi tío Niceto había muerto en España, igual que el abuelo y que mi tía Soli. Mamá y Blanca me lo habían explicado mil veces. Pero la abuela siempre hablaba de él como si estuviese vivo. Había desaparecido, pero un día regresaría, repetía.

Aquella vez, al volver del instituto, la busqué por todas partes, en la línea de metro, como de costumbre, y acabé por encontrarla postrada al fondo de la cabaña de tablones desvencijados que servía para guardar los cubos de basura en el patio del edificio de al lado.

Me la llevé a nuestro cuarto de criadas tras tranquilizar a papá y mamá. Ella repetía: «Niceto, Niceto, mi niño...», y yo me di cuenta de que había visto un fantasma. Que ese fantasma era, sin ningún género de duda, el motivo por el que se había refugiado en un cuarto de basuras. Ya no tenía nada de la harpía que describían mamá y Blanca, de la hembra dura, imprevisible, de violentos accesos de cólera, de mano rápida, que ellas habían conocido años atrás. Estaba en el borde de la cama, acurrucada, semejante a una niña vieja a la que hubiesen reñido. De pronto frágil, me recordaba a una de esas jarras de agua que poco a poco van agrietándose, año tras año, hasta que finalmente se rompen en mil pedazos en unos segundos.

No le hice ninguna pregunta.

Tenía entre las manos una caja de zapatos. Una caja de zapatos viejísima.

El día anterior, mamá, Blanca y yo habíamos acompañado a la abuela a la jefatura de policía. Recuerdo que estaba en el quai de Gesvres. Tenía que renovar su permiso de residencia. Como no sabía escribir, firmó con una cruz, después de lo cual mamá puso su rúbrica en el documento.

Siempre pensé que era curioso que la abuela me hubiese dado la caja aquel día. En realidad, siempre me ha extrañado por el sueño. La noche anterior, yo había tenido un sueño. Un sueño que no he olvidado nunca. Tanto más cuanto que, desde entonces, lo he tenido muchas veces.

En el sueño o, mejor dicho, en la pesadilla, papá estaba tendido sobre una mesa de hospital, a la luz blanquecina de los fluorescentes. Hasta podía oír el zumbido de los pequeños transformadores, los chasquidos en el interior de los tubos. Un médico con bata blanca me anunciaba: «Su padre ha muerto». Un instante después, yo estaba en el cementerio, no un cementerio español, con nichos en las paredes, no, un cementerio totalmente francés, con tumbas. Alguien decía: «Hay que meterlo en la tumba». Y mamá protestaba: «¡No, que ahí dentro ya están el abuelo y Soli!». Pero el médico tenía respuesta para todo: «Aún queda sitio. Conseguiremos romperlos a todos, ya verán». Entonces, mamá y yo entrábamos juntas en una sala mortuoria, llevaban a papá en una camilla, su cuerpo estaba tapado con una sábana y solo se le veía la planta de los pies. Pero de pronto me daba cuenta de que había otros pies entre sus piernas. «Son los pies del abuelo y de Soledad. Mira, los han puesto juntos», explicaba mamá con total calma. Y a mí me parecía normal, lógico, que cargasen a todas esas personas en el maletero del coche para ir hasta el cementerio, pero ese sí que era español, con nichos en las paredes. Y entonces se levantaba la sábana y aparecía papá, sentado, rascándose la cabeza. Yo me sorprendía: «¿No estás muerto?» «Pues no, ya lo ves. Creyeron que sí, pero al final resulta que no», contestaba él. Y yo estaba loca de contento, ya te imaginarás. «Entonces, ¿no vamos a meterte en el ataúd?». «No, solo a tu abuelo y a Soledad». Y un momento después estaba de pie junto a mí, sin afeitar, como de costumbre, hasta podía notar su olor a tabaco negro rancio. Y luego, de repente, cuando yo pasaba por delante de él para colocarme a su derecha, sucedía algo extraño. Papá era papá, pero ya no era de verdad papá. Era solo alguien que se le parecía. Y mamá me susurraba al oído: «No es tu padre. Tu padre tenía los ojos azules».

Aquel día me desperté sobresaltada en la buhardilla vacía, con la sangre helada.

Y, por la tarde, la abuela me había dado la caja de zapatos, diciendo sin más:

—Son las cartas de tu madre y tu padre.

Yo había mirado la caja, petrificada. Luego, muy despacio, sin contestar nada, la había cogido y la había deslizado debajo de la cama. En el fondo de mi ser, siempre lo había sabido. Me impedía crecer, vivir, ser yo, a pesar de todo el amor de papá y mamá, de Blanca, de la abuela. Un amor asfixiante.

Tardé mucho tiempo en abrir la caja. No había prisa. No había prisa, porque nunca es urgente hacerse daño. Y entonces, una tarde de jueves, al fin sola en la buhardilla, acabé por levantar la tapa de mi caja de Pandora personal.

*

Rebeca está sentada en la cama, cubierta con una colcha de ganchillo que le ha hecho Lea. Una luz pálida se filtra a través de las nubes. La estufa de carbón ronronea, la humedad se condensa en el cristal resquebrajado del tragaluz y gotea sobre el linóleo. Lleva una falda plisada escocesa, de niña buena. Su larga melena fina y pelirroja, recogida en coletas, enmarca su cuello delgado. Tiene la caja de zapatos colocada en las rodillas. Los dedos delicados acarician la tapa, dudan. La caja parece muy vieja, se diría que ha visto mundo. La entreabre. Contiene un paquete de cartas en un papel amarillento, casi quebradizo. En algunas se adivina el azul del papel carbón. Varias caligrafías desconocidas, palabras en español. Entre el montón descubre un telegrama azul descolorido, fechado el 14 de marzo de 1950. Lo firma Consuelo. Rebeca lo desdobla y lo lee. Anuncia la muerte de Soledad. Bajo el telegrama, encuentra una partida de nacimiento en francés, escrita a máquina en papel con membrete del consulado general de Francia en España: Rebeca Soler, nacida el 11 de septiembre de 1949. Nombre de la madre: Soler, Soledad. Al margen hay garabateada una nota: en 1956, Diego Moliner ha reconocido ser el padre de Rebeca Soler. El año de sus primeras vacaciones en España. Un sollozo sacude los hombros de Rebeca. Las lágrimas le corren por las mejillas, manchan el papel. Se sorbe los mocos, se seca la mejilla, se traga la bola que tiene en la garganta y guarda el documento en la caja para que las lágrimas no lo estropeen. Ahora ya lo sabe. Aturdida, mete la caja debajo de la cama.

*

Cuando mamá hablaba de la muerte de Soledad, cada vez contaba una historia distinta.

A veces lloraba. Lloraba porque la había cuidado desde que nació, hasta que un día le había aconsejado tomar una decisión errónea y, como el tiempo nunca da marcha atrás, no había habido forma de cambiar nada... Se culpaba. Soledad había venido a Francia con los demás. Pero en 1949 mamá la envió de vuelta a España. La abuela aseguraba que, en el fondo, mamá adoraba a su hermana, pero que siempre había estado celosa del amor que Lea sentía por ella. Un amor maternal al que mamá nunca había tenido derecho, aunque lo había hecho todo para merecerlo, para arrancárselo a una madre que siempre la había rechazado. Yo me había dado cuenta de otra cosa, que explicaba todos aquellos años de secretos. Papá se había acostado con las dos hermanas. Primero con Soledad, de la que había nacido yo, y luego con Gloria. O al revés. Me daba asco. Objetivamente, no podía pedirle explicaciones a mamá. No sin obligarla a humillarse. Seguramente había echado a su hermana para

alejarla de papá. Y tampoco podía leer las cartas. Sencillamente, no podía. Me habría dado la impresión de estar en la cama con mi tía y con mi padre. La sola idea me repugnaba. No quería saber nada más de aquella familia incestuosa que me avergonzaba. Dejé de hacerle caso a mamá cuando me contaba una cosa y la contraria. Por ejemplo, que había intentado impedir que Soledad se fuese, pero en vano. Que Soledad había regresado a Valencia a pesar de todo y que la abuela la había acompañado. Que habían vivido en un tugurio sin ventanas situado en la planta baja de un edificio burgués de la calle del Pintor Gisbert, en el número 18. Una antigua portería (sin duda, estábamos abonados a las porterías). Lo más probable era que yo hubiese nacido allí. La mujer que había ocupado la portería antes que ella estaba tuberculosa y había contagiado a Soledad, que había caído gravemente enferma. Mamá no había podido repatriarla para que la tratasen en Francia. En ese punto, las versiones diferían según el humor del día. Unas veces, no había podido ir a por su hermana pequeña porque no tenía suficiente dinero para costear el viaje, otras veces no había encontrado forma de enviarle penicilina. Por aquel entonces, papá y mamá apenas si tenían con qué pagar el alquiler semanal del miserable cuarto de hotel en el que vivían en París. Un día, recordaba que le había suplicado a Soledad que regresase a Francia, pero era ella quien no había querido saber nada. O bien era la abuela quien se había negado a que volviese. Había oído tantas versiones de la historia...

Mi única certeza era que Soledad, mi verdadera madre, había muerto, y que mamá había ido a por mí. Culpa de una, culpa de la otra, qué más daba ya. Mamá y la abuela se echaban constantemente en cara la una a la otra la muerte de Soledad. Me habría gustado taparme los oídos, no oír nada más de aquellas conversaciones que se repetían desde mi infancia, sin que hasta entonces entendiera su sentido. Soledad había muerto sola, lejos de los suyos, condenada a la cama de un hospital gestionado por las monjas, donde reinaba la disciplina del Opus Dei. La abuela ni siquiera había podido quedarse junto a ella cuando había empezado su agonía. Iba a cumplir veinticinco años. La abuela y Consuelo la habían enterrado en la parcela de los indigentes del cementerio de Valencia. Un rectángulo de tierra entre pinos, cubierto de pinocha, refugio de todos los gatos del barrio, a los que las viejas llevaban cuencos de leche. Visitarlo deprimía a mamá, cuando íbamos de vacaciones a España. Aquellas visitas, convertidas en pretextos para largas broncas con Blanca, se hacían cada vez menos frecuentes. Blanca decía que la tumba de Soledad estaba en otra parte, en algún lugar del inmenso cementerio con los muros cubiertos de nichos. Que reposaba en una tumba que se había quedado vacía, con el nombre de la anterior difunta. En cuanto al abuelo, debía de dormir el último sueño también por allí, en alguna parte... Invariablemente se sucedía una riña, en la que cada cual se creía en posesión de la memoria y la verdad. Yo nunca iba con ellas.

Tras mi primera intentona abortada, tardé años en volver a abrir la caja de zapatos que contenía la historia de Soledad.

*

Había empezado a despreciar a papá en secreto. En España, él nunca participaba en nuestras excursiones. Blanca se había sacado el carné de conducir, así que era ella quien nos llevaba a todas partes. Papá se quedaba encerrado en casa. Se pasaba la mayor parte de su tiempo libre durmiendo y fumando, soñando mientras contemplaba el mar, haciendo reparaciones en casa o trabajando en el jardín en silencio. Un misterio, aquel hombre. Poco elocuente, secreto, pero capaz de domesticar a cualquier animal, una urraca, un mirlo... Es curioso, porque yo también soy así. Solo se dejaba llevar con sus viejos amigos, dos o tres veteranos del ejército republicano que había conocido en la cárcel. Y hasta eso sucedía pocas veces. Supongo que hablaban el mismo idioma. Decía que el resto de su vida, después de salir de la cárcel, era un suplemento que le habían concedido. Debería estar muerto. Mamá y la abuela también habían conocido la cárcel. Pero solo lo supe mucho después. Ellas jamás hablaban de eso.

Papá era siempre muy dulce conmigo, nunca me levantaba la voz. Salvo cuando pasaba toda la noche en la playa. Pues, por muy encorsetada que estuviese, la España católica de los sesenta se resquebrajaba por todas partes ante los asaltos de una juventud impaciente, aguijoneada por las hordas de turistas llegados de Francia que empezaban a apiñarse en las playas, donde, en una mezcolanza de nacionalidades, cantábamos a voz en grito, durante noches enteras, las canciones de los Beatles y los éxitos de grupos españoles hoy caídos en el olvido. Entonces, papá refunfuñaba. Tenía miedo de que nos sucediese algo.

Pero, sobre todo, vivía con el temor de encontrarse con alguno de sus antiguos torturadores. Por ello, cuando hacía aparición entre nosotras, se contentaba con mirar el horizonte, con las manos apoyadas en la cintura, la tripa prominente y la gorra bien calada.

Y, cuando ya había asistido a suficientes batallas entre las mujeres que compartían techo con él, volvía a acostarse, fuese la hora que fuese. Ahora supongo que también a él se le hacía largo el tiempo. Menos cuando mamá y él se ponían elegantes y se aventuraban por la pista de baile del club social de los altos hornos del puerto vecino, donde los seguíamos meneándonos con torpeza al ritmo de los tangos de Gardel.

*

Volver, con la frente marchita [...]
Sentir [...] que veinte años no es nada.

Diego Moliner abraza a Gloria. Ella es tan alta como él. El tiempo ha respetado su belleza. Su piel empolvada, sus labios de color sangre, su perfume intenso. Como sus pechos. Los hombres del puerto se la envidian. En sus miradas se lee el deseo. Rebeca trata de imitar a los bailarines. Tanguea con torpeza en brazos de Guy, el hijo de Rouffiac, que este año los ha acompañado de vacaciones.

El lamento de Gardel da paso a los *pasodobles.* Moliner y su mujer giran sin descanso por la pista, sienta bien olvidar, tanto que Diego ni siquiera se acuerda de encenderse un cigarrillo. Cambia el ritmo. Un vals lento, mexicano. Un corrido, cantado por Pablo Escobar.

Moliner levanta la nariz del cuello de su mujer. Su mirada se cruza con otra. Con la que no debería.

Se le hace un nudo en el estómago.

Y, sin embargo, Moliner no es el típico que se lo haría en los pantalones. Pero el campo de batalla, el olor de los cadáveres en descomposición a cincuenta y siete grados bajo el sol, los bombarderos que matan tanto a los heridos como a los porteadores de camillas, y que destruyen los pozos, todo eso sigue ahí, así como la sed, la lengua hinchada por el polvo, los críos que lloran entre los escombros. Las balas silban por encima de sus cabezas, dejando una estela roja, como a cámara lenta en el cielo y en el aire humeante. Moliner ni siquiera sabe ya cómo consiguieron replegarse en las montañas. La tierra en la que rebota el pico está dura como un diamante. Los miserables terraplenes de piedras a modo de trincheras, el *tracatrá* de las ametralladoras, la lluvia de obuses que fracciona las piedras, cuyas esquirlas se incrustan en la carne de los hombres y en los sacos que supuestamente debían protegerlos. La carne tierna de doce mil de ellos, picada bien menuda. Aguantar, lo que se dice aguantar, aguantaron. Agarrados como ladillas a la sierra de Pàndols. Moliner no sabe cómo lo hicieron. Pero lo consiguió. Igual que pudo mear sobre su arma para enfriarla en el fragor de la batalla, aunque se moría de sed y soñaba con beberse su puñetero pis, hasta ese punto les faltaba el agua, hasta ese punto el calor recocía el odio en aquella olla infernal. El odio al de enfrente. El odio que los había sostenido, a él, a todos.

Una explosión sorda, una lluvia de restos de metal. El puente de Flix había volado detrás de ellos.

Ciento trece días de batalla. Para nada. Al final, setenta y cinco mil camaradas muertos.

Para nada, sí. La debacle. El frente del Ebro había quedado desintegrado. El capitán Moliner y el puñado de hombres que seguía siéndole fiel habían acabado engrosando las filas de los cuarenta mil prisioneros de la ofensiva nacional contra Tarragona. Nada más detenerlos, se los habían llevado a todos a la prisión militar de Barcelona, antes de juzgarlos por alta traición, en enero, poco antes de la caída de la ciudad.

Un frío húmedo, glacial. La gran sala, los techos altos. Los oficiales de la *auditoría de guerra,* en fila. Los cargos habían sido inmundos: alta traición. Y

ellos, ya derrotados, harapientos, sentados en bancos alineados unos detrás de otros, con la cabeza gacha, llenos de piojos.

Una ilusión de humanidad que había sido fácil barrer con la palma de la mano. Moliner había pensado en los compañeros, en todos los de la *retirada* que habían tenido la suerte de poder huir hacia Francia, con la esperanza de seguir desde allí la lucha. ¡Si los pobres hubiesen sabido! Hacía mucho que Francia los había abandonado.

El veredicto: «Las filas número uno, tres, cinco, siete...». Maldito gritón. Podría haberse contentado con decir «Las filas impares», incluso podrían haberlo echado a suertes, a fin de cuentas el resultado era el mismo.

«Condenados a muerte. Pena capital... se ejecutará... fusilamiento». Apenas si había oído las palabras. Las filas pares: «Pena de muerte conmutada en prisión perpetua». Al entrar en la sala, se había sentado al azar, en la tercera fila. Resultado: directo al pelotón. El azar. El puro azar. Con veintidós años, de pronto se había sentido como si tuviese cien.

Habían salido de la sala de audiencias en fila, rascando con los pies cansados las baldosas enceradas, cargando con sus harapos, con sus uniformes hechos jirones, que apenas los protegían del invierno. Se los habían llevado a Madrid. Los habían encerrado en cárceles que antaño eran las de la Inquisición. Celdas glaciales, en sótanos húmedos. Mazmorras. Amontonados. Ocho en cada celda. De pie todo el día. No había forma de sentarse. Dormían por turnos, agachados, con las manos apretadas alrededor de las rodillas.

Todas las mañanas, el carcelero iba a buscar a unos cuantos, para colocarlos delante de la pared.

Todas las mañanas, aquel hijo de puta gritaba los nombres de pila y siempre se las ingeniaba para hacer una pausa antes de decir los apellidos.

Todas las mañanas, los Joan, los Vicenç, los Miquel, con un nudo en el estómago, esperaban hasta que aquel imbécil terminase de croar sus apellidos. Y el muy cabrón hacía durar el placer: «Miquel... ¡Montt! Josep... ¡Portal!».

Todas las mañanas, el chasquido seco de las detonaciones. A veces, justo antes, un cántico, los primeros versos de un poema, pronto interrumpido por las ráfagas de disparos, por un grito.

Moliner nunca habla de la cárcel. Durante dos años, no pegó ojo ni una sola noche. Durante dos años, esperaba el alba, el matadero. Todas las mañanas, aparecía aquel cabrón. Algunos suplicaban, lloraban, la mayoría se iban farfullando algo en catalán, en vasco, en valenciano. Otros gritaban. Cantaban. *«El ejército del Ebro Rumba la rumba la rumba bam ... / Ay, Carmela, ay, Carmela...».*

Tras el paso del carcelero, Moliner se dormía al fin, con un sueño pesado, interrumpido por pesadillas, y solo el hambre lo despertaba. Iba a dormir así hasta su último día, para huir.

El malhumor crónico del capitán Moliner. La historia del pobre imbécil hambriento, que había recibido un paquete con un jabón al aceite de oliva. El muy idiota se lo había comido. ¡El muy cretino se había muerto con pompas

saliéndole por la boca! Un moribundo haciendo pompas de jabón. Para troncharse.

Cuando recibía paquetes de su hermana María, Moliner lo engullía todo de golpe. Podía ser su última comida. Se lo comía todo, sí, hasta ponerse enfermo. Y, cuando, al amanecer, el carcelero abría la puerta de su hedionda celda, cuando recorría con la mirada la masa informe de los ocho hombres amontonados en la paja, cuando llamaba a sus víctimas, cuando una de ellas se llamaba Diego, entonces el capitán Moliner, con la mirada fija en sus pies, también se cagaba en los pantalones.

Sin embargo, nunca había llegado su turno. Al cabo de dos años, le habían conmutado la pena en prisión perpetua.

Pero Diego Moliner no ha olvidado aquel miedo, ni el rostro ávido de aquel cabrón, sus mejillas demacradas, sus ojos hundidos. Nadie olvida al mensajero de la muerte.

Sus miradas se cruzan. Moliner aprieta un poco más a Gloria contra él y, como antaño, baja la vista. En las pupilas oscuras del otro no hay nada, no hay nadie. El muy hijo de puta no lo ha reconocido. ¿Cómo habría podido hacerlo? Si él no existía.

Gloria se aparta.

—¿Qué pasa? ¡Pero si estás temblando, caramba! ¿Has cogido frío? ¿Con este calor?

Con los puños apretados, plantado en medio de la pista, Moliner se esfuerza por contener la violencia que crece en él.

—No es nada. Quiero volver a casa. Ahora.

*

El fantasma de la derrota no solo atormentaba a papá. Estaba por todas partes y al mismo tiempo en ningún sitio. Millones de personas parecían sufrir amnesia. Nadie evocaba de manera abierta la guerra civil, salvo con alusiones veladas. Lo cual permitía a todo el mundo contestar a mis raras preguntas con un definitivo: «No puedes comprenderlo». Claro que no podía comprenderlo. Yo había nacido en 1949, Blanca me sacaba casi doce años, por no hablar de los otros miembros de la familia. Menos mal que estaba la madrina. En Valencia, pero eso ya te lo he contado, el orden moral impuesto por Franco y la Iglesia obligaba a las mujeres y los niños a bañarse separados de los hombres por enrejados de bambú. Íbamos a nadar con la madrina, que vivía en la ciudad, y hacíamos el muerto en medio de viudas vestidas de negro. Una vez nos habló de las playas naturistas del verano del 36. Según ella, allí el amor libre era la regla. ¡Increíble!

El verano español se estiraba, interminable, en el calor y la pesadez de mis catorce años largos, de ese cuerpo con el que aún no sabía qué hacer. Me

pasaba días enteros en la oscuridad de mi cuarto, resguardada de las miradas, en nuestra casita junto al mar, y leía, leía. Para aquellas vacaciones interminables, tenía la previsión de llevarme de Francia todo lo que caía en mis manos. Todo. Leía para doblegar aquella ortografía torpe, aquella gramática que me costaba acatar. Escribía poemas exaltados, malditos. Por fuerza malditos, a mi edad. Sobre todo, malos, al releerlos. Tan solo hacía una breve aparición al amanecer, cuando cruzaba la playa para ir a darme un baño y luego regresaba a encerrarme como un vampiro hasta el crepúsculo, indiferente a las libaciones de los adultos, que encadenaban paella tras paella en comilonas con incontables comensales. ¡Quería crecer! Ser libre. Adulta. Marcharme. Huir. ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Rápido!

Blanca ya tenía veintiséis años. Mamá empezaba a desesperarse. ¿Cuántas veces la oí decirle a papá en presencia de ella: «¡Menuda carga! No me libraré de ella en la vida»? Mi hermana hacía como que no la oía. Después de la escuela de costura a la que mamá la había obligado a entrar y en contra de la opinión de sus profesores, que creían que tenía futuro en el campo del vestuario teatral, Blanca se puso a trabajar en el taller. Sería casi imposible imaginar a una mujer más hermosa que ella. La melena le caía hasta las nalgas, enmarcando su silueta de bailarina. Volvía locos a los chicos, te juro que cuando la miraban la lengua les arrastraba por el suelo, pero ella era indiferente a su encanto. Pese a los esfuerzos de mamá por encontrarle marido, seguía viviendo en casa, en la buhardilla, y pasaba los veranos con nosotros.

Como a todos los niños, el mar y la playa me habían fascinado. La adolescente en la que me había convertido era consciente del contraste, de la crasa miseria de aquel país en el que los turistas extranjeros se bronceaban por cuatro cuartos. Yo ya no soportaba que nadie me dijese que era española. Rechazaba mis orígenes. Resultaba sencillo: era pelirroja y no tenía nada de acento. Quería fundirme en la muchedumbre opulenta de franceses, belgas, alemanes. La España de aquellos años, la España de Franco, no era otra cosa que un país del tercer mundo: una nevera en Zaragoza, otra en Sevilla, y punto y aparte. Un país insalubre. Un verano, hubo incluso una epidemia de cólera. Por culpa del agua. Un agua salobre, imposible de beber. Había que lavarse las manos constantemente. Yo me pillé una gastroenteritis. Benigna. Pero mamá se puso completamente histérica. Se puso a berrear que era el cólera, que iba a morirme, que iba a perderme igual que a Soledad, que era incapaz de mantener a nadie con vida. Blanca se encogió de hombros diciendo que no era nada, que, una vez más, era culpa mía, que me habría olvidado de lavarme las manos antes de comer. Tenía razón. Dos días después, estaba curada.

¡Ah, España, con sus epidemias, sus ejecuciones con garrote, su polvorienta miseria!

España, que pesaba tanto como mi adolescencia.

*

Desde que la abuela me confió la caja de zapatos, la mirada de mamá se detenía en mí. Como si acechase algo, algo que no se atrevía a formular.

Un día estábamos las dos pelando boniatos, a finales de aquel verano, cuando ella abrió la boca e hizo una larga inspiración. Pero no salió ningún sonido.

—¿Qué? —le pregunté.

—No, nada.

Se levantó con brusquedad, se secó las manos en el delantal y se fue a barrer las hojas secas de los eucaliptos del jardín. Fue la única vez, la única, en que estuvo a punto de hablarme, de contarme la verdad. O, mejor dicho, *su* verdad.

El peso del silencio se hizo tan insoportable entre nosotras que, cuando volvimos en septiembre, me decidí, por doloroso que fuese, a hacer una nueva incursión en aquella dichosa caja de zapatos que esperaba bajo mi cama. No fue un éxito, que digamos.

Al menos, conseguí descifrar un segundo telegrama, un poco más antiguo que el precedente. Estaba fechado el 11 de septiembre de 1949: «Una niña. Ha nacido bien. Soli». Seis palabras, lacónicas, que me dejaron devastada. No preguntar, no saber, tal era el frágil consenso sobre el que reposaba el equilibrio de nuestra pequeña familia. Un equilibrio que la abuela me había empujado a romper. La *niña* era yo, por supuesto.

Aguanté dos minutos antes de derrumbarme. La verdad resultaba demasiado dolorosa, era un fardo demasiado pesado para mis apenas quince años. La caja regresó a su lugar bajo la cama. La vieja caja de cartón gris, que aún conservaba un par de bolas de algodón apretado, amarillento, en el fondo. A fin de cuentas, mamá tenía razón. Más valía no saber.

La abuela se dio cuenta de que yo no era capaz de leer el contenido de la caja. Que eso me reconcomía. Apenas si conseguía respirar. Tenía un nudo enorme en la garganta. Ella no decía nada, no podía hacer más que yo. Resultaba demasiado doloroso, ahora lo sé. Nos mirábamos desde el fondo de nuestros sufrimientos respectivos. Yo les tenía tanto miedo a aquellas cartas. Me daban tanto asco.

Si terminé haciéndole la pregunta, dos meses después, fue sobre todo por cobardía. Sabía que un día u otro volvería a abrir la caja, pero más adelante. Aún era demasiado pronto para mí.

Una de aquellas desesperantes tardes de otoño moría poco a poco. Ya sabes, de esas veces en que tenemos la impresión de que todo va sumiéndose en la noche, cuando el crepúsculo tiene un regusto a muerte, incluso para alguien que acaba de cumplir quince años. Sobre todo para alguien que acaba

de cumplir quince años.

—Abuela, aparte de los telegramas, ¿qué hay en la caja? —conseguí al fin preguntar separando con dificultad las mandíbulas.

Ella se salió por la tangente. Dijo:

—Es la caja en la que está Soledad.

—Ya lo sé, abuela, es la caja en la que guardaste el correo que anunciaba...

Tomé aliento. No acertaba a decirlo. *Su muerte.*

La abuela me ayudó.

—No, no sabes nada, pequeña —susurró—. Es la caja donde realmente metimos a Soledad.

Y, como yo seguía sin comprender, ella empezó a contarme cómo, cuando nació, la colocaron en la caja de zapatos encima de algodones para mantenerla caliente, porque había nacido tan prematura que todo el mundo pensó que se iba a morir. La abuela nunca había sido capaz de separarse de aquella caja. La había seguido por todas partes, había atravesado los tiempos y las adversidades. Al final, había acabado por guardar en ella las cartas de Soledad. La caja había pasado de ser cuna a convertirse en tumba.

Desde luego, aquello no me ayudaba a leer las cartas. Al contrario.

La abuela colocó una mano arrugada, de piel traslúcida, sobre mi mano, dándole golpecitos sin decir nada más mientras, de nuevo, los ojos se me llenaban de lágrimas.

---

17. En Francia, *la classe de cinquième* o quinto curso es el segundo año del primer ciclo de la secundaria (en la que los cursos se van numerando en orden decreciente). Se inicia en torno a los doce años. *(N. de la T.)*

18. Rebeca confunde el género de la palabra *escalier* (escalera), que en español tiene género femenino, mientras que en francés es masculino. *(N. de la T.)*

19. Aceite, uña, escalera, sal, pimienta. De nuevo, Rebeca confunde el género de estas palabras y les da el que tienen en español. *(N. de la T.)*

20. En Francia, último curso del primer ciclo de la secundaria, que se inicia sobre los catorce años. *(N. de la T.)*

28

Aquella sensación de estar dándome de cabezazos contra las paredes se hacía insoportable. Si a alguien admiraba en mi familia, era a Blanca. Lo tenía todo, la belleza, la inteligencia. Supongo que necesitaba que alguien que no fuese la abuela me hablase de Soledad. Por desgracia, los doce años que nos separaban a veces hacían a mi hermana inaccesible para mí. No obstante, había supuesto que a ella sí que podría preguntarle quién era en realidad mi madre. Aquel día, ella me había llevado a visitar el Museo de Artes y Oficios. Nos detuvimos bajo el avión de Clément Ader. Cuando le hice la pregunta, el rostro de mi hermana se ensombreció de pronto. Rehuyó mi mirada y se limitó a contestar, hablando a toda velocidad, que Soledad leía mucho, y que papá y ella a veces se peleaban por cosas de política, y enseguida se atrincheró en el silencio. Continuamos la visita como si no hubiese pasado nada. Desde luego, no iba a preguntarle si nuestro padre se acostaba con Soledad.

Blanca acabó por casarse.

Yo ni siquiera entendía qué hacía aún en casa. También mamá estaba empezando a desesperarse cuando Yves, el hijo del vecino del primero, rompió su compromiso. Yves tenía tres años menos que Blanca. Había adquirido la costumbre de metérsenos en casa para hojear los tebeos que me compraba papá. En cierto modo, todos habíamos crecido juntos, guardando, no obstante, cierta distancia, ya que nuestros padres no se mezclaban con aquella familia de franceses medios y yo solía ir con Martine.

Estoy convencida de que Yves se aburría en su casa. Empezó a llevar a Blanca al cine de Porte des Lilas y a veces yo los acompañaba.

*

Ahora hay tres máquinas de coser en el pequeño apartamento-taller. Colocadas unas junto a otras, como los coches en la línea de salida de una carrera. El *tracatrá* es ensordecedor. Gloria levanta la cabeza inocentemente.

—Blanca...

El pie de Blanca se separa del pedal.

—¿Qué?

—Últimamente Yves se pasa la vida aquí, ¿no?

Blanca se encoge de hombros. Hace ademán de volver a poner el pie en el pedal. Diego sigue con la nariz metida en la máquina. No ha dejado de coser. Cosas de mujeres. Mejor no meterse.

Gloria insiste:

—¿Te corteja?

Blanca levanta la vista hacia el techo.

—¡Mamá! ¡Por favor!

—¿Qué? ¿No te gusta?

De nuevo, Blanca se encoge de hombros.

—Es majo.

—Todas las chicas del barrio llevan mucho tiempo casadas. Te recuerdo que se te está pasando el arroz. Como sigas así, *vas a quedarte para vestir santos.*

Blanca ni siquiera se molesta en contestar. Acciona el pedal.

La mirada de Gloria le pesa en la nuca.

—No irás a quedarte aquí toda la vida, ¿no? Además, a tu edad, dentro de poco ya nadie te querrá... Con tus labios gruesos y tu risa de caballo. Ya has esperado demasiado. De haberlo querido, en España...

—¡Mamá!

*

Blanca terminó por aceptar casarse con Yves a finales del año 64. Creo que podría haber sido cualquier otro, que habría obedecido a mamá. En realidad, echando la vista atrás, creo que no tenía ninguna gana de casarse, ni con Yves ni con ningún otro. Ninguna gana de irse de casa. Fue mamá quien la echó. La ceremonia fue sencilla. Después del banquete, Blanca terminó de hacer las maletas y se fue a vivir con Yves en un pequeño estudio situado al final de un callejón de adoquines descoyuntados. No demasiado lejos de casa, para seguir trabajando con papá y mamá... Al cabo de unos meses, se mudaron al departamento de Gard. Yves había encontrado trabajo en Électricité de France, en Alès. No me lo esperaba, pero la marcha de Blanca me dejó un vacío enorme. Creo que fue a partir de ese momento cuando realmente se abrió el abismo que nos separaba. Resultaba extraño encontrarme sola con la abuela en la buhardilla, con aquella dichosa caja de zapatos en medio. No podía evitar imaginarme a Soledad, un minúsculo bebé prematuro, allí dormida, acurrucada en las bolas de algodón como un gatito. ¡Qué horror!

La abuela había comprendido que no estaba preparada para leer el contenido de la caja. Si se sentía decepcionada, no lo mostraba, pero yo no podía evitar sentirme culpable. Me había confiado algo de gran valor para ella y yo no hacía nada con ello. A la vergüenza de lo que era yo, de lo que éramos

nosotros, empezaron a sumarse la frustración y la ira. Sabía que mamá sabía que yo sabía y, peor aún, papá también, seguramente. Y la abuela, que, enfrentada a mi cobardía, ¡no se atrevía a decir nada! En resumidas cuentas, en casa todo el mundo lo sabía, pero nadie, empezando por mí, hablaba. Yo me daba de cabezazos contra la pared. Blanca me había abandonado y yo tenía la impresión de estar muriendo a fuego lento.

Arrastraba mi melancolía como si fuese una bola de hierro sujeta a mi pie. Por ello, concentré todas mis energías en la preparación de la segunda parte del examen de bachillerato21. El año anterior había aprobado, a base de esfuerzo, todas las pruebas de la primera parte y ahora, en el último curso del instituto, disfrutaba enormemente en las clases de filosofía, descubriendo a Platón y a Kant, sin olvidar a Sartre y a Marx, porque mi profe era de izquierdas. Todo un mundo. Había tomado una decisión: después del instituto, iría a la facultad de letras. Y, después, me dedicaría al teatro. Quizá.

Papá disertaba sin parar con sus amigos sobre la desaparición del Che Guevara, del que nadie sabía qué había sido. Los rumores lo situaban en Vietnam, combatiendo junto al tío Ho, encerrado en un manicomio cubano, donde se habría vuelto loco o habría muerto, eliminado por Fidel. Tonterías, respondía papá, que sí que sabía dónde se escondía: en los Pirineos españoles. Sí, en la más absoluta clandestinidad, el Che tramaba una revolución en España, preparando el derrocamiento de Franco. Ya, claro. Yo no soportaba más sus divagaciones.

Un hombrecillo se había incorporado a la pandilla. Faustino Caracedo solo tenía veinte años cuando se habían conocido en el 37, en la pista del aeródromo militar de Barcelona. Críos. No eran más que unos críos. Apenas tenían dos años más que yo y ya estaban dando caza a los Messerschmitt por el cielo, pilotando bombarderos. Inimaginable para mí, que los veía viejos. Viejos y deshechos, esperando con cobardía que las siguientes generaciones los vengasen.

Un día no pude más y se lo dije directamente a Caracedo, interrumpiéndolo en medio de un monólogo. Dejó pasar a todo un rebaño de ángeles asustados que huían revoloteando y me observó un buen rato antes de contestar:

—Cuando se tiene veinte años, no se va a morir nunca, Rebeca. Sencillamente, se es inmortal.

Caracedo nunca evitaba el diálogo. Creo que, por alguna razón que se me escapaba, yo había suscitado el interés de aquel intelectual atormentado, de aspecto delicado, que disfrutaba con la ruda compañía de papá y sus camaradas.

Faustino Caracedo venía de una familia de *señoritos,* de pequeños propietarios de tierras en el interior de Valencia. Siendo anarquista, había convencido a su padre para que colectivizase todas las propiedades familiares y la familia entera se había unido a la *comarca* de Montesinos, en la *secona.* Pero no se había detenido ahí. También se había metido en la aviación. A los

cuatro días de cumplir veinte años, lo ascendieron a comandante de su flotilla de bombarderos. Había soltado toneladas de bombas sobre las carreteras y las tropas enemigas, escapando en más de una ocasión al furor de los cazas italianos Fiat gracias a la providencial intervención de los *chatos*. Todos sabían que la conflagración mundial era tan inminente como inevitable. En enero del 39, cuando cayó Barcelona, Caracedo había despegado a la cabeza de su flotilla, con rumbo a Argel. Allí, se había puesto a disposición del ejército francés con sus hombres y su armamento, sin haber perdido ni un solo avión en toda la guerra civil y sin dudar por un segundo que serían útiles en la dura contienda que se avecinaba.

Por toda respuesta, el estado mayor tricolor les había confiscado los bombarderos y los había desarmado, para después mandar a los pilotos a cavar arena en medio del desierto para colocar los raíles del Transahariano. «Si unos misioneros protestantes no nos hubiesen dado mantas y comida, estaríamos todos muertos por culpa de los franceses», me confió Caracedo un día que yo me indignaba al oírlos criticar la patria que nos había acogido con tanta generosidad.

Tras el desembarco de los aliados en el 42, en Argel había conocido a Leïla, una mujer cabilia de una gran belleza, con la que finalmente se había casado. Habían emigrado juntos a París, justo después de la independencia de Argelia. La guerra civil española había interrumpido sus estudios de arquitectura. Una vez en Francia, los terminó y después abrió su propio despacho. Decepcionado, amargado, se había refugiado en la espiritualidad oriental y solo juraba por Krishnamurti. ¡Sin duda Caracedo era el sabio más torturado e inquieto que ha habido sobre la faz de la tierra! Desde luego, no reconocía ni Dios ni amo, pero afirmaba que la dimensión metafísica del ser humano era innegable. Según él, nadie debía seguir a otro gurú que a sí mismo.

Empezó a frecuentar con asiduidad la pandilla de Les Lilas y, contra toda expectativa, papá, el taciturno, se hizo amigo de aquel hombre con incontinencia verbal. Creo que, de todas formas, estaba celoso de nuestra relación exclusiva, a juzgar por cómo se iba refunfuñando a echarse la siesta cada vez que nos enfrascábamos en una conversación apasionada.

Un día, por fin, me desahogué. No aguantaba más las historias de aquella familia imposible. No quería saber nada más de ellos, ni de mí misma, no quería oír nada más, y se lo confesé a Faustino Carracedo.

—A tu edad, se aspira ante todo a tener la Historia por delante, no por detrás —me contestó—. La memoria está bien para los viejos que la pierden.

Aquella frase iba a hacerla mía, ¡ah, sí! Pero quizá no como él se imaginaba. No, si hacía falta, iba a fabricarme mi propia historia. Todas sus piezas. Ya que todo el mundo mentía, ya que aquella era la familia de la negación, ya que nadie quería saber nada de nada, ¿por qué iba yo a ser distinta de los demás? No saber nada, vivir en paz, eso era lo que quería. Ser otra. ¡Librarme del insoportable fardo! Y lo sentía por la abuela, pero también

ella representaba el pasado. Yo, en cambio, era el futuro, Caracedo tenía razón. Al menos él me comprendía.

*

Habían transcurrido cerca de tres años. El otoño de 1967 se aproximaba a grandes pasos. Aquel otoño... ¡Cómo lo recuerdo! La melancolía de Les Lilas. Y también el carné de conducir, por fin, ¡un pasaporte a la libertad! Papá debía haberse dado cuenta de mi tristeza crónica, así que me había matriculado en la autoescuela. Para él, las chicas conducían, trabajaban. No dependían de un hombre. Pues sí, papá era un feminista adelantado a su tiempo. Rompí mi hucha y empleé en ello todo el dinero ganado cosiendo dobladillos.

Y luego llegaron los oros de la Sorbona, cuyas puertas me abrieron mis brillantes resultados en el examen de bachillerato (¡sobre todo en francés, a fuerza de leer y trabajar!). No me lo creía ni yo. ¡Y papá! ¡No te puedes imaginar lo orgulloso que estaba! La Sorbona... Bueno, en realidad hay que reconocer que allí yo no encajaba demasiado bien. No conocía a nadie. Y la mayoría de los estudiantes que me cruzaba eran niños ricos. Así que vuelta a empezar: de nuevo, la tristeza. Bien disimulada bajo una gruesa capa de orgullo, en cualquier caso. Me ponía en bucle la canción de Bardot: *«Sur la plage abandonnée...»*[22]. Leía y releía a Baudelaire, mi preferido, arrastrando mi nostalgia como correspondía a una parisina de mi edad. Los estudiantes de la facultad de letras estaban politizados hasta la médula. De creer sus palabras, parecería que la revolución era cosa de unos días. O, mejor dicho, de la primavera siguiente.

---

21. Hasta 1963, el *baccalauréat,* el examen necesario para obtener el título de bachiller y poder acceder a la universidad, se componía de dos partes. La primera parte era requisito obligatorio para poder pasar al último curso *(terminale)*, al final del cual se realizaba la segunda, que daba acceso a los estudios superiores. *(N. de la T.)*

22. «En la playa abandonada...», primer verso de la canción «La Madrague», de Jean-Max Rivière y Gérad Bourgeois, interpretada por Brigitte Bardot. *(N. de la T.)*

29

Estábamos todos reunidos en el comedor-taller de la casa de Les Lilas. Faustino Caracedo hablaba de la Guerra Civil. Se acercaba mayo del 68. Aún no sabíamos nada, pero los movimientos de huelga ya perturbaban la Sorbona y Nanterre. Quizá para suscitar el interés de Caracedo y para hacerme interesante a sus ojos, declaré que aquello no me concernía. Me miró un buen rato antes de contestar, con un francés impecable, sin el menor rastro de acento:

—El mismo día que empuñamos un arma, el mismo día que aceptamos ponernos un uniforme, acatar órdenes, el mismo día en que entramos en el ejército regular, Rebeca, habíamos perdido. Aunque hubiésemos ganado, habríamos perdido. Porque nuestra utopía murió con la violencia, ¿lo entiendes, *nena*? Conque, si hay una revolución, no triunfará.

Le temblaba ligeramente la mano. Sentado en su butaca, papá lo escuchaba fumando, con los dedos amarillentos por causa de los Ducados y los Celtas. Escuchaba. Asentía. La utopía iniciada en el 36 consistía en dar a cada uno lo que necesitaba —prosiguió Faustino Caracedo—. Nadie decidía por nadie. Eran tan ingenuos que ni siquiera obligaron a los pequeños propietarios a soltar su pedazo de tierra, se creían que acabarían por seguir su ejemplo. Creían que bastaba con eso. Claro que querían resistir a los fascistas, pero al principio su lucha no era violenta.

Mamá no lo dejó seguir hablando mucho más. Colocó sobre la mesa la bandeja que llevaba en las manos. Las tazas de pírex llenas de café negro humeaban.

—¿Y lo de los curas y las monjas no fue violento, Faustino?

Esa manía de mamá de meterse en todas las conversaciones, de querer ser siempre el centro de atención, todavía me saca de quicio.

De todas formas, Faustino era incapaz de conservar la calma durante mucho tiempo. Respondió gesticulando que en todas las revoluciones había extravíos, que matar curas no tenía nada de glorioso, desde luego, pero que aquellos actos los habían cometido irresponsables, personas encolerizadas. Pobres desgraciados, enfurecidos al verse abandonados por los religiosos, que habían renunciado a los valores de los primeros cristianos. Además —les espetó—, los franquistas también habían matado curas. Él había soltado obuses sobre carreteras y casas. Entonces, no se había dado cuenta de nada. Cuando después, mucho tiempo después, había descubierto lo que hacían las

bombas al caer sobre las viviendas y explotar, se había sentido horrorizado. —Ya tranquilo, se miraba las manos abiertas. Al cabo de un momento, añadió con voz débil—: Estas manos han matado gente, pequeña. Gente a la que ni siquiera conocía. He matado a seres humanos, que tenían padres, madres que los querían, esposas o maridos que los lloraron. Y da igual que fueran franquistas, también eran personas. Puede que incluso haya matado a niños, ¿quién sabe? ¡Así es la guerra! Así es la revolución. Eso me quita el sueño. Tengo pesadillas constantemente.

Dicho esto, Caracedo se reclinó en la butaca. Su mirada se perdió por la ventana, en la contemplación de un lilo de verano que había crecido en el intersticio entre los adoquines descoyuntados del patio. Los racimos de flores de color malva se balanceaban perezosamente ante el cristal. Observaba el gracioso baile de las mariposas congregadas en torno al arbusto. Suspiré, me levanté y me lancé a la calle. ¡Aire!

*

Hoy me gustaría poder decir que participé de forma activa en mayo del 68. Me gustaría mucho, pero no. Fue justo al revés, aunque a veces miento al respecto. Me perseguía la visión de mi familia en su cuchitril de Les Lilas, de los míos expulsados, vencidos, torturados, ejecutados, encarcelados, los Soler, los Moliner y otros como ellos. El miedo, la ira y la frustración corrían por mis venas. Había nacido con ese miedo, había crecido con él. Llenaba mis genes. Por la noche, en la buhardilla, escuchaba Radio Luxemburgo en mi pequeño transistor a pilas. Los fascistas amenazaban con atacar Nanterre, los agentes de las Compañías Republicanas de Seguridad lo hicieron y los estudiantes repelieron el ataque desde los tejados de la universidad. Yo me sentía segura en mi cama, cerca de la abuela y sus ronquidos. Su respiración regular, cuando dormía, tenía la virtud de calmarme.

30

El país estaba paralizado por las huelgas. Yo me levantaba tarde e invariablemente me encontraba a mamá atravesada en mi camino. O, mejor dicho, la rodeaba cuando iba a la cocina a calentar agua para un té, mientras ella me observaba, en silencio, con los ojos aún enrojecidos por haber pasado la noche despierta escuchando la radio.

France Inter daba las últimas noticias de una manifestación que acababa. El alba había despuntado sobre los últimos altercados en Boul'Mich23. Un paisaje de guerra.

Papá se encendió un cigarrillo. Fui a darle un beso.

—Duermes mucho últimamente, *nena.* ¿Estás bien?

No contesté. Eché agua hirviendo en la tetera. Él dejó pasar un silencio, dio una calada, expulsó el humo por la nariz y contestó en mi lugar: —Haces bien en quedarte aquí. Siempre que alguien de esta familia se ha metido en política, la cosa ha acabado mal. Y esta vez no va a ser de otro modo. Quédate al margen, *nena.* Acaba tus estudios, búscate un trabajo, las mujeres tienen que trabajar, emanciparse. Pero también has de casarte.

Pegué un respingo, herida en mi amor propio. ¡Que me casase! Solo me faltaba eso. ¡No iba a hacer conmigo lo que mamá con Blanca! Pues sí... Me parecía que no estaba en buena posición para darme lecciones. Tuve que morderme la lengua para no echarle en cara sus vilezas y me contenté con una respuesta cargada de insinuaciones: —Papá, ¿y eso me lo dices tú?

—Sí, *nena,* te lo digo yo. Porque sé mejor que nadie lo que me costó haber querido hacer la revolución. Caracedo tiene razón. Perdimos, sí, pero de todas formas ya habíamos perdido desde el principio.

¿Qué podía decir yo? Papá aplastó la colilla y se encendió otro Gauloises, como para mantener cierta compostura.

—Rebeca, tú has sido nuestra princesita, siempre has hecho lo que has querido. Tu hermana se ha casado, ella... Ella no ha estado tan consentida como tú.

—Papá, yo no quiero la vida de mi hermana.

—Tu hermana va a tener un bebé.

Blanca ni siquiera me había hablado de ello. Me sentí traicionada.

—¿Por qué no me ha dicho nada? —pregunté.

—¿Cuándo te interesaste por ella por última vez? —contestó papá mirándome a través de una nube de humo.

No iba a poder conmigo. Le sostuve la mirada.

—Deberías estar contento. La juventud está haciendo la revolución que vosotros no conseguisteis hacer. Y, sí, lo has adivinado: tengo miedo. Tú del miedo sabes un rato largo, ¿no?

Él encajó el golpe. Empate. Cambié de tema.

—¿Para cuándo es el bebé de Blanca?

Entonces, esbozó una sonrisa.

—Para finales de año. Para diciembre.

Tomé impulso antes de decir:

—No quiero pasar el resto de mi existencia aburrida, diciéndome que he dejado pasar de largo la vida.

Me observó con una mirada triste, infinitamente triste y cansada. Luego suspiró. Yo no salía de mi asombro. Ni siquiera sentía verdadero alivio al verme enclaustrada mientras el país entero estaba en la calle. Solo quería que me casase. Pero ¿con quién?

*

Me pasé el día dando vueltas en mi buhardilla.

En varias ocasiones me agaché junto a la cama, saqué la maldita caja de zapatos y me la coloqué en las rodillas sin levantar la tapa. Me contentaba con acariciar el cartón ajado, con lágrimas en los ojos. Era incapaz de ir más allá. Acabé por renunciar y me quedé así, acunando la caja y canturreando.

Al final, por la tarde, reconocí los pasos cansados de la abuela en la escalera. A toda prisa, volví a meter la caja debajo de la cama. Desde el umbral, ella me observaba con atención.

—Pequeña, tú no estás bien. ¿Qué te pasa?

—Nada, abuela. Nada de nada.

—Ahora te pareces mucho a Soli, ¿sabes? Cuando te miro, tengo la impresión de verla a ella.

Yo agaché la cabeza.

—Abuela...

—¿Sí?

—Me gustaría hacer una cosa. Pero tengo miedo. No lo consigo.

La abuela avanzó por la pequeña habitación patinando sobre sus suelas de fieltro y se sentó a mi lado.

—¿Es la caja? —me preguntó.

Yo tartamudeé:

—Abuela, me siento cobarde.

Una sonrisa resquebrajó sus mejillas gastadas.

—Yo creo que nunca le tuve miedo a nada. O casi. Ya sabes, mi padre era cura. ¡Es aún peor! Y yo también fui adoptada.

Recuerdo haber pensado que había sido precisamente por eso por lo que me había dado la caja de zapatos. Pero ese pensamiento no me hizo sentir mejor.

---

23. Nombre con el que se conoce popularmente el boulevard Saint-Michel, en París. Por su cercanía con la universidad de la Sorbona, en mayo del 68 fue un lugar habitual de enfrentamientos entre la policía y los estudiantes. *(N. de la T.)*

31

Pierre estaba en el último curso en el instituto Henri-IV y era más joven que yo. Nos habíamos conocido en un bar que había enfrente del instituto, La Tartine. Pierre era bastante guapo, a su manera. Recuerdo que la primera vez que lo vi llevaba un chaquetón de paño de color azul marino y unos vaqueros de campana. Alto, delgado, gafotas, pelo rubio, un poco largo, cortado al estilo de los Rolling Stones, con pinta de estar un poco perdido (como yo, seguramente) y el rostro tapado por una bufanda demasiado grande. Sus padres vivían en el barrio de Le Marais. Por aquel entonces, no era más que un amontonamiento negruzco de cuchitriles, talleres de costura y pequeñas empresas de confección que subcontrataban a papá y a mamá para que les hiciesen trabajos por encargo. Yo iba a menudo a entregar vestidos y me quedaba fascinada por las fachadas carcomidas de los palacetes. El lujo sumido en el abandono... Con Pierre me sentía un poco menos fuera de lugar. Bebíamos café sorbito a sorbito en los bares de la zona, hasta que nos daban palpitaciones y las mandíbulas se nos contraían. Como estábamos sin blanca, hacíamos durar nuestras consumiciones durante horas y horas, lo cual enfurecía a los camareros.

*

Los repartidores acodados en la barra, el serrín desperdigado por el suelo. El viento de octubre que azota el escaparate del bar e infla su toldo. Los efluvios de nicotina que impregnan las paredes cubiertas de mugre. El velador de mármol. Rebeca y Pierre, cara a cara frente a su taza de color verde oscuro, donde termina de enfriarse un culín de café.

Rebeca remueve el líquido mecánicamente con la cuchara. Sin mirar a Pierre, pregunta: —¿Tu madre trabaja?

Pierre se limpia las gafas.

—Es contable. Y mi padre es ingeniero, si te interesa.

—Ah, vale.

El chirrido del metal de la cucharilla al rozar el borde de porcelana.

—Para, Rebeca, que me hace daño en los oídos.

—Perdón.

—¿Y tus padres a qué se dedican?

Rebeca vuelve a remover, un cuarto de vuelta, antes de darse cuenta de lo que está haciendo. Interrumpe el gesto. Contesta, con la mirada gacha, fija en el mármol manchado, agrietado.

—Mi madre es secretaria de dirección. En... En Knoll. Ya sabes, la tienda de muebles del boulevard Saint-Germain.

Se muerde el labio inferior.

—Y mi padre...

—¿Sí?

—Tiene un taller.

—¿Un taller? ¿Y dónde?

—En Saint-Mandé, cerca del Bois de Vincennes. Allí es donde nací yo.

Ha contestado muy rápido. Retuerce la cucharilla.

—Saint-Mandé, qué elegante. ¿De dónde viene Moliner?

—Se dice Moliné, no Moliner.

—Ah, perdón...

—Viene de... Del sur de Francia. Quiere decir *molinero.* Puede que mis ancestros fueran molineros. Mis abuelos vivían cerca de Narbona.

—No tienes acento.

—Ya te he dicho que nací en Saint-Mandé. ¿Y si hablamos un poco de ti?

—Oye, que la cucharilla no te ha hecho nada.

Ella deposita la cucharilla, completamente retorcida, en el platillo.

*

Lo que es hablar, hablábamos. A los chicos les encanta que los escuchen. A mí más que nada me parecía mono, y su verborrea me distraía de mis obsesiones familiares. Pero no conseguía interesarme verdaderamente por él. Tenía la cabeza en otra parte. Incapaz de solucionar mis problemas o siquiera de afrontarlos, me sentía fatal en mi piel y trataba de disimularlo haciendo gala de una seguridad que a veces rozaba la presunción. Todos los días me inventaba una anécdota nueva. Por ejemplo, que teníamos una segunda vivienda junto al mar, en Cavalaire, en el departamento de Var. Al fin y al cabo, solo era una mentira a medias. Fornet de Mar no estaba en la Costa Azul, pero igualmente se encontraba en el Mediterráneo. Incluso le conté que papá acababa de comprarle un pequeño MG a mamá. Pierre acabó por tacharme de burguesa. Nada podría haberme complacido más.

Coqueteábamos durante horas, hasta quedar completamente congestionados. Estábamos que no aguantábamos más, desde luego, pero sin la píldora no se nos pasaba por la cabeza.

Fue una de aquellas interminables tardes que pasábamos en su cuarto, en

ausencia de sus padres, cuando Pierre me sugirió que visitase a la madre de un amigo suyo, que era ginecóloga. Si de verdad yo quería, me recetaría anticonceptivos sin decírselo a mi familia.

Tras visitar a la señora, solo me quedaba esperar a la regla para empezar a tomarme aquella cosa, que guardaba bien escondida bajo un montón de jerséis en el cajón de mi cómoda.

La primera vez que vi a Pierre con el torso desnudo, me fijé en una extraña joya de plata que llevaba colgada del cuello con una larga cadena. Era una especie de maza con el asa corta.

Cuando le pregunté de qué se trataba, me contestó: —Es el martillo de Thor, el arma más poderosa de la mitología vikinga.

Yo sabía que Thor era un dios nórdico. Lo que en cambio no sabía y él me enseñó, era que el martillo constituía un símbolo germánico de la extrema derecha. Pierre sentía pasión por la política y soñaba con tiempos nuevos. En realidad, no creo que nunca fuese fascista. Creo que sobre todo coqueteaba con la idea, como otros coqueteaban con el anarquismo. Era ante todo un anticomunista feroz. Pierre iba a convertirse también en un arma de mi ira. Vergüenza por vergüenza, estaba dispuesta a renegar de todo.

Me decidí el día que él desenmascaró mi impostura.

*

Yo había salido a hacer un par de recados para mamá. No recuerdo con precisión cómo se desarrolló el resto de aquel día siniestro, pero lo que sí conservo en la memoria, en cambio, fue el estornudo que me hizo alzar la cabeza al doblar la esquina de nuestra calle. Con las manos en los bolsillos, vi la silueta alargada, encorvada, de Pierre paseando de un lado a otro delante de la puerta de nuestro edificio.

—¿Pierre? Pero ¿qué haces aquí?

Me fijé en que llevaba un esparadrapo toscamente enrollado en una de las patillas de las gafas.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te has pegado con alguien?

—Hemos cargado contra una manifestación de izquierdistas en el Barrio Latino. Llevaban mucha seguridad, pero de todas formas conseguí escapar. Llevo días buscándote.

Entre nosotros se hizo un silencio incómodo. Yo no tenía ninguna gana de que mamá o papá nos descubriesen.

Me lo llevé hacia el fuerte de Romainville. Él se había metido los puños hasta el fondo de la chaqueta. Tras recorrer unos cien metros, le dio una patada llena de rabia a una piedra y se detuvo, mirándome fijamente.

—Rebeca Moliner es una mentirosa. Me dije: «Bueno, si su padre tiene

un garaje en Saint-Mandé, entonces estará en el anuario Bottin». Pero no hay ningún Moliner dueño de un garaje en Saint-Mandé. Entonces, busqué Moliner en los alrededores y no me costó mucho encontrarte. Conque vives aquí, ¿eh?

Yo asentí, avergonzada. Él se acercó a mí.

—¿Por qué me mentiste?

Contesté que no lo sabía. Aún no había llegado al punto de poder explicarle el miedo, la ira, la vergüenza. No quería justificarme. Me limité a explicarle que mis padres eran emigrantes españoles. Que odiaba ese legado. Que quería huir de él.

Pierre me abrazó.

—Venga, ven, no tengas miedo. No te guardo rencor.

*

Nunca podré olvidar el día que lo llevé a casa.

Papá, mamá y la abuela, sentados en el comedor. Habían colocado los vestidos y los retales amontonados contra la pared y habían apartado las máquinas de coser para dejar sitio a la mesa, que ya estaba puesta. Mamá había preparado un ragú. Había intentado cocinar a la francesa. Al menos Pierre parecía de buena familia, se decía. Me daba la impresión de oírla pensar. La abuela no soltaba prenda, tanto más cuanto que la conversación se desarrollaba en francés. Ni siquiera parecía estar presente.

Pierre le comunicó a papá, que estaba interrogándolo sobre su porvenir, que después del servicio militar quería hacerse ingeniero, y mamá cruzó con papá una mirada satisfecha. Merecía la pena la espera.

Pierre apenas había tocado lo que había en su plato. Una vez más, papá corrió en su ayuda.

—¿Conoce usted España? —le preguntó.

—No... No he ido nunca —tartamudeó Pierre—. Pero parece ser que Franco ha hecho cosas maravillosas allí.

Papá guardó un silencio largo, muy largo. Pierre, que no se había percatado de nada, se había embarcado en un panegírico del Caudillo. Con la sola mención del nombre de Franco, el rostro de la abuela se había ensombrecido.

Papá dejó que terminara. Luego se encendió un cigarrillo e inspiró tan profundamente que consumió un tercio de una sola calada. Tosió tapándose con el puño para aclararse la voz.

—Jovencito, he de decirle algo. Estuve ocho años en la cárcel, en España. Dos de ellos condenado a muerte. Ahora ya no me meto en política. Me ha hecho demasiado daño.

Pierre abrió la boca. Parecía un pez engullendo un insecto. Finalmente,

acertó a preguntar: —¿Usted... estaba con los comunistas?

—Entre otros. Ante todo, estaba del lado de la ley. Del ejército legítimo. Yo era militar de carrera.

Pierre se relajó. La carrera militar era algo que comprendía. Incluso que admiraba. A un soldado, aunque sea del bando contrario, se lo respeta. No vio venir el golpe.

—Pero también era de izquierdas, ¿sabe usted? —prosiguió Diego—. Lo cual no me impide escucharlo ni soportar su admiración por Franco. Comprenderá, no obstante, que no comparta sus opiniones. Sin embargo, las respeto, ya que en democracia todas las opiniones son valiosas.

Cuando iba a acompañar a Pierre al metro, hice como que me había dejado las llaves en casa. Mientras él esperaba en la acera, metí la cabeza por la puerta entornada del apartamento. Papá se preparaba para salir a comprar tabaco donde el señor Rouffiac. Nos encontramos cara a cara.

—¿Querías que me casara? —le pregunté—. ¿Te agrada lo suficiente? ¿Es lo bastante bueno para ti? Ya ves que con él no corro el riesgo de hacer la revolución. Y al menos él no miente.

Estábamos llegando a la estación Mairie-des-Lilas cuando Pierre dijo en voz alta, como para sí mismo: —Tu padre es un buen tipo.

Pobre papá, pobre mamá, y pensar que tuvieron que soportar eso. Entonces yo creía saber lo que estaba haciéndoles pagar, porque aún no había leído el contenido de la caja de zapatos. Papá y mamá, por su parte, se obligaban a fijarse solo en el hecho de que con aquel hombre yo iba a escapar a mi condición, a cambiar de clase. Querían lo mejor para mí. A toda costa, a cualquier precio. Y yo los obligaba a renegar de sí mismos.

32

¿De qué depende la vida? En este caso, de una dichosa caja de pastillas mal escondida entre mis bragas.

Recuerdo haber empujado alegremente la puerta de nuestra portería-vivienda. Mamá estaba inmóvil en el minúsculo pasillo. Yo pegué un respingo.

—¡Me has dado un susto de muerte!

No me dio tiempo a decir más.

—Rebeca, ¿qué es esto? —estalló esgrimiendo la prueba del delito, concretamente la caja de pastillas que sacudía delante de mis narices—. ¡Solo se puede comprar con receta! ¿Quién te lo ha dado? ¿Quién? —chillaba.

Di un paso atrás y choqué contra la puerta de entrada. Esta vez no había forma de negarlo. Pasé a la ofensiva: —¿Desde cuándo hurgas en mis cosas? ¿Eh? ¿Desde cuándo? ¡No tienes derecho! ¡Y, para empezar, no es asunto tuyo lo que yo haga o deje de hacer!

Mamá caminó hacia mí. Solo estaba a treinta centímetros de mi cara cuando me soltó, en medio de una lluvia de perdigones: —¡Ah, sí, claro que es asunto mío, pequeña! Estás bajo mi techo. Y te recuerdo que no eres mayor de edad. Además, ¡dependes de nosotros! ¡Conque ya está bien! ¿Te has acostado con él? ¿Eh?

—¿Y qué si lo he hecho? Faltaría más... —la desafié.

Con gesto decidido, se metió la caja de pastillas en el fondo del bolsillo de la bata.

—¡Devuélvemelo!

—¡Te has portado como una puta! ¡No eres más que una puta!

—¡Mamá! ¿Estás oyendo lo que dices?

—Vas a casarte con él, ¿no, Rebeca? Ya que tanto te gusta.

—¡Nunca! Nunca, ¿me oyes? ¡Nunca!

Vi cómo se preparaba la mano de mamá y me puse rígida, preparándome para el golpe. Pero la bofetada no llegó, como si una mano invisible la hubiese retenido justo en el último momento.

*

Pasé dos días en casa de Pierre. Cuando volví, el tercer día por la mañana, mamá estaba sentada a la mesa frente a su café, todavía arrugada de la noche y vestida con su eterna bata de andar por casa.

Alzó la vista hacia mí y me dijo:

—¿Sabes? He pensado que podríamos reutilizar el vestido de novia de tu hermana. No es como si fueses a casarte virgen. Y no le diremos nada al cura. ¿Te das cuenta de lo que pasaría si se negase a casaros por la iglesia?

—Mamá, no voy a casarme con Pierre.

Ella me miró, pestañeando.

—No digas tonterías. ¿Por qué tienes que llevarme la contraria desde que me levanto?

Cogí una silla y me senté frente a ella.

—¿Quieres que te caliente agua para el té? —me preguntó con actitud conciliadora.

Asentí. Mientras ella ponía la hervidora a calentar, observé su taza enfriándose. Ella me daba la espalda y yo no podía despegar los ojos de sus hombros vencidos, hundidos. En ese momento, sentí una tristeza infinita por ella. Al mismo tiempo, aquella espalda era ideal para recibir la puñalada. Yo era una cobarde, lo sé, pero nosotros nunca hablábamos con franqueza cara a cara.

—Me ahogo, mamá. Me ahogas.

¡Al fin lo había conseguido! Ella se dio la vuelta, con los ojos llenos de lágrimas, y me miró fijamente un buen rato. Fue justo entonces cuando decidí casarme con Pierre. No para darle gusto, sino para huir.

33

Pierre tenía un polvazo, desde luego, pero yo tenía claro que no estaba enamorada de él.

Lo que deseaba era sobre todo poner tierra de por medio entre mi familia y yo, entre aquella caja de zapatos y yo, entre mis orígenes y yo, entre todo aquello que no había conseguido afrontar y yo. Acabar con aquello. Ya no pensaba en otra cosa más que en irme de casa, en escapar a la autoridad de mamá.

Cuando le conté a Pierre que había encontrado las pastillas en mi cajón, él suspiró mirando al cielo.

—¡Ya podías haberlas escondido un poco mejor!

Recuerdo haber pensado que no parecía sentirse concernido por la forma en la que debíamos protegernos de un embarazo no deseado. Pero, al fin y al cabo, era un tío...

Cuando le dije que mamá quería que se casara conmigo, directamente se echó a reír. Su risa se apagó cuando le anuncié que yo había aceptado. Había pensado con frialdad: «Bueno, vale, me caso con él. Me quedo con él y, si la cosa no funciona, me voy. Me divorcio. Salgo huyendo. Ya tengo costumbre. Después seré libre. Libre de hacer lo que quiera. Siempre podré trabajar de monitora en un instituto y alquilar un estudio o un cuarto de criada. Al menos ahí me sentiré como en casa...».

Poco a poco, la idea fue abriéndose paso en la cabeza de Pierre. Había sido suya virgen, y él era muy conservador. Tenía un alto sentido del deber. Siempre lo ha tenido, por otra parte. No es que estuviésemos en el punto de anunciar oficialmente nuestro compromiso, pero sus amigos ya nos veían como una pareja estable.

Se acercaba el inicio del curso escolar en la universidad. Yo había vuelto a coser dobladillos para mamá y papá en el taller. Mientras esperábamos la boda, me pasaba las tardes follando con Pierre donde sus padres, que por suerte no trabajaban en casa. Su padre era ingeniero en saviem, donde su madre ocupaba un puesto de contable. La historia de los camiones saviem venía de lejos, y se trataba de una gran empresa. Pierre había aprobado el examen de bachillerato sin problemas. La perspectiva de nuestra boda lo había transformado. Ya no se le pasaba por la cabeza hacer estudios largos. Adelantaría la llamada a filas y, una vez terminado el servicio militar, su padre le conseguiría un puesto en saviem, donde se formaría como ingeniero

in situ y haría carrera.

Seguramente habríamos podido vivir así. Puede que yo hubiese llegado a ser, quién sabe, profesora de francés en un instituto de la periferia. Pierre me habría hecho uno o dos hijos. Yo aún albergaba la esperanza de cambiarlo, de alejarlo de sus compañeros de Ordre Nouveau24. A menudo intento imaginarme las rutas alternativas que habríamos podido tomar. Puede que hubiésemos acabado por comprar una casa en Normandía, que habríamos ido arreglando con paciencia. Vete tú a saber... Igual podría haber sido yo la que terminase siendo de derechas...

*

Igual que Pierre, yo tampoco terminé los estudios. Gracias a lo que había estudiado de letras y a mis conocimientos de español, acabé por encontrar curro de correctora en una editorial que publicaba a autores latinoamericanos. La oficina daba al boulevard Saint-Germain. Recuerdo que mi jefe nunca llevaba calzoncillos. Se distinguía su sexo a través de la tela, a lo largo de la pernera izquierda del pantalón. Sí, cargaba a la izquierda. Lo hacía a propósito, por supuesto. Puede que aquello excitase a algunas chicas, pero a mí no. Pues claro que intentó ligar conmigo, ¿qué te crees? Por entonces yo estaba bastante buena. Pero no me dejé. Se llamaba Osvaldo Schwartz, era un judío argentino, muy culto y también muy distinguido. Con la condición de no fijarse en su coquetería genital.

Aguanté dieciocho meses con Pierre. Dieciocho meses exactos. Siempre deberíamos desconfiar de la sumisión. Del agua estancada. De las apariencias. Me casé por la iglesia, como quería mamá (y más aún Pierre). Lo hice todo bien, como una hijita buena y obediente. Pierre quería hijos. Yo no, pero no le dije nada. Terminó el servicio militar y entró en saviem, como estaba previsto. Tenía prisa por empezar a ganarse la vida.

Todas las mañanas nos levantábamos a la misma hora. Todas las noches nos hacíamos los mismos arrumacos. Todos los fines de semana compartíamos las mismas comidas aburridas en casa de nuestros padres, una semana en casa de los suyos y la siguiente en casa de los míos. Yo tenía la sensación de ser una planta que nadie se acuerda de regar.

Hasta aquella noche de borrachera en casa de unos compañeros suyos de Ordre Nouveau.

---

24. Movimiento político nacionalista y de extrema derecha, activo en Francia de 1969 a 1973. En 1972 participó en la creación del Frente Nacional. *(N. de la T.)*

34

Había un montón de gente. Habíamos ido formando grupillos, apiñados en los sofás, sentados por el suelo, charlando sobre el futuro de Francia, de lo que habría podido ocurrir si la OAS25 hubiese ganado a De Gaulle. Unos hablaban de Maurras, otros de Céline. Y de Drieu, ah, qué pluma...

¿Jean-Charles? ¿Jean-Louis? ¿Jean-Paul? ¿Jean-Michel? ¿Jean-Luc? ¿Jean-François? Mierda, ya no me acuerdo. Jean-no-sé-qué. Siempre se me han atragantado los nombres compuestos franceses. El caso es que la noche iba consumiéndose tranquilamente. Todo el mundo había bebido y yo me aburría. Yo debía de haberme bebido... No sé, dos o tres *gin-tonics,* y hablaba con el tal Jean-lo-que-fuera. Había tal barullo en el piso —alguien había puesto un disco de Procol Harum, no sé por qué pero de eso me acuerdo muy bien— que había que gritar para hacerse oír. Podían ser las cuatro o las cinco de la madrugada. El tío quiso decirme algo, pero yo no lo oía, conque le pedí que lo repitiera. Y entonces me soltó:

—El día que estos hagan su revolución nacional, yo me largo.

Me eché a reír con franqueza. Porque pensaba igual que él. Fuese nacional o no, por un montón de razones, yo no estaba por la revolución, le contesté.

Al que no le hizo gracia, pero ninguna, fue a Pierre. Porque él sí que había oído perfectamente nuestra conversación. Estaba tan borracho como los demás, pero no por ello se había quedado sordo. Me cogió del brazo y me hizo volverme, sin la menor consideración hacia el tal Jean-lo-que-fuera. Luego, sin soltarme, me miró a los ojos pidiéndome que repitiese lo que había dicho.

—He dicho que el día que hagáis vuestra revolución nacional también yo me largaré tan lejos como pueda. Tiene razón. ¡Y espero que tú hagas lo mismo! —chillé por encima del rumor.

La cosa habría quedado ahí si las conversaciones no se hubiesen interrumpido de pronto al mismo tiempo. En el tocadiscos acababa de sonar «A Whiter Shade of Pale». La aguja del tocadiscos se levantó con un sonido mecánico. Todas las miradas estaban fijas en nosotros.

Entonces, naturalmente me echo a reír como una idiota, sin percatarme de que para Pierre es una humillación pública, y, antes de tener tiempo de comprender lo que me está pasando, me llevo una bofetada, pero de las buenas...

Nadie me había levantado nunca la mano, salvo Blanca, a la que le encantaba darme azotes en los muslos regordetes cuando, de pequeña, la desobedecía. Sentí la quemazón en mi mejilla. A través de las lágrimas que lo emborronaban todo a mi alrededor, distinguí el rostro de Pierre, su expresión de furia. Noté su aliento de borracho en mi piel.

—¡No eres más que una asquerosa comunista!

El Jean-lo-que-fuera trató de interponerse:

—Oye, cálmate.

—¡Tú a callar la puta boca! —aulló Pierre.

Lo miré. Miré su mano que aferraba mi codo.

—Suéltame. Ahora mismo —le dije.

Pierre se tambaleó. Le echó un vistazo a la gente que contemplaba la escena en silencio. Aflojó la presión y yo me zafé mientras me frotaba el brazo. Notaba el pulso latiéndome en la mejilla, sentía sus dedos impresos en mi piel.

Di media vuelta y me fui.

Bajé corriendo por la escalera, de cuatro en cuatro peldaños. Al llegar abajo, lo oí berrear desde la planta donde estaba el piso:

—¡Rebeca, espérame! ¡Lo siento mucho! ¡Que me esperes, joder!

Yo ya estaba en la calle antes de que me alcanzase. Paré un taxi que pasaba. Pierre llegó corriendo cuando el coche estaba arrancando. Recuerdo haber pensado que la imagen más hermosa que conservaría de él era la que veía en aquel momento por el retrovisor.

---

25. *Organisation de l'Armée Secrète* (Organización del Ejército Secreto), organización clandestina político-militar de extrema derecha, creada en 1961 para la defensa de la presencia francesa en Argelia por todos los medios, incluido el terrorismo. *(N. de la T.)*

35

Después de que Pierre me pegase, acabé en casa de Martine. Al día siguiente, mientras él estaba trabajando, pasé por nuestro apartamento a recoger todas mis cosas. Le dejé una carta colocada bien a la vista encima de la mesa y pasé por mi casa para anunciar la noticia. Mamá se puso hecha un basilisco. La abuela me miraba como se contempla un barco que se aleja. Yo no presté atención. Cuando se tienen veinte años cumplidos y una vida por delante, no se dispone de mucho tiempo para dedicarlo a los viejos, ni siquiera a aquellos a los que queremos, y Dios sabe lo mucho que la quería. Era la única que nunca me había juzgado.

Papá, en cambio, me llevó a un aparte.

—¿Por qué te has ido? —me preguntó—. Yo llevo veinte años aburriéndome con tu madre. Pero aquí sigo, ¿no? ¿Cuál es esa vida de la que hablas? Tú no sabes lo que es que la Historia se te lleve por delante. Te juro que después, hasta el tedio sabe a la auténtica vida.

Pierre nunca intentó recuperarme. Creo que el pobre había entendido que no estábamos hechos el uno para el otro. El divorcio no fue más que una formalidad, al menos para mí, que ni siquiera me desplacé. Cargué con todas las culpas. Me daba exactamente igual. No teníamos nada en común, ni bienes ni hijos. Él tardó años, y numerosas sesiones con un loquero, en asimilar la cosa. De vez en cuando tengo noticias suyas. Pierre se ha convertido en lo que yo pensaba que sería. Un buen tipo, con hijos y una mujer encantadora. Trabajó primero en saviem y luego en Mercedes, hasta la jubilación. Creo que, como muchos, guardó sus ideales de juventud en el baúl de las ilusiones perdidas. Me enteré de que se había metido en una asociación de cooperación con África. Bonito camino.

En cuanto a mí, viví libre. Alquilé un pequeño estudio en Porte des Lilas, cuya dirección solo conocía la abuela. Por fin había conseguido dejar atrás el peso de mis orígenes y de aquella caja de zapatos cuya existencia tanto había querido olvidar. Me independicé, me gané la vida, tuve amantes, no tantos a fin de cuentas, pero era la época de la píldora, del amor libre, y aún no había aparecido el puñetero sida. Trabajé cinco años con Osvaldo Schwartz. Hasta que decidió crear un departamento de literatura francesa en una editorial de Buenos Aires y me propuso irme con él.

Argentina. Yo nunca había viajado mucho, aparte de a España. De América Latina no conocía más que los sueños de papá. Sueños que yo iba a

cumplir en su lugar. ¡Bien hecho! Estaba impaciente por darle la noticia. Seguía yendo a verlos de cuando en cuando, siempre de improviso, pero mis visitas habían perdido el carácter obligatorio de la época en que estaba casada con Pierre.

Papá no mostró signo alguno de frustración cuando le anuncié mi cercana marcha. Nos habíamos quedado a solas en la cocina. Sin embargo, su rostro se ensombreció cuando me dijo:

—Si te ocurriese algo, *nena,* me lo reprocharía el resto de mi vida. Tu madre... Es por tu madre, ¿entiendes? Por ella, por Soli... Ya no está. Somos responsables de ti.

De pronto sentí que se me erizaba el vello del antebrazo. Mi padre jamás había hablado de mi verdadera madre como tal. Me levanté de golpe y corrí hacia la puerta. Me llamó, pero yo ya estaba lejos. Llegaba tarde, demasiado tarde.

36

De haber sabido lo que iba a pasar, nunca me habría ido.

Iba allí para trabajar en una editorial, no para llevarme un tortazo en plena cara, no para encontrarme entre las garras de una Historia demasiado parecida a la que habían vivido los míos. Y, sin embargo, fue ese viaje lo que decidió sobre todo. Incluso sobre ti. Porque fue a mi regreso de Argentina cuando acabé por abrir la caja.

Definitivamente, hubo un antes y un después.

Franco apenas acababa de morir cuando llegué a Argentina, en diciembre de 1975. Osvaldo Schwartz, que se había enamorado de una rubia platino veinticinco años menor que él, al final se había quedado en París. Había preferido que un antiguo compañero —un guapo italiano— desarrollase la famosa rama de literatura francesa en Argentina conmigo.

Mauro, que así se llamaba, había sido mi amante durante un tiempo, dos años atrás, en París. Habíamos vivido un romance agradable, pero sin futuro, y desde entonces habíamos mantenido el contacto. Lo había contratado una editorial porteña, Ediciones Losada, donde debíamos trabajar juntos. Volviendo la vista atrás, creo que la rubia platino de Osvaldo Schwartz no tuvo nada que ver con su decisión de quedarse en París. Ahora estoy convencida de que, tras un primer viaje para formalizar el contrato, le había entrado el miedo. Conocía su país. Las manifestaciones se sucedían a los atentados, la violencia a la violencia.

En Francia, yo habría salido por patas, pero allí, aparte de que no me daba cuenta de gran cosa (sobre todo al principio), tampoco sentía que me concerniese de verdad. Me imaginaba protegida por una familiaridad engañosa. Argentina me parecía como España, con un toque diferente. En Buenos Aires me sentía bastante en casa. Y, sobre todo, creía que mi condición de extranjera me hacía intocable. Solo había ido a desempeñar una tarea concreta, y tenía la intención de aprovechar aquel primer gran viaje para explorar la famosa Argentina que tanto había hecho soñar a papá.

Mauro se había dejado barba y el pelo largo. Lo encontré mucho más politizado que cuando nos habíamos tratado en París. Sentado frente a un café tan espeso que la cucharilla habría podido mantenerse de pie en la taza, escuchó con paciencia el relato monótono de mi vida de mujer emancipada.

Me alojó en casa de una pareja amiga suya, en el barrio de Palermo Viejo. Mis anfitriones trabajaban ambos en la universidad de Buenos Aires, situada en la carretera que llevaba al aeropuerto provincial. Héctor Taravella enseñaba francés y Carla Giovanese, su compañera —una morenita guapa con hoyuelos en las mejillas—, intentaba meterles en la cabeza nociones de filosofía a estudiantes apenas un poco más jóvenes que ella. Disponían de un piso grande y viejo que contaba con un cuarto para la criada, que me alquilaron generosamente mientras terminaba de ubicarme. Mauro se propuso educarme en la política argentina. Yo lo escuchaba con docilidad, esperando que acabase rápido: el general Perón había muerto el año anterior, su viuda, Isabel, se aferraba a un poder tambaleante y peronistas de extrema derecha y de extrema izquierda se enfrentaban en una lucha despiadada. Yo no entendía gran cosa y empezaba a bostezar de aburrimiento.

Por suerte, Buenos Aires era una capital febril. En ella todo iba muy rápido. En dos días, ocupé mi puesto en la próspera editorial Losada. Era un mundo de palabras que conocía a la perfección. Pronto encontré alojamiento a dos pasos de la casa de Héctor y Carla, en la calle Costa Rica. Me pagaban bien, podía cubrir mis necesidades. Una ciudad en la que las librerías no cierran antes de medianoche no podía ser un mal sitio. Adoraba Buenos Aires y once mil kilómetros me parecían una distancia razonable entre mi familia y yo.

Poco antes de que acabase el mes de febrero, sin embargo, la situación se deterioró de forma brutal. Los actos violentos y los secuestros se multiplicaron. Yo no estaba en absoluto preparada para ello. Reaccioné justo igual que en mayo del 68, evitando de un día para otro salir al margen de mi trabajo. Mauro, por su parte, no tenía noticias de varios amigos suyos.

El 24 de marzo de 1976 los tanques invadieron las calles de la capital. Encabezando una junta militar, el general Videla acababa de derrocar un Gobierno tambaleante para sustituirlo por la que iba a ser una de las dictaduras más sangrientas de América Latina. En Losada cundió el pánico. Nadie acertaba a saber qué hacer. Al día siguiente, cuando llegué a la oficina, me encontré a los militares cerrando la editorial, arrojando archivos y manuscritos por las ventanas, tirando al suelo los muebles y arrancándoles los cajones. Volví a casa absolutamente aterrorizada. Tardé horas en salir de la postración en la que me había sumido el golpe de Estado. Al final, salí a flote y me dispuse a encontrar un billete a París lo antes posible. Todo estaba paralizado. Como una idiota, no tuve la reacción de ir primero a la embajada, sino que corrí a Air France. La sede local había sido tomada por asalto. Los aviones estaban atestados de extranjeros, sobre todo franceses, que huían del país, muertos de miedo. No iba a haber billetes antes de dos semanas, me contestó una empleada desbordada. Llamé por teléfono a papá y mamá para tranquilizarlos en la medida de lo posible. Los medios exageraban, desde allí la cosa no parecía tan terrible, les mentí. Tenía dinero, todo iba bien, me había encerrado en casa. Les expliqué que era solo cuestión de tiempo que quedasen

plazas libres en los vuelos, que en dos semanas como muy tarde estaría de vuelta. Traté de calmarlos asegurándoles que, como no había hecho nada, no corría ningún riesgo. Me equivocaba.

37

Cuando el Boeing aterrizó en la pista de Roissy, nadie sabía que yo volvía. No llevaba encima ni un céntimo ni nada de equipaje. Los aduaneros echaron una mirada circunspecta a mi ropa sucia y arrugada, y a mi pasaporte. Me registraron a conciencia, como es natural no encontraron nada y llegaron a la conclusión de que yo era uno de tantos *hippies* locos que desde hacía algún tiempo viajaban descalzos a las cuatro puntas del mundo. Hice gala de mi mejor labia para embaucar al guarda que me había registrado, explicándole que me habían robado la mochila en el autobús hacia el aeropuerto y que solo el billete y el pasaporte habían escapado al hurto. No se lo tragó, pero me dio unas monedas para llamar por teléfono.

Descolgó papá.

—¿Sí?

Su aliento ronco de fumador raspaba el micrófono del auricular al otro lado del hilo. Al oír su voz, me inundaron las lágrimas, incontenibles.

—Papá, soy Rebeca.

—¿Dónde estás? ¡Estamos muertos de preocupación! ¿Sigues en Buenos Aires?

—Papá, estoy en Roissy. Ven a buscarme, por favor. Te espero en el punto de encuentro, en Roissy 1.

—Enseguida llego.

Estaba sana y salva en París. Ya no podía pasarme nada más.

Papá desembarcó una hora después al volante de un Ford Taunus metalizado que yo no le conocía y me abrazó con sobriedad. El olor a tabaco, a agua de colonia, su olor. Así sus brazos a través de la ropa, palpé sus músculos contraídos y de pronto comprendí que literalmente se había muerto de miedo por mí. Y si él había tenido miedo, ¡no podía ni imaginarme mamá!

—Estábamos angustiados con todo lo del golpe de Estado y toda esa gente que secuestran los militares... ¿Cómo estás?

Como yo no contestaba, miró en derredor.

—¿No tienes equipaje?

Sacudí la cabeza y él me miró de un modo extraño. Ahora sé que reconoció aquella luz tan particular que había visto en mi mirada. Muchos años antes, había pasado por lo que yo acababa de pasar, y había visto cosas peores, mucho peores incluso. Se contentó con arrugar la nariz.

—Necesitas una buena ducha.

—Es por el avión —mentí—. ¿El coche es nuevo?

—Tiene la suspensión más dura, es mucho mejor.

La conversación acabó apagándose por sí sola. La sustituyó un silencio incómodo, en tanto que íbamos cruzando la periferia y yo me impregnaba del paisaje de aquella primavera magnífica, de las lilas en flor entre los bloques de hormigón que habían brotado de la tierra.

—¿Sabes que estamos comprando un chalecito? Vamos a cambiarnos de casa —anunció de pronto.

No le contesté.

La abuela y mamá nos esperaban delante del edificio. Se me había olvidado hasta qué punto era miserable, con su puerta de entrada sin cristales, con su fachada agrietada, que crujía como la piel de un pollo demasiado cocido y que, además, tenía el mismo color.

Las vi acercarse a través del parabrisas. Mi familia. La abuela había perdido mucho peso en pocos meses y parecía haber encogido. Mamá había engordado. Mucho. Me volví hacia papá. Como de costumbre, no se había afeitado. De todos ellos, era él quien había cambiado menos. Se volvió brevemente hacia mí y dijo, como para sí mismo: —Esta va a ser buena.

Efectivamente. Mamá se precipitó hacia mí berreando como una histérica.

—¡Mi niña! ¡Mi niñita!

Apenas tuve tiempo de bajar del coche cuando se lanzó a mis brazos, hecha un mar de lágrimas. La aparté para abrazar a la abuela, que flotaba en su vestido negro. Noté sus huesos bajo la tela. Ella se contentó con acercar sus labios cansados a mis mejillas y me abrazó sin decir nada.

Pasaron los días, las semanas. Yo daba vueltas en círculo. No conseguía contarlo. Nada. Sencillamente, no era capaz. Y, cuanto más me presionaba mamá, menos hablaba. No era tonta, sospechaba que había sucedido algo grave en Argentina. También ella había reconocido la luz en mis ojos.

Yo solo quería una cosa: que me dejasen en paz.

38

Héctor fue el primero en desaparecer.

Habíamos recibido una llamada del servicio de urgencias del hospital Rivadavia. Cuando llegamos Mauro y yo, Carla ya estaba allí. El proyectil había entrado por el costado izquierdo a la altura de la clavícula y se había abierto paso por el pecho, probablemente seccionando una arteria. Había muerto en menos de un minuto, a causa de una hemorragia interna masiva. Lo habían encontrado en la calle, cerca de la universidad. Nunca olvidaré sus ojos entrecerrados, cuyo brillo se había apagado, ni la sangre secándose en los pelos de su barba y en el delantero de la guerrera, comprada en una tienda de excedentes militares. Nos explicaron que, por haber muerto de herida de bala, había que hacerle una autopsia. Lo abandonamos en las frías baldosas de la morgue y nos llevamos a rastras a Carla, que estaba destrozada. Ni siquiera tenía fuerzas para llamar a la familia de Héctor, de modo que se encargó de hacerlo Mauro. Conseguimos que se tragara unos calmantes y acabó por derrumbarse, acurrucada en un rincón, en un colchón que habíamos colocado en el suelo.

Ni Mauro ni yo pudimos pegar ojo en toda la noche. Las horas transcurrieron mientras íbamos reviviendo una y otra vez los acontecimientos de los días precedentes, perdiéndonos en vanas y dolorosas conjeturas mientras bebíamos litros de mate amargo hasta que nos castañeteaban los dientes. Llovió un poco antes de amanecer. Cada tanto rompía el silencio de las avenidas algún que otro coche puntual, cuyos neumáticos silbaban sobre el pavimento mojado. Nos pasamos el resto de la mañana en estado comatoso, esperando a que despertara Carla.

Hacia las siete de la tarde, recibimos una llamada desesperada de los padres de Héctor. Habían ido a identificar el cadáver al hospital. El cuerpo había desaparecido. Su nombre no figuraba en ninguna de las listas de heridos o muertos. Héctor Taravella sencillamente se había evaporado. Carla colgó con una mirada de animal acorralado.

A partir de entonces, las cosas empezaron a ir de mal en peor. Tanto en Losada como en otros sitios, desaparecían militantes de organizaciones de izquierdas, sindicalistas, estudiantes. A veces aparecía un cuerpo aún palpitante en una esquina. Raras veces. Por lo general, mostraban signos de tortura.

Carla se negaba a rendirse. Continuaba su búsqueda, desesperadamente.

Sabíamos que el Ministerio de la Guerra acogía a los asesores militares franceses que la gente de la calle acusaba de ser los inspiradores de la política de terror que se abatía sobre nosotros. Mauro se había trasladado a medias a mi casa y solo volvía a su piso de vez en cuando para coger algunas cosas. Yo no dejaba de suplicarle que regresase a Europa. Él era italiano y yo francesa. Había pasado más de una semana desde el golpe de Estado y ya nos habíamos quedado demasiado tiempo. Yo estaba más allá del miedo, esperando una plaza en el primer avión que quisiese llevarme.

Carla ya no soportaba la soledad de aquel piso de Palermo Viejo donde había vivido feliz. Desde hacía poco, había dejado de buscar a Héctor y se arrastraba cada día hasta la facultad para enseñar filosofía. Aparecía en el anfiteatro, vacía y agotada, con aspecto de vieja campesina, de muñeca de trapo envuelta en gruesos jerséis informes o en un poncho andino. Hablaba cada vez menos, ya casi nunca se reía.

Una noche, no regresó. Al principio, Mauro y yo pensamos que se había retrasado. Luego temimos que la depresión la hubiese empujado a las aguas negras del puerto de La Boca. Finalmente, hacia las once de la noche, decidimos ir a echar un vistazo a su casa, en la calle Costa Rica, a pesar del toque de queda.

Una vecina entraba a hurtadillas en el edificio. Igual que nosotros, había desafiado el toque de queda. Nos colamos detrás de ella, subimos al piso y nos detuvimos alarmados ante la puerta de Carla, abierta de par en par. ¿Debíamos entrar? Busqué en el suelo de baldosas huellas de botas militares. Nada. Nos decidimos a llamar:

—¿Carla?

Oímos un roce detrás de la puerta del piso de al lado y fuimos a llamar. Notamos una presencia asustada tras la puerta. Pero, por mucho que tocamos y llamamos al timbre, no sirvió de nada, nadie abrió.

Desesperados, nos decidimos a arriesgarnos a echar un vistazo en casa de Carla. Lo habían dejado todo patas arriba. Las sábanas, los colchones, el contenido de los cajones, del armario, de los muebles de la cocina, todo, los libros, los expedientes escolares, no habían respetado nada. Su ropa estaba desparramada por el suelo, tapando a medias una foto de ella y de Héctor sonriendo frente al objetivo, con una playa tras ellos, tan cubierta de conchas como lo estaba el suelo de su casa de los restos de su corta vida. Igual que Héctor, Carla se había evaporado. La buscamos por todas partes, pero se había borrado hasta la sombra de su huella. Carla no estaba en ningún sitio. Sus padres no tuvieron más éxito que nosotros.

No me atrevía a llamar a Francia, tenía demasiado miedo de asustar a papá y mamá y, como una imbécil, me limitaba a enviarles cartas en las que les decía que todo iba bien. Hacía lo posible por tranquilizarlos, prometiendo que iba a volver cualquier día. Como si ellos no supiesen nada de lo que sucedía en Buenos Aires.

Al final, un día, hacia las cinco y media de la mañana, echaron abajo la

puerta. Nos sacaron de la cama medio desnudos, me echaron una sábana encima y, como Mauro trataba de resistirse con torpeza, lo golpearon en la cabeza, a culatazos.

Mis recuerdos son confusos. Apenas está amaneciendo. Mis ojos de pronto inundados de luz, cegados. Antes de poder fijar la vista en las siluetas de color caqui, noto que me agarran. Oigo gritar a Mauro.

Yo también gritaba. Llamaba. Ellos no decían nada. Nada que yo recuerde, en todo caso. Sí, recuerdo algo. La vecina, en el umbral de su puerta, que los miraba llevárseno sin decir nada, sin osar cruzarse con mi mirada cuando le imploré en un soplo:

—Avise a mis padres. Hay cartas con su dirección en el piso.

Había olvidado que nos escribíamos en francés. De todas formas, ella no movió un dedo. Se limitó a cerrar la puerta.

Nos separaron enseguida. La última imagen que conservo de Mauro es la de su cara ensangrentada, de la sangre que le brota a lo largo de la sien. Ya no gritaba. Se vieron obligados a sujetarlo en las escaleras. Abajo nos esperaban dos camiones. Me metieron a mí en uno y a él, en el otro.

Yo no había hecho nada. No había realizado ninguna actividad militante en Argentina. Él, sí.

¡Y pensar que llevaba días esperando una plaza en un vuelo! A los militares no les costó gran cosa meterme en un avión de Aerolíneas Argentinas con destino a París. Me expulsaron. Hoy sé que Mauro pasó a formar parte de la multitud de treinta mil muertos y desaparecidos de la dictadura argentina. Lo arrojaron al Río de la Plata desde un helicóptero.

*

Vi de cerca, de muy cerca, lo que habían visto los míos. Tras verme atrapada por la misma violencia, empecé a sentirme mucho más cerca de ellos de lo que lo había estado nunca antes. No había corrido lo suficientemente rápido ni lo suficientemente lejos para protegerme, porque no existe en el mundo ningún lugar fuera del mundo. Aquello de lo que había sido testigo involuntaria había aniquilado todo desprecio, toda vergüenza en mí. La indignación lo había ocupado todo. Había visto por qué, y sobre todo contra qué, habían luchado los Soler, y también papá. Los *flashbacks,* las pesadillas me impedían dormir. Me inundaba una perpetua sensación de catástrofe inminente. Por aquellos tiempos, nadie hablaba aún de estrés postraumático.

Iba a cumplir veintisiete años. Una tarde indolente, quince días después de mi regreso, la abuela se acercó a mí por detrás, arrastrando los pies en sus zapatillas. Yo estaba intentando poner un poco de orden en aquel lío de retales, aprovechando que papá y mamá se habían ido a entregar unos vestidos

a París. En casa nadie iba a tolerar por mucho tiempo que siguiese inactiva.

Muy bajito, casi con timidez, la abuela me susurró:

—*Nena, m'estinc morint.* Voy a morirme.

Dejé en un montón el retal que iba a guardar y me di la vuelta.

—¿Qué dices?

Tenía entre las manos una caja de zapatos que reconocí de inmediato. Una caja de zapatos que me había dado muchos años atrás y que yo me había esforzado por olvidar.

Una caja de zapatos que de nuevo me conminaba con insistencia a abrir.

Hasta el final, esta vez.

Tercera parte

Todo es verdad y mentira

39
Rebeca

Encerrada en la buhardilla, levanté la tapa de la caja de zapatos con extrema prudencia, como si ocultase un nido de víboras esperando a morder la mano que se aventurase en ella. *Mi* mano. Recordaba demasiado bien el telegrama, la tinta aún corrida por mis lágrimas, en la parte superior del montón. Lo puse a un lado con cuidado, así como la partida de nacimiento con su nota al margen, que me había obsesionado muchos años atrás.

Las cartas estaban colocadas por orden cronológico. ¿Quién las había clasificado? Desde luego, no la abuela, que no sabía leer. Entonces, ¿quién? Seguramente, mi madrina.

La primera misiva estaba fechada el 25 de agosto de 1944. Estaba sellada en Valencia. Soledad debía de haber ido a pasar unos días en Sant Balaguer.

Mamá y la abuela aún estaban en la cárcel en esa época...

Querida niña de veraneo:

He recibido tu carta, en la que me anunciabas tu llegada a Sant Balaguer y las deliciosas comidas que tomabas allí. Eso me alegra mucho. Es la prueba de que cambiando un poco de aires comes algo más. Sigue así y cuando vuelvas con nosotros nadie te reconocerá y te habrás puesto rolliza. Mañana me voy a Benasal con mi hermana y me quedaré allí quince días. Te escribiré en cuanto llegue para contarte mis impresiones sobre el lugar. Te recomiendo que te cuides mucho y, sobre todo, que recuperes el apetito. Ten mucho cuidado con el sol y no te expongas a una insolación. Tengo muy pocas cosas que contarte, solo esto: si tienes ganas de verme, yo aún más de verte a ti. Echo de menos las conversaciones que tenemos cuando estamos juntos. Desde que te fuiste, hemos cambiado tu máquina de escribir y ahora ocupa un lugar de honor en mi despacho. También le hemos cambiado el auricular al teléfono, pues no funcionaba muy bien, el nuevo es muy bonito, ya lo verás, solo le falta un lazo para hacerlo elegante.

Bueno, aprovecha el verano, preciosa mía, y diviértete lo que puedas. Ya sabes que te quiero mucho.

José María Riutort y Sotelo

Examiné la escritura, los caracteres escritos a máquina, en un castellano impecable, sorprendida de que ese tal Riutort —a todas luces, su jefe— no le hubiese escrito a mano, esforzándome por imaginarme a una mujer muy joven, tendida en la playa, leyendo la carta de aquel hombre que le escribía como se le escribe a un niño. Noté una sensación de malestar.

Debajo de la carta, encontré una copia de mi partida de nacimiento original en español, emitida por el ayuntamiento de Valencia. Me habían registrado el 12 de septiembre del 49, con un día de retraso. El nombre de la madre era Soledad Soler. Pero yo no tenía padre conocido.

Sin embargo, se identificaba con claridad a mi padrino y mi madrina. No me sorprendió leer el nombre de Consuelo. Pero leí una y otra vez el de mi padrino. Diego Moliner. El documento se me cayó de las manos. Febrilmente, le di la vuelta a la carta que acababa de leer, mientras me volvían a la memoria las palabras de la abuela el día que me había dado la caja: «Son las cartas de tu madre y tu padre». ¡Qué idiota había sido! Pobre Diego, que seguramente me había reconocido solo para darme una existencia legal en España y en Francia. Y decir que yo había sospechado que él... De pronto me sentí ingrata. Si tan solo hubiese tenido el valor de leer todo aquello antes...

Doblé con cuidado la carta, escrita en un papel quebradizo, con olor a polvo, y abrí la siguiente, redactada a mano con una caligrafía fina, enérgica. Estaba fechada dos años después que la primera. El tono había cambiado. Se había vuelto más íntimo, más personal. Yo tenía la sensación de ser una mirona inmiscuyéndose en una historia de amor que no es la suya.

Gran Hotel, Santander
Querida belleza:
Apenas acabo de llegar y ya estoy escribiéndote, sin tener gran cosa que contarte, pues aún no he visto nada. Durante todo el viaje, no he dejado de pensar en ti, y ahora tengo muchísimas ganas de volver a Valencia para estar contigo. Mañana jugamos el primer partido de hockey, de modo que en cuanto cene me meteré en la cama para estar en plena forma mañana, ya que el viaje ha sido un poco cansado. A ver si te portas como una niña buena: trabaja mucho y piensa mucho en mí... Durante todo el viaje, apenas he abierto la boca, para estar contigo en mis pensamientos, para hablarte en mis pensamientos. Bueno, termino ya, así la carta saldrá esta tarde. Recibe muchos «pram pram» cariñosos y muchos más besos de este que te quiere.
José María

No sabía lo que eran los «pram pram» en cuestión, pero tenía la certeza de que no me habría disgustado que un hombre me administrase unos cuantos en las nalgas en aquellos tiempos de penuria afectiva. Aunque esta carta aún no confirmaba del todo mi intuición, sí que demostraba que Soledad y su jefe

eran amantes desde hacía años, si no desde el principio.

La siguiente estaba sellada en Altea, el mismo mes:

Querida niña:

Aprovecho uno de mis raros momentos de libertad para escribirte. Estoy con unos amigos muy simpáticos, pero que no me dejan ni un instante para mí. Esta playa es maravillosa y la vista es magnífica, solo tiene un inconveniente, que es de piedras y no de arena. Pero para nosotros eso no tiene ninguna importancia, ya que lo que nos interesa es la pesca submarina y cambiamos de sitio todos los días, buscando sobre todo los fondos rocosos. El mar es precioso, te gustaría mucho, sobre todo por la tranquilidad. Como hay luna llena, por la noche tenemos muchas ganas de bañarnos, lo cual hacemos, por cierto. Estaría bien que estuvieses aquí, te enseñaría a bucear y te divertirías mucho...

Mientras el guaperas se pavoneaba con su fusil submarino, Soledad trabajaba para él. ¡Si tanto la echaba de menos, no tenía más que llevársela! ¿Cómo había podido encapricharse de un tipo como ese? Reanudé la lectura.

¡Si supieras las ganas que tengo de verte! ¡A saber cómo te encuentro! Bueno, preciosa, hasta muy pronto, recibe muchos besos de este que te quiere,

José María

Debajo de la carta descubrí una foto de Soledad. Una foto en vertical, con los bordes troquelados, que seguramente había tomado él.

Sigo teniéndola, claro. Lleva un bañador oscuro, de una pieza, muy recatado, con un cinturón claro. Está de pie, no mira al fotógrafo, sino que su rostro, vuelto hacia la derecha, tiene una expresión soñadora, es imposible decir qué es lo que está mirando. Detrás de ella, las olas rompen contra las rocas. La espuma abraza sus tobillos, tiene las manos juntas a la espalda, como yo hago a menudo. Lleva el pelo suelto y el viento lo empuja hacia atrás. Está muy guapa así.

Le di la vuelta a la foto. Había un poema escrito en el dorso:

Tu silueta... de sirena... otorga al paisaje, al salir de la arena y de la espuma, una belleza de ensueño y... un romance de amor sin esperanza alguna. Hechicera... sirena... donde el mar y el cielo se unen... tu rostro... tiene la dureza de la roca deshecha, y tu mirada sacude las alturas. Pones celoso al mar y el cielo envidia tu belleza, deseada por la espuma, las alas... el sol... Y el viento que te acaricia y lo que yo deseo con locura es tu amor.

JM

Los hombres no escriben cosas así una vez que ya han obtenido lo que querían. Al menos no en aquella época y, sobre todo, no en España, ni siquiera hoy día, si sabes lo que quiero decir...

La siguiente carta tenía un tono muy distinto. Se refería al desafortunado intento de cruzar el Bidasoa, que se había saldado con la detención de Soledad y su condena a dos meses de cárcel. Estaba fechada el 6 de marzo del 48.

Querida Soledad:

Cuando me escribas, las gestiones para tu liberación irán muy avanzadas y estarás de vuelta con tu familia. Hemos enviado una solicitud a San Sebastián, pidiéndole al señor gobernador de Guipúzcoa que tenga en cuenta tu condición de menor bajo autoridad paterna e instándolo a ponerte en libertad. No decaigas, tu madre, tu hermana y tu sobrina te mandan su cariño y te piden que no dejes de comer. También están haciendo todo lo humanamente posible para reducir tu detención. El abogado que te representa ahí se llama Fernando Ovalde y vive en la calle Fuenterrabía, número 9, en San Sebastián. Me ha pedido que le envíe un giro telegráfico de doscientas cincuenta pesetas para los gastos de tu viaje de vuelta a Valencia. Ten confianza, pronto estarás con los tuyos, nadie te abandona.

Te envío mi cariño.

Hasta pronto,

JM

A continuación había una hoja gris, triste y fría como las calles de París en invierno a principio de los años cincuenta, escrita a máquina:

Valencia, 4 de enero de 1949

He recibido tu postal de París y las dos de Rodez, que llegaron bien tarde ayer. Aún estoy impresionado por la odisea que habéis vivido, por ese viaje tan largo, tan penoso. Imagino el miedo que pasasteis a vuestra llegada a Rodez, al descubrir que Ramón ya no vivía allí. Seguramente pensaríais que lo habíais perdido. Menos mal que no estaba muy lejos. Bueno, todo eso queda atrás ahora y lo importante es que os hayáis reunido. Abrígate bien y ten cuidado de no coger frío, ya que esas temperaturas son peligrosas si se pilla un resfriado. También aquí hace mucho frío desde hace dos o tres días, pero el despacho aún tiene una temperatura agradable, de modo que no tenemos necesidad de ponernos a pasear para combatir el frío, como hacíamos el año pasado, ¿te acuerdas?

Por aquí te echamos de menos una barbaridad, y ahora me doy cuenta de tu inteligencia. Benjamín, tu sustituto, se esfuerza por hacerlo bien, pero en vez de resolver los problemas lo enreda todo y es peor que si no estuviese. Hay una novedad en el despacho: mis trofeos deportivos están aquí, a la espera de encontrar un nuevo emplazamiento para ellos. Quedan muy bonitos.

Esta mañana he pasado por la calle de Ciscar, pero no ha llegado ninguna carta para vosotras. En cuanto haya alguna, os la enviaré. La perrita se ha quedado con la portera. El piso en el que vivíais ya tiene un nuevo ocupante. Ante la insistencia del dueño, se lo he dejado por bien poco a la primera persona

que se presentó. He liquidado las deudas, mediante letras, alrededor de trescientas pesetas que aún le debíais de los alquileres atrasados, la luz, el agua, el gas, etcétera. La portera se ha quedado con lo que quedaba: el bolso blanco, el abanico, el retal, una baraja, las horquillas y además diez pesetas de aguinaldo.

¿Cómo habéis cambiado el dinero? ¿Qué proyectos tenéis? Mañana me voy a Barcelona con el equipo de hockey. Jugaremos contra el equipo francés, como sabes, sigo ocupándome de la organización de todos estos viajes... Tengo mucho trabajo aquí, entre llamadas a unos y cobros a otros. Me gustaría más que estuvieseis en Aveyron y no en el norte de Francia, ya que así me resultaría más fácil visitaros.

¿Has ido al cine? Yo vi Mare nostrum *ayer y, como sabes, María Félix tiene el papel protagonista. Es una película formidable, que solo tiene un defecto: ella va demasiado bien vestida durante toda la historia, aun cuando, siendo espía, debería ser más discreta, más modesta. En cambio, Fernando Rey no presume, está magnífico. Puede que de aquí a diez o doce años la película llegue a Francia, ¿quién sabe?*

Me pides la partida de nacimiento de tu sobrina. Para ello necesito indicar la fecha y el lugar exactos de su nacimiento. No entiendo bien qué quieres decir con «el nombre del padre y el nombre de la madre completos». Pero explícamelo y te lo hago llegar.

¡Bienvenido a los tejemanejes familiares de los Soler! Al pobre seguramente le costaría ubicarse, aun siendo abogado.

Bueno, iba a decirte algo, pero se me ha olvidado, ya que me ha interrumpido una visita cuando estaba en plena redacción y solo ahora retomo esta carta, que de todas formas ya empieza a ser un poco larga.

Besos para ti y recuerdos para todo el mundo. Ya sabes que me gustaría saber que te está yendo bien en tu aventura y que me interesa todo lo que te atañe. Escríbeme con calma, aunque tu carta se extienda a lo largo de varios días.

Me acuerdo tanto de ti. Espero noticias tuyas. Te he escrito a máquina para poder extenderme más y te envío la carta en el sobre que ya conoces, tan feo que siempre lo reconoces. ¡Ah, se me olvidaba! Cuando me contestes, escribe con más claridad tu dirección en el sobre, no estoy seguro del nombre de la calle.

¡Pórtate bien, como siempre!

La próxima vez que te escriba, te hablaré de ti, de tu valor y de tus buenos sentimientos.

Adiós, preciosa mía.

JM

Por lo que sabía a través de los relatos de mi infancia, habían desembarcado en Rodez, habían ido a la dirección que les había indicado Batista y se habían encontrado con la puerta cerrada. Mi tío Ramón había cambiado de casa y ellas creyeron que lo habían perdido para siempre. Cuando lo encontraron, desembarcaron en medio de una chiquillería chillona.

Al menos, esa era la versión oficial. En realidad, nunca llegué a saber con exactitud qué había pasado. Imagino que el tío Ramón no había podido, o no había querido, alojarlas a las cuatro. Ya le costaba bastante dar de comer a sus dos hijos y a su mujer, que estaba esperando el tercero.

El frío las había destrozado y Soledad se había puesto enferma.

La siguiente carta de la caja no me dio ningún dato más sobre esa cuestión.

25 de enero de 1949

Estimada Gloria:

Hace tres días que recibí su carta desde París, en la que me cuenta las vicisitudes a las que han tenido que enfrentarse en Francia, de las que ya estaba al tanto gracias a una carta que Soledad me escribió en Rodez.

¡Cómo me habría gustado tener esa carta! Solo disponía de las respuestas, por lo que no podía hacer otra cosa que deducir las preguntas, las palabras de Soledad y de Gloria.

Ya se imaginará cuánto lamento lo que les sucede, pero no hay que desesperar, puesto que las primeras horas de un cambio de vida siempre están llenas de dificultades. Me he informado sobre el mejor medio de enviarles dinero para ayudarlas, pero no es sencillo. He decidido enviarles doscientas pesetas para que vean si es posible cambiarlas en Francia. Se las envío en otro sobre y sin carta, aunque alguien me dijo hace poco que está prohibido enviar dinero por correo, y menos al extranjero, conque espero que les llegue.

Si le hacen preguntas al respecto, será mejor que diga que no sabía nada, que lo niegue todo. Ya me contará si funciona el cambio, para enviarles lo que pueda cuando sea necesario. No es una gran suma, pero ya sabe cómo son los tiempos que corren y hasta qué punto el actual desequilibrio de mis cuentas pesa sobre mi presupuesto.

Me ha alegrado mucho recibir noticias suyas y espero que estén lo mejor posible. Recuerdos de mi parte a sus hermanos, a su madre, a su hija y a Soledad, a la que le envío un cariñoso beso.

Desde México pueden enviarle, por el mismo procedimiento, dólares estadounidenses.

J. M. Riutort

¿De qué iba aquella historia de México? Pobre mamá, perdida en el frío, dándose de cabeza contra el muro de la avaricia de los hombres...

La siguiente carta estaba fechada el 28 de febrero, por lo que supuse que se escribían cada dos o tres días. Apenas lo que tardaba el correo en ir y volver.

Mi querida Soledad:

Por fin tengo noticias. Hoy he recibido tu carta del 24 y me ha alegrado mucho saber que te has curado de la gripe. Ten mucho cuidado, que las recaídas son terribles. Sí, he recibido una carta de tu hermana, mucho más triste aún que la tuya de Rodez. Está muy preocupada por vuestra situación. Lo que me contáis es sumamente desagradable y muy difícil de explicar, aunque me digas que ya conocíais los dislates de los que son capaces vuestros hermanos. Pero, como siempre, hay una explicación para todo. Están casados y tienen hijos, mucho más importantes, a su juicio, que vosotras, que desembarcáis de improviso, al menos para Batista, que ni siquiera os esperaba, al contrario que Ramón. La distancia, el tiempo, la separación, las esposas que apenas os conocen, seguramente hay que tener en cuenta todo eso, por no hablar de los propios interesados. Perdonadlos, pues en el fondo seguramente lamentan la conducta que han tenido que adoptar con vosotras. ¿Acaso no me cuentas que habéis querido permanecer juntas las tres? Es vuestra elección probar suerte las tres juntas y lo contrario sería intolerable, ¡me imagino la inquietud y la angustia de saberos separadas las unas de las otras! Me alegro de que Moliner os haya acogido y de las perspectivas de trabajo que tenéis. En cuanto me den cita en el consulado francés, te envío tu certificado, pero esta consulta es necesaria para darle al documento el mejor carácter de autenticidad posible. En cuanto a la partida de nacimiento de Blanca, la he solicitado en el ayuntamiento de Sant Balaguer hace ya tiempo y no he obtenido respuesta alguna. Hoy mismo volveré a hacerlo. En mi próxima carta, te enviaré una foto que me ha tomado un amigo en la calle con mi nuevo perro, Joch, *cuando fuimos a la feria navideña que han montado en la Alameda. Por cierto, el otro día, cuando salía del despacho, me encontré con tu amiga Consuelo. Estuvimos un rato charlando, pero no le dije nada de vuestros problemas, aunque me obsesionan.*

Te lo ruego, háblame de ti, dime lo que has visto, lo que piensas. Como imaginarás, nadie más que yo va a leer tus cartas, de modo que puedes escribirme cualquier cosa que quieras.

Háblame de las costumbres escandalosas de los franceses (¡pero no las adoptes!). Echo de menos tu carácter guerrero. Echo de menos nuestras charlas. Te echo de menos.

Seguían fastidiosas consideraciones sobre la reorganización del despacho tras su partida, como si tratase de distraerla de sus tormentos. Y luego, como de pasada, escribía este comentario, triste: «En fin, no se puede dar marcha atrás...».

Las cuatro debían de estar a la cuarta pregunta en París. Algo de eso sé. Recuerdo cómo buscábamos hasta la última monedita en el fondo de todos los bolsos y todos los bolsillos para poder comprar una barra de pan. Y eso que aún era muy pequeña.

Riutort le proponía a Soledad enviarle sellos. Lo más extraño era su insistencia en pedirle que no le escribiese todos los días, «para no cansarse», pero también, como si empezase a querer poner cierta distancia entre ellos, esta frase:

Dime dónde piensas trabajar, cómo es tu vida, si has adelgazado o

engordado, qué tal se llevan tu sobrina y tu madre, si vuelves a aprender el francés, si te acuerdas de mí, si tienes pretendientes.

En las cartas siguientes, se enredaba en complicadas explicaciones sobre partidas de nacimiento y certificados del registro civil imposibles de obtener de forma legal. Las notarías habían sido incendiadas durante la guerra civil y, por si fuera poco, mamá había mentido sobre todas las fechas y hasta los lugares de nacimiento, de tal modo que aún hoy a mí misma me cuesta desenredar ese lío.

«Me alegro de que Moliner os haya acogido...». Volví al pasaje relativo a Blanca y a la solicitud de papeles por parte de mamá. Me volvió a la cabeza la imagen del libro de familia en el que mi hermana constaba como hija de Gloria y Diego. Al parecer, Diego Moliner ya estaba en Francia cuando ellas llegaron a París. Crecía en mí una sospecha. ¿Era posible que papá hubiese reconocido a Blanca también años después de su nacimiento? En ese caso, ¿quién era su verdadero padre? Aun después de las explicaciones de la madrina, todavía no he comprendido del todo cómo se gestó la historia de amor entre papá y mamá. Supongo que buscó en él a su amante... Un amante por el que nunca quiso llevar luto.

Papá había aceptado alojarlas. Protegerlas.

Las cuatro se apiñaron con él en el pequeño hotel de la rue du Faubourg-du-Temple y en esa promiscuidad surgió su historia.

Dos cartas después, Riutort le escribía a Soledad:

Recuerdos a tu madre, tu hermana y tu sobrina, así como a Moliner, con el que me complace que estéis, ya que podrá aconsejaros y ayudaros en este momento difícil que es el comienzo de una nueva vida en el extranjero.

Es cierto que papá era tranquilizador, incluso en aquella época, me imagino. La autoridad natural del antiguo oficial... En cualquier caso, en cuarenta y ocho horas el asunto quedó arreglado. Yo sospecho que, en realidad, papá ya se había enamorado de mamá cuando ella estaba con Álvaro, pero que no se había atrevido a intentar nada. El caso es que, dos días después de esta carta, el 21 de febrero, Riutort escribía:

Felicita de mi parte a Diego y Gloria. Creo que es una buena idea. ¿Tenéis intención de iros todas a Argentina o solo ellos y la pequeña Blanca?

Argentina... Pobre papá. Al leer este pasaje, se me encogió el corazón. Aún no le había contado nada. Tampoco en Argentina habría podido callarse.

Como las otras mujeres de la familia, yo no había sabido hacer otra cosa que tapar las cosas. Emparedarlas. Tenía a quien parecerme.

Estaba llegando al final de la carta, esperando las típicas cursilerías que tan bien manejaba Riutort, cuando, de pasada, di con aquello que inconscientemente estaba buscando. Había que leer entre líneas, desde luego, pero era el primer fragmento de mi propia historia, ese que me faltaba de forma tan atroz que me había impedido construirme a mí misma.

Hizo falta el trauma de Argentina para que al fin tuviese el valor de afrontar la verdad:

Y tus asuntos, ¿los has resuelto? No puedes saber cuánto lamento no estar ahí para que tu angustia fuese menor, pues imagino que estarás muerta de inquietud. No sufras, todo se resolverá. Qué razón tenías cuando decías que las desgracias nunca vienen solas. Y, ahora que el horizonte se va aclarando, tienes que soportar sola esa gran pena. Es desesperante, pero quizá se trate de una falsa alarma. Escríbeme contándomelo todo, así te desahogarás de tu pena, aunque, debido a la distancia y a la imposibilidad de estar a tu lado, me hace sufrir.

Te mando millones de besos.

JM

Cuando estaba dejando la carta a un lado, la abuela empujó despacio la puerta. Avanzó a pasos pequeños. Saltaba a la vista que sufría. Se sentó con suavidad a mi lado en la cama, como una pequeña ave migratoria agotada por un viaje demasiado largo. Ya casi se había hecho de noche, sin que yo me diese cuenta.

—¿Estás bien, *nena*? Así no ves nada. Hay que encender la luz. ¿Qué estás leyendo?

¡Como si no lo supiese! Le releí el pasaje, en voz alta. Ella sacudió la cabeza con gravedad.

—Pensamos que sería cosa del estómago. No comía, vomitaba. Tenía fiebre. Su salud era frágil, sí, siempre tuvo una salud frágil. Cuando llegamos a París y empezó a encontrarse mal, pensamos que se trataba de una gripe intestinal. Y luego, como no se le pasaba y nunca había comido mucho, pensamos que era del estómago. Fue a hacerse una radiografía a mediados del mes de marzo. Fue entonces cuando el médico le dijo que estaba embarazada. De ti.

Dejé que la lágrima rodase poco a poco por mi mejilla. Con su mano de vieja, la abuela la secó. Luego, su mirada se perdió en la contemplación de un rincón de la buhardilla, como si viese en él a su hija muerta.

Nos quedamos así sentadas un buen rato. Ella suspiró:

—No quería irse a América. Además, creo que Glori y tu padre se habrían ido sin mí. Por eso volvió allá. Fue Glori quien le aconsejó que volviese para que se casase con ella. Pero él no la quiso.

Luego, con voz más firme:

—Bueno, *a taula, nena,* hay que bajar a comer. No estaría contenta si supiese que te estoy contando todo esto. Ahora hay que bajar. Ya he hablado bastante.

Yo quería seguir escuchando. Quería saber más, sobre mi madre, sobre mi padre. Biológicos, quiero decir.

Aquella noche, papá y mamá volvieron a hablar de aquel chalecito que habían visto en Les Lilas y que los ahorros de toda una vida les permitían al fin comprar.

Una inmensa sonrisa partió en dos el rostro de la abuela.

—¿Un chalecito? ¿Una casa? ¿O sea que ahora somos ricos?

*

Por la noche regresaban mis pesadillas. Argentina me perseguía. Mientras la abuela gemía de dolor, yo encendía mi linterna bajo las sábanas, como cuando era niña, y reanudaba la lectura de la correspondencia de la caja de zapatos, para escapar al recuerdo de Mauro, de Carla y de Héctor.

La abuela tenía razón, Soledad no tenía ninguna gana de irse a Argentina. Pero a mi progenitor tampoco le apetecía verla regresar a Valencia.

En tu última carta me cuentas que no sientes ningún deseo de irte a América, ya que desearías regresar a España. He meditado sobre esta cuestión y me parece una idea excelente, me encantaría que vinieras, pero hay que mantener la cabeza fría, reflexionar bien sobre todas las consecuencias de tal acto. Reflexión que, estoy convencido, te llevará a la conclusión de que ese regreso no es realista. Para empezar, tendrías que separarte de tu madre, lo cual, dada su edad y la marcha de Gloria y Diego, seguramente le causaría un inmenso dolor. Por no hablar de tus problemas recurrentes con los papeles, con el pasaporte, que aquí no conseguimos resolver sino con grandes esfuerzos y, aun así, «poniendo de nuestra parte» para darles autenticidad. Y, si te refieres a otras formas de venir, hay tantos peligros para una mujer que es mejor evitarlo. Además, una vez aquí, ya sabes que las costumbres valencianas no se parecen en nada a las francesas. Aquí se mira mucho más cómo vive la gente. La sociedad española ve motivos de rechazo en el menor desliz, es una sociedad muy convencional, ya lo sabes, en la que los chismorreos son fuente de grandes sufrimientos para quienes son objeto de los mismos. Son cosas que pueden aniquilar a una persona. No hay nada que desee más que tenerte aquí a mi lado, ya te he dicho lo mucho que te echo en falta, pero si lo piensas te darás cuenta, aunque, por supuesto, no soy infalible, de que mis consejos son imparciales y no tienen en cuenta mi propio interés. Cuando quisisteis marcharos, mi impresión era que la realidad francesa seguramente no sería tan hermosa como os la pintabais (¡y eso que la más realista eras tú!). Pero ahora ves España del mismo modo, a través del prisma de tus paseos por la calle de la Paz, de la mirada de los hombres seducidos por tu silueta. El despacho, mi pobre recuerdo... Pero lo

que no ves es que muy pronto echarías de menos a tu madre, a tu sobrina, a tu hermana, que saberlas tan lejos de ti te provocaría una ansiedad terrible. Piénsalo bien, pero no creas que te digo esto por egoísmo, sabes que solo pienso en tu bien. Tu regreso a España conlleva demasiados peligros, implica demasiados sacrificios para que no te ponga en guardia...

Recuerda que te quiero y no te olvido.

JM

¡El muy cabronazo!

No contento con haberla preñado, le daba argumentos para no asumir las consecuencias de sus actos. ¡Y con qué artimañas! Con un nudo en la garganta, no podía evitar pensar que, si le hubiese hecho caso, seguramente yo aún tendría una madre, que al menos me habría criado, que habría crecido con su amor.

Yo era apenas mayor que ella en aquella época y no dejaba de preguntarme si nos parecíamos. Si también yo tomaba siempre las decisiones equivocadas.

Al que, en cualquier caso, me habría gustado decirle cuatro cosas, era a mi verdadero padre, ¡a aquel cabrón de sonrisa dulce!

40
Gloria

Las cartas llegaban de España. Con cuentagotas. *Mare* no sabía escribir, pero Soli sí, aunque los sellos eran un gasto superfluo, dada la pobreza en la que vivían.

Después de empujar a su hermana a regresar para que Riutort se casase con ella, después de que *mare* la acompañase, Gloria estaba en un sinvivir. Sabía que se trataba de un viaje sin retorno. Sabía que las había enviado a aquel país-prisión del que habían conseguido escapar las cuatro juntas. La condición de su partida, una vez que la administración franquista la aceptó, era no volver nunca a España. Ahora que habían regresado, Gloria se daba cuenta de que no había salida posible para ellas.

Lo habían intentado, de verdad, con todas sus fuerzas, ella lo había intentado, pero realmente resultaba demasiado duro: el amontonamiento en un hotel cercano a la place de la République, con su hija, su madre, su hermana embarazada, se asfixiaba, sentía que lo único que había en su vida eran las ataduras, la falta de dinero. Apenas si podía vivir ese idilio incipiente con Diego, que ocupaba su cuerpo y su mente, reducido a abrazos furtivos en la oscuridad, cuando todo el mundo dormía. El horror. Por supuesto, Diego no era Álvaro, su piel, su olor, su sexo, pero Diego tranquilizaba, Diego protegía. Diego había aprendido a hacer zapatos de piel para las putas de la rue Saint-Denis, Diego descargaba camiones en el mercado central, Diego siempre conseguía encontrar algo de comer. Y Diego le hablaba de América, adonde irían pronto.

Solo que, después de la marcha de Soli, ya no se le pasaba por la cabeza ir a Argentina. No hasta que se casase con Riutort. Luego sería diferente, desde luego. Riutort tenía medios. Relaciones. Iba a casarse con ella. De todas formas, ningún otro podía ser el padre, lo sabía mejor que nadie, Soli se lo había jurado, solo se había acostado con él una vez, la víspera de su partida. Había sido suya virgen. Él se había empleado a fondo, la había invitado a su

casa, prometiéndole que estarían todos los amigos, pero en realidad la esperaba solo, frente a una mesa adornada con velas, con champán francés, para una cena de despedida *tête-à-tête*. Ella había cedido. Soledad había llorado mucho contándole la escena a Gloria. Pero ya no tenía ningún motivo por el que preocuparse.

Además, Diego iba a hacer fortuna en Francia, Gloria estaba convencida. Se comprarían un buen piso en Valencia. Irían a visitar allí a Soli y a su marido el abogado. Luego se marcharían a Argentina y también ellos viajarían en barco a Buenos Aires para verlos. Sí, sin duda había hecho bien en enviar allí a su hermana y a su madre. La prueba era que el abogado las había acogido con los brazos abiertos, incluso las había alojado provisionalmente en su despacho, todo iba a salir a pedir de boca y ella, aquí, en París, con Blanca, al fin podría vivir una vida normal, una vida suya, como nunca la había vivido. Les faltaba de todo, o casi, pero las posibilidades eran inmensas. Además, también ella le había anunciado su boda a Soli, así todos estarían en igualdad de condiciones. Si tan solo no hubiese tanta gente en aquel hotel de la rue du Faubourg-du-Temple... Había que tener cuidado con todo, no hacer ruido, sobre todo cuando cosía o cuando Diego terminaba un par de zapatos en la habitación. Algún día, le enseñaría a coser.

Por supuesto, el cuarto de hotel era mucho más pequeño que el piso de Valencia, pero era algo temporal. Tenían por delante el futuro, todos los futuros. Al menos, podía buscar trabajo sin tener que rendir cuentas de su pasado político. Blanca aprendía francés a una velocidad increíble y parecía acostumbrarse a Diego. Soledad escribía con regularidad, y todo parecía ir bien.

Desde que llegamos, Madre y yo comemos arroz todos los días (lo digo para darle envidia a Diego) y ayer por la noche cenamos pimientos y berenjenas fritas, ¡pues aquí ya hay! Siempre que comemos esos platos, nos acordamos de vosotros. Sé lo mucho que los echáis de menos, tanto como yo cuando estaba en Francia, donde todas esas delicias son más tardías y tienen menos sabor. Por ello, me imagino lo mucho que disfrutaríais comiéndolas y, cuando las tengo en el plato, me acuerdo de vosotros. Qué maja soy, ¿no?

O esta:

Estamos bien, aún nos alojamos en el despacho de don José María, a la espera de saber adónde ir. He vuelto a ver a Consuelo, ¡qué contenta estoy! Madre va todas las semanas a ver las películas del Mundial y del Goya, y el otro día fuimos juntas al Avenida con Consuelo. También he asistido a la procesión del día de la Virgen, había una coral infantil que cantaba con la banda municipal y fue muy bonito. Cada vez que madre pasa por el carrer del Riu Sec, le trae muchísimos recuerdos.

La primera carta que empezó a preocupar de verdad a Gloria fue la que le anunciaba el traslado de Soli y de *mare,* en junio del 49.

Querida Gloria: Solo unas palabras para decirte que ya no nos alojamos en el despacho, ahora vivimos en la calle del Humanista Honorato Juan, número 15, puerta 3, y pagamos doscientas pesetas mensuales por la habitación, para que te des cuenta de lo poco que nos queda para vivir...

Le pedía dinero. Gloria reunió lo que pudo, es decir, no gran cosa, y le escribió de inmediato para pedirle más explicaciones. ¿Cómo era aquello? ¡Si José María las había instalado en el despacho! Desde luego, en sus cartas Soli no había sido muy clara sobre las intenciones del abogado, pero todo parecía indicar que cumpliría con sus obligaciones, ya que las había alojado y les daba una ayuda, modesta, sí, puesto que los tiempos eran difíciles para todo el mundo, pero ayuda al fin y al cabo. Soli no le dio ninguna respuesta inteligible y tardó una semana en escribirle que creía que había encontrado una solución a sus problemas de alojamiento.

A lo mejor vamos a vivir en una portería, de hoy en unos días nos darán una respuesta, estoy contenta, ya que así el alquiler no nos costará nada e incluso tendremos un pequeño salario. No tengo nada más que contaros, salvo que no os olvidamos y que os deseamos que ganéis mucho dinero, que os divirtáis y, sobre todo, que nos escribáis lo antes posible.

Sobre su boda con Riutort y el reconocimiento del niño que iba a nacer, ni una palabra. De todas formas, Gloria quedó aliviada por el optimismo con el que finalizaba la carta.

Consuelo y yo hemos ido a la playa, a Las Arenas, y nos hemos divertido mucho... Consuelo y su madre son adorables. No te puedes imaginar lo bien que se portan con nosotras. Consuelo viene a verme todos los días o, si no, me lleva a su casa. ¡Quiere ser la madrina del bebé! Ojalá vinierais, os echo muchísimo de menos, en el fondo sé que vuestro proyecto de comprar un piso en Valencia no es muy razonable, pero estaría tan bien...

*

Gloria había insistido. Quería saber. No recibió otra respuesta que nuevas peticiones de dinero, a las que le era imposible dar respuesta, puesto que a Blanca, a Diego y a ella ya les costaba garantizar su propia subsistencia.

Al final, de manera sibilina, Soli le escribió:

Todos los gastos de nuestro regreso a España han corrido por cuenta de don José María Riutort, es mi jefe y un hombre con el que podemos contar y gracias al cual podemos vivir.

Saltaba a la vista que se sentía ofendida por las palabras de su hermana mayor y se lo hacía ver dolorosamente al subrayar la insuficiencia de la ayuda que recibía de su propia familia.

No obstante, terminaba felicitando a Gloria por su boda y anunciándole que ya le había dado la noticia a la gente que la conocía, así como a Diego y Álvaro, y concluía diciendo que todos la felicitaban. Le pedía fotos del enlace para enseñárselas a Lea y también a Riutort.

Solo que no había habido boda. Por falta de dinero, por falta de papeles válidos. Entre partidas de nacimiento falsificadas, fechas erróneas y certificados desaparecidos, Gloria se había quedado atascada en el pantano de la administración francesa, igual que le había sucedido en España, corrigiendo una mentira con otra, armando ficciones de papel para sobrevivir, del mismo modo que erigía en su interior murallas de quimeras y de oraciones a la Virgen.

Pero nada podía protegerla de las cartas de su hermana, que abría como si encerrasen alguna maldición. Nada podía impedir que las palabras alcanzasen su corazón como cuchillos:

No puedes imaginarte el inmenso sufrimiento que comparten conmigo Consuelo y su madre, que se angustian por nosotras. El otro día nos prestaron doscientas pesetas.

O peor:

Querida Gloria:

Ha transcurrido un mes desde mi última carta, en respuesta a aquella en la que me anunciabas un envío de dinero. Espero que tu silencio no se deba a dificultades y que estéis bien de salud. ¿Qué ocurre? ¿Al final os habéis casado? El otro día, madre fue al despacho y don José aún no había llegado, pero, como no quería esperar fuera, se fue a casa de la vecina, que pensó que iba a pedirle dinero. De modo que exclamó: «¡Ay, qué dura es la vida, doña Lea! Mire, no tengo más que dos pesetas para todo el día!». Y eso que madre no le había pedido nada. Te lo cuento para que veas que se juzga a las personas por sus malas prácticas. Una vez más, te suplico que me escribas, aunque solo sean dos palabras, ¡estamos tan preocupadas y tenemos tantas ganas de veros!

¿Qué podía contestar a eso? ¿Que estaba sin blanca? ¿Sin papeles creíbles que les permitiesen casarse? ¿Que había enviado a su madre y a su hermana a un infierno en el que no podía socorrerlas? Más valía guardar silencio. Gloria tardaba cada vez más en contestar a estas misivas que la hacían llorar a mares. Diego trataba de consolarla, de tranquilizarla, la abrazaba, la acunaba como a una niña pequeña, intentando calmar sus inquietudes. Removía Roma con Santiago para conseguirle encargos de costura de las chicas que trabajaban por la zona de la rue des Vertus y él mismo intentaba rascar algunos francos para poder por fin enviarle algo de dinero a Soledad y a su madre.

41
Lea

Ya era evidente que no iba a casarse con ella. Nunca lo haría. Estaban a finales de agosto, pronto nacería el bebé. Soledad no debería haberle hecho caso a Gloria. Solo había que ver cómo se había librado de ellas buscándoles aquella portería. ¡El edificio de la calle Pintor Gisbert sí que era bonito! Pero la portería, oculta bajo la escalera, constaba de una sola estancia, ciega, sin ventanas. Un reducto húmedo, cerrado por una puerta con cristal tapada por una cortina. Se había arreglado con su conciencia concediéndoles una ayuda de trescientas pesetas al mes y por lo demás estaban condenadas a la mendicidad, puesto que el flaco salario de portera no bastaba para su subsistencia. Sus negocios iban mal, decía el abogado. Al fin y al cabo, era posible. En la España de Franco sufrían hasta los ricos, mientras que los pobres directamente se morían de hambre. El tirano había convertido su país en una nación subdesarrollada.

Lea se había puesto enferma. Le había dado fiebre y había tenido que permanecer en cama, presa del delirio, conversando con su Rotg, con Niceto e incluso con Álvaro, y todos la habían prevenido contra ese Riutort, incapaz de asumir las consecuencias de sus amoríos. Soli estaba preocupada, había querido llamar al médico, pero Lea se había negado. Como si tuviesen los medios, con el bebé a punto de nacer... La tripa de Soledad iba creciendo, incluso le costaba cortarse las uñas de los pies sin ayuda de su madre y había estado cuatro días sin orinar. Tenía los pies y las piernas terriblemente hinchados, no paraba de toser. Había pasado mucho miedo, pero no era más que un efecto del embarazo. Lea, al contrario que Soli, había adelgazado mucho. Se sentía agotada. También desolada por el silencio de Gloria y la tristeza creciente de Soli. Le había preguntado a Diego si quería ser el padrino del bebé y Gloria aún no había contestado.

La verdad es que a Lea le habría gustado tenerla a mano para castigarla como hacía cuando era pequeña. Lejos quedaba el tiempo en que la azotaba

con sarmientos. Su fuerza se había desvanecido, erosionada por el tiempo y las dificultades. Cada mañana, Soli le contaba que había soñado con Gloria, que la veía venir, otras veces que le había sucedido una desgracia. Se precipitaba a recibir al cartero, pero siempre era igual. Nada, nada y nada.

La respuesta de Gloria aún tardó otra semana más en llegar. Consuelo estaba allí cuando pasó el cartero y fue ella quien le dio la misiva a Soledad. Rasgó el sobre con tal premura que estuvo a punto de destruir la carta. La leyó rápidamente una primera vez y se le iluminó el rostro. Cerró los puños y dio un saltito, exclamando: «¡Síííí!» y apretando el papel contra su corazón.

—¡*Mare, mare,* ha dicho que sí, Diego será el padrino del bebé! Espera que sea un *machote.* ¡Ay, cómo me gustaría tener un varón! He pensado un nombre, pero no quiero decirlo, que dicen que da mala suerte.

Finalmente, leyó la carta en voz alta. Como de costumbre, Gloria prometía dinero, pero el sobre estaba vacío. Lea miró a su hija, que abrazaba a la gorda Consuelo. Ojalá fuese un *machote,* eso sí, su yerno tenía razón. Las mujeres de la familia habían tenido suficientes desgracias y ya se habían perdido demasiados hombres, había que sustituirlos.

Dos días después, hacia las cuatro de la tarde, Soli rompió aguas. Dejando a Consuelo junto a ella, Lea corrió a buscar a la partera para decirle que el nacimiento era inminente y que debía estar preparada.

*

Las contracciones han empezado al caer la tarde. Al principio, nada más que un dolor en el bajo vientre, durante unos segundos, luego otro, al cabo de veinte minutos. Soportables, dice Soli. Lea creía que se había olvidado, pero no se olvida del todo. Ha pasado por ello cinco..., no, seis veces.

En mitad de la noche, Soli despierta a su madre y a Consuelo, que duerme en una silla. Ahora las contracciones duran más tiempo, también duelen más, dice Soledad haciendo una mueca y agarrándose la tripa con las manos juntas.

Una hora después, los espasmos se hacen más regulares y el intervalo que los separa disminuye.

—¡Noto moverse al bebé!

A Soledad le duele. Está pálida. Lea ha hervido agua y la ha puesto a enfriar un poco. Moja los trapos y los aplica en el vientre de su hija. Le alivia un poco el dolor.

—Ve a buscar a la partera, es el momento.

Consuelo coge un chal, se lo echa encima de los hombros y sale apresuradamente a la calle.

La matrona vive a tres calles. Es una andaluza seca como un higo de diciembre.

Media hora después, Consuelo está de vuelta con ella. La partera les hace encender todas las luces para ver mejor, les pide que calienten más agua y que preparen trapos limpios. Soledad está sudando, aún hace calor en estos primeros días de septiembre.

Al final de la calle pasa un tren, una prostituta insulta a otra en la oscuridad y en la portería las mujeres se echan a reír. Luego llega otra contracción violenta.

Un amanecer turbio despunta y se cuela por el portal del edificio hasta el oscuro reducto, donde la partera echa pestes de la oscuridad mientras Lea prepara café, tan fuerte como puede.

Consuelo le seca la frente a Soledad, que pide agua. Se atraganta y tose. Lea está preocupada por esa tos persistente, por esa gripe que no se le acaba de pasar. ¿Y si el bebé nace enfermo? ¡Y Soledad que se quejaba de no tener pecho! Ahora tiene los senos hinchadísimos. Pero de todas formas no es ancha, sino más bien estrecha, dice la partera, cuyos brazos desaparecen bajo las sábanas entre las piernas de Soledad.

Lea se pregunta: ¿Y si hubiese que ir al hospital? ¿Con qué dinero lo pagarían?

La partera les ha pedido quinientas pesetas por su trabajo. Ellas no le han dicho que no tienen con qué pagar. De todas formas, una vez que haya terminado su labor, no tendrá forma de volver a mandar al bebé por donde ha venido, ¿no? Y, además, que lo pague el abogado. Cuando el bebé haya nacido, ya irá a pedirle cuentas, que al menos ella no le tiene miedo. Y ya se verá si paga o no.

Ya pasa de mediodía.

Soledad aprieta los dientes, le habla a su hijo, le dice: «Ayúdame, ayúdame...». También dice.

—Me duele la espalda. Voy a morirme.

La partera contesta:

—Vamos, guapa, empuja. ¡Empuja!

Pero no sale nada. Pasa la tarde, el ritmo de las contracciones sigue acelerándose.

Ahora Soli está gritando:

—¡No va a salir nunca!

La partera no parece preocupada. Sigue animándola:

—No contengas nada. No contengas nada.

Ahora la tripa de Soledad se contrae cada dos o tres minutos, hasta que llega un momento en que la contracción no se detiene nunca. Lea se acuerda. En su época, las mujeres del pueblo parían en cuclillas. No se ha olvidado de nada. La tripa que se estira por dentro, esa sensación de estar a punto de explotar, cada vez más, entre dolor y éxtasis, y el instante de después, la cabeza aparece entre las piernas, con el resto del cuerpo aún dentro.

La contracción se detiene. El bebé saldrá por completo con la siguiente.

—Noto que se mueve dentro —gime Soli.

—No es nada —dice la partera—, es el bebé rotando, es normal.

Con el siguiente espasmo, se desliza por sí solo fuera del vientre de su madre, la partera lo agarra, espera a que el cordón deje de latir, lo corta y tira. Lea se acuerda de la extraña sensación que se experimenta cuando el cordón se desliza fuera del vientre junto con la placenta.

No hay desgarro y apenas sangre, y eso que el bebé es gordito. Lea contiene el aliento. La partera coge al bebé de los pies y lo mantiene cabeza abajo para ayudarlo a escupir las mucosidades que le obstruyen la tráquea. Un llanto, al fin, casi un maullido, el recién nacido inspira, llora otra vez. La partera anuncia:

—Es una niña.

42
Rebeca

Proseguí la lectura de las cartas. Había llegado al día de mi nacimiento. Me había hecho la remolona varias veces. Esa era dura para mí, pero, ya que había empezado, tenía que llegar hasta el final.

Esperé a una noche en que papá y mamá se fueron al cine. La abuela se había acostado pronto. Abrí con cuidado la caja colocada encima de la mesa y desdoblé con prudencia la carta, fechada el 12 de septiembre. No la había redactado Soledad. Reconocí de inmediato la letra inclinada de la madrina Consuelo.

> *Queridos Gloria, Diego y Blanquita:*
> *Seguramente habréis recibido el telegrama en el que os anunciaba el nacimiento de mi hija. Estamos las tres bien de salud, aunque no escribo yo, sino Consuelo, que está sentada a mi lado. Lamento que no sea un* machote, *como quería su padrino Diego. Estamos condenadas a no tener más que niñas en la familia, pero es tan bonita que no la cambiaría por ningún varón...*

«Su padrino Diego...». Interrumpí la lectura.

Inspira, inspira profundamente...

Las primeras palabras de mi madre hablando de mí. Las primeras y las últimas que iba a tener nunca. Las únicas.

El sonido de su voz, la caricia de sus besos, los había olvidado. Demasiado pequeña.

Inspira, inspira...

Me obligué a volver a abrir los ojos, a retomar la lectura.

> *Aunque será pelirroja o castaña, tiene las pestañas rubias. Tiene mi boca,*

los ojos de su padre y, para parecerse a todo el mundo, la barbilla de Diego, y también me da la impresión de que sus manos se parecen a las mías. Pesa tres kilos quinientos, es larga y tiene los ojos muy grandes y muy abiertos. No sé si te gustará, pero voy a llamarla Rebeca. Madre está contenta de que sea niña y la madre de Consuelo también. El próximo domingo la bautizaremos. Supongo, querido Diego, que no lamentarás ser el padrino aunque no se trate de un machote. *Bueno, lo dejo ya, estoy cansando a Consuelo, que se está enfadando.*

Madre y yo os mandamos besos.

P. D.: Blanquita, ¿no querías una primita? Vas a poder jugar con ella, pasearla y hacerla llorar.

¡Conocía bien a mi hermana!

Me quedé sentada, pensando. Luego releí la carta, una y otra vez, hasta aprendérmela de memoria. Tan pocas palabras... Después me puse con la siguiente, fechada el 23 y esta vez redactada por la mano de mi madre.

Querida Gloria:

Ayer te escribí y terminé mi carta contándote que estaba muy apenada porque don José María había recibido mal a madre, pero al final he ido yo hoy y su recibimiento ha sido correcto. No sé si su actitud tenía por objetivo no contrariarme el día de mi primera salida o bien si ha decidido dejar para más adelante estas contrariedades... Me ha dicho que no tiene suficiente trabajo y que está muy preocupado por su situación financiera. Aún no le hemos pagado las quinientas pesetas a la partera, pero don José María me ha dicho que espere un poco, ya veremos cuándo me trae el dinero, aunque me gustaría poder decirle un día que ya no necesito nada de él, que mi hermana tiene suficiente clase para ayudarnos y no abandonarnos. Bueno, Gloria, desearía tanto no tener que mencionar estas cosas, desearía tanto que todo fuera bien...

Besos para todos.

Soli

«Ayer te escribí...». Hurgué por toda la caja. Las cartas estaban cuidadosamente ordenadas por fechas, pero la que mencionaba Soledad no aparecía por ninguna parte. Seguramente mamá la habría destruido por miedo a que algún día alguien diese con ella.

Mientras imaginaba distintos escenarios, un proyecto cobraba forma en mi cabeza. Un proyecto de viaje.

*

En información internacional me habían dado un número. El de un tal José María Riutort y Sotelo, residente en el número 20 de la calle de la Paz. Llamé de inmediato. Al otro lado de la línea, el teléfono sonó un buen rato en el vacío. El corazón me latía con tanta fuerza que estuve a punto de no oír el

clic que indicaba que habían descolgado.

—¿Diga?

La voz era enérgica, en modo alguno alterada por la edad. Hice un rápido cálculo mental: debía de andar por los setenta años.

—¿Diga?

Carraspeé. Mi voz era titubeante:

—Me gustaría hablar con José María Riutort y Sotelo.

Hubo un silencio, y después:

—¿De parte de quién?

—De Rebeca. Rebeca Moliner Soler.

Esa vez el silencio se alargó, me pareció que duraba toda la eternidad. Al fin, claramente con menos seguridad en la voz: —¿Rebeca? ¡Ay, Dios, qué lejos queda aquello! Sí, me acuerdo, por supuesto. Recuerdo muy bien a su madre, Soledad. Fue tan triste lo que sucedió. Pero ¿qué puedo...?

—Me gustaría verlo.

Un nuevo silencio. Muy largo. Y no muy convencido:

—Sí, creo que a mí también me gustaría mucho. Venga cuando quiera.

Esta vez era yo quien casi podía oírle el corazón latiéndole en el pecho.

—Falta poco para Semana Santa. Tendré unos días de vacaciones. ¿Sería posible?

—¿Por qué no? ¿Sabe dónde vivo?

—No ha cambiado de domicilio, que yo sepa.

*

Quince días después, me dirigí a la estación sin haber avisado ni a mamá ni a papá, y ni siquiera a la abuela, de mi destino. Había puesto por excusa una necesidad urgente de tomar el aire y nadie en casa había protestado. Cuando iba a salir, la abuela me metió un puñado de billetes de cinco francos en la mano. Sus pobres ahorros. Estoy convencida de que lo había comprendido.

Al cabo de un largo y fastidioso periplo en segunda clase, acabé ante la puerta doble del piso en el que me habían concebido. Llamé a la puerta, esperé.

Ya no era joven, necesitaría tomarse su tiempo para llegar. Pegué la oreja.

Traté de imaginármelo pegado a la puerta, al otro lado, sin atreverse a abrirme, dudando.

—¡Vamos, cabronazo, abre! Abre, para que podamos saldar cuentas.

Pero no, nada. Pegué la oreja a la puerta y te juro, te juro por los huesos de mis ancestros que oí un soplo.

Le propiné una patada rabiosa a la puerta, con todas mis fuerzas.

No, estoy mintiendo.

Me habría gustado hacerlo, pero en realidad me contenté con escribir en un pedazo de papel el número de teléfono del hotel donde estaba alojada, por si acaso mi miserable progenitor tenía el valor de llamarme y lo pasé por debajo de la puerta, prometiéndome volver al día siguiente.

Hacia las siete, se oyó un telefonazo en mi habitación y la recepcionista me pasó una llamada. Una voz de mujer. De mujer mayor.

—¿Rebeca Moliner?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy la hermana de José María. ¿Es usted quien le pasó una nota con su número por debajo de la puerta, hace un rato?

—Pues sí, pero yo...

—¿Estaba citada con él?

Había desconfianza en su voz.

—He venido de Francia a propósito. Lo llamé antes de venir.

—Lo siento mucho. Ha fallecido.

—¿Qué?

—Lo enterramos la semana pasada.

Sentí que me flaqueaban las piernas y me apoyé en la pared de la habitación, decorada con un espantoso papel con motivos de color naranja.

—Pero... ¿cómo...? ¿Cómo sucedió?

—Un ataque al corazón, hace diez días. Jugando al tenis. Murió en el acto, fulminado. Nadie lo entendió, estaba en plena forma.

Colgué sin contestarle, ahogada por la pena y la rabia.

*

Se me había escapado. Ya no quedaba nadie para contestar a mis preguntas. El viejo cabrón encima había encontrado la forma de librarse. Mi único consuelo, aún hoy, es pensar que tuve algo que ver con su ataque al corazón. Incapaz de soportar mi soledad, erré por las calles de Valencia. Acabé por llegar al cementerio y me perdí por los caminos de la parcela de los indigentes, sin conseguir encontrar ninguna señal de la tumba de mi madre ni de mi abuelo. Finalmente, volví a emerger en la calle del Pintor Gisbert y pegué la nariz a la puerta vidriera del edificio donde había llegado al mundo. Nada. Desde donde me encontraba, veía la puerta de la portería, cerrada sobre el enigma de mi nacimiento y la muerte de mi madre.

La madrina vivía a dos pasos de allí. Mi último recurso.

La encontré viendo la tele, vestida con su delantal de rombos de color

rosa pálido. Su asombro cuando me abrió pronto dio paso a un abrazo. Había leído el sufrimiento en mi rostro, la pena en mis ojos hinchados, y me tomó en sus brazos, me apretó contra sus pechos de matrona mientras yo intentaba explicarle lo que había pasado y de dónde venía.

—Estaba claro que un tipo como Riutort nunca iba a casarse con alguien como ella —me contestó guiándome hasta una butaca—. Cuando la vi regresar, pensé que era una locura, y lo mismo dijeron mis padres. No debería haberle hecho caso a Gloria. Se habían ido entre Navidad y Año Nuevo. Soli... Me dijo que él se empleó a fondo en la despedida, con champán, velas... Ella no se resistió, y fue así como te fabricaron, mi vida.

Las cartas demostraban que mis padres, mis auténticos padres, eran amantes desde hacía mucho más tiempo del que Soledad había confesado. No quise desengañarla y preferí dejar que continuase su relato.

—Haz cuentas. Naciste el 11 de septiembre. O sea que con más de quince días de retraso sobre los nueve meses normales. ¿Qué te crees? Él aprovechó para decir que había dudas, que quizá no fuese el padre, que ella podía haber conocido a otro hombre en Francia nada más llegar.

Un cálculo rápido le demostró que tenía razón.

—¿Habría podido?

La madrina Consuelo frunció el ceño.

—¿Tu madre? ¡Nunca jamás! ¿Quince días después de separarse de él? ¿Y viajando sin parar, en trenes, autocares, de Perpiñán a Rodez, de Rodez a París? Además, había olvidado el francés, apenas comprendía lo que le decía la gente. Ese cabrón la mató. No os quiso ni a vosotras ni a tu abuela. Las metió en uno de los edificios que administraba. Se morían de hambre, literalmente. No era como durante la hambruna del 41, pero estaban solas y abandonadas, ya no tenían familia cerca. Sin la familia, tu madre estaba perdida. Riutort les daba apenas suficiente para el alquiler. Para lo demás, tenían que apañárselas como podían. Entonces, encontraron la portería. El anterior portero había muerto de tuberculosis, pero nadie se lo dijo.

Le temblaba la voz.

—Estaba desesperada. Gloria no enviaba dinero, no contestaba a sus cartas. No tenía medios para ayudarla, ¿entiendes? No fue culpa suya, pero no sabía cómo decírselo. Cuando se puso enferma, habría hecho falta pagar la operación. Riutort habría podido hacerlo. La dejó morir.

Por las mejillas le corrían lágrimas silenciosas.

—Al final, la hospitalizaron con las monjas. Nosotros te habíamos traído a casa. Tú también habías contraído una primoinfección. Tenías los pulmones afectados, pero tus anticuerpos eran fuertes. La noche que murió, lloraste sin parar hasta el amanecer. Después del entierro, Riutort fue a ver a tu abuela para reclamarte. Le suplicó, le dijo que quería criarte. Pero ya conoces a Lea. Cuando ha decidido algo... Le daba mucho miedo que te abandonase, que te metiese en un orfelinato. Que te hiciese educar por las monjas o por una familia franquista. Como a los hijos de los condenados a muerte, en la cárcel.

Con lo que había visto...

Se secó la cara con un gran pañuelo de encaje. Le hablé de las cartas. ¿Cómo es que la abuela, que no sabía leer ni escribir, había podido ir recopilando toda esa correspondencia, tanto aquí como en Francia, y conservarlo y clasificarlo para dármelo?

Consuelo pensó, luego sacudió la cabeza. No tenía explicación. Ella tampoco sabía cómo había podido hacerlo.

Me confirmó que papá nos había reconocido sin dudarlo a Blanca y a mí. Conmigo había sido mucho más difícil. Como había llegado a Francia sin ningún papel, no pudo hacerlo hasta nuestras primeras vacaciones en España.

La madrina me contó también la historia de Gloria: el nacimiento de Blanca, la bigamia de Varela y, más tarde, el asesinato de Álvaro, el hermano de papá, el hombre al que tanto había querido.

—Nadie me ha contado la verdad. Excepto la abuela. Y tú...

La madrina agachó la cabeza.

—Le prometí a tu madre..., quiero decir, a Gloria, que no diría nada.

43
Gloria

Valencia, 9 de diciembre de 1949

Mi querida Gloria:

Cuéntame cómo os va. Me gustaría saber si ganáis suficiente dinero o, si, por el contrario, estáis mal. Creo no equivocarme si digo que es esto lo que ocurre. Desearía estar ahí con vosotros y participar en el trabajo. Todos juntos ganaríamos suficiente, como antes aquí. Además, me gustaría mucho obtener una respuesta: ¿Os habéis casado? Y, si no es así, ¿por qué?

Madre quiere volver a París, repite sin parar que no puede vivir sin Glori y sin Blanca. Repito sus propias palabras... Dime si recibiste la foto que te envié de la niña. Estos días estoy en cama. No quería contarte que estoy enferma para no preocuparte, pero, como de nuevo me dices en tus cartas que tienes intención de irte a América, voy a contarte lo que me pasa: he destetado a la niña, que está en casa de Consuelo, porque lo que tengo podría ser contagioso y, como la niña duerme con nosotras, no tenía otra opción. Ya te imaginarás, querida Gloria, el dolor que me produce no tenerla conmigo, no poder siquiera ya besarla. Van a operarme del pulmón derecho, pero no correrá por tu cuenta. Los médicos dicen que es una operación sencilla, que solo hay que levantar un poco el pulmón para que la herida se cierre. De modo que no te preocupes, si Dios quiere todo irá bien y pronto volveré a tener a mi pequeña en brazos, para poder besarla sin peligro para ella. Si he decidido avisarte, es para que comprendas que me resulta absolutamente imposible irme con vosotros a América.

Trata de no tener más hijos, cuídate mucho, Glori, y no dejes que ningún imbécil te haga sufrir. He recibido los zapatos que me hizo Diego. Son muy bonitos y me quedan perfectos, dale las gracias de mi parte. Unas palabras sobre la niña. Es preciosa y el próximo domingo cumplirá tres meses. Si la vieses, te sorprendería lo despierta que es. Todo el mundo se cree que es mayor de lo que es. Se ríe todo el rato, a veces madre la coge y le pone la cabeza en la barriga, lo que la hace reírse a carcajadas. Las pelotitas que le mandaste la vuelven loca, porque, como aún no sabe agarrar las cosas, se pone nerviosa, grita «ajo» y mueve tanto los bracitos y las piernas que resulta casi imposible sujetarla. De verdad que es preciosa, si la vieses estoy segura de que te la comerías a besos.

Bueno, Gloria, ya estoy cansada, conque te dejo enviándote un beso.

Soli

P. D.: Diego es un caballero, pero no entiende determinadas razones, que me perdone, pero es un idiota.

Una oleada de celos invadió a Gloria. Dejó caer la carta a sus pies. Al menos Soli tenía un bebé. Gloria se había quedado embarazada dos meses antes. Claro que no era buen momento, no tenían dinero, les costaba llegar a fin de mes, pero tener ese hijo era como conjurar a la muerte. Por fin el fruto de un amor estable, con un hombre sólido, lleno de promesas. Hasta Blanca estaba encantada. Pero había tenido un aborto dos semanas atrás. No había habido complicaciones. Y al menos en Francia la Seguridad Social se ocupaba de todo. Diego estaba destrozado. Era demasiado duro. Sin lugar a dudas, la vida era demasiado dura. Esta vez, Gloria había decidido que no tendría más hijos, aunque a Diego le costaba aceptarlo.

Y resulta que ahora Soli se burlaba de ella con ese bebé del que acababa de recibir una foto. En actitud solemne, Consuelo sostenía ante el objetivo a una muñequita de mofletes redondos, aún demasiado pequeña para caminar. Gloria observó la cara plácida, los ojos grandes. ¿Y qué era esa historia de una enfermedad contagiosa? ¿Por qué Soledad no se había desplazado ella misma para tomar la foto? ¿Qué se le había ocurrido inventar para que Gloria se preocupase un poco más, para que se sintiese un poco más culpable todavía por haberla enviado allá?

Y esa Argentina, que se convertía en obsesión para Diego. Pero ¿de dónde iban a sacar el dinero, si ni siquiera eran capaces de ahorrar un poco para pagarse una boda digna de ese nombre? Por no hablar de ayudar un poco a *mare* y a Soli...

Gloria se agachó y recogió la carta. ¡Y ahora *mare* quería volver a Francia! Rezó para que eso no ocurriera. Ya tenía bastantes problemas, sin verse además obligada a hacerse cargo de ella. ¡Si quería volver, que se fuese con sus hijos, que no habían querido saber nada de ella!

Soli había añadido algo en el reverso de la carta, seguramente en el último momento. El médico temía que se tratase de tuberculosis. También en París la enfermedad atacaba a quienes vivían en edificios insalubres. Los más afortunados se iban a la montaña a hacerse curas de aire, a los demás los enviaban al campo, al sanatorio de Villepinte, como a la morena de la habitación 102, del hotel, a la que habían tratado con penicilina. En cualquier caso, todos recibían tratamiento y eran operados. La enfermedad retrocedía.

Solo que Soledad no estaba en París. Soledad estaba atrapada en un país de otro tiempo, de un tiempo anterior a la guerra. Sin un tratamiento específico, la enfermedad podía... No, Gloria se negaba a pensar en ello. Estaba deseando que Diego volviese de su paseo por la rue Saint-Denis para vender zapatos. Confiaba en que pudiesen enviarle algo de dinero. Se moría de ganas de que llegase el día en que estuviese en situación de rechazar la limosna que le llegaba de México, que al menos les permitía pagar el hotel. A Diego cada vez le costaba más aceptar los dólares de Varela.

Blanca estaba ocupada haciendo los deberes. Escribía sacando la lengua, con la nariz a tres centímetros del cuaderno.

—Blanca, ponte derecha para escribir, que te vas a estropear la vista y a hacerte daño en la espalda.

*

Valencia, 15 de enero de 1950

Querida Gloria:

Te escribí otra carta y aún no me has contestado. Recibí las quinientas pesetas que me enviaste y hemos comprado los diez primeros gramos de penicilina. Como he terminado el primer tratamiento de diez dosis, madre fue a ver al médico para preguntarle qué había que hacer con las otras diez que hemos comprado gracias a vosotros y le ha dicho que unos días de tratamiento seguidos de una interrupción no servirían de nada y que sería tirar el dinero. Por ello, hemos decidido que debo tomarme los diez gramos siguientes. Cuando termine, iremos de nuevo a ver al médico. Supongo que entonces querrá operarme, pero temo no poder pagarlo. Como me aseguras que podrás enviarme el dinero, eso me tranquiliza un poco. Mándanoslo en cuanto puedas, para que programemos la operación, pues el médico nos ha dado su palabra de honor de que, si me operan enseguida, me curaré. Dice que hay que actuar pronto, ya que la enfermedad progresa rápido y, si no actuamos, el otro pulmón puede contaminarse. Y entonces ya no se podría hacer nada. Ha sido franco conmigo, pues le supliqué que me dijese la verdad. Como estoy tan flaca y no tengo apetito, ni siquiera tengo reservas para combatir los microbios. Por suerte, desde que empezaron a ponerme las inyecciones, vuelvo a comer un poco. Quiera Dios que me cure pronto. Me da miedo la operación, aunque el médico me ha explicado que en veinte minutos podría estar terminada, que solo hay que usar anestesia local y que podré incluso hablar con él durante la misma. Si estuvieses conmigo, no tendría miedo. Y te juro que, en cuanto esté convaleciente, volveré a Francia para que podamos estar todos juntos, para siempre. Gloria, no quería decírtelo, pero nos encontramos en una situación terrible, pues don José no tiene más dinero. Aquí la vida se vuelve cada día más difícil. Sé que por mi culpa estáis en una mala situación, pero debes comprender, Gloria, que, si no me curo, moriré. Mi esperanza de vida es de un año, como mucho. No sé por qué tengo siempre este dolor en el costado derecho, ya no puedo dormir de ese lado, me encuentro muy mal, aunque no le digo nada a madre.

Bueno, basta ya de lamentaciones, voy a hablarte un poco de la niña. Es preciosa y, cuando ve a alguien, levanta las manos para hacer «michinetes». El día 11 cumplió cuatro meses.

Besos para todos, con cariño.

Soli

P. D.: Adivina quién me pone las inyecciones.

Gloria contempló la nieve que caía por la ventana empañada de la habitación de hotel. Conque al menos podía ir a ponerle las inyecciones el

abogado. Al fin y al cabo, era culpa suya que ella estuviese allí. No tenía más que casarse con ella. Y encima ahora estaba arruinado.

¡Cómo había dejado el país Franco!

Gloria releyó la carta. De cada palabra de Soli se desprendía el miedo a la muerte.

Solo tenía veinticinco años. ¡Ay, Dios mío, no dejes que se muera!

¿Por qué le había dicho que podía enviarle el dinero para la operación? Gloria maldijo una vez más la manía que tenía de salir de las situaciones difíciles mediante la mentira, mediante la negación, mediante métodos que la hundían aún más. Pero ¿qué se le había pasado por la cabeza, maldita sea?

Solo había una solución. A falta de dinero, habrían tenido que repatriar a Soledad urgentemente y operarla en Francia, donde podrían ocuparse de ella. Pero, de nuevo, ¿cómo? ¿Cómo?

Gloria se envolvió apresuradamente en un chal y se puso el abrigo. Avanzó con pasos rápidos por la rue du Faubourg-du-Temple y se dirigió hacia la iglesia Saint-Ambroise, procurando no resbalar por la calle cubierta de hielo. Solo faltaba que se rompiese una pierna. Una nube de vaho se escapaba de sus labios entreabiertos. Encogió los dedos helados dentro de los zapatos demasiado finos. Se cruzó con transeúntes encorvados bajo el peso de su ropa, tiritando en el frío de enero.

Al fin llegó al pórtico de la iglesia. Entró y avanzó por el pasillo central hacia el altar. Se arrodilló, se santiguó y se giró hacia la derecha, en dirección a la estatua de la Virgen. Niceto, con la camisa ensangrentada y las heridas comidas por los gusanos, salió de la sombra protectora de una columna. Gloria lo miró, atónita.

—Pero ¿qué haces aquí? Creía que nunca pisabas las iglesias.

Niceto se encogió de hombros.

—Gloria, tienes que hacer algo, rápido.

—Pero ¿qué, Niceto? ¿Qué? No tengo dinero para la operación.

*

Valencia, 5 de marzo de 1950

Querida Gloria:

Consuelo escribe por mí, pues ya no puedo, estoy muy enferma. Veo difícil que puedas venir. Del mismo modo, me parece imposible marcharme yo. Imagínate que nos detuviesen con la niña. Sería horrible. Y nos la quitarían. No quiero darle consejos a nadie, pero piénsalo bien. Háblalo con Diego. Aquí, el problema sigue siendo, como siempre, el dinero. El único salario que percibe madre por su trabajo de portera es este cuarto insalubre donde vivimos. Ha encontrado empleo limpiando y cocinando para una pareja de inválidos con dos hijos, algo es algo. Pero madre no es la que era. Ya no habla, no dice nada.

Besos,

Soli

¿Por qué? ¿Por qué diantre Gloria había vuelto a prometer que iría a verla si sabía que no podría mantener su promesa y abandonar a Blanca? Igual que Soli no podía levantarse de la cama y cruzar los Pirineos a pie. Gloria se maldecía a sí misma. Una vez más, respondió prometiendo enviarle el dinero para la operación lo antes posible. En cuanto pudiese.

Querida Gloria:

Como te he dicho en tantas ocasiones, te repito que las inyecciones no durarán más que tres días, de modo que tiene que verme enseguida el médico que va a operarme. Mándame el dinero que me prometiste. Tengo que pagar las últimas inyecciones, pues, si no, no podré ponerme más y se perderá su efecto benéfico. Todo el dinero que hemos gastado no habrá servido para nada. La enfermedad avanza y voy a morirme si no me tratan pronto.

P. D.: Madre insiste para que le envíes la dirección de Batista y Ramón. Quiere escribirles para que me ayuden. Sé que no vale la pena, pero haz lo que quieras.

¿Escribirles? ¡Pero si *mare* no sabía leer ni escribir! Seguramente quería dictarle una carta a Consuelo. Pues que probase suerte.

En vista del recibimiento que les habían dado, había pocas esperanzas de que sus hermanos la ayudasen.

La imagen de Soli adolescente, enfrascada en la lectura, se le impuso a Gloria. «Dime, ¿van a venir los jinetes del Apocalipsis?».

Estaban de camino, y eso era algo que seguramente Soli ya había comprendido.

*

Querida Gloria:

Soledad está muy enfadada de que no le contestes con rapidez. Su única alegría es leer tus cartas. Contéstale pronto, aunque tengas mucho trabajo y estés muy cansada, saca un momento para ella. No le digas que te he escrito. Lo hago porque no te imaginas las dificultades que tiene Soli hasta para juntar dos frases. La niña está con nosotros. Pesa seis kilos y se ríe todo el tiempo, es preciosísima. Gloria, si has acabado el vestido para tu madre, mándaselo, pues el que lleva está muy estropeado. Y, sobre todo, escribe pronto. A Soli las inyecciones se las pone don José. Desde luego, está muy enferma. Está muy enfadada por tu silencio.

Dale besos a Blanquita y recuerdos a Diego.

Consuelo

¿Qué podía contestar a eso? ¿«Soli, lo siento en el alma, pero vas a morirte, no puedo ayudarte»?

Culpabilidad. El sentimiento invadía a Gloria por completo. Soli había sido su muñequita, la había cuidado celosamente, la había salvado del fuego peleándose con su hermano cuando se le había caído —a él, no a ella— entre las brasas. Y todo para acabar así.

Debía ir allí a toda costa, aunque tuviese que cargar con el fardo de una hija sin apellido, con el retoño de un bígamo, cuya identidad se había perdido por los meandros de la guerra y de las mentiras que había habido que inventar para darle un apellido, una fecha de nacimiento, para borrar la falta.

Mentira, mentira, mentira. Se lo había prometido todo, el dinero, la salvación. Pues claro que había mentido. ¿Y qué? Que al menos Soli muriese con esperanza en las entrañas. Pero hasta eso se le negaría. Soli ya había comprendido que se iba, abandonada por los suyos, sin recursos, dejando tras ella a una niña sin padre ni madre. Cómo debía estar maldiciéndola...

Gloria ya ni siquiera era capaz de redactar esas letanías de palabras vacías de sentido: ayuda, dinero, correo, envío, curación, operación... Más valía el silencio que esa palabrería, ya que Soledad había comprendido.

Gloria:

Solo unas palabras para contarte nuestras desgracias. Me estoy muriendo, las inyecciones que me han puesto o nada es lo mismo. No he recibido el dinero que dices que me has enviado. Contéstame, te lo suplico, y date cuenta de hasta qué punto me cuesta físicamente escribirte estas pocas líneas...

Hacia el final, la escritura se hacía prácticamente ilegible. Soledad había intentado copiar algo a lápiz, quizá un poema, pero Gloria no conseguía descifrarlo. Al final, agotada, había acabado a máquina con numerosas tachaduras.

*

Lleva el pelo suelto. Está de pie, muy pálida, vestida únicamente con un camisón blanco. Está al pie de la cama de Gloria.

—¿Qué me ocurre? ¿Tú sabes lo que me pasa?

Gloria no es capaz de contestarle. Es demasiado duro. Siente las lágrimas brotar. Las contiene. Delante de ella, no. Consigue sonreírle, con una sonrisa triste, aunque en su interior todo se desgarra.

—Ven.

Ella se acerca a la cama.

Gloria da unos golpecitos en la sábana.

—Siéntate ahí.

Por la ventana abierta llega el rumor insistente de las olas que rompen

con indolencia en la arena.

—¿Y si vamos al mar? ¿Vienes?

Gloria se levanta y coge a su hermana de la mano. Cruzan el camino. Al otro lado empiezan las dunas, salpicadas de flores amarillas, olorosas. La luna le da al Mediterráneo reflejos de aceite. Las dos mujeres se sientan, la una junta a la otra, en la arena fresca. Un viento tibio les acaricia el pelo.

—¿Te acuerdas de cuando te enseñé a nadar? Te daba tanto miedo el agua. Cada vez que te ponías boca abajo, te entraba el pánico y yo tenía que sujetarte por debajo de la tripa para que no te hundieses.

—Sí, me sujetabas. Como ahora. Como cuando estaba en la caja de zapatos.

—Mi muñequita...

—Oye, dicen que ya no tengo pulso. ¿Qué quiere decir?

Ella no lo sabe. Aún no. Pero alguien tiene que decírselo. Lo intenta, pero no le sale. Duele demasiado.

Soli tiene la mirada fija en el horizonte, mira más allá del mar.

Gloria deja al fin que salgan las palabras. Las palabras irremediables.

—Quiere decir que estás muerta.

Soledad no responde enseguida. Se queda quieta, agarrando con las manos un puñado de arena. Luego se deja caer contra Gloria.

—¿Puedo quedarme un poco más?

—Claro que sí, tonta.

Lenta, suavemente, Soli se duerme apoyada en el hombro de su hermana, que acaba por abrazarla. Pesa, sí, pero Gloria preferiría morir antes que moverse, antes que soltarla. Querría detener el tiempo, no perder el menor segundo de esa noche. Esa noche demasiado larga. Tan larga que acaba por dormirse. Al despertar, no queda otra cosa que la huella de las delgadas nalgas de Soli impresa en la arena. Y también la de sus talones.

Ninguna huella de sus pies, que se alejan.

*

Gloria se asfixiaba en sueños, como si estuviese ahogándose. De pronto gritó:

—¡No, la caja no, la caja no!

Luego se despertó brutalmente, con una tristeza infinita en el corazón, un vacío que nada nunca más iba a poder llenar. Solo eso. El olor de Soli en la habitación de hotel.

Junto a ella, Diego roncaba con suavidad. El rumor de la ciudad le llegó por la ventana, que no cerraba bien, y con él una corriente de aire helado. París.

44
Rebeca

Le di a Consuelo la carta que me había llevado a España para enseñársela a Riutort.

Valencia, 13 de marzo de 1950
Amiga Gloria:
Supongo que no tienen noticias de su hermana ni de su madre desde hace algunos días. Sin duda se debe al hecho de que su hermana está muy enferma, así es que escribo para informarlos de la situación. El pasado mes de diciembre, Soledad fue a ver al médico para consultarle sobre una tos rebelde. Él le diagnosticó tuberculosis en el pulmón derecho y le aconsejó una intervención quirúrgica, que, en vista de sus circunstancias económicas, debía efectuarse en el hospital. Como poco después recibió algo de dinero de usted, fue a consultar a otro médico, que le prescribió veinte gramos de penicilina. Dado el coste del medicamento, tuvo que hacer grandes sacrificios, pero pudo procurárselo. En el momento en que empezaba a mejorar y, gracias al tratamiento, la operación de neumotórax iba a poder realizarse, su madre contrajo una hepatitis que la tuvo varios días seguidos en cama. Su hermana ya estaba muy débil, pero el esfuerzo suplementario que tuvo que hacer para ocuparse de su madre le hizo perder los pocos beneficios del tratamiento. Desde entonces, su estado no ha dejado de empeorar y hemos tenido que hospitalizarla, pues ya están afectados los dos pulmones y su estado es muy grave. Está bien atendida y su madre se encuentra con ella, va a verla todos los días. Pronto le escribiré para darle noticias. Puede usted escribir a su madre para consolarla.
Con los mejores recuerdos de
José María Riutort y Sotelo

Consuelo tomó aliento.

—¿Bien atendida? ¡Anda ya! Murió sola, como un animal, sin nadie para cogerle la mano, un día después de que Riutort escribiese esta maldita carta. Se presentó aquí al amanecer, estaba como loco, quería llevarte a toda costa,

para criarte, decía. Tu abuela no quiso. De nada le sirvió suplicar, Lea no cedió. Por cierto, espera...

Consuelo se levantó y fue a buscar algo en el cajón del aparador del comedor. Volvió con una foto en blanco y negro en la mano, con el borde troquelado, y me la dio:

—Es él. Gloria me mataría si supiera que te he contado todo esto. Cuando decidió venir a buscarte, hizo jurar silencio a toda la familia, a todo el mundo. Tú no debías enterarte nunca. Nunca. La más mínima alusión la pone histérica. Nos tiene a todos aterrorizados desde aquella dichosa noche. Pero algún día tenías que enterarte. Siento mucho no habértelo dicho antes. No me correspondía a mí hacerlo, aunque te tuve en brazos cuando naciste, aunque me ocupé de ti, aunque soy tu madrina. Es Gloria quien debería haberte contado todo esto. Si ella no hubiese estado, nos habríamos quedado contigo, ¿sabes? ¡Eras tan rica!

La foto de mi padre, entre mis dedos, ardiente. Un traje cruzado oscuro. El pelo escaso, aplastado contra el cráneo. Los ojos ocultos tras unas gafas de guaperas, unas Ray-Ban. Camisa blanca, con el cuello ceñido por una corbata de seda clara. Las manos a la espalda. El labio inferior carnoso, una mueca en la cara. Los zapatos de charol. Es curioso, tenía unos piececitos ridículos. Los míos tampoco son grandes.

Llamé al hotel para avisar de que no iría a pasar la noche. Quería que la madrina me contase más. Mientras ella hablaba, las lágrimas corrían, en silencio, por las profundas arrugas que surcaban su cara.

*

Tras la muerte de Soledad, la abuela se quedó en España conmigo...

Después, Consuelo y ella recibieron al fin una carta de París. Mamá pedía que me enviasen a Francia. Desde París puede que pareciese sencillo, pero desde Valencia era harina de otro costal. La idea era llevarme a la frontera y confiarme a un aduanero vasco español, que me entregaría a un aduanero vasco francés. No sé cómo consiguieron llegar a eso. Seguramente no lo sabré nunca, ni tampoco Consuelo. Cuando pienso en la abuela y en mi pobre madrina... Tuvieron que morirse de miedo dejándome ir de esa manera, tan pequeña, entregándome a un desconocido. Sobre todo en vista de todo lo que sé hoy. Llevaban ocho semanas ocupándose de mí a tiempo completo. Y tuvieron que dejarme en manos de perfectos extraños, encargados de pasarme a Francia, todo con la complicidad de los aduaneros vascos, de compañeros de bar de un amigo de papá. Menuda historia...

Consuelo me llevó hasta la frontera. La abuela se las apañó para pasar sola a Francia. Por la montaña. A pie. Con un guía. A los sesenta años. Se había cuidado de romper su documentación para que no la enviasen de vuelta

a España en caso de que la detuviese una patrulla francesa. No tenía ninguna gana de volver a la cárcel. Cruzó por Roncesvalles, en medio de la nieve, dándose prisa para reencontrarse conmigo del lado francés. Rezando por que los supuestos amigos de papá no fuesen ladrones de niños. Con sus pobres pies de vieja, que ya habían recorrido tanto camino...

Papá y mamá habían escrito que alguien esperaría al otro lado. Nada más. No habían dado más detalles. La madrina Consuelo había leído una y otra vez la carta. Se moría de preocupación. ¿Y si me ocurría algo?

Llegó a la frontera. Vio las garitas. Las banderas. El emblema de la Falange. La barrera. «Orden». «Patria». El viaje hasta el País Vasco había sido agotador. Controles, esperas interminables en las estaciones. Y yo, que ella alimentaba con tanta dificultad desde hacía dos meses, que vomitaba los biberones, que me negaba a tomar pecho, yo, inconsolable, que lloraba noches enteras... Y esa gente que me arrancaba de sus brazos. Una niñita frágil, tan frágil. Ese día de marzo de 1950, en Fuenterrabía, la primavera apenas asomaba. Había tormenta, Consuelo aún lo recuerda. Un viento atlántico y furioso que hacía vibrar los carteles de la aduana. Se dirigió al aduanero de guardia: «Tengo una cita». Al parecer, él asintió con aire de complicidad. Ella avanzó con el bebé en brazos, un oficial salió del resguardo de la garita y preguntó: «¿Es usted Consuelo?». Ella asintió, mientras lo miraba como un animal de presa acorralado. El carabinero bajó la vista hacia el bebé que era yo, envuelto en una manta apolillada. Con el dedo índice separó la manta de lana gris —aún la conservo— y descubrió mis ojos castaños mirándolo con insolencia. Parece ser que observó mi pelo fino, mi pelo de ángel, y que me pasó el dedo por la pequeña frente. La madrina asegura que, por primera vez desde hacía semanas, me quedé tranquila, en silencio. Sí, ya sé que no parece propio de mí. Ella se colocó el gorro. El oficial le dijo: «No se preocupe, la abuela de la niña se reunirá con nosotros en Saint-Jean en cuanto consiga cruzar. Tengo que irme enseguida. El aduanero del otro lado va a terminar su guardia, hay que pasarla antes. Otro guarda no me dejaría pasarla sin papeles». Consuelo titubeó. Al fin, con infinita lentitud, me puso en brazos del hombre. No conseguía soltarme. Él tuvo que hacer ademán de dar un paso atrás, casi de arrancarme a sus brazos. Se alejó a grandes zancadas en dirección a Francia, con la capa de lana golpeándole las pantorrillas, dejando a Consuelo totalmente desamparada.

Lloraba de tal manera al contármelo veintiocho años después que tuvo que interrumpir su relato. Se abanicó, buscando el aire. Y luego halló fuerzas para continuar creando un vacío en su cabeza, mirando fijamente el blanco techo.

Volvió a Valencia. Sin el bebé. Sin mí. Entonces, todavía era una jovencita. Su madre la esperaba en casa. Explotó al verla regresar con las manos vacías: «¿Qué? ¿Le has dado la niña a un desconocido? ¿Cómo has podido hacer tal cosa? ¿Y si no volvemos a verla nunca? ¿A cuántos niños roban aquí para después venderlos? ¡Tú lo sabes! Cada año desaparecen

miles».

Consuelo pasó tres semanas esperando la llegada de la carta que le anunciaría que yo había llegado a buen puerto. Creo que esas tres semanas fueron las más largas de su vida.

La noche ya estaba bien avanzada cuando decidimos acostarnos. Acababa de lavarme los dientes con un cepillo que me había dejado cuando noté su presencia en el umbral de la puerta del baño. Me di la vuelta, con la boca aún llena de pasta de dientes. Estaba allí parada, con aspecto de querer contarme algo más. Saltaba a la vista que dudaba. Dejé el cepillo de dientes en el borde del lavabo y me limpié con la manga.

—¿Qué, madrina?

—¿Me prometes que no le dirás nada a tu madre?

Asentí.

—No me resulta fácil contarte esto... Cuando Gloria te recuperó, no quiso quedarse contigo. Al menos, no al principio. Volvió a Rodez para suplicarle a Ramón que se quedase contigo, que te adoptase.

Sorbió para contener la pena.

—La mujer de Ramón acababa de tener su tercer hijo. No quiso saber nada. En cuanto a Batista, por entonces vivía en el Macizo Central. Ya no se llevaba bien con su mujer, Albertine. Gloria llegó a la estación con sus zapatitos de ciudad, estaba nevando, se hundía y... Se presentó en casa de ellos, llevándote en brazos. Él se negó a quedarse contigo. De nada le sirvió a Gloria ponerse de rodillas, no hubo nada que hacer. Siempre ha sido una egoísta, ya sabes. Ella volvió a París contigo, sin papeles ni nada que justificase tu existencia. Se vio forzada a quedarse contigo. No podía hacer otra cosa. Poco tiempo antes, había perdido un bebé, hijo de Diego. Un aborto. Supongo que tú lo sustituiste.

No pude pegar ojo en toda la noche. Al día siguiente, después de ir a por mis cosas al hotel, volví a pasar por el cementerio. Regresé a la parcela de los indigentes. El vacío. Retomé el camino que llevaba a mi infancia, una infancia de mentiras y omisiones.

*

Lo menos que podía hacer era dejar a papá al margen. Si tenía que saldar cuentas con alguien, era con mamá.

No me costó encontrar el momento. La abuela pasaba cada vez más tiempo en cama, por culpa de su enfermedad. Unos días después de volver de España, en una ocasión en que papá había salido para ver a un nuevo cliente, dejé en la mesa de la cocina la caja de zapatos abierta, bien a la vista. Mamá estaba ocupada preparando la masa para una tarta. Supongo que reconoció de

inmediato la letra de su hermana. Y estoy convencida de que hacía tiempo que sabía que la abuela me había dado la caja. Pero supongo que, acostumbrada al silencio colectivo que rodeaba mi nacimiento y la muerte de Soledad, había acabado por pensar que nunca tendría que enfrentarse a su pasado.

Se quedó lívida, dejó la masa y se apoyó en la mesa sacudiendo la cabeza como si se negase a ver.

—La dejaste morir. La enviaste allá y la dejaste morir —le dije.

Le temblaba el labio inferior y seguía sacudiendo la cabeza.

Insistí. No iba a abandonar como si tal cosa. Ya se me había escapado mi padre.

—Mamá, tenemos que hablar. Tenemos que hablar de mi madre. Y de mí. No podemos hacer como si no hubiese pasado nada.

Me acerqué y ella levantó las palmas hacia mí. Pero no dejé de avanzar. El temblor de su labio se había contagiado al resto de su cuerpo.

—¡Mamá, por favor, no te escabullas! Me lo debes. Dime por qué lo hiciste. Por qué la enviaste allí —repetí.

En el momento en que mi pecho chocó con sus palmas abiertas, levantadas frente a ella como murallas, me empujó con todas sus fuerzas, como bajo los efectos de una descarga eléctrica, y salió corriendo. Oí que se cerraba la puerta de entrada. Miré la caja de zapatos abierta encima de la mesa. Y vi lo que ella había visto. No las cartas, no. Sino un minúsculo bebé prematuro que la abuela le había confiado y que involuntariamente había enviado a la muerte muchos años después. Habría podido seguirla a la calle. Habría podido acosarla. Pero no tuve valor para hacerlo. Ella sufría demasiado. Sin ella, me habría quedado en España, habría formado parte, quién sabe, de los cientos de miles de niños arrancados a sus padres biológicos. No me había dejado en un orfanato en Francia. Sencillamente, no había tenido opción. Hay, sin embargo, algo en lo que nunca he transigido: desde ese día, siempre que he hablado de Soledad en presencia de mamá, lo he hecho llamándola «mi madre». Ni una sola vez me ha corregido.

La abuela murió cinco meses después. Ella sabía que estaba enferma desde hacía mucho tiempo. Había apretado los dientes, negándose a que la examinase un médico, negándose a tratarse. Solo había aceptado la morfina. Se fue tranquila en su cama, en casa, acompañada, sin grandes palabras, sin despedidas. Con sobriedad. En silencio.

Unos días antes de su muerte, cuando yo estaba cogiéndole la mano, murmuró:

—La caja... ¿Lo has leído?

Asentí con un parpadeo.

Le hizo falta un esfuerzo enorme para suspirar:

—La caja de zapatos en la que pusimos a tu madre cuando nació. Era tan pequeña...

Me limité a asentir. No podía decir nada más. Ella cerró los ojos. Yo sabía que ya se encontraba entre los fantasmas que la acompañaban desde hacía tiempo. Aunque no crea en ellos.

Quizá por eso nunca vienen a verme.

45
Leocadia

Fue a la vuelta de un viaje en tren a Valencia cuando Rebeca empezó a coleccionar muertos. O al menos eso dice ella. Aún hoy, es incapaz de entrar en un cementerio sin mangar una placa funeraria de una tumba abandonada. Ella dice que así conserva el recuerdo de los difuntos, que, si no, desaparecería.

Tiene las paredes de su casa de Lozère cubiertas de esas placas.

Si la llamo Rebeca, es porque no quiere que la llame mamá. Se enfada.

Por lo que sé, justo después de su famoso periplo a Valencia, se fue a vivir en una comuna en el departamento de Lot, con un pintor que había conocido en la facultad de Vincennes, donde había intentado retomar sus estudios. Yo nací de esos dos, el 19 de julio de 1977. Cuarenta y un años justos después del inicio de la revolución española.

Faustino Caracedo sigue vivo, reside cerca de Valencia. El día que nací, le escribió un poema a mi abuelo.

Para Diego...
subidos a la luna
mirando al sol cara a cara
quisimos domesticar el viento
y darle alma a la tierra
lo que hicimos y no fuimos
lo que somos y lo que hemos perdido
las penas y los tormentos
del pasado siempre expresados

todo es verdad y mentira
nada dura y todo pasa
en el polvo del exilio

reposa, fría, la nostalgia

las virtudes y los vicios
los yunques y los martillos
resucitados mueren juntos
resonando en el olvido

los orgullos se encendieron
y los cirios se extinguieron
surgieron las dudas
y se durmieron los lirios

hoy, la sonrisa de una niña
tiene peso en la balanza
reavivando el emblema
de la sublime esperanza.

Después de vivir en Lot y separarse de mi padre a principios de los años ochenta, Rebeca volvió a vivir en París. Dejó la edición y se reconvirtió en periodista. También se compró una casita al pie del monte Lozère, que tardó quince años en arreglar. Llegó a ser una reputada experta en América Latina. Trabaja como *freelance* para varias revistas.

Yo tenía apenas tres años cuando un joven abogado español confesó haber asistido, de niño, oculto tras un árbol, a la inhumación de un puñado de desgraciados a los que estaban enterrando vivos en una fosa a lo largo del cementerio de Sueca, cerca de La Horta d'en Carrer. Ya adulto, mucho después de la muerte de Franco, el niño que se había jurado hacer carrera como defensor de los derechos humanos, indicó a las autoridades el emplazamiento de la fosa común. Hoy hay sobre ella un monumento. Si la visitan, verán escrito en él el nombre de mi tío abuelo. Se llamaba Niceto Soler.

Conocí poco a mi abuelo Diego. Solo conservo de él un recuerdo vago, de olor a tabaco. Un cáncer de pulmón se lo llevó en 1985. Gloria, mi abuela, lo siguió diez años después. Otro cáncer, que había ido devorándola en silencio.

Seguimos teniendo la casa de Fornet de Mar, pero no vamos nunca. La ocupa mi tía Blanca. No visitamos la tumba de mis abuelos, enterrados cerca de Narbona, en Argeliers, donde se habían comprado un chalecito con la esperanza de envejecer en él cerca de mi otro tío abuelo, Ramón, con el que mi abuela Gloria se había reconciliado y que también murió hace poco. No queda de él más que un rudo olivar que cultivó con amor hasta su último día.

No tengo mucha fe en las revoluciones. Me pasé la infancia y la

adolescencia recorriendo las calles, haciendo política con mis zapatillas de deporte, con mi madre llevándome a rastras a todas las manifas contra las dictaduras argentina, chilena, brasileña... Dice que antes también ella tenía miedo, que odiaba la política. Dice que viene con la vejez. No sé. Yo crecí en una Francia de izquierdas que no consiguió cambiar el mundo. O a lo mejor la culpa la tiene lo mucho que le ha costado la utopía a las mujeres de mi familia... Me he mantenido mucho tiempo apartada de todo eso. Luchaba otros combates.

Me he pasado los últimos diez años de mi vida tratando de enmendar a un amante chileno perdido en las psicosis latinoamericanas de una familia de la oligarquía liberal refugiada en Francia desde su infancia, poco después de la caída de Allende. Diez años mintiéndome. La negación es una especie de fardo que heredamos los Soler. Me negué a ver que ese hombre era una causa perdida. Me gustan los amores complicados, los hombres que cargan con un equipaje demasiado pesado para ellos. Siempre me creo que puedo curarlos de su mal de vivir. Típico de las chicas, eso de la redención de los hombres. Soy la última de un linaje de mujeres que, cada una a su manera, creyeron que podían cambiar el curso de su historia, cuando no de la Historia con mayúscula. Por supuesto, es un combate a la desesperada. Da igual que lo sepamos, no podemos evitar intentarlo de todos modos.

El verano pasado, di con un cuaderno guardado en una caja de zapatos toda deformada y llena de viejas cartas. Había ido a pasar unos días en la casa de Lozère de Rebeca. Ella no estaba. Andaría navegando por algún lugar de la Amazonia ecuatoriana, si no recuerdo mal. Se pasa al menos seis meses al año en América Latina.

Por curiosidad, y también por ociosidad, abrí el diario en la primera página: *No conservo muchos recuerdos de mi primera infancia, ¿sabes? Me la fueron contando a retazos. Incontables veces. Nunca de la misma forma. No me quedan sino algunas imágenes borrosas, inciertas, que no sé si un día fueron reales o si no son más que fruto de mi imaginación, visiones inconexas, fabricadas según los relatos de mi madre, fragmentados, truncados. Por fuerza deformados.*

> *A su llegada a París, en el 49, papá y mamá compartieron —aún me pregunto cómo— una minúscula habitación de hotel con la abuela Lea y también con Blanca, mi hermana mayor, en la rue du Faubourg-du-Temple. Y luego llegué yo, para rematar.*

No pude parar. Al fresco tras las gruesas paredes de piedra caliza de la vieja masía, leí el diario de mi madre. Hasta el final. Al principio, tenía la impresión de ser una intrusa. Pero no. Al cabo de algunas páginas, me di cuenta de que, en realidad, estaba dirigido a mí. Es curioso. Ese diario lo escribió para mí. Seguramente pensaba dármelo algún día de todas formas. ¿Cuándo? No tengo ni la menor idea. En cambio, no leí las cartas. Es demasiado personal y, además, en su diario cuenta lo que pone en ellas. Ahora

sé a qué atenerme.

Fuera, hacía muchísimo calor. En France Inter —¡mi madre ni siquiera tiene tele!—, en todos los noticiarios se hablaba de la reforma del estatuto de los trabajadores intermitentes. Se me ha olvidado decirles que soy actriz. Creía que me había mantenido al margen de la política, de las militancias. Me limitaba a asistir a manifas del sector del espectáculo. No éramos muchos, no me hacía ilusiones, íbamos a perder.

No me pregunten por qué, dos semanas después de la lectura de ese diario, acabé tumbada en medio de la carretera, en Aviñón, en compañía de algunos cientos de personas como yo. Si ven las imágenes de archivo de la anulación del festival en 2003, me verán tendida en el asfalto. Y, si alguna vez se manifiestan en París, miren bien en las aceras. Verán una tropa de teatreros agitando banderas para los que desfilan. Es una especie de fanfarria. Yo estoy en ella.

Ah, sí, otra cosa: también acabo de solicitar un pasaporte español. Tengo derecho a ello. No hay razón...

Acabo de volver a casa, de encender la radio. Yo sí que tengo tele, por espíritu de contradicción, pero está estropeada y no tengo dinero para comprar una nueva. Hoy la gente sigue en la calle, en Madrid. La crisis. Pienso en Lea, en Gloria, en Soledad, en Blanca, en Rebeca. Y en mí misma, que ahora sigo sus pasos, como una idiota. No quiero tener hijos. Sobre todo, no una niña. *Basta ya.* Soy consciente de que no cambiaré el mundo, ni a los hombres de mi vida. Pero, de todas formas, merece la pena intentarlo.

Préaux-du-Perche, 28 de noviembre de 2013

Nota del autor

Mi familia política es española. Desgarradas, muchas familias parecidas han vivido una barbarie semejante y han sufrido el exilio, igual que los *personajes* que habitan estas páginas. Las circunstancias históricas, concretamente las de la guerra civil española y los años siguientes a la victoria de Franco, son hechos probados, aunque, a pesar de la Ley de Memoria Histórica, la falta de recursos y voluntad política sigue impidiendo en gran medida la investigación, en particular en relación con las fosas comunes. Sin embargo, y por mucho que se inspire en la realidad, este libro no pretende en modo alguno relatar una historia verídica. Es una novela y en cualquier novela todo es verdad y todo es mentira. Así pues, si alguien intentase reconocer personajes reales o la relación exacta de anécdotas auténticas, perdería el tiempo. Del mismo modo, de nada le serviría al lector consultar un mapa para buscar en él Sant Balaguer de la Font, La Horta d'en Carrer o Fornet de Mar, todos ellos lugares imaginarios. La rue Meissonier, en Les Lilas, por su parte, fue la primera dirección de mis abuelos cuando llegaron a París.

Mis personajes no están hechos sino de tinta. Solo tienen vida en el papel y no existen más que en mi imaginación. Una imaginación que mezcla constantemente y de manera inextricable lo real con la ficción, lo cual hace que los protagonistas de esta historia no tengan existencia en el mundo real, igual que haría inútil cualquier intento de identificación.

Agradecimientos

El autor quiere dar las gracias en primer lugar a Marie-Berthe Ferrer y a Annie Morvan, sin las cuales esta novela no sería lo que es, pero también a Ophélia Pollet-Bard, a Solange Kornberg, a Jocelyne Ginestet y a Niki Dougé por sus comentarios, así como a Emmanuelle Adam, a Maryine Heissat y a Constance Trapenard, sin olvidar a los autores de numerosas obras históricas en los que se ha apoyado para la redacción de este texto, especialmente: Bartolomé Bennassar, *La Guerre d'Espagne et ses lendemains. Une histoire douloureuse revue et corrigée,* Perrin, 2004; François Godicheau**,** *La Guerre d'Espagne. De la démocratie à la dictature,* Gallimard, «Découvertes Gallimard», serie «Histoire», número 492; Antony Beevor, *La Guerre d'Espagne,* Le Livre de Poche, 2006 (*La Guerra Civil española,* Planeta, 2011); Francisco Ruiz Acevedo (ed.), *Enfants de la mémoire,* Elytis, 2012; Jean-Pierre Guéno, *Cher pays de mon enfance. Paroles de déracinés,* Librio, 2005; Enrique Vila, *Bastardos,* Arcopress, 2010; Josep Bartolí, *La Retirada. Exode et exil des républicains espagnols,* con fotografías de Georges Bartolí y textos de Laurence Garcia, Actes Sud BD, 2009.

El autor

PATRICK BARD es escritor y fotógrafo. Su primera novela, La Frontière, dedicada a las mujeres mexicanas asesinadas en Ciudad Juárez, recibió los premios Michel-Lebrun, Brigada 21 y Ancres noires.

Índice

Primera parte. Quisimos domesticar el viento
1. Lea
2. Lea
3. Gloria
4. Lea
5. Gloria
6. Lea
7. Gloria
8. Gloria
9. Gloria
10. Gloria
11. Gloria
12. Lea
13. Gloria
14. Batista
15. Lea
16. Lea
17. Gloria
18. Lea
19. Gloria
20. Gloria
21. Lea
22. Gloria
23. Gloria
24. Gloria

Segunda parte. Rebeca
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36

37
38
Tercera parte. Todo es verdad y mentira
39. Rebeca
40. Gloria
41. Lea
42. Rebeca
43. Gloria
44. Rebeca
45. Leocadia
Nota del autor
Agradecimientos
El autor